ARTHUR C. CLARKE
Y GENTRY LEE

EL JARDÍN DE RAMA

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

El jardín de Rama continúa la historia apasionante que comenzó con Cita con Rama y Rama II, la gran serie de ciencia ficción creada por Arthur C. Clarke.

En el año 2130 una misteriosa nave espacial desierta, Rama, llegó al sistema solar. Cuando volvió a partir hacia su nuevo destino, muchos misterios quedaron sin resolver. Ochenta años después hizo su arribo una segunda nave, esta vez habitada. El nuevo encuentro terminó en tragedia, con un intento de destruir el extraño objeto por parte de la Tierra.

Ahora Rama II se aleja del sistema solar. A bordo hay tres humanos, dos hombres y una mujer. Van rumbo a lo desconocido, en un viaje que jamás vivió hombre alguno.

Posteriormente otra nave, Rama Tres, regresa al sistema solar con algunos de los humanos anteriores y el objetivo de recoger algunos miles de humanos más para formar el Nuevo Edén.

LELIBROS

Arthur C. Clarke & Gentry Lee

El jardín de Rama

Saga de Rama - 3

Nota del Editor Digital

En los libros 2 y 4 de la saga de Rama apenas hay diferencias entre las diversas ediciones y traducciones (algún cambio en el orden de la frase que no altera el sentido, la sustitución de algún nombre propio por un pronombre, el cambio de vosotros por ustedes, la utilización de la cursiva en lugar del entrecomillado…)

No es el caso de este libro (3), donde las diferencias de la traducción entre la versión de la editorial de Barcelona y la de Buenos Aires son importantes, a pesar de que en ambas figura como traductor Adolfo Martín. Con lo cual, o bien ha habido retoques posteriores de la traducción, o la segunda ha sido hecha por otro traductor utilizando su nombre.

El presente libro corresponde a la traducción de Adolfo Martín, 1ª edición, publicada en Barcelona en enero de 1993. Esto no significa que una traducción sea mejor que otra, simplemente son diferentes.

Hay que señalar que, lo mismo que en el libro Rama II, todos los nombres propios coinciden con el original en inglés excepto el príncipe/rey Henry, que es traducido como Enrique. En esta edición digital se ha restituido el nombre original para mantener la homogeneidad.

Existen diferencias también con otras traducciones y libros de la serie en algunas denominaciones:

—Las *Octoarañas* de los otros libros de la serie (*Octospiders* en la edición original inglesa) son denominadas aquí como *Aracnopulpos*. Su abreviatura *Octos* (igual que en el original inglés) es denominada aquí como *Aracnos*.

—El *Nodo* de los otros libros (*Node* en inglés) es denominado aquí como *Nódulo*.

—Ramanos por ramanes, avícolas por avianos y algunas otras más.

En esta edición digital se mantienen estas denominaciones tal como están en la traducción.

AGRADECIMIENTOS

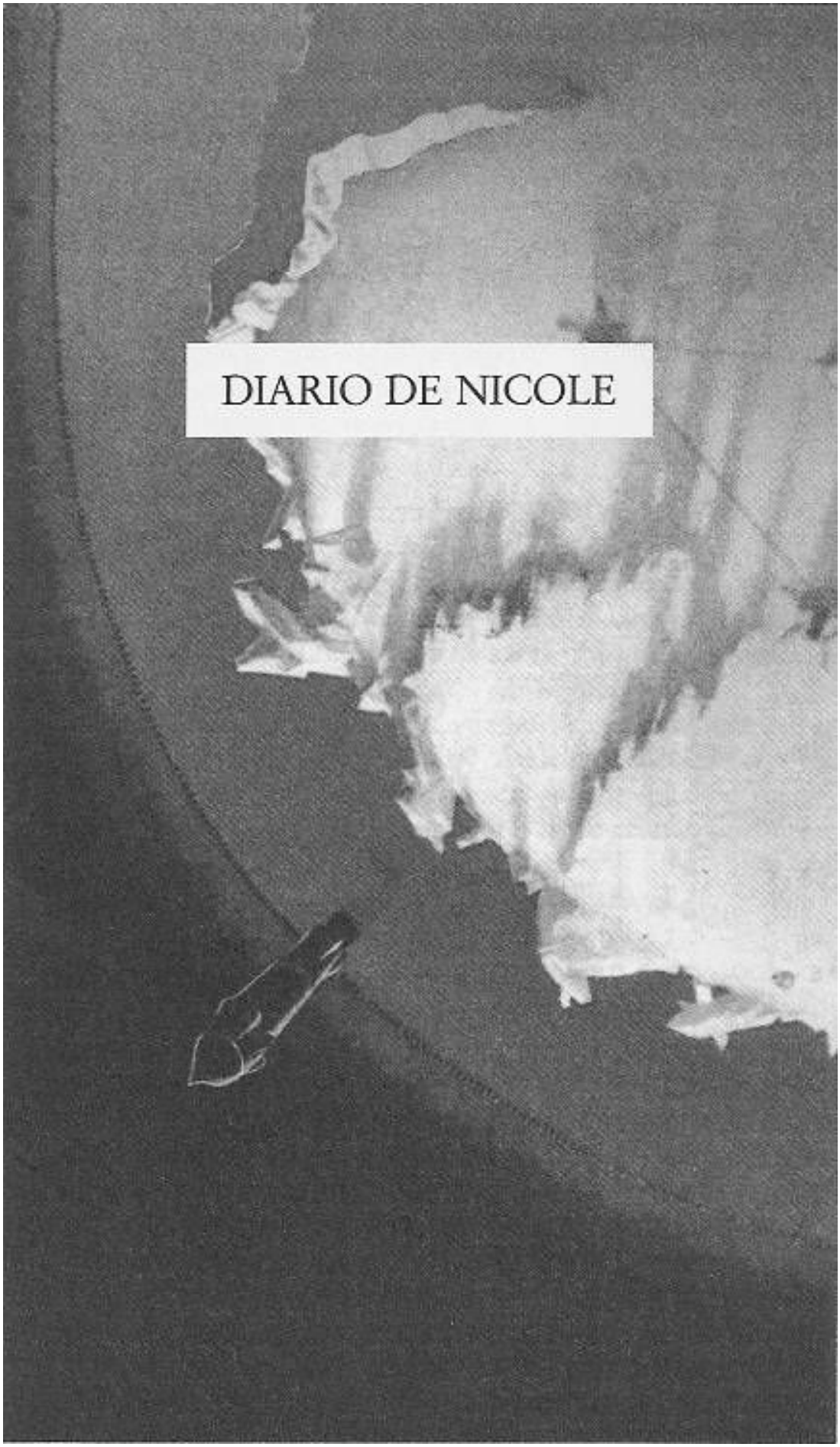
Muchas personas han realizado valiosas aportaciones a esta novela. Destaca entre ellas, por su gran influencia sobre el conjunto de la obra, nuestro editor Lou Aronica. Ya desde el principio, sus observaciones moldearon la estructura de toda la novela y su perspicaz revisión final fortaleció significativamente la cohesión del libro.

Nuestro buen amigo y persona de amplios conocimientos, Gerry Snyder, nos ha sido también de gran ayuda, al abordar generosamente cualquier problema técnico, grande o pequeño. Si los pasajes de la narración relacionados con la ciencia médica son correctos y verosímiles, se debe al doctor Jim Willerson. Cualquier error que pueda existir en tales pasajes es responsabilidad exclusiva de los autores.

Desde el primer momento, Jihei Akita se desvivió por ayudarnos a encontrar las ubicaciones adecuadas para las escenas japonesas. Se mostró también más que dispuesto a disertar largamente sobre las costumbres y la historia de su nación. En Tailandia, la señora Watcharee Monviboon fue una excelente guía de las maravillas de ese país.

En la novela se habla con considerable detalle acerca de mujeres, especialmente de sus sentimientos y de su forma de pensar. Bebe Barden y Stacey Lee se mostraron siempre dispuestas a conversar sobre la naturaleza femenina. La señora Barden fue especialmente útil también con las ideas que aportó para la vida y la poesía de Benita García.

Stacey Kiddoo Lee realizó muchas aportaciones concretas a *El jardín de Rama*, pero lo absolutamente vital fue su desinteresado apoyo a todo el trabajo en general. Durante la redacción de la novela, Stacey dio además a luz a su cuarto hijo, Travis Clarke Lee. Stacey, muchas gracias por todo.



DIARIO DE NICOLE

1

29 de diciembre de 2200

Hace dos noches, a las 10.44, hora del meridiano de Greenwich en la Tierra, Simone Tiasso Wakefield saludó al Universo. Fue una experiencia increíble. Yo imaginaba haber sentido ya antes emociones poderosas, pero nada en mi vida —ni la muerte de mi madre, ni la medalla de oro en la Olimpíada de Los Ángeles, ni mis treinta y seis horas con el príncipe Henry, ni incluso el nacimiento de Genevieve bajo la atenta mirada de mi padre en el hospital de Tours— fue nunca tan intenso como mi alegría y mi alivio cuando finalmente oí el primer llanto de Simone.

Michael había vaticinado que la criatura llegaría el día de Navidad. Con su habitual entonación afectuosa, nos dijo que creía que Dios iba a darnos una señal haciendo que nuestro hijo espacial naciera el mismo día en que se suponía había nacido Jesús. Richard soltó una risita burlona, como hace siempre mi marido cuando se dispara el fervor religioso de Michael. Pero al notar yo las primeras contracciones fuertes el día de Nochebuena, hasta Richard se volvió casi creyente.

Dormí agitadamente la noche anterior a Navidad. Poco antes de despertar, tuve un sueño vívido e intenso. Estaba caminando junto a la orilla de nuestro estanque en Beauvois, jugando con mi pato domesticado Dunois y sus compañeros silvestres, cuando oí una voz que me llamaba. No podía identificar la voz, pero sabía sin lugar a dudas que se trataba de una mujer. Me dijo que el nacimiento iba a ser extremadamente difícil y que necesitaría de todas mis fuerzas para dar a luz a mi segundo hijo.

El día de Navidad, una vez que intercambiamos los sencillos regalos que cada uno de nosotros habíamos encargado clandestinamente a los ramanos, empecé a adiestrar a Michael y Richard para una serie de posibles emergencias. Yo creo que Simone habría nacido en efecto el día de Navidad si mi subconsciente no hubiese tenido tan presente que ninguno de los dos hombres se hallaba ni siquiera remotamente preparado para ayudarme en caso de que surgiera alguna complicación seria. Con toda probabilidad, fue sólo mi voluntad lo que demoró el nacimiento de la criatura aquellos dos últimos días.

Una de las posibilidades que consideramos en Navidad fue la de que se

presentara de nalgas. Un par de meses antes, cuando mi hija aún no nacida tenía todavía cierta libertad de movimientos dentro de mi vientre, yo estaba segura de que se hallaba en posición invertida. Pero pensaba que se había dado la vuelta durante la última semana, antes de entrar en posición de parto. Tenía razón, pero sólo parcialmente. Logró colocarse de cabeza en el canal del parto; sin embargo, tenía la cara vuelta hacia arriba, hacia mi estómago, y tras la primera serie importante de contracciones, la parte superior de su cabecita quedó toscamente encajada en mi pelvis.

En un hospital de la Tierra, el médico habría practicado probablemente una cesárea. Desde luego, un médico habría estado preparado para una tracción fetal y habría intervenido con todos los instrumentos robotizados para esforzarse por hacer girar la cabeza de Simone antes de que quedara encajada en una posición tan incómoda.

Hacia el final, el dolor era muy intenso. Entre las fuertes contracciones que la impulsaban contra mis rígidos huesos, yo trataba de gritar órdenes a Michael y Richard. Éste resultaba casi completamente inútil. No podía enfrentarse a mi dolor (o al « follón» , como más tarde lo llamó), y mucho menos ayudar en la episiotomía o utilizar los improvisados fórceps que habíamos obtenido de los ramanos. Michael, bendito sea, con la frente cubierta de sudor, pese a la fría temperatura reinante en la habitación, se esforzaba valerosamente por seguir mis a veces incoherentes instrucciones. Utilizó el escalpelo de mi botiquín para ensancharme y luego, tras sólo un instante de vacilación a causa de toda la sangre, encontró con el fórceps la cabeza de Simone. De alguna manera, consiguió, al tercer intento, obligarla a retroceder por el canal del parto y hacerla girar para que pudiese nacer.

Los dos hombres lanzaron un grito al verla aparecer. Yo seguí concentrándome en mi ritmo respiratorio, preocupada por la posibilidad de que no lograse mantenerme consciente. Pese al intenso dolor, yo también lance un grito cuando mis siguientes y poderosas contracciones proyectaron a Simone sobre las manos de Michael. En su calidad de padre, le correspondía a Richard la tarea de cortar el cordón umbilical. Cuando Richard hubo terminado, Michael levantó en alto a Simone para que yo la viese. « Es niña» , dijo, con lágrimas en los ojos. La depositó suavemente sobre mi estómago, y me incorporé ligeramente para mirarla. Mi primera impresión fue que era exactamente igual que mi madre.

Me forcé a mantenerme alerta hasta que la placenta fue expulsada y hube terminado de coser, con la ayuda de Michael, los cortes que me había hecho con el escalpelo. Luego, me desvanecí. No recuerdo muchos detalles de las veinticuatro horas siguientes. Estaba tan fatigada a consecuencia del proceso del parto (mis contracciones se sucedían cada cinco minutos ya once horas antes de que Simone naciese) que dormía siempre que tenía oportunidad de hacerlo. Mi

nueva hija mamaba con facilidad, sin necesidad de instarle a ello, y Michael asegura que incluso mamó una o dos veces mientras yo estaba sólo parcialmente despierta. Ahora la leche me sube a los pechos inmediatamente después de que Simone empiece a chupar. Parece quedarse por completo satisfecha al terminar. Me complace que mi leche sea suficiente para ella; me preocupaba que pudiera tener el mismo problema que con Genevieve.

Cada vez que me despierto, uno de los dos hombres está a mi lado. Las sonrisas de Richard siempre parecen un poco forzadas, pero se agradecen igual. Michael se apresura a ponerme a Simone en los brazos o al pecho cuando estoy despierta. La sostiene cómodamente, incluso cuando está llorando, y murmura sin cesar: « Es preciosa» .

Simone está ahora dormida a mi lado, envuelta en la cuasimanta fabricada por los ramanos (es sumamente difícil definir tejidos, en particular palabras indicadoras de calidad como « suave» , con ninguno de los términos cuantitativos que nuestros anfitriones pueden comprender). En efecto, se parece a mi madre. Tiene la piel muy morena, más aún quizá que la mía, y el pelo negro como el azabache. Los ojos son de un luminoso color castaño. Con su cabeza todavía deformada a consecuencia del dificultoso parto, no es fácil llamarle preciosa a Simone. Pero, desde luego, Michael tiene razón. Es maravillosa. Mis ojos pueden ver enseguida la belleza existente más allá de la frágil y colorada criatura que respira con tan frenética rapidez. Bienvenida al mundo, Simone Wakefield.

2

6 de enero de 2201

Llevo dos días deprimida. Y cansada, oh, muy cansada. Aunque me doy perfecta cuenta de que se trata de un típico caso de síndrome puerperal, me ha sido imposible aliviar mis sentimientos de depresión.

Esta mañana ha sido lo peor. Me desperté antes que Richard y permanecí tendida, silenciosa e inmóvil, en mi parte de la estera. Miré a Simone, que dormía sosegadamente en la cuna ramana, junto a la pared. Pese a mis sentimientos de amor hacia ella, no podía forjar ningún pensamiento positivo con respecto a su futuro. El fulgor de éxtasis que había rodeado su nacimiento y se había prolongado durante setenta y dos horas, se había desvanecido por completo. Cruzaba mi mente un flujo incesante de desesperanzadas observaciones y preguntas sin respuesta. ¿Qué clase de vida tendrás, mi pequeña Simone? ¿Cómo podemos nosotros, tus padres, procurarte lo necesario para tu felicidad?

Mi querida hija, vives con tus padres y su buen amigo Michael O'Toole en un refugio subterráneo a bordo de una gigantesca nave espacial de origen extraterrestre. Los tres adultos de tu vida son cosmonautas del planeta Tierra, parte de la tripulación de la expedición Newton, enviada hace casi un año a investigar un pequeño mundo cilíndrico llamado Rama. Tu madre, tu padre y el general O'Toole eran los únicos seres humanos que aún permanecían a bordo de esta nave cuando Rama modificó bruscamente su trayectoria para evitar su aniquilación por una falange nuclear lanzada desde una paranoide Tierra.

Encima de nuestro refugio hay una ciudad insular de misteriosos rascacielos que nosotros llamamos Nueva York. Se encuentra rodeada por un mar helado que circunda por completo a esta enorme nave espacial y la corta en dos. En estos momentos, según los cálculos de tu padre, estamos justo dentro de la órbita de Júpiter (aunque la gran bola de gas misma está al otro lado del Sol), siguiendo una órbita hiperbólica que acabará abandonando completamente el sistema solar. No sabemos adónde vamos. No sabemos quién construyó esta nave espacial ni por qué. Sabemos que hay otros ocupantes a bordo, pero ignoramos por completo de dónde proceden y, además, tenemos razones para sospechar que tal vez sean hostiles, algunos de ellos al menos.

Una y otra vez, mis pensamientos durante los dos últimos días han continuado

ajustándose a esta misma pauta. Y siempre llego a la misma deprimente conclusión: es imperdonable que nosotros, supuestamente adultos maduros, traigamos a un ser tan desvalido e inocente a un entorno del que conocemos tan poco y sobre el que no ejercemos absolutamente ningún control.

Esta mañana temprano, al darme cuenta de que hoy cumplía treinta y siete años, me eché a llorar. Al principio, las lágrimas eran suaves y silenciosas, pero al inundar mi mente los recuerdos de todos mis pasados cumpleaños, profundos sollozos reemplazaron a las suaves lágrimas. Experimentaba una intensa y desgarradora tristeza, no sólo por Simone, sino también por mí misma. Y, mientras rememoraba el espléndido planeta azul de nuestro origen y no podía imaginarlo en el futuro de Simone, me repetía sin cesar la misma pregunta. ¿Por qué he dado a luz a una hija en medio de todo este follón?

Otra vez esa palabra. Es una de las favoritas de Richard. En su vocabulario, « follón» tiene aplicaciones virtualmente ilimitadas. Todo lo que sea caótico y/o se halle fuera de control, ya se trate de un problema técnico o de una crisis doméstica (como una esposa sollozando presa de una intensa depresión puerperal), recibe el nombre de follón.

Los hombres no han sido de mucha ayuda esta mañana. Sus vanos intentos por hacer que me sintiera mejor no conseguían más que aumentar mi melancolía. Una pregunta. ¿Por qué es que casi todos los hombres, al verse frente a una mujer triste, dan inmediatamente por supuesto que su tristeza se halla de alguna manera relacionada con ellos? En realidad, no es justo lo que digo. Michael ha tenido tres hijos en su vida y sabe algo acerca de los sentimientos que estoy experimentando. Se ha limitado a preguntar qué podía hacer para ayudarme. Pero Richard se hallaba totalmente anonadado por mis lágrimas. Al despertar y oír mi llanto, se asustó. Al principio pensó que yo estaba sufriendo algún terrible dolor físico. Se tranquilizó sólo mínimamente cuando le expliqué que se trataba de una simple depresión.

Tras verificar que él no tenía ninguna culpa de mi estado de ánimo, Richard escuchó en silencio mientras yo expresaba mis preocupaciones por el futuro de Simone. Admito que me encontraba ligeramente excitada, pero él no parecía comprender nada de lo que le estaba diciendo. No hacía más que repetir la misma frase —que el futuro de Simone no era más incierto que el nuestro propio —, creyendo que, como no existía ninguna razón lógica para que yo estuviese tan alterada, mi depresión se desvanecería al instante. Finalmente, tras más de una hora de falta de comunicación, Richard llegó a la correcta conclusión de que no me estaba ayudando y decidió dejarme en paz.

(Seis horas después). Me siento mejor ahora. Faltan aún tres horas para que termine el día de mi cumpleaños. Hemos tenido una pequeña fiesta esta noche.

Acabo de dar de mamar a Simone y está de nuevo echada a mi lado. Michael nos dejó hace unos quince minutos para ir a su habitación, al final del pasillo. Richard se quedó dormido a los cinco minutos de haber posado la cabeza sobre la almohada. Se había pasado todo el día trabajando en mi encargo de perfeccionar unos pañales.

Richard disfruta supervisando y catalogando nuestras interacciones con los ramanos o quienesquiera que sean los que manejan los ordenadores que activamos utilizando el teclado que hay en nuestra habitación. Nunca hemos visto nada ni a nadie en el oscuro túnel que se abre inmediatamente detrás de la negra pantalla. Así pues, no sabemos con seguridad si realmente hay allí criaturas que responden a nuestros encargos y ordenan a sus fábricas la confección de los artículos que pedimos, pero es adecuado referirnos a nuestros anfitriones y benefactores con el nombre de ramanos.

Nuestro proceso de comunicación con ellos es complicado y simple a un tiempo. Es complicado porque hablamos con ellos por medio de dibujos en la negra pantalla y precisas fórmulas cuantitativas expresadas en el lenguaje de las matemáticas, la física y la química. Es sencillo porque las frases que introducimos por medio del teclado son de sintaxis extraordinariamente simple. Nuestra frase con más frecuencia utilizada es « nos gustaría» o « queremos» (desde luego, no podríamos conocer la traducción exacta de nuestras peticiones, y estamos suponiendo sólo que son corteses; quizá las instrucciones que activamos revisten la forma de rudas órdenes que comienzan con « dadme»), seguida de una detallada descripción de lo que deseamos.

La parte más difícil es la química. Simples objetos cotidianos como el jabón, el papel y el cristal son químicamente muy complejos, y no resulta nada fácil especificar con exactitud el número y la clase de sus combinaciones químicas. A veces, como descubrió Richard casi desde el principio de su trabajo con el teclado y la pantalla negra, debemos describir también un proceso de fabricación, con inclusión de especificaciones térmicas, so pena de recibir algo que no guarde la menor semejanza con lo solicitado. El proceso implica una enorme cantidad de prueba y error. Al principio constituía una interacción muy ineficiente y frustrante. Los tres sentíamos deseos de haber aprendido más química durante nuestros estudios. De hecho, nuestra incapacidad para realizar satisfactorios progresos en la tarea de equiparnos con los esenciales objetos cotidianos fue uno de los catalizadores de la Gran Excursión, como Richard gusta de llamarla, que se efectuó hace cuatro meses.

Para entonces, la temperatura ambiente, tanto arriba, en Nueva York, como en el resto de Rama, había descendido ya a cinco grados por debajo del punto de congelación y Richard había confirmado que el mar Cilíndrico se había helado de nuevo. Yo estaba cada vez más preocupada por la posibilidad de que no consiguiéramos estar adecuadamente preparados para el nacimiento de la

criatura. Obtener e instalar un retrete que funcionase, por ejemplo, había costado todo un mes de esfuerzos, y el resultado era todavía sólo marginalmente adecuado. De ordinario, nuestro principal problema era que suministrábamos especificaciones incompletas a nuestros anfitriones. A veces, sin embargo, la dificultad estaba en los propios ramanos. En varias ocasiones, nos informaron, utilizando nuestro lenguaje mutuo de símbolos matemáticos y químicos, que no podían terminar la fabricación de un determinado objeto dentro de nuestro período de tiempo asignado.

De cualquier modo, Richard anunció una mañana que iba a abandonar nuestro refugio e intentar llegar a la inmovilizada nave militar de nuestra expedición Newton. Su intención expresa era recuperar los elementos esenciales de la base de datos científicos almacenada en los ordenadores de la nave (esto nos ayudaría enormemente para la formulación de nuestras peticiones a los ramanos), pero confesó también que tenía unas ganas terribles de comer algo decente. Habíamos conseguido mantenernos vivos y sanos con los brebajes químicos suministrados por los ramanos, pero la mayoría de los alimentos habían sido insípidos o tenían un gusto horrible.

Justo es reconocer que nuestros anfitriones habían estado respondiendo correctamente a nuestras peticiones. Aunque, en términos generales, sabíamos describir los ingredientes químicos esenciales que nuestros cuerpos necesitaban, ninguno de nosotros había estudiado jamás con detalle los complejos procesos bioquímicos que se producen cuando saboreamos algo. En aquellos primeros días comer era una necesidad, nunca un placer. Con frecuencia, resultaba difícil, si no imposible, tragar los alimentos. Más de una comida fue seguida de náuseas.

Pasamos los tres varios días debatiendo los pros y los contras de la Gran Excursión. Yo estaba en la fase de acidez de estómago de mi embarazo y no me sentía muy bien. Aunque no me agradaba la idea de quedarme sola en nuestro refugio mientras los dos hombres caminaban sobre el hielo, localizaban el Jeep, atravesaban en él la Llanura Central y, luego, recorrían o escalaban a pie los muchos kilómetros que había hasta la estación Alfa, reconocía que había muchas formas en que los hombres podían ayudarse mutuamente. Convenía también con ellos en que sería temerario que el viaje lo hiciera uno solo.

Richard estaba seguro de que el Jeep funcionaría aún, pero se sentía menos optimista con respecto a la telesilla. Discutimos largamente los daños que podría haber sufrido la nave militar de Newton, expuesta como estaba en el exterior de Rama a las explosiones nucleares que se habían producido más allá del protector escudo de malla. Richard conjeturaba que, como no existían daños estructurales visibles (utilizando nuestro acceso a la información de los sensores ramanos, habíamos visto varias veces durante los últimos meses imágenes de la nave militar de Newton en la negra pantalla), era posible que la misma Rama hubiera protegido inadvertidamente a la nave de todas las explosiones nucleares y, como

consecuencia, no hubiese tampoco ningún peligro de radiación en el interior.

Yo me sentía menos optimista. Había trabajado con los ingenieros medioambientales en los diseños del sistema protector de la nave espacial y conocía la susceptibilidad a la radiación de cada uno de los subsistemas de la Newton. Aunque consideraba sumamente probable que la base de datos científicos se hallara intacta (tanto su procesador como todas sus memorias estaban hechos de piezas resistentes a la radiación), estaba virtualmente segura de que los víveres se encontrarían contaminados. Siempre habíamos sabido, que nuestros alimentos envasados estaban en un emplazamiento relativamente desprotegido. De hecho, antes del lanzamiento había existido una cierta preocupación por la posibilidad de que una inesperada llamarada solar produjera radiación suficiente para hacer peligrosa la ingestión de los alimentos.

No me asustaba quedarme sola durante los pocos días o la semana que los hombres podrían tardar en hacer el viaje de ida y vuelta a la nave militar. Me preocupaba más la posibilidad de que uno de ellos, o los dos, no regresara. No era sólo cuestión de los aracnopulpos, o de otros seres cualesquiera que pudieran estar habitando con nosotros esta inmensa nave espacial. Había que tener en cuenta también las incertidumbres medioambientales. ¿Y si Rama empezaba de pronto a maniobrar? ¿Y si se producía algún otro acontecimiento adverso y no podían regresar a Nueva York?

Richard y Michael me aseguraron que no correrían riesgos, que no harían nada más que ir a la nave militar y volver. Partieron poco después del amanecer de un día ramano de veintiocho horas. Era la primera vez que estaba sola después de mi larga y solitaria permanencia en Nueva York, que comenzó cuando caí en el pozo. Claro que no estaba realmente sola. Podía sentir a Simone pataleando dentro de mí. Es una sensación asombrosa la de estar embarazada. Hay algo indescriptiblemente maravilloso en saber que tienes en tu interior otro ser vivo. Especialmente, teniendo en cuenta que la criatura está formada en una parte importante de tus propios genes. Es una pena que los hombres no puedan experimentar el embarazo. Si pudieran, tal vez comprendiesen por qué las mujeres estamos tan preocupadas por el futuro.

Para el tercer día terrestre siguiente a la partida de los hombres, yo experimentaba ya una fuerte sensación de claustrofobia. Decidí salir de nuestro refugio y darme una vuelta por Nueva York. Estaba oscuro en Rama, pero me sentía tan inquieta que eché a andar de todos modos. El aire era muy frío. Me subí sobre el abultado estómago la cremallera de la gruesa cazadora de vuelo. Llevaba sólo unos minutos caminando cuando oí un sonido a lo lejos. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y me detuve inmediatamente. Al parecer, la adrenalina afluyó también a Simone, pues pataleó vigorosamente mientras yo aguzaba el oído, atenta a aquel ruido. Al cabo de aproximadamente un minuto, lo oí de nuevo, un sonido de escobillas restregándose sobre una superficie metálica,

acompañado de un agudo silbido de alta frecuencia. El sonido era inconfundible; sin duda alguna, un aracnopulpo estaba vagando por Nueva York. Regresé rápidamente al refugio y esperé a que amaneciera para ir a Rama.

Cuando la oscuridad desapareció, regresé a Nueva York y me puse a vagar sin rumbo. Mientras estaba en las proximidades de aquel curioso cobertizo en el que caí al pozo, empecé a sentir dudas con respecto a nuestra conclusión de que los aracnos solamente salen de noche. Richard ha insistido desde el principio en que son criaturas nocturnas. Durante los dos primeros meses después de haber rebasado la Tierra, antes de que construyéramos la reja protectora que impide el descenso a nuestro refugio de visitantes indeseados, Richard desplegó una serie de toscos receptores (aún no había perfeccionado su capacidad para especificar detalladamente piezas electrónicas a los ramanos) en torno a la cobertura de la madriguera de los aracnopulpos y confirmó, a su propia satisfacción al menos, que sólo de noche subían al exterior. Finalmente, los aracnos descubrieron todos sus monitores y los destruyeron, pero no antes de que Richard tuviera lo que consideraba datos concluyentes en apoyo de su hipótesis.

La conclusión de Richard, sin embargo, no suponía para mí ningún alivio cuando oí de pronto un sonido fuerte y totalmente desconocido que llegaba desde la dirección en que se encontraba nuestro refugio. Me hallaba entonces dentro del cobertizo, mirando el pozo en el que había estado a punto de morir hacía nueve meses. Se me aceleraron los latidos del corazón y sentí una especie de hormigueo en la piel. Lo que más me inquietaba era que el ruido sonaba entre el lugar en que estaba y mi hogar ramano. Avancé cautelosamente hacia el intermitente sonido, escrutando los edificios que me rodeaban antes de dar un paso. Finalmente, descubrí el origen del ruido. Richard estaba cortando trozos de una celosía, utilizando una pequeña sierra eléctrica portátil que se había traído de la Newton.

En realidad, él y Michael estaban discutiendo cuando los vi. Una celosía relativamente pequeña, de unos quinientos nódulos en total y forma de cuadrado de alrededor de tres metros de lado, se hallaba sujeta a uno de aquellos bajos y extraños cobertizos que había a unos cien metros al este de la abertura de nuestro refugio. Michael estaba poniendo en duda la sensatez de atacar la celosía con una sierra portátil. En el momento en que me vieron, Richard justificaba su acción con un encendido elogio de las virtudes del material elástico de la celosía.

Nos abrazamos y besamos los tres durante varios minutos y, luego, me informaron sobre la Gran Excursión. Había sido un viaje fácil. El Jeep y la telesilla habían funcionado sin complicaciones. Sus instrumentos habían puesto de manifiesto que quedaba todavía bastante radiación en la nave militar, por lo que permanecieron poco tiempo en ella y no recogieron los víveres. La base de datos científicos, en cambio, se encontraba en perfectas condiciones. Richard había utilizado sus subrutinas de compresión de datos para traspasar gran parte de la

base de datos a cubos compatibles con nuestros ordenadores portátiles. Habían traído también una gran mochila llena de herramientas, como la sierra eléctrica, que pensaron que serían útiles para completar nuestro acomodo.

Richard y Michael trabajaron incesantemente desde entonces hasta el nacimiento de Simone. Utilizando la información química adicional contenida en la base de datos, resultaba más fácil encargar a los ramanos lo que necesitábamos. Yo probé incluso a espolvorear ésteres inocuos en la comida y conseguí mejorar un tanto el sabor. Michael terminó su habitación al extremo del corredor. Quedó construida la cuna de Simone y nuestros cuartos de baño se vieron enormemente mejorados. Habida cuenta de todas las limitaciones, nuestras condiciones de vida son ahora muy aceptables. Quizá pronto… Tate. Oigo un suave llanto a mi lado. Es la hora de amamantar a mi hija.

Antes de que los últimos treinta minutos de mi cumpleaños sean historia, quiero volver sobre las vívidas imágenes de cumpleaños anteriores que han catalizado mi depresión esta mañana. Para mí, el cumpleaños ha sido siempre el acontecimiento más importante del año. El período de Navidad-Año Nuevo es especial, pero de una manera diferente, pues se trata de una celebración compartida por todos. Un cumpleaños se centra más directamente sobre la persona individual. Yo siempre he utilizado mis cumpleaños como ocasión para reflexionar sobre la dirección de mi vida.

Si lo intentara, podría probablemente recordar algo sobre cada uno de mis cumpleaños desde que cumplí los cinco. Algunos recuerdos son más vivos que otros. Esta mañana, muchas de las imágenes de mis celebraciones pasadas evocaban intensos sentimientos de nostalgia y añoranza. En mi estado de depresión, maldecía mi incapacidad para introducir orden y seguridad en la vida de Simone. Pero aun en lo más hondo de mi depresión, enfrentada a la inmensa incertidumbre que rodea nuestra existencia aquí, no habría querido realmente que Simone no estuviera presente para experimentar la vida conmigo. No, somos viajeras unidas por el vínculo más fuerte, el de madre e hija, compartiendo el milagro que llamamos vida.

Yo he compartido ya antes un vínculo similar, no sólo con mis padres, sino también con mi primera hija, Genevieve. Hum. Es sorprendente que todas las imágenes de mi madre destaquen con tanta nitidez en mi mente. Aunque murió hace veintisiete años, cuando yo solo tenía diez, me dejó una prodigiosa cantidad de recuerdos maravillosos. Mi último cumpleaños con ella fue extraordinario. Fuimos los tres a París en tren. Padre llevaba su traje italiano nuevo y estaba sumamente atractivo. Madre había elegido para ponerse uno de sus resplandecientes y coloridos vestidos nativos. Con el pelo recogido en capas sobre la cabeza, parecía la princesa senoufo que había sido antes de casarse con padre.

Cenamos en un elegante restaurante de los Campos Elíseos. Luego, fuimos a un teatro en el que vimos a una compañía compuesta en su totalidad por negros, interpretar una serie de danzas indígenas de las regiones occidentales de África. Después de la función, se nos permitió pasar a los camerinos, donde madre me presentó a una de las bailarinas, una mujer alta y hermosa de negrura excepcional. Era una de las primas lejanas de mi madre de Costa de Marfil.

Escuché la conversación en el idioma tribal senoufo, recordando retazos de mi aprendizaje ante el Poro tres años antes, y volví a maravillarme de la forma en que el rostro de mi madre se tornaba siempre más expresivo cuando estaba con los suyos. Pero aunque fascinada por la velada, yo sólo tenía diez años y habría preferido una fiesta de cumpleaños normal con todas mis amigas de la escuela. Madre se dio cuenta de lo decepcionada que yo estaba mientras regresábamos en el tren a nuestra casa en el suburbio de Chilly-Mazarin. « No estés triste, Nicole —dijo—, el año que viene puedes tener una fiesta. Tu padre y yo hemos querido aprovechar esta oportunidad para recordarte de nuevo la otra mitad de tu herencia. Eres ciudadana francesa y has vivido toda tu vida en Francia, pero una parte de ti es enteramente senoufo, con raíces que se hunden profundamente en las costumbres tribales del África Occidental» .

Hace unas horas, mientras recordaba las *danses ivoiriennes* ejecutadas por la prima de madre y sus compañeras, me imaginé por un instante a mí misma entrando en un hermoso teatro con mi hija Simone de diez años al lado, pero la fantasía se desvaneció enseguida. No hay teatros más allá de la órbita de Júpiter. De hecho, la idea misma de un teatro probablemente nunca tendrá un significado real para mi hija. Resulta todo muy desconcertante.

Algunas de mis lágrimas de esta mañana se debían a que Simone nunca conocerá a sus abuelos, y viceversa. Serán personajes mitológicos en el curso de su vida, y sólo los conocerá por sus fotografías y sus vídeos. Nunca tendrá la alegría de oír la asombrosa voz de mi madre. Y nunca verá el dulce y tierno amor en los ojos de mi padre.

Tras la muerte de madre, mi padre tuvo buen cuidado de hacer que cada uno de mis cumpleaños resultase una ocasión muy especial. El día en que cumplí doce años, recién trasladados a la villa de Beauvois, padre y yo caminamos juntos bajo la nieve por los cuidados jardines del Château de Villandry. Aquel día me prometió que siempre estaría a mi lado cuando le necesitase. Yo le apreté con fuerza la mano mientras paseábamos a lo largo de los setos. Aquel día lloré también, confesándole (y confesándome a mí misma) lo mucho que me asustaba que también él me abandonase. Él me abrazó contra su pecho y me besó en la frente. Nunca rompió su promesa.

El año pasado, en lo que ahora parece otra vida, mi cumpleaños empezó en un tren de esquiadores junto a la frontera francesa. Estaba todavía despierta a medianoche, reviviendo mi encuentro con Henry a mediodía en el chalet situado

en la ladera del Weissfluhjoch. No le había dicho, cuando lo preguntó de forma indirecta, que él era el padre de Genevieve. No quería darle esa satisfacción.

Pero recuerdo haber pensado en el tren, ¿es justo que le oculte a mi hija el hecho de que su padre es el rey de Inglaterra? ¿Son tan importantes mi propia estima y mi orgullo como para justificar que le impida a mi hija saber que es una princesa? Estaba dándole vueltas en la cabeza a estas preguntas, con la mirada perdida en la noche, cuando Genevieve apareció en mi litera. « Feliz cumpleaños, madre» , dijo sonriendo. Me abrazó. Casi le cuento lo de su padre. Lo habría hecho, estoy segura, de haber sabido en qué iba a parar la expedición Newton. Te echo de menos, Genevieve. Ojalá hubiera podido despedirme adecuadamente.

Los recuerdos son muy peculiares. Esta mañana, en mi depresión, el aluvión de imágenes de cumpleaños anteriores intensificaba mis sentimientos de soledad y de privación. Ahora que estoy de mejor ánimo, saboreo esos mismos recuerdos. Ya no me entristece en este momento el hecho de que Simone no podrá experimentar lo que yo he conocido. Sus cumpleaños serán completamente diferentes a los míos y únicos para su vida. Constituye mi privilegio y mi obligación el hacerlos tan memorables y amorosos como me sea posible.

3

26 de mayo de 2201

Hace cinco horas, comenzaron a producirse en el interior de Rama una serie de extraordinarios acontecimientos. Nos encontrábamos entonces juntos, tomando nuestra cena de rosbif, patatas y ensalada (en un esfuerzo por persuadirnos a nosotros mismos de que lo que comemos es delicioso, tenemos un nombre en clave para cada una de las combinaciones químicas que obtenemos de los ramanos; los nombres son derivaciones aproximadas de la clase de nutrición proporcionada; así, nuestro « rosbif» es rico en proteínas, las « patatas» son fundamentalmente hidratos de carbono, etcétera), cuando oímos un agudo y lejano silbido. Dejamos todos de comer y los hombres se cargaron de ropa de abrigo para subir al exterior. Como persistía el silbido, cogí a Simone, me abrigué bien, envolví a la niña en numerosas mantas y seguí a Michael y Richard a la gélida parte superior.

El silbido era mucho más intenso en la superficie. Estábamos bastante seguros de que procedía del sur, pero, como Rama se hallaba sumida en la oscuridad, nos inspiraba recelo la idea de alejarnos de nuestro refugio. Pero, al cabo de unos minutos, empezamos a ver manchas de luz que se reflejaban en las relucientes superficies de los rascacielos circundantes y nos fue imposible reprimir la curiosidad. Nos deslizamos cautelosamente hacia la orilla meridional de la isla, donde ningún edificio se interpondría entre los impresionantes cuernos del Cuenco Sur de Rama y nosotros.

Cuando llegamos a la orilla del mar Cilíndrico, se estaba desarrollando ya un fascinante espectáculo luminoso. Los arcos de polícroma luz que iluminaban las gigantescas agujas del Cuenco Sur y revoloteaban alrededor de ellas, continuaron durante más de una hora. Hasta la pequeña Simone estaba hipnotizada por los alargados haces amarillos, azules y rojos que saltaban entre las agujas y trazaban irisados diseños en la oscuridad. Cuando, bruscamente, cesó el espectáculo, encendimos las linternas y emprendimos el regreso a nuestro refugio.

Tras caminar durante unos minutos, nuestra animada conversación se vio interrumpida por un lejano y prolongado chillido, evidentemente el sonido de una de las criaturas avícolas que el año pasado nos ayudaron a Richard y a mí a escapar de Nueva York. Nos paramos en seco y aguzamos el oído. Como no

habíamos visto ni oído a ningún avícola desde nuestro regreso a Nueva York para avisar a los ramanos de la inminente llegada de los misiles nucleares, Richard y yo experimentamos una gran excitación. Richard ha acudido varias veces a su madriguera, pero nunca ha obtenido respuesta a los gritos lanzados por el gran corredor vertical. Hace un mes, Richard dijo que creía que los avícolas se habían marchado de Nueva York para siempre; el chillido de esta noche indicaba con toda claridad que por lo menos uno de nuestros amigos estaba todavía por aquí.

A los pocos segundos, antes de que tuviéramos oportunidad de considerar si uno de nosotros debía dirigirse hacia el lugar de donde procedía el silbido, oímos otro sonido, también familiar, que era demasiado fuerte como para que ninguno de nosotros se sintiera tranquilo. Por fortuna las restregantes escobillas no estaban entre nosotros y nuestro refugio. Yo rodeé con los brazos a Simone y eché a correr hacia casa; en mi precipitada carrera en la oscuridad, un par de veces estuve a punto de tropezar contra los edificios. Michael fue el último en llegar. Para entonces, yo había terminado ya de abrir la tapa y la reja. « Son varios» , observó Richard, jadeante, mientras el sonido de los aracnopulpos nos rodeaba, cada vez más intenso. Dirigió el haz luminoso de su linterna hacia la larga calle que se extendía al este de nuestro refugio y vimos dos objetos grandes y oscuros que avanzaban en nuestra dirección.

Normalmente, nos acostamos dentro de las dos o tres horas siguientes a la cena, pero esta noche era una excepción. El espectáculo de luz, el chillido avícola y el encuentro con los aracnopulpos nos había excitado a todos. Hablamos y hablamos. Richard estaba convencido de que iba a suceder algo realmente importante. Nos recordó que la maniobra de impacto terrestre realizada por Rama había estado precedida de un pequeño espectáculo luminoso en el Cuenco Sur. En aquella ocasión, recordó, los cosmonautas de la Newton habían estado de acuerdo en que toda la demostración tenía el sentido de un anuncio o, posiblemente, de una especie de alerta. ¿Cuál era, se preguntaba Richard, el significado de la deslumbrante exhibición de esta noche?

Para Michael, que no había permanecido ningún período largo de tiempo en el interior de Rama antes de que ésta pasara por las proximidades de la Tierra y nunca había tenido contacto directo ni con los avícolas ni con los aracnopulpos, los acontecimientos de esta noche revestían grandes proporciones. Su fugaz atisbo de las tentaculadas criaturas acercándose a nosotros por la calle le hizo comprender el terror que Richard y yo habíamos sentido cuando, el año pasado, corríamos por aquellas extrañas agujas, huyendo de la madriguera de los aracnopulpos.

—¿Son los aracnopulpos los ramanos? —preguntó Michael esta noche—. En tal caso —continuó—, ¿por qué tenemos que huir de ellos? Su tecnología es tan extraordinariamente superior a la nuestra que pueden hacer con nosotros lo que quieran.

—Los aracnopulpos son pasajeros de este vehículo —respondió rápidamente Richard—, igual que nosotros. Y también lo son los avícolas. Los aracnos creen que quizá seamos nosotros los ramanos, pero no están seguros. Los avícolas son un enigma. Sin duda, no pueden ser una especie espacial. ¿Y cómo subieron a bordo? ¿Quizá forman parte del original ecosistema ramano?

Instintivamente, apreté a Simone contra mi cuerpo. Demasiadas preguntas. Demasiado pocas respuestas. Un recuerdo del pobre doctor Takagishi, disecado como un enorme pez o un tigre y colocado en el museo de los aracnopulpos, atravesó mi mente y me hizo estremecer.

—Si somos pasajeros —dije suavemente—, ¿adónde vamos?

Richard suspiró.

—He estado haciendo algunos cálculos —respondió—, y los resultados no son muy alentadores. Aunque estamos viajando muy rápidamente con respecto al Sol, nuestra velocidad es pequeña si utilizamos como sistema de referencia nuestro grupo local de estrellas. Si nuestra trayectoria no cambia, saldremos del sistema solar en la dirección general de la estrella de Barnard. Llegaremos al Sistema Barnard dentro de varios miles de años.

Simone empezó a llorar. Era muy tarde y estaba muy cansada. Me disculpé y fui a la habitación de Michael para amamantarla mientras los hombres observaban todas las informaciones de los sensores que aparecían en la pantalla negra para ver si podían determinar qué estaba sucediendo. Simone chupó ansiosamente en mis pechos, incluso haciéndome daño una vez. Su agitación era en extremo insólita. De ordinario es una niña muy sosegada. « Percibes nuestro miedo, ¿verdad?» , le dije. He leído que los bebés pueden percibir las emociones de los adultos que les rodean. Quizá sea cierto.

Yo seguía sin poder descansar, aun después de que Simone durmiera tranquilamente sobre su manta, en el suelo. Mis sentidos premonitorios me advertían que los acontecimientos de esta noche señalaban una transición a una nueva fase de nuestra vida a bordo de Rama. No me había alentado nada el cálculo de Richard según el cual Rama podría continuar navegando durante más de mil años por el vacío interestelar. Traté de imaginarme viviendo en nuestras actuales condiciones el resto de mi vida y mi mente se rebeló. Sería, ciertamente, una existencia aburrida para Simone. Me encontré formulando una oración, a Dios, a los ramanos o a quienquiera que tuviese poder para alterar el futuro. Mi oración era muy sencilla. Pedía que los venideros cambios enriqueciesen de alguna manera la vida futura de mi hija.

28 de mayo de 2201

De nuevo esta noche se ha oído un prolongado silbido, al que ha seguido un

aparatoso espectáculo luminoso en el Cuenco Sur de Rama. Yo no he ido a verlo. Me he quedado en el refugio con Simone. Michael y Richard no se han encontrado con ninguno de los otros ocupantes de Nueva York. Richard dice que el espectáculo tuvo aproximadamente la misma duración que el primero, pero sus episodios eran considerablemente diferentes. La impresión de Michael es que el único cambio importante producido en el espectáculo se refería a los colores. En su opinión, el color dominante esta noche era el azul, mientras que hace dos días lo fue el amarillo.

Richard tiene la convicción de que los ramanos están enamorados del número tres y de que, por lo tanto, habrá otro espectáculo luminoso cuando vuelva a cerrar la noche. Como los días y las noches en Rama tienen ahora una duración aproximadamente igual de veintitrés horas —período de tiempo que Richard llama equinoccio ramano, correctamente predicho por mi brillante marido en el almanaque que nos dio a Michael y a mí hace cuatro meses—, la tercera exhibición comenzará dentro de otros dos días terrestres. Todos esperamos que algo insólito ocurra poco después de esta tercera demostración. A menos que la seguridad de Simone corra peligro, yo lo presenciaré.

30 de mayo de 2201

Nuestro enorme hogar cilíndrico está experimentando ahora una rápida aceleración que comenzó hace cuatro horas. Richard se halla tan excitado que apenas si puede dominarse. Está convencido de que bajo el elevado Hemicilindro Sur hay un sistema de propulsión que funciona con arreglo a principios físicos que superan las mayores audacias imaginativas de científicos e ingenieros humanos. Observa atentamente los datos de los sensores externos en la pantalla negra, con su querido ordenador portátil en la mano, e introduce ocasionalmente magnitudes diversas sobre la base de lo que ve en el monitor. De vez en cuando, murmura para sus adentros, o dirigiéndose a nosotros, sus conclusiones sobre lo que cree que la maniobra está causando a nuestra trayectoria.

Yo me encontraba inconsciente en el fondo del pozo cuando Rama realizó la corrección de rumbo para alcanzar la órbita de impacto terrestre, así que no sé cuánto tembló el suelo durante aquella maniobra. Richard dice que aquellas vibraciones eran triviales en comparación con las que estamos experimentando ahora. El simple hecho de andar resulta difícil. El suelo salta y se estremece con una frecuencia altísima, como si estuviera funcionando un martillo pilón a sólo unos metros de distancia. Desde que comenzó la aceleración estamos sosteniendo en brazos a Simone. No podemos dejarla en el suelo ni en la cuna, porque la vibración le asusta. Yo soy la única que camina con Simone en brazos, y lo hago con excepcional cautela. Me preocupa de veras perder el equilibrio y caerme —

Richard y Michael se han caído ya dos veces—, y Simone podría resultar gravemente lesionada si yo cayese en mala posición.

Nuestro exiguo mobiliario salta sin cesar por toda la estancia. Hace media hora, una de las sillas saltó disparada hacia el corredor, en dirección a la escalera. Al principio, volvíamos a colocar los muebles en su sitio cada diez minutos más o menos, pero ahora no nos preocupamos de ello, a menos que salgan al pasillo.

En conjunto, ha sido un periodo de tiempo increíble que comenzó con el tercero y último espectáculo luminoso en el sur. Esa noche Richard salió primero, él solo, poco antes de oscurecer. Minutos después, volvió a entrar, lleno de excitación, y agarró a Michael. Cuando regresaron los dos, Michael tenía el mismo aspecto que si hubiese visto un fantasma.

—Aracnopulpos —gritó Richard—. Docenas de ellos están agrupados a lo largo de la costa, a dos kilómetros al este.

—Bueno, en realidad no sabes cuántos hay —observó Michael—. Sólo los hemos visto durante diez segundos como mucho antes de que se apagaran las luces.

—Yo los he estado mirando antes, cuando estaba solo —continuó Richard—. Los pude ver con toda claridad con los prismáticos. Al principio eran solamente un puñado, pero de pronto empezaron a llegar en manadas. Estaba empezando a contarlos, cuando se organizaron en una especie de formación. Al frente de ella parecía hallarse un gigantesco aracno de cabeza a franjas rojas y azules.

—Yo no he visto al gigante rojo y azul, ni tampoco ninguna « formación» —añadió Michael, mientras yo les miraba con incredulidad a los dos—. Pero, desde luego, he visto muchas de las criaturas de cabeza negra y tentáculos negros y dorados. En mi opinión, estaban mirando hacia el sur, esperando que empezase el espectáculo luminoso.

—Hemos visto también a los avícolas —me dijo Richard. Se volvió hacia Michael—. ¿Cuántos dirías tú que volaban en aquella bandada?

—Veinticinco, quizá treinta —respondió Michael.

—Se elevaron a gran altura en el aire sobre Nueva York, chillando mientras ascendían, y luego volaron en dirección norte, por encima del mar Cilíndrico —Richard hizo una breve pausa—. Es probable que esos estúpidos pájaros hayan pasado por esto antes. Yo creo que saben qué va a suceder.

Empecé a envolver a Simone en sus mantas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Richard.

Expliqué que no quería perderme el espectáculo luminoso final. Le recordé también a Richard que me había jurado que los aracnopulpos solamente se aventuraban a salir de noche.

—Ésta es una ocasión especial —respondió confiadamente, justo en el momento en que comenzaba a sonar el silbido.

La función de esta noche me ha parecido más espectacular. Quizá se deba a la expectación con que la aguardaba. El rojo era decididamente el color de la noche. En un momento dado, un ígneo arco rojo se inscribió en un vasto y continuo hexágono que unía las puntas de los seis cuernos menores. Pero a pesar de su espectacularidad, las luces de Rama no fueron el momento estelar de la velada. Al cabo de unos treinta minutos de espectáculo, Michael gritó de pronto: « ¡Mirad!» , y señaló hacia la costa, en la dirección en que él y Richard habían visto antes a los aracnopulpos.

Varias bolas de fuego se habían encendido simultáneamente en el firmamento sobre el helado mar Cilíndrico. Las llamas ardían a unos cincuenta metros de altura e iluminaban una extensión de, aproximadamente, un kilómetro cuadrado en el hielo que se extendía bajo ellas. Durante el minuto aproximado en que pudimos ver con cierto detalle, una gran masa negra fue moviéndose sobre el hielo en dirección sur. Richard me pasó los prismáticos cuando comenzó a decrecer la intensidad de la luz. Pude distinguir algunas criaturas individuales en la masa. Un número sorprendentemente grande de los aracnopulpos tenía diseños coloreados en la cabeza, pero la mayoría eran de una tonalidad gris carbón, como el que nos había perseguido en el refugio. Tanto los tentáculos negros y dorados como las formas de sus cuerpos confirmaban que aquellas criaturas pertenecían a la misma especie que la que habíamos visto trepar por la verja el año pasado. Y Richard tenía razón. Había docenas de ellas.

Cuando la maniobra comenzó, regresamos rápidamente a nuestro refugio. Era peligroso permanecer fuera, en Rama, durante las vibraciones extremas. Ocasionalmente, se desprendían de los rascacielos circundantes pequeños fragmentos que se estrellaban contra el suelo. Simone rompió a llorar en cuanto comenzó el temblor.

Tras un difícil descenso a nuestro refugio, Richard empezó a comprobar los sensores externos, mirando principalmente las posiciones de las estrellas y los planetas (Saturno es ciertamente identificable en algunos de los estados ramanos) y realizando luego cálculos sobre la base de los datos obtenidos en su observación. Michael y yo nos turnábamos para sostener a Simone —finalmente nos sentamos en el rincón de la habitación, donde la unión de las dos paredes nos proporcionaba una cierta sensación de estabilidad— y charlamos sobre las incidencias del día.

Casi una hora después, Richard anunció los resultados de su preliminar determinación de órbita. Dio primeramente los elementos orbitales, con respecto al Sol, de nuestra trayectoria hiperbólica antes de que comenzara la maniobra. Luego, presentó dramáticamente los nuevos elementos osculadores (como él los llamó) de nuestra trayectoria instantánea. En algún recoveco de la mente debo de tener almacenada la información que define el término elemento osculador, pero, afortunadamente, no necesitaba buscarla. Por el contexto general, podía

entender que Richard estaba utilizando una forma taquigráfica de decirnos cuánto había cambiado nuestra hipérbole durante las tres primeras horas de la maniobra. No obstante, se me escapan las implicaciones de un cambio en la excentricidad hiperbólica.

Michael recordaba mejor su mecánica celeste.

—¿Estás seguro? —preguntó, casi inmediatamente.

—Los resultados cuantitativos tienen amplios márgenes de error —respondió Richard—. Pero no puede haber la menor duda sobre la naturaleza cualitativa del cambio de trayectoria.

—Entonces, ¿está aumentando nuestra velocidad de salida del sistema solar? —preguntó Michael.

—En efecto —asintió Richard—. Nuestra aceleración está yendo virtualmente en su totalidad en la dirección que aumenta nuestra velocidad con respecto al Sol. La maniobra ha añadido ya muchos kilómetros por segundo a nuestra velocidad con relación al Sol.

Michael lanzó un silbido.

—Es asombroso —exclamó.

Yo entendía lo esencial de lo que Richard estaba diciendo. Si conservábamos alguna esperanza de estar realizando un viaje que nos devolvería mágicamente a la Tierra, tales esperanzas estaban ahora saltando en pedazos. Rama iba a abandonar el sistema solar mucho más rápidamente de lo que ninguno de nosotros había esperado. Mientras Richard manifestaba su entusiasmo por la clase de sistema de propulsión capaz de comunicar semejante cambio de velocidad a esta «mastodóntica nave espacial», yo amamantaba a Simone y reflexionaba acerca de su futuro. De modo que estamos definitivamente abandonando el sistema solar, pensé, y yendo a algún otro lugar. ¿Veré yo alguna vez otro mundo? ¿Lo verá Simone? ¿Es posible, hija mía, que Rama sea tu único mundo durante toda tu vida?

El suelo continúa vibrando intensamente, pero eso me consuela. Richard dice que nuestra velocidad de escape sigue aumentando con rapidez. Excelente. Siempre que vayamos a algún sitio nuevo, quiero ir allá lo más velozmente posible.

4

5 de junio de 2201

Ayer desperté en medio de la noche al oír el sonido de un persistente golpeteo que llegaba por el corredor vertical de nuestro refugio. Aunque el nivel de ruido del constante temblor es considerable, Richard y yo podíamos oír el golpeteo sin ninguna dificultad. Nos cercioramos de que Simone dormía tranquilamente en la nueva cuna que Richard había construido para reducir al mínimo la vibración y echamos a andar cautelosamente por el corredor vertical.

El golpeteo se iba tornando más intenso a medida que subíamos las escaleras en dirección a la reja que nos protege de visitantes indeseados. En un rellano, Richard se inclinó hacia mí y me susurró que debía de ser « Macduff llamando a la puerta» y que no tardaría en descubrirse nuestra « mala acción» . Yo estaba demasiado tensa como para reírme. Cuando aún nos hallábamos a varios metros de distancia bajo la reja, vimos una gran sombra móvil proyectada frente a nosotros en la pared. Nos detuvimos para estudiarla. Richard y yo nos dimos cuenta al instante de que la cubierta exterior de nuestro refugio estaba abierta —arriba, en Rama, era de día entonces— y de que la criatura ramana, o biot, responsable del golpeteo estaba creando la extraña sombra en la pared.

Instintivamente, agarré de la mano a Richard.

—¿Qué diablos es? —pregunté.

—Debe de ser algo nuevo —respondió suavemente Richard.

Le dije que la sombra semejaba una anticuada bomba extractora subiendo y bajando en medio de un yacimiento petrolífero. Sonrió nerviosamente y asintió.

Tras esperar lo que debieron de ser cinco minutos sin ver ni oír ningún cambio en el rítmico golpeteo del visitante, Richard me dijo que iba a subir hasta la reja, donde podría ver algo más concreto que una sombra. Naturalmente, eso significaba que aquello que estaba golpeando en nuestra puerta podría verle también a él, suponiendo que tuviera ojos o un equivalente aproximado. Por alguna razón, me acordé en ese momento del doctor Takagishi, y me invadió una oleada de miedo. Le di un beso a Richard y le dije que no corriera riesgos.

Cuando llegó al rellano final, justo encima de donde yo permanecía esperando, su cuerpo interceptó parcialmente la luz y tapó a la móvil sombra. El golpeteo cesó bruscamente.

—Es un biot, en efecto —gritó Richard—. Parece un mantis con una mano adicional en medio de la cara.

Se le dilataron de pronto los ojos.

—Y ahora está abriendo la verja —añadió, al tiempo que se apresuraba a saltar del rellano.

Un segundo después estaba a mi lado. Me cogió de la mano y bajamos corriendo juntos varios tramos de escaleras. No nos detuvimos hasta llegar al nivel de nuestro alojamiento, varios rellanos más abajo.

Podíamos oír ruido de movimientos encima de nosotros.

—Había otro mantis y por lo menos un biot bulldozer detrás del primer mantis —dijo Richard, jadeando—. En cuanto me vieron empezaron a retirar la verja… Al parecer, estaban dando los golpes sólo para avisarnos de su presencia.

—Pero ¿qué quieren? —pregunté retóricamente. El ruido continuaba aumentando encima de nosotros—. Parece un ejército —observé.

Al cabo de unos segundos, les oímos descender por la escalera.

—Debemos estar preparados para largarnos —exclamó frenéticamente Richard—. Tú coge a Simone, y yo despertaré a Michael.

Descendimos rápidamente por el corredor en dirección a la zona que habitábamos. El ruido había despertado ya a Michael, y Simone estaba inquieta también. Nos acurrucamos en nuestra habitación principal, sentados en el vibrante suelo frente a la negra pantalla, y aguardamos la llegada de los invasores foráneos. Richard había preparado una petición por teclado para los ramanos que, con la acción de dos mandos adicionales, haría elevarse la pantalla del mismo modo que cuando nuestros invisibles benefactores se disponían a suministrarnos algún nuevo producto.

—Si nos atacan —dijo Richard—, nos aventuraremos en los túneles que se extienden detrás de la pantalla.

Transcurrió media hora. Por el ruido que llegaba de la escalera nos dábamos cuenta de que los intrusos se encontraban ya al nivel de nuestro refugio, pero ninguno de ellos había entrado aún en el pasillo que daba a nuestra residencia. Al cabo de otros quince minutos, la curiosidad venció a mi marido.

—Voy a examinar la situación —dijo Richard, dejando a Michael conmigo y con Simone.

Regresó antes de cinco minutos.

—Hay quince, quizá veinte —nos dijo, con el ceño fruncido y expresión desconcertada—. Tres mantis en total, más dos tipos diferentes de biots bulldozer. Parecen estar construyendo algo en el otro lado del refugio.

Simone había vuelto a dormirse. La puse en la cuna y, luego, seguí a los dos hombres en dirección al ruido. Al llegar al área circular desde la que suben las escaleras hacia la abertura que da a Nueva York, encontramos un torbellino de actividad. Era imposible seguir todo el trabajo que se realizaba en el lado opuesto

de la estancia. Los mantis parecían supervisar a los biots bulldozer, que ensanchaban un corredor horizontal al otro lado de la circular sala.

—¿Tiene alguien idea de lo que están haciendo? —pregunto Michael en un susurro.

—Ni la más mínima —respondió Richard.

Han pasado ya casi veinticuatro horas, y todavía no está claro qué es exactamente lo que están construyendo los biots. Richard cree que la ampliación del corredor tiene por objeto acomodar alguna clase de nueva instalación. También ha sugerido que, casi con toda seguridad, toda esta actividad tiene algo que ver con nosotros, ya que, al fin y al cabo, se está produciendo en nuestro refugio.

Los biots trabajan sin pararse a descansar, comer ni dormir. Parecen estar siguiendo algún plan o procedimiento que les ha sido completamente comunicado, pues ninguno de ellos consulta nada. Su incansable actividad constituye un espectáculo impresionante. Por su parte, los biots no han dado ni una sola vez muestras de haber reparado en nuestra presencia.

Hace una hora, Richard, Michael y yo hemos hablado brevemente sobre la frustración que experimentamos al no saber qué es lo que está sucediendo a nuestro alrededor. En un momento dado, Richard sonrió.

—En realidad, no es dramáticamente diferente de la situación en la Tierra —dijo vagamente.

Cuando Michael y yo le instamos a que explicara qué quería decir, Richard hizo un amplio gesto con la mano.

—Incluso allí —respondió, con aire abstraído— nuestro conocimiento es notablemente limitado. La búsqueda de la verdad es siempre una experiencia frustrante.

8 de junio de 2201

Me resulta inconcebible que los biots hayan podido terminar tan rápidamente la instalación. Hace dos horas, el último de ellos, el mantis capataz que a primera hora de la tarde nos había hecho seña (utilizando la «mano» que tiene en medio de la «cara») de que inspeccionáramos la nueva habitación, subió finalmente por la escalera y desapareció. Richard dice que se había quedado en nuestro refugio hasta cerciorarse de que entendíamos todo.

El único objeto que hay en la nueva habitación es un estrecho tanque rectangular que, evidentemente, ha sido diseñado para nosotros. Sus costados son de metal brillante y tiene unos tres metros de altura. En cada uno de sus dos extremos hay una escalera de mano que va desde el suelo hasta el borde del tanque. Un sólido pasadizo discurre a lo largo del perímetro exterior del tanque, a

pocos centímetros por debajo del borde.

Dentro de la estructura rectangular hay cuatro hamacas de red sujetas a las paredes. Cada una de estas fascinantes creaciones ha sido realizada individualmente para un miembro concreto de nuestra familia. Las hamacas para Michael y Richard están cada una en un extremo del tanque; Simone y yo tenemos nuestros lechos de red en el centro, estando su diminuta hamaca al lado de la mía.

Por supuesto, Richard ha examinado ya detalladamente toda la disposición. Como hay una tapa para el tanque y las hamacas están colocadas en la cavidad, a una distancia de entre medio metro y uno de la parte superior, ha llegado a la conclusión de que el tanque se cierra y, luego, se llena probablemente de algún fluido. Pero ¿por qué lo han construido? ¿Nos van a someter a alguna serie de experimentos? Richard está seguro de que nos van a hacer algunas pruebas, pero Michael dice que el utilizarnos como conejillos de Indias es « incompatible con la personalidad ramana» que hemos observado hasta el momento. No pude por menos de echarme a reír ante su comentario. Michael ha ampliado su incurable optimismo religioso hasta incluir también en él a los ramanos. Él siempre da por supuesto, como el doctor Pangloss de Voltaire, que vivimos en el mejor de todos los mundos posibles.

El mantis capataz se mantuvo en las proximidades, generalmente observando desde el pasadizo superior del tanque, hasta que cada uno de nosotros nos hubimos tendido en nuestra hamaca. Richard hizo notar que, aunque las hamacas se hallaban situadas a alturas distintas a lo largo de las paredes, todos nos « hundiremos» a la misma profundidad, aproximadamente, cuando ocupemos los lechos de red. Esta redecilla es ligeramente elástica y recuerda al material tipo celosía que ya antes hemos encontrado en Rama. Mientras « probaba» mi hamaca esta tarde, su elasticidad me recordaba el miedo y el júbilo que a un tiempo experimenté durante mi fantástica travesía, envuelta en el reticulado arnés, sobre el mar Cilíndrico. Cuando cerraba los ojos, me resultaba fácil imaginarme de nuevo sobre el agua, suspendida bajo los tres gigantescos avícolas que me transportaban a la libertad.

A lo largo de la pared del refugio, detrás del tanque según se mira desde la zona que habitamos, hay una serie de gruesas tuberías conectadas directamente con el tanque. Sospechamos que tienen por objeto transportar alguna clase de fluido que llene el volumen del tanque. Supongo que no tardaremos en averiguarlo.

Y ¿qué hacemos ahora? Los tres estamos de acuerdo en que debemos limitarnos a esperar. Sin duda, pasaremos algún tiempo en el interior de este tanque. Pero hemos de suponer qué nos dirán cuando llegue el momento adecuado.

10 de junio de 2201

Richard tenía razón. Estaba seguro de que el intermitente silbido de baja frecuencia que se oyó ayer a primera hora anunciaba otra transición de fase de la misión. Incluso sugirió que quizá debiéramos dirigirnos al nuevo tanque y estar preparados para tomar posiciones en nuestras hamacas individuales. Michael y yo discutimos con él, insistiendo en que no había información suficiente para llegar a semejante conclusión.

Hubiéramos debido seguir el consejo de Richard. Hicimos caso omiso del silbido y continuamos con nuestra rutina normal (si puede utilizarse ese término para calificar nuestra existencia en el interior de esta nave espacial de origen extraterrestre). Unas tres horas después, el mantis capataz apareció de pronto en la puerta de nuestra habitación principal y me dio un susto de muerte. Señaló hacia el corredor con sus peculiares dedos e indicó claramente que debíamos movernos con rapidez.

Simone estaba todavía dormida, y no le hizo ninguna gracia que la despertase. También estaba hambrienta, pero el biot mantis me impidió que me entretuviera en alimentarla. Así pues, Simone lloraba espasmódicamente mientras cruzábamos nuestro refugio en dirección al tanque.

Un segundo mantis estaba esperando en el pasadizo que circunda el borde del tanque. Sostenía nuestros cascos transparentes en sus extrañas manos. Debía de ser el inspector, pues este segundo mantis no nos permitió descender a nuestras hamacas hasta haberse cerciorado de que los cascos quedaban adecuadamente colocados sobre nuestras cabezas. El material plástico o de cristal que forma la parte delantera del casco es en verdad extraordinario; podemos ver perfectamente a través de él. La parte inferior de los cascos es también notable. Está hecha de un material viscoso, semejante al caucho, que se adhiere firmemente a la piel y crea un cierre impermeable.

Llevábamos sólo treinta segundos tendidos en nuestras hamacas cuando una poderosa presión nos oprimió contra los elementos reticulares con tal fuerza que nos hundimos hasta la mitad de la profundidad del vacío tanque. Un instante después, diminutas hebras (parecían brotar del material de la hamaca) se enroscaron en torno a nuestros cuerpos, dejándonos libres solamente los brazos y el cuello. Volví la vista hacia Simone para ver si lloraba; tenía una amplia sonrisa en la cara.

El tanque había comenzado ya a llenarse de un líquido color verde claro. En menos de un minuto quedamos envueltos por él. Su densidad era muy parecida a la nuestra, pues permanecimos semiflotando en la superficie hasta que la parte superior del tanque se cerró y el líquido llenó completamente el volumen. Aunque consideraba improbable que corriéramos realmente ningún peligro, me asusté cuando la tapa se cerró sobre nuestras cabezas. Todos sufrimos un poco de

claustrofobia.

La fuerte aceleración continuó durante todo este tiempo. Por fortuna, la oscuridad no era absoluta en el interior del tanque. Había diminutas luces esparcidas por su tapa. Veía a Simone a mi lado, bamboleándose su cuerpo como una boya, e incluso podía divisar a Richard a lo lejos.

Permanecimos en el interior del tanque poco más de dos horas. Richard se hallaba tremendamente excitado cuando terminamos. Nos dijo a Michael y a mí que estaba seguro de que acabábamos de finalizar una « prueba» para ver cómo podíamos resistir fuerzas « excesivas» .

—No se conforman con las insignificantes aceleraciones que hemos estado experimentando hasta ahora —nos informó exuberantemente—. Los ramanos quieren aumentar realmente la velocidad. Para conseguirlo, la nave espacial debe ser sometida prolongadamente a una elevada aceleración. Este tanque ha sido diseñado para proporcionarnos una amortiguación que permita a nuestra estructura biológica acomodarse al insólito entorno.

Richard se pasó todo el día haciendo cálculos y hace unas horas que nos ha mostrado su reconstrucción preliminar del « incidente acelerador» de ayer.

—¡Mirad esto! —gritó, casi sin poder dominarse—. Hemos realizado un cambio de velocidad equivalente de setenta kilómetros por segundo durante ese breve período de dos horas. ¡Es algo absolutamente monstruoso para una nave espacial de las dimensiones de Rama! Hemos estado acelerando todo el tiempo a razón de casi diez G. —Nos dirigió una sonrisa—. Esta nave es de una adaptabilidad extraordinaria.

Cuando finalizamos la prueba en el tanque, inserté a todos, incluidas Simone y yo, un nuevo juego de sondas biométricas. No he encontrado ninguna reacción insólita, por lo menos nada que suscite alarma, pero confieso que todavía me preocupa un poco la forma en que nuestros cuerpos reaccionarán a la tensión. Hace unos momentos, Richard me regañaba afablemente.

—Sin duda, los ramanos están observando también —dijo, indicando que consideraba innecesaria la biometría—. Apuesto a que ellos están tomando sus propios datos por medio de esas hebras.

5

19 de junio de 2201

Mi vocabulario es inadecuado para describir mis experiencias de los últimos días. La palabra «asombroso», por ejemplo, no consigue expresar el verdadero sentido de lo extraordinarias que han sido estas largas horas en el tanque. Las dos únicas experiencias remotamente similares que he tenido en mi vida fueron inducidas ambas por la ingestión de sustancias químicas catalíticas, primero durante la ceremonia poro en Costa de Marfil cuando tenía siete años y después, más recientemente, después de beber el frasco de Omeh mientras me encontraba en el fondo del pozo en Rama. Pero esos viajes, visiones o lo que fuesen tuvieron el carácter de incidentes aislados y de duración relativamente breve. Mis recientes episodios en el tanque han durado horas.

Antes de entregarme de lleno a la descripción del mundo interior de mi mente, debo resumir primero los acontecimientos «reales» de la semana pasada, a fin de poder situar en su contexto los episodios alucinatorios. Nuestra vida cotidiana ha adoptado ahora una pauta periódica. La nave espacial continúa maniobrando, pero de dos modos distintos: «regular», cuando el suelo vibra y todo se mueve, pero se puede desarrollar una vida casi normal, y «superimpulso», cuando Rama acelera a un ritmo feroz. El propósito es, evidentemente, que durmamos durante las fases de superimpulso. Las diminutas luces que brillan sobre nuestras cabezas en el tanque cerrado se apagan después de los veinte primeros minutos de cada fase y permanecemos allí tendidos, en total oscuridad, hasta cinco minutos antes del final del período de ocho horas.

Todo este rápido cambio de velocidad está acelerando, según Richard, nuestro escape respecto del Sol. Si la maniobra actual mantiene su magnitud y su dirección, y continúa durante un mes, estaremos viajando a la mitad de la velocidad de la luz con respecto a nuestro sistema solar.

—¿Adónde vamos? —preguntó ayer Michael.

—Todavía es demasiado pronto para decirlo —respondió Richard—. Todo lo que sabemos es que nos estamos desplazando a una velocidad fantástica.

La temperatura y la densidad del líquido existente en el interior del tanque han ido siendo cuidadosamente reguladas en cada período hasta que ahora son exactamente iguales a las nuestras. Como consecuencia, cuando permanezco allí

tendida, en la oscuridad, no siento absolutamente nada más que una fuerza apenas perceptible hacia abajo. Mi mente me dice siempre que estoy dentro de un tanque de aceleración, rodeada de alguna especie de fluido que almohadilla mi cuerpo para protegerlo de la poderosa fuerza, pero la ausencia de sensación me hace finalmente perder por completo toda percepción de mi cuerpo. Es entonces cuando comienzan las alucinaciones. Es casi como si fuese necesaria una aportación sensorial normal al cerebro para mantenerme funcionando adecuadamente. Si mi cerebro no recibe ningún sonido, ninguna visión, ningún sabor, ningún olor y ningún dolor, entonces su actividad se torna desordenada.

Hace dos días traté de comentar con Richard este fenómeno, pero se limitó a mirarme como si estuviese loca. Él no ha tenido alucinaciones. El tiempo que pasa en la « zona crepuscular» (su denominación para el período de ausencia de percepciones sensoriales que precede al sueño profundo) lo dedica a realizar cálculos matemáticos, a evocar una amplia diversidad de mapas de la Tierra o, incluso, a revivir sus más destacados momentos sexuales. Ciertamente, él controla su cerebro, incluso en ausencia de percepciones sensoriales. Por eso es por lo que somos tan diferentes. Mi mente quiere encontrar una dirección propia cuando no está siendo utilizada para tareas tales como procesar los miles de millones de datos que llegan desde todas las demás células de mi cuerpo.

Las alucinaciones comienzan de ordinario con una manchita roja o verde que aparece en la absoluta oscuridad que me rodea. A medida que la manchita se va agrandando, se le agregan otros colores, generalmente amarillo, azul y púrpura. Cada uno de los colores adopta rápidamente su propia pauta irregular y se extiende por mi campo visual. Lo que veo se convierte en un caleidoscopio de brillantes colores. El movimiento en el campo acelera, hasta que cientos de franjas y manchas se funden en una sola furiosa explosión.

En medio de esta borrachera de color, se forma siempre una imagen coherente. Al principio, no puedo decir de qué se trata exactamente, pues la figura o figuras son muy pequeñas, como si estuviesen lejos, muy lejos. A medida que se acerca, la imagen cambia de color varias veces, lo que incrementa el carácter surrealista de la visión y mi sensación interna de pavor. Más de la mitad de las veces, la imagen que finalmente se define contiene a mi madre, o algún animal, como un leopardo o una leona, en el que intuitivamente reconozco a mi madre disfrazada. Mientras me limito a mirar, sin intento volitivo alguno de interactuar con mi madre, ella continúa formando parte de la cambiante imagen. Sin embargo, si trato de contactar con madre de alguna manera, ella o el animal que la representa, desaparece inmediatamente, dejándome con una abrumadora sensación de haber sido abandonada.

Durante una de mis recientes alucinaciones, las oleadas de color se quebraron en dibujos geométricos y éstos, a su vez, se convirtieron en siluetas humanas que caminaban en fila india por mi campo visual. Encabezaba la procesión Omeh,

ataviado con una brillante túnica verde. Las dos últimas figuras del grupo eran ambas mujeres, las heroínas de mi adolescencia, Juana de Arco y Leonor de Aquitania. La primera vez que oí sus voces, la procesión se disolvió y la escena cambió al instante. Me encontré de pronto a bordo de un pequeño bote de remos, entre la niebla de la madrugada, en el pequeño estanque de patos próximo a nuestra villa de Beauvois. Yo temblaba de miedo y empecé a llorar incontroladamente. Juana y Leonor aparecieron por entre la niebla para asegurarme que mi padre no se iba a casar con Helena, la duquesa inglesa con quien se había marchado de vacaciones a Turquía.

Otra noche, la obertura de color fue seguida por una extraña función teatral representada en algún lugar de Japón. Había en la alucinatoria obra solamente dos personajes y los dos llevaban máscaras brillantes y expresivas. El hombre que vestía traje y corbata occidentales recitaba poesía y tenía ojos espléndidamente claros y límpidos que podían verse a través de su amistosa máscara. El otro hombre parecía un guerrero samurai del siglo XVII. Su máscara era un perpetuo rictus ceñudo. Empezó a amenazarnos a mí y a su colega, más moderno. Al final de esta alucinación, lancé un grito porque los dos hombres se reunieron en el centro del escenario y se fundieron en un solo personaje.

Algunas de mis más poderosas imágenes alucinatorias han durado sólo unos pocos instantes. La segunda o la tercera noche, un desnudo príncipe Henry, devorado por el deseo y con el cuerpo de un vibrante color púrpura, apareció durante dos o tres segundos en medio de otra visión en la que yo cabalgaba sobre un gigantesco aracnopulpo verde.

Durante el período de sueño de ayer, transcurrieron varias horas sin que hubiera ningún color. Luego, mientras me daba cuenta de que estaba increíblemente hambrienta, apareció en la oscuridad un gigantesco melón rosado. Cuando intenté comerlo, le salieron patas al melón, echó a correr y desapareció entre manchas de colores difuminadas.

¿Hay algún significado en algo de esto? ¿Puedo aprender alguna cosa acerca de mí misma o de mi vida en estas emanaciones aparentemente aleatorias de mi mente descontrolada?

La discusión sobre el significado de los sueños dura ya casi tres siglos y permanece sin resolverse. A mí me parece que estas alucinaciones mías se hallan más alejadas aún de la realidad que los sueños normales. En cierto sentido, son parientes lejanas de los dos viajes psicodélicos que realicé en una época anterior de mi vida, y sería absurdo cualquier intento de interpretarlas lógicamente. Sin embargo, por alguna razón desconocida, yo creo que en estas extrañas y aparentemente inconexas turbulencias de mi mente se contienen algunas verdades fundamentales. Quizá sea ello debido a que no puedo aceptar que el cerebro humano funcione jamás a impulsos del puro azar.

22 de julio de 2201

Ayer dejó de temblar finalmente el suelo. Richard lo había predicho. Cuando, hace dos días, no regresamos al tanque a la hora acostumbrada, Richard conjeturó correctamente que la maniobra estaba casi terminada.

Así pues, entramos en otra fase más de nuestra increíble odisea. Mi marido nos informa de que estamos ahora viajando a una velocidad superior a la mitad de la de la luz. Eso significa que estamos recorriendo la distancia Tierra-Luna aproximadamente cada dos segundos. Avanzamos en dirección, más o menos, a la estrella Sirio, la más brillante en el cielo nocturno de nuestro planeta natal. Si no hay nuevas maniobras, llegaremos a las proximidades de Sirio dentro de otros doce años.

Me conforta el hecho de que nuestra vida pueda retornar ahora a alguna especie de equilibrio local. Simone parece haber superado sin grandes dificultades los largos períodos de permanencia en el tanque, pero no puedo creer que una experiencia semejante deje totalmente ilesa a una niña pequeña. Es importante para ella que restablezcamos ahora una rutina cotidiana.

En los momentos en que me encuentro a solas suelo pensar todavía en aquellas vívidas alucinaciones que me asaltaban durante los diez primeros días en el tanque. Debo confesar que me alegré cuando finalmente soporté varias « zonas crepusculares» de privación sensorial total sin que afluyeran en tropel a mi mente los extraños diseños de colores y las descoyuntadas imágenes. Estaba empezando a preocuparme por mi salud mental y, con toda franqueza, me hallaba ya más que abrumada. Aunque las alucinaciones cesaron bruscamente, el recuerdo de la intensidad de aquellas visiones me hacía ponerme en guardia durante las últimas semanas cada vez que se apagaban las luces de la parte superior del tanque.

Después de aquellos diez primeros días solamente tuve una visión adicional más, y es posible que, en realidad, se tratara de un sueño extremadamente vívido acaecido durante un período normal de descanso. Pese a que esta imagen particular no era tan nítida como las anteriores, he retenido, sin embargo, todos los detalles debido a su similitud con una de las fases alucinatorias que tuve cuando me encontraba en el fondo del pozo el año pasado.

En mi sueño, o visión, final, yo estaba sentada con mi padre en un concierto al aire libre que se celebraba en un lugar desconocido. Un anciano caballero oriental de larga barba blanca se hallaba solo en el escenario, tocando música con alguna especie de extraño instrumento de cuerda. Pero, a diferencia de mi visión en el fondo del pozo, mi padre y yo no nos convertimos en pájaros y huimos volando a Chinon, en Francia. En lugar de ello, el cuerpo de mi padre desapareció por completo, dejando solamente sus ojos. A los pocos segundos,

había otros cinco pares de ojos que formaban un hexágono en el aire sobre mí. Reconocí inmediatamente los ojos de Omeh, y los de mi madre, pero los otros tres me eran desconocidos. Los ojos, situados en los vértices del hexágono, me miraban fijamente, sin parpadear, como si trataran de comunicarme algo. Justo antes de que la música cesara, oí un único y claro sonido. Varias voces pronunciaron simultáneamente la palabra « peligro» .

¿Cuál era el origen de mis alucinaciones y por qué era yo la única de los tres que las experimentaba? Richard y Michael también se hallaban sujetos a privación sensorial y ambos han admitido que algunas formas extrañas flotaban « delante de sus caras» , pero sus imágenes nunca eran coherentes. Si, como hemos conjeturado, los ramanos nos inyectaban inicialmente alguna sustancia química, por medio de las finas hebras que nos enroscaban al cuerpo, para ayudarnos a dormir en un medio extraño, ¿por qué era yo la única en responder con tan turbulentas visiones?

Richard y Michael creen que la contestación es sencilla, que yo soy « persona de imaginación hiperactiva y gran labilidad a la acción de las drogas» . Por lo que a ellos se refiere, ésa es toda la explicación. No analizan más el tema y, aunque se muestran corteses cuando planteo las numerosas cuestiones relacionadas con mis « viajes» , no parecen sentir ya ningún interés. De Richard podría haber esperado esa clase de respuesta, pero, ciertamente, no de Michael.

En realidad, nuestro predecible general O'Toole no ha sido completamente el mismo desde que comenzaron nuestras sesiones en el tanque. Es evidente que ha estado preocupado por otros asuntos. Sólo esta mañana he tenido un pequeño atisbo de lo que se ha estado desarrollando en su mente.

—Sin admitirlo conscientemente —dijo por fin Michael, hablando despacio y después de que yo le hubiera estado acosando durante varios minutos con amistosas preguntas—, siempre he redefinido y relimitado a Dios con cada nuevo avance logrado en la ciencia. Había logrado integrar en mi catolicismo un concepto de los ramanos, pero con ello no había hecho más que ampliar mi limitada definición de Él. Ahora, cuando me encuentro a bordo de una nave espacial robot que viaja a velocidades relativistas, comprendo que debo liberar completamente a Dios. Sólo así puede Él erigirse en el ser supremo de todas las partículas y procesos del Universo.

El desafío de *mi* vida en el próximo futuro se encuentra en el otro extremo. Richard y Michael se centran en ideas profundas, Richard en el campo de la ciencia y la ingeniería, Michael en el mundo del alma. Aunque disfruto plenamente con las estimulantes ideas producidas por cada uno de ellos en su separada búsqueda de la verdad, alguien debe prestar atención a las tareas cotidianas de la vida. Después de todo, los tres tenemos la responsabilidad de preparar para su vida adulta a nuestro único miembro de la próxima generación. Parece como si la tarea familiar fundamental me correspondiera siempre a mí.

Es una responsabilidad que acepto gustosa. Cuando Simone me dirige una radiante sonrisa durante una pausa en su lactancia, no pienso en mis alucinaciones, no importa realmente tanto si existe o no Dios, y carece de relevancia el hecho de que los ramanos hayan desarrollado un método para utilizar el agua como combustible nuclear.

En ese instante, lo único importante es que soy la madre de Simone.

31 de julio de 2201

La primavera ha llegado definitivamente a Rama. El deshielo comenzó tan pronto como concluyó la maniobra. Para entonces, la temperatura en la parte superior había alcanzado el gélido nivel de veinticinco grados bajo cero, y habíamos empezado a preocuparnos por cuánto más podría bajar la temperatura exterior antes de que el sistema que regula las condiciones térmicas de nuestro refugio se viera forzado al límite. Desde entonces, la temperatura ha estado subiendo constantemente a razón de casi un grado diario y, a ese ritmo, dentro de dos semanas más rebasaremos el punto de congelación.

Estamos ya fuera del sistema solar, en el vacío casi perfecto que llena los inmensos espacios entre estrellas vecinas. Nuestro sol continúa siendo el objeto dominante en el firmamento, pero ninguno de los planetas es siquiera visible. Dos o tres veces a la semana, Richard escruta los datos telescópicos en busca de alguna señal de los cometas contenidos en la Nube Oort, pero hasta el momento no ha visto nada.

¿De dónde procede el calor que caldea el interior de nuestro vehículo? Nuestro ingeniero jefe, el atractivo cosmonauta Richard Wakefield, formuló rápidamente una explicación cuando Michael le formuló ayer la pregunta.

—El mismo sistema nuclear que producía el enorme cambio de velocidad está ahora probablemente generando el calor. Rama debe de tener dos regímenes operativos distintos. Cuando se encuentra en las proximidades de una fuente de calor, como una estrella, desconecta todos sus sistemas primarios, incluido el control térmico y de propulsión.

Michael y yo felicitamos a Richard por su eminentemente verosímil explicación.

—Pero —aduje yo—, todavía quedan muchas otras preguntas. ¿Por qué, por ejemplo, tiene los dos sistemas operativos distintos? ¿Y por qué desconecta el primario?

—Ahí sólo puedo aventurar hipótesis —respondió Richard, con su habitual sonrisa—. Quizás el sistema primario necesita reparaciones periódicas y éstas sólo pueden realizarse cuando existe una fuente externa de calor y energía. Ya habéis visto cómo los diversos biots se ocupan de la superficie de Rama. Quizás

hay otro grupo de biots encargado del mantenimiento de los sistemas primarios.

—Yo tengo otra idea —dijo lentamente Michael—. ¿Creéis que es deliberado que estemos a bordo de esta nave espacial?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Richard, frunciendo el ceño.

—¿Crees que es un acontecimiento casual el que estemos aquí? ¿O es verosímil, dadas las probabilidades y la naturaleza de nuestra especie, que en estos momentos se encuentren dentro de Rama algunos miembros de la especie humana?

Me agradó el razonamiento de Michael. Estaba insinuando, aunque tampoco él lo entendía muy bien, que quizá los ramanos no sólo eran unos genios en las ciencias físicas y la ingeniería. Quizá sabían también algo de psicología universal. Richard no estaba de acuerdo.

—¿Estás sugiriendo —pregunté yo— que los ramanos utilizaron deliberadamente sus sistemas secundarios en las proximidades de la Tierra, esperando con ello atraernos a una cita?

—Eso es absurdo —exclamó inmediatamente Richard.

—Pero, Richard —insistió Michael—, piensa en ello. ¿Cuál habría sido la probabilidad de un contacto si los ramanos se hubieran introducido en nuestro sistema a una fracción apreciable de la velocidad de la luz y, tras rodear el Sol, hubieran continuado su camino? Absolutamente nula. Y, como tú mismo has indicado, puede que haya también otros «extranjeros», si es que podemos llamarnos así, a bordo de esta nave. Dudo que muchas especies tengan la capacidad…

Durante una pausa en la conversación recordé a los hombres que el mar Cilíndrico pronto se fundiría desde abajo y que inmediatamente después se producirían huracanes y grandes mareas. Más tarde convinimos en que debíamos recuperar la lancha de la instalación Beta.

Los hombres tardaron poco más de doce horas en el camino de ida y vuelta por el hielo. Había caído ya la noche cuando regresaron. En el momento en que Richard y Michael llegaron al refugio, Simone, que ya es plenamente consciente de cuanto la rodea, extendió los brazos hacia Michael.

—Veo que alguien se alegra de mi vuelta —exclamó bromeando Michael.

—Con tal de que sea sólo Simone —comentó Richard. Parecía extrañamente tenso y distante.

Anoche, continuaba su peculiar estado de ánimo.

—¿Qué ocurre, querido? —le pregunté, cuando estábamos solos los dos en la esterilla. No respondió inmediatamente, así que le di un beso en la mejilla y esperé.

—Se trata de Michael —dijo por fin Richard—. Hoy me he dado cuenta, mientras llevábamos el bote sobre el hielo, de que está enamorado de ti. Deberías oírle. No habla más que de ti. Tú eres la madre perfecta, la esposa perfecta, la

amiga perfecta. Incluso confesó que me tenía envidia.

Acaricié a Richard durante unos momentos, mientras trataba de decidir mi reacción.

—Creo que estás dando demasiada importancia a unas observaciones casuales, querido —indiqué finalmente—. Michael no hacía más que expresar su sincero afecto. Yo también le aprecio mucho…

—Lo sé, eso es lo que me preocupa —me interrumpió Richard con brusquedad—. Él cuida de Simone la mayor parte del tiempo en que tú estás ocupada, os pasáis los dos horas y horas hablando mientras yo trabajo en mis proyectos…

Se interrumpió y me miró con una expresión extraña y abatida en los ojos. Su mirada era medrosa. Éste no era el mismo Richard Wakefield que conozco íntimamente desde hace más de un año. Un escalofrío me recorrió el cuerpo antes de que sus ojos se suavizaran y se inclinara sobre mí para besarme.

Después de que hicimos el amor y él se quedó dormido, Simone rebulló y decidí darle de mamar. Mientras lo hacía, rememoré todo el período de tiempo transcurrido desde que Michael nos encontró al pie de la telesilla. No había nada que yo pudiese citar que hubiera causado a Richard el más mínimo sentimiento de celos. Incluso nuestra relación sexual se ha mantenido regular y satisfactoria durante todo el tiempo, aunque debo reconocer que no ha sido demasiado imaginativa desde el nacimiento de Simone.

La extraña mirada que había visto en los ojos de Richard continuó acosándome aun después de haber terminado de amamantar a Simone. Me prometí a mí misma encontrar más tiempo para estar a solas con Richard en las próximas semanas.

6

20 de junio de 2202

Hoy he comprobado que estoy embarazada de nuevo. Michael se ha mostrado encantado; Richard, en cambio, ha manifestado una frialdad sorprendente. Al hablar en privado con Richard, me ha confesado que estaba experimentando sentimientos encontrados, porque Simone ha llegado a la etapa en que ya no necesita una atención constante. Le he recordado que cuando, hace dos meses, hablamos de tener otro hijo, él dio entusiásticamente su consentimiento. Richard me ha sugerido que su anhelo por engendrar un segundo hijo se hallaba fuertemente influenciado por mi «evidente excitación» en el momento.

El nuevo bebé llegará a mediados de marzo. Para entonces, habremos terminado la habitación infantil y tendremos espacio suficiente para toda la familia. Lamento que Richard no se sienta emocionado por volver a ser padre, pero me alegra el hecho de que Simone tendrá ahora un compañero de juegos.

15 de marzo de 2203

Catharine Colin Wakefield (la llamaremos Katie) nació el 13 de marzo a las 6.16 de la mañana. Fue un parto fácil, sólo cuatro horas desde las primeras contracciones. No hubo dolores intensos en ningún momento. Di a luz en cuclillas y me encontraba tan bien que corté el cordón umbilical yo misma.

Katie llora ya mucho. Tanto Genevieve como Simone fueron bebés dulces y apacibles, pero, evidentemente, Katie va a ser una alborotadora. A Richard le ha agradado que yo quisiera ponerle el nombre de su madre. Yo había esperado que quizás esta vez se sintiera más interesado en su papel de padre, pero está ahora demasiado ocupado trabajando en su «base de datos perfecta» (clasificará y proporcionará rápido acceso a toda nuestra información) como para prestar mucha atención a Katie.

Mi tercera hija pesó al nacer poco menos de cuatro kilogramos y medía 54 centímetros. Casi con toda seguridad, Simone no pesaba tanto cuando nació, pero entonces no teníamos una báscula precisa. La piel de Katie es bastante clara, casi

blanca, de hecho, y también su pelo lo es mucho más que los negros rizos de su hermana. Sus ojos son sorprendentemente azules. Sé que no es raro que los bebés tengan los ojos azules y que, con frecuencia, se les oscurecen considerablemente en el primer año. Pero nunca esperé que un hijo mío tuviera ni por un momento ojos azules.

18 de mayo de 2203

Me cuesta creer que Katie tenga ya más de dos meses. ¡Es una niña tan absorbente! Ya debería haberle enseñado a no estirarme de los pezones, pero no puedo quitarle la costumbre. Se muestra especialmente difícil cuando se halla presente alguien más mientras le doy de mamar. Con sólo que vuelva la cabeza para hablar con Michael o Richard, o, en particular, si trato de responder a una de las preguntas de Simone, Katie me estira del pezón con todas sus fuerzas.

Richard se ha venido mostrando en extremo sombrío últimamente. A veces, es el mismo de siempre, brillante, ingenioso, y nos hace reír a Michael y a mí con sus eruditas bromas; sin embargo, su humor puede cambiar en un instante. Una simple observación aparentemente inocua de cualquiera de nosotros puede sumirle en la depresión o, incluso, enfurecerle.

Sospecho que el verdadero problema de Richard en la actualidad es el aburrimiento. Ha terminado su proyecto de base de datos y no ha comenzado aún otra actividad importante. El fabuloso ordenador que construyó el año pasado contiene subrutinas que convierten casi en rutinaria nuestra interacción con la pantalla negra. Richard podría añadir un poco de variedad a sus días desempeñando un papel más activo en el desarrollo y la educación de Simone, pero supongo que no es su estilo. No parece sentirse fascinado, como nos sentimos Michael y yo, por las complejas pautas de desarrollo que están emergiendo en Simone.

Cuando quedé embarazada de Katie me preocupaba la aparente falta de interés de Richard en los niños. Decidí atacar directamente el problema pidiéndole que me ayudase a montar un minilaboratorio que nos permitiera analizar parte del genoma de Katie a partir de una muestra de mi líquido amniótico. El proyecto implicaba la aplicación de una química compleja, un nivel de interacción con los ramanos más profundo de cuanto jamás habíamos intentado, y la creación y calibración de refinados instrumentos médicos.

A Richard le encantaba la tarea. A mí también, pues me recordaba los tiempos de la Facultad de Medicina. Trabajábamos juntos durante doce, a veces catorce horas diarias (dejando que Michael se ocupara de Simone, se llevan muy bien los dos) hasta que terminábamos. Con frecuencia, hablábamos de nuestro trabajo hasta altas horas de la noche, incluso mientras hacíamos el amor.

Pero cuando llegó el día en que finalizamos el análisis del genoma de nuestra futura hija, descubrí con estupefacción que Richard se sentía más excitado por el hecho de que el equipo y el análisis satisfacían todos nuestros requisitos que por las características de nuestra segunda hija. Yo estaba asombrada. Cuando le dije que era niña, que no tenía el síndrome de Down ni el de Whittingham y que ninguna de sus tendencias cancerígenas conocidas rebasaba los límites aceptables, reaccionó con aire distraído. Pero cuando elogié la rapidez y precisión con que el sistema había completado la prueba, Richard resplandeció de orgullo.

¡Qué hombre tan diferente es mi marido! Se siente mucho más a gusto con el mundo de las matemáticas y la ingeniería que con la compañía de otras personas.

Michael ha notado también el reciente desasosiego de Richard. Le ha alentado a crear más juguetes para Simone, como las magníficas muñecas que Richard hizo cuando yo estaba en los últimos meses de mi embarazo de Katie. Aquellas muñecas siguen siendo los juguetes favoritos de Simone. Andan solas e incluso responden a una docena de órdenes verbales. Una noche en que se encontraba en una de sus fases de buen humor, Richard programó a EB para que interactuase con las muñecas. Simone se puso casi histérica de risa cuando El Bardo (Michael insiste en llamar por su nombre completo al robot recitador de Shakespeare creado por Richard) acorraló a las tres muñecas en un rincón y les soltó una retahíla de sonetos de amor.

Estas dos últimas semanas, ni siquiera EB ha alegrado a Richard. No duerme bien, lo que es raro en él, y no manifiesta interés por nada. Incluso nuestra regular y variada vida sexual se ha visto suspendida, por lo que Richard debe realmente estar luchando con sus demonios interiores. Hace tres días, salió por la mañana temprano (era también poco después de amanecer en Rama; de vez en cuando, nuestro reloj terrestre del refugio y el reloj ramano del exterior se hallan en sincronía) y permaneció arriba, en Nueva York, durante más de diez horas. Cuando le pregunté qué había estado haciendo, respondió que había estado sentado en el muro, contemplando el mar Cilíndrico.

Luego, cambió de tema.

Michael y Richard están convencidos de que nos hallamos ahora solos en nuestra isla. Recientemente, Richard ha entrado dos veces en el refugio avícola y las dos ha permanecido en el lado del corredor vertical más alejado de la garita del tanque. En una ocasión descendió incluso hasta el segundo pasadizo horizontal, en el que yo di mi salto, pero no vio señales de vida. La madriguera de los aracnopulpos tiene ahora un par de complicadas rejas entre la cubierta y el primer rellano. Durante los cuatro últimos meses, Richard ha estado observando electrónicamente de nuevo la región que se extiende en torno a la madriguera de los aracnos; aunque admite que pueden existir ciertas ambigüedades en los datos

de su monitor, Richard insiste en que con la sola inspección visual puede asegurar que las rejas llevan largo tiempo sin ser abiertas.

Los hombres montaron el bote hace un par de meses y, luego, pasaron dos horas probándolo en el mar Cilíndrico. Simone y yo les despedimos desde la orilla. Temiendo que los biots cangrejos definieran el bote como «basura» (como parece ser que hicieron con el otro bote. Nunca hemos averiguado qué fue de él; un par de días después de haber escapado de la falange de misiles nucleares, regresamos a donde lo habíamos dejado, y había desaparecido), Richard y Michael lo volvieron a desmontar y lo trajeron al refugio para guardarlo.

Richard ha dicho varias veces que le gustaría navegar por el mar, hacia el sur, para ver si puede encontrar algún lugar por el que sea posible escalar los quinientos metros de altura del acantilado. Nuestra información sobre el Hemicilindro Sur de Rama es muy limitada. A excepción de los pocos días en que nos dedicamos a la caza de biots con el equipo de cosmonautas original de la Newton, nuestro conocimiento de la región se limita a los toscos mosaicos reunidos en tiempo real a partir de las borrosas imágenes iniciales de la Newton. Desde luego, sería fascinante y excitante explorar el sur; quizá pudiéramos encontrar incluso el lugar adonde se fueron todos aquellos aracnopulpos. Pero no podemos correr ningún riesgo en estos momentos. Nuestra familia depende decisivamente de los tres adultos; la pérdida de cualquiera de nosotros sería devastadora.

Creo que Michael O'Toole está contento con la vida que nos hemos creado en Rama, especialmente desde que la adición del gran ordenador de Richard nos ha dado fácil acceso a tan enorme cantidad de nueva información. Tenemos ahora a nuestra disposición todos los datos enciclopédicos que se hallaban almacenados a bordo de la nave militar Newton. La actual «unidad de estudio» de Michael, como llama él a su entretenimiento organizado, es la historia del arte. El mes pasado su conversación estaba llena de los Médicis y los papas católicos del Renacimiento, juntamente con Miguel Angel, Rafael y los demás grandes pintores del período. Ahora está dedicado al siglo XIX, época de la historia del arte que yo encuentro más interesante.

Hemos tenido últimamente muchas discusiones sobre la «revolución» impresionista, pero Michael no acepta mi argumento de que el impresionismo no fue más que un subproducto natural de la aparición de la cámara fotográfica.

Michael se pasa horas con Simone. Es paciente, tierno y cariñoso. Ha ido observando cuidadosamente su desarrollo y ha registrado sus jalones principales en su libreta de notas electrónica. En la actualidad, Simone conoce de vista veintiuna de las veintiséis letras (confunde el par C y S, así como la Y y la V, y por alguna razón no puede aprender la K) y es capaz de contar hasta veinte si tiene buen día. Simone puede también identificar correctamente dibujos de un

avícola, de un aracnopulpo y de los cuatro tipos predominantes de biots. Conoce también los nombres de los doce discípulos, hecho que no agrada precisamente a Richard. Hemos celebrado ya una « reunión en la cumbre» sobre la educación espiritual de nuestras hijas, y el resultado fue un cortés desacuerdo.

Eso me deja a mí toda la responsabilidad. Yo soy feliz casi todo el tiempo, aunque tengo días en los que el desasosiego de Richard o el llanto de Katie o el absurdo de nuestra extraña vida a bordo de esta nave espacial alienígena se combinan para abrumarme. Estoy siempre ocupada. Yo planeo la mayoría de las actividades familiares, decido lo que vamos a comer y cuándo y organizo los días de las niñas, incluidas sus siestas. Nunca dejo de formular la pregunta de adónde vamos, pero ya no me produce frustración no conocer la respuesta.

Mi actividad intelectual personal es más limitada de lo que podría ser si pudiera obrar a mi antojo, pero me digo a mí misma que no es posible aumentar el número de horas que tiene el día. Richard, Michael y yo sostenemos con frecuencia animadas conversaciones, así que, ciertamente, no hay escasez de estímulos. Pero ninguno de ellos siente mucho interés por algunas de las áreas intelectuales que siempre han formado parte de mi vida. Mi habilidad con los idiomas y con la lingüística, por ejemplo, ha sido fuente de considerable orgullo para mí ya desde mis primeros tiempos en la escuela. Hace varias semanas tuve un sueño terrible en el que había olvidado hablar o escribir en cualquier idioma que no fuese el inglés. Durante las dos semanas siguientes pasé dos horas diarias a solas, no sólo repasando mi amado francés, sino estudiando también italiano y japonés.

Una tarde, el mes pasado, Richard proyectó en la pantalla negra la información suministrada por un telescopio exterior ramano que incluía a nuestro Sol y a otras mil estrellas contenidas en el campo visual. El sol era el más brillante de los objetos, pero por muy poco. Richard nos recordó a Michael y a mí que estamos ya a más de doce billones de kilómetros de nuestro oceánico planeta natal que orbita en torno a aquella insignificante y lejana estrella.

Ese mismo día, al anochecer, estuvimos viendo *Leonor la reina*, una de las treinta y tantas películas originariamente llevadas a bordo de la Newton para entretener a la tripulación de cosmonautas. La película se basaba más o menos en las célebres novelas de mi padre sobre Leonor de Aquitania y había sido filmada en muchos de los parajes que yo había visitado con mi padre durante mi adolescencia. Las escenas finales de la película, que muestran los años anteriores a la muerte de Leonor, se rodaron en L'Abbaye de Fontevrault. Recuerdo haber estado en la abadía a los catorce años, junto a mi padre y delante de la tallada efigie de Leonor, con las manos temblorosas de emoción mientras agarraba con fuerza la mano de mi padre.

« Fuiste una gran mujer —dije una vez al espíritu de la reina que había dominado la historia de siglo XII en Francia e Inglaterra— y has fijado un

ejemplo que debo seguir. No te decepcionaré» .

Aquella noche, una vez que Richard se durmió y mientras Katie permanecía temporalmente tranquila, pensé de nuevo en el día y me sentí invadida de una profunda tristeza, de una sensación de pérdida que no era capaz de expresar. La yuxtaposición del remoto sol que se batía en retirada con la imagen de mí misma adolescente, haciendo audaces promesas a una reina que llevaba muerta casi mil años, me recordó que todo cuanto he conocido antes de Rama está ya terminado. Mis dos nuevas hijas no verán jamás ninguno de los lugares que tanto significaban para mí y para Genevieve. Nunca conocerán el olor a hierba recién cortada en primavera, la radiante belleza de las flores, los cantos de los pájaros ni el esplendor de la luna llena elevándose sobre el océano. No conocerán en absoluto el planeta Tierra, ni a ninguno de sus habitantes, a excepción de esta pequeña y abigarrada tripulación que llamarán su familia, una exigua representación de la vida desbordante en un glorioso planeta.

Aquella noche lloré durante varios minutos en silencio, sabiendo mientras lloraba que a la mañana siguiente volvería a tener mi expresión optimista en el rostro. Después de todo, podría ser mucho peor. Tenemos las cosas esenciales: comida, agua, cobijo, ropa, buena salud, compañía y, naturalmente, amor. El amor es el ingrediente más importante para la felicidad de cualquier vida humana, sea en la Tierra o en Rama.

Con sólo que Simone y Katie aprendan del mundo que hemos dejado atrás qué es el amor, será suficiente.

7

1 de abril de 2204

Hoy ha sido un día insólito en todos los aspectos. Primero, una vez que todos se hubieron despertado, anuncié que íbamos a dedicar el día a la memoria de Leonor de Aquitania, que murió, si los historiadores no se equivocan y nosotros hemos llevado correctamente el calendario, hoy hace exactamente mil años. Para mi satisfacción, la familia entera apoyó la idea y tanto Richard como Michael se ofrecieron a ayudar en los festejos. Michael, cuya unidad de historia del arte ha sido sustituida ahora por una unidad de cocina, sugirió que él podía preparar un almuerzo medieval especial en honor de la reina. Richard se apresuró a salir con EB, cuchicheándome al pasar que el pequeño robot iba a regresar como Henry Plantagenet.

Yo había desarrollado una breve lección de historia para Simone, en la que le presentaba a Leonor y el mundo del siglo XII. Prestó una atención desacostumbrada. Incluso Katie, que nunca está quieta más de cinco minutos, se mostró cooperativa y no nos interrumpió. Se estuvo casi toda la mañana jugando pacíficamente con sus juguetes. Al final de la lección, Simone me preguntó por qué había muerto la reina Leonor. Cuando respondí que la reina había muerto de vieja, mi hija de tres años preguntó entonces si la reina Leonor había «ido al cielo».

—¿De dónde has sacado esa idea?—pregunté a Simone.

—De tío Michael —respondió—. Él me dijo que los buenos cuando mueren van al cielo, y los malos van al infierno.

—Algunas personas creen que existe un cielo —dije, tras reflexionar unos momentos—, otras creen en lo que se llama reencarnación, en la que se vuelve a vivir como una persona diferente o, incluso, como una clase diferente de animal. Algunos creen también que nuestra existencia es un milagro finito, con un principio y un fin concretos, que termina con la muerte de cada individuo único y particular. —Sonreí y le revolví el pelo con la mano.

—¿Y tú qué crees, mamá?—preguntó entonces mi hija.

Sentí algo muy parecido al pánico. Hice unos cuantos comentarios para ganar tiempo mientras trataba de pensar una respuesta. A mi mente acudía una expresión de mi poema favorito de T. S. Eliot, «llevarte a una pregunta

anonadadora» . Afortunadamente, fui rescatada en el último momento.

—Yo os saludo, joven señora.

El pequeño robot EB, vestido con lo que pasaba por ser un traje de montar medieval, entró en la habitación e informó a Simone de que él era Henry Plantagenet, rey de Inglaterra y marido de la reina Leonor. A Simone se le iluminó la cara. Katie levantó la vista y sonrió.

—La reina y yo construimos un gran imperio —dijo el robot, realizando un amplio ademán con sus pequeños brazos— que acabó incluyendo toda Inglaterra, Escocia, Irlanda, Gales y la mitad de lo que ahora es Francia.

EB recitó con entusiasmo una conferencia preparada, regocijando a Simone y Katie con sus guiños y ademanes. Luego, se llevó la mano al bolsillo y sacó un cuchillo y un tenedor de tamaño minúsculo y afirmó que él había enseñado el concepto de utensilios de mesa a los « bárbaros ingleses» .

—Pero ¿por qué encarcelaste a la reina Leonor? —preguntó Simone cuando el robot hubo terminado. Yo sonreí. Realmente, había prestado atención a su lección de historia. La cabeza del robot giró en dirección a Richard. Éste levantó un dedo, indicando una breve espera, y salió apresuradamente al corredor. Antes que transcurriera un minuto, regresó EB, alias Henry II. El robot se dirigió a Simone.

—Me enamoré de otra mujer —dijo—, y la reina Leonor se puso furiosa. Para vengarse, volvió a mis hijos contra mí…

Richard y yo acabábamos de comenzar una pacífica discusión sobre las verdaderas razones por las que Henry encarceló a Leonor (hemos descubierto muchas veces que cada uno hemos aprendido una versión diferente de la historia anglofrancesa), cuando oímos un lejano pero inconfundible chillido. Al cabo de unos instantes nos encontrábamos los cinco en la parte superior. Se repitió el chillido.

Levantamos la vista hacia el firmamento. Un solitario avícola volaba describiendo un amplio círculo a unos cien metros por encima de los rascacielos. Corrimos hacia los terraplenes, junto al mar Cilíndrico, para poder ver mejor. Una vez, dos veces, la gran criatura voló en torno al perímetro de la isla. Al completar cada vuelta, el avícola emitía un único y prolongado chillido. Richard agitó los brazos y gritó, pero no hubo ningún indicio de que su presencia hubiera sido advertida.

Al cabo de aproximadamente una hora, las niñas empezaron a dar muestras de desasosiego. Acordamos que Michael las llevara al refugio y que Richard y yo nos quedaríamos mientras existiera alguna posibilidad de contacto. El pájaro continuó volando de la misma manera.

—¿Crees que está buscando algo? —pregunté a Richard.

—No lo sé —respondió, y volvió a gritar y agitar los brazos en dirección al avícola cuando éste llegó al punto de su trayectoria más próximo a nosotros. Esta

vez, cambió de rumbo, describiendo gráciles arcos en su helicoidal descenso. Cuando estuvo más cerca, Richard y yo pudimos ver su vientre, gris y aterciopelado, y los brillantes anillos de color rojo cereza en torno al cuello.

—Es nuestro amigo —susurré a Richard, recordando al dirigente avícola que, cuatro años antes, había accedido a transportarnos sobre el mar Cilíndrico.

Pero este avícola no era la criatura robusta y saludable que volaba en el centro de la formación cuando escapamos de Nueva York. Este pájaro estaba flaco y demacrado y su terciopelo se hallaba sucio y descuidado.

—Está enfermo —dijo Richard, mientras el pájaro se posaba en el suelo a unos veinte metros de distancia.

El avícola farfulló suavemente algo y agitó nerviosamente la cabeza, mirando a su alrededor como si esperase más compañía. Richard dio un paso hacia él, y la criatura batió las alas y retrocedió unos metros.

—¿Qué alimento tenemos —preguntó en voz baja Richard— que sea más parecido químicamente al melón?

Meneé la cabeza.

—No tenemos más que el pollo de anoche. Un momento —exclamé, interrumpiéndome a mí misma—, tenemos ese ponche verde que les gusta a las niñas. Se parece al líquido que tiene el melón en el centro.

Antes de que yo terminara la frase, Richard ya se había marchado. Durante los diez minutos que tardó en volver, el avícola y yo permanecimos mirándonos mutuamente en silencio. Yo traté de centrar mi mente en pensamientos amistosos, con la esperanza de que mis buenas intenciones se reflejaran de alguna manera en mis ojos, en un momento dado vi cambiar la expresión del avícola, pero, naturalmente, no tenía ni idea de lo que esa expresión significaba.

Richard regresó trayendo uno de nuestros negros tazones lleno del ponche verde. Depositó el tazón delante de nosotros y lo señaló mientras retrocedíamos seis u ocho metros. El avícola se acerco con sus pasitos cortos y claudicantes y se detuvo finalmente ante el tazón. El pájaro sumergió el pico en el líquido, tomó un pequeño sorbo y, luego, echó hacia atrás la cabeza para tragarlo. Al parecer, el ponche estaba perfectamente, pues el líquido desapareció en menos de un minuto. Cuando terminó, el avícola retrocedió dos pasos, desplegó las alas y dio un giro circular completo.

—Ahora debemos decirle « eres bien venido» —indiqué, alargándole la mano a Richard.

Ejecutamos nuestro giro circular, como habíamos hecho al despedirnos y darle las gracias cuatro años antes, y, al terminar, realizamos una leve inclinación en dirección al avícola.

Tanto Richard como yo pensamos que la criatura sonreía, pero reconocimos después que quizá lo hubiéramos imaginado. El aterciopelado avícola gris desplegó las alas, se elevó del suelo y ascendió en el aire por encima de nuestras

cabezas.

—¿Adónde crees que va? —pregunté a Richard.

—Se está muriendo —respondió en voz baja—. Está contemplando por última vez el mundo que ha conocido.

6 de enero de 2205

Hoy es mi cumpleaños. Tengo ya cuarenta y un años. Anoche tuve otro de mis vívidos sueños. Yo era muy vieja. Tenía el pelo completamente gris y la cara llena de arrugas. Vivía en un castillo —en algún lugar próximo al Loira, no lejos de Beauvois— con dos hijas mayores (ninguna de las cuales se parecía, en el sueño, a Simone, ni a Katie ni a Genevieve) y tres nietos. Los chicos eran todos adolescentes y físicamente sanos, pero algo había mal en cada uno de ellos. Eran los tres un poco obtusos, quizás incluso retrasados. Recuerdo que en el sueño trataba de explicarles cómo la molécula de hemoglobina lleva oxígeno a los tejidos desde el sistema pulmonar. Ninguno de ellos podía entender lo que yo decía.

Desperté deprimida del sueño. Era noche cerrada y todos los demás miembros de la familia dormían. Como suelo hacer con frecuencia, me dirigí por el corredor hacia el cuarto de las niñas para ver si seguían tapadas por sus ligeras mantas. Simone no se mueve apenas por la noche, pero Katie se había quitado la ropa, como de costumbre, con su agitada forma de dormir. La volví a tapar y, luego, me senté en una de las sillas.

¿Qué es lo que me preocupa?, me pregunté. ¿Por qué estoy teniendo tantos sueños sobre hijos y nietos? La semana pasada, un día aludí en broma la posibilidad de tener un tercer hijo y Richard, que está pasando otro de sus períodos de estado de ánimo sombrío, pegó casi un salto al oírme. Yo creo que lamenta que le convenciera para que tuviésemos a Katie. Cambié de tema inmediatamente, no queriendo provocar otra de sus diatribas nihilistas.

¿Deseaba yo realmente tener otro hijo en estas circunstancias? Prescindiendo por el momento de cualesquiera razones personales que yo pudiera tener para dar a luz un tercer hijo, existe un poderoso argumento biológico para continuar reproduciendo. Todos los indicios con respecto a nuestro destino nos conducen a pensar que jamás tendremos ningún contacto futuro con otros miembros de la especie humana. Si somos los últimos de nuestro linaje, sería prudente que prestáramos atención a uno de los principios fundamentales de la evolución: la máxima variación genética produce la más alta probabilidad de supervivencia en un entorno inseguro.

Una vez que hube despertado anoche totalmente de mi sueño, mi mente continuó llevando adelante la cuestión. Supongamos, me dije a mí misma, que

Rama no está en realidad yendo a ninguna parte y que pasaremos el resto de nuestra vida en las circunstancias actuales. Entonces, con toda probabilidad, Simone y Katie nos sobrevivirán a los tres adultos. ¿Qué ocurrirá después? A menos que hayamos conservado alguna cantidad de semen de Michael o de Richard (y los problemas tanto biológicos como sociológicos serían terribles), mis hijas no podrán reproducirse. Puede que lleguen al paraíso, o al nirvana o a algún otro mundo, pero acabarán pereciendo, y los genes que portan morirán con ellas.

Pero supongamos, continué, que doy a luz un hijo. Las dos niñas tendrán entonces un compañero varón de su edad y se habrá aliviado espectacularmente el problema de las generaciones sucesivas.

Fue en este punto de mi proceso mental cuando una idea verdaderamente insensata cruzó mi mente. Una de las áreas principales de mi especialización durante mi formación médica era la genética, en particular los defectos hereditarios. Recordé mis estudios de las familias reales de Europa entre los siglos XV y XVIII y los numerosos individuos «inferiores» engendrados a consecuencia de la excesiva endogamia. Un hijo engendrado por Richard y por mí tendría los mismos componentes genéticos que Simone y Katie. Los descendientes que ese hijo tuviera con cualquiera de las chicas, nuestros nietos, correrían un alto riesgo de nacer con defectos. Por el contrario, un hijo engendrado por Michael y por mí, compartiría con las chicas sólo la mitad de los genes y, si mi recuerdo de los datos no me engaña, su descendencia con Simone o Katie tendría un riesgo mucho menor de nacer con defectos.

Rechacé inmediatamente esta horrible idea. Sin embargo, no se me fue de la cabeza. Poco después, cuando hubiera debido estar durmiendo, mi mente volvió sobre el mismo tema. ¿Y si me quedo embarazada de nuevo de Richard y tengo una tercera hija? Será necesario entonces repetir todo el proceso. Tengo ya cuarenta y un años. ¿Cuántos me quedan hasta el principio de la menopausia, aunque la retrase químicamente? Sobre la base de los dos datos disponibles hasta el momento, no existen pruebas de que Richard pueda engendrar un varón. Podríamos formar un laboratorio que permitiese la selección de esperma masculino de su semen, pero requeriría un esfuerzo monumental por nuestra parte y muchos meses de detallada interacción con los ramanos. Y aún quedaría la cuestión de la conservación del esperma y su implantación en los ovarios.

Pasé revista a las diversas técnicas existentes para alterar el proceso natural de selección del sexo (la dieta alimenticia del hombre, tipo y frecuencia de la relación sexual, sincronización con respecto a la ovulación, etcétera) y llegué a la conclusión de que Richard y yo teníamos buenas probabilidades de engendrar de forma natural un hijo varón si teníamos mucho cuidado. Pero en el fondo de mi mente persistía el pensamiento de que las probabilidades serían más favorables aún si fuese Michael el padre. Después de todo, tenía dos hijos varones (de un total de tres) como resultado del puro azar. Por mucho que yo pudiera aumentar

las probabilidades con Richard, las mismas técnicas con Michael garantizarían virtualmente un hijo varón.

Antes de quedar dormida, consideré brevemente lo impracticable de toda la idea. Habría que idear un método infalible de inseminación artificial (que tendría que supervisar yo misma, aun siendo también el sujeto). ¿Podíamos hacer eso en nuestra actual situación y garantizar el sexo y la salud del embrión? Ni siquiera los hospitales de la Tierra, con todos los recursos a su disposición, obtienen siempre éxito. La otra alternativa era tener relación sexual con Michael. Aunque no encontraba desagradable la idea, las ramificaciones sociológicas parecían tan grandes que la abandoné por completo.

(Seis horas después). Los hombres me han sorprendido esta noche con una cena especial. Michael se está convirtiendo en todo un cocinero. La comida sabía, conforme a lo anunciado, a carne asada a la Wellington, aunque por su aspecto más parecía espinacas a la crema. Richard y Michael sirvieron también un líquido rojo con el nombre de vino. No estaba mal, así que lo bebí, descubriendo con sorpresa que contenía algo de alcohol y que me producía una cierta euforia.

De hecho, todos nos encontrábamos un poco achispados para el final de la cena. Las niñas, especialmente Simone, estaban desconcertadas por nuestro comportamiento. Durante el postre de tarta de coco, Michael me dijo que cuarenta y uno era un «número muy especial». Me explicó luego que era el mayor número primo que iniciaba una larga sucesión cuadrática de otros primos. Cuando le pregunté qué era una sucesión cuadrática, se echó a reír y dijo que no lo sabía. Sin embargo, escribió la secuencia de cuarenta elementos de que estaba hablando: 41, 43, 47, 53, 61, 71, 83, 97, 113…, concluyendo con el número 1.601. Me aseguró que cada uno de los cuarenta números de la sucesión era primo.

—Por consiguiente —finalizó con un guiño—, cuarenta y uno tiene que ser un número mágico.

Mientras yo reía, nuestro genio residente, Richard, miró los números y, después de manipular su ordenador durante no más de un minuto, nos explicó a Michael y a mí por qué se llamaba «cuadrática» la sucesión.

—Las segundas diferencias son constantes —dijo, mostrándonos con un ejemplo lo que quería decir—. Por consiguiente, una sencilla expresión cuadrática puede así generar toda la sucesión. Tomemos $f(N) = N^2 – N + 41$ —continuó—, donde N es cualquier entero de 0 a 40. Esa función generará toda tu sucesión.

» Mejor aún —rio—, consideremos $f(N) = N^2 – 81N + 1681$, donde N es cualquier entero de 1 a 80. Esta fórmula cuadrática empieza en el final de tu

hilera de números, f(1) = 1601, y recorre la sucesión en orden decreciente primero. Se invierte en f(40) = f(41) = 41 y, luego, genera de nuevo toda tu serie de números en orden creciente.

Richard sonrió. Michael y yo nos lo quedamos mirando, impresionados.

13 de marzo de 2205

Katie celebraba hoy su segundo cumpleaños, y todo el mundo estaba de buen humor, especialmente Richard. Le agrada su hijita, aunque la manipula terriblemente. Con ocasión de su cumpleaños, la llevó hasta la madriguera de aracnopulpos y estuvieron los dos haciendo sonar las rejas. Tanto Michael como yo mostramos nuestra desaprobación, pero Richard se echó a reír y le guiñó un ojo a Katie.

Durante la cena, Simone tocó una pieza corta para piano que Michael le ha estado enseñando y Richard sirvió un vino excelente, un Chardonnay ramano lo llamó él, con nuestro salmón escalfado. En Rama, el salmón escalfado se parece a los huevos revueltos de la Tierra, lo que resulta un poco desconcertante, pero continuamos fieles a nuestra convención de denominar los alimentos conforme a su contenido nutritivo.

Me siento plenamente feliz, aunque debo reconocer que estoy un poco nerviosa ante mi próxima conversación con Richard. Él se encuentra muy animado últimamente, sobre todo porque está trabajando no en uno, sino en dos proyectos importantes. No sólo está preparando brebajes líquidos cuyo sabor y contenido de alcohol rivalizan con los excelentes vinos del planeta Tierra, sino que también está creando una nueva serie de robots de veinte centímetros basados en los personajes de las obras del premio Nobel del siglo XX Samuel Beckett. Michael y yo le hemos insistido durante varios años a Richard para que reencarne su compañía de Shakespeare, pero el recuerdo de sus amigos perdidos para siempre le ha detenido. Un nuevo dramaturgo, sin embargo, es asunto diferente. Ya ha terminado los cuatro personajes de *Final de partida*. Esta noche, las niñas reían alegremente cuando los viejos « Nagg» y « Nell» salían de sus cubos de basura gritando: « Mi papilla. Traedme mi papilla» .

Decididamente, voy a exponerle a Richard mi idea de tener un hijo siendo Michael el padre. Estoy segura de que comprenderá la lógica y la ciencia de la sugerencia, aunque difícilmente puedo esperar que se muestre entusiasmado con ella. Desde luego, aún no le he mencionado a Michael mi idea. No obstante, sabe que le estoy dando vueltas a algo importante, porque le he preguntado si se encargará de cuidar de las niñas esta tarde, mientras Richard y yo nos vamos arriba a dar una vuelta y a conversar.

Mi nerviosismo con respecto a este asunto es probablemente injustificado. Sin

duda, se basa en una definición de comportamiento adecuado que, simplemente, no es aplicable a nuestra actual situación. Richard se encuentra muy bien estos días. Su ingenio se ha aguzado últimamente. Puede que me dirija unas cuantas réplicas desabridas durante nuestra conversación, pero apuesto a que, al final, se mostrará favorable a la idea.

8

7 de mayo de 2205

Ésta ha sido la primavera de nuestra desavenencia. Oh, Señor, qué necios somos los mortales. Richard, Richard, vuelve, por favor.

¿Por dónde empezar? ¿Y cómo? ¿Me atrevo a volver la vista atrás? En un momento, brotan visiones y revisiones… En la habitación contigua Michael y Simone van y vienen, hablando de Miguel Ángel.

Mi padre me decía siempre que todo el mundo comete errores. ¿Por qué los míos tienen que ser tan colosales? La idea era buena. Mi cerebro me decía que era lógica. Pero en lo más íntimo del ser humano no siempre prevalece la razón. Las emociones no son racionales. Los celos no son el resultado de un programa de ordenador.

Hubo numerosos avisos. Aquella primera tarde, mientras conversábamos sentados a la orilla del mar Cilíndrico, me di cuenta por los ojos de Richard que había un problema. « Cuidado, Nicole, echa el freno» , me dije a mí misma.

Pero más tarde se mostró muy razonable.

—Desde luego —dijo Richard aquella misma tarde—, lo que estás sugiriendo es lo genéticamente correcto. Iré contigo a decírselo a Michael. Vamos a despachar este asunto lo antes posible, y esperemos que un encuentro sea suficiente.

Me sentí llena de alegría. Ni por un momento se me ocurrió que Michael podría negarse.

—Sería un pecado —dijo por la noche, una vez que las niñas se hubieron acostado e instantes después de comprender lo que estábamos proponiendo.

Richard tomó la ofensiva, arguyendo que el concepto entero de pecado era un anacronismo incluso en la Tierra y que él, Michael, se estaba portando como un estúpido.

—¿Realmente quieres que yo haga eso? —preguntó directamente Michael a Richard al final de la conversación.

—No —respondió Richard, tras unos instantes de vacilación—, pero, evidentemente, redunda en beneficio de nuestras hijas. —Hubiera debido prestar más atención al « no» .

Nunca se me ocurrió que mi plan pudiera no dar resultado. Observé con

extrema atención mi ciclo de ovulación. Cuando finalmente llegó la noche designada, informé a Richard, que salió del refugio para darse una de sus largas caminatas por Rama. Michael estaba nervioso y pugnaba por vencer sus sentimientos de culpabilidad, pero ni en mis peores momentos había imaginado que pudiera ser incapaz de tener acceso carnal conmigo.

Cuando nos quitamos la ropa (a oscuras, para que Michael no se sintiera violento) y nos tendimos uno al lado del otro sobre las esteras, descubrí que su cuerpo estaba rígido y tenso. Le besé en la frente y las mejillas. Luego, traté de hacer que se relajara acariciándole la espalda y el cuello. Al cabo de unos treinta minutos de tocarle (pero nada que se pudiera considerar un preludio sexual), apreté mi cuerpo contra el suyo de manera sugestiva. Era evidente que teníamos un problema. Su pene estaba todavía completamente fláccido.

No sabía qué hacer. Mi pensamiento inicial, que, desde luego era completamente irracional, fue que Michael no me encontraba atractiva. Experimenté una sensación terrible, como si alguien me hubiese dado una bofetada. Salieron a la superficie todos mis reprimidos sentimientos de inadecuación y fui presa de un sorprendente acceso de ira. Afortunadamente, no dije nada (ninguno de los dos habló durante todo este período) y Michael no podía verme la cara en la oscuridad. Pero mi lenguaje corporal debió de expresar mi decepción.

—Lo siento —dijo él.

—No importa —respondí, tratando de aparentar indiferencia.

Me apoyé en un codo y le acaricié la frente con la otra mano. Fui ampliando mi ligero masaje, deslizándole suavemente los dedos por la cara, el cuello y los hombros. Michael permanecía completamente pasivo, yacía de espaldas, sin moverse, con los ojos cerrados casi todo el tiempo. Aunque estoy segura de que le gustaba el masaje, no dijo nada ni exhaló ningún murmullo de placer. Para entonces, yo estaba empezando a sentirme cada vez más inquieta. Me encontré a mí misma deseando que Michael me acariciase, que me dijese que todo iba bien conmigo.

Finalmente, pasé parte de mi cuerpo sobre el suyo. Dejé que mis senos cayeran suavemente sobre su torso mientras mi mano derecha jugueteaba con el vello de su pecho. Me incliné para besarle en los labios, tratando de excitarle en otro lugar con la mano izquierda, pero él se apartó rápidamente y se incorporó.

—No puedo hacerlo —dijo Michael, meneando la cabeza.

—¿Por qué no? —pregunté en voz baja, con el cuerpo ahora en incómoda postura a su lado.

—Es malo —respondió con gran solemnidad.

Durante los minutos siguientes, traté varias veces de iniciar una conversación, pero Michael no quería hablar. Finalmente, como no había nada más que yo pudiera hacer, me vestí silenciosamente en la oscuridad. Michael logró apenas

articular un débil « buenas noches» cuando me marché.

No regresé inmediatamente a mi habitación. Una vez en el corredor, me di cuenta de que no me hallaba aún preparada para enfrentarme a Richard. Me apoyé contra la pared y forcejeé con las poderosas emociones que me dominaban. ¿Por qué había dado yo por supuesto que todo sería sencillo? ¿Y qué le diría ahora a Richard?

Por el ruido de su respiración al entrar en nuestra habitación comprendí que Richard no estaba dormido. De haber tenido más valor, podría haberle contado entonces mismo lo que había sucedido con Michael. Pero era más fácil pasarlo por alto por el momento. Eso fue un grave error.

Los días siguientes estuvieron llenos de tensión. Nadie menciono lo que Richard había denominado una vez « suceso de fertilización» . Los hombres trataban de actuar como si todo fuese normal. La segunda noche, después de cenar, convencí a Richard para que se viniera a dar un paseo conmigo mientras Michael acostaba a las niñas.

Richard estaba explicando la química de su nuevo proceso de fermentación del vino mientras nos hallábamos en los terraplenes que dominan el mar Cilíndrico. En un momento dado, le interrumpí y le cogí la mano.

—Richard —dije, buscando con los ojos amor y seguridad en los suyos—, esto es muy difícil… —Se me estranguló la voz.

—¿Qué ocurre, Nikki? —preguntó, forzando una sonrisa.

—Se trata de Michael —respondí—. El caso es que no sucedió nada realmente —expliqué—. No podía…

Richard se me quedó mirando fijamente.

—¿Quieres decir que es impotente? —preguntó.

Asentí primero con la cabeza y, luego, le desconcerté por completo al menearla negativamente.

—Probablemente no en realidad —balbucí—, pero lo fue la otra noche conmigo. Yo creo que es sólo que está demasiado tenso, que se siente culpable o quizá que ha pasado demasiado tiempo…

Me interrumpí, comprendiendo que estaba hablando demasiado.

Richard permaneció con la vista perdida en el mar durante lo que pareció una eternidad.

—¿Quieres intentarlo otra vez? —preguntó por fin, con voz completamente inexpresiva. No se volvió a mirarme.

—No…, no sé —respondí. Le apreté la mano. Iba a decir algo más, preguntarle si podría soportar la situación si lo intentaba de nuevo, pero Richard se separó bruscamente de mí.

—Comunícamelo cuando lo decidas —exclamó con sequedad.

Durante una o dos semanas me sentí segura de abandonar por completo el proyecto. Lentamente, muy lentamente, nuestra familia fue recuperando una

apariencia de alegría. La noche siguiente a la terminación de mi período, Richard y yo hicimos el amor en dos ocasiones por primera vez en un año. Pareció especialmente complacido y se mostró muy locuaz mientras permanecíamos abrazados después del segundo coito.

—Debo reconocer que estuve realmente preocupado durante algún tiempo —dijo—. La idea de que tuvieras relación sexual con Michael, aun por razones supuestamente lógicas, me estaba volviendo loco. Sé que es irracional, pero me daba un miedo terrible que te gustara, ¿comprendes?, y que nuestra relación pudiera verse afectada.

Evidentemente, Richard estaba dando por supuesto que yo no iba a intentar de nuevo quedarme embarazada de un hijo de Michael. No discutí con él aquella noche porque yo también me sentía momentáneamente satisfecha. Pocos días después, sin embargo, cuando empecé a leer lo que sobre la impotencia decían mis libros de medicina, comprendí que continuaba decidida a llevar adelante mi plan.

Durante la semana anterior a mi siguiente ovulación, Richard estuvo ocupado elaborando su vino (y quizá probándolo con más frecuencia de la necesaria; más de una vez estaba un poco achispado antes de la cena) y creando pequeños robots de personajes de Samuel Beckett. Mi atención se hallaba centrada en la impotencia. Mi programa de estudios en la Facultad de Medicina había pasado virtualmente por alto el tema. Y, como mi propia experiencia sexual ha sido relativamente limitada, nunca me he encontrado personalmente ante él. Me sorprendió enterarme de que la impotencia es una dolencia muy común, fundamentalmente psicológica pero agravada con frecuencia por un componente físico, y que existen muchas formas bien definidas de tratamiento, todas las cuales se centran en disminuir la «ansiedad de realización» que aqueja al hombre.

Una mañana, Richard me vio preparar la orina para la prueba de ovulación. No dijo nada, pero, por la expresión de su rostro, me di cuenta de que estaba dolido y decepcionado. Quise tranquilizarle, pero las niñas estaban en la habitación y temí que se produjera una escena.

No le dije a Michael que íbamos a realizar un segundo intento. Pensé que su ansiedad se reduciría si no tenía tiempo para pensar en ello. Mi plan estuvo a punto de dar resultado. Fui con Michael a su habitación, después de haber acostado a las niñas, y le expliqué lo que estaba sucediendo. Tenía un principio de erección y, pese a sus leves protestas, me dispuse rápidamente a mantenérsela. Estoy segura de que habríamos logrado nuestro propósito si Katie no hubiera empezado a gritar «mamá, mamá» justo cuando nos disponíamos a iniciar la cópula.

Naturalmente, me separé de Michael y corrí por el pasillo hasta la habitación de las niñas. Richard estaba ya allí y tenía a Katie en brazos. Simone se hallaba

sentada en su esterilla, frotándose los ojos. Los tres se quedaron mirando mi cuerpo desnudo en el umbral.

—He tenido un sueño terrible —dijo Katie, abrazándose con fuerza a Richard —. Un aracnopulpo me estaba comiendo.

Entré en la habitación.

—¿Te encuentras mejor ahora? —pregunté, al tiempo que extendía los brazos para coger a Katie.

Richard continuó sosteniéndola y ella no hizo ningún esfuerzo por venirse conmigo. Tras unos instantes de azoramiento, me acerqué a Simone y le pasé el brazo por los hombros.

—¿Dónde tienes el pijama, mamá? —preguntó mi hija de cuatro años.

Generalmente, tanto Richard como yo dormíamos con la versión ramana de un pijama. La niñas están completamente acostumbradas a mi cuerpo desnudo —las tres nos duchamos juntas prácticamente todos los días—, pero de noche, cuando entro en su habitación, casi siempre llevo el pijama. Iba a darle a Simone una contestación desenfadada cuando advertí que también Richard me estaba mirando. Sus ojos eran claramente hostiles.

—Yo puedo ocuparme de las cosas aquí —dijo con aspereza—. ¿Por qué no terminas lo que estabas haciendo?

Regresé junto a Michael para intentar una vez más conseguir la cópula y la concepción. Fue una mala decisión. Durante un par de minutos, traté en vano de excitar a Michael y, luego, él me apartó la mano.

—Es inútil —dijo—. Tengo casi sesenta y tres años y hace cinco que no he tenido acceso carnal. Nunca me masturbo y procuro conscientemente no pensar en el sexo. Mi erección de antes fue sólo un transitorio golpe de suerte. —Guardó silencio durante casi un minuto—. Lo siento, Nicole —añadió—, pero no va a resultar.

Permanecimos tendidos uno junto a otro en silencio durante varios minutos. Me estaba vistiendo y disponiéndome a marcharme cuando advertí que Michael tenía la rítmica respiración que precede al sueño. Recordé de pronto haber leído que los hombres aquejados de impotencia psicológica tienen con frecuencia erecciones durante el sueño, y mi mente concibió otra insensata idea. Volví a tenderme junto a Michael y esperé hasta tener la seguridad de que dormía profundamente.

Le acaricié muy suavemente al principio. Me agradó ver que respondía muy rápidamente. Al cabo de un rato aumenté el vigor de mi masaje, pero tuve sumo cuidado de no despertarle. Cuando estuvo definitivamente dispuesto, me preparé y me coloqué sobre él. Estaba a punto de consumar la cópula, cuando le empujé con demasiada brusquedad y lo desperté. Traté de continuar, pero, en mi apresuramiento, debí de hacerle daño, pues lanzó un grito y me miró con expresión sobresaltada. A los pocos segundos, su erección se había desvanecido.

Me tendí de espaldas y lancé un profundo suspiro. Me sentía terriblemente decepcionada. Michael me hacía preguntas, pero yo estaba demasiado aturdida para contestar. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Me vestí apresuradamente, di un leve beso a Michael en la frente y salí tambaleándome al pasillo. Permanecí allí otros cinco minutos antes de sentirme con fuerzas para regresar junto a Richard.

Mi marido estaba todavía trabajando. Se hallaba arrodillado junto a Pozzo, de *Esperando a Godot*. El pequeño robot estaba en medio de sus largos y extravagantes parlamentos acerca de la inutilidad de todo. Richard no me prestó atención al principio. Luego, después de hacer callar a Pozzo, se volvió.

—¿Crees que te has tomado tiempo suficiente? —preguntó, con tono sarcástico.

—Tampoco ha dado resultado —respondí con abatimiento—. Supongo…

—No me vengas con cuentos —exclamó airadamente Richard—. No soy tan estúpido. ¿Esperas que me crea que has pasado dos horas desnuda con él y no ha sucedido nada? Yo sé cómo sois las mujeres. Creéis que…

No recuerdo el resto de lo que dijo. Recuerdo mi terror cuando avanzó hacia mí, con los ojos llenos de ira. Creí que iba a pegarme y me dispuse a recibir los golpes. Las lágrimas me corrían por las mejillas. Richard me llamó cosas horribles e, incluso, me lanzó insultos racistas. Estaba fuera de sí. Cuando levantó el brazo, furioso, salí corriendo de la habitación y huí por el pasillo en dirección a la escalera que subía hacia Nueva York. Estuve a punto de tropezar con Katie, que se había despertado por las voces y se hallaba, asombrada, a la puerta de su habitación.

Estaba claro en Rama. Caminé al azar, llorando intermitentemente, durante casi una hora. Estaba furiosa con Richard, pero me sentía también profundamente descontenta de mí misma. En su acceso de ira, Richard había dicho que yo estaba obsesionada con esta idea mía y que era solo una «inteligente excusa» el tener acceso carnal con Michael para poder ser la «abeja reina de la colmena». Yo no había respondido a sus desvaríos. ¿Había alguna brizna de verdad en su acusación? ¿Formaba parte de mi excitación por el proyecto el deseo de tener relación sexual con Michael?

Me convencí a mí misma de que todas mis motivaciones habían sido correctas, cualquier cosa que sea lo que eso signifique, pero que mi comportamiento en todo el asunto había sido increíblemente estúpido desde el principio. Yo mejor que nadie hubiera debido saber que lo que estaba sugiriendo era imposible. Ciertamente, al ver la reacción inicial de Richard (y la de Michael también, si a eso vamos), hubiera debido abandonar en el acto la idea. Quizá Richard tenía razón en algunas cosas. Quizá soy testaruda y estoy obsesionada con la idea de proporcionar la máxima variedad genética a nuestra prole. Pero sé con certeza que no tramé todo el asunto para poder tener relación sexual con Michael.

Nuestra habitación estaba a oscuras cuando regresé. Me puse el pijama y me dejé caer, exhausta, en mi estera. A los pocos segundos, Richard se volvió hacia mí, me abrazó impetuosamente y dijo:

—Lo siento, lo siento mucho, mi querida Nicole. Perdóname, por favor.

Desde entonces, no he vuelto a oír su voz. Hace ya seis días que se marchó. Dormí profundamente aquella noche, ignorante de que Richard estaba recogiendo sus cosas y dejándome una nota. A las siete de la mañana, sonó una alarma. Había un mensaje llenando la pantalla negra. Decía: « SÓLO PARA NICOLE DES JARDINS. Pulsa K cuando quieras leer» . Las niñas no se habían despertado aún, así que pulsé el botón K del teclado.

Querida Nicole, ésta es la carta más difícil que jamás he escrito en mi vida. Voy a separarme temporalmente de ti y de la familia. Sé que esto os creara considerables penalidades a ti, a Michael y a las niñas, pero, créeme, es la única manera. Después de anoche, está claro para mí que no hay otra solución.

Te quiero con todo mi corazón, cariño mío, y sé, cuando mi cerebro controla mis emociones, que lo que estás intentando hacer redunda en beneficio de la familia. Me avergüenzo terriblemente de las acusaciones que te he lanzado esta noche y, sobre todo, de las cosas que te he llamado, especialmente de los epítetos raciales y de mi frecuente empleo de la palabra « zorra» . Espero que puedas perdonarme, aunque no estoy seguro de que pueda yo perdonarme a mí mismo, y que recuerdes mi amor en vez de mi insensata y desbocada ira.

Los celos son una cosa terrible. « Se divierten con la vianda que les nutre» es sólo una parte de la realidad. Los celos son completamente devoradores, totalmente irracionales y absolutamente extenuantes. Las personas más maravillosas del mundo no son más que animales furiosos cuando caen presa de los celos.

Nicole querida, no te conté toda la verdad sobre el fin de mi matrimonio con Sarah. Sospeché durante meses que se veía con otros hombres aquellas noches que pasaba en Londres. Eran muchos los indicios delatores —su irregular interés por el sexo, vestidos nuevos que nunca llevaba conmigo, súbitas fascinaciones por nuevas posturas o prácticas sexuales diferentes, llamadas telefónicas en las que no había nadie al otro extremo del hilo—, pero yo la quería tan locamente y estaba tan seguro de que nuestro matrimonio terminaría si me enfrentaba a ella, que no hice nada hasta que los celos me sacaron de quicio.

De hecho, mientras yacía tendido en mi cama de Cambridge e imaginaba a Sarah haciendo el amor con otro hombre, mis celos se tornaban tan poderosos que no podía conciliar el sueño hasta haber imaginado a Sarah muerta. Cuando la señora Sinclair me llamó aquella noche y comprendí que ya no podía fingir por más tiempo que Sarah me era fiel, fui a Londres con la expresa intención de matar a mi esposa y a su amante.

Afortunadamente, no tenía pistola y mi furor al verles juntos me hizo olvidar el cuchillo que me había puesto en el bolsillo del abrigo. Pero, sin duda alguna, los habría matado si el alboroto no hubiera despertado a los vecinos y no me lo hubieran impedido.

Quizá te estés preguntando qué tiene que ver contigo todo esto. Ya ves, amor mío, cada uno de nosotros desarrolla en su vida pautas de comportamiento decisivas. Mi pauta de enloquecidos celos se hallaba ya presente antes de conocerte. Durante las dos ocasiones en que has ido a tener relaciones íntimas con Michael, no he podido impedir que retornaran los recuerdos de Sarah. Sé que tú no eres Sarah y que tú no me estás engañando, pero mis emociones retornan, no obstante, en aquella misma enloquecida pauta. En un cierto y muy extraño sentido, porque resulta imposible de concebir la idea de que tú me traiciones, me siento peor, más asustado, cuando estás con Michael que como me sentía cuando Sarah estaba con Hugh Sinclair o cualquier otro de sus amigos actores.

Espero que algo de esto tenga sentido. Me voy porque no puedo dominar mis celos, aunque reconozco que son irracionales. No quiero volverme como mi padre y acabar ahogando mi desventura en alcohol y destrozando la vida de cuantos me rodean. Presiento que, de una manera u otra, conseguirás esa concepción y preferiría ahorrarte mi mal comportamiento durante el proceso.

Espero volver pronto, a menos que encuentre peligros imprevistos en mis exploraciones, pero no sé exactamente cuándo. Necesito un período curativo para poder volver a aportar algo positivo a nuestra familia. Diles a las niñas que estoy de viaje. Sé especialmente cariñosa con Katie; es la que más me echará en falta.

Te quiero, Nicole. Sé que te será difícil comprender por qué me marcho, pero, por favor, inténtalo.

Richard

13 de mayo de 2205

Hoy he pasado cinco horas arriba, en Nueva York, buscando a Richard. He ido a los pozos, a las dos celosías, a las tres plazas. He recorrido el perímetro de la isla a lo largo de los terraplenes. He sacudido la reja de la madriguera de los aracnopulpos y he descendido brevemente a la región de los avícolas. Por todas partes, gritaba su nombre. Recuerdo que Richard me encontró hace cinco años gracias al radiofaro que había colocado en su shakespeariano robot príncipe Hal. Yo podría haber utilizado hoy un faro.

No había ni rastro de Richard por ninguna parte. Yo creo que ha abandonado la isla. Richard es un excelente nadador —podría haber llegado fácilmente al Hemicilindro Norte—, pero ¿y las fantásticas criaturas que pueblan el mar

Cilíndrico? ¿Le dejaron pasar? Vuelve, Richard. Te echo de menos. Te quiero. Evidentemente, llevaba varios días pensando en marcharse. Había actualizado y acondicionado nuestro catálogo de interacciones con los ramanos con el fin de hacérnoslo lo más fácil posible a Michael y a mí. Se llevó la más grande de nuestras mochilas y a su mejor amigo, EB, pero dejó los robots de Beckett.

Desde que Richard se marchó, nuestras comidas familiares constituyen un trance penoso. Katie está casi siempre enfadada. Quiere saber cuándo volverá su padre y por qué lleva tanto tiempo fuera. Michael y Simone soportan su tristeza en silencio. Su unión continúa intensificándose; parecen consolarse muy bien mutuamente. Por mi parte, he tratado de prestar más atención a Katie, pero no puedo reemplazar a su adorado papá.

Las noches son terribles. No duermo. Paso revista una y otra vez a mis interacciones con Richard durante los dos últimos meses y revivo todos mis errores. La carta que me dejó antes de marcharse era muy reveladora. Nunca habría imaginado que sus anteriores dificultades con Sarah ejercerían el más mínimo impacto sobre su matrimonio conmigo, pero ahora comprendo lo que decía cuando hablaba de pautas.

En mi vida emocional también hay pautas. La muerte de mi madre cuando yo sólo tenía diez años me enseñó el terror del abandono. El miedo a perder una fuerte unión me ha dificultado la intimidad y la confianza. Desde que perdí a mi madre, he perdido a Genevieve, a mi padre y ahora, por lo menos temporalmente, a Richard. Cada vez que la pauta se repite se reactivan todas las quimeras del pasado. Cuando, hace dos noches, rompí a llorar, comprendí que echaba de menos no sólo a Richard, sino también a mi madre, a Genevieve y a mi maravilloso padre. Estaba volviendo a sentir cada una de aquellas pérdidas. Por eso puedo comprender que al estar yo con Michael se dispararan en Richard sus penosos recuerdos de Sarah.

El proceso de aprendizaje nunca se detiene. Aquí estoy yo, a mis cuarenta y un años, descubriendo otra faceta de la verdad acerca de las relaciones humanas. Es evidente que he herido demasiado profundamente a Richard. No importa que no exista ninguna base lógica para la preocupación de Richard de que mi afecto hacia él desaparezca por el hecho de haberme acostado con Michael. La lógica no tiene nada que ver aquí. La percepción y el sentimiento son lo que cuenta.

Había olvidado lo devastadora que puede ser la soledad. Richard y yo llevábamos juntos cinco años. Tal vez no tenga todos los atributos de mi príncipe azul, pero ha sido un compañero maravilloso y es, sin duda, el ser humano más inteligente que jamás he conocido. Sería una tragedia inconmensurable que no regresara. Me domina la pesadumbre cuando pienso, aun por un momento, que quizá le haya visto por última vez.

De noche, cuando me siento especialmente sola, suelo leer poesía. Baudelaire y Eliot han sido mis poetas favoritos desde mis tiempos de estudiante, pero las

últimas noches he estado encontrando consuelo en los poemas de Benita García. Durante su permanencia como cadete en la Academia Espacial de Colorado, su desenfrenada pasión por la vida le causó no poco dolor. Se lanzó con igual ímpetu a sus estudios de cosmonauta y a los brazos de los hombres que le rodeaban. Cuando Benita hubo de comparecer ante el comité disciplinario de los cadetes para responder, como única transgresión, de su no inhibida sexualidad, comprendió lo esquizofrénicos que eran los hombres por lo que al sexo se refería.

La mayoría de los críticos literarios prefiere su primer volumen de poemas, *Sueños de una muchacha mexicana*, que estableció su reputación cuando era todavía una adolescente, al más sesudo y menos lírico que publicó durante su último año de estancia en la Academia. Ahora, sin Richard y con mi mente forcejeando todavía por entender qué ha ocurrido realmente durante estos últimos meses, son los poemas de Benita que reflejan las dudas y las angustias de su adolescencia los que resuenan conmigo. Su camino hacia la madurez fue en extremo difícil. Aunque su obra seguía siendo rica en imágenes, Benita ya no era Pollyanna caminando por entre las ruinas de Uxmal. Esta noche, he leído varias veces uno de sus poemas universitarios que me gusta especialmente:

Mis vestidos alegran mi habitación
como flores del desierto tras la lluvia.
Vienes esta noche, mi nuevo amor,
pero ¿a quién quieres ver en mí?
Los pálidos tonos pastel van bien para los libros,
mis azules y verdes, un tinte vespertino,
como amiga o, incluso, prometida.
Pero si es en el sexo en lo que piensas,
entonces unos ojos rojos o negros y oscurecidos
me convierten en la puta que debo ser.

Mis sueños infantiles no eran así,
mi príncipe venía sólo a darme un beso
y eliminaba todo dolor.
¿No puedo volverle a ver?
Las máscaras me ofenden, colegial,
llevo mi vestido sin gran alegría.
El precio que pago por cogerte la mano
me humilla como tú has planeado.

9

14 de diciembre de 2205

Supongo que debería celebrarlo, pero siento que he logrado una victoria pírrica. Por fin estoy embarazada del hijo de Michael. Pero a qué precio. Seguimos sin saber nada de Richard y temo haberme enajenado también a Michael.

Michael y yo hemos aceptado, cada uno por separado, toda la responsabilidad de la marcha de Richard. Yo he abordado mi culpabilidad lo mejor que he podido, comprendiendo que tendría que dejarla a un lado para cumplir adecuadamente mis obligaciones de madre hacia las niñas. Michael, por su parte, reaccionó al acto de Richard volcándose en la devoción religiosa. Sigue leyendo trozos de la Biblia por lo menos dos veces al día. Reza antes y después de cada comida y a menudo decide no participar en las actividades de la familia para poder «comunicarse» con Dios. La palabra «expiación» ocupa en la actualidad un lugar muy importante en el vocabulario de Michael.

Ha arrastrado a Simone en su renovado fervor cristiano. Mis leves protestas caen esencialmente en el vacío. Le encanta la historia de Jesús, aunque no puede tener más que una vaga idea de su verdadero sentido. Los milagros especialmente fascinan a Simone. Como la mayoría de los niños, no tiene ninguna dificultad para dejar en suspenso su incredulidad. Su mente nunca pregunta «cómo» cuando Jesús camina sobre el agua o convierte el agua en vino.

Mis comentarios no son del todo justos. Probablemente estoy celosa de la relación que existe entre Michael y Simone. Como madre de ella, debería complacerme que sean tan compatibles. Por lo menos, se tienen el uno al otro. Por mucho que lo intentemos, la pobre Katie y yo somos incapaces de establecer esa profunda relación.

Parte del problema estriba en que Katie y yo somos extremadamente obstinadas. Aunque sólo tiene dos años y medio, ya quiere controlar su propia vida. Pongamos, por ejemplo, algo tan sencillo como el plan de actividades proyectadas para el día. Yo he estado elaborando los programas y horarios para todos los miembros de la familia ya desde nuestros primeros días en Rama. Nadie más ha discutido nunca seriamente conmigo, ni siquiera Richard. Michael

y Simone aceptan siempre lo que yo recomiende, con tal de que haya tiempo libre en abundancia.

Pero Katie es otra historia. Si programo un paseo por Nueva York antes de dar una clase de alfabeto, ella quiere cambiar el orden. Si proyecto poner pollo para cenar, ella quiere cerdo o buey. Comenzamos virtualmente todas las mañanas peleándonos por las actividades preparadas para el día. Cuando no le gustan mis decisiones, Katie se enfurruña, lloriquea o llama a su « papi» . Resulta realmente doloroso oírle llamar a Richard.

Michael dice que debo ceder a sus deseos. Insiste en que es sólo una fase de su desarrollo. Pero cuando le indico que ni Genevieve ni Simone fueron nunca como Katie, sonríe y se encoge de hombros.

Michael y yo no siempre estamos de acuerdo en las técnicas utilizables para la educación de los hijos. Hemos tenido varias interesantes conversaciones sobre la vida familiar en nuestras extrañas circunstancias. Hacia el final de una de las conversaciones, me sentí ligeramente irritada por la afirmación de Michael de que yo era « demasiado severa» con las niñas, así que decidí suscitar la cuestión religiosa. Pregunté a Michael por qué era tan importante para él que Simone aprendiera los detalles de la vida de Jesús.

—Alguien tiene que continuar la tradición —respondió vagamente.

—¿De modo que crees que habrá una tradición que continuar, que no vamos a errar eternamente por el espacio y a morir uno a uno en terrible soledad?

—Yo creo que Dios tiene un plan para todos los seres humanos —respondió.

—Pero ¿cuál es Su plan para nosotros? —pregunté.

—No lo sabemos —contestó Michael—. Como tampoco los miles de millones de personas que permanecen en la Tierra saben cuál es Su plan para ellas. El proceso de vivir es buscar Su plan.

—Meneé la cabeza y Michael continuó:

Debería ser mucho más fácil para nosotros, Nicole. Nosotros tenemos muchas menos distracciones. No hay excusa para que no permanezcamos próximos a Dios. Por eso es por lo que son tan difíciles de perdonar mis anteriores preocupaciones por la comida y por la historia del arte. En Rama, los seres humanos tienen que hacer un gran esfuerzo para llenar su tiempo con algo distinto de la oración y la devoción.

Confieso que su seguridad me fastidia a veces. En nuestras actuales circunstancias, la vida de Jesús no parece tener más relevancia que la vida de Atila o de cualquier otro ser humano que haya vivido jamás en ese lejano planeta situado a dos años luz de distancia. O estamos condenados o somos el principio de lo que esencialmente será una nueva especie. ¿Murió Jesús por todos nuestros pecados también?, ¿por los de quienes jamás volveremos a ver la Tierra?

Si Michael no hubiera sido católico y no hubiera estado programado desde el

nacimiento en favor de la procreación, nunca le habría convencido para que concibiese un hijo. Tenía cien razones por las que no estaba bien hacerlo. Pero al final, quizá porque yo turbaba sus devociones nocturnas con mis persistentes intentos por persuadirle, acabó consintiendo. Me advirtió que era sumamente probable que «no diera resultado» y que «no admitiría ninguna responsabilidad» por mi frustración.

Nos llevó tres meses engendrar un embrión. Durante los dos primeros ciclos ovulatorios, me fue imposible excitarle. Probé con la risa, el masaje corporal, la música, la comida, todo lo mencionado en cualquiera de los artículos sobre la impotencia. Su sentimiento de culpabilidad y su tensión eran siempre más fuertes que mi ardor. La fantasía proporcionó finalmente la solución. Cuando una noche le sugerí a Michael que imaginara durante todo el tiempo que yo era su esposa Katheleen, pudo finalmente mantener una erección. La mente es en verdad una creación maravillosa.

Aun con ayuda de la fantasía, hacer el amor con Michael no era tarea fácil. En primer lugar, y probablemente es una desconsideración por mi parte decirlo, sus preparativos son por sí solos suficientes para quitarle las ganas a cualquier mujer. Inmediatamente antes de despojarse de la ropa, Michael ofrece siempre una oración a Dios. ¿Qué es lo que implora? Sería fascinante conocer la respuesta.

El primer marido de Leonor de Aquitania, Luis VII de Francia, había sido educado como un monje y sólo por un accidente histórico se convirtió en rey. En la novela de mi padre sobre Leonor hay un largo monólogo interior en el que ella se queja de hacer el amor «rodeada de solemnidad y piedad y del basto hábito de los cistercienses». Anhelaba que hubiese alegría y risas en la alcoba, conversaciones obscenas y pasión desenfrenada. Comprendo que se divorciara de Luis y se casara con Henry Plantagenet.

Así que ahora estoy embarazada del niño (espero) que aportará variedad genética a nuestra descendencia. Ha sido toda una lucha y, casi con toda seguridad, no valía la pena. A causa de mi deseo de tener un hijo de Michael, Richard se ha ido y, al menos temporalmente, Michael no es ya el íntimo amigo y compañero que fue durante nuestros primeros años en Rama. He pagado el precio de mi éxito. Debo esperar ahora que esta nave espacial tenga realmente un destino.

1 de marzo de 2206

Esta mañana he repetido el análisis parcial de genoma para verificar mis resultados iniciales. No hay ninguna duda. Definitivamente, nuestro hijo no nacido tiene el síndrome de Whittingham. Por fortuna, no existen otros defectos

identificables, pero el de Whittingham es ya bastante malo.

Le enseñé los datos a Michael después del desayuno, cuando nos quedamos solos unos momentos. Al principio, no entendió lo que le estaba diciendo, pero cuando utilicé la palabra « retrasado» , reaccionó inmediatamente. Me di cuenta de que estaba imaginando un niño completamente incapaz de cuidar de sí mismo. Sus preocupaciones se calmaron sólo parcialmente cuando expliqué que el síndrome de Whittingham no es más que una deficiencia en la capacidad de aprendizaje, un funcionamiento defectuoso de los procesos electroquímicos del cerebro.

Cuando realicé el primer análisis parcial de genoma la semana pasada, sospeché la presencia del Whittingham, pero, como existe una posible ambigüedad en los resultados, no le dije nada a Michael. Antes de extraer una segunda muestra de líquido amniótico, quería pasar revista a lo que se sabía sobre la afección. Infortunadamente, mi enciclopedia médica abreviada no contenía información suficiente para satisfacerme.

Esta tarde, mientras Katie dormía la siesta, Michael y yo le pedimos a Simone que se quedara durante una hora o cosa así leyendo un libro en la habitación. Nuestro perfecto ángel obedeció. Michael estaba mucho más calmado que por la mañana. Reconoció que al principio se había sentido consternado por la noticia referente a Benjy (Michael quiere ponerle al niño el nombre de Benjamin Ryan O'Toole, como su abuelo). Al parecer, la lectura del libro de Job había desempeñado un importante papel para ayudarle a recuperar la perspectiva.

Expliqué a Michael que el desarrollo mental de Benjy sería lento y tedioso. Le consoló, sin embargo, saber que muchos afectados por el síndrome de Whittingham habían alcanzado finalmente el equivalente a una edad de doce años después de veinte años de enseñanza. Aseguré a Michael que no habría señales físicas del defecto, como las hay en el de Down, y que, como el síndrome de Whittingham es un carácter recesivo bloqueado, era muy poco probable que cualquier posible descendencia resultara afectada antes de la tercera generación como más pronto.

—¿Hay alguna forma de saber quién de nosotros tiene el síndrome en sus genes? —preguntó Michael ya hacia el final de nuestra conversación.

—No —respondí—. Es un trastorno muy difícil de aislar, porque, al parecer, deriva de varios genes defectuosos distintos. Sólo si el síndrome es activo se puede realizar un diagnóstico claro. Ni aun en la Tierra han tenido éxito los intentos de identificar a los portadores.

Empecé a decirle que desde que la enfermedad fuera diagnosticada por primera vez en 2068 no se ha dado casi ningún caso ni en África ni en Asia. Se ha tratado básicamente de un trastorno caucásico, siendo en Irlanda donde ha aparecido con más frecuencia. Decidí que Michael no tardaría en conocer esta

información (está en el artículo principal de la enciclopedia médica, que él está leyendo ahora), y no quería que se sintiese peor aún.

—¿Hay curación?

—No para nosotros —respondí, meneando la cabeza—. En la pasada década hubo ciertos indicios de que podrían resultar eficaces unas contramedidas genéticas si se aplicaban durante el segundo trimestre de embarazo. Pero el procedimiento es complicado, incluso en la Tierra, y puede acabar produciendo la pérdida del feto.

Ése habría sido un momento perfecto en la conversación para que Michael mencionara la palabra « aborto» . No lo hizo. Su cuerpo de creencias es tan firme y sólido que estoy segura de que ni siquiera llegó a pensar en ello. Para él, el aborto es un mal absoluto, en Rama lo mismo que en la Tierra. Me encontré preguntándome a mí misma si existían algunas circunstancias en las que Michael habría considerado la posibilidad de un aborto. ¿Y si el niño tenía el síndrome de Down y además era ciego? ¿O presentaba múltiples problemas congénitos que garantizaban una muerte temprana?

Si Richard hubiera estado allí, habríamos sostenido una conversación lógica sobre las ventajas y los inconvenientes de un aborto. Él habría creado una de sus famosas hojas Ben Franklin, con los pros y los contras relacionados por separado en los dos lados de la amplia pantalla. Yo habría añadido una larga lista de razones emocionales (que Richard habría omitido de su lista original) para no provocar un aborto, y, casi con toda seguridad, todos habríamos convenido al final en traer a Benjy a Rama. Habría sido una decisión racional de la comunidad.

Yo quiero tener este hijo. Pero quiero también que Michael reafirme su compromiso como padre de Benjy. Una consideración de la posibilidad de aborto habría provocado ese renovado compromiso. La ciega aceptación de las reglas de Dios, de la Iglesia o de cualquier dogma estructurado puede a veces facilitar que una persona se abstenga de apoyar una decisión concreta. Espero que Michael no sea esa clase de persona.

10

30 de agosto de 2206

Benjy llegó pronto. Pese a mis repetidas seguridades de que tendría un aspecto perfectamente sano, Michael pareció aliviado cuando, hace tres días, el niño nació sin ninguna anormalidad física. Fue otro parto fácil. Simone se mostró sorprendentemente colaboradora y servicial durante todo el proceso. Para no haber cumplido aún los seis años, tiene una gran madurez.

Benjy tiene también los ojos azules, pero no tan claros como los de Katie y no creo que vayan a continuar siendo azules. Su piel es morena, un poco más oscura que la de Katie, pero menos que la mía o la de Simone. Pesó tres kilos y medio al nacer y medía cincuenta y dos centímetros.

Nuestro mundo permanece invariable. No hablamos mucho de ello, pero todos, excepto Katie, hemos perdido la esperanza de que Richard regrese alguna vez. Se aproxima de nuevo el invierno ramano, y las noches van siendo largas y los días más cortos. Periódicamente, Michael o yo subimos a tratar de encontrar alguna señal de Richard, pero es un ritual mecánico. Hace ya dieciséis meses que se marchó.

Michael y yo nos turnamos ahora en la tarea de calcular nuestra trayectoria con el programa de determinación orbital diseñado por Richard. Al principio, tardamos varias semanas en aprender a utilizarlo, pese a que Richard nos había dejado instrucciones explícitas. Una vez a la semana comprobamos nuevamente que continuamos avanzando en dirección a Sirio, sin que se interponga en nuestro camino ningún otro sistema estelar.

A pesar de la presencia de Benjy, parece que tengo más tiempo libre que nunca. He estado leyendo vorazmente y se ha vuelto a despertar mi fascinación por las dos heroínas que dominaron mi mente y mi imaginación durante la adolescencia. ¿Por qué me han atraído siempre tanto Juana de Arco y Leonor de Aquitania? Porque no sólo dieron muestra de fuerza interior y seguridad en sí mismas, sino que cada una de ellas logró triunfar en un mundo dominado por los hombres confiando exclusivamente en su propia capacidad.

Yo fui una adolescente muy solitaria. Mi entorno físico en Beauvois era espléndido y el amor de mi padre desbordante, pero pasé virtualmente sola toda la adolescencia. En lo más profundo de mi mente, me aterraba siempre la

posibilidad de que la muerte o el matrimonio me arrebataran a mi adorado padre. Yo quería volverme más reservada y controlarme mejor para evitar el dolor que experimentaría si alguna vez me separaba de padre. Juana y Leonor constituían unos modelos perfectos de comportamiento. Incluso hoy, me siento confortada al leer sus vidas. Ninguna de las dos permitió que el mundo circundante definiera qué era lo realmente importante en la vida.

La salud de todos continúa siendo buena. La primavera pasada, en gran parte por mantenerme a mí misma ocupada, introduje en cada uno de nosotros un juego de las sondas biométricas sobrantes y observé los datos durante varias semanas. El proceso de observación me recordaba los días de la misión Newton. ¿Es posible que hayan pasado más de seis años desde que nosotros doce abandonamos la Tierra para nuestra cita con Rama?

Katie se sentía fascinada por la biometría. Se sentaba a mi lado mientras yo examinaba a Simone o a Michael y hacía cientos de preguntas sobre los datos que aparecían en la pantalla. Entendió enseguida cómo funcionaba el sistema y cual era la finalidad de los archivos de alarma. Michael ha comentado que es extraordinariamente brillante. Como su padre, Katie sigue echando terriblemente de menos a Richard.

Aunque Michael dice que se siente viejo, se encuentra en una forma excelente para sus sesenta y cuatro años. Desea mantenerse lo bastante activo físicamente para poder ocuparse de los niños y desde el principio de mi embarazo ha estado haciendo ejercicio sistemáticamente dos veces por semana. Dos veces por semana. Qué idea tan curiosa. Hemos continuado ateniéndonos fielmente a nuestro calendario terrestre, aunque no tiene absolutamente ningún sentido en Rama. La otra noche Simone preguntó el significado de días, meses y años. Mientras Michael explicaba la rotación de la Tierra, las estaciones del año y la órbita de la Tierra alrededor del Sol, tuve de pronto la visión de una espléndida puesta de sol en Utah que había compartido con Genevieve durante nuestro viaje al Oeste americano. Quise hablarle de ello a Simone, pero ¿cómo se le explica una puesta de sol a quien no ha visto jamás el sol?

El calendario nos recuerda lo que éramos. Si alguna vez llegamos a un nuevo planeta, con un día y una noche reales, en lugar de los artificiales de Rama, entonces, casi con toda seguridad, abandonaremos el calendario terrestre.

Pero, por ahora, los días de fiesta, el paso de los meses y muy especialmente los cumpleaños, nos recuerdan nuestras raíces en aquel hermoso planeta que ya no podemos encontrar ni en el mejor telescopio ramano.

Benjy está preparado para mamar. Sus capacidades mentales quizá no sean las mejores imaginables, pero ciertamente no tiene ningún problema para hacerme saber cuándo tiene hambre. De mutuo acuerdo, Michael y yo no les hemos hablado aún a Simone y Katie acerca de la dolencia de su hermano. Ya les resultará suficientemente difícil hacerse a la idea de que necesitará la

atención de ellas mientras sea bebé.

Que esa necesidad de atención continuará e, incluso, aumentara cuando vaya haciéndose mayor es más de lo que puede esperarse que comprendan a su temprana edad.

13 de marzo de 2207

Hoy cumple Katie cuatro años. Cuando hace dos semanas le pregunté qué quería para su cumpleaños, no vaciló ni un instante. « Quiero que vuelva papá» , dijo.

Es una niña solitaria y aislada. Sumamente rápida en aprender, es, sin duda alguna, la hija más voluble que he tenido. Richard también era de humor en extremo cambiante. A veces, se sentía tan exaltado y exuberante que no podía contenerse, de ordinario cuando acababa de experimentar algo excitante por primera vez. Pero sus depresiones eran terribles. Había ocasiones en que se pasaba una semana o más sin reír y ni tan siquiera sonreír.

Katie ha heredado su talento para las matemáticas. Ya sabe sumar, restar, multiplicar y dividir, al menos con números pequeños. Simone, que, ciertamente, no es nada torpe, es más equilibrada en sus aptitudes. Y más interesada en una amplia diversidad de materias. Pero Katie va muy claramente en camino de superarla en matemáticas.

En los casi dos años transcurridos desde que Richard se fue, he intentado sin éxito reemplazarle en el corazón de Katie. La verdad es que Katie y yo chocamos. Nuestras personalidades no son compatibles como madre e hija. El individualismo y la turbulencia que yo amaba en Richard resultan amenazadores en Katie. Pese a mis buenas intenciones, siempre terminamos peleándonos.

Naturalmente, no podíamos traer a Richard para el cumpleaños de Katie. Pero Michael y yo nos esforzamos al máximo por hacerle algunos regalos interesantes. Aunque ninguno de los dos somos especialmente diestros en electrónica, conseguimos crear un pequeño videojuego (fueron precisas muchas interacciones con los ramanos para fabricar las piezas adecuadas y muchas noches de trabajo en común para hacer algo que probablemente Richard habría podido terminar en un día) llamado « Perdido en Rama» . Lo hicimos muy sencillo, porque Katie tiene sólo cuatro años.

Después de dos horas de jugar con él, había agotado ya todas las opciones y averiguado cómo llegar hasta nuestro refugio desde cualquier punto de Rama.

Nuestra mayor sorpresa se produjo al anochecer, cuando le preguntamos (esto se ha convertido para nosotros en una tradición en Rama) qué le gustaría hacer la noche de su cumpleaños.

—Quiero entrar en la madriguera de los avícolas —respondió Katie, con un

brillo malévolo en los ojos.

Tratamos de disuadirle señalando que la distancia entre los rebordes era mayor que su estatura. En respuesta, Katie se dirigió a la escala de material reticulado que colgaba junto a la habitación de las niñas y nos demostró que podía trepar por ella. Michael sonrió.

—Ha heredado algunas cosas de su madre —dijo.

—Por favor, mamá —rogó Katie, con su precoz vocecilla—, todo lo demás es tan aburrido… Quiero ver por mí misma el tanque centinela desde unos metros de distancia solamente.

Aunque sentía cierto recelo, me dirigí con Katie hacia la madriguera de los avícolas y le dije que esperase arriba mientras yo colocaba la escala de mano. En el primer rellano, enfrente del tanque centinela, me detuve un momento y miré por encima del abismo en dirección a aquella máquina de movimiento perpetuo que protegía la entrada al túnel horizontal.

« ¿Estás siempre ahí?, —pensé—. ¿Y has sido sustituido o reparado alguna vez durante todo este tiempo?»

—¿Estás lista, mamá? —oí a mi hija gritar desde arriba.

Antes de que pudiera subir a su encuentro, Katie estaba ya bajando por la escala. La regañé al reunirme con ella en el segundo reborde, pero ella no me prestó atención. Estaba terriblemente excitada.

—¿Has visto, mama? —exclamó—. Lo he hecho yo sola.

La felicité, aunque mi mente se hallaba aún conmocionada por la imaginada representación de Katie resbalando de la escala, golpeando contra uno de los rebordes y cayendo luego en la insondable profundidad del pozo. Continuamos descendiendo por la escala, ayudándole yo desde abajo, hasta que llegamos al primer rellano y al par de túneles horizontales. Al otro lado del abismo, el tanque centinela continuaba su repetitivo movimiento. Katie estaba extática.

—¿Qué hay detrás de ese tanque? —preguntó—. ¿Quién lo fabricó? ¿Qué está haciendo ahí? ¿Saltaste tú realmente por encima de este agujero…?

En respuesta a una de sus preguntas, me volví y di varios pasos por el interior del túnel que se abría detrás de nosotras, caminando en pos del haz luminoso de mi linterna y dando por supuesto que Katie me seguía. Instantes después, cuando descubrí que ella permanecía aún al borde del abismo, sentí un helado estremecimiento de pánico. Le vi sacar un pequeño objeto del bolsillo del vestido y tirarlo por encima del abismo contra el tanque centinela.

Le lancé un grito a Katie, pero era demasiado tarde. El objeto golpeó contra la parte delantera del tanque. Inmediatamente, sonaron unas explosiones semejantes a disparos y dos proyectiles de metal se incrustaron en la pared de la madriguera, a menos de un metro por encima de su cabeza.

—*¡Yipi!* —gritó Katie, mientras yo la apartaba del abismo con un fuerte empujón.

Estaba furiosa. Mi hija empezó a llorar. El ruido en la madriguera era ensordecedor.

Instantes después, dejó bruscamente de llorar.

—¿Has oído? —preguntó.

—¿El qué? —exclamé, con el corazón latiéndome violentamente todavía.

—Allí —respondió. Señaló por encima del corredor vertical en dirección a la negrura existente tras el centinela. Proyecté en el vació el haz de mi linterna, pero no pude ver nada.

Permanecimos las dos absolutamente inmóviles, agarradas de la mano. Llegó un sonido procedente del túnel que se abría tras el centinela. Pero estaba en el límite mismo de mi audición y no pude identificarlo.

—Es un avícola —dijo Katie, con convicción—. Oigo el batir de sus alas. *¡Yipi!* —gritó de nuevo con todas sus fuerzas.

El sonido cesó. Aunque esperamos quince minutos antes de salir de la madriguera, no volvimos a oír nada más. Katie contó a Michael y a Simone que habíamos oído a un avícola, no podía corroborar su relato, pero decidí no discutir con ella. La niña estaba feliz. Había sido un cumpleaños muy movido.

8 de marzo de 2208

Patrick Erin O'Toole, un niño perfectamente sano en todos los aspectos, nació ayer, a las 2.15 de la tarde. El orgulloso padre lo tiene en brazos en estos momentos, sonriendo mientras mis dedos danzan sobre el teclado de mi libreta de notas electrónica.

Es ya noche avanzada. Simone ha acostado a Benjy, como hace todas las noches a las nueve, y luego se ha ido ella también a la cama. Estaba muy cansada. Ella se ocupó de Benjy, sin ayuda de nadie, durante mi sorprendentemente largo parto. Cada vez que yo gritaba, Benjy gritaba también, y Simone procuraba calmarle.

Katie ya ha reivindicado a Patrick como su hermano bebé. Ella es muy lógica. Si Benjy es de Simone, entonces Patrick debe pertenecer a Katie. Al menos está manifestando algún interés por otro miembro de la familia.

Patrick no fue buscado, pero tanto Michael como yo estamos encantados de que haya venido a unirse a la familia. Su concepción se produjo en algún momento de finales de la primavera pasada, probablemente durante el primer mes siguiente a cuando Michael y yo empezamos a compartir de noche su dormitorio. Fue idea mía que durmiésemos juntos, aunque estoy segura de que también Michael había pensado en ello.

La noche en que se cumplían los dos años exactos desde la marcha de Richard me resultaba por completo imposible conciliar el sueño. Me sentía

solitaria, como de costumbre. Traté de imaginarme durmiendo sola el resto de mis noches y me invadió el desánimo. Poco después de la medianoche, eché a andar por el corredor en dirección a la habitación de Michael.

Esta vez, Michael y yo nos hemos sentido desde el principio relajados y a gusto el uno con el otro. Supongo que los dos estábamos dispuestos. Después del nacimiento de Benjy, Michael estuvo muy atareado ayudándome con todos los niños. Durante ese período aligeró un poco sus actividades religiosas y se tornó más accesible a todos nosotros, incluida yo. Finalmente, se reafirmó nuestra compatibilidad natural. Sólo nos quedaba admitir que Richard no regresaría jamás.

Confortable. Ésa es la mejor manera de describir mi relación con Michael. Con Henry, era éxtasis. Con Richard, era pasión y excitación, un turbulento viaje en montaña rusa en la vida y en la cama. Michael me conforta. Dormimos cogidos de la mano, el símbolo perfecto de nuestra relación. Hacemos pocas veces el amor, pero es suficiente.

Yo he hecho varias concesiones. De vez en cuando, incluso rezo, porque eso le hace feliz a Michael. Él, por su parte, se ha vuelto más tolerante con respecto a la exposición de los niños a ideas y sistemas de valores ajenos a su catolicismo. Hemos convenido en que lo que buscamos es armonía y consistencia en nuestra mutua relación de padres.

Somos seis ahora, una sola familia de seres humanos que nos encontramos más cerca de varias otras estrellas que del planeta y la estrella de nuestro nacimiento. Todavía no sabemos si este gigantesco cilindro arrojado al espacio va realmente a alguna parte. Hemos creado nuestro propio mundo aquí, en Rama, y, aunque es limitado, creo que somos felices.

11

30 de enero de 2209

Había olvidado lo que era sentir la adrenalina precipitarse por todo mi sistema. En las últimas treinta horas, nuestra plácida y tranquila vida en Rama ha quedado totalmente destruida.

Todo empezó con dos sueños. Ayer por la mañana, justo antes de despertarme, tuve un sueño, extraordinariamente vívido, relacionado con Richard. En realidad, Richard no estaba en mi sueño, quiero decir que no aparecía junto a Michael, Simone, Katie y yo. Pero el rostro de Richard permanecía encajado en el ángulo superior izquierdo de mi pantalla onírica mientras nosotros cuatro nos dedicábamos a alguna actividad cotidiana normal. El me llamaba una y otra vez por mi nombre. Su llamada era tan fuerte que continuaba oyéndole cuando desperté.

Había empezado a hablarle a Michael del sueño cuando apareció Katie en la puerta, en pijama. Estaba temblorosa y asustada.

—¿Qué ocurre, cariño? —pregunté, abriendo los brazos para que se acercase.

Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Es papá —dijo—. Me ha estado llamando esta noche en sueños.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y Michael se incorporo en la estera. Tranquilicé a Katie con mis palabras, pero la coincidencia me desasosegaba. ¿Había oído mi conversación con Michael? Imposible. La habíamos visto en el momento mismo en que llego a nuestra habitación.

Una vez que Katie regresó a su cuarto para vestirse, le dije a Michael que me era del todo punto imposible hacer caso omiso de los dos sueños. Él y yo hemos hablado con frecuencia acerca de mis ocasionales poderes psíquicos. Aunque generalmente rechaza la idea entera de la percepción extrasensorial, Michael siempre ha admitido que es imposible asegurar categóricamente que mis sueños y visiones no profetizan el futuro.

—Debo ir arriba a buscar a Richard —le dije después del desayuno. Michael había esperado que yo realizase ese esfuerzo y estaba dispuesto a cuidar de los niños. Pero estaba oscuro en Rama. Ambos convinimos en que sería mejor que esperase hasta nuestra tarde, en que de nuevo habría luz en el mundo de la nave espacial sobre nuestro refugio.

Eché una larga siesta con el fin de hacer acopio de energías para una concienzuda búsqueda. Dormí agitadamente y todo el tiempo estuve soñando que me encontraba en peligro. Antes de emprender la marcha, me aseguré de que había un dibujo razonablemente fiel de Richard almacenado en mi ordenador portátil. Quería poder mostrar el objeto de mi búsqueda a cualquier avícola con el que me encontrase.

Después de darles un beso a los niños y desearles buenas noches, me puse directamente en marcha hacia la madriguera de los avícolas. No me sorprendió ver que había desaparecido el tanque centinela. Años atrás, cuando fui invitada por uno de los residentes avícolas a entrar en la madriguera, tampoco estaba presente el tanque centinela. ¿Quizá me estuvieran invitando de nuevo? ¿Y qué tenía todo esto que ver con mi sueño? El corazón me latía violentamente mientras cruzaba la sala en que se encontraba la cisterna de agua y me adentraba en el túnel que de ordinario protegía el ahora ausente centinela.

El silencio era absoluto. Caminé durante casi un kilómetro antes de llegar a una alta puerta a mi derecha. Me asomé cautelosamente. La habitación estaba sumida en la oscuridad, como todos los lugares de la madriguera avícola a excepción del corredor vertical. Encendí mi linterna. La sala no era muy profunda, unos quince metros como máximo, pero era extremadamente alta. A lo largo de la pared situada enfrente de la puerta había filas y filas de cajas ovaladas. El haz luminoso de mi linterna mostró que las filas se extendían hasta el elevado techo, que debía de estar justamente debajo de una de las plazas de Nueva York.

No tardé mucho en descubrir la finalidad de la estancia. Cada una de las extrañas cajas tenía el tamaño y la forma de un melón maná. Naturalmente, pensé, aquí debía de ser donde se guardaban las provisiones. No era extraño que no quisieran que viniese nadie aquí.

Tras comprobar que todas las cajas estaban vacías, empecé a retroceder en dirección al pozo. Luego, a impulsos de un presentimiento, di media vuelta, pasé por delante del almacén y continué por el túnel. Debía de llevar a alguna parte, razoné, o habría terminado en la estancia de los melones.

Tras recorrer medio kilómetro más, el túnel fue ensanchándose gradualmente hasta que entré en una amplia cámara circular. En el centro de la estancia, que tenía un techo muy alto, había una vasta estructura abovedada. A intervalos regulares a lo largo de las paredes se abrían unos veinte huecos. No había más luz que la proporcionada por el haz de mi linterna, así que tardé varios minutos en integrar la estancia, con el abovedado edificio en el centro, en una imagen superpuesta.

Recorrí el perímetro completo, examinando uno tras otro todos los huecos. La mayoría estaban vacíos. En uno de ellos encontré tres tanques centinelas idénticos pulcramente alineados contra la pared del fondo. Mi primer impulso fue

resguardarme de los centinelas, pero no era necesario. Estaban inactivos.

Pero el más interesante, con mucho, de estos huecos, era el situado en el centro de la estancia, exactamente al extremo de un arco de 180 grados desde el túnel de entrada. Este hueco especial se hallaba cuidadosamente organizado y tenía gruesos estantes tallados en sus paredes. Había quince estantes en total, cinco en cada uno de los dos lados y otros cinco en la pared del fondo. En los estantes de los lados había objetos cuidadosamente alineados (todo era muy ordenado); los de la pared del fondo tenían cada uno cinco agujeros redondos dispuestos longitudinalmente.

El contenido de estos hoyos, cada uno de los cuales se hallaba subdividido en secciones, como porciones de una tarta, era fascinante. Una de las secciones de cada uno de los hoyos contenía un material muy fino, semejante a ceniza. Una segunda sección contenía uno, dos o tres anillos, unos de color rojo cereza, otros dorados, que reconocí inmediatamente por su similitud con los anillos que habíamos visto en torno al cuello de nuestro amigo avícola de terciopelo gris. El resto de los artículos contenidos en los hoyos no parecía presentar ninguna pauta especial; de hecho, algunos de los hoyos estaban vacíos, a excepción de la ceniza y los anillos.

Finalmente, me volví y me acerqué a la estructura abovedada. Su puerta principal daba frente al hueco especial. La examiné con mi linterna. Su rectangular superficie tenía tallado un complicado diseño. Se apreciaban cuatro paneles, o cuadrantes, distintos. En el cuadrante superior izquierdo había un avícola, y en el panel adyacente, a la derecha, un melón maná. Los dos cuadrantes inferiores contenían imágenes extrañas. En el lado izquierdo estaba tallada la figura de una criatura articulada y cubierta de franjas que corría sobre seis patas. El panel final, abajo a la derecha, mostraba una gran caja llena de una malla o red muy fina.

Tras unos momentos de vacilación, empujé la puerta. Quedé paralizada cuando una estruendosa alarma, semejante a un claxon, horadó el silencio. Permanecí inmóvil junto a la puerta, mientras la alarma continuaba sonando durante casi un minuto. Cuando cesó seguí sin moverme. Estaba tratando de oír si alguien (o algo) respondía a la alarma.

Ningún ruido turbaba el silencio. Al cabo de unos minutos comencé a examinar el interior del edificio. Un cubo transparente, de aproximadamente dos metros y medio de lado, ocupaba el centro de la única estancia. La paredes del cubo se hallaban manchadas a trechos, lo que oscurecía parcialmente mi visión, pero, a pesar de ello, pude ver que el fondo estaba cubierto de un material fino y oscuro hasta una altura de diez centímetros. El resto del edificio en torno al cubo se hallaba decorado con dibujos geométricos en las paredes, el suelo y el techo. Una de las caras del cubo tenía una angosta entrada que permitía el acceso al interior.

Entré. El esponjoso material negro parecía ser ceniza, pero su consistencia era ligeramente diferente de la del material similar que había encontrado en los hoyos de los estantes. Mis ojos siguieron el haz luminoso de mi linterna a medida que se desplazaba sistemáticamente por el cubo. Cerca del centro había un objeto parcialmente enterrado en la ceniza. Me aproximé, cogí el objeto, lo sacudí, y casi me desmayo. Era el robot de Richard, EB.

EB estaba considerablemente cambiado. Su exterior se hallaba ennegrecido, su diminuto panel de control se había fundido y ya no funcionaba. Pero, inconfundiblemente, era él. Me llevé el pequeño robot a los labios y lo besé. Mentalmente, podía verle declamando uno de los sonetos de Shakespeare mientras Richard escuchaba extático y gozoso.

Era evidente que EB había estado en un incendio. ¿También Richard se había visto atrapado en un infierno dentro del cubo? Rebusqué cuidadosamente entre la ceniza, pero no encontré ningún hueso. Me preguntaba, sin embargo, qué sería lo que había ardido y había creado toda aquella ceniza. Y, ante todo, ¿qué hacía EB dentro del cubo?

Yo estaba convencida de que Richard se encontraba en algún lugar de la madriguera avícola, así que pasé otras ocho largas horas subiendo y bajando por los rebordes y explorando túneles. Visité todos los lugares en que había estado antes, durante mi corta estancia allí, tiempo atrás, y encontré varias interesantes nuevas cámaras de finalidad desconocida. Pero no había ni rastro de Richard. De hecho, no había rastros de vida de ninguna clase. Consciente de que el corto día ramano estaba a punto de terminar y que los cuatro niños no tardarían en despertarse en nuestro refugio, regresé finalmente, cansada y abatida, a mi hogar ramano.

Cuando llegué, la cubierta y la reja de nuestro refugio estaban abiertas. Aunque tenía la seguridad de haberlas cerrado antes de marcharme, no podía recordar con exactitud mis actos al salir. Finalmente me dije a mí misma que quizás había estado demasiado excitada entonces y había olvidado cerrar todo. No había hecho más que empezar a descender cuando oí que Michael me llamaba desde atrás.

Me volví. Michael se acercaba por el camino situado hacia el este. Se movía velozmente, cosa extraña en él, y llevaba en brazos al pequeño Patrick.

—Ya has venido —jadeó, mientras yo me acercaba a él—. Estaba empezando a preocuparme…

Se interrumpió de pronto, clavó los ojos en mí y, luego, paseó rápidamente la vista en derredor.

—Pero ¿dónde está Katie? —preguntó con tono preocupado.

—¿Cómo que dónde está Katie? ¿Qué quieres decir? —repliqué alarmada por la expresión del rostro de Michael.

—¿No está contigo? —preguntó.

Cuando moví negativamente la cabeza y dije que no la había visto, Michael rompió de pronto a llorar. Corrí a consolar al pequeño Patrick, que, asustado por los sollozos de Michael, se había echado a llorar también.

—Oh, Nicole —exclamó Michael—, no sabes cuánto lo siento. Patrick estaba pasando mala noche, así que me lo llevé a mi habitación. Luego, a Benjy le empezó a doler el estómago y Simone y yo tuvimos que atenderle durante un par de horas. Nos quedamos todos dormidos mientras Katie se hallaba sola en la habitación de los niños. Cuando nos despertamos, hará unas dos horas, había desaparecido.

Nunca había visto a Michael tan turbado. Traté de consolarle, decirle que probablemente Katie estaba jugando en alguna parte cerca de allí (y cuando la encontremos, estaba pensando, le voy a dar una reprimenda que no olvidará jamás), pero Michael rechazó la idea.

—No, no —dijo—, no está por aquí en ninguna parte. Patrick y yo llevamos más de una hora buscándola.

Michael, Patrick y yo bajamos para ver cómo estaban Simone y Benjy. Simone nos informó de que Katie se había sentido en extremo decepcionada cuando me marché sola en busca de Richard.

—Había esperado —explicó serenamente Simone— que la llevarías contigo.

—¿Por qué no me contaste esto anoche? —pregunté a mi hija de ocho años.

—No me pareció tan importante —respondió Simone—. Además, nunca se me ocurrió que Katie intentaría encontrar ella sola a papá.

Michael y yo estábamos exhaustos, pero uno de los dos tenía que buscar a Katie. Yo era la más indicada para hacerlo. Me lavé la cara, encargué a los ramanos desayuno para todos y relaté una rápida versión de mi descenso a la madriguera de los avícolas. Simone y Michael dieron vuelta lentamente entre las manos al ennegrecido EB. Me di cuenta de que también ellos se preguntaban qué habría sido de Richard.

—Katie dijo que papá fue en busca de los aracnopulpos —comentó Simone cuando me disponía a marcharme—. Dijo que su mundo era más emocionante.

Yo me sentía llena de temor mientras avanzaba por la plaza próxima a la madriguera de los aracnopulpos. Mientras caminaba, se apagaron las luces y se hizo nuevamente de noche en Rama.

—Estupendo —murmuré—. No hay nada como tratar de encontrar en la oscuridad a una niña perdida.

La cubierta de los aracnopulpos y las dos rejas protectoras se hallaban abiertas. Nunca había visto abiertas las rejas. Me dio un vuelco el corazón. Comprendí instintivamente que Katie había bajado a su madriguera y que, pese a mi miedo, yo iba a seguirla. Primero, me arrodillé y grité «Katie» dos veces hacia las tinieblas que se espesaban debajo de mí. Oí su nombre reverberar en los túneles. Agucé el oído para captar alguna respuesta, pero no había

absolutamente ningún sonido. Por lo menos, me dije, tampoco oía el roce de las escobillas acompañado de un silbido de alta frecuencia.

Descendí por la rampa hasta la amplia caverna de la que salían los cuatro túneles que Richard y yo habíamos bautizado como « Eene, Meenie, Mynie y Moe» . Era difícil, pero me forcé a mí misma a entrar en el túnel que Richard y yo habíamos recorrido antes. No obstante, tras dar unos cuantos pasos, me detuve, retrocedí y me introduje en el túnel adyacente. Este segundo corredor conducía también al corredor cilíndrico descendente que se encontraba erizado de salientes, pero pasaba de largo ante la estancia que Richard y yo llamábamos el museo de los aracnopulpos. Recordaba perfectamente el terror que había sentido nueve años antes, cuando encontré al doctor Takagishi, disecado como un trofeo de caza, colgando en aquel museo.

Había una razón por la que yo quería visitar el museo de los aracnopulpos que no estaba necesariamente relacionada con mi búsqueda de Katie. Si los aracnopulpos habían matado a Richard (como, al parecer, habían matado a Takagishi, aunque no estoy convencida todavía de que no muriese de un ataque cardíaco), o si habían encontrado su cuerpo en algún otro lugar de Rama, entonces quizás él se hallara también en la estancia. Sería quedarme corta decir que no estaba ansiosa por ver la versión de mi marido hecha por un taxidermista alienígena; sin embargo, quería por encima de todo saber qué le había sucedido a Richard. Especialmente después de mi sueño. Al llegar a la entrada del museo, hice una profunda inspiración. Torcí lentamente hacia la izquierda al entrar. Las luces se encendieron en cuanto crucé el umbral, pero, por fortuna, el doctor Takagishi no me estaba mirando directamente a la cara. Había sido movido al otro extremo de la sala. De hecho, el museo entero había experimentado una reordenación. Todas las réplicas de biots, que ocupaban la mayor parte del espacio de la sala cuando Richard y yo lo visitamos brevemente tiempo atrás, habían desaparecido. Los dos « objetos de exposición» , si se les podía llamar así, eran ahora los avícolas y los seres humanos.

La exposición de avícolas estaba más cerca de la puerta. Tres ejemplares colgaban del techo, con las alas extendidas. Uno de ellos era el avícola de terciopelo gris y con dos anillos color cereza en el cuello que Richard y yo habíamos visto poco antes de que muriese. Había otros fascinantes objetos e incluso fotografías en la exposición avícola, pero mis ojos se volvieron hacia el otro extremo de la estancia, hacia la exposición que rodeaba al doctor Takagishi.

Lancé un suspiro de alivio al ver que Richard no se encontraba en la estancia. Pero allí estaba nuestro bote, el que Richard, Michael y yo habíamos utilizado para cruzar el mar Cilíndrico. Estaba en el suelo, junto al doctor Takagishi. Había también una heterogénea mezcolanza de objetos recuperados de nuestras excursiones y otras actividades en Nueva York. Pero el centro de la exposición era una serie de cuadros enmarcados que colgaban en las paredes laterales y en

la del fondo.

Desde el otro lado de la sala no podía distinguir bien los temas de los cuadros. Pero, al aproximarme, contuve una exclamación. Las imágenes eran fotografías, colocadas en marcos rectangulares, muchas de las cuales mostraban la vida en el interior de nuestro refugio. Había fotos de todos nosotros, incluidos los niños. Nos mostraban comiendo, durmiendo, incluso yendo al baño. Me sentí paralizada mientras contemplaba la exposición. « Estamos siendo observados —comenté para mis adentros— incluso en nuestra propia casa» . Sentí un terrible escalofrío.

En la pared lateral había una colección especial de fotografías que me produjeron consternación y azoramiento. En la Tierra habrían sido candidatas a un museo erótico. Las imágenes me mostraban haciendo el amor con Richard en varias posturas distintas. Había también una fotografía en que aparecíamos Michael y yo, pero no era tan nítida porque aquella noche nuestro dormitorio había estado a oscuras.

La fila de cuadros que había bajo las escenas sexuales eran todos de fotografías de los nacimientos de cada niño. Se mostraban todos los nacimientos, incluido el de Patrick, lo que confirmaba que la observación continuaba todavía. La yuxtaposición de las imágenes sexuales y las de los partos indicaba que los aracnopulpos (¿o los ramanos?) habían comprendido nuestro proceso reproductor.

Permanecí totalmente absorta en las fotografías durante unos quince minutos. Mi concentración quedó rota cuando finalmente oí un fuerte sonido de escobillas que se arrastraban sobre metal procedente de la dirección de la puerta del museo. Me sentí aterrorizada. Quedé petrificada, inmóvil, y miré desesperadamente a mi alrededor. No había otra salida en la estancia.

Al cabo de unos momentos, apareció Katie en la puerta.

—¡Mamá! —gritó al verme.

Atravesó corriendo el museo, derribando casi al doctor Takagishi y saltó a mis brazos.

—¡Oh, mamá! —exclamó, al tiempo que me abrazaba y me besaba con fuerza—. Sabía que vendrías.

Cerré los ojos y abracé con todas mis fuerzas a mi hija. Las lágrimas me corrían por las mejillas. Mecí a Katie de un lado a otro, consolándola, diciendo:

—No pasa nada, cariño, no pasa nada.

Cuando me sequé los ojos y los abrí, había un aracnopulpo en la puerta del museo. Estaba quieto, casi como si contemplara la reunión de madre e hija. Quedé petrificada, sacudida por una oleada de emociones que iban desde la alegría hasta el terror absoluto.

Katie percibió mi miedo.

—No te preocupes, mamá —dijo, mirando por encima del hombro en dirección al aracnopulpo—. No te hará daño. Sólo quiere mirar. Ha estado muchas veces cerca de mí.

Mi nivel de adrenalina se había disparado. El aracnopulpo continuó en pie (o sentado, o como quiera que estén los aracnos cuando no se mueven) en la puerta. Su gran cabeza negra era casi esférica y reposaba sobre un cuerpo que se extendía, cerca del suelo, en los ocho tentáculos listados a franjas negras y doradas. En el centro de su cabeza había dos hendiduras paralelas, simétricas con respecto a un eje invisible, que iban desde la parte superior hasta la inferior.

Exactamente centradas entre esas dos hendiduras, aproximadamente a un metro del suelo, se hallaba una sorprendente estructura de lente, de diez centímetros de lado, que era una gelatinosa combinación de líneas reticulares y un fluido material negro y blanco. Mientras el aracnopulpo nos miraba, aquella lente desbordaba de actividad.

Había otros órganos encajados entre las dos hendiduras, tanto por encima como por debajo de la lente, pero no tuve tiempo para estudiarlos. El aracnopulpo avanzó hacia nosotros y, pese a las seguridades de Katie, mi miedo retornó con toda su fuerza. El sonido de escobillas era producido por una especie de filamentos existentes en el extremo de los tentáculos al avanzar sobre el suelo. El silbido de alta frecuencia emanaba de un pequeño orificio que se abría en el lado derecho de la cabeza.

Durante varios segundos, el miedo inmovilizó mis procesos mentales. Al ir acercándose más la criatura, prevaleció mi reacción natural de huida. Infortunadamente, era imposible en aquella situación. No había dónde ir.

El aracnopulpo no se detuvo hasta que llegó a cinco metros escasos de mí. Yo había empujado a Katie contra la pared y me interponía entre ella y el aracno. Levanté la mano. De nuevo se produjo una oleada de actividad en su misteriosa lente. De pronto, tuve una idea. Metí la mano en mi traje de vuelo y saqué mi ordenador. Con dedos temblorosos (el aracnopulpo había levantado un par de tentáculos delante de su lente; al considerarlo ahora retrospectivamente, me pregunto si creía que yo iba a sacar un arma), hice aparecer la imagen de Richard en el monitor y se la mostré al aracnopulpo.

Al ver que no realizaba ningún movimiento adicional, la criatura volvió a posar lentamente en el suelo sus dos tentáculos protectores. Permaneció casi un minuto mirando al monitor y, luego, para mi asombro, una ondulación de brillante color púrpura le corrió en torno a la cabeza a partir del borde de su hendidura. Este color púrpura fue seguido instantes después por un arco iris en rojo, azul y verde, cada banda de un grosor distinto, que salía de la misma hendidura y, tras rodear la cabeza, desaparecía en la hendidura paralela, a casi trescientos sesenta grados de distancia.

Katie y yo le mirábamos atemorizadas. El aracnopulpo levantó uno de sus tentáculos, señaló al monitor y repitió la ondulación púrpura. Instantes después, como antes, repitió el diseño de arco iris.

—Nos está hablando, mamá —dijo Katie, en voz baja.

—Creo que tienes razón —respondí—. Pero no tengo ni la menor idea de qué dice.

Tras esperar lo que pareció una eternidad, el aracnopulpo empezó a retroceder hacia la puerta, mientras su extendido tentáculo nos hacía seña de que le siguiésemos. No hubo más bandas de colores. Katie y yo nos cogimos de la mano y le seguimos cautelosamente. La niña empezó a mirar a su alrededor y reparó por primera vez en las fotografías de la pared.

—Mira, mamá —exclamó—, tienen fotos de nuestra familia.

Le hice callar y le dije que prestara atención al aracnopulpo. Éste se introdujo en el túnel y se dirigió hacia el corredor vertical erizado de salientes y los pasadizos. Ésa era la oportunidad que necesitábamos. Cogí a Katie en brazos, le dije que se agarrara con fuerza y eché a correr a toda velocidad por el túnel. Mis pies apenas si tocaban el suelo, hasta que llegué a la rampa y regresamos a Nueva York.

Michael sintió una inmensa alegría al ver sana y salva a Katie, aunque estaba muy preocupado (como sigo estándolo yo) por el hecho de que hubiese cámaras ocultas en las paredes y techos de nuestros aposentos. No llegué a reñirle adecuadamente a Katie por haberse marchado sola; me sentía demasiado aliviada por haberla encontrado. Katie dijo a Simone que había tenido una «aventura fabulosa» y que el aracnopulpo era «majo». Así es el mundo de los niños.

4 de febrero de 2209

¡Albricias! ¡Hemos encontrado a Richard! ¡Está vivo! Por muy poco, pues se halla en coma profundo y tiene fiebre alta, pero está vivo.

Katie y Simone lo encontraron esta mañana, tendido en el suelo a menos de cincuenta metros de la entrada a nuestro refugio. Habíamos planeado las tres ir a jugar un poco al fútbol en la plaza y nos disponíamos a salir del refugio cuando Michael me llamó para decirme algo. Indiqué a las niñas que me esperasen en la zona próxima a la entrada. Cuando, minutos después, rompieron las dos a gritar, pensé que había sucedido algo terrible. Subí corriendo la escalera e inmediatamente vi el cuerpo comatoso de Richard a lo lejos.

Al principio, temí que Richard estuviese muerto. El médico que hay en mí se puso a trabajar en el acto, verificando sus signos vitales. Las niñas no se apartaban de mí mientras lo reconocía. Especialmente Katie. No hacía más que repetir, una y otra vez: «¿Está vivo papa? Oh, mamá, haz que papá se ponga bien».

Una vez que confirmé que se hallaba en coma, Michael y Simone me ayudaron a bajar a Richard por la escalera. Introduje en su sistema un juego de

sondas biométricas y desde entonces he estado observando los datos transmitidos.

Le quité la ropa y lo examiné detenidamente de pies a cabeza.

Tiene algunos arañazos y magulladuras que no había visto antes, pero es lógico después de todo este tiempo. Sus análisis de sangre dan resultados singularmente próximos a lo normal; con su temperatura de casi cuarenta grados, yo habría esperado encontrar anormalidades en el recuento de leucocitos.

Tuvimos otra gran sorpresa al examinar con detalle las ropas de Richard. En el bolsillo de su chaqueta encontramos los robots shakespearianos príncipe Hal y Falstaff, que habían desaparecido hace nueve años en el extraño mundo que se extiende bajo el corredor erizado de salientes en que pensábamos que estaba la madriguera de los aracnopulpos. De alguna manera, Richard debe de haber convencido a los aracnos para que le devolvieran sus compañeros de juego. Llevo ya siete horas aquí sentada, junto a Richard. Durante esta mañana otros miembros de la familia han estado también aquí la mayoría del tiempo, pero durante la última hora, más o menos, Richard y yo hemos estado solos. Mis ojos se han recreado largos minutos en su rostro, mis manos han vagado por su cuello, sus hombros y su espalda. Al tocarle, ha invadido mi mente un torrente de recuerdos y a ratos se me han llenado los ojos de lágrimas. Nunca creí que volvería a verle ni a tocarle. Oh, Richard, bien venido a casa. Bien venido a casa, a tu mujer y a tu familia.

12

13 de abril de 2209

Hemos tenido un día increíble. Poco después de comer, mientras estaba sentada junto a Richard, comprobando rutinariamente toda su biometría, Katie me preguntó si podía jugar con el príncipe Hal y Falstaff.

—Desde luego —respondí sin pensar. Estaba segura de que los pequeños robots no funcionaban y, a decir verdad, quería que saliera de la habitación para poder probar otra técnica destinada a sacar a Richard de su coma.

Nunca he visto un coma que se parezca ni remotamente al de Richard. Sus ojos permanecen abiertos casi todo el tiempo y, a veces, parecen incluso estar siguiendo a un objeto situado en su campo visual. Pero no hay otros signos de vida ni de consciencia. Nunca mueve ningún músculo. He utilizado varios estímulos, algunos mecánicos, la mayoría químicos, para tratar de sacarle de su estado comatoso. Ninguno de ellos ha dado resultado. Por eso es por lo que no estaba en absoluto preparada para lo que ha sucedido hoy.

Unos diez minutos después de que Katie hubiera salido, oí una extraña mezcla de sonidos que llegaban de la habitación de las niñas. Me separé de Richard y salí al pasillo. Antes de llegar a la habitación de los niños, el extraño ruido se resolvió en unas palabras pronunciadas con timbre metálico y ritmo muy peculiar.

—Hola —dijo una voz que sonaba como si estuviera en el fondo de un pozo —. Somos pacíficos. Aquí está su hombre.

La voz procedía del príncipe Hal, que estaba de pie en medio de la habitación de los niños cuando yo entré. Los niños estaban en el suelo, rodeando al robot, con aire un tanto dubitativo a excepción de Katie. Ésta se hallaba claramente excitada.

—Estaba jugando con los botones —me explicó Katie cuando le dirigí una mirada interrogativa—, y de pronto empezó a hablar.

Ningún movimiento acompañaba las palabras del príncipe Hal. «Qué extraño», pensé, recordando que Richard se enorgullecía de que sus robots siempre se movían y hablaban simultáneamente. «Richard no ha hecho esto», dijo una voz en el interior de mi cabeza, pero deseché la idea al principio. Me senté en el suelo, junto a los niños.

—Hola. Somos pacíficos. Aquí está su hombre —repitió el príncipe Hal unos

segundos después.

Esta vez me invadió una extraña sensación. Las niñas continuaban riéndose, pero se interrumpieron rápidamente al advertir la extraña expresión dibujada en mi rostro. Benjy se me acercó gateando y me cogió la mano.

Estábamos sentados en el suelo, de espaldas a la puerta. De pronto, tuve la sensación de que había alguien detrás de mí. Me volví y vi a Richard, de pie en la puerta. Contuve una exclamación y me puse en pie de un salto en el momento en que él caía y perdía el conocimiento. Los niños lanzaron un grito y se echaron a llorar. Traté de calmarles, una vez que hube examinado rápidamente a Richard. Como Michael estaba arriba, en Nueva York, dando su paseo vespertino, atendí a Richard en el suelo, delante de la habitación de las niñas, durante más de una hora. En el transcurso de ese tiempo le observé con detenimiento. Estaba exactamente igual que cuando le habíamos dejado poco antes en el dormitorio. No presentaba ninguna señal de haber permanecido despierto durante treinta o cuarenta segundos.

Cuando volvió, Michael me ayudó a llevar a Richard al dormitorio. Estuvimos hablando durante más de una hora acerca de por qué se había despertado Richard tan bruscamente. Más tarde, leí y releí todos los artículos sobre el coma que había en mis libros de medicina. Estoy convencida de que el coma de Richard es consecuencia de una mezcla de problemas físicos y psicológicos. En mi opinión, el sonido de aquella extraña voz produjo en él un trauma que anuló temporalmente los factores causantes del coma.

Pero ¿por qué volvió a caer luego en él tan rápidamente? Ésa es una cuestión más difícil. Quizás había agotado su pequeña base de energía al recorrer el pasillo. No lo podemos saber realmente. De hecho, no podemos responder a la mayoría de las preguntas sobre lo sucedido hoy, incluida la que Katie no deja de formular: ¿Quiénes son los pacíficos?

1 de mayo de 2209

Quede constancia de que hoy Richard Colin Wakefield reconoció realmente a su familia y pronunció sus primeras palabras. Durante casi una semana ha estado aproximándose a este momento, al principio dando muestras de reconocimiento con la cara y los ojos y luego moviendo los labios como para formar palabras. Esta mañana me sonrió y casi pronunció mi nombre, pero su primera palabra real fue « Katie» , pronunciada esta tarde después de que su querida hija le diera uno de sus vigorosos abrazos.

Hay una sensación de euforia en la familia, especialmente entre las niñas. Están celebrando el regreso de su padre. Les he dicho repetidamente a Simone y a Katie que la rehabilitación de Richard será casi con toda seguridad larga y

penosa, pero supongo que son demasiado jóvenes para comprender lo que eso significa.

Soy una mujer muy feliz. Me fue imposible contener las lágrimas cuando Richard me susurró claramente « Nicole» al oído poco antes de la cena. Aunque me doy cuenta de que mi marido dista mucho de haber recuperado la normalidad, ahora estoy segura de que acabará por reponerse y eso me llena de alegría el corazón.

18 de agosto de 2209

Lenta pero incesantemente, Richard continúa mejorando. Ahora sólo duerme doce horas al día, puede caminar casi un kilómetro sin fatigarse y es capaz de concentrarse ocasionalmente en un problema que revista especial interés. Todavía no ha empezado a interactuar con los ramanos por medio del teclado y la pantalla. Pero ha desmontado al príncipe Hal e intentado infructuosamente determinar qué fue lo que causó la extraña voz en el cuarto de las niñas.

Richard es el primero en reconocer que no es el mismo de antes. Cuando puede hablar de ello, dice que está « en una nube, como en un sueño, pero sin nitidez» . Han pasado más de tres meses desde que recuperó el conocimiento, pero sigue sin poder recordar gran cosa de lo que le sucedió después de separarse de nosotros. Cree que ha permanecido en coma durante casi todo el último año. Su estimación se basa más en vagas impresiones que en ningún dato concreto.

Richard insiste en que vivió varios meses en la madriguera de los avícolas y que estuvo presente en una espectacular cremación. No puede dar más detalles. Richard ha asegurado también dos veces que exploró el Hemicilindro Sur y encontró la ciudad principal de los aracnopulpos en las proximidades del Cuenco Sur, pero como lo que puede recordar cambia de un día para otro, resulta difícil conceder mucho crédito a ningún recuerdo concreto.

He reemplazado ya dos veces el juego de sondas biométricas de Richard y tengo abundantes datos de todos sus parámetros críticos. Sus gráficas son normales excepto en dos áreas: su actividad mental y su temperatura. Sus ondas cerebrales diarias desafían toda descripción. No hay nada en mi enciclopedia médica que me permita interpretar ningún par de esas gráficas, y mucho menos la serie completa. A veces, el nivel de actividad de su cerebro es astronómicamente alto; a veces, parece cesar del todo. Las mediciones electroquímicas son igualmente singulares. Su hipocampo permanece virtualmente inactivo; eso podría explicar por qué Richard está teniendo tantas dificultades con su memoria.

Su temperatura resulta también extraña. Lleva dos meses estabilizada en 37.8 grados centígrados, ocho décimas de grado por encima de lo normal en el ser

humano. He revisado sus datos previos al vuelo; la temperatura «normal» de Richard en la Tierra se mantenía uniformemente en 36.9. No puedo explicar por qué persiste esta elevada temperatura. Es casi como si su cuerpo y algún agente patógeno se encontrasen en un equilibrio estable, sin que ninguno de ellos pudiera dominar al otro. Pero ¿qué agente patógeno podría ser el que eludiera todos mis intentos por identificarlo?

Los niños se han sentido especialmente decepcionados por el comportamiento lánguido y abatido de Richard. Probablemente lo mitificamos un tanto durante su ausencia, pero no hay duda de que antes era un hombre rebosante de energía. Este nuevo Richard es sólo una sombra del que era antes. Katie asegura que recuerda haber luchado y jugado vigorosamente con su padre cuando sólo tenía dos años (sin duda, su memoria se ha visto reforzada por los relatos que Michael, Simone y yo le hemos narrado mientras Richard se hallaba ausente) y le irrita con frecuencia el hecho de que ahora pase tan poco tiempo con ella. Yo trato de explicarle que «papá está enfermo todavía», pero no creo que mi explicación le calme.

Michael trasladó de nuevo todas mis cosas a esta habitación antes de que hubieran transcurrido veinticuatro horas desde el regreso de Richard. Es un hombre encantador. Durante varias semanas atravesó otra intensa fase religiosa (supongo que, en su mente, necesitaba ser perdonado de algunos horribles pecados), pero posteriormente se ha moderado debido a la carga de trabajo que pesa sobre mí. Se ha portado maravillosamente con los niños.

Simone se comporta como una segunda madre. Benjy la adora y ella tiene una paciencia increíble con él. Como ha comentado varias veces que Benjy era «un poco torpe», Michael y yo le hemos explicado a Simone lo referente al síndrome de Whittingham que padece el niño. Todavía no se lo hemos dicho a Katie. En estos momentos Katie está atravesando un trance difícil. Ni siquiera Patrick, que la sigue a todas partes como un perrillo, puede levantarle el ánimo.

Todos sabemos, incluso los niños, que estamos siendo observados. Hemos registrado detenidamente las paredes de la habitación de los niños, casi como si fuese un juego, y hemos encontrado en la pintura de la pared varias diminutas irregularidades que hemos declarado que son cámaras. Las hemos arrancado con nuestras herramientas, pero no podríamos decir con seguridad que hemos encontrado realmente instrumentos de observación. Quizá sean tan pequeños que no podamos verlos sin un microscopio. Por lo menos, Richard recordó su aforismo favorito acerca de que la avanzada tecnología alienígena es imposible de distinguir de la magia.

Katie fue la que más irritación manifestó por las cámaras espía de los aracnopulpos. Habló abierta y resentidamente de su intrusión en su «vida privada». Probablemente, ella tiene más secretos que ninguno de nosotros. Cuando Simone dijo a su hermana pequeña que la cosa no tenía importancia en

realidad, porque «después de todo, Dios también nos está mirando todo el tiempo», tuvimos la primera discusión religiosa entre las hermanas. «Chorradas», replicó Katie, utilizando una palabra muy poco apropiada para una niña de seis años. Su expresión me recordó que debía tener más cuidado con mi propio lenguaje.

Un día del mes pasado, llevé a Richard a la madriguera de los avícolas por si el estar allí le refrescaba la memoria. En cuanto llegamos al túnel que salía del corredor vertical, se mostró aterrorizado. «Oscuridad —le oí murmurar—. Yo no puedo ver en la oscuridad. Pero ellos pueden ver en la oscuridad». No quiso seguir andando una vez que pasamos ante el agua y la cisterna, así que le llevé de nuevo al refugio.

Richard sabe que Benjy y Patrick son hijos de Michael y probablemente sospecha que Michael y yo hemos vivido como marido y mujer durante parte del tiempo en que él ha estado ausente, pero nunca hace ningún comentario sobre ello. Tanto Michael como yo estamos dispuestos a pedirle perdón a Richard y a hacer hincapié en que no fuimos amantes (salvo para la concepción de Benjy) hasta que hubieron pasado dos años desde su marcha. Pero, por el momento, Richard no parece muy interesado en el tema.

Richard y yo hemos compartido nuestra vieja esterilla conyugal desde poco después de que él saliera del coma. Nos hemos acariciado mucho y nos hemos mostrado muy cariñosos, pero no habíamos tenido relación sexual hasta hace dos semanas. De hecho, yo estaba empezando a pensar que el sexo era otra de las cosas que habían desaparecido de su memoria, dada su nula reacción a mis ocasionales besos provocativos.

Pero llegó una noche en que el Richard de antes estaba nuevamente en la cama conmigo. Esto es algo que ha estado sucediendo en otras áreas también; de vez en cuando, su ingenio, energía e inteligencia vuelven a hacerse presentes durante un breve período de tiempo. De todos modos, el viejo Richard se mostró ardiente, divertido e imaginativo. Fue como el cielo para mí. Recordé niveles de placer que había enterrado hacía tiempo.

Su interés sexual continuó durante tres noches consecutivas. Luego, desapareció tan bruscamente como había aparecido. Al principio, me sentí decepcionada (¿no es ésa la naturaleza humana? La mayoría de las veces, queremos que sea mejor. Cuando es todo lo bueno que puede ser, queremos que dure eternamente), pero ahora he aceptado que esta faceta de su personalidad debe atravesar también un proceso de curación.

Anoche, Richard calculó nuestra trayectoria por primera vez desde su regreso. Michael y yo nos sentimos complacidos.

—Continuamos en la misma dirección —anunció orgullosamente—. Estamos ahora a menos de tres años luz de Sirio.

6 de enero de 2210

Cuarenta y seis años. Tengo el pelo casi totalmente gris en las sienes y por delante. En la Tierra, estaría pensando si teñírmelo o no. Aquí, en Rama, no importa.

Soy demasiado vieja para estar embarazada. Debería decírselo a la niña que está creciendo dentro de mi vientre. Quedé estupefacta al comprobar que realmente estaba embarazada de nuevo. La fase inicial de la menopausia había comenzado ya, con sus extraños sofocos, sus momentos de atolondramiento y sus menstruaciones totalmente impredecibles. Pero el esperma de Richard ha originado una criatura más, otra adición a esta familia sin hogar que vaga a la deriva por el espacio.

Si no encontramos nunca otro ser humano (y Leonor Juana Wakefield resulta una niña sana, cosa que en estos momentos parece probable), habrá un total de seis posibles combinaciones de padres para nuestros nietos. Casi con toda seguridad, no se producirán todas esas permutaciones, pero resulta fascinante imaginarlo. Yo solía pensar que Simone se emparejaría con Benjy, y Katie con Patrick, pero ¿dónde encajará Ellie en la ecuación?

Éste es mi décimo cumpleaños a bordo de Rama. Parece totalmente imposible que sólo haya pasado el veinte por ciento de mi vida en este gigantesco cilindro. ¿He tenido alguna vez otra vida, allá, en aquel planeta oceánico situado a billones de kilómetros de distancia? ¿He conocido realmente a otras personas adultas distintas de Richard Wakefield y Michael O'Toole? ¿Realmente fue mi padre Pierre des Jardins, el famoso autor de novelas históricas? ¿Tuve una secreta y deliciosa aventura amorosa con Henry, príncipe de Gales, que engendró a mi maravillosa primera hija, Genevieve?

Nada de eso parece posible. Por lo menos, hoy, en mi cuadragésimo sexto cumpleaños. Tiene gracia. Richard y Michael me han preguntado, una vez cada uno, por el padre de Genevieve. Todavía no se lo he dicho a nadie. ¿No es ridículo? ¿Qué podría importar aquí, en Rama? Nada en absoluto. Pero ha sido mi secreto (compartido sólo con mi padre) desde el momento de la concepción de Genevieve. Ella era mi hija. Yo la traje al mundo y la crie. Su padre biológico, me dije siempre a mí misma, carecía de importancia.

Naturalmente, eso son pamplinas. Ja. Ya está esa palabra otra vez. El doctor David Brown la usaba con frecuencia. Y ahora caigo que hace años que no pensaba en los otros cosmonautas de la Newton. Me pregunto si Francesca y sus amigos ganarían sus millones con la misión Newton. Espero que Janos recibiera su parte. El bueno del señor Tabori, un hombre absolutamente delicioso. Hum. Me pregunto también cómo se les explicaría a los ciudadanos de la Tierra la forma en que Rama se libró de la falange nuclear. Ah, sí, Nicole, éste es un cumpleaños típico. Un largo y desorganizado viaje por el sendero de la memoria.

Francesca era muy hermosa. Yo siempre le envidiaba lo bien que se las arreglaba con la gente. ¿Drogó ella a Borzov y a Wilson? Probablemente. Ni por un momento creo que tuviera intención de matar a Valery. Pero tenía una moralidad verdaderamente retorcida. Les suele ocurrir a la mayoría de las personas ambiciosas.

Al rememorarlo ahora, me regocija lo obsesionada que estaba yo cuando era una joven madre de veintitantos años. Tenía que triunfar en todo. Mi ambición era completamente diferente de la de Francesca. Yo quería demostrar al mundo que podía jugar conforme a todas las reglas y ganar, igual que había hecho con el triple salto en los Juegos Olímpicos. ¿Qué mayor imposibilidad para una madre soltera que ser seleccionada como cosmonauta? Ciertamente, yo estaba concentrada en mí misma durante aquellos años. Era una suerte para mí, y para Genevieve, que padre estuviese allí.

Yo sabía, naturalmente, cada vez que miraba a Genevieve, que era evidente el sello de Henry. Desde la parte superior de los labios hasta el extremo de la barbilla es exactamente igual que él. Y, en realidad, yo no quería negar la genética. Pero era importante para mí desenvolverme por mi propia cuenta, demostrarme por lo menos a mí misma que era una madre y una mujer excelente, aunque no pudiese llegar a ser reina.

Yo era demasiado negra para ser la reina Nicole de Inglaterra, o incluso Juana de Arco en una de aquellas obras de teatro francesas de aniversario. Me pregunto cuántos años tendrán que pasar todavía antes de que el color de la piel deje de tener importancia entre los seres humanos en la Tierra. ¿Quinientos años? ¿Mil? ¿Qué fue lo que dijo el norteamericano William Faulkner? Algo acerca de que Sambo será libre sólo cuando todos y cada uno de sus vecinos se despierten por la mañana y digan, tanto a sí mismos como a sus amigos, que Sambo es libre. Creo que tiene razón. Hemos visto que la legislación no puede erradicar el prejuicio racial. Ni tampoco la educación. El viaje de toda persona a lo largo de la vida debe tener una epifanía, un momento de verdadera consciencia, en que comprenda, de una vez para siempre, que Sambo y todos los demás seres individuales del mundo que sean de alguna manera diferentes de ella deben ser libres para que podamos sobrevivir.

Cuando, hace diez años, estaba yo en el fondo de aquel pozo, segura de que iba a morir, me pregunté a mí misma qué momentos concretos de mi vida reviviría si se me concediese la oportunidad.

Y acudieron a mi mente las horas pasadas con Henry, pese al hecho de que más tarde me destrozó el corazón. Todavía hoy, volvería a elevarme gustosamente con mi príncipe. Haber experimentado una felicidad total, aunque sólo sea durante unos minutos o unas horas, es haber vivido. Cuando te enfrentas a la muerte, no es tan importante que tu compañero de tu gran momento te abandonara o te traicionara después. Lo importante es esa sensación de

momentánea alegría tan grande que tienes la impresión de haber trascendido a la Tierra.

En el pozo, me preocupó un poco el hecho de que mis recuerdos de Henry estuvieran al mismo nivel que los de mi padre, mi madre y mi hija. Pero he comprendido después que no soy un caso único por recrearme en mis recuerdos de aquellas horas con Henry. Toda persona tiene momentos o acontecimientos muy especiales que son exclusivamente suyos y se hallan celosamente custodiados por el corazón.

Mi única amiga íntima en la universidad, Gabrielle Moreau, pasó una noche con Genevieve y conmigo en Beauvois el año anterior al lanzamiento de la expedición Newton. Hacía siete años que no nos veíamos y pasamos casi toda la noche hablando, principalmente acerca de los acontecimientos emocionales más importantes de nuestras vidas. Gabrielle era extremadamente feliz. Tenía un marido atractivo, sensible y próspero, tres hijos espléndidos y sanos y una bella casa de campo en las proximidades de Chinon. Pero el momento más maravilloso de Gabrielle, me confió después de medianoche con una juvenil sonrisa, había sucedido antes de conocer a su marido. Se había enamorado con impetuoso amor de colegiala de un famoso artista de cine que había estado rodando un día en Tours. Gabrielle se las arregló para visitarle en su habitación del hotel y permanecer hablando a solas con él durante casi una hora. Antes de marcharse, le besó, una sola vez, en los labios. Ése era su más precioso recuerdo.

Oh, príncipe mío, ayer hizo diez años que te vi por última vez. ¿Eres feliz? ¿Eres un buen rey? ¿Piensas alguna vez en la campeona olímpica negra que con tan absoluto abandono se entregó a ti, su primer amor?

Aquel día en la estación de esquí, me hiciste una pregunta indirecta sobre el padre de mi hija. Te negué la respuesta, sin darme cuenta de que mi negativa significaba que aún no te había perdonado del todo. Si me lo preguntases hoy, príncipe mío, te lo diría de buena gana. Sí, Henry Rex, rey de Inglaterra, tú eres el padre de Genevieve des Jardins. Ve a ella, conócela, ama a sus hijos. Yo no puedo. Yo estoy a más de cincuenta billones de kilómetros de distancia.

13

30 de junio de 2213

Anoche todo el mundo estaba demasiado excitado para dormir. Excepto el bueno de Benjy, que, simplemente, no podía entender lo que le decíamos. Simone le ha explicado muchas veces que nuestro hogar está dentro de una gigantesca nave espacial cilíndrica —incluso le ha enseñado en la pantalla negra las diferentes imágenes de Rama vista desde los sensores externos—, pero el concepto continúa escapándosele.

Cuando ayer sonó el silbido, Richard, Michael y yo nos quedamos varios segundos mirándonos unos a otros. Hacía mucho que no lo oíamos. Luego, empezamos a hablar todos a la vez. Los niños, incluida la pequeña Elle, no paraban de hacer preguntas y percibían nuestra excitación. Inmediatamente, nos dirigimos arriba los siete. Richard y Katie echaron a correr hacia el mar sin esperar al resto de la familia. Simone iba andando con Benjy y Michael con Patrick. Yo llevaba a Ellie en brazos porque sus piernecillas no se movían con suficiente rapidez.

Katie desbordaba de entusiasmo cuando regresó corriendo a nuestro encuentro.

—Venid, venid —exclamó, cogiendo de la mano a Simone—. Tenéis que verlo. Es asombroso. Los colores son fantásticos.

Realmente lo eran. Los iridiscentes arcos de luz crepitaban de cuerno en cuerno y llenaban de impresionante espectacularidad la noche ramana. Benjy se quedó mirando hacia el sur, con la boca abierta. Al cabo de un rato, sonrió y se volvió hacia Simone.

—Es her-mo-so —dijo lentamente, orgulloso de su utilización de la palabra.

—Sí que lo es, Benjy —asintió Simone—. Muy hermoso.

—Mu-y her-mo-so —repitió Benjy, al tiempo que se volvía para mirar de nuevo las luces.

Ninguno de nosotros habló apenas mientras duró el espectáculo. Pero una vez que regresamos al refugio, la conversación se prolongó durante horas. Naturalmente, alguien tenía que explicarles todo a los niños. Simone era la única que ya había nacido en la época de la última maniobra y no era más que un bebé. Richard se encargó de dar las explicaciones. El silbido y el espectáculo

luminoso le llenaron de energía —esta noche volvió a parecer el mismo de antes más que en ningún otro momento desde su regreso— y se mostraba ameno e informativo mientras relataba todo lo que sabíamos acerca de silbidos, espectáculos luminosos y maniobras ramanas.

—¿Crees que los aracnopulpos van a volver a Nueva York? —preguntó Katie, con tono expectante.

—No lo sé —respondió Richard—. Pero, sin duda alguna, es una posibilidad.

Katie se pasó los quince minutos siguientes contando a todo el mundo, por enésima vez, nuestro encuentro con el aracnopulpo de hace cuatro años. Como de costumbre, adornó y exageró algunos de los detalles, especialmente la parte en que ella estuvo sola, antes de verme en el museo.

A Patrick le encanta la historia. Quiere que Katie esté continuamente contándola.

—Allí estaba yo —relató anoche Katie—, echada boca abajo, asomando la cabeza por el borde de un gigantesco cilindro que se hundía en una negrura absoluta. De los lados del cilindro sobresalían unas barras plateadas que centelleaban a la escasa luz. « Eh —grité—, ¿hay alguien ahí abajo?» .

» Oí un ruido como el arrastrar de unas escobillas de metal, juntamente con una especie de gemido. Se encendieron las luces debajo de mí. En el fondo del cilindro, empezando a trepar por las barras, había una cosa negra de cabeza redonda y ocho tentáculos negros y dorados. Los tentáculos se enroscaban en torno a las barras mientras subía velozmente en dirección a mí…

—A-rac-no-pul-po —dijo Benjy.

Cuando Katie terminó su relato, Richard explicó a los niños que cuatro días después el suelo empezaría probablemente a temblar. Insistió en que había que sujetar cuidadosamente todo al suelo y que cada uno de nosotros debíamos prepararnos para otra serie de sesiones en el tanque de desaceleración. Michael señaló que necesitábamos por lo menos una nueva caja de juguetes para los niños y varias cajas resistentes también para nuestras cosas. Hemos acumulado tantos cachivaches a lo largo de los años que será una costosa tarea afianzarlo todo durante los próximos días.

Cuando Richard y yo quedamos solos en nuestra esterilla, nos cogimos de la mano y estuvimos hablando durante más de una hora. En un momento dado, le dije que esperaba que la maniobra que se avecinaba señalara el principio del fin de nuestro viaje en Rama.

> « La esperanza brota incesante en el corazón humano.
> Eternamente es el hombre por ella bendecido» ,

respondió él. Se incorporó unos instantes y me miró con ojos chispeantes en la semioscuridad.

—Alexander Pope —dijo. Luego, se echó a reír—. Apuesto a que jamás

imaginó que se citarían sus versos a sesenta billones de kilómetros de la Tierra.

—Parece que te encuentras mejor, querido —observé, acariciándole el brazo.

Frunció el ceño.

—En este momento todo parece claro. Pero no sé cuándo descenderá de nuevo la niebla. Podría ocurrir en cualquier instante. Y sigo sin poder recordar más que un fugaz esbozo de lo que sucedió durante los tres años de mi ausencia.

Volvió a tenderse.

—¿Qué crees que va a ocurrir? —pregunté.

—Supongo que tendremos una maniobra —respondió—. Y espero que sea grande. Nos estamos acercando muy rápidamente a Sirio y necesitaremos reducir considerablemente nuestra velocidad si nuestro punto de destino está en algún lugar del sistema de Sirio. —Alargó el brazo y me cogió la mano—. Por ti —dijo—, especialmente por los niños, espero que esto no sea una falsa alarma.

8 de julio de 2213

La maniobra empezó hace cuatro días, conforme a lo previsto, tan pronto como concluyó el tercer y último espectáculo luminoso. No vimos ningún avícola ni ningún aracnopulpo, como no los hemos visto desde hace ya cuatro años. Katie se sintió muy decepcionada. Ella quería ver a los aracnopulpos regresar a Nueva York.

Ayer entraron en nuestro refugio un par de los biots mantis y se fueron derechos al tanque de desaceleración. Llevaban un gran contenedor, en el que iban las cinco nuevas camas de red (naturalmente, Simone necesita ahora un tamaño diferente) y todos los cascos. Les observamos desde lejos, mientras instalaban las camas y comprobaban el sistema del tanque. Los niños estaban fascinados. La breve visita de los mantis confirmaba que pronto experimentaríamos un importante cambio de velocidad.

Al parecer, Richard tenía razón en su hipótesis acerca de la conexión entre el sistema de propulsión principal y el control térmico general de Rama. La temperatura ha empezado ya a disminuir en la parte superior. En previsión de una larga maniobra, hemos estado utilizando afanosamente el teclado para encargar ropa de abrigo para los niños.

El constante temblor está alterando de nuevo nuestras vidas. Al principio, les resultaba divertido a los niños, pero ya se están quejando de él. En cuanto a mí, espero que nos encontremos ya cerca de nuestro destino final. Aunque Michael ha estado rezando « Hágase la voluntad de Dios» , mis pocas oraciones han sido ciertamente más egoístas y concretas.

1 de septiembre de 2213

Decididamente, está sucediendo algo nuevo. Durante los diez últimos días, desde que finalizó nuestra estancia en el tanque y concluyó la maniobra, nos hemos estado aproximando a una solitaria fuente de luz situada a unas treinta unidades astronómicas de la estrella Sirio. Richard ha manipulado ingeniosamente la lista de sensores y la pantalla negra de tal modo que esa fuente se halla continuamente en el centro exacto de nuestro monitor, con independencia de qué telescopio ramano concreto la esté observando.

Hace dos noches empezamos a ver alguna definición en el objeto. Lucubramos sobre la posibilidad de que se tratase de un planeta habitado y Richard se apresuró a calcular la cantidad de calor que recibiría de Sirio un planeta cuya distancia fuese aproximadamente igual a la existente entre Neptuno y nuestro Sol. Aunque Sirio es mucho más grande, brillante y caliente que el Sol, Richard concluyó que nuestro paraíso, si realmente era ése nuestro destino, iba a ser muy frío todavía.

Anoche pudimos ver con más claridad nuestro objetivo. Es una construcción alargada (Richard dice que, por consiguiente, no puede ser un planeta; cualquier cosa «de ese tamaño» que sea evidentemente no esférica «tiene que ser artificial»), con forma de cigarro puro y dos hileras de luces a lo largo de la parte superior y la inferior. Como no sabemos exactamente a qué distancia está, no conocemos con certeza su tamaño. Sin embargo, Richard ha estado realizando varias estimaciones, basadas en nuestra velocidad de aproximación, y cree que el cigarro tiene unos ciento cincuenta kilómetros de largo y cincuenta kilómetros de alto.

Toda la familia se sienta en nuestra sala principal y mira el monitor. Esta mañana hemos tenido otra sorpresa. Katie nos mostró que había otros dos vehículos en las proximidades de nuestro objetivo. Richard le enseñó la semana pasada a cambiar los sensores de Rama que aportan datos a la pantalla negra, y, mientras los demás charlábamos, ella accedió al lejano sensor por radar que utilizamos por primera vez hace trece años para identificar los misiles nucleares procedentes de la Tierra. El objeto con forma de cigarro apareció en el borde del campo visual del radar. Justamente delante del cigarro, indistinguibles casi de él en el amplio campo visual, estaban los otros dos destellos. Si el gigantesco cigarro es realmente nuestro destino, entonces quizá vamos a tener compañía.

8 de septiembre de 2213

Es imposible que yo consiga describir adecuadamente los asombrosos acontecimientos de los cinco últimos días. El lenguaje no tiene adjetivos

superlativos suficientes para expresar lo que hemos visto y experimentado. Michael ha comentado incluso que el cielo puede resultar pálido en comparación con las maravillas que hemos presenciado.

En este momento nuestra familia se halla a bordo de una pequeña nave lanzadera, no mayor que un autobús urbano de la Tierra, que nos lleva con un zumbido desde el apeadero en dirección a un destino desconocido. El apeadero de forma de cigarro puro es visible todavía, aunque ya con dificultad, a través de la abovedada ventana de la parte posterior de la nave. A nuestra izquierda, nuestro hogar durante trece años, la nave espacial cilíndrica que llamamos Rama, se desplaza en una dirección ligeramente diferente de la nuestra. Se separó del apeadero pocas horas después que nosotros, iluminada por fuera como un árbol de Navidad, y en la actualidad hay unos doscientos kilómetros entre ella y nosotros.

Hace cuatro días y once horas nuestra nave espacial Rama se detuvo con relación al apeadero. El nuestro era el tercer vehículo de una sorprendente cola. Delante de nosotros estaban una estrella de mar giratoria de tamaño aproximadamente la décima parte del de Rama y una rueda gigante, con cubo y radios, que entró en el apeadero pocas horas después de habernos parado nosotros.

El apeadero resultó estar hueco. Cuando la rueda gigante penetró en el centro del apeadero, grúas correderas y otros elementos desplegables salieron a su encuentro para estacionarla adecuadamente. Una comitiva de vehículos especiales de tres formas distintas y muy poco habituales (uno parecía un globo, otro un dirigible y el tercero semejaba un batiscafo) entró, procedente del apeadero, en la rueda. Aunque no podíamos ver qué sucedía en el interior de ésta, sí vimos a los vehículos especiales emerger uno a uno, a intervalos irregulares, durante los dos días siguientes. Cada vehículo era recibido por una nave lanzadera, como la nave en que nosotros estamos volando ahora, pero más grande. Estas lanzaderas habían permanecido estacionadas en la oscuridad, a la derecha del apeadero y habían sido situadas en el lugar adecuado unos treinta minutos antes de la cita.

Tan pronto como tomaban su carga, las lanzaderas se ponían siempre en marcha en dirección contraria a la de nuestra cola. Aproximadamente una hora después de que el último vehículo hubiera emergido de la rueda y se hubiera marchado la última lanzadera, se replegaron las numerosas piezas mecánicas unidas a la rueda y la gran nave espacial circular se alejó también del apeadero.

La estrella de mar situada delante de nosotros había entrado ya en el apeadero y estaba siendo manipulada por otra serie de grúas y accesorios mecánicos, cuando un fuerte silbido nos hizo salir a la parte superior de nuestro refugio en Rama. El silbido fue seguido de un espectáculo luminoso en el Cuenco Sur. Pero esta exhibición fue completamente diferente de las que habíamos visto

antes. El Gran Cuerno era la estrella del nuevo espectáculo. En las proximidades de su cúspide se formaron unos anillos circulares de color que, luego, se desplazaron lentamente hacia el norte, centrados a lo largo del eje de rotación de Rama. Los anillos eran enormes. Richard calculó que tenían por lo menos un kilómetro de diámetro, con un grosor de cuarenta metros.

La oscura noche de Rama estaba iluminada por hasta ocho de estos anillos a un tiempo. El orden se mantenía idéntico —rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, marrón, rosa y púrpura— durante tres repeticiones. A medida que un anillo se disgregaba y desaparecía junto a la estación de enlace Alfa, en el Cuenco Norte de Rama, un nuevo anillo del mismo color se formaba junto a la cumbre del Gran Cuerno.

Nosotros permanecíamos petrificados, boquiabiertos, mientras se desarrollaba todo este espectáculo. Tan pronto como desapareció el último anillo de la tercera serie, se produjo otro asombroso acontecimiento. ¡Se encendieron todas las luces en el interior de Rama! La noche ramana había comenzado hacía sólo tres horas; durante trece años, la secuencia de noche y día había sido completamente regular. Ahora, de pronto, todo había cambiado. Y no eran sólo las luces. Había música también; por lo menos, supongo que se le podía llamar musica. Sonaba como si estuviese producida por millones de campanillas y parecía proceder de todas partes.

Durante un rato, ninguno de nosotros se movió. Luego, Richard, que tenía el mejor par de prismáticos, divisó algo que volaba hacia nosotros.

—Son los avícolas —gritó, al tiempo que se ponía en pie de un salto y señalaba hacia el cielo—. Acabo de recordar algo. Yo les visité durante mi odisea en su nuevo hogar del norte.

Uno a uno, fuimos mirando por sus prismáticos. Al principio no era seguro que la identificación de Richard fuese correcta, pero, al acercarse más, las cincuenta o sesenta motas se resolvieron en las grandes criaturas de aspecto de pájaros que conocíamos como los avícolas. Se dirigían en línea recta hacia Nueva York. La mitad de los avícolas permaneció evolucionando en el cielo, a unos trescientos metros por encima de su madriguera, mientras que la otra mitad descendía rápidamente hacia la superficie.

—Ven, papá —gritó Katie—. Vamos.

Antes de que yo pudiera formular ninguna objeción, padre e hija habían echado ya a correr. Me quedé mirando cómo corría Katie. Es ya muy veloz. Mentalmente, me parecía ver a mi madre caminar grácilmente sobre la hierba del parque de Chilly-Mazarin; no hay duda de que Katie ha heredado algunas características de su familia materna, aunque es, ante todo y sobre todo, hija de su padre.

Simone y Benjy habían echado ya a correr en dirección a nuestro refugio. Patrick estaba preocupado por los avícolas.

—¿Les harán daño a papá y a Katie? —preguntó.

Sonreí a mi guapo hijo de cinco años.

—No, cariño —respondí—, no, si tienen cuidado.

—Michael, Patrick, Ellie y yo regresamos al refugio para ver cómo era manipulada la estrella de mar en el apeadero.

No podíamos ver gran cosa, porque todas las puertas de entrada a la estrella de mar estaban en el lado opuesto, lejos de las cámaras ramanas. Pero suponíamos que se estaba realizando alguna clase de actividad de descarga, porque, finalmente, cinco lanzaderas salieron rumbo a algún nuevo emplazamiento. La estrella de mar fue despachada muy rápidamente. Antes de que Richard y Katie volviesen ya había abandonado el apeadero.

—Recoged las cosas —dijo Richard, jadeante, nada más llegar—. Nos vamos. Nos vamos todos.

—Tendrías que haberlos visto —dijo Katie a Simone, casi simultáneamente —. Eran enormes. Y feos. Bajaron a su madriguera…

—Los avícolas han regresado para recoger algunas cosas especiales de su madriguera —le interrumpió Richard—. Quizás eran recuerdos de alguna clase. Como quiera que sea, todo encaja. Nos vamos a marchar de aquí.

Mientras trataba apresuradamente de poner nuestros objetos esenciales en varias de las resistentes cajas, me reproché a mí misma no haberlo previsto todo antes. Habíamos visto cómo la rueda y la estrella de mar « descargaban» en el apeadero. Pero no se nos había ocurrido que nosotros podríamos ser el cargamento que descargase Rama.

Era imposible decidir qué cosas llevar. Hacía trece años que vivíamos en aquellas seis habitaciones (incluidas las dos que habíamos acondicionado como almacenes). Probablemente habíamos pedido una media de cinco artículos diarios por medio del teclado. Cierto que la mayoría de los objetos habían quedado desechados hacía tiempo, pero no obstante… No sabíamos a dónde íbamos. ¿Cómo íbamos a saber qué llevar?

—¿Tienes alguna idea de qué nos va a suceder? —pregunté a Richard.

Mi marido estaba excitado tratando de encontrar la manera de llevarse su voluminoso ordenador.

—Nuestra historia, nuestra ciencia…, todo lo que queda de nuestro conocimiento está ahí —dijo, señalando agitadamente al ordenador—. ¿Y si se pierde sin posibilidad de recuperación?

Pesaba ochenta kilogramos en total. Le dije que podríamos ayudarle todos a llevarlo, una vez que hubiéramos recogido ropas, efectos personales y algo de agua y comida.

—¿Tienes idea de a dónde vamos? —repetí.

Richard se encogió de hombros.

—Ni la más mínima —respondió—. Pero, adondequiera que sea, apuesto a

que será asombroso.

Katie entró en nuestra habitación. Llevaba un pequeño saquito y le brillaban los ojos, llenos de energía.

—Ya he recogido todo lo mío —dijo—. ¿Puedo ir a esperar arriba?

No había hecho su padre más que empezar a asentir con la cabeza, cuando Katie salió disparada. Yo meneé la cabeza, dirigiendo a Richard una mirada de desaprobación, y salí al pasillo para ayudar a Simone a preparar a los otros niños. La tarea de hacer el equipaje era una dura prueba para los chicos. Benjy estaba desorientado y confuso. Incluso Patrick se mostraba irritable. Acabábamos de terminar Simone y yo (la tarea fue imposible hasta que obligamos a los chicos a echarse una siesta) cuando regresaron Richard y Katie.

—Está aquí nuestro vehículo —comunicó sosegadamente Richard, reprimiendo su excitación.

—¿Cómo sabes que es para nosotros? —preguntó Michael. Había entrado en la habitación sólo instantes después de que lo hicieran Richard y Katie.

—Tiene ocho asientos y sitio para nuestras bolsas —respondió mi hija de diez años—. ¿Para cuáles va a ser si no?

—Quiénes —le corregí mecánicamente, tratando de integrar esta nueva información.

Sentía como si hubiera estado bebiendo de una manguera contra incendios durante cuatro días consecutivos.

—¿Has visto algún aracnopulpo? —preguntó Patrick.

—A-rac-no-pul-po —repitió cuidadosamente Benjy.

—No —respondió Katie—, pero hemos visto cuatro aviones enormes, muy achatados, con alas anchas. Pasaron volando por encima de nosotros, procedentes del sur. Creemos que los aviones llevaban a los aracnos, ¿verdad, papá?

Richard asintió.

Hice una profunda respiración.

—Está bien —dije—. Recoged todo. Vámonos. Llevad las bolsas primero. Richard, Michael y yo haremos un segundo viaje para llevar el ordenador.

Una hora después, estábamos todos en el vehículo. Habíamos subido las escaleras de nuestro refugio por última vez. Richard oprimió un destellante botón rojo y nuestro helicóptero ramano (lo llamo así porque se elevó verticalmente, no porque tuviese paletas giratorias) despegó del suelo.

Nuestro vuelo fue lento y vertical durante los cinco primeros minutos. Una vez que llegamos junto al eje de rotación de Rama, donde no había gravedad y sólo muy poca atmósfera, el vehículo permaneció suspendido, inmóvil durante dos o tres minutos, mientras cambiaba su configuración externa.

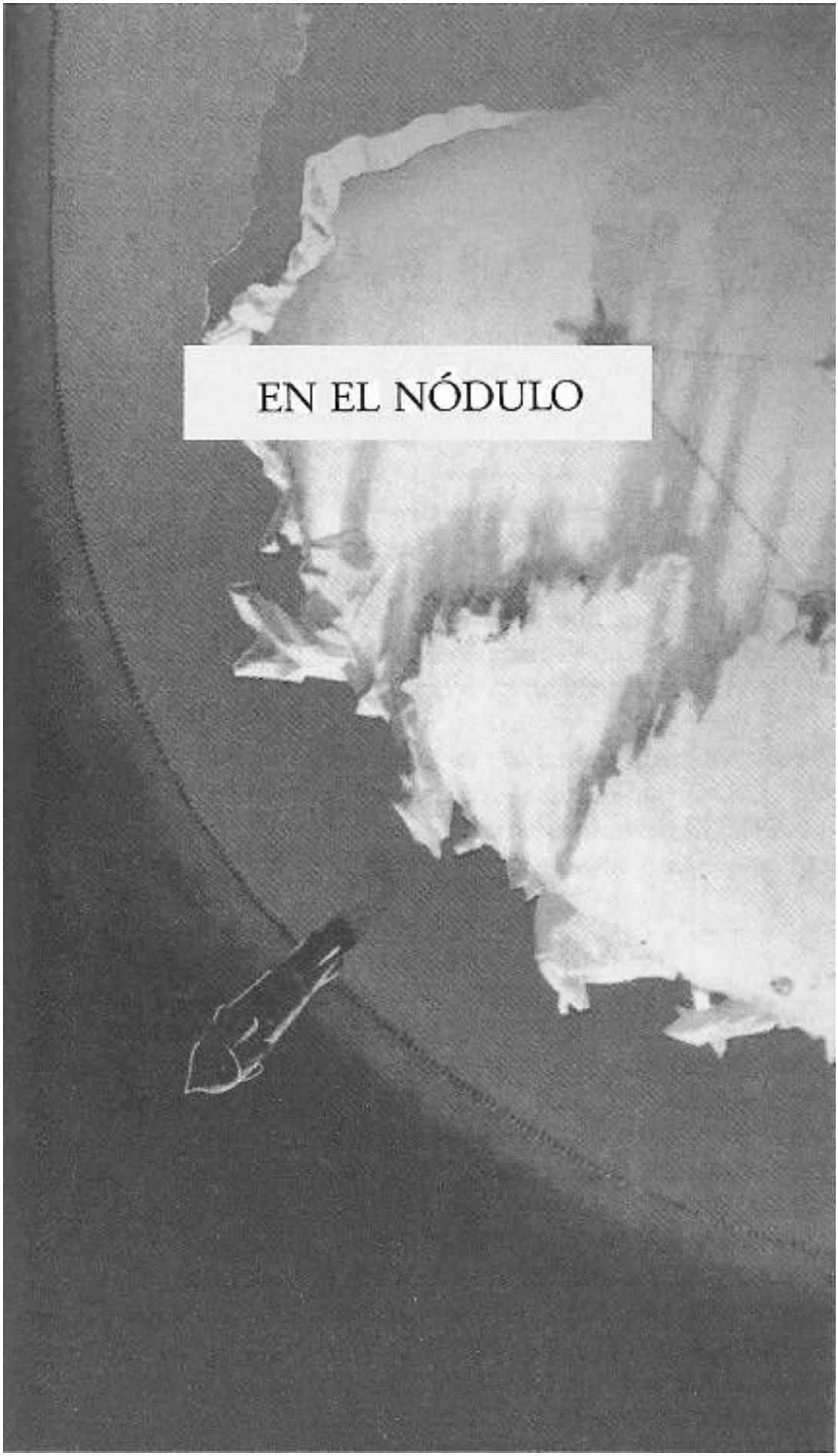
Era una impresionante vista final de Rama. A muchos kilómetros por debajo de nosotros, nuestro hogar insular no era más que una pequeña mancha

pardogrisácea en medio del mar helado que circundaba el gigantesco cilindro. Podía ver los cuernos al sur con más claridad que nunca.

Aquellas sorprendentes estructuras alargadas, sustentadas por enormes arbotantes más grandes que pequeñas ciudades terrestres, apuntaban todas directamente al norte.

Sentí una extraña emoción cuando nuestra nave empezó a moverse de nuevo. Al fin y al cabo, Rama había sido mi hogar durante trece años. Allí había dado a luz a cinco hijos. También he madurado, recuerdo que me dije a mí misma, y tal vez me esté convirtiendo en la persona que siempre he deseado ser.

Había poco tiempo para pensar en lo que había sido. Una vez que quedó completado el cambio de configuración externa, nuestro vehículo recorrió a toda velocidad, en cuestión de minutos y a lo largo del eje de rotación, la distancia que nos separaba del extremo norte. Menos de una hora después, nos encontrábamos sin contratiempos en esta lanzadera. Habíamos salido de Rama. Sabía que nunca volveríamos a ella. Me enjugué las lágrimas que me cubrían los ojos mientras nuestra lanzadera salía del apeadero.



EN EL NÓDULO

1

Nicole estaba bailando. Su pareja en el vals era Henry. Eran jóvenes y estaban muy enamorados. La bella música llenaba la inmensa sala de baile mientras las veintitantas parejas se movían rítmicamente por la pista. Nicole estaba deslumbrante con su blanco vestido largo. Los ojos de Henry no se separaban de los suyos. La tenía agarrada firmemente por la cintura, pero de alguna manera ella se sentía libre por completo.

Su padre era una de las personas que se hallaban alrededor de la pista de baile. Estaba apoyado contra una voluminosa columna que se elevaba a casi siete metros de altura hasta el abovedado techo. Saludaba con la mano y sonreía cuando Nicole pasaba bailando en brazos de su príncipe.

El vals parecía durar una eternidad. Cuando finalmente terminó, Henry cogió a Nicole las manos y le dijo que tenía que hacerle una pregunta muy importante. En ese momento, su padre le tocó la espalda.

—Nicole —susurró—, debemos irnos. Es muy tarde.

Nicole hizo una reverencia al príncipe. Henry se resistía a soltarle las manos.

—Mañana —dijo—. Hablaremos mañana. —Le echó un beso mientras ella abandonaba la pista.

Cuando Nicole salió al exterior, comenzaba a ponerse el sol. El sedán de su padre estaba esperando. Instantes después, mientras rodaban a toda velocidad por la carretera que discurría junto al Loira, iba vestida con blusa y vaqueros. Nicole era más joven ahora, de unos catorce años, y su padre conducía mucho más de prisa que de costumbre.

—No queremos llegar tarde —dijo—. El espectáculo empieza a las ocho en punto.

Apareció ante ellos el Château d'Ussé. Con sus numerosas torres y agujas, el castillo había inspirado el cuento original de *La Bella Durmiente*. Estaba a sólo veinte kilómetros río abajo de Beauvois y siempre había sido uno de los lugares favoritos de su padre.

Era la noche de la función anual en que se representaba en público la historia de *La Bella Durmiente*. Pierre y Nicole asistían todos los años. Cada vez, Nicole anhelaba desesperadamente que Aurora evitase la rueca mortal que la haría caer en coma. Y cada año derramaba lágrimas de adolescente cuando el beso del

hermoso príncipe despertaba a la bella muchacha de su sueño semejante a la muerte.

La función había terminado, el público se había ido. Nicole estaba subiendo la escalera de caracol que llevaba a la torre en que, supuestamente, había caído en coma *La Bella Durmiente*. La muchacha corría escaleras arriba, riendo y dejando muy atrás a su padre.

La habitación de Aurora estaba al otro lado de la alargada ventana. Nicole recobró el aliento y se quedó mirando el suntuoso mobiliario. La cama se hallaba provista de dosel y las cómodas estaban ricamente decoradas, todo en la habitación estaba adornado en blanco. La estancia era espléndida. Nicole volvió la vista hacia la muchacha dormida y contuvo una exclamación. ¡Era ella, Nicole, tendida en la cama con una túnica blanca!

El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho mientras oía abrirse la puerta y el sonido de pasos que se acercaban a ella en el aposento. Mantuvo los ojos cerrados en tanto que hasta ella llegaba el aroma del mentolado aliento de él. Esto es, se dijo excitadamente a sí misma. Él la besó, suavemente, en los labios. Nicole sentía como si volara en una mullida nube. Estaba rodeada de música. Abrió los ojos y vio el sonriente rostro de Henry a sólo unos centímetros de distancia. Extendió los brazos hacia él y él la besó de nuevo, esta vez con pasión, como besa un hombre a una mujer.

Nicole le besó también, rendidamente, dejando que su beso le dijera que era suya. Pero él se apartó. Su príncipe especial tenía fruncido el ceño. Señaló con el dedo la cara de Nicole. Luego, retrocedió lentamente y salió de la habitación.

Acababa ella de echarse a llorar cuando un lejano sonido se introdujo en su sueño. Se estaba abriendo una puerta y penetraba luz en la habitación. Nicole parpadeó y, luego, cerró de nuevo los ojos para protegerlos de la luz. El complicado conjunto de ultrafinos cables de un material semejante al plástico que se hallaban sujetos a su cuerpo se rebobinó automáticamente en los receptáculos situados a ambos lados de la estera de lona en que estaba durmiendo.

Nicole despertó muy lentamente. El sueño había sido en extremo vívido. Sus sentimientos de infelicidad no se habían desvanecido con tanta presteza como el sueño. Trató de ahuyentar su desesperación recordándose a sí misma que nada de lo que había soñado era real.

—¿Vas a quedarte ahí tumbada para siempre? —Su hija Katie, que había estado durmiendo junto a ella, a su izquierda, se hallaba ya levantada y mirándola desde arriba.

Nicole sonrió.

—No —respondió—, pero reconozco que estoy bastante aturdida. Estaba en medio de un sueño… ¿Cuánto tiempo hemos dormido esta vez?

—Cinco semanas menos un día —respondió Simone desde el otro lado. Su

hija mayor estaba sentada, arreglándose distraídamente los largos cabellos, que se le habían enredado durante la prueba.

Nicole miró su reloj, comprobó que Simone tenía razón y se incorporó. Bostezó.

—¿Y qué tal os encontráis vosotras? —preguntó a las dos niñas.

—Llena de energía —respondió con una sonrisa Katie, de once años—. Quiero correr, saltar, luchar con Patrick… Espero que éste haya sido nuestro último sueño largo.

—El Águila dijo que lo sería —respondió Nicole—. Esperan tener ya datos suficientes. —Sonrió—. El Águila dice que nosotras, las mujeres somos más difíciles de comprender a causa de las notables variaciones que se producen mensualmente en nuestras hormonas.

Nicole se puso en pie, se estiró y dio un beso a Katie. Luego se volvió y abrazó a Simone. Aunque aún no había cumplido catorce años, Simone era casi tan alta como Nicole. Era una jovencita notable, de rostro moreno y ojos dulces y sensitivos. Simone siempre ofrecía un aspecto tranquilo y serena en acusado contraste con la agitación y la impaciencia de Katie.

—¿Por qué no vino Ellie con nosotras para esta prueba? —pregunto Katie con tono levemente quejumbroso—. Ella es chica también, pero parece que nunca tiene que hacer nada.

Nicole le pasó a Katie el brazo por los hombros mientras se dirigían las tres hacia la puerta y hacia la luz.

—Sólo tiene cuatro años, Katie, y, según El Águila, Ellie es demasiado pequeña para darles ninguno de los datos críticos que todavía necesitan.

En el pequeño e iluminado vestíbulo, contiguo a la habitación en que habían estado durmiendo cinco semanas, se pusieron los ajustados trajes de una pieza, los cascos transparentes y las zapatillas que sujetaban sus pies al suelo. Nicole pasó revista cuidadosamente a las dos niñas antes de activar la puerta exterior del compartimiento No necesitaba haberse preocupado. La puerta no se habría abierto si alguna de ellas no hubiera estado preparada para enfrentarse a los cambios ambientales.

Si Nicole y sus hijas no hubieran visto ya varias veces la amplia estancia existente junto a su compartimiento, se habrían detenido asombradas y habrían permanecido varios minutos contemplándola. Ante ellas se extendía una cámara alargada de cien metros, o más, de longitud y cincuenta metros de anchura. Sobre ellas, el techo, lleno de baterías de luces, se elevaba a unos cinco metros de altura. La estancia parecía una mezcla de quirófano y fábrica de semiconductores de la Tierra. No había paredes ni cubículos que la dividieran en secciones, pero sus rectangulares dimensiones se hallaban claramente repartidas en tareas diferentes. La estancia bullía de actividad; los robots estaban analizando los datos obtenidos en una serie de pruebas o preparando otra. A lo largo de los

lados de la estancia había compartimientos, semejantes a aquél en que Nicole, Simone y Katie habían permanecido cinco semanas durmiendo, en los que se llevaban a cabo los « experimentos» .

Katie se dirigió hacia el compartimiento más próximo de la izquierda. Estaba situado en el rincón y se hallaba suspendido de la pared y el techo a lo largo de dos ejes perpendiculares. Una pantalla empotrada junto a la metálica puerta mostraba una amplia serie de lo que presumiblemente eran datos escritos en extraños caracteres de tipo cuneiforme.

—¿No estuvimos en éste la última vez? —preguntó Katie, señalando al compartimiento—. ¿No fue aquí donde estuvimos durmiendo en aquella extraña espuma blanca y sintiendo toda la presión?

Su pregunta fue transmitida al interior de los cascos de su madre y su hermana. Nicole y Simone movieron afirmativamente la cabeza y contemplaron con Katie la ininteligible pantalla.

—Vuestro padre cree que están tratando de encontrar la manera de que podamos dormir durante todo un régimen de aceleración que dure varios meses —dijo Nicole—. El Águila no quiere ni confirmar ni negar esa conjetura.

Aunque las tres mujeres habían sido sometidas juntas a cuatro pruebas distintas en aquel laboratorio, ninguna de ellas había visto forma alguna de vida o inteligencia, a excepción de la docena, o cosa así, de alienígenas mecánicos que parecían dirigirlo. Los humanos llamaban a estos seres « robots de bloque» porque, a excepción de sus « pies» cilíndricos que les permitían deslizarse por el suelo, todas las criaturas estaban hechas de sólidos prismas rectangulares semejantes a los bloques con que los niños jugaban en la Tierra.

—¿Por qué crees que nunca hemos visto a ninguno de los otros? —preguntó ahora Katie—. Aquí dentro, quiero decir. Los vemos durante uno o dos segundos en el metro y eso es todo. Sabemos que están aquí; no somos nosotros los únicos a quienes se hacen pruebas.

—Esta sala está programada muy cuidadosamente —indicó su madre—. Es evidente que se pretende que no veamos a los Otros, salvo al pasar.

—Pero ¿por qué? El Águila debería… —insistió Katie.

—Perdona —le interrumpió Simone—, pero creo que Bloque Grande viene a vernos.

El más grande de los robots de bloque solía permanecer en la cuadrada zona de control existente en el centro de la estancia y vigilaba todos los experimentos que se estaban realizando. En aquel momento avanzaba hacia ellas por una de las sendas que formaban una especie de parrilla en la sala.

Katie se dirigió hacia otro compartimiento situado a unos veinte metros de distancia. Por el monitor existente en su pared exterior podía darse cuenta de que se estaba efectuando un experimento en su interior. De pronto, golpeó fuertemente el metal con su enguantada mano.

—¡Katie! —gritó Nicole—. Basta. —Casi simultáneamente llegó un sonido de Bloque Grande. Estaba a unos cincuenta metros de distancia y se aproximaba rápidamente a ellas—. No debes hacer eso —dijo, en perfecto inglés.

—¿Y qué vas a hacer tú al respecto? —preguntó con tono desafiante Katie, mientras Bloque Grande, con sus cinco metros cuadrados de superficie, hacía caso omiso de Nicole y Simone y se dirigía hacia la niña.

Nicole corrió a proteger a su hija.

—Debéis marcharos ahora —dijo Bloque Grande, detenido ante Nicole y Katie a sólo un par de metros de distancia—. Vuestra prueba ha terminado. La salida está allí, donde se ven aquellas luces.

Nicole estiró firmemente del brazo a Katie y la niña acompaño de mala gana a su madre en dirección a la salida.

—Pero ¿qué harían —preguntó obstinadamente Katie— si decidiéramos quedarnos aquí hasta que terminara otro experimento? ¿Quién sabe? Quizás en estos momentos está ahí dentro uno de nuestros aracnopulpos. ¿Por qué no se nos permite estar con nadie más?

—El Águila ha explicado varias veces —respondió Nicole, con un leve temblor de ira en la voz— que durante «esta fase» se nos permitirán «avistamientos» de otras criaturas, pero no ningún contacto adicional. Tu padre ha preguntado repetidamente por qué y El Águila siempre ha respondido que lo sabremos a su debido tiempo… Y me gustaría que procurases no ser tan difícil, jovencita.

—No es muy diferente de estar en la cárcel —refunfuñó Katie—. Aquí sólo tenemos una libertad limitada. Y nunca se nos dicen las respuestas a las preguntas realmente importantes.

Habían llegado al largo pasadizo que comunicaba el centro de transporte con el laboratorio. Un pequeño vehículo, estacionado junto a una pista móvil, les estaba esperando. Cuando se sentaron, la parte superior del coche se cerró sobre ellas y se encendieron las luces del interior.

—Antes de que lo preguntes —dijo Nicole a Katie, quitándose el casco mientras empezaban a moverse—, no se nos permite ver durante esta parte del transporte porque pasamos por sectores del Módulo de Ingeniería que nos están vedados. Tu padre y tío Michael hicieron esta serie de preguntas después de su primera prueba de sueño.

—¿Estás de acuerdo con papá —preguntó Simone al cabo de varios minutos de silencio— en que se nos han hecho todas estas pruebas de sueño como preparación para alguna clase de viaje espacial?

—Parece probable —respondió Nicole—. Pero, naturalmente, no lo sabemos con seguridad.

—¿Y adónde nos van a enviar? —preguntó Katie.

—No tengo ni idea —respondió Nicole—. El Águila se ha mostrado muy

evasivo con respecto a todas las preguntas acerca de nuestro futuro.

El coche se estaba moviendo a unos veinte kilómetros por hora. Al cabo de quince minutos se detuvo. La « tapa» del vehículo se levantó tan pronto como se hubieron puesto de nuevo los cascos. Las mujeres salieron al centro principal de transporte del Módulo de Ingeniería. Se hallaba dispuesto en un círculo y tenía una altura de veinte metros. Además de media docena de cintas deslizantes que conducían al interior del módulo, el centro contenía dos grandes estructuras provistas de diversos niveles, de las que partían bruñidos vagones de metro. Estos vagones transportaban equipo, robots y criaturas vivas de un lugar a otro entre los Módulos de Alojamiento, Ingeniería y Administración, los tres enormes complejos esféricos que eran los componentes fundamentales de El Nódulo.

Tan pronto como entraron en la sección, Nicole y sus hijas oyeron una voz en los receptores de sus cascos.

—Su vagón estará en el segundo nivel. Tomen el ascensor de la derecha. Saldrán dentro de cuatro minutos.

Katie volvió la cabeza a uno y otro lado, observando el centro del transporte. Podía ver cajas de material, coches que esperaban para llevar viajeros a sus puntos de destino en el interior del Módulo de Ingeniería, luces, ascensores y andenes. Pero no había nada en movimiento. Ni robots ni criaturas vivas.

—¿Qué pasaría —les dijo a su madre y a su hermana— si nos negásemos a subir allí? —Se detuvo en medio de la estación—. Entonces quedarían desbaratados vuestros planes —gritó, dirigiéndose hacia el alto techo.

—Vamos, Katie —exclamó Nicole, con impaciencia—, acabamos de pasar por esto en el laboratorio.

Katie echó a andar de nuevo.

—Pero yo quiero ver algo diferente —se quejó—. Sé que este lugar no está siempre tan desierto. ¿Por qué se nos mantiene aisladas? Es como si fuésemos impuras o algo así.

—Su vagón saldrá dentro de dos minutos —dijo la desencarnada voz—. Segundo nivel de la derecha.

—Es sorprendente que los robots y los controladores puedan comunicarse con todas las especies en el idioma propio de cada una —comentó Simone cuando llegaron al ascensor.

—A mí me parece horrible —replicó Katie—. Aunque sólo fuese una vez, me gustaría ver que la persona o cosa que controla este lugar cometa un error. Todo es demasiado perfecto. Me gustaría oírles hablarnos en avícola. O incluso hablarles en avícola a los avícolas.

En el segundo nivel, caminaron unos cuarenta metros a lo largo de un andén hasta llegar junto a un vehículo transparente que tenía forma de bala y el tamaño de un automóvil terrestre muy grande. Se hallaba estacionado, como siempre, en una vía del lado izquierdo de la mediana. Las otras tres se encontraban en aquel

momento desiertas.

Nicole se volvió y miró más allá del centro de transporte. A sesenta grados de distancia a lo largo de círculo había una estación idéntica. Los vagones de aquel lado iban al Módulo de Administración. Simone estaba mirando a su madre.

—¿Has estado alguna vez allí? —preguntó.

—No —respondió Nicole—. Pero apuesto a que sería interesante. Tu padre dice que resulta maravillosamente extraño visto de cerca.

« Richard tenía que explorar» , pensó Nicole, recordando la noche en que, hacía casi un año, su marido salió a visitar el Módulo de Administración. Nicole se estremeció. Había salido con Richard al pórtico de su apartamento y había intentado disuadirle mientras él se ponía su traje espacial. Había descubierto el modo de burlar al monitor de la puerta (al día siguiente estaba instalado un nuevo y perfeccionado sistema) y no podía esperar por más tiempo a echar un vistazo sin ser vigilado.

Nicole no había dormido apenas aquella noche. Ya de madrugada, el panel luminoso había indicado que alguien o algo estaba en el pórtico. Cuando miró en el monitor, vio que se encontraba allí un extraño hombre-pájaro que sostenía en brazos a su marido inconsciente. Aquél había sido su primer contacto con El Águila…

El impulso del vagón al ponerse en marcha les oprimió contra los respaldos de los asientos y devolvió a Nicole al presente. Salieron rápidamente del Módulo de Ingeniería. En menos de un minuto, circulaban a toda velocidad por el largo y sumamente estrecho cilindro que conectaba los dos módulos.

La mediana y cuatro vías estaban en el centro del largo cilindro. A su derecha, a lo lejos, las luces del esférico Módulo de Administración resplandecían sobre un fondo azulado. Katie había sacado sus prismáticos.

—Quiero estar preparada —dijo—. Siempre pasan muy de prisa.

Varios minutos después, anunció: « Ya viene» , y las tres mujeres se apretujaron contra el lado derecho del vehículo. A lo lejos, otro vagón se aproximaba por el extremo opuesto. Al cabo de unos instantes, llegó a su altura y los humanos no tuvieron más que un segundo para mirar a los ocupantes del vehículo que se dirigía al Módulo de Ingeniería.

—¡Uau! —exclamó Katie, cuando el vehículo pasó velozmente.

—Había dos tipos diferentes —dijo Simone.

—Ocho o diez criaturas en total.

—Unos eran rosados; los otros, dorados. Pero la mayor parte esféricos.

—Y esos tentáculos largos y finos, como de gasa… ¿Qué tamaño crees que tienen, madre?

—Cinco, quizá seis metros de diámetro —respondió Nicole—. Son mucho más grandes que nosotros.

—¡Uau! —volvió a exclamar Katie—. Ha sido realmente estupendo.

Había excitación en sus ojos. Le encantaba sentir la adrenalina precipitarse por su sistema.

« Yo tampoco he dejado nunca de sentirme sorprendida —pensó Nicole—. Ni una sola vez durante estos trece meses. Pero ¿es esto todo lo que hay? ¿Se nos ha traído hasta aquí desde la Tierra sólo para someternos a pruebas? ¿Y para que nos sintamos excitados por la existencia de criaturas de otros mundos? ¿O existe algún otro propósito, más profundo?» .

Se hizo un momentáneo silencio en el veloz vehículo. Nicole, que iba sentada en medio, atrajo hacia sí a sus dos hijas.

—Sabéis que os quiero, ¿verdad? —dijo.

—Sí, madre —respondió Simone—. Y nosotras te queremos a ti.

2

La fiesta de reunión fue un éxito. Benjy abrazó a su amada Simone en cuanto ésta entró en el apartamento. Antes de que hubiera transcurrido un minuto, Katie tenía a Patrick inmovilizado contra el suelo.

—Mira —dijo—, todavía puedo vencerte.

—Pero no por mucho —replicó Patrick—. Me estoy haciendo más fuerte. Más vale que te andes con ojo.

Nicole abrazó a Richard y a Michael antes de que la pequeña Ellie corriera hasta ella y saltara a sus brazos. Era de noche, dos horas después de la cena en el reloj de veinticuatro horas utilizado por la familia, y Ellie estaba a punto de acostarse cuando llegaron su madre y sus hermanas. La niña regresó a su habitación después de demostrar orgullosamente a Nicole que ya sabía leer « gato» , « perro» y « niño» .

Los adultos dejaron que Patrick siguiera levantado hasta que quedó exhausto. Michael le llevó a la cama y Nicole le arropó.

—Me alegro de que hayas vuelto, mamá —dijo—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti —respondió Nicole—. No creo que vuelva a estar fuera tanto tiempo otra vez.

—Espero que no —dijo el niño, de seis años—. Me gusta tenerte aquí.

Para la una de la mañana, todos menos Nicole estaban dormidos. Nicole no se sentía cansada. Después de todo, acababa de pasarse cinco semanas durmiendo. Tras permanecer tendida en la cama junto a Richard durante treinta minutos sin poder conciliar el sueño, decidió dar un paseo.

Aunque el apartamento propiamente dicho no tenía ventanas, el pequeño pórtico situado ante el vestíbulo de entrada tenía una ventana exterior que ofrecía una impresionante vista de los otros dos vértices de El Nódulo. Nicole entró en el pórtico, se puso el traje espacial y se situó ante la puerta exterior. No se abrió. Sonrió para sus adentros. « Quizá tenga razón Katie. Quizá no somos aquí más que unos prisioneros» . Ya desde el principio había quedado claro que la puerta quedaba cerrada intermitentemente: el Águila había explicado que era « necesario» impedirles ver cosas que « no podían entender» .

Nicole miró por la ventana. En aquel momento, un vehículo lanzadera, de

forma similar a la del que trece meses antes les había llevado a ellos a El Nódulo, se estaba aproximando al centro de transporte del Módulo de Alojamiento. « ¿Qué clase de maravillosas criaturas contienes? —pensó Nicole—. ¿Y están tan asombrados como nosotros la primera vez que vinimos?» .

Nicole nunca olvidaría aquellas primeras vistas de El Nódulo. Tras salir de El Apeadero, toda la familia pensaba que llegarían a su siguiente destino al cabo de unas horas. Se equivocaban. Su separación de la iluminada nave Rama había ido aumentando lentamente hasta que, seis horas después, no podían ya verla en absoluto, allá a su izquierda. Detrás de ellos, las luces de El Apeadero se iban debilitando. Estaban todos cansados. Finalmente, la familia entera se había quedado dormida. Fue Katie quien les despertó.

—Ya veo a dónde vamos —gritó excitadamente y con tono triunfal. Señaló por la ventanilla delantera de la nave, un poco a la derecha, donde una luz intensa iba aumentando paulativamente de tamaño y dividiéndose en tres.

Durante las cuatro horas siguientes la imagen de El Nódulo fue creciendo y creciendo sin cesar. Desde aquella distancia, constituía un espectáculo impresionante, un triángulo equilátero con tres relucientes esferas transparentes en sus vértices. ¡Y qué dimensiones! Ni siquiera su experiencia en Rama les había preparado para la grandiosidad de aquella increíble creación de ingeniería. Cada uno de los tres lados, en realidad largos corredores de transporte que comunicaban entre sí los tres módulos esféricos, tenía más de ciento cincuenta kilómetros de longitud. Las esferas de cada vértice medían veinticinco kilómetros de diámetro. Aun desde gran distancia, los humanos podían percibir actividad en muchos de los distintos niveles existentes en el interior de los módulos.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó ansiosamente Patrick a Nicole, cuando la lanzadera modificó su rumbo y empezó a dirigirse hacia uno de los vértices del triángulo.

Nicole cogió en brazos a Patrick.

—No lo sé, cariño —dijo suavemente a su hijo—. Tenemos que esperar a ver.

Benjy estaba completamente atemorizado. Permaneció horas enteras contemplando el gran triángulo iluminado en el espacio. Simone se situó varias veces a su lado, cogiéndole de la mano. Cuando la lanzadera realizó su aproximación final a una de las esferas, sintió que se tensaban los músculos del niño.

—No te preocupes, Benjy —dijo tranquilizadoramente Nicole—, todo irá bien.

La lanzadera penetró en un angosto corredor abierto en la esfera y atracó luego en una dársena situada en el borde del centro de transporte. La familia abandonó cautelosamente la nave, llevándose las bolsas y el ordenador de

Richard. Luego, la lanzadera volvió a partir inmediatamente, inquietando incluso a los adultos con su rápida desaparición. Antes de que transcurriera un minuto, oyeron la primera voz desencarnada.

—Bienvenidos —dijo con tono desprovisto de toda modulación—. Han llegado al Módulo de Alojamiento. Caminen en línea recta hacia delante y deténganse al llegar a la pared gris.

—¿De dónde viene esa voz? —preguntó Katie, y en sus palabras vibraba el temor que todos ellos sentían.

—De todas partes —respondió Richard—. Está encima de nosotros, alrededor de nosotros, incluso debajo de nosotros.

Escrutaron todos las paredes y el techo.

—Pero ¿cómo sabe inglés? —preguntó Simone—. ¿Hay otras personas aquí?

Richard rio nerviosamente.

—No es probable —respondió—. Seguramente, este lugar ha estado de alguna manera en contacto con Rama y tiene algún algoritmo maestro para idiomas. Me pregunto si…

—Avancen, por favor —interrumpió la voz—. Están ustedes en un complejo de transporte. El vehículo que les llevará a su sección del módulo está esperando en un nivel inferior.

Tardaron varios minutos en llegar hasta la pared gris. Los niños nunca habían estado en un medio de ingravidez ilimitada. Katie y Patrick se pusieron a saltar en el andén, dando brincos y volteretas. Viendo su jolgorio, Benjy trató de imitar sus cabriolas. Infortunadamente, no sabía cómo utilizar el techo y las paredes para volver al andén. Para cuando Simone le rescató, se encontraba totalmente desorientado.

Cuando todos los miembros de la familia y sus equipajes quedaron adecuadamente situados ante la pared, se abrió una amplia puerta y entraron en un recinto de pequeñas dimensiones. Sobre un banco se hallaban ordenadamente dispuestos ceñidos trajes, cascos y zapatillas.

—El centro de transporte y la mayoría de las áreas comunes de El Nódulo —dijo la voz, con su tono monótono— no tienen la atmósfera adecuada para su especie. Necesitarán llevar estas ropas siempre que no estén en el interior de su apartamento.

Cuando se hubieron vestido, se abrió una puerta existente en el lado opuesto del recinto y entraron en el vestíbulo principal del centro de transporte del Módulo de Alojamiento. La estación era idéntica a la que más tarde encontrarían en el Módulo de Ingeniería. Nicole y su familia descendieron dos niveles, tal como había ordenado la voz, y caminaron luego alrededor de la periferia circular hasta el lugar en que estaba esperando su «autobús». El cerrado vehículo era cómodo y estaba bien iluminado, pero no pudieron ver nada del exterior durante la hora y media que permanecieron circulando por un dédalo de

pasadizos. Finalmente, el autobús se detuvo y se abrió su parte superior.

—Tomen el corredor de su izquierda —les indicó otra voz similar tan pronto como se encontraron los ocho sobre el metálico suelo—. El corredor se divide en dos pasillos al cabo de cuatrocientos metros. Tomen el pasillo de su derecha y deténganse ante la tercera señal cuadrada de la izquierda. Ésa es la puerta de su apartamento.

Patrick echó a andar rápidamente por uno de los corredores.

—Ése no es el corredor indicado —anunció la voz, con tono carente de inflexiones—. Vuelvan al andén y tomen el siguiente corredor a la izquierda.

No había nada que ver en el camino desde el andén hasta su apartamento. A lo largo de los meses siguientes recorrerían muchas veces aquel camino, bien para ir a la sala de ejercicios, bien para, ocasionalmente, someterse a pruebas en el Módulo de Ingeniería, y nunca verían nada más que paredes y techos y las cuadradas señales indicadoras que acabarían reconociendo como puertas. Evidentemente, el lugar se hallaba sujeto a cuidadosa observación. Desde el primer momento, tanto Nicole como Richard tuvieron la seguridad de que algunos, quizá muchos, de los apartamentos de su área se hallaban ocupados por alguien o algo, pero nunca vieron a ninguno de los Otros en los corredores.

Tras encontrar la puerta de su apartamento y entrar en él, Nicole y su familia se quitaron las ropas especiales en el pórtico y las guardaron en los armarios instalados con esa finalidad. Los niños se turnaban para contemplar por la ventana los otros dos módulos esféricos mientras esperaban a que se abriesen las puertas interiores.

Minutos después, vieron por primera vez el interior de su nuevo hogar.

Quedaron anonadados. En comparación con las condiciones relativamente primitivas en que habían vivido en Rama, el apartamento de El Nódulo era un paraíso. Cada uno de los niños tenía su propia habitación. Michael disponía de una suite en un extremo de la unidad; el dormitorio de Richard y Nicole, con una cama de gran tamaño, se hallaba en el extremo opuesto del apartamento, junto al vestíbulo de la entrada. Había cuatro cuartos de baño en total, más una cocina, un comedor e, incluso, un cuarto de juegos para los niños. Los muebles de cada habitación eran sorprendentemente adecuados y estaban diseñados con gusto. El apartamento contenía cuatrocientos metros cuadrados de espacio útil.

Hasta los adultos estaban atónitos.

—¿Cómo diablos han podido hacer esto? —preguntó Nicole a Richard aquella primera noche, cuando los alborozados niños no podían oírles.

Richard paseó una aturdida mirada a su alrededor.

—Sólo puedo conjeturar —respondió— que todos nuestros actos en Rama han estado siendo observados y teletransmitidos aquí, a El Nódulo. Deben de haber tenido también acceso a nuestras bases de datos y de ese conjunto de informaciones han extraído la forma en que vivimos. —Richard sonrió—. Y,

naturalmente, incluso desde aquí, si tienen receptores sensibles, podrían estar captando señales de televisión de la Tierra. ¿No resulta embarazoso pensar que estamos representados por tan…?

—Bienvenidos —interrumpió otra voz idéntica los pensamientos de Richard. De nuevo el sonido parecía proceder de todas las direcciones—. Esperamos que todo sea satisfactorio en su apartamento. Si no lo es, les rogamos que nos lo digan. Nos es imposible responder a todo lo que todos ustedes digan en todo momento. Por consiguiente, se ha establecido un sencillo régimen de comunicación. En la repisa de su cocina hay un botón blanco. Nosotros supondremos que todo lo que un individuo diga después de pulsar el botón blanco está dirigido a nosotros. Cuando hayan terminado su comunicación, vuelvan a pulsar el botón blanco. De ese modo…

—Yo tengo una pregunta —exclamó Katie. Corrió a la cocina para pulsar el botón—. ¿Quiénes son ustedes?

Una pequeñísima pausa de quizás un segundo precedió a la respuesta.

—Nosotros somos la inteligencia colectiva que gobierna El Nódulo. Estamos aquí para ayudarles, para hacerles sentirse cómodos y para suministrarles todos los elementos esenciales para la vida. Y también, de vez en cuando, les pediremos que realicen ciertas tareas que nos ayuden a conocerles mejor…

Nicole no podía ver ya la lanzadera que había estado observando desde la ventana. De hecho, había estado tan profundamente sumergida en los recuerdos de su llegada a El Nódulo que se había olvidado temporalmente de los recién llegados. Ahora, al retomar al presente, se representó mentalmente una congregación de extrañas criaturas desembarcando en un andén y sorprendiéndose al oír una voz dirigirse a ellas en su lengua nativa. « La experiencia de la admiración debe ser universal —pensó—, propia de todas las combinaciones químicas conscientes» .

Levantó los ojos del terreno próximo y los fijó en el Módulo de Administración, a lo lejos. « ¿Qué sucede allí? —se preguntó Nicole—. Desventuradas criaturas, nosotros nos movemos de un lado a otro entre Alojamiento e Ingeniería. Todas nuestras actividades parecen estar organizadas de un modo lógico. Pero ¿por quién? ¿Y para qué? ¿Por qué ha traído alguien a todos estos seres a este mundo artificial?» .

Nicole carecía de respuesta para aquellas infinitas preguntas. Como de costumbre, le hacían sentirse intensamente consciente de su propia insignificancia. Su impulso inmediato fue volver a entrar y abrazar a uno de sus hijos. Se echó a reír de sí misma. « Ambas imágenes son auténticas indicaciones de nuestra posición en el cosmos —pensó—. Somos desesperadamente importantes para nuestros hijos y, a la vez, absolutamente nada en el gran

designio de las cosas. Se necesita una enorme sabiduría para comprender que no existe contradicción entre ambos puntos de vista» .

3

El desayuno fue una celebración. Encargaron un festín a los excepcionales cocineros que preparaban sus comidas. Los diseñadores de su apartamento habían tenido la atención de proveerles de varios tipos de hornos y de un frigorífico completo por si querían prepararse ellos mismos sus comidas a partir de las materias primas. Pero los cocineros alienígenas (o robots) eran tan buenos, y aprendían tan rápidamente, que Nicole y su familia casi nunca se preparaban la comida; se limitaban a pulsar el botón blanco y a pedir lo que querían.

—Yo quiero tortitas esta mañana —anunció Katie en la cocina.

—Yo también, yo también —añadió su inseparable Patrick.

—¿Qué clase de tortitas? —salmodió la voz—. Tenemos cuatro tipos diferentes en nuestra memoria. Las hay de alforfón, de nata…

—De nata —le interrumpió Katie—. Tres en total. —Miró a su hermano pequeño—. Mejor que sean cuatro.

—Con nata y almíbar —gritó Patrick.

—Cuatro tortitas con nata y almíbar —dijo la voz—. ¿Algo más?

—Un zumo de manzana y otro de naranja también —respondió Katie, tras una breve consulta con Patrick.

—Seis minutos y dieciocho segundos —dijo la voz.

Cuando el desayuno estuvo listo, la familia se reunió en torno a la mesa redonda de la cocina. Los niños más pequeños explicaron a Nicole lo que habían estado haciendo durante su ausencia. Patrick se sentía especialmente orgulloso de su nuevo récord personal en los cincuenta metros lisos en la sala de ejercicios. Benjy contó laboriosamente hasta diez y todo el mundo aplaudió. Acababan de terminar el desayuno y estaban retirando los platos de la mesa cuando sonó el timbre de la puerta.

Los adultos se miraron y Richard fue hasta la consola de control, donde conectó el monitor de vídeo. El Águila se encontraba delante de la puerta.

—Espero que no sea otra prueba —exclamó espontáneamente Patrick.

—No…, no, no creo —dijo Nicole, al tiempo que se dirigía hacia la entrada —. Probablemente ha venido a darnos los resultados de los últimos experimentos.

Nicole hizo una profunda inspiración antes de abrir la puerta. Por muchas veces que se encontrara con El Águila, su nivel de adrenalina aumentaba en su

presencia. ¿Por qué le ocurría eso? ¿Eran sus impresionantes conocimientos lo que le asustaba? ¿O el poder que ejercía sobre ellos? ¿O sólo el desconcertante hecho de su existencia?

El Águila le saludó con lo que ella había llegado a reconocer como una sonrisa.

—¿Puedo pasar? —preguntó con tono agradable—. Me gustaría hablar con usted, su marido y el señor O'Toole.

Nicole se lo quedó mirando fijamente, como siempre hacía. Era alto, de dos metros y cuarto quizá de estatura, y con forma de ser humano desde el cuello para abajo. No obstante, tenía los brazos y el busto cubiertos de pequeñas y entrelazadas plumas de color gris oscuro, a excepción de los cuatro dedos de cada mano, que presentaban una lechosa tonalidad blanca y carecían de plumas. De cintura para abajo, la superficie del cuerpo de El Águila era de color carne, pero, por el brillo de su capa exterior, resultaba evidente que no se había hecho el menor intento de imitar la piel humana. No tenía vello por debajo de la cintura, ni tampoco articulaciones ni genitales visibles. Sus pies carecían de dedos. Al andar, se le marcaban a El Águila unas arrugas en la zona de las rodillas, pero esas arrugas desaparecían cuando permanecía en pie sin moverse.

El rostro de El Águila era fascinante. Su cabeza tenía dos grandes ojos de color azul claro a ambos lados de un prominente pico grisáceo. Cuando hablaba, se abría el pico y su perfecto inglés brotaba de alguna especie de laringe electrónica situada al fondo de su garganta. Las plumas de la parte superior de la cabeza eran blancas y contrastaban fuertemente con el gris oscuro del rostro, cuello y espalda. Las plumas de la cara eran escasas y dispersas.

—¿Puedo pasar? —repitió cortésmente El Águila cuando Nicole dejó transcurrir varios segundos sin moverse.

—Desde luego…, desde luego —respondió, apartándose de la puerta—. Disculpe… Es sólo que hacía tanto tiempo que no le veía…

—Buenos días, señor Wakefield, señor O'Toole. Hola, chicos —dijo El Águila al entrar en la sala de estar.

Patrick y Benjy retrocedieron al verle. De todos los niños, sólo Katie y la pequeña Ellie parecían no tenerle miedo.

—Buenos días —respondió Richard—. ¿Qué podemos hacer hoy por usted? —preguntó. Las visitas de El Águila nunca eran de mera cortesía. Siempre tenían alguna finalidad.

—Como le he dicho a su esposa en la puerta —contestó El Águila—, necesito hablar con ustedes, los tres adultos. ¿Puede Simone ocuparse de los otros niños durante una hora o cosa así mientras nosotros charlamos?

Nicole había empezado ya a llevar a los niños hacia la sala de juegos, cuando El Águila le contuvo.

—No será necesario —indicó—. Pueden utilizar todo el apartamento.

Nosotros cuatro iremos a la sala de conferencias, al otro lado del corredor.

« Oh —pensó inmediatamente Nicole—, se trata de algo importante… Nunca hemos dejado a los niños solos en el apartamento» . Se sintió de pronto muy preocupada por su seguridad.

—Discúlpeme, señor El Águila —dijo—. ¿Estarán bien aquí los niños? Quiero decir, ¿no irán a recibir visitantes especiales o algo parecido…?

—No, señora Wakefield —respondió El Águila, con monótona entonación—. Le doy mi palabra de que sus hijos no serán molestados.

En el pórtico, los tres humanos empezaron a ponerse sus trajes espaciales, pero El Águila les interrumpió.

—No será necesario —dijo—. Anoche reconfiguramos esta porción del sector. Hemos cerrado el corredor justo antes de la bifurcación y transformado toda esta zona en un hábitat terrestre. Podrán ustedes utilizar la sala de conferencias sin ponerse ninguna ropa especial.

El Águila comenzó a hablar tan pronto como hubieron tomado asiento en la amplia sala de conferencias situada al otro lado del corredor.

—Desde nuestro primer encuentro me han preguntado ustedes repetidamente qué están haciendo aquí, y yo no les he dado respuestas directas. Ahora que su serie final de pruebas de sueño ha quedado completada, y puedo decir que con éxito, se me ha autorizado para que les informe acerca de la fase siguiente de su misión.

» Se me ha concedido también permiso para decirles algo acerca de mí mismo. Como ustedes han sospechado, yo no soy una criatura viva; por lo menos, no conforme a su definición. —El Águila rio—. Fui creado por la inteligencia que gobierna El Nódulo para que me relacionase con ustedes en cuestiones delicadas. Nuestras primeras observaciones de su comportamiento ponían de manifiesto una renuencia por parte de ustedes a interactuar con voces desencarnadas.

Se había decidido ya crearme a mí, o algo similar, como emisario para tratar con su familia cuando usted, señor Wakefield, estuvo a punto de provocar un grave caos en este sector al intentar efectuar una visita no programada ni aprobada al Módulo de Administración. Mi aparición en aquel momento estaba destinada a impedir nuevos comportamientos desordenados.

» Hemos entrado ahora —continuó El Águila, después de sólo una momentánea vacilación— en el periodo más importante de su estancia aquí. La nave espacial que ustedes llaman Rama se encuentra en El Hangar, sometida a importantes renovaciones y a un nuevo diseño. Ustedes, seres humanos, participarán ahora en ese proceso de nuevo diseño, pues algunos de ustedes regresarán con Rama al sistema solar en que tuvieron su origen.

Richard y Nicole empezaron a la vez a interrumpirle.

—Déjenme terminar primero —dijo El Águila—. Hemos preparado muy

cuidadosamente mis palabras para dar respuesta a todas las preguntas esperadas.

El pájaro-hombre alienígena miró a cada uno de los tres humanos sentados alrededor de la mesa antes de continuar, más lentamente.

—Observen también que sólo algunos de ustedes van a regresar. Señora Wakefield —dijo El Águila, dirigiéndose a Nicole—, usted sí volverá a viajar en Rama. Es una de las condiciones que imponemos a la misión. Dejaremos que usted y el resto de su familia decidan quiénes le acompañarán en el viaje. Puede irse sola, si lo desea, dejando a todos los demás aquí, en El Nódulo, o puede llevarse a algunos de los otros. Pero no pueden hacer todos ustedes el viaje en Rama. Por lo menos una pareja reproductora debe quedarse aquí, en El Nódulo, con el fin de garantizar algunos datos para nuestra enciclopedia, en el improbable caso de que fracase la misión de regreso.

» La finalidad fundamental de El Nódulo es catalogar las formas de vida existentes en esta parte de la galaxia. Las formas de vida que viajan por el espacio tienen la prioridad máxima, y nuestras especificaciones nos exigen recoger grandes cantidades de datos sobre todos y cada uno de los viajeros espaciales que encontremos. Para llevar a cabo esta tarea, hemos desarrollado, a lo largo de cientos de miles de años del tiempo de ustedes, un método de recogida de datos que reduce al mínimo la probabilidad de una intrusión catastrófica en la pauta evolutiva de esos viajeros espaciales, al tiempo que eleva al máximo la probabilidad de que obtengamos los datos vitales.

» Nuestra táctica fundamental implica el envío de naves espaciales de observación en misiones de reconocimiento, con la esperanza de atraer viajeros espaciales para poder identificarlos y determinar su fenotipo. Posteriormente, se vuelve a enviar la nave espacial con el mismo objetivo; primero, aumentar el grado de interacción y, en último término, capturar un subgrupo representativo de la especie para poder efectuar observaciones detalladas y prolongadas en un medio elegido por nosotros.

El Águila hizo una pausa. La mente y el corazón de Nicole funcionaban con frenética velocidad. Tenía muchas preguntas que hacer. ¿Por qué había sido ella especialmente seleccionada para regresar? ¿Podría ver a Genevieve? ¿Y qué quería decir exactamente El Águila con la palabra « capturar» ? ¿Sabía que la palabra se interpretaba de ordinario en un sentido hostil? ¿Por qué…?

—Creo que yo he entendido la mayor parte de lo que ha dicho —intervino el primero Richard—, pero ha omitido usted cierta información crucial. ¿Por qué están recogiendo todos estos datos sobre especies viajeras por el espacio?

El Águila sonrió.

—En nuestra jerarquía de información hay tres niveles básicos. El acceso de un individuo o una especie a cada nivel se permite o se deniega con arreglo a una serie de criterios establecidos. Con mis anteriores manifestaciones, les hemos dado a ustedes por primera vez, como representantes de su especie, información

del nivel dos. Es un tributo a su inteligencia que su pregunta inicial busque una respuesta que se halla clasificada en el nivel tres.

—¿Significa toda esa ampulosa palabrería que no nos lo va a decir? —preguntó Richard, riendo nerviosamente.

El Águila asintió con la cabeza.

—¿Quiere decirnos por qué se me exige sólo a mí realizar el viaje de regreso? —preguntó entonces Nicole.

—Hay muchas razones —respondió El Águila—. En primer lugar, creemos que es usted la mejor dotada físicamente para el viaje de regreso. Nuestros datos indican también que su superior capacidad de comunicación será de extraordinario valor una vez que se complete la fase de captura de la misión. Existen también consideraciones adicionales, pero son menos importantes.

—¿Cuándo nos marcharemos? —preguntó Richard.

—No es seguro. Parte del programa depende de ustedes. Cuando esté fijada de manera definitiva una fecha de salida se lo haremos saber. Pero puedo decirles que, casi con toda seguridad, será antes de cuatro de sus meses.

« Nos vamos a marchar muy pronto —pensó Nicole—. Y por lo menos dos de nosotros deben quedarse aquí. Pero quién…»

—¿Cualquier pareja reproductora puede quedarse en El Nódulo? —preguntó ahora Michael, siguiendo la misma línea de pensamiento que Nicole.

—Casi, señor O'Toole —respondió El Águila—. La niña más pequeña, Ellie, no sería aceptable con usted como compañero, ya que no podríamos mantenerle a usted vivo y fecundo hasta que ella alcanzara la madurez sexual, pero podría admitirse cualquier otra combinación. Debemos tener una alta probabilidad de engendrar una descendencia sana.

—¿Por qué? —preguntó Nicole.

—Existe una probabilidad, pequeña pero finita, de que su misión fracase y de que la pareja que quede en El Nódulo sean los únicos humanos que podamos observar. Como jóvenes viajeros del espacio que han llegado a esa fase sin la habitual ayuda, son ustedes especialmente interesantes para nosotros.

La conversación podría haber durado indefinidamente. Sin embargo, después de varias preguntas más, El Águila se levantó bruscamente y anunció que su participación en la conferencia había terminado. Instó a los humanos a resolver rápidamente la cuestión de la « asignación» , como él la llamaba, pues se proponía empezar a trabajar casi inmediatamente con los miembros de la familia que fuesen a regresar en dirección a la Tierra. Ellos deberían ayudarle a diseñar el « módulo terrestre en el interior de Rama» . Sin más explicaciones adicionales, abandonó la estancia.

Los tres adultos acordaron no contar a los niños los detalles más importantes

de su reunión con El Águila por lo menos durante un día, hasta que tuvieran la oportunidad de reflexionar y conversar entre ellos. Por la noche, una vez que los niños se hubieron acostado, Nicole, Richard y Michael se quedaron hablando en el cuarto de estar del apartamento.

Nicole inició la conversación reconociendo que se sentía furiosa e impotente. Pese a que El Águila se había mostrado muy amable, dijo, básicamente les había ordenado participar en la misión de regreso. ¿Y cómo podían negarse? La familia entera dependía por completo de El Águila —o, al menos, de la inteligencia que representaba— para su supervivencia.

No se había formulado ninguna amenaza, pero no hacían falta amenazas. No tenían más opción que obedecer las instrucciones de El Águila.

Pero ¿qué miembros de la familia se quedarían en El Nódulo?, se preguntó Nicole en voz alta. Michael dijo que era absolutamente esencial que por lo menos un adulto permaneciera en El Nódulo. Su argumentación era convincente. Dos cualesquiera de los niños, incluso Simone y Patrick, necesitarían el beneficio de la experiencia y la sabiduría de un adulto para tener alguna probabilidad de ser felices en aquellas circunstancias.

Michael se ofreció a quedarse en El Nódulo, diciendo que, de todos modos, era improbable que pudiera sobrevivir a un viaje de regreso.

Los tres estaban de acuerdo en que, evidentemente, la intención de la inteligencia nodular era mantener dormidos a los humanos durante la mayor parte del viaje de regreso al sistema solar. ¿Cuál era, si no, la finalidad de todas aquellas pruebas de sueño? A Nicole no le agradaba la idea de que los niños permanecieran inconscientes durante los críticos períodos de desarrollo de sus vidas. Sugirió regresar ella sola, dejando a todos los demás miembros de la familia en El Nódulo.

Después de todo, razonó, no era como si los niños fueran a tener una vida «normal» en la Tierra después de hacer el viaje.

—Si estamos interpretando correctamente a El Águila —dijo—, quien regrese acabará viajando como pasajero de Rama a algún otro lugar de la galaxia.

—No lo sabemos con seguridad —arguyó Richard—. Por el contrario, quien se quede aquí está casi con toda certeza condenado a no ver jamás a ningún ser humano distinto de los de la familia.

Richard añadió que él se proponía efectuar el viaje de regreso cualesquiera que fuesen las circunstancias, no sólo para acompañar a Nicole, sino también para experimentar la aventura.

No pudieron durante la discusión de aquella primera noche llegar a un acuerdo sobre la distribución de los niños. Pero sí resolvieron definitivamente la cuestión de qué iban a hacer los adultos. Michael O'Toole se quedaría en El Nódulo. Nicole y Richard realizarían el viaje de regreso al sistema solar.

En la cama, después de la reunión, Nicole no podía conciliar el sueño. Repasaba mentalmente una y otra vez las distintas opciones. Estaba segura de que Simone haría una mejor madre que Katie. Además, Simone y tío Michael eran sumamente compatibles, y Katie no querría separarse de su padre. Pero ¿quién debía quedarse para emparejarse con Simone? ¿Debía ser Benjy, que quería con locura a su hermana, pero que nunca podría sostener una conversación inteligente?

Nicole permaneció dando vueltas agitadamente en la cama durante horas. La verdad era que no le gustaba ninguna de las opciones. Se daba perfecta cuenta de cuál era la fuente de su desasosiego. Cualquiera que fuese el modo en que se resolviera la cuestión, se vería obligada una vez más a separarse, probablemente para siempre, de por lo menos varios miembros de la familia que amaba. Mientras yacía tendida en la cama en medio de la noche, retornaron para acosarla los fantasmas y el dolor de separaciones pasadas. Nicole sentía destrozársele el corazón al imaginar la despedida que se produciría pocos meses después. Imágenes de su madre, de su padre y de Genevieve le laceraban el alma.

« Quizá la vida no es más que eso —pensó en un momentáneo acceso de depresión—. Una interminable sucesión de dolorosas despedidas» .

4

—Madre, padre, despertad. Quiero hablar con vosotros.

Nicole había estado soñando. Caminaba por el bosque que se extendía detrás de la villa familiar en Beauvois. Era primavera y las flores se encontraban en todo su esplendor.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que Simone estaba sentada en su cama.

Richard alargó el brazo y besó a su hija en la frente.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó.

—Tío Michael y yo estábamos rezando nuestras oraciones esta mañana y me he dado cuenta de que estaba preocupado. —Los serenos ojos de Simone se pasearon lentamente de uno a otro—. Me ha contado todo sobre vuestra conversación de ayer con El Águila.

Nicole se incorporó rápidamente, mientras Simone continuaba:

—He tenido ya más de una hora para pensar detenidamente en todo. Sé que sólo soy una niña de trece años, pero creo que tengo una solución a este problema de… distribución, que hará feliz a toda la familia.

—Mi querida Simone —respondió Nicole, alargando los brazos hacia su hija —, no es responsabilidad tuya resolver…

—No, madre —le interrumpió suavemente Simone—. Escúchame, por favor. Mi solución entraña algo que ninguno de los adultos consideraría siquiera en ningún momento. Sólo podría proceder de mí. Y, evidentemente, es el mejor plan para todos los afectados.

Richard había fruncido el ceño.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Simone hizo una profunda inspiración.

—Quiero quedarme en El Nódulo con tío Michael. Me convertiré en su esposa y los dos seremos la «pareja reproductora» de El Águila. No es necesario que se quede nadie más, pero a Michael y a mí nos encantaría conservar a Benjy con nosotros.

—*¿Quée?* —gritó Richard. Estaba atónito—. ¡Tío Michael tiene setenta y dos años! Tú no has cumplido aún los catorce. Es absurdo, ridículo… —Quedó súbitamente en silencio.

La madura joven que era su hija sonrió.

—¿Más absurdo que El Águila? —replicó—. ¿Más ridículo que el hecho de que hemos recorrido una distancia de ocho años luz desde la Tierra para acudir a una cita con un gigantesco triángulo inteligente que ahora va a enviar en dirección opuesta a algunos de nosotros?

Nicole miró a Simone con respeto y admiración. No dijo nada, pero alargó las manos y abrazó con fuerza a su hija. Había lágrimas en los ojos de Nicole.

—No te preocupes, madre —le dijo Simone cuando finalizó el abrazo—. Cuando te repongas de la sorpresa inicial, comprenderás que lo que estoy proponiendo es, con mucho, la mejor solución. Si tú y padre hacéis juntos el viaje de regreso, como creo que debéis hacer, entonces o Katie o Ellie o yo debemos quedarnos en El Nódulo para aparearnos con Patrick o Benjy o tío Michael. La única combinación genéticamente válida es o Katie o yo con tío Michael. He examinado todas las posibilidades. Michael y yo estamos muy unidos. Tenemos la misma religión. Si nosotros nos quedamos y nos casamos, entonces cada uno de los demás niños tiene libertad para elegir. Pueden quedarse aquí, con nosotros, o regresar al sistema solar contigo y con papá.

Simone apoyó la mano en el antebrazo de su padre.

—Papá, sé que, en muchos aspectos, esto será más duro para ti que para madre. Aún no le he mencionado mi idea a tío Michael. Ciertamente, él no la sugirió. Si tú y madre no me apoyáis, no puede resultar. Este matrimonio ya será suficientemente difícil para Michael aunque vosotros no os opongáis.

Richard meneó la cabeza.

—Eres asombrosa, Simone. —La abrazó—. Déjanos algún tiempo para pensarlo. Prométeme que no dirás ni una palabra de esto hasta que tu madre y yo hayamos tenido oportunidad de hablar.

—Lo prometo —aseguró Simone—. Muchas gracias. Os quiero —añadió desde la puerta del dormitorio.

Se volvió y caminó por el iluminado corredor. Los largos cabellos negros le llegaban casi hasta la cintura. « Te has hecho una mujer —pensó Nicole, mientras contemplaba los gráciles andares de Simone—. Y no sólo físicamente. Eres mucho más madura de lo que sería propio por tu edad» . Nicole imaginó a Michael y Simone como marido y mujer y se sintió sorprendida al no encontrar ningún reparo a ello. « Teniendo todo en cuenta —se dijo a sí misma Nicole, comprendiendo que, después de sus protestas, Michael O'Toole sería muy feliz—, puede que tu idea sea la opción menos insatisfactoria en nuestra difícil situación» .

Simone no flaqueó en su decisión ni aun cuando Michael manifestó su firme oposición a lo que él llamaba su « ofrecido martirio» .

Le explicó pacientemente que su matrimonio con él era el único posible, ya que, según opinión general, Katie y él eran personalidades incompatibles y, de todos modos, Katie no era todavía más que una niña, a la que aún faltaban un año o dieciocho meses para llegar a su madurez sexual. ¿Prefería que se casara con uno de sus medio hermanos y cometiera incesto? « No, no» , respondió él.

Michael asintió al ver que no había otras opciones viables y que ni Richard ni Nicole oponían grandes objeciones al matrimonio. Richard, desde luego, formuló su aprobación con la expresión « en estas circunstancias» , pero Michael se daba cuenta de que el padre de Simone había aceptado por lo menos parcialmente la idea de que su hija de trece años se casara con un hombre lo bastante viejo como para ser su abuelo.

Al cabo de una semana, se había decidido, con la participación de los niños, que Katie, Patrick y la pequeña Ellie realizaran con Richard y Nicole el viaje de regreso en Rama. Patrick se sentía reacio a separarse de su padre. Pero Michael O'Toole convino benévolamente en que su hijo de seis años tendría probablemente una « vida más interesante y satisfactoria» si permanecía con el resto de la familia. Eso dejaba solamente a Benjy. Al adorable chiquillo, cronológicamente de ocho años, pero con una edad mental equivalente a tres, se le dijo que sería bien recibido tanto en Rama como en El Nódulo. Él apenas si podía entender lo que le iba a suceder a la familia y, ciertamente, no estaba preparado para tomar una decisión tan trascendental. La decisión le asustaba y le aturdía; se sentía totalmente confuso y cayó en una profunda depresión. Como consecuencia de ello, la familia aplazó la discusión del destino de Benjy hasta una época indeterminada del futuro.

—Estaremos fuera un día y medio, quizá dos —dijo El Águila a Michael y los niños—. Rama está siendo reacondicionada en unas instalaciones situadas a unos diez mil kilómetros de aquí.

—Pero yo quiero ir también —exclamó Katie, malhumoradamente—. Yo también tengo varias buenas ideas para el módulo terrestre.

—Participarás en fases posteriores del proceso —le aseguró Richard—. Tendremos un centro de diseño aquí mismo, en la sala de conferencias.

Finalmente, Richard y Nicole terminaron sus despedidas y se reunieron con El Águila en el vestíbulo. Se pusieron sus trajes especiales y penetraron en el área común del sector. Nicole se dio cuenta de que Richard estaba excitado.

—Te encanta la aventura, ¿verdad, querido? —dijo.

Él afirmó con la cabeza.

—Creo que fue Goethe el que dijo que todo ser humano puede ser dividido en cuatro componentes: amor, aventura, poder y fama. Nuestra personalidad resulta moldeada según la cantidad de cada componente que busquemos. Para mí, la

aventura ha ocupado siempre el primer lugar.

Nicole estaba pensativa cuando entraron con El Águila en un coche que les estaba esperando. Se cerró la tapa sobre ellos y no pudieron ver nada durante todo el trayecto hasta el centro de transporte. « También para mí es muy importante la aventura —pensó Nicole—, y de joven la fama era mi máximo objetivo. —Sonrió para sus adentros—. Pero ahora lo es sin duda alguna el amor… Seríamos aburridos si no cambiáramos nunca» .

Viajaron en una lanzadera idéntica a la que originariamente les había llevado a El Nódulo. El Águila iba sentado delante y Richard y Nicole en la parte posterior.

Detrás de ellos, la vista de los módulos esféricos, los corredores de transporte y todo el triángulo iluminado resultaba absolutamente sensacional.

Se desplazaban en dirección hacia Sirio, el elemento dominante en el espacio que rodeaba a El Nódulo. La grande y joven estrella blanca relucía a lo lejos, con un tamaño aparente aproximadamente igual al de su sol nativo visto desde el cinturón de asteroides.

—¿Cómo eligieron este emplazamiento para El Nódulo? —preguntó Richard a El Águila cuando llevaban una hora de viaje.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué aquí, por qué en el sistema de Sirio, en vez de en algún otro lugar?

El Águila rio.

—Esta ubicación es sólo temporal —respondió—. Volveremos a desplazarnos en cuanto se marche Rama.

Richard se mostró desconcertado.

—¿Quiere decir que El Nódulo entero se mueve? —Se volvió y miró en dirección al triángulo que brillaba débilmente en la distancia—. ¿Dónde está el sistema de propulsión?

—Hay posibilidades de propulsión en cada uno de los módulos, pero sólo se utilizan en caso de emergencia. El transporte entre emplazamientos temporales se realiza por medio de lo que ustedes llamarían remolcadores; se sujetan a unas aberturas existentes en los costados de las esferas y proporcionan virtualmente toda la velocidad de cambio de trayectoria.

Nicole pensó en Michael y Simone y se sintió preocupada.

—¿Adónde irá El Nódulo? —preguntó.

—Probablemente no está determinado con exactitud aún —respondió vagamente El Águila—. De todos modos, es siempre una función estocástica que depende de cómo se desarrollen las diferentes actividades. —Tras un largo silencio, continuó—: Cuando finaliza nuestro trabajo en un lugar concreto, la configuración entera, Nódulo, Hangar y Apeadero, es trasladada a otra región de

interés.

Richard y Nicole se miraron en silencio en el asiento trasero. Les costaba aprehender toda la magnitud de lo que El Águila les estaba diciendo. ¡El Nódulo entero se movía! Resultaba difícil de creer. Richard decidió cambiar de tema.

—¿Cuál es su definición de una especie viajera del espacio? —preguntó a El Águila.

—Una que, bien por sí misma, bien a través de sus enviados robots, se ha aventurado fuera de la atmósfera sensible de su planeta natal. Si su propio planeta no tiene atmósfera, o si la especie no tiene planeta natal, la definición es más complicada.

—¿Quiere decir que hay criaturas inteligentes que han evolucionado en un vacío? ¿Cómo puede ser eso posible?

—Es usted un chauvinista atmosférico —replicó El Águila—. Como todas las criaturas, limita a entornos similares al suyo las formas en que la vida podría expresarse.

—¿Cuántas especies viajeras por el espacio hay en nuestra galaxia? —preguntó Richard un poco después.

—Ése es uno de los objetivos de nuestro proyecto, responder con exactitud a esa pregunta. Recuerde que hay más de cien mil millones de estrellas en la Vía Láctea. Un poco más de la cuarta parte de ellas están rodeadas de sistemas planetarios. Si solamente una de cada millón de estrellas con planetas albergase una especie viajera del espacio, todavía habría veinticinco mil de estas especies solamente en nuestra galaxia.

El Águila se volvió y miró a Richard y Nicole.

—El número estimado de viajeros de la galaxia, así como su densidad en cualquier zona concreta, es información de nivel tres. Pero puedo decirles una cosa. Hay zonas en la galaxia en las que el número de viajeros espaciales alcanza una media superior a uno por cada mil estrellas.

Richard lanzó un silbido.

—Es asombroso —dijo excitadamente a Nicole—. Eso significa que el milagro evolutivo local que nos produjo a nosotros constituye un paradigma común en el universo. Somos únicos, desde luego, pues en ningún otro lugar se habría repetido exactamente el proceso que nos produjo. Pero la característica verdaderamente especial de nuestra especie, nuestra capacidad para modelar nuestro mundo, comprenderlo y comprender también dónde encajamos nosotros en su proyecto global…, ¡esa capacidad deben de poseerla miles de criaturas! Pues, sin ella, no habrían podido convertirse en viajeras del espacio.

Nicole estaba anonadada. Recordó un momento similar, años antes, cuando ella estaba con Richard en la sala de fotografías de la madriguera de los aracnopulpos en el interior de Rama, en que había pugnado por abarcar la inmensidad del universo en términos de contenido total de información.

Comprendió ahora de nuevo que todo el conjunto de conocimientos existentes en el ámbito humano, todo lo que cualquier miembro de la especie humana ha aprendido o experimentado jamás, no era más que un grano de arena en la vasta playa que representaba cuanto habían conocido todas las criaturas sensitivas del universo.

5

La lanzadera se detuvo a varios cientos de kilómetros de El Hangar. La instalación tenía una forma extraña, completamente lisa en la base, pero redondeada en los lados y en la parte superior. Las tres factorías de El Hangar —una en cada extremo y otra en el centro— parecían desde el exterior cúpulas geodésicas. Se elevaban a sesenta o setenta kilómetros de altura sobre la base de la estructura. Entre estas factorías el techo era mucho más bajo, sólo ocho o diez kilómetros por encima de la base, con lo que el aspecto general de la parte superior de El Hangar era el que habría podido esperarse que ofreciese el lomo de un camello de tres jorobas, si semejante criatura hubiera existido jamás.

El Águila, Nicole y Richard se habían detenido para contemplar una nave estrella de mar que, según El Águila, había sido reacondicionada y se disponía ahora a emprender su siguiente viaje. La estrella de mar había salido de la joroba izquierda y el vehículo, pequeño en comparación con El Hangar o con Rama, pero de casi diez kilómetros desde su centro hasta el extremo de un radio, había empezado a girar nada más salir de El Hangar. Mientras la lanzadera permanecía «aparcada» a unos quince kilómetros de distancia, la estrella de mar aumentó su velocidad de rotación a diez revoluciones por minuto. Una vez que su velocidad de rotación se estabilizó, la estrella de mar se alejó rápidamente por la izquierda.

—Eso deja solamente a Rama —dijo El Águila—. La rueda gigante, que era la primera de la cola en que estaban ustedes en El Apeadero, se marchó hace cuatro meses. No necesitaba más que un reacondicionamiento mínimo.

Richard quería hacer una pregunta, pero se contuvo. Durante el vuelo desde El Nódulo ya había aprendido que El Águila les daba de manera voluntaria virtualmente toda la información que le estaba permitido comunicar.

—Rama ha sido todo un desafío —continuó El Águila—. Y aún no sabemos con seguridad cuándo terminaremos.

La lanzadera se aproximó a la cúpula derecha de El Hangar, en cuya superficie comenzaron a brillar unas luces. Al fijarse mejor, Richard y Nicole advirtieron que se habían abierto unas puertas.

—Necesitarán sus trajes —dijo El Águila—. Habría sido una extraordinaria hazaña de ingeniería diseñar este enorme lugar con medio ambiente variable.

Nicole y Richard se pusieron sus trajes mientras la lanzadera atracaba en una dársena muy similar a la del centro de transporte.

—¿Pueden oírme bien? —preguntó El Águila, comprobando el sistema de comunicación.

—Afirmativo —respondió Richard desde el interior de su casco.

Nicole y él se miraron y rieron al recordar sus tiempos de cosmonautas de la Newton.

El Águila les condujo por un corredor largo y ancho. Al llegar al final, torcieron a la derecha y, cruzando una puerta, salieron a una amplia balconada que se elevaba a diez kilómetros de altura por encima de una factoría más grande de lo que nadie podría imaginar. Nicole sintió flaquear las rodillas al mirar al gigantesco abismo. Pese a la ingravidez, tanto Richard como Nicole se sintieron recorridos por oleadas de vértigo. Los dos se apartaron al mismo tiempo. Se miraron mutuamente a los ojos, mientras trataban de comprender lo que acababan de ver.

—Es todo un panorama —comentó El Águila.

«No hay palabras para describirlo», pensó Nicole. Lentamente, volvió a bajar los ojos hacia el impresionante espectáculo. Esta vez se agarró con las dos manos a la barandilla para mantener el equilibrio.

La factoría que se extendía bajo ellos abarcaba todo el Hemicilindro Norte de Rama, desde la compuerta junto a la que habían atracado la Newton y por la que habían entrado hasta el final de la planicie Central, a orillas del mar Cilíndrico. No había ningún mar, ni tampoco ningún Nueva York ramano, pero había en aquella factoría casi tanto terreno como en todo el estado norteamericano de Rhode Island.

El cráter y el cuenco del extremo norte de Rama, incluida la corteza exterior, se hallaban aún completamente intactos. Estos segmentos de Rama estaban a la derecha de Richard, Nicole y El Águila, situado éste casi detrás de ellos en la plataforma. Delante, instalados en la barandilla, había una docena de telescopios, cada uno con una resolución diferente, a través de los cuales podían los tres ver las familiares escalas y escaleras, semejantes a las tres varillas de un paraguas, que contenían treinta mil peldaños para descender (o ascender) a la planicie Central de Rama.

El resto del Hemicilindro Norte estaba partido y yacía ante ellos en piezas, no directamente conectadas con el cuenco ni unas con otras, pero sí debidamente alineadas con los sectores adyacentes. Cada pieza tenía entre seis y ocho kilómetros cuadrados de extensión, aproximadamente, y, debido a la curvatura, sus bordes se elevaban a bastante altura del suelo.

—Es más fácil realizar los primeros trabajos en esta configuración —explicó El Águila—. Una vez que cerremos el cilindro costará más entrar y salir con todo el equipo.

A través de los telescopios, Richard y Nicole vieron que dos zonas diferentes de la planicie Central hervían de actividad. No podían ni tan siquiera empezar a contar el número de robots que iban y venían por el suelo de la factoría, bajo ellos. Ni, en muchos casos, podían tampoco determinar con exactitud qué estaban haciendo. Era ingeniería a una escala jamás soñada por los humanos.

—Les he traído primero aquí arriba para proporcionarles una perspectiva general —dijo El Águila—. Más tarde, bajaremos al suelo y podrán ver mejor los detalles.

Richard y Nicole le miraron, desconcertados. El Águila se echó a reír y continuó:

—Si miran con atención y ensamblan mentalmente las piezas, verán que se ha procedido a despejar por completo dos vastas regiones de la planicie Central, la que está junto al mar Cilíndrico y la que cubre una extensión que llega casi hasta el final de las escaleras. Ahí es donde se está realizando toda la nueva construcción. En el espacio existente entre estas dos áreas, Rama tiene exactamente el mismo aspecto que cuando ustedes salieron de ella. En esto nosotros nos regimos por la máxima general de cambiar solamente aquellas regiones que vayan a ser utilizadas en la misión siguiente.

A Richard se le iluminó el rostro.

—¿Nos está diciendo que esta nave espacial es utilizada una y otra vez? ¿Y que para cada misión solamente se realizan los cambios necesarios?

El Águila movió afirmativamente la cabeza.

—¿Que, por lo tanto, el conglomerado de rascacielos que nosotros llamamos Nueva York podría haber sido construido para una misión muy anterior y dejado sin modificación porque no era necesario introducir ningún cambio?

El Águila no respondió a la retórica pregunta de Richard. Estaba señalando a la zona septentrional de la planicie Central.

—Allí estará su hábitat. Acabamos de terminar la infraestructura, lo que ustedes llamarían los «servicios», incluidos los de agua, energía eléctrica, alcantarillado y control medioambiental de alto nivel. En el resto del proceso se puede admitir una flexibilidad de diseño. Por eso es por lo que les hemos traído aquí.

—¿Qué es aquel pequeño edificio abovedado situado al sur del área despejada? —preguntó Richard. Se sentía todavía aturdido ante la idea de que Nueva York pudiera ser un residuo, un resto de un viaje ramano anterior.

—Eso es el centro de control —respondió El Águila—. Las instalaciones que sirven a su hábitat quedarán alojadas ahí. De ordinario, el centro de control se encuentra oculto bajo el área habitada, en la corteza de Rama, pero en el caso de ustedes los diseñadores decidieron ponerlo en la planicie.

—¿Qué es aquella extensa región de allá? —preguntó Nicole, al tiempo que señalaba la zona despejada situada inmediatamente al norte de donde habría

estado el mar Cilíndrico si Rama hubiera estado montada de nuevo por completo.

—No me está permitido decirles para qué es —respondió El Águila—. De hecho, me sorprende que se me haya permitido mostrarles que existe. De ordinario, los viajeros que regresan ignoran totalmente el contenido de su vehículo, fuera de su hábitat. El plan nominal es, naturalmente, que cada especie permanezca en el interior de su módulo.

—Mira aquel montículo o torre del centro —dijo Nicole a Richard, dirigiendo su atención hacia otra región—. Debe de tener casi dos kilómetros de altura.

—Y tiene forma de rosquilla. Quiero decir que el centro está hueco.

Podían ver que las paredes exteriores de lo que posiblemente era un segundo hábitat estaban ya muy avanzadas. Nada de su interior sería visible desde el suelo de la factoría.

—¿Puede darnos una idea de quién o qué va a vivir allí? —preguntó Nicole.

—Vámonos —dijo El Águila, con tono firme y meneando la cabeza—. Es hora de que bajemos.

Richard y Nicole se separaron de los telescopios, echaron un rápido vistazo a la perspectiva general de su hábitat (cuya construcción no estaba tan avanzada como la del otro) y siguieron a El Águila al corredor. Después de caminar durante cinco minutos, llegaron a lo que El Águila les dijo que era un ascensor.

—Deben abrocharse muy cuidadosamente los cinturones de los asientos —dijo su guía—. Es un viaje muy violento.

La aceleración de su extraña cápsula oval fue intensa y rápida. Menos de dos minutos después, la deceleración fue igualmente brusca. Habían llegado al suelo de la factoría.

—¿Esta cosa se mueve a trescientos kilómetros por hora? —preguntó Richard, tras hacer unos rápidos cálculos mentales.

—A menos que tenga prisa —respondió El Águila.

Richard y Nicole le siguieron al suelo de la factoría. Ésta era inmensa. En muchos aspectos resultaba más impresionante que la propia Rama, porque casi la mitad de la gigantesca nave espacial yacía extendida en el suelo a su alrededor. Recordaron ambos la sensación de anonadamiento que habían experimentado al viajar en las telesillas de Rama y contemplar, más allá del mar Cilíndrico, los misteriosos cuernos del Cuenco Sur. Los sentimientos de reverencia y temor retornaron, incluso incrementados, mientras Richard y Nicole observaban la actividad que se desarrollaba por encima y alrededor de ellos en la factoría.

El ascensor les había depositado al nivel del suelo, junto a una de las secciones de su hábitat. Delante de ellos estaba la corteza de Rama. Comprobaron su espesor mientras caminaban desde la salida del ascensor.

—Unos doscientos metros de grosor —indicó Richard a Nicole, respondiendo a una pregunta que se habían hecho desde sus primeros días en Rama.

—¿Qué habrá debajo de nuestro hábitat, en la corteza? —preguntó Nicole.

El Águila levantó tres de sus cuatro dedos para indicar que estaban pidiendo información de nivel tres. Los dos humanos se echaron a reír.

—¿Irá usted con nosotros? —preguntó Nicole a El Águila momentos después.

—¿A su sistema solar? No, no puedo —respondió—. Pero reconozco que sería interesante.

El Águila les condujo a una zona de intensa actividad. Varias docenas de robots estaban trabajando en una voluminosa estructura cilíndrica de unos sesenta metros de altura.

—Ésta es la planta principal de reciclado de fluidos —dijo el Águila—. Todos los líquidos que llegan a los desagües o alcantarillas de su hábitat son finalmente enviados aquí. Se devuelve a la colonia el agua purificada y se conserva el resto de las sustancias químicas para otros posibles usos. Esta planta quedará cerrada y será inexpugnable. Utiliza tecnología muy superior al nivel de desarrollo alcanzado por ustedes.

El Águila les hizo subir luego por una escala y les condujo al interior del propio hábitat, que visitaron detenidamente. En cada sector, El Águila les enseñaba las principales características de aquella zona concreta y luego, sin detenerse, ordenaba a un robot que les transportase al sector adyacente.

—¿Qué quiere exactamente que hagamos aquí? —preguntó Nicole al cabo de varias horas, mientras El Águila se disponía a llevarles a otra parte más de su futuro hogar.

—Nada especial —respondió El Águila—. Esta será su única visita a la propia Rama. Queríamos que se hicieran una idea de las dimensiones de su hábitat por si lo necesitaban para sentirse más satisfechos con el proceso de diseño. En el Módulo de Alojamiento tenemos un modelo a escala un vigésimo por ciento; todo el resto de nuestro trabajo se hará allí. —Miró a Richard y a Nicole—. Podemos irnos cuando quieran.

Nicole se sentó en una caja de metal gris y miró a su alrededor. El número y la diversidad de los robots era suficiente para aturdirla. Desde el momento mismo en que salió a la balconada de la factoría se había sentido abrumada y ahora estaba totalmente desconcertada. Alargó la mano en dirección a Richard.

—Sé que debería estar estudiando lo que veo, querido, pero nada de ello tienen ya sentido para mí. Estoy saturada por completo.

—Yo también —confesó Richard—. Nunca hubiera creído posible que existiese algo más asombroso e impresionante que Rama, pero esta factoría lo es, ciertamente.

—¿Has pensado desde que estamos aquí —preguntó Nicole— qué aspecto tendrá la factoría que construyó este lugar? Mejor aún, imagina la cadena de montaje de El Nódulo.

Richard se echó a reír.

—Podemos continuar ese comentario en una regresión infinita. Si El Nódulo

es realmente una máquina, como parece, sin duda que es una máquina de orden más elevado que Rama. Probablemente, Rama fue diseñada aquí. Yo diría que está controlada por El Nódulo. Pero ¿qué fue lo que creó El Nódulo y lo controla? ¿Fue una criatura como nosotros, el resultado de una evolución biológica? Y ¿existe todavía, en algún sentido que nosotros podamos comprender, o se ha convertido en alguna otra clase de entidad que se limita a dejar sentir su influencia por la existencia de estas asombrosas máquinas que creó?

Richard se sentó junto a su mujer.

—Es demasiado para mí. Supongo que yo también he tenido bastante… Volvamos con los niños.

Nicole se inclinó hacia él y le acarició.

—Eres un hombre muy inteligente, Richard Wakefield. Sabes que ésa es una de las razones por las que te quiero.

Un gran robot semejante a una pala cargadora mecánica pasó junto a ellos llevando varias láminas metálicas enrolladas. Richard volvió a menear la cabeza, asombrado.

—Gracias, cariño —dijo, tras una pausa—. Sabes que yo también te quiero.

Se pusieron en pie e hicieron señas a El Águila de que estaban preparados para marcharse.

La noche siguiente, en su apartamento del Módulo de Alojamiento, Richard y Nicole continuaban despiertos treinta minutos después de haber hecho el amor.

—¿Qué ocurre, querido? —preguntó Nicole—. ¿Algo marcha mal?

—Hoy he tenido otro acceso de vacío mental —le respondió Richard—. Duró casi tres horas.

Nicole lanzó una exclamación y se incorporó en la cama.

—¿Te encuentras bien ahora? ¿Cojo el escáner para ver si hay algo revelador en tu biometría?

—No —respondió Richard, meneando la cabeza—. Mis vacíos mentales nunca quedan recogidos en tu máquina. Pero éste me turbó realmente. Me he dado cuenta de lo incapacitado que quedo durante ellos. Apenas si puedo trabajar, y mucho menos ayudaros a ti o a los niños en cualquier clase de crisis. Me asustan.

—¿Recuerdas qué fue lo que provocó éste?

—En absoluto. Como siempre. Estaba pensando en nuestro viaje a El Hangar, especialmente en aquel otro hábitat. Inadvertidamente, empecé a recordar unas cuantas escenas inconexas de mi odisea y luego, de pronto, se produjo el vacío. Fue total. No estoy seguro de que te hubiera reconocido siquiera durante los cinco primeros minutos.

—Lo siento, querido —dijo Nicole.

—Es casi como si alguien estuviese observando mis pensamientos. Y cuando llego a una determinada sección de mi memoria, zas, recibo una especie de aviso.

Richard y Nicole permanecieron casi un minuto en silencio.

—Cuando cierro los ojos —dijo Nicole—, veo todavía a todos aquellos robots moviéndose por el interior de Rama.

—Yo también.

—Y, sin embargo, me cuesta creer que fuese una escena real y no algo que haya soñado o visto en una película. —Nicole sonrió—. Hemos vivido una vida increíble durante estos catorce últimos años, ¿verdad?

—Desde luego —respondió Richard, volviéndose de costado en su habitual postura para dormir—. Y ¿quién sabe? Quizá nos aguarde todavía la parte más interesante.

6

El modelo holográfico de Nuevo Edén aparecía proyectado en el centro de la amplia sala de conferencias a escala 1/2.000. En el interior de Rama, el hábitat terrestre real ocuparía una superficie de ciento sesenta kilómetros cuadrados en la planicie Central a partir del punto situado directamente enfrente de la larga escalera norte. El volumen total quedaría delimitado por las dimensiones de veinte kilómetros de longitud en la dirección de la curva del cilindro, ocho kilómetros de anchura en dirección paralela al eje de rotación cilíndrico y ocho kilómetros de altura desde el suelo de la colonia hasta el elevado techo.

Pero el modelo de Nuevo Edén que El Águila, Richard y Nicole utilizaban en el Módulo de Alojamiento para su labor de diseño era de un tamaño más manejable. Cabía cómodamente en la amplia estancia, y las proyecciones holográficas permitían a los diseñadores caminar por entre las diversas estructuras y a través de ellas. Los cambios se efectuaban utilizando las subrutinas de dibujo asistido por ordenador que actuaban conforme a las órdenes orales de El Águila.

—Hemos cambiado otra vez de idea —dijo Nicole, iniciando su tercera maratoniana sesión de diseño con El Águila, al tiempo que rodeaba con su «linterna» negra una concentración de edificios localizada en el centro de la colonia—. Consideramos ahora que es un error tenerlo todo en un mismo sitio, con todas las personas apiñadas unas encima de otras. Richard y yo pensamos que sería mejor que las zonas residenciales y las tiendas pequeñas estuvieran en cuatro poblados distintos situados en los ángulos del rectángulo. Solo los edificios utilizados por todos los habitantes de la colonia estarían en el complejo central.

—Naturalmente —añadió Richard—, nuestro nuevo concepto modificará por completo el flujo circulatorio que usted y yo examinamos ayer, así como las específicas finalidades coordinadas asignadas a los parques, bosque de Sherwood, lago Shakespeare y monte Olimpo. Pero todos los elementos originales pueden, no obstante, integrarse en nuestro actual diseño de Nuevo Edén. Mire, eche un vistazo a este boceto y verá a dónde hemos trasladado todo.

El Águila pareció hacer una mueca mientras miraba fijamente a sus ayudantes humanos. Al cabo de unos instantes volvió la vista hacia el mapa que mostraba la libreta electrónica de Richard.

—Espero que ésta sea la única modificación importante —comentó—. No progresamos mucho si cada vez que nos reunimos volvemos a empezar prácticamente de nuevo todo el diseño.

—Lo sentimos mucho —respondió Nicole—. Pero hemos tardado algún tiempo en comprender toda la magnitud de nuestra tarea. Ahora sabemos que estamos diseñando la situación vital para mucho tiempo de hasta dos mil seres humanos. Debemos tomarnos el tiempo que haga falta.

—Veo que han vuelto a aumentar el número de grandes estructuras existentes en el complejo central —indicó El Águila—. ¿Cuál es la finalidad de este edificio situado detrás de la biblioteca y el auditorio?

—Es un edificio deportivo y de recreo —respondió Nicole—. Tendrá una pista de carreras, un campo de béisbol, otro de fútbol, pistas de tenis, un gimnasio y una piscina, además de espacio suficiente en cada área para que puedan asistir como espectadores casi todos los ciudadanos. Richard y yo imaginamos que el atletismo será muy importante en Nuevo Edén, habida cuenta especialmente de que muchas de las tareas rutinarias correrán a cargo de los biots.

—También han aumentado las dimensiones del hospital y de las escuelas…

—Nos quedamos demasiado cortos en nuestras primitivas asignaciones de espacio —le interrumpió Richard—. No dejamos suficiente superficie disponible para actividades que aún no podemos definir específicamente.

Las dos primeras reuniones de diseño habían durado diez horas cada una. Tanto Richard como Nicole se habían sentido maravillados al principio de lo rápidamente que El Águila podía integrar sus observaciones en recomendaciones específicas de diseño. Para la tercera reunión ya no les asombraba la rapidez y precisión de sus síntesis. Pero el biot les sorprendía regularmente al manifestar un vivo interés por algunos de los detalles culturales. Por ejemplo, les interrogó largamente acerca del nombre que los humanos habían dado a su nueva colonia. Una vez que Nicole le hubo explicado que era esencial que el hábitat tuviese algún nombre específico, El Águila preguntó por el significado de « Nuevo Edén» .

—Toda la familia hemos discutido durante más de una noche el nombre que podríamos poner al hábitat —explicó Richard—. Hubo muchas buenas sugerencias, la mayoría derivadas de la historia y la literatura de nuestra especie. Utopía fue un destacado candidato. Arcadia, Elíseo, Paraíso, Concordia y Beauvois fueron también objeto de detenida consideración. Pero, al final, pensamos que Nuevo Edén era el mejor nombre.

—El Edén mitológico —añadió Nicole— fue un principio, el comienzo de lo que podríamos llamar nuestra moderna cultura occidental. Era un jardín exuberante y lleno de verdor, supuestamente diseñado en especial para los humanos por un Dios todopoderoso que también había creado todo lo demás que existía en el universo. Aquel primer Edén era rico en formas de vida, pero

carecía de tecnología.

» Nuevo Edén es también un principio. Pero en casi todos los demás aspectos es lo contrario del antiguo jardín. Nuevo Edén es un milagro tecnológico carente de toda forma de vida, inicialmente al menos, a excepción de unos pocos seres humanos.

Una vez completada la disposición general de la colonia, quedaban todavía cientos de detalles por decidir. Se encomendó a Katie y Patrick la tarea de diseñar los parques vecinales de cada uno de los cuatro poblados. Aunque ninguno de los dos había visto nunca una hoja de hierba auténtica, una flor de verdad ni un árbol alto, sí habían visto numerosas películas y muchas, muchas fotografías. Presentaron cuatro bellos diseños diferentes para los cinco acres de superficie despejada, jardines comunales y apacibles paseos en cada poblado.

—Pero ¿de dónde sacaremos la hierba? ¿Y las flores? —preguntó Katie a El Águila.

—Las traerán personas de la Tierra —respondió El Águila.

—¿Cómo sabrán lo que deben traer?

—Nosotros se lo diremos.

Fue también Katie quien señaló que el diseño de Nuevo Edén había omitido un elemento clave, un elemento que había desempeñado un importante papel en los cuentos que su madre le contaba cuando era pequeña, por las noches, antes de dormirse.

—Nunca he visto un zoo —dijo—. ¿Podemos tener uno en Nuevo Edén?

Durante la siguiente sesión de diseño, El Águila modificó el proyecto para incluir un pequeño zoo en la linde del bosque de Sherwood.

Richard trabajaba con El Águila en la mayoría de los detalles tecnológicos de Nuevo Edén. La especialidad de Nicole se centraba en el área del alojamiento. El Águila había sugerido originariamente un tipo de casa con un mobiliario idéntico para todos los hogares de la colonia. Nicole había soltado la carcajada.

—Ciertamente, no ha aprendido usted mucho acerca de nosotros como especie —dijo—. Los seres humanos necesitamos tener variedad. Si no, nos aburrimos. Si hacemos todas las casas iguales, la gente empezará inmediatamente a cambiarlas.

Como sólo disponía de tiempo limitado (las peticiones de información que formulaba El Águila obligaban a Richard y Nicole a trabajar diez o doce horas diarias; por fortuna, Michael y Simone estaban encantados de cuidar de los niños), Nicole se decidió por ocho planos de casa básicos y cuatro mobiliarios modulares. Había en total, por consiguiente, treinta y dos configuraciones distintas de alojamiento. Variando el diseño externo de los edificios en cada uno de los cuatro poblados (detalles que Nicole elaboró con Richard, después de

varias útiles aportaciones del historiador de arte Michael O'Toole), Nicole consiguió finalmente su objetivo de crear un diseño para la vida cotidiana que no era ni uniforme ni estéril.

Richard y El Águila se pusieron de acuerdo en pocas horas en todo lo referente a los sistemas de transporte y comunicación, tanto externos como internos, de Nuevo Edén. Tropezaron con más dificultades al tratar del control medioambiental general y de los diseños de los biots. El concepto original de El Águila, en el que se basaba la infraestructura que sustentaba a Nuevo Edén, presumía la existencia de doce horas de luz y otras tantas de oscuridad cada día. Los períodos de luz solar, de cielo cubierto y de lluvia eran regulares y predecibles. No había virtualmente ninguna variación de temperatura en función del lugar y del momento.

Cuando Richard pidió el establecimiento de cambios estacionales en la longitud del día y una mayor variabilidad en todos los parámetros meteorológicos, El Águila hizo hincapié en que permitir tales «importantes variaciones» en el enorme volumen de aire del hábitat exigiría la utilización de muchos más «recursos informáticos críticos» que los asignados originariamente durante el diseño de la infraestructura. El Águila indicó también que sería preciso reestructurar y someter a nueva verificación los principales algoritmos de control y que, como consecuencia, se retrasaría la fecha de partida. Nicole apoyó la petición de Richard en relación con la cuestión meteorológica y de las estaciones, explicando a El Águila que el verdadero comportamiento humano («que, al parecer, usted y la Inteligencia Nodal desean observar») dependía claramente de aquellos dos factores.

Finalmente, se llegó a un acuerdo. La longitud del día y de la noche a lo largo del año se ajustaría a la existente en un punto situado a treinta grados de latitud en la Tierra. Se permitiría que las condiciones meteorológicas en Nuevo Edén evolucionaran de forma natural dentro de unos límites determinados y que el controlador actuase sólo cuando tales límites fueran rebasados. Así, la temperatura, el viento y la lluvia evolucionarían libremente dentro de ciertas tolerancias. Pero El Águila se mostró inflexible en dos puntos. No podría haber rayos ni hielo. Si fuese inminente cualquiera de esos dos fenómenos (que introducían «nuevas complejidades» en su modelo informático), aunque el resto de los parámetros se mantuvieran dentro de los límites previstos, el sistema de control procedería inmediatamente a regular el tiempo.

En un principio, El Águila había tenido la intención de conservar la misma clase de biots que habían habitado las dos primeras naves Rama, pero tanto Richard como Nicole insistieron en que no serían en absoluto adecuados los biots ramanos, especialmente los parecidos a ciempiés, mantis, cangrejos y arañas.

—Los cosmonautas que hemos entrado en las dos naves Rama —explicó Nicole— difícilmente seríamos considerados humanos corrientes. Todo lo

contrario, en realidad. Nosotros hemos sido especialmente adiestrados para el manejo de máquinas refinadas y complejas y, aun y todo, hay entre nosotros quienes se sentían atemorizados ante los biots. Los humanos ordinarios, que probablemente formarán el grueso de los habitantes de Nuevo Edén, no se sentirán en absoluto cómodos con esos extraños artificios mecánicos correteando por su territorio.

Tras varias horas de discusión, El Águila accedió a rediseñar el personal de mantenimiento biot. Por ejemplo, la basura sería recogida por robots cuyo aspecto sería idéntico al de los camiones basureros clásicos utilizados en la Tierra, sólo que no tendrían conductor. Los trabajos de construcción serían realizados, cuando fuese necesario, por robots de formas idénticas a las de los vehículos que desempeñaban funciones similares en la Tierra. Así, las extrañas máquinas ofrecerían un aspecto familiar a los colonos, cuyos temores xenófobos resultarían de este modo mitigados.

—¿Y qué hay de la realización de las actividades rutinarias, cotidianas? —preguntó El Águila al término de una larga reunión—. Habíamos pensado en utilizar biots humanos, obedientes a las órdenes orales y desplegados en gran número, que liberasen a los colonos de los trabajos fatigosos y repetitivos. Desde que llegaron ustedes hemos pasado una considerable cantidad de tiempo perfeccionando el diseño.

A Richard le agradó la idea de tener ayudantes robots, pero Nicole se mostró recelosa.

—Es imperativo —indicó— que estos biots humanos sean plenamente identificables. No tiene que haber la más mínima posibilidad de que nadie, ni siquiera un niño, llegue a confundirlos con un ser humano de verdad.

Richard rio entre dientes.

—Has leído demasiada ciencia ficción —dijo.

—Pero ésta es una preocupación real —protestó Nicole—. Puedo imaginar perfectamente la calidad de los biots humanos que fabricarían aquí, en El Nódulo. No estamos hablando de aquellas estúpidas imitaciones que vimos en Rama. La gente se sentiría aterrada si no pudiera distinguir entre un humano y una máquina.

—Entonces, limitaremos el número de variedades —respondió Richard—. Y se clasificarán fácilmente con arreglo a su función primaria. ¿Resuelve esto tu preocupación…? Sería una pena no aprovechar esta increíble tecnología.

—Podría resultar —admitió Nicole—, siempre que exista la posibilidad de que todo el mundo se familiarice fácilmente con los distintos tipos con sólo un breve cursillo informativo. Debemos tener absoluta seguridad de que no se producirán problemas de identificación errónea.

Tras varias semanas de intensos esfuerzos, quedaron tomadas las decisiones de diseño fundamentales y disminuyó la carga de trabajo que pesaba sobre Richard y Nicole, los cuales pudieron reanudar una vida más o menos normal con los niños y con Michael.

Una noche, El Águila les visitó para informarles de que Nuevo Edén se hallaba en su período final de prueba, fundamentalmente verificando la capacidad de los nuevos algoritmos para observar y controlar el medio ambiente a lo largo de toda la amplia gama de condiciones posibles.

—Por cierto —continuó El Águila—, hemos instalado aparatos de intercambio de gas, o AIG, en todos los lugares, bosque de Sherwood, los parques, en las orillas del lago y las laderas de la montaña, en que acabarán creciendo plantas procedentes de la Tierra. Los AIG actúan como plantas, absorbiendo dióxido de carbono y produciendo oxígeno, y son también cuantitativamente equivalentes. Impiden la acumulación de dióxido de carbono en la atmósfera, lo que, a la larga, restaría eficacia a los algoritmos meteorológicos.

» El funcionamiento de los AIG necesita una cierta cantidad de energía, así que hemos reducido ligeramente la potencia eléctrica disponible para el consumo humano durante los primeros días de la colonia. Pero, una vez que las plantas se desarrollen, se podrá retirar los AIG y habrá energía abundante para cualquier fin razonable.

—Muy bien, señor Águila —dijo Katie cuando hubo terminado—, lo que todos queremos saber es cuándo nos vamos a marchar.

—Iba a decírselo en Navidad —respondió El Águila, mientras se le formaba en la comisura de la boca la pequeña arruga que pasaba por sonrisa—, y aún faltan dos días.

—Oh, díganoslo, señor Águila, por favor —pidió Patrick.

—Bueno…, está bien —accedió su compañero alienígena—. La fecha prevista para terminar con Rama en El Hangar es el 11 de enero. Esperamos introducirles a ustedes en la lanzadera y salir de El Nódulo dos días después, el 13 de enero por la mañana.

« Sólo quedan tres semanas —pensó Nicole, sintiendo que le daba un vuelco el corazón al comprender la realidad de su marcha—. Falta mucho por hacer. —Volvió la vista hacia el otro extremo de la habitación, donde Michael y Simone estaban sentados uno al lado del otro en el sofá—. Entre otras cosas, mi bella hija, debo prepararte para tu boda» .

—O sea que nos casaremos el día de tu cumpleaños, mamá —dijo Simone—. Siempre hemos dicho que la ceremonia se celebraría una semana antes de la marcha del resto de la familia.

A Nicole se le llenaron los ojos de lágrimas. Bajó la cabeza para que los niños no se dieran cuenta. « No estoy preparada para la despedida —pensó Nicole—. No puedo soportar la idea de que nunca volveré a ver a Simone» .

Nicole decidió abandonar el juego de salón familiar que se estaba desarrollando en la sala de estar. Puso como excusa que debía desarrollar varios datos de diseño finales para El Águila, pero, en realidad, necesitaba desesperadamente estar sola unos momentos para organizar las tres últimas semanas de su vida en El Nódulo. Se había pasado la cena pensando en todas las cosas que necesitaba hacer y había experimentado algo muy próximo al pánico. Nicole temía que no hubiera tiempo suficiente o que olvidase algo absolutamente esencial. Pero una vez que confeccionó una lista completa de todas las tareas que le quedaban por hacer, juntamente con un calendario para su realización, Nicole se tranquilizó un tanto. No era una lista imposible.

Una de las anotaciones que Nicole había incluido en su agenda electrónica, y con letras mayúsculas toda ella, era ¿¿BENJY?? Mientras permanecía sentada en el borde de la cama, pensando en su retrasado hijo mayor y reprochándose a sí misma el no haber abordado antes la cuestión, Nicole oyó un fuerte golpe dado con los nudillos en la puerta abierta. Se trataba de una asombrosa coincidencia.

—Ma-má —dijo Benjy muy lentamente, con su amplia e inocente sonrisa—, ¿puedo hablar contigo? —Reflexionó unos instantes—. ¿Ahora? —añadió.

—Desde luego, cariño —respondió Nicole—. Ven a sentarte a mi lado en la cama.

Benjy se acercó a su madre y la abrazó con fuerza. Bajó la vista y empezó a hablar entrecortadamente. Era evidente su tensión emocional.

—Tú y Ri-chard y los otros ni-ños os vais a mar-char para mucho tiempo —dijo.

—Sí, en efecto —respondió Nicole, tratando de poner tono alegre.

—¿Pa-pá y Si-mone se queda-rán aquí y se casa-rán?

Era algo más que una pregunta. Benjy había levantado la cabeza y estaba esperando que Nicole corroborase su afirmación. Cuando ella asintió con la cabeza, se le llenaron los ojos de lágrimas y se le contorsionó el rostro.

—¿Y Ben-jy? —exclamó—. ¿Qué sera de Ben-jy?

Nicole atrajo la cabeza del niño sobre su hombro y lloró con él. Los sollozos le sacudían violentamente el cuerpo. Nicole estaba ahora furiosa consigo misma por haber ido dando largas al asunto durante tanto tiempo. « Lo ha sabido todo desde el principio —pensó—. Desde aquella primera conversación. Ha estado esperando. Cree que nadie le quiere» .

—Tienes que elegir, cariño —consiguió decir Nicole cuando hubo dominado sus emociones—. Nos gustaría mucho que tú vinieses con nosotros. Y tu padre y

Simone estarían encantados si te quedaras con ellos.

Benjy miró fijamente a su madre, como si no la creyese. Nicole repitió muy despacio sus palabras.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó el niño.

Nicole afirmó vigorosamente con la cabeza.

Benjy sonrió un momento y, luego, apartó la vista. Permaneció largo rato en silencio.

—Aquí no habrá nadie con quien ju-gar —dijo al fin, sin dejar de mirar a la pared—. Y Simone tendrá que estar con pa-pá.

Nicole se sintió asombrada de lo concisamente que Benjy había resumido sus consideraciones.

El niño parecía estar esperando.

—Entonces, ven con nosotros —dijo suavemente Nicole—. Tío Richard, Katie, Patrick, Ellie y yo te queremos mucho y deseamos tenerte con nosotros.

Benjy se volvió a mirar a su madre. Las lágrimas le corrían nuevamente por las mejillas.

—Iré contigo, ma-má —dijo, y le apoyó la cabeza en el hombro.

« Él ya había tomado su decisión —pensó Nicole, apretando contra su cuerpo a Benjy—. Es más listo de lo que creemos. Ha venido sólo para asegurarse de que se le quiere» .

7

—… y, oh Señor, haz que ame adecuadamente a esta maravillosa muchacha con la que me voy a casar. Permítenos compartir Tu don de amor y haz que, juntos, incrementemos nuestro conocimiento de Ti… Te lo pido en el nombre de Tu hijo, a quien enviaste a la Tierra para manifestar tu amor y redimirnos de nuestros pecados. Amén.

Michael Ryan O'Toole, de setenta y dos años de edad, desentrelazó las manos y abrió los ojos. Estaba sentado a la mesa de su dormitorio. Consultó el reloj. « Sólo dos horas más —pensó— hasta que me case con Simone. —Michael volvió por un instante la vista hacia el cuadro de Jesús y el pequeño busto de san Michael de Siena que tenía delante, sobre la mesa—. Y esta noche, cuando haya terminado la comida que es banquete de bodas para nosotros y, a la vez, cena de cumpleaños para Nicole, yo tendré entre mis brazos a ese ángel. —No pudo impedir que el siguiente pensamiento acudiera a su mente—: Oh, Señor, no dejes que la decepcione» .

O'Toole abrió un cajón de la mesa y sacó una pequeña Biblia. Era el único libro de verdad que poseía. Todo el resto de su material de lectura tenía la forma de pequeños cubos de datos que introducía en su libreta electrónica. Su Biblia era muy especial, un recuerdo de una vida vivida en otro tiempo en un remoto planeta.

Durante su niñez y su adolescencia, aquella Biblia había ido a todas partes con él. Mientras daba vueltas entre las manos al pequeño libro, los recuerdos afluyeron en tropel a su mente. En el primero de ellos, él era un niño de seis o siete años. Su padre había entrado en su dormitorio. Michael estaba jugando un partido de béisbol en su ordenador personal y se hallaba un poco azorado; siempre se sentía desasosegado cuando su adusto padre le encontraba jugando.

—Michael —había dicho su padre—, quiero darte un regalo. Una Biblia para ti. Es un libro de verdad, un libro que se lee pasando las páginas. Hemos puesto tu nombre en la cubierta.

Su padre le tendió el libro y el pequeño Michael lo aceptó con un murmurado « gracias» . Estaba encuadernado en piel y resultaba suave al tacto.

—Dentro de este volumen —había continuado su padre— se contienen algunas de las mejores enseñanzas que jamás conocerán los seres humanos.

Léelo detenidamente. Léelo a menudo. Y rige tu vida con arreglo a su sabiduría.

« Aquella noche puse la Biblia bajo la almohada —recordó Michael—. Y allí permaneció. Durante toda mi infancia. Incluso durante la escuela superior» . Recordó sus maniobras cuando su equipo de béisbol de la escuela superior ganó el campeonato local y fue a Springfield para disputar el torneo estatal. Michael había llevado consigo su Biblia, pero no quería que sus compañeros de equipo la vieran. Llevar una Biblia no parecía propio de un atleta de escuela superior y el joven Michael O'Toole no tenía aún la suficiente seguridad en sí mismo como para vencer su miedo a las risas de sus compañeros. Así pues, diseñó un compartimiento especial para la Biblia en el costado de su neceser y guardó allí el libro, metido dentro de su caja protectora. Una vez en la habitación del hotel en Springfield, aguardó a que su compañero de cuarto entrara en el baño. Entonces, Michael sacó la Biblia de su escondite y la colocó bajo la almohada de su cama.

« Incluso la llevé a nuestra luna de miel. Katheleen se mostró muy comprensiva. Como lo era siempre con todo» . Un fugaz recuerdo del sol radiante y de la blanca arena que se extendía ante su suite en las islas Caimanes fue rápidamente seguido de una intensa sensación de pérdida. « ¿Cómo te van las cosas, Katheleen? —preguntó Michael en voz alta—. ¿A dónde te ha llevado la vida?» . Le parecía estar viéndola haraganear por el edificio de piedra arenisca de Commonwealth, en Boston, en el que poseían un apartamento. « Nuestro nieto Matt debe de ser ya adolescente —pensó—. ¿Hay otros? ¿Cuántos en total?» .

Su congoja se intensificó al imaginar a su familia —Katheleen, su hija Colleen, su hijo Stephen, además de todos sus nietos— reunida en torno a la alargada mesa para celebrar sin él un banquete de Navidad. En su imagen mental nevaba suavemente fuera, en la avenida. « Supongo que Stephen dirigirá ahora la oración familiar —pensó—. Siempre fue el más religioso de los niños» .

O'Toole sacudió la cabeza, retornando al presente, y abrió la Biblia por la primera página. En la parte superior estaban escritas con bella letra las palabras « Fechas importantes» . Las anotaciones eran escasas, ocho en total, la crónica de los acontecimientos principales de su vida.

13-7-67 Matrimonio con Katheleen Murphy en Boston, Massachusetts.

30-1-69	Nacimiento de hijo, Thomas Murphy O'Toole, en Boston.
13-4-70	Nacimiento de hija, Colleen Gavin O'Toole, en Boston.
27-12-71	Nacimiento de hijo, Stephen Molloy O'Toole, en Boston.
14-2-92	Muerte de Thomas Murphy O'Toole en Pasadena, California.

Los ojos de Michael se detuvieron allí, en la muerte de su hijo primogénito, y

se llenaron rápidamente de lágrimas. Recordaba vívidamente aquel terrible día de San Valentín de hacía muchos años. Había llevado a Katheleen a cenar a un agradable restaurante especializado en pescado situado en el puerto de Boston. Estaban casi terminando la cena cuando se enteraron de la noticia.

—Disculpen que haya tardado en traerles el postre —se excuso el joven camarero—. He estado viendo las noticias en el bar. Acaba de producirse un devastador terremoto en el sur de California.

Su miedo había sido inmediato. Tommy, su orgullo y su alegría, había ganado una beca para cursar física en Cal Tech tras graduarse con el número uno de Holy Cross. Los O'Toole abandonaron lo que quedaba de su cena y se precipitaron al bar. Allí se enteraron de que el terremoto había acaecido a las 5.45 de la tarde, hora del Pacífico. La gigantesca falla de San Andrés se había abierto en las proximidades de El Cajón, y personas, automóviles y estructuras situadas en un radio de ciento sesenta kilómetros del epicentro habían sido zarandeados por la superficie de la Tierra como barcos en alta mar durante una tempestad.

Michael y Katheleen se pasaron toda la noche escuchando las noticias, esperando y temiendo alternativamente, a medida que se iba comprendiendo mejor toda la magnitud del peor desastre sufrido por la nación en el siglo XXII. El terremoto había alcanzado un terrible grado 8,2 en la escala de Richter. Veinte millones de personas habían quedado sin agua, electricidad, transportes ni comunicaciones. Grietas de quince metros de profundidad habían engullido centros comerciales enteros. Virtualmente todas las carreteras se habían tornado intransitables. Los daños eran más graves, y más extendidos que si la zona metropolitana de Los Angeles hubiera sido alcanzada por varias bombas nucleares.

A primera hora de la mañana, antes incluso de que amaneciera, la Administración Federal de Emergencia había dado un número de teléfono al que llamar para pedir información. Katheleen O'Toole suministró al contestador automático todos los datos que conocían: la dirección y el número de teléfono del apartamento de Tommy, el nombre y dirección del restaurante mexicano en que trabajaba para ganar dinero para sus gastos y la dirección y número de teléfono de su novia.

« Esperamos todo el día y parte de la noche —recordó Michael—. Entonces llamó Cheryl. Había conseguido llegar en coche hasta la casa de sus padres en Poway» .

—El restaurante se derrumbó, señor O'Toole —había dicho Cheryl, llorando —. Luego se incendió. He hablado con uno de los camareros, uno que se ha salvado porque estaba fuera, en el patio, cuando se produjo el terremoto. Tommy había estado trabajando en el puesto más próximo a la cocina…

Michael O'Toole inspiró profundamente. « Esto no está bien —se dijo,

pugnando por apartar de su mente los dolorosos recuerdos de la muerte de su hijo —. Esto no está bien —repitió—. Éste es un momento para la alegría no para la tristeza. En atención a Simone, no debo pensar en Tommy ahora» .

Cerró la Biblia y se secó los ojos. Se levantó y fue al cuarto de baño. Primero se afeitó, lenta y reflexivamente y, luego, se dio una ducha caliente.

Quince minutos después, cuando abrió de nuevo su Biblia, esta vez con una pluma en la mano, Michael O'Toole había exorcizado ya a los demonios de la muerte de su hijo. Con florida escritura, agregó una anotación adicional en la página de fechas importantes. Luego, leyó las cuatro últimas líneas.

30-10-97	Nacimiento de nieto, Matthew Arnold Rinaldi, en Toledo, Ohio.
27-8-06	Nacimiento de hijo, Benjamin Ryan O'Toole, en Rama.
7-3-08	Nacimiento de hijo, Patrick Erin O'Toole, en Rama.
6-1-15	Matrimonio con

Simone Tiasso Wakefield.

« Eres un viejo, O'Toole —se dijo a sí mismo, mirándose en el espejo los ralos y grises cabellos. Había cerrado la Biblia hacía unos minutos y volvió al cuarto de baño para cepillarse el pelo una última vez—. Demasiado viejo para casarte de nuevo» . Recordó su primera boda, cuarenta y seis años antes. « Entonces tenía el pelo espeso y rubio —rememoró—. Katheleen estaba preciosa. La ceremonia fue espléndida. Lloré cuando la vi al extremo del pasillo central» .

Su imagen de Katheleen, ataviada con vestido nupcial y del brazo de su padre al otro extremo del pasillo de la catedral, se fundió con otro recuerdo de ella, éste también cubierto de lágrimas. En esta segunda imagen las lágrimas eran de su mujer. Estaba sentada con él en la habitación familiar de Cabo Kennedy cuando llegó el momento en que debía presentarse para el vuelo BOT-3 en unión del resto de la tripulación de la Newton. « Ten cuidado —le había dicho ella, en una despedida sorprendentemente emocional. Se habían abrazado—. Estoy muy orgullosa de ti, querido —le había susurrado al oído—. Y te quiero mucho» .

« Porque te quiero mucho» , había dicho también Simone cuando Michael le preguntó si realmente deseaba casarse con él y, en caso afirmativo, por qué. Una plácida imagen de Simone ocupó su mente al tiempo que se desvanecía suavemente el recuerdo de su despedida final de Katheleen. « Eres tan inocente y confiada, Simone… —meditó Michael, pensando en su prometida—. En la Tierra, ni siquiera estarías saliendo con chicos todavía. Se te consideraría una niña aún» .

Los trece años vividos en Rama fulguraron en su mente en un instante. Michael recordó primero el forcejeo del nacimiento de Simone, incluido el glorioso momento en que ella había llorado finalmente y él la había depositado con suavidad sobre el estómago de su madre. La siguiente imagen fue la de una Simone muy joven, una seria niña de unos seis años, estudiando con ahínco el catecismo bajo su dirección.

En otra imagen, Simone estaba saltando a la cuerda con Katie y cantando una alegre canción. La final y fugitiva imagen fue una escena de la familia en una excursión realizada a la orilla del mar Cilíndrico, en Rama. Allí estaba Simone, orgullosamente erguida junto a Benjy como si fuese su ángel guardián.

« Era ya una mujer cuando llegamos a El Nódulo —pensó el general O'Toole, mientras volvía su mente hacia una secuencia de imágenes más reciente—. Extremadamente devota. Paciente y generosa con los pequeños. Y

nadie ha hecho jamás sonreír a Benjy como Simone» .

Había un tema común en todas estas imágenes de Simone. En la mente de Michael se hallaban todas bañadas por el insólito amor que él sentía hacia su novia niña. No era la clase de amor que normalmente siente un hombre por la mujer con la que se va a casar; era algo más parecido a la adoración. Pero era amor, no obstante, y aquel amor había forjado un poderoso lazo entre la inverosímil pareja.

« Soy un hombre muy afortunado —pensó Michael mientras terminaba de acomodarse la ropa—. Dios ha considerado oportuno mostrarme sus maravillas de muchas maneras» .

En la suite principal, situada al otro extremo del apartamento, Nicole estaba ayudando a Simone con su vestido. No era un vestido de novia en el sentido clásico, pero era blanco y tenía pequeñas tiras en los hombros. Ciertamente, no era el despreocupado atuendo que la familia llevaba de ordinario.

Nicole puso cuidadosamente las peinetas en los largos y negros cabellos de su hija y contempló a Simone en el espejo.

—Estás muy hermosa —dijo Nicole.

Miró su reloj. Aún les quedaban diez minutos. Y Simone estaba completamente vestida, a excepción de los zapatos. « Bien, ahora podemos hablar,» pensó fugazmente Nicole.

—Cariño —empezó, con voz sorprendentemente estrangulada.

—¿Qué, madre? —respondió apaciblemente Simone. Estaba sentada en la cama, junto a su madre, calzándose cuidadosamente los negros zapatos.

—Cuando tuvimos aquella conversación sobre el sexo la semana pasada —empezó de nuevo Nicole—, hubo varios puntos de los que no hablamos. —Simone levantó la vista hacia su madre. Su atención era tan completa que Nicole olvidó por un momento lo que iba a decir—. ¿Leiste los libros que te di…? —tartamudeó finalmente.

Las arrugas que se formaron en la frente de Simone revelaron su desconcierto.

—Sí, claro —respondió—. Hablamos de eso ayer.

Nicole cogió las manos de su hija.

—Michael es un hombre maravilloso —dijo—. Bueno, considerado, cariñoso, pero es más viejo. Y cuando los hombres son más viejos…

—No sé si te sigo, madre —le interrumpió suavemente Simone—. Creía que me querías decir algo acerca del sexo.

—Lo que estoy tratando de decir —continuó Nicole, después de hacer una profunda inspiración—, es que tal vez necesites ser muy paciente y dulce con Michael en la cama. Puede que no todo funcione bien inmediatamente.

Simone se la quedó mirando largo rato.

—Lo había sospechado —dijo en voz baja—, tanto por tu nerviosismo acerca del tema como por la inexpresada inquietud que he leído en el rostro de Michael. No te preocupes, madre. No tengo ninguna clase de expectativas irrazonables. En primer lugar, no nos casamos por un deseo de gratificación sexual. Y, como yo no tengo ninguna experiencia, fuera de cogernos las manos ocasionalmente durante esta última semana, cualquier placer que sienta será nuevo y, por lo tanto, maravilloso.

Nicole sonrió a su sorprendentemente madura hija de trece años.

—Eres una joya —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias —respondió Simone, abrazando a su madre—. Recuerda —añadió— que mi matrimonio con Michael está bendecido por Dios. Le pediremos a Él que nos ayude en cualesquiera problemas que nos encontremos. Todo irá bien.

Una súbita congoja invadió a Nicole.

« Una semana más —dijo una voz en su interior—, y nunca más volverás a ver a esta querida niña» .

Continuó abrazando a Simone hasta que Richard llamó a la puerta y les dijo que todos estaban ya preparados para la ceremonia.

8

—Buenos días —dijo Simone, con una dulce sonrisa. Los demás miembros de la familia estaban todos sentados a la mesa, desayunando, cuando ella y Michael entraron, cogidos de la mano.

—Bue-nos dí-as —respondió Benjy. Tenía la boca llena de tostada con mantequilla y mermelada. Se levantó de su asiento, dio lentamente la vuelta a la mesa y abrazó a su hermana favorita.

Patrick se puso detrás de él.

—¿Me ayudarás hoy a hacer las matemáticas? —le preguntó a Simone—, Madre dice que ahora que vamos a volver tengo que tomarme en serio los estudios.

Michael y Simone se sentaron a la mesa una vez que los niños hubieran regresado a sus asientos. Simone cogió la cafetera. Era igual que su madre en un aspecto. No funcionaba bien por la mañana hasta haberse tomado su café.

—Bueno, ¿por fin ha terminado la luna de miel? —preguntó Katie, con su habitual aire irreverente—. Después de todo, han sido tres noches y dos días. Debéis de haber oído todas las obras de música clásica que hay en la base de datos.

Michael rio alegremente.

—Sí, Katie —respondió, dirigiendo una cálida sonrisa a Simone—. Ya hemos quitado de la puerta el cartel de «No molesten». Queremos hacer cuanto podamos para ayudar a todo el mundo a recoger las cosas para el viaje.

—La verdad es que estamos en bastante buena forma —comentó Nicole, contenta de ver a Michel y a su hija tan a gusto juntos después de su largo encierro. «No tenía por qué haberme preocupado —pensó rápidamente—. Pues en ciertos aspectos, Simone es más adulta que yo».

—Ojalá El Águila nos diera más detalles sobre nuestro viaje de regreso —se lamentó Richard—. No quiere decirnos cuánto durará el viaje, ni si lo haremos o no dormidos todo el tiempo ni nada concreto.

—Dice que no lo sabe con seguridad —le recordó Nicole a su marido—. Hay variables «incontrolables» que podrían dar lugar a muchos planes y programas distintos.

—Tú siempre le crees —replicó Richard—. Eres la más confiada…

El timbre de la puerta interrumpió su conversación. Katie fue a abrir y regresó instantes después acompañada de El Águila.

—Espero no turbar su desayuno —se disculpó el pájaro-hombre—, pero tenemos muchas cosas que hacer hoy. Necesitaré que la señora Wakefield venga conmigo.

Nicole tomó el último sorbo de su café y miró inquisitivamente a El Águila.

—¿Sola? —preguntó.

Experimentó una vaga sensación de temor. Durante los dieciséis meses de estancia en El Nódulo, nunca había salido del apartamento a solas con El Águila.

—Sí —respondió El Águila—. Vendrá usted sola conmigo. Hay una tarea especial que únicamente usted puede realizar.

—¿Me deja diez minutos para prepararme?

—Desde luego —respondió El Águila.

Cuando Nicole salió de la estancia, Richard acribilló a El Águila a preguntas.

—Muy bien —dijo Richard en un momento dado—, entiendo que, como resultado de todas esas pruebas, ustedes confían ahora en que podemos, sin peligro, permanecer dormidos durante los períodos de aceleración y deceleración. Pero ¿y durante la travesía normal? ¿Estaremos despiertos o dormidos?

—Generalmente, dormidos —respondió El Águila—, porque de ese modo podemos retrasar el proceso de envejecimiento y, al mismo tiempo, asegurar su buena salud. Pero hay muchas incertidumbres en el proyecto. Quizá sea necesario despertarles varias veces en ruta.

—¿Por qué no nos ha dicho eso antes?

—Porque no estaba decidido aún. El programa de su misión es muy complicado y sólo recientemente ha quedado definido el plan básico.

—Yo no quiero que mi proceso de envejecimiento sea «retrasado» —protestó Katie—. Yo quiero ser una mujer adulta cuando nos encontremos con otras personas de la Tierra.

—Como les dije ayer a tus padres —indicó El Águila, dirigiéndose a Katie—, es importante que podamos hacer más lento el proceso de envejecimiento mientras tú y tu familia dormís. No sabemos cuándo exactamente regresaréis a vuestro sistema solar. Si tuvieseis que dormir durante cincuenta años, por ejemplo…

—¿Qué? —le interrumpió Richard, consternado—. ¿Quién ha dicho algo acerca de cincuenta años? Aquí hemos llegado en doce o trece. ¿Por qué no…?

—Seré más vieja que mamá —exclamó Katie, con expresión asustada.

Entró Nicole, procedente de la habitación contigua.

—¿Qué es eso que he oído de cincuenta años? ¿Por qué tardará tanto? ¿Vamos a ir a algún otro sitio primero?

—Evidentemente —señaló Richard. Estaba furioso—. ¿Por qué no nos dijo

todo esto antes de que tomáramos la decisión de « asignación» ? Podríamos haber hecho algo diferente… ¡Dios mío, si tarda cincuenta años Nicole y yo tendremos ya cien!

—No —replicó El Águila con voz carente de emoción—. Nosotros calculamos que usted y la señora Wakefield envejecerán solamente un año cada cinco o seis mientras los mantengamos « suspendidos» . En cuanto a los niños, la proporción se aproximará más a un año por cada dos, al menos hasta que disminuya su ritmo de crecimiento. No queremos interferir demasiado con las hormonas del crecimiento. Y, además, los cincuenta años son el límite máximo, lo que un ingeniero humano llamaría un número de tres sigmas.

—Ahora sí que estoy hecha un lío —exclamó Katie, adelantándose y enfrentándose directamente a El Águila—. ¿Qué edad tendré yo cuando me encuentre con un ser humano que no forme parte de mi familia?

—No puedo responder con exactitud a esa pregunta, porque es una materia en la que intervienen determinadas incertidumbres estadísticas —replicó El Águila—. Pero tu cuerpo debería tener el nivel de desarrollo equivalente al de poco más de veinte años. Al menos, ésa es la respuesta más verosímil. —El Águila hizo una seña a Nicole—. Y eso es todo lo que voy a decir. Tengo cosas que hacer con tu madre. Volveremos esta noche, antes de la cena.

—Como de costumbre —gruñó Richard—, no se nos ha dicho nada. A veces desearía que no hubiéramos sido tan cooperativos.

—Hubieran podido mostrarse más difíciles —indicó El Águila mientras abandonaba la habitación en compañía de Nicole—, y, de hecho, nuestras predicciones, basadas en los datos proporcionados por nuestra observación, nos hacían esperar mucha menos cooperación de la que hemos encontrado. Aunque, al final, no habría existido ninguna diferencia sustancial en el resultado. De esta forma ha sido más agradable para ustedes.

—Adiós —dijo Nicole.

—A-diós —respondió Benjy, agitando la mano en dirección a su madre después de que la puerta ya se había cerrado.

Era un documento largo. Nicole calculaba que tardaría por lo menos diez o quince minutos en leer el texto entero en voz alta.

—¿Ha terminado ya con su estudio? —preguntó de nuevo El Águila—. Nos gustaría empezar lo antes posible el rodaje, como ustedes lo llaman.

—Explíqueme otra vez qué hacen con este vídeo una vez que yo lo grabo —pidió Nicole.

—Lo transmitimos hacia la Tierra varios años antes de que ustedes lleguen a su sistema solar. Eso les da a sus congéneres humanos tiempo sobrado para responder.

—¿Cómo sabrán si realmente lo han oído?

—Hemos pedido una simple señal de retorno acusando recibo.

—¿Y si no reciben nunca esa señal?

—Tenemos planes de emergencia para ese caso.

Nicole tenía sus dudas sobre si debía leer el mensaje. Preguntó si le podía conceder algún tiempo para discutir el documento con Richard y Michael.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó El Águila.

—Todo —respondió Nicole—. Simplemente, no me parece bien. Siento como si se me estuviera utilizando para favorecer sus fines, y, como sé exactamente cuáles son sus fines, temo traicionar a la especie humana.

El Águila llevó a Nicole un vaso de agua y se sentó a su lado en el estudio.

—Consideremos esto lógicamente —dijo El Águila—. Les hemos dicho con toda claridad que nuestro objetivo fundamental es recoger información detallada sobre las especies que viajan por el espacio de la galaxia ¿De acuerdo?

Nicole asintió con la cabeza.

—Hemos construido también en el interior de Rama un hábitat capaz para dos mil terrestres y vamos a enviarle a usted y a su familia para recoger a esos humanos con destino a un viaje de observación. Todo lo que hará con ese vídeo será informar a la Tierra de que estamos en camino y que los dos mil miembros de su especie, juntamente con los utensilios y objetos de su cultura, deben reunirse con nosotros en la órbita de Marte. ¿Qué de malo podría haber en eso?

—El texto de este documento —protestó Nicole, señalando la libreta electrónica que El Águila le había dado— es extremadamente vago. Yo nunca indico, por ejemplo, cuál será el destino final de todos estos humanos; sólo que serán « atendidos» y « observados» durante alguna especie de viaje. No hay tampoco ninguna mención de por qué se somete a estudio a los humanos ni la menor referencia a El Nódulo y su inteligencia controladora. Además, el tono es resueltamente amenazador. Les estoy diciendo a las gentes de la Tierra que reciban esta transmisión que, si no acude un contingente de humanos a la cita con Rama en la órbita de Marte, la nave espacial se aproximará más a la Tierra y « adquirirá sus ejemplares de forma menos organizada» . Esto es, a todas luces, una declaración hostil.

—Puede usted redactar las observaciones, si quiere, siempre que no se modifique el sentido —respondió El Águila—. Pero debo indicarle que tenemos mucha experiencia en este tipo de comunicaciones. Con especies similares a la suya, siempre hemos tenido más éxito cuando el mensaje no era demasiado preciso.

—Pero ¿por qué no me deja llevar el documento al apartamento? Podría discutirlo con Richard y Michael y podríamos revisarlo juntos para suavizar el tono.

—-Porque tiene usted que preparar el vídeo hoy mismo —respondió

obstinadamente El Águila—. Estamos dispuestos a considerar modificaciones del contenido y trabajaremos con usted todo el tiempo que haga falta. Pero la grabación debe quedar terminada antes de que regrese usted con su familia.

La voz era amistosa, pero el significado estaba absolutamente claro. « No tengo opción —pensó Nicole—. Se me está ordenando que grabe el vídeo. —Clavó unos instantes la vista en la extraña criatura sentada a su lado—. Este Águila es sólo un máquina —se dijo a sí misma Nicole, sintiendo un acceso de ira —. Está cumpliendo sus instrucciones programadas… Mi disputa no es con él» .

—No —exclamó bruscamente, sorprendiéndose incluso a sí misma. Meneó la cabeza—. No lo haré.

El Águila no estaba preparado para la reacción de Nicole. Hubo un largo silencio. Pese a su agitación emocional, Nicole se sentía fascinada por su compañero. « ¿Qué está pasando con él ahora? —se preguntó—. ¿Se están formando nuevos ciclos lógicos en su equivalente de un cerebro? ¿O está quizá recibiendo señales desde algún otro lugar?» .

Finalmente, El Águila se puso en pie.

—Bueno —dijo—, es una sorpresa… Nunca esperamos que se negara a grabar el vídeo.

—Entonces es que no ha prestado atención a lo que he estado diciendo… Siento como si usted, o quienquiera que le maneje, me estuviera utilizando… y contándome deliberadamente lo menos posible… Si quiere que haga algo por usted, tendrá que contestar por lo menos a algunas de mis preguntas.

—¿Qué es exactamente lo que quiere saber?

—Ya se lo he dicho —le replicó Nicole, haciendo patente su frustración—. ¿Qué diablos está ocurriendo realmente en este lugar? ¿Quién o qué es usted? ¿Por qué quiere observarnos…? Y, puestos en ello, ¿qué tal una buena explicación de por qué necesitan que dejemos aquí una « pareja reproductora» ? Nunca me ha gustado la idea de disgregar mi familia; hubiera debido protestar más enérgicamente al principio. Si su tecnología es tan maravillosa que pueden crear algo como este increíble Nódulo, ¿por qué no pueden tomar simplemente un óvulo humano y un poco de esperma…?

—Cálmese, señora Wakefield —dijo El Águila—. Nunca le había visto tan agitada. Le tenía clasificada a usted como el individuo más estable de su grupo.

« Y apuesto a que el más maleable también —pensó Nicole. Esperó a que amainara su ira—. En algún lugar de ese extraño cerebro hay sin duda una valoración cuantitativa de la probabilidad de que yo cumpla mansamente las órdenes… Bien, pues esta vez te he engañado» .

—Mire, señor Águila —dijo Nicole unos segundos después—. No soy una estúpida. Sé quién ejerce el mando aquí. Sólo que creo que los humanos merecemos ser tratados con un poco más de respeto. Nuestras preguntas son perfectamente legítimas.

—¿Y si las respondemos a su satisfacción?

—Lleva usted más de un año observándome cuidadosamente —respondió Nicole. Sonrió—. ¿Me he comportado alguna vez de modo por completo irrazonable?

—¿Adónde vamos? —preguntó Nicole.

—A dar un paseo —respondió El Águila—. Quizá sea la mejor manera de resolver sus dudas.

El extraño vehículo era pequeño y esférico, apenas lo bastante grande para contener a El Águila y Nicole. Todo el hemisferio delantero era transparente. En el interior, en el lado en que se hallaba sentado el alienígena pájaro-hombre, había un pequeño panel de instrumentos. Durante el vuelo, El Águila tocaba de vez en cuando el panel, pero la mayor parte del tiempo la pequeña nave parecía funcionar por sí sola.

Segundos después de haberse instalado en el vehículo, la esfera recorrió a gran velocidad un largo corredor y, atravesando un conjunto de puertas dobles, se hundió en una oscuridad absoluta. Nicole contuvo el aliento. Sentía como si estuviera flotando en el espacio.

—Cada uno de los tres módulos esféricos de El Nódulo —dijo El Águila, mientras Nicole se esforzaba en vano por ver algo— tiene un centro hueco. Hemos entrado ahora en un pasadizo que conduce al núcleo del Módulo de Alojamiento.

Al cabo de casi un minuto, aparecieron varias luces en la lejanía, delante del pequeño aparato. Poco después, el vehículo salió del negro pasadizo y penetró en el inmenso núcleo. La esfera giró y se bamboleó, desorientando a Nicole mientras se dirigía hacia la oscuridad, alejándose de las numerosas luces que brillaban en lo que debía de ser el interior del cuerpo principal del Módulo de Alojamiento.

—Nosotros observamos cuanto ocurre con todas nuestras especies invitadas, sean temporales o permanentes —dijo El Águila—. Como ya sospechan ustedes, tenemos centenares de aparatos de observación en el interior de su apartamento. Pero todas sus paredes son también transparentes desde el exterior; desde esta región central podemos contemplar sus actividades con una perspectiva más amplia.

Nicole se había acabado acostumbrando a las maravillas de El Nódulo, pero el nuevo escenario que le rodeaba era asombroso. Docenas, cientos quizá de diminutas luces se movían en la vasta oscuridad del núcleo. Parecían un grupo de dispersas luciérnagas en una oscura noche de verano. Algunas de las luces revoloteaban junto a las paredes, otras se movían lentamente a través del vacío. Algunas estaban tan lejos que parecían inmóviles.

—Aquí tenemos también un importante centro de mantenimiento —continuó El Águila, señalando una densa congregación de luces a lo lejos, delante de ellos—. Desde este núcleo se puede llegar muy fácilmente a cualquier elemento del módulo si es necesario resolver algún problema de ingeniería o de otro tipo.

—¿Qué está ocurriendo allí? —preguntó Nicole, dando unos golpecitos en la ventana. A varios cientos de kilómetros a la derecha, un grupo de vehículos se hallaba estacionado ante una amplia porción iluminada del Módulo de Alojamiento.

—Es una sesión de observación especial —respondió El Águila— en la que utilizamos nuestros más avanzados monitores de detección remota. Estos apartamentos albergan a una especie sumamente insólita, una especie cuyas características eran hasta el momento desconocidas en este sector de la galaxia. Muchos de sus individuos están muriendo y no sabemos por qué. Estamos tratando de encontrar la forma de salvarlos.

—¿O sea que no siempre resulta todo tal como ustedes lo han planeado?

—No —respondió El Águila. En la reflejada luz, la criatura parecía sonreír—. Por eso es por lo que tenemos tantos planes de emergencia.

—¿Qué habrían hecho ustedes si ningún humano hubiera acudido a explorar Rama? —preguntó de pronto Nicole.

—Tenemos métodos alternativos de lograr los mismos objetivos —respondió vagamente El Águila.

El vehículo aceleró a lo largo de su ruta rectilínea en la oscuridad. Poco después, una esfera similar, ligeramente mayor que la suya, se acercó a ellos por la izquierda.

—¿Le gustaría conocer a un miembro de una especie cuyo nivel de desarrollo es aproximadamente igual al de ustedes? —preguntó El Águila. Tocó el panel de control y el interior del vehículo se iluminó con una luz suave.

Antes de que Nicole pudiera responder, el segundo vehículo estaba junto a ellos. Tenía también transparente el hemisferio delantero. Esta segunda esfera estaba llena de un líquido incoloro por el que nadaban dos criaturas. Parecían grandes anguilas que llevasen capas y se movían en ondulaciones a través del líquido. Nicole calculó que las criaturas tenían unos tres metros de longitud y veinte centímetros de grosor. La negra capa, que se extendía como una aleta durante el movimiento, medía alrededor de un metro cuando se extendía del todo.

—El de la derecha, el que no tiene marcas de color —aclaró El Águila— es un sistema de inteligencia artificial. Desempeña un papel similar al mío y actúa como anfitrión de la especie acuática. El otro ser es un viajero del espacio procedente de otro mundo.

Nicole miró fijamente al alienígena. Se había plegado ceñidamente la capa en torno al verdoso cuerpo y permanecía casi inmóvil en el líquido. La criatura

había adoptado una configuración de herradura, con ambos extremos del cuerpo dirigidos hacia Nicole. De uno de sus dos extremos brotó un chorro de burbujas.

—Dice. « Hola, es usted fascinante» —informó El Águila.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Nicole, sin poder apartar los ojos del extraño ser. Sus dos extremos, de color rojo brillante uno y gris el otro, se habían entrelazado ahora y se apretaban contra la ventana del vehículo.

—Mi colega del otro vehículo está traduciendo y comunicándomelo luego… ¿Desea usted responder?

La mente de Nicole estaba en blanco. « ¿Qué digo?» , pensó, con los ojos fijos en las singulares arrugas y protuberancias de las extremidades del alienígena. Había una docena de rasgos distintos en cada extremo, entre ellos un par de ranuras en la « cara» roja. Ninguna de las marcas se parecía a nada que Nicole hubiera visto jamás en la Tierra. Permaneció en silencio, recordando las numerosas conversaciones que ella, Richard y Michael habían sostenido sobre las preguntas que formularían si, y cuando, lograsen alguna vez comunicarse directamente con un extraterrestre inteligente. « Pero nunca imaginamos una situación como ésta» , pensó Nicole.

Brotaron más burbujas en el vehículo que tenía delante.

—« Nuestro planeta natal se formó hace cinco mil millones de años —dijo El Águila, traduciendo—. Nuestras estrellas binarias alcanzaron la estabilidad mil millones de años después. Nuestro sistema tiene catorce planetas principales, en dos de los cuales evolucionó alguna clase de vida. Nuestro planeta oceánico tiene tres especies inteligentes, pero nosotros somos los únicos viajeros del espacio. Comenzamos nuestra exploración espacial hace poco más de dos mil años» .

Nicole se sintió ahora azorada por su propio silencio.

—Hola…, hola —tartamudeó—. Es un placer conocerle… Nuestra especie sólo lleva trescientos años viajando por el espacio. Nosotros somos el único organismo inteligente en un planeta que se halla cubierto de agua en sus dos terceras partes. Nuestro calor y nuestra luz proceden de una solitaria estrella estable amarilla. Nuestra evolución comenzó en el agua hace tres mil o cuatro mil millones de años, pero ahora vivimos en la Tierra…

Nicole se detuvo. La otra criatura, con sus dos extremos todavía entrelazados, había apoyado ahora el resto de su cuerpo contra la ventana, de tal modo que se podían ver con más claridad los detalles de su estructura física. Nicole comprendió. Se puso en pie junto a la ventana y se dio lentamente la vuelta. Luego, extendió las manos, con las palmas hacia fuera, y movió los dedos. Brotaron más burbujas.

—¿Tienen ustedes una manifestación alternativa? —tradujo El Águila segundos después.

—No entiendo —respondió Nicole.

El anfitrión nodular de la otra esfera comunicó su mensaje por medio de

movimientos corporales y de burbujas.

—Nosotros tenemos dos manifestaciones —explicó el alienígena—. Mis descendientes tendrán apéndices, no muy distintos de los de usted, y habitarán principalmente en los fondos del océano. Ellos construirán nuestros hogares y fábricas y naves espaciales y, a su vez, producirán otra generación de aspecto igual al mío.

—No, no —respondió finalmente Nicole—. Nosotros solamente tenemos una manifestación. Nuestros hijos se parecen siempre a sus padres.

La conversación duró cinco minutos más. Los dos viajeros hablaron principalmente de biología. El alienígena se sintió particularmente impresionado por la amplia gama térmica en que los humanos podían desenvolverse. Dijo a Nicole que los miembros de su especie no podían sobrevivir si la temperatura ambiente del líquido que les rodeaba rebasaba ciertos estrechos límites.

Nicole se sitió fascinada por la descripción que la criatura hizo de un planeta acuoso cuya superficie se hallaba casi totalmente cubierta por enormes alfombras de organismos fotosintéticos. Las anguilas, o lo que fuesen, vivían en la parte alta de las aguas, justamente debajo de estos centenares de organismos diferentes, y utilizaban los fotosintetizadores prácticamente para todo: como alimento, materiales de construcción, incluso como ayuda a la reproducción.

Finalmente, El Águila dijo a Nicole que debían marcharse. Ésta agitó la mano en dirección al alienígena, que continuaba apretado contra la ventana. La criatura respondió con una última efusión de burbujas y desentrelazó sus dos extremos. Instantes después, la distancia entre las dos cápsulas era ya de cientos de metros.

Reinaba de nuevo la oscuridad en la esfera. El Águila permanecía silenciosa. Nicole desbordaba de júbilo. Su mente continuaba funcionando rápidamente, formulando todavía preguntas a la criatura alienígena con quien había sostenido aquel breve encuentro. « ¿Tienen ustedes familias? —pensó—. Y, en tal caso, ¿cómo viven juntas criaturas diferentes? ¿Pueden comunicarse con los moradores del fondo que son sus hijos?» .

Otro género de pregunta se introdujo en el torrente mental de Nicole, que se sintió de pronto ligeramente decepcionada de sí misma. « He sido demasiado clínica, demasiado científica —pensó—. Debería haberle preguntado acerca de Dios, de la vida después de la muerte, incluso acerca de la ética» .

—Habría sido virtualmente imposible sostener lo que usted llamaría una conversación filosófica —dijo El Águila momentos después, cuando Nicole expresó su insatisfacción por los temas que habían tratado—. No existía absolutamente ningún terreno común para una conversación semejante. A menos que cada uno de ustedes conocieran unos cuantos datos básicos acerca del otro, faltaban referencias para una discusión sobre valores u otros temas significativos.

« Sin embargo —reflexionó Nicole—, habría podido intentarlo. ¿Quién sabe? El alienígena de forma de herradura podría haber tenido algunas respuestas…»

Un sonido de voces humanas arrancó a Nicole de su ensimismamiento. Mientras miraba interrogativamente a El Águila, la esfera dio una vuelta completa y Nicole vio que se estaban moviendo lentamente a sólo unos metros de distancia de su alojamiento.

Se encendió una luz en el dormitorio que compartían Michael y Simone.

—¿Es Benjy? —oyó Nicole que le susurraba su hija a su marido de hacía sólo unos días.

—Creo que sí —respondió Michael.

Nicole contempló en silencio cómo Simone se levantaba de la cama, se echaba la bata sobre los hombros y salía al pasillo. Al encender la luz del cuarto de estar, Simone vio a su retrasado hermano pequeño hecho un ovillo en el sofá.

—¿Qué haces aquí, Benjy? —preguntó dulcemente Simone—. Deberías estar en la cama; es muy, muy tarde. —Acarició el preocupado rostro de su hermano.

—No podía dormir —respondió Benjy sin esfuerzo—. Esta-ba in-quie-to por ma-má.

—Pronto vendrá a casa —dijo tranquilizadoramente Simone—. No tardará.

Nicole sintió un nudo en la garganta y se le humedecieron de lágrimas los ojos. Miró a El Águila, luego al iluminado apartamento que tenía delante y finalmente a los vehículos semejantes a luciérnagas que evolucionaban a lo lejos sobre su cabeza. Hizo una profunda inspiración.

—Está bien —dijo lentamente Nicole—. Grabaré el vídeo.

—Siento envidia —exclamó Richard—. Auténtica envidia. Habría dado mis dos brazos por una conversación con esa criatura.

—Fue asombroso —dijo Nicole—. Aun ahora me cuesta creer que haya sucedido realmente… Es también asombroso que El Águila supiera cómo reaccionaría yo a todo.

—Sólo estaba conjeturando. No podía esperar resolver tan fácilmente su problema contigo. Ni siquiera hiciste que respondiera a tu pregunta sobre la necesidad de una pareja reproductora…

—Sí que lo hice —replicó Nicole, un tanto a la defensiva—. Me explicó que la embriología humana es un proceso tan asombrosamente complicado que ni siquiera podrían ellos conocer el papel exacto desempeñado por una madre humana sin haber visto nunca madurar y desarrollarse un feto.

—Disculpa, querida —se apresuró a responder Richard—. No estaba insinuando que tuvieras realmente opción…

—Me pareció como si al menos estuviesen tratando de dar satisfacción a mis objeciones. —Nicole suspiró—. Quizá me estoy engañando a mí misma. Después de todo, al final grabé el vídeo, tal y como ellos lo habían planeado.

Richard rodeó a Nicole con los brazos.

—Como he dicho, no tenías realmente opción, querida. No seas demasiado dura contigo misma.

Nicole dio un beso a Richard y se incorporó en la cama.

—Pero ¿y si están tomando sus datos para poder preparar una invasión con éxito o algo parecido?

—Ya hemos hablado de todo eso antes —replicó Richard—. Su capacidad tecnológica está tan avanzada que podrían apoderarse de la Tierra en cuestión de minutos si fuese ése su objetivo. El propio Águila ha señalado que si la invasión y el sometimiento fueran el fin que se proponen, podrían lograrlo con un procedimiento mucho menos complicado.

—Ahora eres tú el confiado —observó Nicole, forzando una leve sonrisa.

—Confiado, no. Sólo realista. Estoy seguro de que el bienestar general de la especie humana no constituye un factor importante en la escala de prioridades de la Inteligencia Nodular. Pero creo que debes dejar de preocuparte por la posibilidad de ser cómplice de un crimen con tu vídeo. El Águila tiene razón. Muy probablemente, has hecho que el «proceso de adquisición» sea menos penoso para los habitantes de la Tierra.

Hubo unos minutos de silencio.

—Querido —dijo por último Nicole—. ¿Por qué crees que no vamos a ir directamente a la Tierra?

—Supongo que es porque tenemos que parar primero en algún otro lugar. Presumiblemente para recoger a otra especie que está en la misma fase del proyecto que nosotros.

—¿Y vivirán en ese otro módulo dentro de Rama?

—Yo diría que sí —respondió Richard.

9

El día fijado para la partida era el 13 de enero del año 2215, según el calendario que tan minuciosamente habían seguido Richard y Nicole desde que Rama escapó a la falange nuclear. Naturalmente, esta fecha no significaba nada en realidad, excepto para ellos. Su largo viaje a Sirio a una velocidad ligeramente superior a la mitad de la de la luz había hecho más lento el paso del tiempo en el interior de Rama, al menos en relación con la Tierra, por lo que la fecha que estaban utilizando era un completo artificio. Richard calculaba que la fecha real en la Tierra, en el momento de su salida de El Nódulo, era tres o cuatro años posterior, 2217 o 2218. Le resultaba imposible computar con exactitud la fecha terrestre, ya que no conocía con precisión la velocidad durante los años en que habían viajado en el interior de Rama. Así pues, sólo por aproximación podía Richard introducir las correcciones relativistas necesarias para efectuar la conversión de su propia base temporal a la experimentada en la Tierra.

—De todos modos, la fecha terrestre actual carece por completo de significado para nosotros —explicó Richard a Nicole poco después de haberse despertado el último día de su estancia en El Nódulo—. Además —continuó—, es casi seguro que volvamos a nuestro sistema solar a velocidades sumamente altas, lo que quiere decir que se producirá una dilación temporal adicional antes de que lleguemos a nuestra cita en la órbita de Marte.

Nicole nunca había entendido bien la relatividad —se trataba de algo que contradecía por completo su intuición— y, ciertamente, no pensaba gastar sus energías en preocuparse de ella el último día que le quedaba antes de separarse de Simone y Michael. Sabía que las despedidas finales serían sumamente penosas, para todos, y quería concentrar todos sus recursos en aquellos últimos momentos emocionales.

—El Águila dijo que vendría por nosotros a las once —dijo Nicole a Richard mientras se vestían—. Espero que podamos reunirnos todos en el cuarto de estar después del desayuno. Quiero alentar a los niños a expresar sus sentimientos.

El desayuno fue animado, incluso alegre, pero cuando los ocho miembros de la familia se reunieron en el cuarto de estar, conscientes cada uno de ellos de que les quedaban menos de dos horas antes de que llegase El Águila para llevarse a todos menos a Michael y Simone, la conversación se tornó forzada y tensa.

Los recién casados se hallaban sentados en el sofá de dos plazas, enfrente de Richard, Nicole y los otros cuatro niños. Katie, como de costumbre, estaba totalmente frenética. Hablaba sin cesar. Saltaba de un tema a otro, sorteando cualquier comentario sobre la inminente marcha. Se hallaba Katie en medio de un largo monólogo sobre un extravagante sueño que había tenido la noche anterior cuando su relato fue interrumpido por el sonido de dos voces que procedían de la entrada a la *suite* principal.

—Maldita sea, sir John —dijo la primera variación de la voz de Richard—, ésta es nuestra última oportunidad. Yo voy a ir allí a despedirme, vengáis vos o no.

—Estas despedidas, príncipe mío, me destrozan el alma. Aún no estoy lo bastante borracho para amortiguar el dolor. Vos mismo dijisteis que la doncella era como la aparición de un ángel. ¿Cómo puedo yo…?

—Bien, pues entonces iré sin vos —replicó el príncipe Hal.

Todos los miembros de la familia tenían los ojos fijos en el diminuto príncipe robot de Richard cuando entró en el cuarto de estar desde el pasillo. Falstaff le seguía tambaleándose, deteniéndose cada cuatro o cinco pasos a beber un trago de su botella.

Hal se dirigió hacia Simone.

—Hermosa dama —dijo, hincando una rodilla en tierra—, no puedo encontrar palabras que expresen adecuadamente cuánto echaré de menos la vista de vuestra sonriente faz. No hay en toda la extensión de mi reino un solo miembro del bello sexo que os iguale en belleza…

—Cáspita —le interrumpió Falstaff, posternándose de rodillas ante su príncipe —. Quizá sir John ha cometido un error. ¿Por qué voy a ir yo con esta abigarrada pandilla —agitó el brazo en dirección a Richard, Nicole y los otros niños, todos los cuales sonreían ampliamente—, cuando podría quedarme aquí, en presencia de tan espléndida belleza, con sólo este viejo como rival? Recuerdo que Doll Tearsheet…

Mientras la pareja de robots de veinte centímetros de altura entretenía a la familia, Benjy se levantó de su silla y se acercó a Michael y Simone.

—Si-mo-ne —le dijo, pugnando por contener las lágrimas—, te e-cha-ré de me-nos. Te quie-ro. —Benjy hizo una pausa y miró primero a Simone y, luego, a su padre—. Es-pe-ro que tú y pa-pá seáis muy fe-li-ces.

Simone se levantó de su asiento y abrazó a su tembloroso hermano.

—Oh, Benjy, gracias —exclamó—. Yo también te echaré de menos. Y todos los días te tendré presente en mis pensamientos.

Su abrazo fue demasiado para el niño. El cuerpo de Benjy se estremeció violentamente a impulsos de los sollozos y sus suaves y acongojados gemidos hicieron asomar las lágrimas en los ojos de todos los presentes. A los pocos momentos, Patrick se encaramó en el regazo de su padre. Sepultó sus hinchados

ojos en el pecho de Michael.

—Papá…, papá… —repetía una y otra vez.

Un coreógrafo no habría podido diseñar una danza de despedida más bella. La radiante Simone, con aire todavía sereno a pesar de sus lágrimas, se movía por la estancia despidiéndose individualmente de todos y cada uno de los miembros de la familia. Michael O'Toole permanecía sentado en el sofá, con Patrick sobre el regazo y Benjy a su lado. Los ojos se le llenaron repetidamente de lágrimas a medida que los miembros de la familia se le acercaban uno a uno para el abrazo final.

« Quiero recordar siempre este momento. Hay mucho amor aquí» , se dijo Nicole mientras paseaba la vista por la habitación. Michael sostenía en brazos a la pequeña Ellie; Simone le estaba diciendo a Katie cuánto echaría de menos las conversaciones que solían sostener. Por una vez, incluso Katie se sentía dominada por la emoción; permaneció sorprendentemente silenciosa cuando Simone volvió a cruzar la habitación para reunirse con su marido.

Michael levantó suavemente a Patrick de su regazo y tomó la extendida mano de Simone. Se volvieron los dos hacia los demás y se arrodillaron, con las manos entrelazadas en ademán de oración.

—Padre celestial —dijo Michael, con voz potente. Calló unos instantes mientras el resto de miembros de la familia, incluido Richard, se arrodillaba en el suelo junto a la pareja—. Te damos gracias por habernos concedido el gozoso amor de esta maravillosa familia. Te damos también gracias por habernos mostrado Tu obra milagrosa a todo lo largo del universo. Te rogamos ahora que, si ésa es Tu voluntad, cuides de cada uno de nosotros mientras seguimos nuestros distintos caminos. No sabemos si es tu plan que volvamos a compartir la camaradería y el amor que nos han elevado a todos nosotros. Permanece con nosotros, adondequiera que nuestros caminos nos lleven en tu asombrosa creación y haz, Señor, que algún día volvamos a reunirnos de nuevo, en este mundo o en el otro. Amén.

Instantes después, sonó el timbre de la puerta. Había llegado El Águila.

Nicole salió de la casa, deliberadamente diseñada como una versión en pequeño de su villa familiar de Beauvois, en Francia, y echó a andar por el estrecho sendero en dirección a la estación. Pasó por delante de otras casas, oscuras y vacías todas ellas, y trató de imaginar cómo serían cuando estuviesen llenas de personas. « Mi vida ha sido como un sueño —se dijo—. Sin duda ningún ser humano ha tenido jamás una experiencia más variada» .

Algunas de las casas proyectaban sombras sobre el sendero mientras el simulado sol completaba su arco en el techo que se elevaba a gran altura sobre su cabeza. « Otro extraordinario mundo —pensó Nicole, contemplando el poblado

situado en el ángulo sureste de Nuevo Edén—. El Águila tenía razón cuando dijo que el hábitat no se podría distinguir del de la Tierra» .

Por un fugaz instante, Nicole pensó en aquel azul mundo oceánico situado a nueve años luz de distancia. En su imagen mental, ella estaba en pie junto a Janos Tabori, quince años antes, cuando la nave espacial Newton se separó de BOT3. « Aquello es Budapest» , había dicho Janos, describiendo con los dedos un círculo en torno a un punto del iluminado globo que relucía en la ventanilla de observación.

Nicole había localizado luego Beauvois, o, al menos, la región general, remontando el curso del río Loira desde su desembocadura en el Atlántico. « Mi casa está allí —había dicho a Janos—. Quizá mi padre y mi hija estén mirando hacia aquí en estos momentos» .

« Genevieve —pensó Nicole, mientras se desvanecía el breve recuerdo—, mi Genevieve. Serías ya una mujer joven. Casi treinta años» . Continuó caminando lentamente por el sendero próximo a su nueva casa del hábitat terrestre situado en el interior de Rama. Al pensar en su primera hija, Nicole recordó una breve conversación que había sostenido con El Águila durante un descanso en la grabación del vídeo en El Nódulo.

—¿Podré ver a mi hija Genevieve mientras permanezcamos en las proximidades de la Tierra? —había preguntado Nicole.

—No lo sabemos —le respondió El Águila tras un instante de vacilación—. Depende por completo de cómo reaccionen a su mensaje sus congéneres humanos. Usted permanecerá dentro de Rama, aun cuando se recurra a los planes de emergencia, pero cabe la posibilidad de que su hija sea uno de los dos mil terrestres que vengan de la Tierra para vivir en Nuevo Edén. Ya ha ocurrido antes, con otros viajeros espaciales…

—¿Y Simone? —le preguntó Nicole cuando hubo terminado El Águila—. ¿Volveré a verla alguna vez?

—Eso es más difícil de decir —respondió El Águila—. Hay que tener en cuenta muchos, muchos factores. —La criatura alienígena había mirado fijamente a su abatida amiga humana—. Lo siento, señora Wakefield —había dicho.

« Una hija abandonada en la Tierra. Otra en un mundo extraño a casi cien billones de kilómetros de distancia. Y yo estaré en algún otro lugar. Quién sabe dónde» . Nicole se sentía extremadamente sola. Detuvo su paseo y contempló la escena que le rodeaba. Se hallaba junto a un terreno circular situado en el parque del poblado. En el interior de la circunferencia de piedras había un tobogán, un rectángulo de arena, una estructura de barrotes y un tiovivo, todo lo cual constituía un campo de juegos perfecto para los niños de la Tierra. Bajo sus pies, la red de AIG cubría las partes del parque que finalmente contendrían las hierbas traídas de la Tierra.

Nicole se agachó para examinar los aparatos de intercambio de gas. Eran objetos redondos y compactos de sólo dos centímetros de diámetro. Había varios miles de ellos, dispuestos en filas y columnas que se entrecruzaban por todo el parque. «Plantas electrónicas —pensó Nicole—. Convirtiendo dióxido de carbono en oxigeno. Haciendo posible que sobrevivamos los animales».

Nicole podía ver mentalmente el parque con hierba, árboles y lirios en el pequeño estanque, tal como había aparecido en la imagen holográfica en la sala de conferencias de El Nódulo. Pero, aunque sabía que Rama estaba regresando al sistema solar para «adquirir» seres humanos que llenaran aquel paraíso tecnológico le resultaba todavía difícil imaginar aquel parque rebosante de niños. «No he visto ningún otro ser humano fuera de mi familia, desde hace casi quince años».

Nicole se separó del parque y continuó hacia la estación. Las casas residenciales que antes flanqueaban los estrechos senderos habían sido sustituidas por filas de edificios que contenían lo que más tarde serían pequeñas tiendas. Naturalmente, estaban todos vacíos, lo mismo que la amplia estructura rectangular, destinada a supermercado, que se encontraba enfrente de la estación.

Cruzó la verja de entrada y subió al tren que aguardaba en la parte delantera, justo detrás del coche de control que manejaba un robot Benita García.

—Está casi oscuro —dijo Nicole en voz alta.

—Dieciocho minutos más —respondió el robot.

—¿Cuánto tiempo hasta el somnario? —preguntó Nicole.

—El viaje hasta la gran estación central tarda diez minutos —respondió Benita mientras el tren salía de la estación sureste—. Después, son dos minutos a pie.

Nicole ya conocía la respuesta a su pregunta. Solamente había querido oír otra voz. Éste era el segundo día que estaba sola, y una conversación con un robot García era mejor que hablar consigo misma.

El tren le llevó desde el ángulo sudeste de la colonia hasta su centro geográfico. Por el camino, Nicole pudo ver el lago Shakespeare a la izquierda de la vía férrea y las laderas del monte Olimpo (cubiertas de más AIG) a la derecha. Monitores de mensajes electrónicos instalados en el interior del tren presentaban información sobre los paisajes que atravesaban, la hora del día y la distancia recorrida.

«Tú y El Águila hicisteis un buen trabajo en este sistema ferroviario —se dijo Nicole, pensando en su marido Richard, dormido ahora junto con todos los demás miembros de su familia—. Pronto me reuniré contigo en la gran sala redonda».

El somnario no era, en realidad, más que una extensión del hospital principal, situado a unos doscientos metros de la estación ferroviaria central. Tras

abandonar el tren y pasar por delante de la biblioteca, Nicole entró en el hospital, lo cruzó y, después de recorrer un largo túnel, llegó al somnario. Los restantes miembros de su familia permanecían dormidos en una amplia sala circular del segundo piso. Cada uno de ellos se hallaba en una « litera» situada a lo largo de la pared, un receptáculo alargado, semejante a un ataúd y herméticamente cerrado al entorno exterior. Solamente sus rostros eran visibles a través de la ventanilla que tenían junto a la cabeza. Tal como le había enseñado a hacer El Águila, Nicole examinó los monitores que contenían los datos referentes al estado físico de su marido, sus dos hijas y sus dos hijos. Todos estaban perfectamente. No había ni el más mínimo indicio de irregularidad.

Nicole se detuvo y miró con anhelo a cada uno de sus seres queridos. Ésa sería su última inspección. De acuerdo con el procedimiento establecido, puesto que los parámetros críticos de cada uno se hallaban desahogadamente comprendidos dentro de los límites de tolerancia, había llegado el momento de que la propia Nicole se durmiera también. Podrían pasar muchos años antes de que volviera a ver a alguien de su familia.

« Querido, querido Benjy —suspiró Nicole, mientras observaba a su retrasado hijo en reposo—, de todos nosotros, es para ti para quien más dura resultará esta laguna en la vida. Katie, Patrick y Ellie se recuperarán rápidamente. Sus mentes son rápidas y ágiles. Pero tú echarás de menos los años que podrían haberte hecho independiente» .

Las literas se mantenían sujetas a la pared circular por lo que parecía una estructura metálica de hierro forjado. La distancia de la cabecera de una litera a los pies de la siguiente era, aproximadamente, de sólo metro y medio. La litera de Nicole se hallaba, vacía, en el centro. Richard y Katie estaban detrás de su cabecera; Patrick, Benjy y Ellie estaban a los pies.

Se detuvo varios minutos junto a la litera de Richard. Él había sido el último en dormirse, dos días antes. Tal como había pedido, el príncipe Hal y Falstaff reposaban sobre su pecho dentro del cerrado receptáculo. « Aquellos tres últimos días fueron maravillosos, amor mío —pensó Nicole, mientras miraba a través de la ventanilla el inexpresivo rostro de su marido—. No hubiera podido pedir más» .

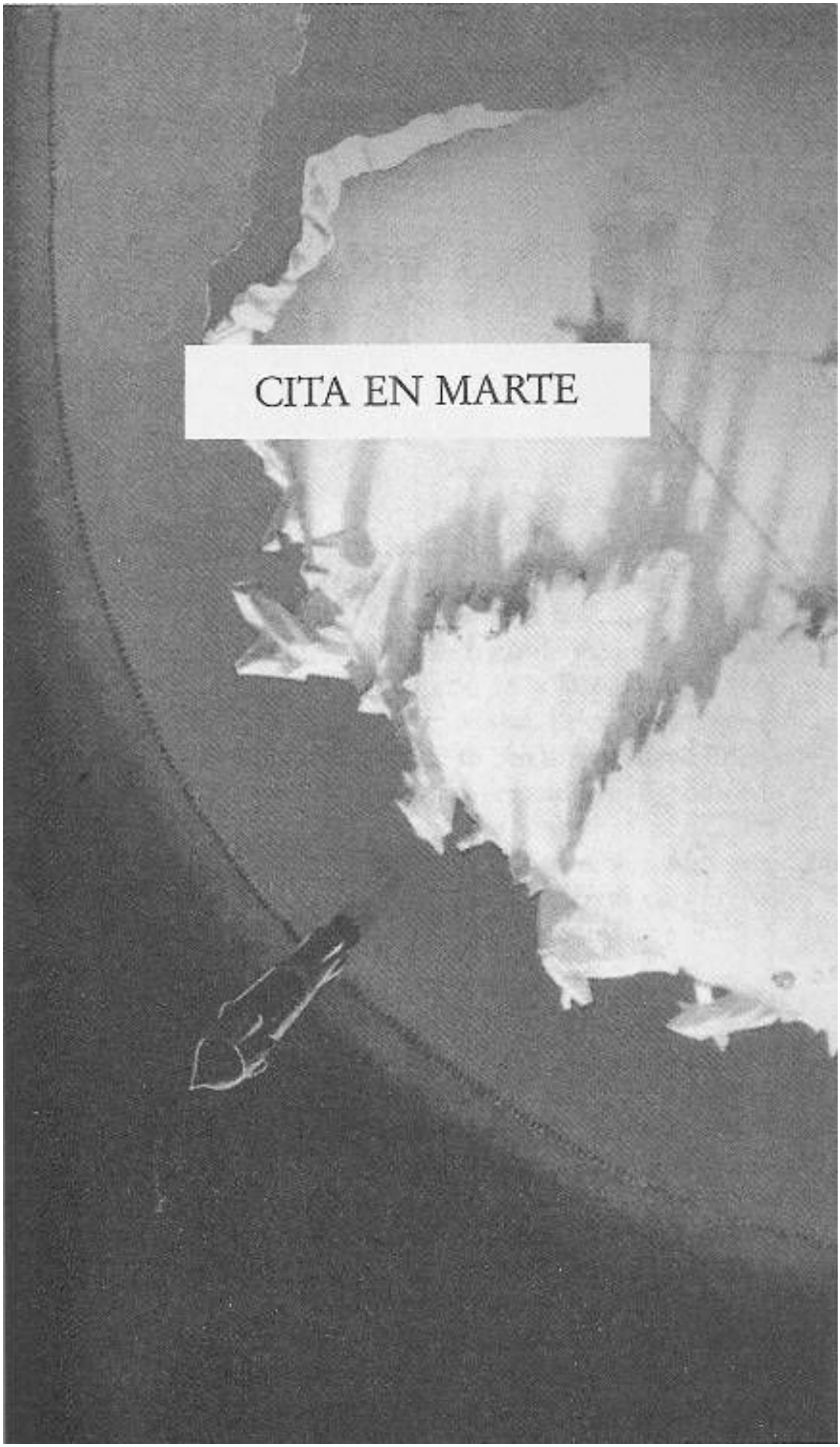
Habían nadado e, incluso, practicado esquí acuático en el lago Shakespeare, escalado el monte Olimpo y hecho el amor siempre que uno de ellos experimentaba el menor deseo. Habían permanecido abrazados toda una noche en la amplia cama de su nuevo hogar. Richard y Nicole habían controlado el estado de los niños, una vez cada día, pero habían dedicado casi todo su tiempo a explorar concienzudamente su nuevo territorio.

Había sido un período excitante, emocional. Las últimas palabras de Richard, antes de que Nicole activase el sistema que le sumergió en el sueño, fueron: « Eres una mujer espléndida y te quiero mucho» . Le tocaba ahora a Nicole. No podía seguir dando largas. Subió a su litera, tal como había practicado muchas

veces durante la primera semana de estancia en Nuevo Edén, y accionó todos los conmutadores, excepto uno. La espuma que le rodeaba resultaba increíblemente cómoda. La parte superior de la litera se cerró sobre su cabeza. No tenía más que accionar el conmutador final para hacer que el gas somnífero penetrase en su compartimiento.

Suspiró profundamente. Mientras yacía, tendida de espaldas, Nicole recordó el sueño que había tenido sobre *La Bella Durmiente* durante una de sus últimas pruebas en El Nódulo. Su mente retrocedió a su niñez, a aquellos maravillosos fines de semana que había pasado con su padre, viendo las funciones de *La Bella Durmiente* en el Chateau d'Ussé.

« Es una forma agradable de ir —se dijo, sintiendo que le invadía la somnolencia a medida que el gas penetraba en su litera—. Pensar que será un Príncipe Encantador quien me despierte» .



CITA EN MARTE

1

—Señora Wakefield.

La voz parecía lejana, muy lejana. Se infiltraba suavemente en su consciencia, pero no la despertaba completamente de su sueño.

—Señora Wakefield.

Esta vez sonó más fuerte. Nicole trató de recordar dónde estaba antes de abrir los ojos. Movió el cuerpo y la espuma se reorientó para proporcionar el máximo de comodidad. Lentamente, su memoria comenzó a enviar señales al resto de su cerebro. « Nuevo Edén. Dentro de Rama. Regreso al sistema solar —recordó—. ¿Es todo esto sólo un sueño?» .

Abrió por fin los ojos. Nicole tardó varios segundos en lograr enfocar la visión. Al cabo de un rato, se concretó con precisión la figura inclinada sobre ella. ¡Era su madre, vestida con uniforme de enfermera!

—Señora Wakefield —dijo la voz—. Ha llegado el momento de que despierte y se prepare para la cita.

Nicole permaneció unos instantes desconcertada. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí su madre? Luego recordó. « Los robots —pensó—. Madre es una de las cinco clases de robots humanos. Un robot Anawi Tiasso es un especialista en salud y buena forma física» .

El brazo del robot sostuvo a Nicole cuando se incorporó en la litera. La estancia no había cambiado durante el largo tiempo en que había permanecido dormida.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nicole, al tiempo que se disponía a bajar de la litera.

—Hemos concluido el perfil principal de deceleración y entrado en su sistema solar —respondió la azabachada Anawi Tiasso. La inserción en la órbita de Marte se producirá dentro de seis meses.

No notaba nada extraño en los músculos. Antes de que abandonase El Nódulo, El Águila había informado a Nicole de que cada uno de los compartimientos en que debían permanecer dormidos contenía componentes electrónicos especiales que no sólo activarían regularmente los músculos y otros sistemas biológicos para impedir cualquier atrofia, sino que vigilarían también la salud de todos los órganos vitales. Nicole bajó la escalerilla. Al llegar al suelo, se estiró.

—¿Cómo se siente? —preguntó el robot.

Era Anawi Tiasso Número 017. Su número se mostraba con destacados caracteres en el hombro derecho de su uniforme.

—Bastante bien —respondió Nicole—. Bastante bien, 017 —repitió, mientras examinaba al robot. Tenía un parecido extraordinario con su madre. Antes de abandonar El Nódulo, Richard y ella habían visto todos los prototipos, pero durante las dos semanas que precedieron a su entrada en estado de sueño, solamente habían funcionado los Benita García. Todos los demás robots de Nuevo Edén habían sido construidos y comprobados en el transcurso del largo vuelo. « Realmente es idéntica a madre —pensó, admirando el trabajo de los desconocidos artistas ramanos—. Han introducido en el prototipo todos los cambios que sugerí» .

Oyó a lo lejos el sonido de unas pisadas que se acercaban. Nicole se volvió. Hacia ellas se dirigía una segunda Anawi Tiasso, vestida también con el blanco uniforme de enfermera.

—Número 009 ha sido asignada también para colaborar en el proceso de iniciación —dijo el robot Tiasso que tenía al lado.

—¿Asignada por quién? —preguntó Nicole, tratando de recordar sus conversaciones con El Águila sobre el proceso de despertado.

—Por el plan de misión preprogramada —le respondió Número 017—. Una vez que todos ustedes, humanos, estén despiertos y activos, recibiremos de ustedes nuestras instrucciones.

Richard despertó más rápidamente, pero le costó mucho descender la corta escalerilla. Fue preciso que las dos Tiasso le sostuviesen para que no se cayera. Richard se mostró evidentemente complacido al ver a su mujer. Tras abrazarla largamente y darle un beso, miró fijamente a Nicole durante unos segundos.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo, con tono jocoso—. El gris de tu pelo se ha extendido, pero aún quedan saludables mechones negros en puntos aislados.

Nicole sonrió. Era maravilloso estar de nuevo hablando con Richard.

—A propósito —preguntó él un instante después—, ¿cuánto tiempo hemos pasado en esos fantásticos ataúdes?

Nicole se encogió de hombros.

—No sé —respondió—. Aún no lo he preguntado. Lo primero que he hecho ha sido despertarte.

Richard se volvió hacia las dos Tiasso.

—¿Saben ustedes, hermosas mujeres, cuánto tiempo ha pasado desde que salimos de El Nódulo?

—Han dormido ustedes durante diecinueve años de tiempo de viajero —respondió Tiasso 009.

—¿Qué significa eso, « tiempo de viajero» ? —preguntó Nicole.

Richard sonrió.

—Es una expresión relativista, querida —dijo—. El tiempo no significa nada a no ser que tengas un marco de referencia. En el interior de Rama han transcurrido diecinueve años, pero esos años corresponden solamente a…

—No te molestes —le interrumpió Nicole—. No me he despertado después de todo este tiempo dormida para escuchar una lección de relatividad. Puedes explicármelo más tarde, durante la cena. Mientras tanto, tenemos una cuestión más importante. ¿Por qué orden debemos despertar a los niños?

—Yo tengo una sugerencia distinta —indicó Richard tras unos instantes de vacilación—. Sé que estás ansiosa por ver a los niños. Yo también. Sin embargo, ¿por qué no les dejamos dormir unas horas más? Sin duda que no les hará ningún mal… y tú y yo tenemos muchas cosas de que hablar. Podemos empezar nuestros preparativos para la cita, perfilar lo que vamos a hacer con respecto a la educación de los niños, quizás incluso tomarnos un poco de tiempo para reanudar nuestra relación…

Nicole estaba, en efecto, ansiosa por hablar con los niños, pero la parte lógica de su mente comprendía lo acertado de la sugerencia de Richard. La familia había elaborado sólo un rudimentario plan para lo que sucedería cuando despertasen, fundamentalmente porque El Águila había insistido en que existían demasiadas incertidumbres como para poder especificar con exactitud las condiciones. Sería mucho más fácil trazar algún plan antes de que los niños se despertasen…

—De acuerdo —dijo finalmente Nicole—, siempre que sepa con seguridad que todos se encuentran bien… —Miró a la primera Tiasso.

—Todos los datos de los monitores indican que cada uno de sus hijos ha sobrevivido sin irregularidades importantes al período de sueño —dijo el biot.

Nicole se volvió hacia Richard y le observó atentamente la cara. Había envejecido un poco, pero no tanto como ella había esperado.

—¿Dónde está tu barba? —exclamó de pronto al darse cuenta de que su rostro estaba extrañamente bien afeitado.

—Afeitamos ayer a los hombres mientras dormían —respondió Tiasso 009— También cortamos el pelo a todos y les dimos un baño, de acuerdo en el plan de misión preprogramada.

« ¿Los hombres? —pensó Nicole. Se sintió momentáneamente desconcertada —. Claro —se dijo—, ¡Benjy y Patrick son hombres ya!» .

Cogió a Richard de la mano y se dirigieron rápidamente hacia la litera de Patrick. El rostro que vieron por la ventanilla era sorprendente. Su pequeño Patrick ya no era un niño. Sus facciones se habían alargado considerablemente y habían desaparecido los redondeados contornos de su cara. Contempló en silencio a su hijo durante más de un minuto.

—Su equivalencia de edad es de dieciséis o diecisiete años —dijo Tiasso 017 en respuesta a la interrogativa mirada de Nicole—. El señor Benjamin O'Toole

continúa siendo un año y medio mayor. Naturalmente, estas edades son sólo aproximaciones. Como les explicó El Águila antes de su salida de El Nódulo, hemos podido retardar un tanto la acción de las enzimas fundamentales del envejecimiento en cada uno de ustedes, pero no todas al mismo ritmo. Cuando decimos que el señor Patrick O'Toole tiene ahora dieciséis o diecisiete años, nos estamos refiriendo sólo a su reloj biológico interno, personal. La edad citada es sólo una especie de promedio entre su crecimiento, maduración y procesos de envejecimiento de subsistemas.

Nicole y Richard se detuvieron junto a cada una de las otras literas y contemplaron durante varios minutos a través de las ventanillas los rostros de sus dormidas hijas. Nicole meneaba repetidamente la cabeza con aturdimiento.

—¿Qué ha sido de mis niños? —exclamó, después de ver que hasta la pequeña Ellie se había convertido en una adolescente durante el largo viaje.

—Sabíamos que sucedería esto —comentó Richard sin emoción, no ayudando con ello en nada a que la madre que había en Nicole superase la sensación de pérdida que estaba experimentando.

—Saber es una cosa —replicó Nicole—. Pero verlo y experimentarlo es otra muy distinta. No es éste el típico caso de la madre que se da cuenta de pronto de que sus hijos se han hecho mayores. Lo que les ha sucedido a nuestros hijos es verdaderamente asombroso. Su desarrollo mental y social ha quedado interrumpido durante el equivalente a diez o doce años. Tenemos ahora unos niños pequeños desenvolviéndose en cuerpos adultos. ¿Cómo podemos prepararles en sólo seis meses para su encuentro con otros humanos?

Nicole se sentía abrumada. ¿Acaso una parte de ella no había creído a El Águila cuando éste describió lo que le iba a suceder a su familia? Quizá. Se trataba de un acontecimiento increíble más en una vida que durante mucho tiempo había escapado a toda comprensión. « Pero como madre suya —pensó Nicole—, tengo mucho que hacer y no dispongo casi de tiempo. ¿Por qué no me preparé para todo esto antes de salir de El Nódulo?» .

Mientras Nicole forcejeaba con su poderosa reacción emocional al ver a sus hijos súbitamente adultos, Richard charlaba con las dos Tiasso. Estas respondían fácilmente a todas sus preguntas. Se sentía sumamente impresionado por sus capacidades, tanto físicas como mentales.

—¿Todos ustedes tienen semejante riqueza de información almacenada en sus memorias? —preguntó a los robots durante su conversación.

—Sólo nosotras, las Tiasso, tenemos los datos históricos detallados de salud de su familia —respondió 009—. Pero todos los biots humanos pueden acceder a una amplia gama de datos básicos. No obstante, parte de ese conocimiento desaparecerá en el momento en que se establezca el primer contacto con otros humanos. En ese instante, los aparatos de memoria de todos los tipos de biots quedarán parcialmente purgados. Una vez que consumemos la cita con los otros

humanos, no permanecerá en nuestra base de datos ningún suceso o información referente a El Águila, El Nódulo o cualquier situación acaecida antes de que ustedes despertaran. De ese período anterior sólo será utilizable la información sobre su salud personal, y estos datos estarán localizados en las Tiasso.

Nicole había estado pensando en El Nódulo ya antes de este último comentario.

—¿Continúan ustedes en contacto con El Águila? —preguntó de pronto.

—No —fue Tiasso 017 quien respondió esta vez—, cabe suponer que El Águila, o, al menos, algún representante de la Inteligencia Nodular, está supervisando periódicamente nuestra misión, pero no existe interacción alguna con Rama una vez que se abandona El Hangar. Ustedes, nosotros, Rama, dependemos de nosotros mismos hasta que se cumplan los objetivos de la misión.

Katie se situó delante del amplio espejo y estudió su cuerpo desnudo. Aun después de un mes, continuaba siendo nuevo para ella. Le agradaba tocarse. Le gustaba especialmente deslizar los dedos sobre los pechos y ver cómo los pezones se dilataban en respuesta al estímulo. A Katie le gustaba más aún de noche, cuando estaba sola bajo las sábanas. Entonces podía frotarse en todas partes hasta que ondulantes hormigueos recorrían su cuerpo y sentía deseos de gritar de placer.

Su madre le había explicado el fenómeno, pero había parecido sentirse un poco violenta cuando Katie quiso hablar de ello una segunda y una tercera vez.

—La masturbación es un asunto muy privado, querida —había dicho Nicole una noche, antes de la cena— y generalmente sólo se habla de ella, si es que se habla, con las amigas más íntimas.

Ellie no le servía de ninguna ayuda. Katie nunca había visto a su hermana examinarse a sí misma, ni siquiera una vez. « Probablemente, ella no lo hace —pensó Katie—. Y, desde luego, no quiere hablar de ello» .

—¿Has terminado en la ducha? —oyó Katie a Ellie preguntar desde la habitación contigua. Cada una de las chicas tenía su propio dormitorio, pero compartían el mismo cuarto de baño.

—Sí —gritó Katie.

Ellie entró en el cuarto de baño, recatadamente envuelta en una toalla y dirigió una breve mirada a su hermana, completamente desnuda delante del espejo. La más joven de las muchachas empezó a decir algo, pero pareció cambiar de idea, pues dejó caer la toalla y se introdujo cuidadosamente en la ducha.

Katie contempló a Ellie a través de la transparente mampara. Miró primero el cuerpo de Ellie y, luego, volvió la vista hacia el espejo, comparando todas las características anatómicas. Katie prefería su propia cara y el color de su piel —

era, con mucho, el miembro de tez más clara de la familia, a excepción de su padre—, pero Ellie poseía una figura superior.

—¿Por qué tengo yo una forma tan masculina? —preguntó Katie a Nicole una noche, dos semanas después, cuando hubo terminado de leer un cubo informático que contenía varias revistas de moda muy antiguas.

—No lo puedo explicar exactamente —respondió Nicole, levantando la vista de su propia lectura—. La genética es una materia maravillosamente complicada, mucho más compleja de lo que originariamente pensó Gregor Mendel.

Nicole se echó a reír de sí misma, comprendiendo inmediatamente que era imposible que Katie entendiera lo que le acababa de decir.

—Katie —continuó, con tono menos pedante—, cada hijo es una combinación única de las características de su padres. Estas características identificadoras se encuentran almacenadas en unas moléculas llamadas genes. Existen literalmente miles de millones de formas diferentes en que pueden expresarse los genes de una pareja de padres. Por eso es por lo que no son completamente idénticos los hijos de los mismos padres.

Katie frunció el ceño. Había esperado una clase distinta de respuesta. Nicole comprendió rápidamente.

—Además —añadió con tono alentador—, tu figura no es realmente « masculina» en absoluto. « Atlética» sería una descripción más exacta.

—De todos modos —insistió Katie, señalando a su hermana, que estudiaba con ahínco en el rincón de la sala—, no me parezco nada a Ellie. Su cuerpo es realmente atractivo; sus pechos son más grandes y redondos aún que los tuyos.

Nicole se echó a reír alegremente.

—Ellie tiene una figura espléndida —dijo—. Pero la tuya también es bonita; simplemente, es diferente. —Nicole volvió a su lectura, pensando que la conversación había terminado.

—No hay muchas mujeres con mi clase de figura en estas viejas revistas —insistió Katie, tras un breve silencio. Tenía en las manos su cuaderno electrónico, pero Nicole no le prestaba ya atención—. ¿Sabes, madre? —dijo luego su hija—. Yo creo que El Águila debió de cometer algún error con los controles de mi litera. Yo creo que debo de haber recibido algunas de las hormonas que iban destinadas a Patrick o a Benjy.

—Katie, querida —respondió Nicole, comprendiendo finalmente que su hija estaba obsesionada con su figura—, es virtualmente seguro que te has convertido en la persona para la que tus genes te tenían programada desde la concepción. Eres una joven atractiva e inteligente. Serías más feliz si pasaras el tiempo pensando en tus muchos excelentes atributos, en lugar de encontrar una imperfección en ti misma y desear ser alguien diferente.

Desde que despertaron, muchas de las conversaciones entre madre e hija

habían seguido una pauta similar. Le parecía a Katie que su madre no intentaba comprenderla y que tenía excesiva propensión a despacharla con una conferencia o un epigrama. « Hay en la vida cosas más importantes que sentirse a gusto» era un estribillo habitual que resonaba en los oídos de Katie. Por otra parte, los elogios que su madre dedicaba a Ellie le parecían a Katie demasiado efusivos. « Ellie es muy buena estudiante, aunque empezó muy tarde» , « Ellie siempre está dispuesta a ayudar, aunque no se lo pidamos» o « ¿Por qué no puedes tener un poco más de paciencia con Benjy, como la tiene Ellie?» .

« Primero Simone y ahora Ellie —se dijo Katie, mientras yacía desnuda en la cama una noche, después de que ella y su hermana se habían peleado y su madre le había reprendido sólo a ella—. Nunca he tenido una oportunidad con madre. Simplemente, somos demasiado diferentes. Bien podría dejar de intentarlo» .

Sus dedos se deslizaron sobre su cuerpo, estimulando su deseo, y Katie suspiró en la expectativa del placer. « Al menos —pensó—, hay algunas cosas para las que no necesito a madre» .

—Richard —dijo Nicole en la cama una noche, cuando estaban a sólo seis semanas de distancia de Marte.

—Mummm —respondió él lentamente. Estaba casi dormido.

—Estoy preocupada por Katie —dijo ella—. Me complacen los progresos que están realizando los otros niños, especialmente Benjy, bendito sea. Pero tengo verdadera inquietud por Katie.

—¿Qué es exactamente lo que te preocupa? —preguntó Richard, incorporándose apoyado en un codo.

—Sus actitudes principalmente. Katie es increíblemente egocéntrica. Tiene también un genio muy vivo y se muestra impaciente con los otros niños, incluso con Patrick, que la adora. Discute continuamente conmigo, a menudo en disputas absurdas. Y creo que se pasa demasiadas horas sola en su habitación.

—Es simplemente que se aburre —replicó Richard—. Recuerda, Nicole, que físicamente es una joven con veinte años ya cumplidos. Debería estar saliendo con chicos, afirmando su independencia. Aquí no hay realmente nadie que sea su igual… Y debes reconocer que a veces la tratamos como si tuviera doce años.

Nicole no respondió. Richard se inclinó sobre ella y le acarició el brazo.

—Siempre hemos sabido que Katie era la más sensible y excitable de los niños. Infortunadamente, se parece mucho a mí.

—Pero tú al menos canalizas tu energía hacia proyectos importantes —indicó Nicole—. Katie tiene tantas probabilidades de ser destructiva como constructiva… Realmente, Richard, quisiera que hablases con ella. Si no, me temo que vamos a tener graves problemas cuando nos reunamos con los otros

humanos.

—¿Qué quieres que le diga? —preguntó Richard tras un breve silencio—. ¿Que la vida no es simplemente una excitación tras otra? ¿Y por qué voy a pedirle que no se retire a su mundo de fantasía en su propia habitación? Probablemente, todo es más interesante allí. Por desgracia, en ninguna parte de Nuevo Edén existe por el momento nada muy excitante para una joven.

—Había esperado que te mostraras un poco más comprensivo —replicó Nicole, ligeramente molesta—. Necesito tu ayuda, Richard…, y Katie reacciona mejor contigo.

Richard volvió a quedar en silencio.

—Está bien —dijo finalmente, con tono frustrado. Se tendió de nuevo en la cama—. Mañana llevaré a Katie a practicar esquí acuático, que le encanta, y le pediré que, por lo menos, sea más considerada con los demás miembros de la familia.

—Muy bien. Excelente —dijo Richard, al terminar de leer el material del cuaderno de Patrick. Desconectó el aparato y miró a su hijo, que estaba sentado, un tanto nervioso, en la silla situada delante de su padre—. Has aprendido rápidamente el álgebra —continuó Richard—. Tienes verdaderas dotes para las matemáticas. Para cuando tengamos otras personas en Nuevo Edén, estarás casi en condiciones de seguir cursos universitarios, al menos de matemáticas y ciencias.

—Pero madre dice que voy todavía muy atrasado en inglés —replicó Patrick—. Dice que mis composiciones son las de un niño pequeño.

Nicole oyó la conversación y entró desde la cocina.

—Patrick, querido, García 041 dice que no pones empeño en las redacciones. Sé que no puedes aprenderlo todo de la noche a la mañana, pero no quiero que te sientas azorado cuando nos reunamos con otros humanos.

—Pero yo prefiero las matemáticas y las ciencias —protestó Patrick—. Nuestro robot Einstein dice que podría enseñarme cálculo infinitesimal dentro de tres o cuatro semanas, siempre que no tuviera que estudiar muchas otras materias.

Se abrió de pronto la puerta exterior y entraron bulliciosamente Katie y Ellie. El rostro de Katie estaba radiante y lleno de vida.

—Sentimos llegar tarde —dijo—, pero hemos pasado un día estupendo. —Se volvió hacia Patrick—. He conducido yo sola la canoa por lago Shakespeare. Dejamos a las García en la orilla.

Ellie no estaba, ni con mucho, tan jubilosa como su hermana. De hecho, parecía un poco enojada.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó Nicole en voz baja a su hija

menor, mientras Katie deleitaba al resto de la familia con su relato de la aventura en el lago.

Ellie asintió con la cabeza y no dijo nada.

—Lo realmente excitante —exclamó Katie con entusiasmo— fue pasar a toda velocidad sobre las olas que nosotras mismas levantábamos. Bam-bam-bam, saltábamos de ola en ola. A veces parecía como si estuviéramos volando.

—Esas canoas no son juguetes —comentó Nicole unos momentos después. Indicó con un gesto que se sentaran todos a la mesa para cenar. Benjy, que había estado comiendo un poco de ensalada con los dedos fue el último en sentarse.

Cuando todos hubieron tomado asiento, Nicole preguntó a Katie:

—¿Qué habríais hecho si hubiera volcado la canoa?

—Las García nos habrían rescatado —respondió displicentemente Katie—. Había tres mirándonos desde la orilla… Al fin y al cabo, para eso están… Además, llevábamos chalecos salvavidas, y, de todas maneras, yo sé nadar.

—Pero tu hermana, no —replicó rápidamente Nicole, con tono de reproche —. Y sabes que se habría sentido aterrorizada si hubiera caído al agua.

Katie empezó a discutir, pero Richard intervino y cambió de tema antes de que se intensificara el conflicto. La verdad era que toda la familia estaba con los nervios de punta. Hacía un mes que Rama había entrado en órbita alrededor de Marte y no había aún ni rastro del contingente de la Tierra que se suponía iba a acudir a su encuentro. Nicole siempre había dado por sentado que la cita con sus congéneres humanos se realizaría inmediatamente después de la inserción en la órbita marciana.

Después de cenar, la familia salió al observatorio de Richard, instalado en el patio trasero, para contemplar Marte. El observatorio tenía acceso a todos los sensores externos de Rama (pero no a ninguno de los internos situados fuera de Nuevo Edén; El Águila se había mostrado inflexible en este punto concreto durante las conversaciones sostenidas sobre los diseños) y podía presentar una espléndida vista telescópica del planeta rojo durante parte de cada día marciano.

A Benjy le gustaban especialmente las sesiones de observación con Richard. Señaló orgullosamente los volcanes de la región de Tharsis, el gran cañón llamado Valles Marineris y la zona de Chryse, donde se había posado, hacía más de doscientos años, la primera nave espacial *Viking*. Una tormenta de polvo se estaba formando al sur de la estación Mutch, el centro de la amplia colonia marciana que había sido abandonada en los inciertos días siguientes al Gran Caos. Richard comentó que el polvo podría extenderse por todo el planeta, ya que era la estación en que solían producirse tales tormentas generales.

—¿Qué pasará si los otros terrestres no vienen? —preguntó Katie durante una pausa en sus observaciones marcianas—. Y, por favor, madre, danos una respuesta clara esta vez. Después de todo, ya no somos unos niños.

Nicole hizo caso omiso del tono desafiante que latía en las palabras de Katie.

—Si recuerdo correctamente, el plan básico es que esperemos aquí, en la órbita de Marte, durante seis meses —respondió—. Si durante ese tiempo no se produce la cita, Rama se dirigirá hacia la Tierra. —Permaneció unos instantes en silencio—. Ni tu padre ni yo sabemos cuál será el proceso a partir de ese momento. El Águila nos dijo que, si se recurre a alguno de los planes de emergencia, se nos comunicará en el momento todo lo que necesitemos saber.

La estancia permaneció silenciosa durante casi un minuto mientras en la gigantesca pantalla de la pared aparecían imágenes de Marte en diferentes resoluciones.

—¿Dónde está la Tierra? —preguntó entonces Benjy.

—Es el planeta que está justo después de Marte, el siguiente más próximo al Sol —respondió Richard—. Recuerda cómo te enseñé el esquema planetario en la subrutina de mi ordenador.

—No me refiero a eso —le respondió Benjy, hablando muy despacio—. Yo quiero ver la Tierra.

Era una petición fácil de satisfacer. Aunque había llevado a la familia varias veces ya al observatorio, nunca se le había ocurrido a Richard que lo niños pudieran sentir interés por aquella pálida luz azulada que brillaba en el cielo nocturno de Marte.

—La Tierra no resulta muy impresionante vista desde esta distancia —indicó Richard, interrogando a su base de datos para poder obtener la información del sensor adecuado—. De hecho se parece a cualquier otro objeto brillante, como Sirio, por ejemplo.

Richard no había captado el porqué de la petición. Cuando hubo identificado a la Tierra en un marco celeste específico y centrado luego la imagen en torno a aquel reflejo aparentemente insignificante, los niños se quedaron mirando con extática atención.

«Ése es su planeta —pensó Nicole, fascinada por el súbito cambio experimentado en el estado de ánimo reinante en la habitación—, aunque nunca han estado en él». Imágenes de la Tierra de su memoria afluyeron torrencialmente a Nicole mientras miraba con fijeza la diminuta luz del centro de la figura. Se sintió consciente de una profunda añoranza en su interior, un anhelo de retornar a aquel glorioso planeta oceánico lleno de tanta belleza. Se le llenaron de lágrimas los ojos mientras se acercaba a sus hijos y los rodeaba con los brazos.

—Adondequiera que vayamos en este fascinante universo —dijo suavemente —, tanto ahora como en el futuro, esa manchita azul será siempre nuestro hogar.

2

Nai Buatong se levantó aún a oscuras, poco antes de amanecer. Se puso un vestido de algodón sin mangas, detúvose brevemente para rendir veneración a su Buda personal en el *hawng pra* de la familia adyacente a la sala de estar y, luego, abrió la puerta exterior sin molestar a ninguno de los demás miembros de la familia. El aire estival era tibio. En la leve brisa flotaba un aroma de flores mezclado con el de especias tais; alguien en las proximidades estaba preparando el desayuno.

Sus sandalias no producían ningún sonido en el blando sendero de tierra. Nai caminaba lentamente, volviendo la cabeza a derecha e izquierda, absorbiendo con los ojos todas las familiares sombras que pronto serían sólo recuerdos. « Mi último día —pensó—. Por fin ha llegado» .

Al cabo de unos minutos, torció a la derecha por la empedrada calle que conducía al pequeño distrito comercial de Lamfun. De vez en cuando pasaba junto a ella una bicicleta, pero la mañana estaba predominantemente tranquila. Ninguna de las tiendas se hallaba todavía abierta.

Al aproximarse a un templo, Nai pasó ante dos monjes budistas, situados uno a cada lado de la calzada. Cada uno de los monjes vestía la habitual túnica color de azafrán y llevaba una gran urna de metal. Estaban buscando su desayuno, como hacían todas las mañanas en Tailandia entera, y contaban para ello con la generosidad de los habitantes de Lamfun.

Una mujer apareció en la puerta de una tienda situada delante de Nai y dejó caer un poco de comida en la urna del monje. No hubo intercambio de palabras y la expresión del monje no cambió visiblemente para agradecer el donativo.

« No poseen nada —pensó Nai—, ni siquiera las túnicas que cubren sus espaldas. Y, sin embargo, son felices» . Recitó rápidamente el dogma básico: « La causa del sufrimiento es el deseo» , y recordó la increíble riqueza de la familia de su marido en el distrito de Higashiyama, en las afueras de Kyoto, Japón. « Kenji dice que su madre tiene todo menos paz. Ésta le rehúye porque no puede comprarla.»

Por un momento, el reciente recuerdo de la espléndida casa de los Watanabe llenó su mente, ahuyentando la imagen de la sencilla carretera tai por la que caminaba. Nai se había sentido abrumada por la opulencia de la mansión de

Kyoto. Pero no había sido un lugar amistoso para ella. Había quedado inmediatamente claro que los padres de Kenji la consideraban una intrusa, una extranjera inferior que se había casado con su hijo sin contar con su apoyo. No la habían tratado con aspereza, sólo con frialdad. La habían escrutado minuciosamente con preguntas acerca de su familia y de su historial académico formuladas sin emoción y con precisión lógica. Más tarde, Kenji había consolado a Nai indicando que su familia no estaría con ellos en Marte.

Se detuvo en la calle de Lamfun y dirigió la vista hacia el templo de la reina Chamatevi. Para Nai era el lugar favorito de la ciudad, probablemente su lugar favorito en toda Tailandia. Algunas partes del templo tenían mil quinientos años de antigüedad; sus silenciosos centinelas de piedra habían visto una historia tan diferente de la actual que bien podría haber sucedido en otro planeta.

Nai cruzó la calle y se detuvo en el patio, nada más franquear los muros del templo. Era una mañana insólitamente despejada. Justo encima de *chedi* más alto del viejo templo tai, brillaba una intensa luz en el oscuro firmamento matutino. Nai se dio cuenta de que la luz era Marte, su próximo destino. La yuxtaposición era perfecta. Durante los veintiséis años de su vida (a excepción de los cuatro que había pasado en la universidad de Chiang Mai), la ciudad de Lamfun había sido su hogar. Dentro de seis semanas estaría a bordo de una gigantesca nave espacial que la llevaría a lo que había de ser su residencia durante los cinco años siguientes, a una colonia espacial en el planeta rojo.

Nai se sentó en la postura del loto en un rincón del patio y clavó la vista en aquella luz que brillaba en el cielo. «Qué apropiado —pensó—, que Marte me esté mirando esta mañana.» Dio comienzo a la rítmica respiración que era el preludio de su meditación matutina. Pero, mientras se preparaba para la paz y la calma que habitualmente la «centraban» para todo el día, Nai advirtió que había en su interior muchas emociones poderosas y no resueltas.

«Primero debo reflexionar —pensó Nai, decidiendo prescindir temporalmente de su meditación—. En éste mi último día en casa, debo reconciliarme con los acontecimientos que han cambiado por completo mi vida.»

Once meses antes, Nai Buatong estaba sentada en el mismo sitio, con sus cubos de lecciones de francés e inglés pulcramente guardados en la cartera de mano que tenía al lado. Nai había planeado organizar su material para el próximo período escolar, decidida a ser más activa como profesora de idiomas en una escuela superior.

Antes de empezar a trabajar en los esquemas de sus lecciones aquel decisivo día del año anterior, Nai había leído el periódico de Chiang Mai. Introduciendo el cubo en su lector, había ojeado rápidamente las páginas, sin leer apenas más que los titulares. En la última página había un anuncio, escrito en inglés, que retuvo su atención.

MÉDICO, ENFERMERA, PROFESOR, GRANJERO

¿Le gusta la aventura, es políglota, tiene buena salud?

La Agencia Internacional del Espacio (AIE) está organizando una importante expedición para recolonizar Marte. Se necesitan personas de gran valía que posean las cualidades y circunstancias indicadas para una permanencia de cinco años en la colonia. Las entrevistas personales se celebrarán en Chiang Mai el 23 de agosto de 2244. Sueldo y complementos excepcionales. Los impresos de solicitud se pueden pedir a Thai Telemail 462-62-4930.

Cuando presentó su solicitud a la AIE, Nai no creía tener muchas posibilidades de ser aceptada. Estaba virtualmente segura de que no pasaría la primera criba y que, por lo tanto, ni siquiera se le citaría para la entrevista personal. De hecho, Nai quedó muy sorprendida cuando, seis semanas después, recibió en su buzón electrónico la comunicación de que había sido provisionalmente seleccionada para la entrevista. La comunicación informaba también a Nai de que, conforme al procedimiento establecido, debía formular por correo, antes de la entrevista, cualesquiera preguntas que quisiera realizar. La AIE hacía hincapié en que sólo deseaban candidatos que tuvieran intención de aceptar si se les ofrecía un destino en la colonia marciana.

Nai respondió por telecorreo con una sola pregunta. ¿Podría ingresarse directamente en un banco de la Tierra una parte importante de sus ganancias mientras viviera en Marte? Añadió que aquello constituía un requisito previo esencial para su aceptación.

Diez días después, llegó otra comunicación por el correo electrónico. Era muy sucinta. Sí, decía el mensaje, se podía ingresar regularmente una parte de sus ganancias en un banco de la Tierra. Sin embargo, continuaba, Nai tendría que estar absolutamente segura sobre el reparto de dinero indicado, ya que la distribución ordenada por un colono no podría ser objeto de modificación una vez que su titular hubiera abandonado la Tierra.

Como el coste de vida en Lamfun era bajo, el sueldo ofrecido por la AIE para un profesor de idiomas en la colonia era casi el doble de lo que Nai necesitaba para hacer frente a todas su obligaciones familiares. La joven se hallaba bajo el peso de una gran responsabilidad. Ella era la única que ganaba un sueldo en una familia de cinco personas que incluía a su padre inválido, su madre y dos hermanas pequeñas.

Su infancia había sido difícil, pero la familia había logrado sobrevivir justamente por encima del nivel de pobreza. Durante el último año de Nai en la universidad, sin embargo, se había producido el desastre. Primero, su padre sufrió un ataque que le dejó en un grado extremo de debilidad. Luego, su madre, que carecía por completo de sentido comercial, hizo caso omiso de las

recomendaciones de familiares y amigos y trató de dirigir por sí sola la pequeña tienda artesana de la familia. Al cabo de un año, la familia lo había perdido todo y Nai se vio obligada no sólo a utilizar sus ahorros personales para alimentar y vestir a su familia, sino también a renunciar a su sueño de dedicarse a realizar traducciones literarias para una de las grandes casas editoriales de Bangkok.

Nai daba clases en la escuela durante la semana y los fines de semana trabajaba como guía turística. El sábado anterior al día señalado para la entrevista con la AIE, Nai estaba dirigiendo un circuito por Chiang Mai, a treinta kilómetros de su casa. En su grupo había varios japoneses, uno de los cuales era un atractivo joven de poco más de treinta años que hablaba un inglés prácticamente desprovisto de todo acento extranjero. Se llamaba Kenji Watanabe. Prestaba gran atención a todo lo que Nai decía, formulaba siempre preguntas inteligentes y era sumamente cortés.

Hacia el final de la visita a los lugares santos budistas de la zona de Chiang Mai, el grupo montó en el teleférico que subía a la montaña Doi Suthep para contemplar el famoso templo budista de su cumbre. La mayoría de los turistas estaban exhaustos a consecuencia de las actividades del día, pero Kenji Watanabe, no. Primero, el hombre insistió en subir a pie la larga escalera, como un peregrino budista, en lugar de utilizar el funicular que iba desde la salida del teleférico hasta la cumbre. Luego formuló pregunta tras pregunta mientras Nai explicaba la maravillosa historia de la fundación del templo. Finalmente, cuando ya habían descendido y Nai estaba sola, tomando té en el acogedor restaurante existente al pie de la montaña, Kenji dejó a los demás turistas en las tiendas de recuerdos y se acercó a su mesa.

—*Kaw tode krap* —dijo en excelente tai, para sorpresa de la señorita Buatong —, ¿puedo sentarme? Quisiera hacerle unas cuantas preguntas más.

—*Khun pode pasa thai dai mai ka?* —preguntó Nai, todavía sorprendida.

—*Pohm kao jai pasa thai dai nitnoy* —respondió él, indicando que entendía un poco de tai—. ¿Y usted? *Anata wa nihon go hanasbimaso ka?*.

Nai meneó la cabeza.

—*Nihon go hanashimasen* —sonrió—. Sólo inglés, francés y tai. Aunque a veces puedo entender frases sencillas en japonés si me las dicen despacio.

—Me han fascinado —dijo Kenji en inglés, después de sentarse enfrente de Nai— los murales que representan la fundación del templo de Doi Suthep. Es una leyenda maravillosa, una mezcla de historia y misticismo, pero, como historiador, hay dos cosas por las que siento curiosidad. Primera, ¿no podría este venerable monje de Sri Lanka haber sabido, por alguna fuente religiosa ajena al reino de Lanna, que había una reliquia de Buda en la semiabandonada pagoda? Segunda, parece demasiado perfecto, demasiado la vida imitando al arte, el que el elefante blanco que portaba la reliquia subiera por casualidad a Doi Suthep y expirase luego, justo al coronar la cumbre. ¿Existe alguna fuente histórica no

budista del siglo XV que corrobore la historia?

Nai se quedó mirando unos instantes al vehemente señor Watanabe antes de responder.

—Señor —dijo, con una débil sonrisa—, en mis dos años dirigiendo visitas a los lugares budistas de esta región, nadie me ha hecho nunca ninguna de esas preguntas. Ciertamente, yo ignoro la respuesta, pero si está usted interesado, puedo darle el nombre de un profesor de la universidad de Chiang Mai que conoce a fondo la historia budista del reino de Lanna. Es un experto en todo el período, comenzando con el rey Mengrai…

Su conversación se vio interrumpida por el anuncio de que el teleférico estaba ya preparado para trasladar a los pasajeros de nuevo a la ciudad. Nai se levantó de su asiento y se excusó. Kenji se reunió con el resto del grupo. Mientras le contemplaba desde lejos, Nai seguía recordando la intensidad reflejada en sus ojos. « Eran increíbles —estaba pensando—, nunca he visto ojos tan límpidos y tan llenos de curiosidad.»

Vio de nuevo aquellos ojos el lunes siguiente por la tarde, cuando fue al hotel Dusit Thani, de Chaing Mai, para su entrevista con la AIE. Quedó estupefacta al ver a Kenji sentado a una mesa con emblema oficial de la AIE en la camisa. Nai se sintió aturdida al principio.

—No había mirado sus documentos antes del sábado —dijo Kenji, a manera de excusa—. Se lo aseguro. De haber sabido que era usted una de las solicitantes, habría hecho un circuito distinto.

La entrevista acabó desarrollándose plácidamente. Kenji se deshizo en elogios, tanto por el excelente expediente académico de Nai como por su trabajo de colaboración voluntaria en los orfanatos de Lamfun y Chiang Mai. Nai reconoció sinceramente que no había tenido siempre « un intenso deseo» de viajar por el espacio, pero como era fundamentalmente « aventurera por naturaleza» y aquel puesto en la AIE le permitiría atender a sus obligaciones familiares, había solicitado su admisión en Marte.

Hacia el final de la entrevista hubo una pausa en la conversación.

—¿Eso es todo? —preguntó afablemente Nai, levantándose de la silla.

—Una cosa más, quizá —aclaró Kenji Watanabe, súbitamente azorado—. Es decir, si se le da bien interpretar sueños.

Nai sonrió y volvió a sentarse.

—Adelante —dijo.

Kenji hizo una profunda inspiración.

—El sábado por la noche soñé que estaba en la jungla, en algún lugar próximo al pie de Doi Suthep; sabía dónde estaba porque podía ver el *chedi* dorado en la parte superior de la escena. Corría apresuradamente por entre los árboles, tratando de encontrar mi camino, cuando vi de pronto una enorme serpiente pitón posada en una gruesa rama junto a mi cabeza.

» —¿Adónde vas? —me preguntó la pitón.

» —Estoy buscando a mi amiga —respondí.

» —Está en lo alto de la montaña —dijo la pitón.

» Salí de la jungla, a la luz del sol, y miré a la cumbre de Doi Suthep. Mi novia de infancia, Keiko Murosawa, estaba allí en pie, agitando la mano en dirección a mí. Me volví y miré a la pitón.

» —Mira otra vez —me dijo.

» Cuando levanté por segunda vez la vista hacia la montaña, el rostro de la mujer había cambiado. Ya no era Keiko; era usted quien me estaba saludando con la mano desde la cumbre de Doi Suthep.

Kenji permaneció en silencio unos instantes.

—Nunca había tenido un sueño tan extraño ni tan vívido. Pensaba que quizá…

Nai había sentido ponérsele la carne de gallina en los brazos mientas Kenji relataba su sueño. Antes de que lo terminara, había sabido ya cual iba a ser el final; que ella, Nai Buatong, sería la mujer que agitaba la mano en lo alto de la montaña. Nai se inclinó hacia delante en su silla.

—Señor Watanabe —dijo lentamente—, espero que lo que voy a decir no le ofenda en modo alguno…

Nai calló unos instantes.

—Nosotros tenemos un famoso proverbio tai —dijo al fin, evitando mirarle a los ojos—, según el cual cuando una serpiente le habla a alguien en sueños ese alguien ha encontrado el hombre o la mujer con quien se casará.

« Seis semanas después recibí la comunicación —recordó Nai. Estaba todavía sentada en el patio junto al templo de la reina Chamatevi, en Lamfun—. El paquete de materiales de la AIE llegó tres días después. Juntamente con las flores de Kenji.»

El propio Kenji se había presentado en Lamfun el fin de semana siguiente.

—Disculpa que no llamara ni nada —se excusó—, pero no tenía sentido continuar la relación a menos que tú también fueses a ir a Marte.

Se le declaró el domingo por la tarde, y Nai aceptó enseguida. Se casaron en Kyoto tres meses después. Los Watanabe pagaron generosamente el viaje a Japón de las dos hermanas de Nai y de tres de sus amigos tai para que pudieran asistir a la boda. Su madre no pudo ir, infortunadamente, pues no había nadie más para cuidar del padre de Nai.

Tras haber pasado detenidamente revista a los recientes cambios operados en su vida, Nai se hallaba finalmente dispuesta a comenzar su meditación. Treinta minutos después estaba por completo serena, feliz y expectante con respecto a la vida desconocida que le aguardaba. El Sol se había elevado ya sobre el horizonte y había otras personas en los terrenos del templo. Caminó lentamente a lo largo

del perímetro, tratando de saborear sus últimos momentos en su ciudad natal.

Dentro del *viharn* principal, tras presentar una ofrenda y quemar incienso en el altar, Nai estudió detenidamente cada panel de las pinturas de las paredes que tantas veces había visto antes. Los cuadros narraban la historia de la vida de la reina Chamatevi, su única y exclusiva heroína desde su infancia. En el siglo VII, las numerosas tribus del área de Lamfun tenían culturas diferentes y, con frecuencia, se encontraban en guerra unas con otras. Lo único que tenían en común en aquella época era una leyenda, un mito según el cual una joven reina llegaría desde el sur, « transportada por enormes elefantes» , y uniría a todas las diversas tribus en el reino Haripunchai.

Chamatevi tenía sólo veintitrés años cuando un viejo adivino la identificó ante unos emisarios llegados del norte como la futura reina de los haripunchai. Era una joven y bella princesa de los mons, el pueblo jemer que más tarde construiría Angkor Wat. Chamatevi era también extremadamente inteligente, una rara mujer de su tiempo y muy favorecida por todos en la corte real.

Los mons quedaron, por lo tanto, estupefactos cuando anunció que renunciaba a su vida de ocio y opulencia y se disponía a ponerse en marcha hacia el norte en un penoso viaje de seis meses a través de setecientos kilómetros de montañas, junglas y pantanos. Cuando Chamatevi y su séquito, « transportados por enormes elefantes» , llegaron al verde valle en que se encontraba Lamfun, sus futuros súbditos abandonaron inmediatamente sus luchas banderizas e instalaron en el trono a la hermosa y joven reina. Gobernó durante cincuenta años con sabiduría y justicia, elevando a su reino desde la oscuridad en que se hallaba hundido hasta una era de progreso social y logros artísticos.

A los setenta años de edad, Chamatevi abdicó de su trono y dividió su reino en dos mitades, gobernadas cada una por uno de sus hijos gemelos. La reina anunció luego que iba a dedicar a Dios el resto de su vida. Ingresó en un monasterio budista y renunció a todos sus bienes. Llevó una vida sencilla y piadosa en el monasterio y murió a la edad de noventa y nueve años. Para entonces había concluido la edad de oro de los haripunchai.

En la última pintura del interior del templo, una mujer de semblante ascético y marchito es transportada al nirvana en una suntuosa carroza. Una joven reina Chamatevi, radiantemente hermosa junto a su Buda, se eleva sobre la carroza en el esplendor de los cielos. Nai Buatong Watanabe, futura integrante de la colonia marciana, se sentó sobre los talones en el templo de Lamfun, Tailandia, y ofreció una silenciosa plegaria al espíritu de su heroína del lejano pasado.

« Querida Chamatevi —dijo—. Tú has velado por mí durante estos veintiséis años. Me dispongo ahora a partir con rumbo a un lugar desconocido, de manera semejante a como hiciste tú cuando viniste al norte para encontrar a los haripunchai. Guíame con tu sabiduría y tu percepción mientras voy a ese nuevo y maravilloso mundo.»

3

Yukiko llevaba una camisa de seda negra, pantalones blancos y boina blanca y negra. Cruzó la sala de estar para hablar con su hermano.

—Ojalá vinieses, Kenji —dijo—. Va a ser la mayor manifestación en favor de la paz que el mundo ha visto jamás.

Kenji dirigió una sonrisa a su hermana menor.

—Me gustaría ir, Yuki —respondió—. Pero sólo me quedan dos días antes de mi marcha y quiero pasar el tiempo con madre y padre.

Su madre entró en la sala por el extremo opuesto. Parecía preocupada, como de costumbre, y llevaba una voluminosa maleta.

—Todo está ya debidamente recogido y guardado —dijo—. Pero me gustaría que cambiases de idea. Hiroshima va a estar convertida en un auténtico manicomio. El *Asahi Shimbun* dice que esperan un millón de visitantes, casi la mitad de ellos procede del extranjero.

—Gracia, madre —dijo Yukiko, cogiendo la maleta—, como sabes, Satoko y yo estaremos en el hotel Hiroshima Prince. No te preocupes. Llamaremos todas las mañanas, antes de que empiecen las actividades. Y el lunes por la tarde estaré de nuevo en casa.

La joven abrió la maleta y extrajo de un compartimiento especial una pulsera de diamantes y un anillo de zafiro. Se puso las dos joyas.

—¿No crees que deberías dejar esas cosas en casa? —se inquietó su madre —. Recuerda que estarán allá esos extranjeros. Tus joyas quizá sean una tentación demasiado fuerte para ellos.

Yukiko se echó a reír con aquella espontaneidad que Kenji adoraba.

—No tienes que preocuparte tanto, madre —exclamó—. Siempre estás pensando en qué cosas malas podrían ocurrir… Vamos a ir a Hiroshima para asistir a las ceremonias conmemorativas del trescientos aniversario del lanzamiento de la bomba atómica. Allí estará nuestro primer ministro, así como tres de los miembros del consejo central de COG. Por las noches actuarán muchos de los músicos más famosos del mundo. Será lo que padre llama una experiencia enriquecedora, y a ti sólo se te ocurre pensar en que alguien podría robarme mis joyas.

—Cuando yo era joven, resultaba insólito que dos chicas que aún no han

terminado sus estudios viajaran solas por Japón…

—Ya hemos hablado de eso otras veces, madre —le interrumpió Yuki—. Tengo casi veintidós años. El año que viene, cuando acabe la carrera, me iré a vivir fuera de casa, por mi propia cuenta, quizás incluso en otro país. Ya no soy una niña. Y Satoko y yo somos perfectamente capaces de cuidar la una de la otra.

Yukiko miró su reloj.

—Debo irme —dijo—. Probablemente, ella me está esperando ya en la estación del metro.

Se dirigió con gráciles pasos hacia su madre y le dio un rutinario beso. Yuki abrazó largamente a su hermano.

—Que te vaya bien, *ani-san* —le susurró al oído—. Cuídate en Marte y cuida a tu encantadora esposa. Todos estamos muy orgullosos de ti.

Kenji nunca había conocido muy bien a Yukiko. Después de todo, era casi doce años mayor que ella. Yuki sólo tenía cuatro años cuando el señor Watanabe fue nombrado presidente de la división americana de International Robotics. La familia había cruzado el Pacífico para establecerse en un suburbio de San Francisco. Kenji no prestaba por entonces gran atención a su hermana. En California le interesaba mucho más su propia vida, especialmente cuando comenzó sus estudios en UCLA, Universidad de California Los Angeles.

El matrimonio Watanabe y Yukiko regresaron a Japón en el año 2232, mientras Kenji se quedaba estudiando el segundo curso de historia en la universidad. Desde entonces había tenido muy poco contacto con Yuki. Durante sus visitas anuales a su casa de Kyoto, Kenji siempre tenía intención de pasar más horas con Yuki, pero nunca llegaba a hacerlo. O ella estaba demasiado ocupada en su propia vida, o sus padres habían organizado demasiados actos sociales o el propio Kenji no había tenido tiempo suficiente.

Kenji experimentó una vaga sensación de tristeza mientras permanecía en la puerta, viendo cómo desaparecía Yukiko a lo lejos. « Voy a marcharme de este planeta —pensó—, y aún no he tenido tiempo de conocer a mi propia hermana» .

La señora Watanabe estaba hablando con voz monótona detrás de él, expresando su sentimiento de que su vida había sido un fracaso porque ninguno de sus hijos albergaba ningún respeto hacia ella y todos se marchaban de su lado. Ahora su único hijo varón, que se había casado con una mujer de Tailandia sólo para fastidiarle a ella, se iba a ir a vivir a Marte y no lo volvería a ver durante más de cinco años. En cuanto a su hija intermedia, por lo menos ella y su marido banquero le habían dado dos nietas, pero eran tan sosas y aburridas como sus padres…

—¿Qué tal está Fumiko? —interrumpió Kenji a su madre—. ¿Tendré oportunidad de verla a ella y a mis sobrinas antes de marcharme?

—Mañana por la noche vienen desde Kobe para cenar con nosotros —

respondió su madre—. Aunque no tengo ni idea de qué ponerles… ¿Sabías que Tatsuo y Fumiko ni siquiera les enseñan a sus hijas a usar los palillos? ¿Te lo imaginas? ¿Una niña japonesa que no sabe usar los palillos? ¿No hay nada sagrado? Hemos renunciado a nuestra identidad por hacernos ricos. Le estaba diciendo a tu padre…

Kenji se zafó con una excusa del quejumbroso monólogo de su madre y buscó refugio en el estudio de su padre. Fotografías enmarcadas cubrían las paredes de la estancia, archivos de la vida personal y profesional de un hombre que había triunfado. Dos de las láminas contenían recuerdos especiales para Kenji también. En una de las fotos, su padre y él sostenían un gran trofeo otorgado por el club de campo a los ganadores del anual torneo de golf padre-hijo. En la otra, un resplandeciente señor Watanabe entregaba una gran medalla a su hijo tras haber ganado el primer premio de todo Kyoto en la competición académica de la escuela superior.

Lo que Kenji había olvidado hasta que vio de nuevo las fotografías era que Toshio Nakamura, hijo del mejor amigo y socio comercial de su padre, había quedado segundo en ambos concursos. En las dos fotografías, el joven Nakamura, que le llevaba casi la cabeza a Kenji, tenía una expresión ceñuda e iracunda.

« Eso fue mucho antes de que se metiera en complicaciones» , pensó Kenji. Recordó el titular, « Ejecutivo de Osaka, detenido» , que, cuatro años antes, había anunciado el procesamiento de Toshio Nakamura. El artículo que seguía al titular explicaba que el señor Nakamura, a la sazón vicepresidente del Grupo Hotelero Tomozawa, había sido acusado de graves delitos, que iban desde soborno hasta proxenetismo y tráfico de esclavos. Cuatro meses después, Nakamura había sido declarado culpable y condenado a varios años de prisión. Kenji no salía de su asombro. « ¿Qué diablos le pasó a Nakamura?» , se había preguntado muchas veces durante aquellos cuatro años.

Mientras recordaba a su rival de juventud, Kenji se sentía entristecido por Keiko Murosawa, la mujer de Nakamura, por quien el propio Kenji había sentido un especial afecto cuando tenía dieciséis años, en Kyoto. De hecho, Kenji y Nakamura habían competido por el amor de Keiko durante casi un año. Cuando finalmente Keiko dejó claro que prefería a Kenji sobre Toshio, el joven Nakamura montó en cólera. Incluso se había enfrentado a Kenji una mañana, cerca del templo Ryoanji, y le había amenazado físicamente.

« Podría haberme casado yo con Keiko —pensó Kenji—, si me hubiera quedado en Japón» . Miró por la ventana al musgoso jardín. Fuera, estaba lloviendo. Le asaltó de pronto un recuerdo especialmente punzante de un día de lluvia durante su adolescencia.

Kenji había corrido a casa de ella tan pronto como su padre le comunicó la noticia. Un concierto de Chopin saludó sus oídos en cuanto enfiló el sendero que conducía a su casa. La señora Murosawa le abrió la puerta y le miro con severidad.

—Keiko está practicando ahora —le dijo a Kenji—. No terminará antes de una hora.

—Por favor, señora Murosawa —replicó el muchacho de dieciséis años—, es muy importante.

Se disponía su madre a cerrar la puerta cuando la propia Keiko divisó a Kenji por la ventana. Dejó de tocar y corrió a su encuentro y su radiante sonrisa provocó en el joven una oleada de alegría.

—Hola, Kenji —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Algo muy importante —respondió él, con aire misterioso—. ¿Puedes venir a dar un paseo conmigo?

La señora Murosawa gruñó algo acerca del cercano recital, pero Keiko convenció a su madre de que podía permitirse dejar de ensayar un día. La muchacha cogió un paraguas y se reunió con Kenji delante de la casa. Tan pronto como quedaron fuera del alcance de la vista desde el edificio, Keiko enlazó su brazo con el de él, como hacía siempre que caminaban juntos.

—Bien, amigo mío —dijo Keiko, mientras seguían su habitual ruta hacia las colinas que se elevaban tras aquella parte de Kyoto—. ¿Qué es tan importante?

—No quiero decírtelo ahora —respondió Kenji—. No aquí, por lo menos. Quiero esperar hasta que lleguemos al lugar adecuado.

Kenji y Keiko reían y parloteaban mientras se dirigían hacia el paseo del Filósofo, un bello sendero que serpenteaba durante varios kilómetros a lo largo de las colinas orientales. Habían hecho famoso aquel camino el filósofo del siglo XX Nishida Kitaro, que supuestamente lo recorría todas las mañanas. Pasaba por delante de algunos de los parajes más pintorescos de Kyoto, entre ellos Ginkaku-Ji (El Pabellón de Plata) y el favorito de Kenji, el viejo templo budista llamado el Honen-In.

Detrás y al lado del Honen-In había un pequeño cementerio con unas setenta u ochenta tumbas y lápidas. Pocos meses antes, Kenji y Keiko habían descubierto en una de sus excursiones que el cementerio albergaba los restos de algunos de los más destacados ciudadanos del siglo XX, entre ellos el célebre novelista Junichiro Tanizaki y el médico/poeta Iwao Matsuo. Tras su descubrimiento, Kenji y Keiko convirtieron el cementerio en su lugar habitual de reunión. Una vez, después de que ambos hubieran leído *Las hermanas Makioka*, obra maestra de Tanizaki sobre la vida en Osaka en la década de 1930, habían discutido alegremente durante más de una hora —sentados junto a la tumba del

autor— sobre a cuál de las hermanas Makioka se parecía más Keiko.

El día en que el señor Watanabe informó a Kenji de que la familia se iba a trasladar a América ya había empezado a llover para cuando Kenji y Keiko llegaron al Honen-In. Allí, Kenji torció a la derecha por un pequeño sendero y se dirigió hacia una vieja puerta con techo de paja entrelazada. Como Keiko esperaba, no entraron en el templo, sino que, en lugar de ello, subieron los peldaños que llevaban al cementerio. Pero Kenji no se detuvo en la tumba de Tanizaki. Continuó subiendo, hasta llegar a otra tumba.

—Aquí es donde está enterrado el doctor Iwao Matsuo —dijo Kenji, sacando su cuaderno electrónico—. Vamos a leer algunos de sus poemas.

Keiko se sentó junto a su amigo, acurrucados los dos bajo el paraguas en medio de la suave llovizna, mientras Kenji leía tres poemas.

—Tengo un último poema —dijo luego Kenji—, un *haiku* especial escrito por un amigo del doctor Matsuo.

Un día del mes de junio,
tras una refrescante copa de helado,
nos dijimos el uno al otro adiós.

Permanecieron unos instantes en silencio después de que Kenji recitara de memoria el *haiku* por segunda vez. Keiko se sintió alarmada e incluso un poco asustada al ver que persistía la grave expresión del semblante de Kenji.

—El poema habla de una despedida —dijo en voz baja—. ¿Me estás diciendo que…?

—No voluntariamente, Keiko —le interrumpió Kenji. Vaciló unos segundos —. Mi padre ha sido destinado a América —continuó al fin—. Nos marchamos el mes que viene.

Kenji nunca había visto una tan intensa expresión de desamparo en el hermoso rostro de Keiko. Cuando ella le miró con aquellos ojos terriblemente tristes, sintió que se le desgarraba el corazón. La abrazó fuertemente en la tarde lluviosa, llorando ya los dos, y juró no amar nunca a nadie más que a ella.

4

La camarera más joven, la del kimono azul claro con el demodado obi, descorrió la mampara deslizante y entró en la estancia. Llevaba una bandeja con cerveza y sake.

—*Osake onegai shimasu* —dijo cortésmente el padre de Kenji, levantando su copa de sake mientras la llenaba.

Kenji tomó un trago de su cerveza fría. Regresó entonces la camarera de más edad, caminando silenciosamente con una bandejita de entremeses. En el centro había alguna especie de marisco en una salsa ligera, pero Kenji no habría podido identificar ni el molusco ni la salsa. En los diecisiete años transcurridos desde que saliera de Kyoto no había tenido más que unas cuantas de aquellas comidas *Kaiseki*.

—*Campai* —dijo Kenji, entrechocando su vaso de cerveza con la copa de sake de su padre—. Gracias, padre. Es para mí un honor estar cenando aquí contigo.

Kicho era el restaurante más famoso de la región de Kansai, de todo el Japón quizás. Era también terriblemente caro, pues conservaba todas las tradiciones de servicio personal, comedores privados y platos de temporada elaborados solamente con los ingredientes de más calidad. Cada manjar era un deleite para los ojos, además de serlo para el paladar. Cuando el señor Watanabe informó a su hijo que iban a cenar los dos a solas, Kenji ni por un momento imaginó que sería en Kicho.

Habían estado hablando de la expedición a Marte.

—¿Cuántos de los demás colonos son japoneses? —preguntó el señor Watanabe.

—Bastantes —respondió Kenji—. Casi trescientos, si no recuerdo mal. Hubo muchas solicitudes altamente cualificadas procedentes de Japón. Sólo América tiene un contingente mayor.

—¿Conoces personalmente a algunos de los otros japoneses?

—A dos o tres. Yasuko Horikawa estuvo algún tiempo en mi clase en la escuela superior juvenil de Kyoto. Quizá te acuerdes de ella. Dientes muy salientes, gafas de cristales gruesos. Trabaja, o trabajaba, debería decir, como química en Dai-Nippon.

El señor Watanabe sonrió.

—Creo que la recuerdo —dijo—. ¿No vino a casa la noche en que Keiko tocó el piano?

—Sí, creo que sí —respondió alegremente Kenji. Se echó a reír—. Pero me cuesta acordarme de nada más que de Keiko en toda aquella noche.

El señor Watanabe vació su copa de sake. La camarera joven, discretamente sentada sobre los talones en un rincón de la estancia, cubierta de esterillas tatami, se acercó a la mesa para llenársela de nuevo.

—Estoy preocupado por los criminales, Kenji —dijo el señor Watanabe cuando se hubo marchado la joven.

—¿De qué estás hablando, padre? —preguntó Kenji.

—He leído en una revista un artículo en el que se aseguraba que la AIE había reclutado varios centenares de presidiarios para formar parte de vuestra colonia Lowell. El artículo hacía hincapié en que todos los criminales habían observado una conducta intachable durante su reclusión y que todos ellos poseían también destacadas cualificaciones. Pero ¿por qué era necesario aceptar presidiarios?

Kenji tomó un trago de cerveza.

—La verdad, padre —respondió—, es que hemos tropezado con ciertas dificultades en el proceso de reclutamiento. Primeramente, nos formamos una idea poco realista del número de personas que solicitarían participar y establecimos unos criterios de selección demasiado rigurosos. Después, el requisito de un tiempo mínimo de cinco años fue un error. Para los jóvenes en especial, la decisión de hacer algo durante un período tan largo constituye un compromiso abrumador, y, lo que es más importante, la prensa socavó gravemente todo el proceso de provisión. Por la época en que pedíamos que se nos enviaran solicitudes de admisión, se produjo un verdadero aluvión de artículos en revistas y programas especiales de televisión sobre la extinción de las colonias marcianas hace cien años. A muchos les asustaba la posibilidad de que se repitiese la historia y también ellos pudieran quedar permanentemente abandonados en Marte.

Kenji hizo una breve pausa, pero el señor Watanabe no dijo nada.

—Además, como sabes, el proyecto ha sufrido los efectos de crisis financieras recurrentes. Fue durante la contracción económica del año pasado cuando por primera vez empezamos a considerar la posibilidad de utilizar presidiarios de buena conducta y profesionalmente cualificados como medio de resolver nuestras dificultades presupuestarias y de personal. Aunque se les pagaría un sueldo modesto, había numerosos estímulos para inducirles a presentarse. La selección significaba la concesión de un indulto total, y, por lo tanto, la libertad, cuando regresaran a la Tierra tras el período de cinco años. Además, los ex reclusos serían ciudadanos de pleno derecho de la colonia Lowell, igual que todos los demás, y no tendrían ya que soportar la molesta

supervisión de todas sus actividades…

Kenji se interrumpió cuando las camareras depositaron sobre la mesa dos pequeñas porciones de pescado a la parrilla, bellamente presentadas sobre un lecho de hojas variadas. El señor Watanabe cogió con sus palillos una de las porciones y mordió un trocito.

—*Oishii desu* —comentó, sin mirar a su hijo.

Kenji cogió su porción de pescado. La conversación sobre la participación de presidiarios en la colonia Lowell parecía haber tocado a su fin. Kenji dirigió la vista hacia el bello jardín que se extendía a espaldas de su padre y por el que tan famoso era el restaurante. Un diminuto arroyo descendía por unas pulimentadas gradas y fluía junto a media docena de exquisitos árboles enanos. El asiento situado de cara al jardín era siempre el puesto de honor en una comida japonesa tradicional. El señor Watanabe había insistido en que Kenji tuviera ante sí la vista del jardín durante aquella última cena.

—¿No pudisteis atraer colonos chinos? —preguntó su padre cuando hubieron terminado el pescado.

Kenji movió negativamente la cabeza.

—Sólo unos pocos de Singapur y Malaysia. Tanto el gobierno chino como el brasileño prohibieron a sus ciudadanos presentarse. La decisión brasileña era esperada, su imperio sudamericano está virtualmente en guerra con el COG, pero habíamos confiado en que los chinos podrían suavizar su postura. Supongo que cien años de aislamiento no se esfuman con facilidad.

—No puedes censurárselo realmente —comentó el señor Watanabe—. Su nación sufrió terriblemente durante el Gran Caos. Todo el capital extranjero desapareció de la noche a la mañana y su economía se desmoronó inmediatamente.

—Conseguimos reclutar unos cuantos africanos negros, quizá cien en total, y un puñado de árabes. Pero la mayoría de los colonos procede de países que contribuyen con cantidades importantes a la AIE. Probablemente, era de esperar.

Kenji se sintió azorado de pronto. Desde que habían entrado en el restaurante, toda la conversación había girado en torno a él y a sus actividades. Durante los platos siguientes Kenji formuló a su padre diversas preguntas sobre su trabajo en International Robotics. El señor Watanabe, que era a la sazón el agente operativo jefe de la corporación, resplandecía de orgullo siempre que hablaba de «su» compañía. Era la empresa fabricante de robots para la fábrica y la oficina más grande del mundo. La cifra anual de ventas de IR, como siempre se la llamaba, la situaba entre las cincuenta industrias fabriles más importantes del mundo.

—El año que viene cumpliré sesenta y dos años —dijo el señor Watanabe, insólitamente locuaz a consecuencia de las numerosas copas de sake que había tomado—, y había pensado que podría retirarme. Pero Nakamura dice que sería un error. Dice que la compañía me necesita todavía…

Antes de que llegase la fruta, Kenji y su padre estaban hablando nuevamente de la próxima expedición marciana. Kenji explicó que Nai y la mayoría de los demás colonos asiáticos que viajarían en la *Pinta o* en la *Niña* se encontraba ya en el campo de adiestramiento japonés del sur de Kyushu. Él se reuniría con su mujer tan pronto como saliese de Kyoto y, tras diez días más de adiestramiento, ellos y el resto de pasajeros de la *Pinta* serían transportados a una estación espacial BOT (Baja Órbita Terrestre), donde se someterían durante una semana a un proceso de habituamiento a la ingravidez. La etapa final de su viaje en las proximidades de la Tierra sería el recorrido a bordo de un remolcador espacial de la distancia existente entre BOT y la estación espacial geosincrónica instalada en GEO-4, donde a la sazón se estaba procediendo a montar la *Pinta*, al tiempo que se la sometía a las comprobaciones finales y se la equipaba para el largo viaje a Marte.

La camarera más joven les llevó dos copas de coñac.

—Esa esposa tuya es realmente una criatura espléndida —dijo el señor Watanabe, al tiempo que tomaba un sorbo del licor—. Siempre he pensado que las mujeres tai son las más bellas del mundo.

—También es bella interiormente —se apresuró a añadir Kenji, echando súbitamente de menos a su mujer—. Y muy inteligente.

—Su inglés es excelente —indicó el señor Watanabe—. Pero tu madre dice que su japonés es horrible.

Kenji se irguió.

—Nai intentó hablar en japonés, idioma que, dicho sea de paso, no ha estudiado nunca, porque madre se negó a hablar en inglés. Fue todo deliberado para hacer que Nai se sintiera incómoda…

Kenji se contuvo. Sus palabras en defensa de Nai no resultaban oportunas en aquel momento.

—*Gomen nasai* —dijo a su padre.

El señor Watanabe tomó un prolongado trago de coñac.

—Bien, Kenji —dijo—, ésta es la última vez que estaremos juntos durante por lo menos cinco años. He disfrutado mucho con tu compañía y tu conversación. —Hizo una pausa—. Sin embargo, hay una cosa más de la que quiero hablar contigo.

Kenji cambió de postura (ya no estaba acostumbrado a permanecer cuatro horas seguidas sentado en el suelo con las piernas cruzadas) e irguió el busto, tratando de pensar con claridad. Por el tono de su padre comprendía que aquella « una cosa más» era importante.

—Mi interés por los criminales de tu colonia Lowell no se debe a simple curiosidad —comenzó el señor Watanabe. Hizo una pausa para ordenar sus ideas antes de continuar—. A finales de la semana pasada, al término de la jornada laboral, Nakamura-san vino a mi despacho y me dijo que la segunda solicitud de

su hijo para participar en la colonia Lowell había sido también denegada. Me preguntó si querría hablar contigo para que intervinieses en el asunto.

Estas palabras fueron para Kenji como un rayo que cayera súbitamente sobre él. Nadie le había dicho jamás que su rival de juventud hubiera solicitado ser admitido en la colonia Lowell. Ahora era su padre…

—No he participado en el proceso de seleccionar a los colonos presidiarios —respondió lentamente Kenji—. Ésa es una sección del proyecto completamente diferente.

El señor Watanabe permaneció unos instantes en silencio.

—Nuestros contactos nos dicen —continuó finalmente, tras apurar su coñac— que la única verdadera oposición procede de un psiquiatra, un tal doctor Ridgemore, de Nueva Zelanda, que, pese al excelente historial de Toshio durante su período de reclusión, opina que el hijo de Nakamura sigue sin reconocer haber hecho nada malo… Creo que tú fuiste personalmente responsable de la selección del doctor Ridgemore para la colonia Lowell.

Kenji estaba asombrado. No se trataba de una petición formularia la que su padre le estaba haciendo. Había practicado una amplia investigación previa. « Pero ¿por qué? —se preguntó Kenji—. ¿Por qué está tan interesado?» .

—Nakamura-san es un brillante ingeniero —prosiguió el señor Watanabe—. A él personalmente se deben muchos de los productos que nos han acreditado como líderes en nuestro campo. Pero su laboratorio no se ha mostrado muy innovador últimamente. De hecho, su productividad empezó a disminuir hacia la época de la detención y condena de su hijo.

El señor Watanabe se inclinó hacia Kenji, con los codos apoyados en la mesa.

—Nakamura-san ha perdido la confianza en sí mismo. Él y su mujer tienen que visitar una vez al mes a Toshio en su centro de reclusión. Ello constituye un constante recordatorio para Nakamura-san de la deshonra que ha caído sobre su familia. Si el hijo pudiera ir a Marte, quizá…

Kenji comprendió perfectamente lo que le estaba pidiendo su padre. Emociones largo tiempo reprimidas amenazaban ahora estallar con violencia. Kenji se sentía enfurecido y confuso. Se disponía a decirle a su padre que su petición era « incorrecta» cuando el señor Watanabe habló de nuevo.

—Ha sido igualmente duro para Keiko y la niña. Aiko tiene ya casi siete años. Cada quince días ambas toman diligentemente el tren para Ashiya…

A pesar de sus esfuerzos, Kenji no pudo impedir que se le agolparan las lágrimas en las comisuras de los ojos. La imagen de Keiko, quebrantada y abatida, llevando a su hija al interior de la zona restringida para la visita quincenal a su padre, era más de lo que podía soportar.

—La semana pasada —añadió su padre—, yo mismo hablé con Keiko a petición de Nakamura. Estaba muy desalentada. Pero pareció recobrar el ánimo cuando le dije que te iba a pedir que intercedieras en favor de su marido.

Kenji hizo una profunda inspiración y clavó la vista en el inexpresivo rostro de su padre. Sabía lo que iba a hacer. Sabía también que era realmente «incorrecto», no malo ni injusto, sólo incorrecto. Pero no tenía sentido angustiarse por una decisión que era inevitable.

Kenji apuró su coñac.

—Dile a Nakamura-san que mañana llamaré al doctor Ridgemore —indicó.

¿Y si su intuición era equivocada? «Entonces habré perdido una hora, noventa minutos como máximo», pensó Kenji, mientras, con una disculpa, abandonaba la reunión familiar con su hermana Fumiko y sus dos hijas y salía a la calle. Tomó inmediatamente la dirección de la colina. Faltaba alrededor de una hora para la puesta de sol. «Ella estará allí —se dijo—. Esta será mi última oportunidad de decirle adiós».

Kenji fue primero al pequeño templo Anraku-Ji. Entró en el *hondo*, esperando encontrar a Keiko en su lugar favorito, delante del altar de madera erigido en memoria de dos monjas budistas del siglo XII, antiguas integrantes del harén de la corte, que se habían suicidado cuando el emperador Go-Toba les ordenó repudiar las enseñanzas de san Honen. Keiko no estaba allí. Tampoco estaba fuera, donde se había dado sepultura a las dos mujeres, en la linde del bosque de bambúes. Kenji empezó a pensar que se había equivocado. «Keiko no ha venido —pensó—. Considera que ya se ha humillado demasiado».

Su única esperanza era que Keiko le estuviese esperando en el cementerio adyacente al Honen-In, donde diecisiete años antes le había informado de que se marchaba de Japón. El corazón le dio un vuelco a Kenji mientras subía por el sendero que conducía al templo. A lo lejos, a su derecha, vio la figura de una mujer. Llevaba un sencillo vestido negro y se encontraba junto a la tumba de Junichiro Tanizaki.

Aunque estaba vuelta de espaldas a él y no podía ver con claridad a la desfalleciente luz del crepúsculo, Kenji tuvo la certeza de que la mujer era Keiko. Subió corriendo los peldaños y entró en el cementerio, para detenerse finalmente a unos cinco metros de la mujer de negro.

—Keiko —dijo, jadeando—. Me alegra…

—Watanabe-san —exclamó ceremoniosamente la figura, volviéndose con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo. Hizo una profunda reverencia, como si fuese una sirvienta—. *Domo arrigato gozaimasu* —repitió dos veces. Finalmente, se incorporó, pero siguió sin levantar la vista hacia Kenji.

—Keiko —dijo él en voz baja—. Soy Kenji. Estoy solo. Por favor, mírame.

—No puedo —respondió ella con voz apenas audible—. Pero sí puedo darte las gracias por lo que has hecho por Aiko y por mí —se inclinó de nuevo—. *Domo arrigato gozaimasu* —dijo.

Kenji se agachó impulsivamente y puso la mano bajo la barbilla de Keiko. Le levantó suavemente la cabeza hasta que pudo verle la cara. Keiko seguía siendo hermosa. Pero Kenji quedó horrorizado al ver el rictus de tristeza permanentemente tallado en aquellas delicadas facciones.

—Keiko —murmuró, sintiendo que las lágrimas de ella se le hundían como diminutos puñales en el corazón.

—Debo irme —susurró Keiko—. Te deseo que seas feliz. —Se desasió y volvió a inclinarse. Luego, se incorporó, sin mirarle, y descendió lentamente por el sendero entre las sombras del crepúsculo.

Los ojos de Kenji la siguieron hasta que desapareció en la distancia. Sólo entonces se dio cuenta de que había estado inclinado sobre la tumba de Tanizaki. Miró fijamente durante unos instantes los dos caracteres kanji, Ku y Jaku, grabados en la lápida gris. Uno de ellos decía « Vacío» ; el otro, « Soledad» .

5

Cuando el mensaje de Rama fue retransmitido a la Tierra desde el sistema de satélites de seguimiento en el año 2241, la consternación fue inmediata. El video de Nicole quedó al instante clasificado como de alto secreto, como era de suponer, mientras la Agencia Internacional de Inteligencia (AII), el brazo de seguridad del COG, pugnaba por comprender qué era todo aquello. Una docena de los mejores agentes fueron enseguida asignados a las instalaciones de Novosibirsk para analizar la señal recibida de las profundidades del espacio y elaborar un plan básico para la respuesta del COG.

Una vez adquirida la certeza de que ni los chinos ni los brasileños podían haber descifrado la señal (sus capacidades tecnológicas no estaban a la altura del COG), se transmitió en dirección a Rama el acuse de recibo solicitado, evitando con ello nuevas reproducciones del vídeo de Nicole. Luego, los superagentes centraron su atención en el contenido detallado del propio mensaje.

Comenzaron practicando una cierta investigación histórica. Estaba generalmente aceptado, pese a algunas sugeridas (pero desacreditadas) pruebas en contrario, que la nave espacial Rama II había sido destruida por una andanada de misiles nucleares en abril del 2200. Nicole des Jardins, el supuesto ser humano que aparecía en el vídeo, había presuntamente muerto antes de que la nave científica Newton hubiera abandonado Rama. Sin duda, ella, o lo que quedara de ella, habría resultado aniquilada en la devastación nuclear. Así que quien hablaba en el vídeo no podía realmente ser ella.

Pero si la persona o cosa que hablaba en el fragmento televisivo era una imitación robot o simulacro de la señora Des Jardins, superaba con mucho a cualquier diseño de inteligencia artificial existente en la Tierra. La conclusión preliminar, por tanto, era que la Tierra se encontraba tratando de nuevo con una avanzada civilización de increíble capacidad, una civilización acomodada a los niveles tecnológicos exhibidos por las dos naves espaciales Rama.

Tampoco había ninguna duda con respecto a la amenaza implícita en el mensaje, cuestión en la que la unanimidad entre los superagentes era absoluta. Si realmente se estaba dirigiendo hacia el sistema solar otro vehículo Rama (aunque aún no había sido detectado por el par de estaciones Excalibur), la Tierra no podía, en manera alguna, hacer caso omiso del mensaje. Existía, por supuesto, la

posibilidad de que todo el asunto fuese un refinado engaño, urdido por los brillantes físicos chinos (ellos eran decididamente los principales sospechosos), pero hasta que tal cosa se confirmase el COG necesitaba tener un plan definitivo.

Afortunadamente, se había aprobado ya un proyecto multinacional para establecer una modesta colonia en Marte hacia mediados de la década de 2240. Durante los veinte años anteriores, media docena de misiones de exploración de Marte habían reavivado el interés por la gran idea de ocupar el planeta rojo y hacerlo habitable para la especie humana. Ya había en Marte laboratorios científicos automáticos que realizaban experimentos demasiado peligrosos o polémicos para ser ejecutados en la Tierra. La forma más fácil de satisfacer la finalidad del vídeo de Nicole des Jardins —y de no alarmar a la población del planeta Tierra— sería anunciar y financiar una colonia considerablemente mayor en Marte. Si todo el asunto resultaba ser un fraude, entonces se podían reducir las dimensiones de la colonia al tamaño originariamente previsto.

Uno de los agentes, un indio llamado Ravi Srinivasan, revisó detenidamente los archivos de datos de la AIE desde el año 2200 y llegó a la convicción de que Rama II no había sido destruida por la falange nuclear.

—Es posible —dijo el señor Srinivasan— que este vídeo sea auténtico y que la persona que habla en él sea realmente la estimada señora Des Jardins.

—Pero tendría setenta y siete años ahora —objetó otro de los agentes.

—No hay en el vídeo ninguna indicación de cuándo fue grabado —arguyo el señor Srinivasan—. Y si comparamos las fotografías de la señora Des Jardins tomadas durante la misión con las imágenes de la mujer que aparece en la transmisión que hemos recibido, son decididamente diferentes. Su rostro está más envejecido, hasta en diez años quizá. Si quien habla en el vídeo es un engaño o un simulacro, se trata de algo sorprendentemente bien hecho.

El señor Srinivasan admitió, sin embargo, que el plan elaborado por la AIE era el adecuado, aun cuando lo presentado en el vídeo fuese verdad. O sea que no era tan importante convencer a todo el mundo de que su punto de vista era correcto. Lo absolutamente necesario, convinieron todos los superagentes, era que sólo un mínimo de personas conociera la existencia del video.

Los cuarenta años transcurridos desde el comienzo del siglo XXIII habían presenciado varios cambios importantes en el planeta Tierra.

Después del Gran Caos, había emergido el Consejo de Gobierno (COG) como organización monolítica que controlaba o al menos, manipulaba, la política del planeta. Sólo China, que se había replegado sobre sí misma en un aislamiento absoluto tras su devastadora experiencia durante el Caos, se hallaba fuera de la esfera de influencia del COG. Pero después del 2200 empezaron a aparecer indicios de que comenzaba a erosionarse el indiscutido poder del COG.

Fueron primero las elecciones coreanas del año 2209, en las que el pueblo de aquella nación, disgustado por los sucesivos regímenes de políticos corruptos que

se habían enriquecido a costa de la población, votó en favor de una federación con los chinos. De los países más importantes del mundo, sólo China tenía un tipo de gobierno significativamente diferente del regulado capitalismo practicado por las ricas naciones y confederaciones de América del Norte, Asia y Europa. El sistema chino era una especie de democracia socialista basada en los principios humanistas defendidos por el canonizado católico italiano del siglo XXII san Michael de Siena.

El COG, y de hecho el mundo entero, quedó estupefacto ante los sorprendentes resultados electorales en Corea. Para cuando la AII pudo fomentar una guerra civil (2211-2212) el nuevo Gobierno coreano y sus aliados chinos habían captado ya los corazones y las mentes de los habitantes. La rebelión fue fácilmente aplastada y Corea se convirtió en parte permanente de la federación china.

Los chinos declararon públicamente que no tenían intención de exportar su forma de gobierno mediante una acción militar, pero el resto del mundo no aceptó su palabra. Los presupuestos militares y de espionaje del COG se duplicaron entre 2210 y 2220, al tiempo que retornaba la tensión política a la escena mundial.

Mientras tanto en el año 2218, los trescientos cincuenta millones de brasileños eligieron a un carismático general, Joao Pereira, para la más alta magistratura de su nación. El general Pereira creía que América del Sur era tratada injustamente e infravalorada por el COG (no se equivocaba) y pidió la introducción en la carta del COG cambios que paliasen los problemas. Cuando el COG se negó a ello, Pereira galvanizó el regionalismo sudamericano al abrogar unilateralmente la carta del COG. Brasil se separó, en efecto, del Consejo de Gobiernos y a lo largo de la década siguiente la mayoría de las restantes naciones sudamericanas, estimuladas por el ingente poderío militar de Brasil, que se oponía con éxito a las fuerzas pacificadoras del COG, siguió también su ejemplo. De todo ello emergió un tercer actor en la escena geopolítica mundial, una especie de imperio brasileño vigorosamente gobernado por el general Pereira.

Al principio, los embargos decretados por el COG amenazaron con arrojar de nuevo a Brasil y al resto de América del Sur a la miseria que había asolado la región tras el Gran Caos. Pero Pereira contraatacó. Como las naciones avanzadas de América del Norte, Asia y Europa se negaban a comprar sus exportaciones legales, decidió que él y sus aliados exportarían productos ilegales. El trafico de drogas se convirtió en el comercio fundamental del imperio brasileño. Fue una política inmensamente fructuosa. En el año 2240, un torrente de toda clase y tipos de drogas se volcaba desde América del Sur en el resto del mundo.

En este entorno político fue donde el vídeo de Nicole se recibió en la Tierra. Aunque habían aparecido algunas fisuras en el control ejercido por el COG sobre el planeta, la organización representaba todavía casi el setenta por ciento de la

población y el noventa por ciento de la riqueza material de la Tierra. Era natural que el COG y su agencia espacial ejecutiva, la AIE, asumieran la responsabilidad de instrumentar la respuesta. Siguiendo cuidadosamente los criterios de seguridad definidos por la AII, en febrero del 2242 se anunció un aumento hasta de cinco veces más en el número de personas que irían a Marte como parte de la colonia Lowell. La salida de la Tierra quedó fijada para finales de verano o principios de otoño del 2245.

Las otras cuatro personas que se encontraban en la habitación, todas ellas rubias y de ojos azules y miembros de la misma familia de Malmó, Suecia, cruzaron la puerta y dejaron solos a Kenji y Nai Watanabe. Éste continuó mirando a la Tierra, a treinta y cinco mil kilómetros por debajo de ella. Kenji se puso a su lado, ante la amplia ventana de observación.

—Nunca había entendido bien —dijo Nai a su marido— lo que significaba estar en órbita geosincrónica. La Tierra no se mueve desde aquí. Parece suspendida en el espacio.

Kenji se echó a reír.

—En realidad, nos estamos moviendo los dos, y muy velozmente. Pero como nuestro período orbital y el período de rotación de la Tierra son iguales, la Tierra nos presenta siempre la misma imagen.

—Era diferente en aquella otra estación espacial —indicó Nai, mientras se apartaba de la ventana arrastrando los pies, calzados con zapatillas—. Allí la Tierra era majestuosa, dinámica, mucho más impresionante.

—Pero estábamos a sólo trescientos kilómetros de la superficie. Claro que era…

—¡Mierda! —oyeron gritar al otro extremo de la sala de observación.

Un corpulento joven vestido con pantalones vaqueros y camisa a cuadros se contorsionaba en el aire, a poco más de un metro del suelo, y sus frenéticos movimientos le hacían dar vueltas de costado, Kenji se acercó y ayudó al recién llegado a sostenerse sobre los pies.

—Gracias —dijo el hombre—. Olvidé mantener siempre un pie en el suelo. Esta jodida ingravidez es la leche para un granjero.

Tenía un fuerte acento meridional.

—Oh, perdone mi forma de hablar, señora. He vivido demasiado tiempo entre vacas y cerdos. —Le tendió la mano a Kenji—. Soy Max Puckett, de De Queen, Arkansas.

Kenji se presentó a sí mismo y a su mujer. Max Puckett tenía un rostro de expresión franca y sonrisa rápida.

—¿Saben una cosa? —dijo Max—. Cuando me alisté para ir a Marte, no sabía que estaríamos sin peso durante todo el puñetero viaje… ¿Qué va a ser de las

pobres gallinas? Probablemente no volverán a poner jamás un huevo.

Max se dirigió hacia la ventana.

—Es casi mediodía en mi casa, allá abajo, en ese curioso planeta. Mi hermano Clyde acaba de abrir probablemente una botella de cerveza y su mujer Winona le estará preparando un *sandwich*. —Calló unos instantes y, luego, se volvió hacia los Watanabe—. ¿Qué van a hacer ustedes dos en Marte?

—Yo soy el historiador de la colonia —respondió Kenji—. O uno de ellos, al menos. Mi esposa, Nai, es profesora de inglés y francés.

—Mierda —exclamó Max Puckett—. Esperaba que fuesen una de las parejas de granjeros de Vietnam o Laos. Quiero aprender algo sobre el arroz.

—¿Ha dicho usted algo acerca de gallinas? —preguntó Nai tras un breve silencio—. ¿Vamos a tener gallinas en la *Pinta*?

—Señora —respondió Puckett—, hay quince mil de las mejores de Puckett metidas en jaulas en un remolque aparcado al otro extremo de esta estación. La AIE pagó por esas gallinas lo suficiente para que Clyde y Winona puedan pasarse todo un año descansando si quieren… Si esas gallinas no van a venir conmigo, me gustaría saber qué diablos van a hacer con ellas.

—Los pasajeros ocupan solamente el veinte por ciento del espacio existente en la *Pinta* y en la *Santa María* —recordó Kenji a Nai—. Las provisiones y los demás elementos de la carga ocupan el resto del espacio. En la *Pinta* tendremos un total de solamente trescientos pasajeros, la mayoría funcionarios de la AIE y otro personal clave necesario para inicializar la colonia…

—Ini ¿qué? —le interrumpió Max—. Maldita sea, hombre, habla usted como uno de esos robots —dirigió una sonrisa a Nai—. Después de dos años con una de esas cultivadoras parlantes, tiré el maldito cacharro a la basura y lo sustituí por uno de aquellos modelos antiguos mudos.

Kenji rio alegremente.

—Supongo que utilizo mucho la jerga de la AIE. Yo fui uno de los primeros civiles seleccionados para Nueva Lowell y he dirigido el reclutamiento de personal en Oriente.

Max se había puesto un cigarrillo entre los labios. Paseó la vista a su alrededor en la sala de observación.

—No veo un cartel de fumar por ninguna parte —dijo—. Así que supongo que si lo enciendo haré dispararse todas las alarmas. —Se puso el cigarrillo detrás de la oreja—. A Winona no le gusta que Clyde y yo fumemos. Dice que ya no fuma nadie más que los granjeros y las putas.

Max rio entre dientes. Kenji y Nai rieron también. Era un hombre divertido.

—Hablando de putas —dijo Max, guiñando un ojo—, ¿dónde están todas aquellas presidiarias que vi en la televisión? Algunas de ellas estaban la mar de bien. Es mucho mejor verles a ellas que a mis cerdos y mis gallinas.

—Todos los colonos que han permanecido recluidos en prisiones de la Tierra

viajan en la *Santa María* —indicó Kenji—. Nosotros llegaremos unos dos meses antes que ellos.

—Sabe usted muchas cosas acerca de esta misión —comentó Max—. Y no habla un inglés chapurreado como los japoneses que he conocido en Little Rocko en Texarkana. ¿Es usted alguien especial?

—No —respondió Kenji, sin poder contener otra carcajada—. Como le he dicho, sólo soy el historiador jefe de la colonia.

Kenji se disponía a decir a Max que había vivido seis años en Estados Unidos —lo que explicaba por qué era tan bueno su inglés—, cuando se abrió la puerta de la sala y entró un anciano caballero de porte grave, vestido con traje gris y corbata oscura.

—Disculpe —dijo, dirigiéndose a Max, que había vuelto a ponerse en los labios el cigarrillo sin encender—, ¿he terminado por equivocación en el salón de fumadores?

—No, papi —respondió Max—. Esto es la sala de observación. Es demasiado bonita para ser la zona de fumadores. A los fumadores los meten seguramente en un cuarto pequeño, sin ventanas y cerca de los retretes. Mi entrevistador de la AIE me dijo…

El anciano caballero estaba mirando a Max como si él fuese un biólogo y Max una especie rara pero desagradable.

—Mi nombre, joven —le interrumpió—, no es «papi». Es Pyotr. Pyotr Mishkin para ser exactos.

—Encantado de conocerle, Peter —exclamó Max, extendiendo la mano—. Yo soy Max. Esta pareja son los Wabanyabe. Son de Japón.

—Kenji Watanabe —corrigió Kenji—. Ésta es mi esposa Nai, que es ciudadana de Tailandia.

—Señor Max —dijo ceremoniosamente Pyotr Mishkin—, mi nombre de pila es Pyotr, no Peter. Ya es bastante malo que tenga que hablar en inglés durante cinco años. Seguro que puedo pedir que mi nombre al menos conserve su sonido ruso original.

—Muy bien, Pi-yo-tre —respondió Max, sonriendo de nuevo—. Y usted ¿a qué se dedica? No, deje que lo adivine… Usted es el encargado de pompas fúnebres de la colonia.

Por un instante Kenji temió que el señor Mishkin estallara de cólera. Pero, en lugar de ello, comenzó a formarse en su rostro una leve sonrisa.

—Está claro, señor Max —dijo lentamente—, que tiene usted una cierta vis cómica. Comprendo que eso puede constituir una virtud en un largo y aburrido viaje espacial. —Hizo una pausa—. Para su información, no soy encargado de pompas fúnebres. Pertenezco al mundo del derecho. Hasta hace dos años, en que me retiré por mi propia voluntad para buscar una «nueva aventura», he sido miembro del Tribunal Supremo soviético.

—Anda coño —exclamó Max Puckett—. Ahora recuerdo. Leí un artículo sobre usted en la revista *Time*… Eh, juez Mishkin, lo siento. No le había reconocido.

—No se preocupe —le interrumpió el juez Mishkin, mientras una regocijada sonrisa se extendía por su rostro—. Ha sido fascinante permanecer ignorado unos momentos y ser tomado por un empresario de pompas fúnebres. Probablemente, el severo semblante del juez se parece mucho a la expresión sombría del profesional funerario. A propósito, señor…

—Puckett, señor.

—A propósito, señor Puckett —continuó el juez Mishkin—, ¿le gustaría venir a tomar una copa conmigo en el bar? Un vodka vendría especialmente bien en estos momentos.

—Y también un poco de tequila —respondió Max, caminando hacia la puerta con el juez Mishkin—. Por cierto, seguro que no sabe lo que pasa cuando se les da tequila a los cerdos, ¿verdad? Lo imaginaba. Bueno, pues mi hermano Clyde y yo…

Desaparecieron por la puerta, dejando nuevamente solos a Kenji y Nai Watanabe. Se miraron ambos y se echaron a reír.

—No creerás que esos dos vayan a hacerse amigos, ¿no? —preguntó Kenji.

—Ni por lo más remoto —respondió Nai con una sonrisa—. Vaya par de tipos.

—Mishkin está considerado como uno de los mejores juristas de nuestro siglo. Sus opiniones son lectura obligatoria en todas las facultades de derecho soviéticas. Puckett fue presidente de la Cooperativa de Granjeros del Sudoeste de Arkansas. Posee vastos conocimientos sobre técnicas de labranza y sobre animales de granja también.

—¿Conoces los antecedentes de todas las personas de Nueva Lowell?

—No —respondió Kenji—. Pero he estudiado los expedientes de todos los asignados a la *Pinta*.

Nai le echó los brazos al cuello a su marido.

—Háblame de Nai Buatong Watanabe —dijo.

—Profesora de escuela tai, con dominio del inglés y el francés, IE de 2,48, SC de 91…

Nai interrumpió a Kenji con un beso.

—Olvidas la característica más importante —dijo.

—¿Cuál?

Le volvió a besar.

—Enamorada y reciente esposa de Kenji Watanabe, historiador de la colonia.

6

Prácticamente el mundo entero se hallaba atento a la televisión cuando se procedió a la inauguración formal de la *Pinta* unas horas antes del momento previsto para su salida rumbo a Marte con su pasaje y su carga. El vicepresidente segundo del COG, un ejecutivo inmobiliario suizo llamado Heinrich Jenzer, estaba presente en GEO-4 para las ceremonias inaugurales. Pronunció un breve discurso para conmemorar la finalización de las tres grandes naves espaciales y el comienzo de una « nueva era de colonización marciana» . Cuando concluyó, el señor Jenzer presentó al señor Ian Macmillan, comandante escocés de la *Pinta*. Macmillan, aburrido orador que parecía la quintaesencia del burócrata de la AIE, leyó un discurso de seis minutos de duración en el que recordaba al mundo los objetivos fundamentales del proyecto.

—Estos tres vehículos —dijo al inicio de su discurso— transportarán a casi dos mil personas en un viaje de cien millones de kilómetros hasta otro planeta, Marte, donde esta vez se establecerá una presencia humana permanente. La mayoría de nuestros futuros colonos marcianos viajará en la segunda nave, la *Niña*, que saldrá de aquí, desde GEO-4, dentro de tres semanas. Nuestra nave, la *Pinta*, y la última nave espacial, la *Santa María*, transportarán trescientos pasajeros cada una, además de los miles de kilogramos de pertrechos y provisiones que se necesitarán para mantener la colonia.

Evitando cuidadosamente cualquier mención al abandono de las primeras avanzadillas marcianas en el siglo anterior, el comandante Macmillan trató luego de adoptar un tono poético, comparando la expedición que iba a comenzar con la realizada por Cristóbal Colón setecientos cincuenta años antes. El lenguaje en que había sido escrito el discurso era excelente, pero la dicción monótona e insípida de Macmillan transformó en aburrida y prosaica conferencia histórica palabras que habrían sido sugerentes e inspiradoras en boca de un buen orador.

Terminó su discurso caracterizando a los colonos como grupo, citando estadísticas sobre sus edades, ocupaciones y países de origen.

—Estos hombres y mujeres, por lo tanto —resumió Macmillan—, constituyen una muestra representativa de la especie humana en casi todos los aspectos. Digo « casi» , porque existen por lo menos dos atributos comunes a los miembros de este grupo que no se encontrarían en un conjunto de similares

dimensiones de seres humanos tomados al azar. Primero, los futuros habitantes de la colonia Lowell son extremadamente inteligentes; su cociente de inteligencia es, por término medio, ligeramente superior a 1,86. Segundo, y esto huelga decirlo, tienen que ser valerosos, ya que, en otro caso, no habrían solicitado y luego aceptado una larga y difícil misión en un medio ambiente nuevo y desconocido.

Cuando terminó, le fue entregada al comandante Macmillan una diminuta botella de champaña, que rompió contra la maqueta a escala 1/100 exhibida detrás de él y de los demás dignatarios presentes en el estrado. Momentos después, mientras los colonos salían del auditorio y se disponían a subir a bordo de la *Pinta*, Macmillan y Jenzer dieron comienzo a la conferencia de prensa prevista.

—Es un cabrón.

—Es un burócrata marginalmente competente.

—Es un jodido cabrón.

Max Puckett y el juez Mishkin hablaban del comandante Macmillan mientras comían.

—No tiene el menor sentido del humor.

—Es simplemente incapaz de apreciar cosas que se salgan de lo corriente.

Max estaba irritado. Había sido censurado por la plana mayor de la *Pinta* durante una audiencia informal celebrada aquella mañana. Su amigo el juez Mishkin había representado a Max en la audiencia y había impedido que las actuaciones fueran más lejos.

—Esos mamones no tienen ningún derecho a juzgar mi comportamiento.

—Sin duda alguna, amigo mío —respondió el juez Mishkin—, tiene razón en un sentido general. Pero en esta nave espacial tenemos un conjunto de condiciones singulares. Ellos son aquí la autoridad, al menos hasta que lleguemos a la colonia Lowell y establezcamos nuestro propio gobierno… En cualquier caso, no se ha producido ningún perjuicio concreto. A usted no se le ha causado ningún daño específico. En nada le ha lesionado la declaración de que sus actos eran « reprochables» . Podría haber sido mucho peor.

Dos noches antes se había celebrado una fiesta para festejar el paso del punto intermedio en el viaje de la *Pinta* de la Tierra a Marte. Max había estado flirteando entusiásticamente durante más de una hora con la hermosa Angela Rendino, una de las ayudantes de Macmillan. El suave escocés había llamado a Max y le había sugerido que dejase en paz a Angela.

—Deje que sea ella quien me lo diga —había indicado razonablemente Max.

—Es una joven inexperta —había replicado Macmillan—. Y es demasiado cortés como para decirle a usted lo repulsivo que le resulta su humor animal.

Max se lo había estado pasando en grande hasta entonces.

—¿Qué pinta usted en esto, comandante? —preguntó, después de echarse al coleto otro tequila con limón—. ¿Es ella su ligue particular o algo así?

Ian Macmillan se puso rojo de cólera.

—Señor Puckett —replicó al cabo de unos instantes—, si su comportamiento no mejora, me veré obligado a recluirle en su apartamento.

El enfrentamiento con Macmillan le había echado a perder la velada a Max. Le había enfurecido el hecho de que el comandante utilizase su autoridad oficial en lo que evidentemente era una situación personal. Max había regresado a su cuarto, que compartía con otro norteamericano, un taciturno guardabosques del estado de Oregón llamado Dave Denison, y se bebió en poco tiempo toda una botella de tequila. En su embriaguez, Max se sintió nostálgico y deprimido. Decidió entonces ir al centro de comunicaciones y telefonear a su hermano Clyde, a Arkansas.

Era ya noche avanzada. Para llegar al complejo de comunicaciones, Max tenía que cruzar toda la nave, pasando primero por el salón en que acababa de terminar la fiesta y luego por delante de las habitaciones de los oficiales. En la sección central, Max tuvo un fugaz atisbo de Ian Macmillan y Angela Rendino entrando cogidos del brazo en el apartamento privado del comandante.

—El muy hijo de puta —se dijo Max.

Permaneció paseándose de un lado a otro en el pasillo, ante la puerta de Macmillan, y sintiéndose cada vez más furioso. Al cabo de unos cinco minutos, se abrió por fin paso en su mente obnubilada por el alcohol una idea que le agradó. Recordando sus tiempos en la universidad de Arkansas, en que había ganado el premio a la mejor imitación del berrido del cerdo, Max rasgó el silencio de la noche con un ruido horrísono.

—Su-iiiii, pig, pig —imitó Max.

Repitió el berrido una y otra vez y luego desapareció rápidamente, justo antes de que todas las puertas de la sección de oficiales (incluida la de Macmillan) se abriesen para ver qué era todo aquel escándalo. Al comandante Macmillan no le hizo ninguna gracia que todos sus hombres le vieran, junto con la señorita Rendino, en estado de desnudez absoluta.

El viaje a Marte fue una segunda luna de miel para Kenji y Nai. Ninguno de los dos tenía mucho trabajo. Había una casi completa carencia de incidentes, al menos desde el punto de vista de un historiador, y las funciones de Nai eran mínimas, ya que la mayoría de sus alumnos de escuela superior se hallaban a bordo de las otras dos naves espaciales.

Los Watanabe pasaban muchas veladas en compañía del juez Mishkin y Max Puckett. Jugaban con frecuencia a cartas (Max era tan bueno al póquer como terrible al bridge), hablaban de sus esperanzas con respecto a la colonia Lowell y

comentaban las vidas que habían dejado en la Tierra.

Cuando la *Pinta* se hallaba a tres semanas de Marte, se anunció que próximamente se produciría una interrupción de comunicaciones durante dos días y se instaba a todos a que llamasen a sus casas antes de que los sistemas de radio dejaran temporalmente de funcionar. Como se trataba del período de vacaciones de fin de año, era el momento perfecto para telefonear.

Max detestaba el retraso que la enorme distancia imponía en las comunicaciones, así como los largos monólogos. Después de escuchar una inconexa exposición de los planes para Navidad en Arkansas, Max informó a Clyde y Winona que no iba a llamar ya más porque no le gustaba «esperar quince minutos para saber si alguien se había reído de sus chistes».

La nieve se había adelantado aquel año en Kyoto. Los padres de Kenji habían preparado un vídeo que mostraba Ginkaku-Ji y el Honen-In bajo un blando manto de nieve; si Nai no hubiera estado con el, Kenji habría sentido una nostalgia insoportable. En una breve llamada a Tailandia, Nai felicitó a una de sus hermanas por haber obtenido una beca para la universidad.

Pyotr Mishkin no telefoneó a nadie. La esposa del ruso había muerto y no tenía hijos. «Tengo recuerdos maravillosos —dijo a Max—, pero no me queda nada personal en la Tierra». El primer día de la anunciada supresión de comunicaciones se incluyó en todos los canales de operaciones el aviso de que a las dos de la tarde se transmitiría un importante programa que debían presenciar todas las personas que viajaban en la nave. Kenji y Nai invitaron a Max y al juez Mishkin a verlo con ellos en su pequeño apartamento.

—Me pregunto qué clase de estúpida conferencia será —exclamó Max, opuesto, como siempre, a cualquier cosa que le hiciera perder el tiempo.

Cuando comenzó el vídeo, se vio al presidente del COG y al director de la AIE sentados ante una amplia mesa. El presidente del COG subrayó la importancia del mensaje que iban a recibir de Werner Koch, el director de la AIE.

«Pasajeros de la *Pinta* —comenzó el doctor Koch—, hace cuatro años nuestro sistema de seguimiento de satélites descifró una señal coherente que, al parecer, tenía su origen en las profundidades del espacio, en la dirección general de la estrella Épsilon Eridam. Una vez adecuadamente procesada, se vio que la señal contenía un vídeo asombroso, un vídeo que verán ustedes en su totalidad dentro de cinco minutos.

»Como oirán, el vídeo anuncia el regreso a nuestro sistema de una nave espacial Rama. En los años 2130 y 2200, gigantescos cilindros, de cincuenta kilómetros de longitud y veinte de anchura, creados por una desconocida inteligencia alienígena con una finalidad que aún no se ha descubierto, visitaron nuestra familia de planetas en órbita alrededor del Sol. El segundo intruso, habitualmente conocido como Rama II, introdujo, cuando se encontraba en la

órbita de Venus, una corrección de velocidad que le situó en dirección de impacto directo con la Tierra. Se envió una flota de misiles nucleares que debía interceptar al cilindro alienígena y destruirlo antes de que Rama llegara lo bastante cerca de nuestro planeta como para poder causar algún daño.

» El vídeo que presentamos a continuación asegura que otra de esas naves espaciales Rama ha llegado ahora a nuestras proximidades con la exclusiva finalidad de "adquirir" una muestra representativa de dos mil seres humanos para su "observación". Por extraña que esta afirmación pueda parecer, es importante hacer constar que nuestro radar ha confirmado, en efecto, que un vehículo de la clase Rama entró en órbita alrededor de Marte hace menos de un mes.

» Desgraciadamente, debemos tomarnos muy en serio este fantástico mensaje llegado de las profundidades del espacio. Por consiguiente, se les ha asignado a ustedes, colonos viajeros en la *Pinta*, la misión de establecer una cita con el nuevo objeto en órbita de Marte. Comprendemos que esta noticia supondrá una auténtica conmoción para muchos de ustedes, pero no teníamos muchas opciones viables. Si, como sospechamos, algún descarriado genio ha planeado y orquestado una complicada broma, entonces, tras el breve desvío, continuarán ustedes con su colonización de Marte tal como fue originariamente concebida. Si, por el contrario, el vídeo que van a ver dice realmente la verdad, entonces ustedes y sus colegas que viajan a bordo de la *Niña y* la *Santa María* se convertirán en el contingente de seres humanos que observará la inteligencia ramana.

» Como pueden imaginar, su misión goza actualmente de prioridad máxima entre todas las actividades del COG. Pueden comprender también la necesidad del secreto. A partir de este momento, hasta que esta cuestión de Rama se resuelva en un sentido o en otro, todas las comunicaciones entre su vehículo y la Tierra quedarán sometidas a un riguroso control. La AII supervisará todas las ondas de voz. Se les dirá a sus amigos y familiares que se encuentran ustedes bien y que han aterrizado en Marte, pero que se han estropeado los sistemas de comunicación de la *Pinta*.

» Se les muestra ahora el vídeo que les vamos a pasar seguidamente para darles a ustedes tres semanas de preparación para el encuentro. Se ha transmitido ya al comandante Macmillan por el flujo de datos de alta prioridad un plan básico y los procedimientos anexos para la cita, elaborados con gran detalle por la AII en conjunción con el personal de operaciones de la AIE. Cada uno de ustedes tendrá encomendado un conjunto específico de tareas. Cada uno de ustedes tiene un paquete de documentos personalizados que les proporcionarán la información básica necesaria para desempeñar sus funciones.

» Naturalmente, les deseamos lo mejor. Con toda probabilidad, este asunto de Rama se quedará en nada, en cuyo caso no habrá hecho más que retrasar su

inicialización de la colonia Lowell. Si, por el contrario, este vídeo es auténtico, entonces deben ustedes apresurarse a elaborar cuidadosos planes para la llegada de la *Niña y* la *Santa María*; a ninguno de los colonos que viajan a bordo de esas otras dos naves espaciales se les ha dicho nada en absoluto acerca de Rama ni acerca del cambio de misión» .

Se produjo un momentáneo silencio en el apartamento de los Watanabe cuando el vídeo terminó bruscamente y fue sustituido en la pantalla por un mensaje escrito; SIGUIENTE VÍDEO DENTRO DE DOS MINUTOS.

—Bueno, que me ahorquen —fue el único comentario de Max Puckett.

7

En el vídeo, Nicole se hallaba sentada en una silla corriente de color marrón, delante de una pared lisa y sin adornos. Vestía uno de los trajes de vuelo de la AIE que habían sido su atuendo habitual durante la misión Newton. Nicole leía el mensaje en el cuaderno electrónico que sostenía en las manos.

« Compañeros terrestres —empezó—, soy la cosmonauta Nicole des Jardins, de la Newton, y os hablo desde miles de millones de kilómetros de distancia. Estoy a bordo de una nave espacial Rama similar a las dos grandes naves espaciales cilíndricas que visitaron nuestro sistema solar durante los dos últimos siglos. Este tercer vehículo Rama se dirige también hacia nuestra minúscula región de la galaxia. Aproximadamente cuatro años después de que recibáis este vídeo, Rama Tres entrara en órbita alrededor del planeta Marte.

» Desde que salí de la Tierra he sabido que los vehículos de la clase Rama fueron construidos por una avanzada inteligencia extraterrestre como elementos de un vasto sistema de recogida de información cuyo objetivo final es adquirir y catalogar datos acerca de la vida en el universo. Esta tercera nave Rama regresa a las proximidades de nuestro planeta natal, como parte de ese objetivo.

» En el interior de Rama Tres se ha diseñado un hábitat terrestre capaz para acomodar a dos mil seres humanos, además de importantes cantidades de otros animales y plantas procedentes de nuestro planeta. La biomasa exacta y otras especificaciones generales para estos animales y plantas se hallan contenidas en el primer apéndice de este vídeo; es preciso poner de relieve, sin embargo, que las plantas, en especial las que son extremadamente eficaces en la conversión del dióxido de carbono en oxigeno, constituyen un factor clave en el diseño básico del hábitat terrestre a bordo de Rama. Sin las plantas, la vida de los humanos en el interior de Rama correría un grave peligro.

» Lo que se espera, como resultado de esta transmisión, es que la Tierra envíe un grupo representativo de sus habitantes, juntamente con los pertrechos auxiliares detallados en el segundo apéndice, para que establezcan una cita con Rama Tres en la órbita de Marte. Los viajeros serán llevados al interior de Rama y se les someterá a cuidadosa observación mientras viven en un hábitat que reproduce las condiciones medioambientales de la Tierra.

» Debido a la respuesta hostil dispensada a Rama Dos, que, dicho sea de paso,

solamente originó leves daños a la nave espacial alienígena, el plan de misión nominal para este vehículo Rama no entraña una aproximación a la Tierra más allá de la órbita de Marte. Este plan nominal da por supuesto, naturalmente, que las autoridades de la Tierra accederán a las peticiones contenidas en esta transmisión. Ignoro cómo se ha programado que responda la nave espacial si no se envían seres humanos a la cita con Rama Tres en la órbita de Marte. Puedo decir, sin embargo, sobre la base de mis propias observaciones, que la inteligencia extraterrestre no tendrá dificultad en obtener los datos de observación que desea por otros métodos menos benignos.

» Con respecto a los seres humanos que hayan de ser transportados a Marte, huelga decir que los individuos seleccionados deben representar una amplia muestra de la humanidad, con inclusión de ambos sexos, todas las edades y tantas culturas como sea razonable aportar. La nutrida biblioteca de información sobre la Tierra que se solicita en el tercer apéndice del vídeo proporcionará importantes datos adicionales que será posible correlacionar con las observaciones tomadas en el interior de Rama.

» Yo no sé cuánto tiempo permanecerán los seres humanos dentro de Rama, ni el lugar exacto al que les llevará la nave espacial, ni siquiera por qué la inteligencia superior que creó los vehículos Rama está recogiendo información sobre la vida en el universo. Puedo decir, sin embargo, que las maravillas que he presenciado desde que abandoné nuestro sistema solar me han dado un sentido completamente nuevo de nuestro lugar en el universo» .

La duración total del vídeo, más de la mitad del cual estaba dedicada a los detallados apéndices, rebasaba apenas los diez minutos. Durante toda la transmisión se mantuvo el mismo escenario básico. La dicción de Nicole era lenta y sosegada, interrumpida por breves pausas cuando sus ojos se apartaban de la cámara para mirar el cuaderno que tenía entre las manos. Aunque había una cierta modulación en su tono, la grave expresión facial de Nicole se mantenía virtualmente constante. Sólo cuando dio a entender que los ramanos podrían tener « otros métodos menos benignos» de obtener sus datos fulguró en sus oscuros ojos una chispa de violenta emoción.

Kenji Watanabe contempló la primera mitad del vídeo con intensa concentración. Durante los apéndices, sin embargo, su mente comenzó a divagar y a formular preguntas. « ¿Quiénes son estos extraterrestres? —pensó—. ¿De dónde han venido? ¿Por qué quieren observarnos? ¿Y por qué han elegido a Nicole des Jardins como portavoz?» .

Kenji se rio de sí mismo, comprendiendo que era infinita la serie de preguntas de ese tipo. Decidió centrarse en cuestiones más asequibles.

« Si Nicole viviese todavía hoy —pensó luego Kenji— tendría ochenta y un

años. La mujer de la pantalla de televisión tenía el pelo entrecano y muchas más arrugas que las que tenía la cosmonauta Des Jardins cuando la Newton fue lanzada desde la Tierra, pero su edad en el vídeo distaba mucho de los ochenta años. Quizá cincuenta y dos o cincuenta y tres como máximo» , se dijo Kenji.

« ¿O sea que grabó este vídeo hace treinta años? ¿O ha sido retardado de alguna manera su proceso de envejecimiento?» . No se le ocurrió cuestionar si la mujer del vídeo era o no realmente Nicole. Kenji había pasado en los archivos de la Newton tiempo suficiente como para reconocer en el acto las expresiones faciales y gestos de Nicole. « Debió de grabar el vídeo hace unos cuatro años —estaba pensando Kenji—, pero en tal caso…»

Se hallaba debatiendo toda la situación cuando finalizó la transmisión de Nicole y el director de la AIE apareció de nuevo en el monitor.

El doctor Koch explicó rápidamente que se volvería a transmitir dos veces el vídeo completo por todos los canales y que después quedaría a disposición de todos los pasajeros y tripulantes que lo desearan.

—¿Qué diablos está pasando realmente aquí? —quiso saber Max Puckett tan pronto como el rostro de Nicole apareció de nuevo en el monitor. Dirigió su pregunta a Kenji.

—Si he entendido bien —respondió Kenji, después de mirar unos segundos la pantalla—, la AIE nos ha engañado deliberadamente acerca de uno de los objetivos fundamentales de nuestra empresa. Al parecer, este mensaje fue recibido hace unos cuatro años, cuando era todavía dudosa la financiación de la colonia Lowell, y se decidió entonces, tras fracasar todos los esfuerzos por demostrar que el vídeo era una broma, que la investigación de Rama Tres fuese un objetivo secreto de nuestro proyecto.

—Mierda —exclamó Max Puckett, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. ¿Por qué infiernos no nos dijeron simplemente la verdad?

—Mi mente se rebela ante la idea de unas supercriaturas enviando tan impresionante tecnología sólo para recoger datos sobre nosotros —comentó el juez Mishkin tras un breve silencio—. Pero, en otro plano, ahora comprendo al menos algunas de las peculiaridades que se dieron en el proceso de selección de personal. Quedé estupefacto cuando, hace unos ochos meses, se agregó a la colonia ese grupo de adolescentes norteamericanos sin hogar. Ahora comprendo que los criterios de selección tendían a proporcionar la « amplia muestra» solicitada por la señora Des Jardins; el que nuestra particular mezcla de individuos y habilidades produzca o no una colonia sociológicamente viable en Marte debe de haber sido siempre una consideración secundaria.

—Detesto las mentiras y los mentirosos —dijo Max. Se había puesto en pie delante de su silla y estaba paseando de un lado a otro en la estancia—. Todos estos políticos y funcionarios son iguales; los muy bastardos mentirán sin el menor escrúpulo.

—Pero ¿qué podían haber hecho, Max? —replicó el juez Mishkin—. Casi con toda seguridad, no se tomaron en serio el vídeo. Por lo menos hasta que apareció esa nueva nave en la órbita de Marte. Y si nos hubieran dicho la verdad desde el principio, se habría producido un pánico mundial.

—Mire, juez —observó Max con tono frustrado—. Yo creía que se me había contratado para ser un maldito granjero en una colonia de Marte. Yo no sé nada de extraterrestres y, para serle completamente franco, tampoco quiero saberlo. Ya tengo bastante con tratar con gallinas, cerdos y personas.

—Especialmente con personas —se apresuró a decir el juez Mishkin, dirigiendo una sonrisa a su amigo.

Aún a su pesar, Max rio entre dientes.

Pocos minutos después, el juez Mishkin y Max se despidieron y dejaron solos a Kenji y Nai.

Al cabo de un rato, sonó el videófono en el apartamento de Kenji y Nai.

—¿Watanabe? —oyeron decir a Macmillan.

—Sí, señor —respondió Kenji.

—Disculpe que le moleste, Watanabe —dijo el comandante—. Pero tiene usted asignada la primera misión con personas distintas de mis oficiales. Sus órdenes son informar a toda la tripulación de la *Pinta* esta tarde a las diecinueve horas acerca de la expedición Newton, las Rama y la cosmonauta Des Jardins. He pensado que tal vez quiera comenzar sus preparativos.

—… Todos los medios de comunicación informaron en el 2200 de que Rama Dos había quedado totalmente destruida, volatilizada por las múltiples bombas nucleares que habían estallado en sus proximidades. Naturalmente, se dio por muertos a los desaparecidos cosmonautas Des Jardins, O'Toole, Takagishi y Wakefield. En realidad, tanto según los documentos oficiales de la misión Newton como según los libros y series de televisión distribuidos por Hagenest y Schmidt que tan gran éxito han conocido, Nicole des Jardins murió presumiblemente en algún lugar de Nueva York, la ciudad insular situada en el centro del mar Cilíndrico, semanas antes de que la nave científica de la Newton abandonase Rama y regresara a la Tierra.

Kenji hizo una pausa para mirar a su auditorio. Aunque el comandante Macmillan había explicado a los pasajeros y tripulantes de la *Pinta* que una grabación en vídeo de la exposición de Kenji se hallaría inmediatamente disponible, muchos de los presentes estaban tomando notas. Kenji disfrutaba con su propia intervención. Miró a Nai y sonrió antes de continuar:

—La cosmonauta Francesca Sabatini, la más famosa superviviente de la infortunada expedición Newton, sostuvo en sus memorias que la doctora Des Jardins podría haber encontrado un biot hostil o que quizás hubiera caído en algún lugar de las regiones oscuras de Nueva York. Como las dos mujeres habían permanecido juntas casi todo el día, ya que estaban buscando al científico

japonés Shigeru Takagishi, misteriosamente desaparecido del campamento Beta la noche anterior, la señora Sabatini conocía con exactitud la cantidad de agua y alimentos que llevaba la cosmonauta Des Jardins. « Aun con su perfecto conocimiento del cuerpo humano —escribió Sabatini—, Nicole no habría podido sobrevivir más de una semana. Y si, presa de delirio, hubiera tratado de obtener agua del hielo del venenoso mar Cilíndrico, habría muerto antes todavía» .

» De la media docena de cosmonautas de la Newton que no regresaron tras el encuentro con Rama Dos, es Nicole des Jardins quien más interés ha suscitado siempre antes incluso de que el brillante estadístico Roberto López conjeturase correctamente hace siete años, sobre la base de la información referente a genomas europeos almacenada en La Haya, que el fallecido rey Henry XI de Inglaterra era el padre de la hija de Nicole, Genevieve, la reputación de la doctora Des Jardins se había tornado legendaria. Recientemente ha aumentado de manera notable el número de personas que acuden a visitar su monumento en las proximidades de su villa familiar en Beauvois, Francia, en especial mujeres jóvenes. La gente va allí, no sólo para rendir homenaje a la cosmonauta Des Jardins y contemplar las numerosas fotografías y vídeos que conmemoran su extraordinaria vida, sino también para ver las dos soberbias estatuas en bronce creadas por el escultor griego Theo Pappas. Una de ellas representa a la joven Nicole, vestida con su atuendo deportivo y con la medalla de oro olímpica colgada al cuello; la segunda le muestra como mujer madura, ataviada con traje de vuelo de la AIE similar al que han visto ustedes en el vídeo.

Kenji hizo una seña en dirección al fondo del pequeño auditorio de la *Pinta y* se apagaron las luces. Momentos después comenzó una proyección de diapositivas en una de las dos pantallas situadas tras él.

—Éstas son las pocas fotografías de Nicole des Jardins que estaban almacenadas en nuestros archivos de la *Pinta*. La base de datos de referencia indica que en la biblioteca de reserva instalada en la bodega de carga hay muchas más imágenes, incluyendo fragmentos de documentales cinematográficos, pero esos datos no son accesibles durante la travesía debido a las limitaciones de la red de datos en vuelo. No obstante, no son necesarios los datos adicionales, ya que a la vista de estas fotos resulta evidente que la persona mostrada en la transmisión de esta tarde o es la propia Nicole des Jardins o es una copia suya absolutamente perfecta.

En la pantalla izquierda se proyectó un primer plano de un fotograma tomado del vídeo exhibido por la tarde y, junto a él, una fotografía del rostro de Nicole tomada en la fiesta de Nochevieja celebrada en Villa Adriani, en las afueras de Roma. No había ninguna duda. Las dos imágenes eran evidentemente de la misma mujer. Un apreciativo murmullo se elevó entre el público mientras Kenji hacía una pausa.

—Nicole des Jardins —continuó Kenji en tono ligeramente más bajo— nació

el 6 de enero del año 2164. Por consiguiente, si el vídeo que hemos visto esta tarde fue realmente grabado hace cuatro años, ella tenía entonces setenta y siete años. Todos sabemos que la doctora Des Jardins se encontraba en unas condiciones físicas excelentes y que hacía ejercicio de manera habitual, pero si la mujer que hemos visto esta tarde tenía setenta y siete años, entonces los extraterrestres que construyeron Rama deben de haber descubierto también la fuente de la juventud.

Aunque era ya noche avanzada y estaba muy cansado, Kenji no podía dormir. Los acontecimientos del día se agolpaban en su mente y le excitaban de nuevo. Junto a él, en la pequeña cama de matrimonio, Nai Buatong Watanabe se daba perfecta cuenta de que su marido estaba despierto.

—Estás completamente seguro de que hemos visto a la auténtica Nicole des Jardins, ¿verdad, querido? —preguntó en voz baja Nai después de que Kenji se hubiera dado la vuelta por enésima vez.

—Sí —respondió Kenji—. Pero Macmillan, no. Me pidió que hiciera esa observación sobre la posibilidad de una copia perfecta. Él cree que todo el vídeo es una patraña…

—Después de nuestra conversación de esta tarde —continuó Nai tras una breve pausa—, he recordado todo el alboroto que se organizó hace siete años acerca de Nicole y el rey Henry. Se habló de ello en casi todas las revistas. Pero he olvidado una cosa. ¿Cómo se estableció con seguridad que Henry era el padre de Genevieve? ¿No había muerto ya el rey? ¿Y no mantiene la familia real de Inglaterra privada y secreta toda la información sobre sus genomas?

—López utilizó los genomas pertenecientes a los padres y hermanos de personas que habían entrado por matrimonio a formar parte de la familia real. Luego, empleando una técnica de correlación de datos que él mismo había inventado, el doctor López demostró que Henry, que era todavía príncipe de Gales durante la Olimpíada del año 2184, tenía tres veces más probabilidades que ninguna otra persona presente a la sazón en Los Angeles de haber sido el padre de la hija de Nicole. Después de que Darren Higgins reconociera en su lecho de muerte que Henry y Nicole habían pasado una noche juntos durante la Olimpíada, la familia real permitió que un especialista en genética tuviera acceso a su base de datos de genomas. El experto concluyó, más allá de toda duda razonable, que Henry era el padre de Genevieve.

—Qué mujer tan asombrosa —dijo Nai.

—Lo era, en efecto —respondió Kenji—. Pero ¿qué te ha inducido a hacer ese comentario precisamente ahora?

—Como mujer —explicó Nai—, admiro tanto o más que cualquiera de sus otros logros el hecho de que protegiera su secreto y criara ella sola a su princesa.

8

Eponine localizo a Kimberly en un rincón de la habitación llena de humo y se sentó a su lado. Aceptó el cigarrillo que su amiga le ofrecía, lo encendió e inhaló profundamente.

—Ah, que placer —exclamo en voz baja Eponine mientras expelía el humo en pequeños círculos y contemplaba cómo se elevaba lentamente hacia los ventiladores.

—Con todo lo que te gusta el tabaco y la nicotina —dijo Kimberly junto a ella en un susurro—, sé que adorarías el kokomo. —La norteamericana dio una chupada a su cigarrillo—. Sé que no me crees, Eponine, pero es realmente mejor que el sexo.

—Yo no quiero historias de ésas, amiga mía —explicó Eponine, con tono cordial y amistoso—. Ya tengo bastantes vicios. Y nunca, nunca podría controlar algo que de verdad fuese mejor que el sexo.

Kimberly Henderson rio de buena gana, haciendo ondular sobre los hombros sus largos cabellos rubios. Tenía veinticuatro años, uno menos que su colega francesa. Ambas se hallaban sentadas en el cuarto de fumadoras contiguo a la ducha de mujeres. Era un pequeño recinto cuadrado, de no más de cuatro metros de lado, en el que una docena de mujeres se hallaban en aquel momento, de pie o sentadas, fumando cigarrillos todas ellas.

—Este sitio me recuerda el cuarto trasero de Willie's, en Evergreen, a las afueras de Denver —dijo Kimberly—. Mientras cien o más cowboys y labriegos bailaban y bebían en el bar, ocho o diez de nosotras nos retirábamos a la «oficina» sagrada de Willie's, como él la llamaba, y nos colocábamos completamente a base de kokomo.

Eponine miró a Kimberly a través de la neblina.

—Aquí, por lo menos, no nos acosan los hombres. Son absolutamente imposibles, peores aún que los tipos del poblado de detención de Bourges. Estos fulanos no deben de pensar más que en el sexo durante todo el día.

—Es comprensible —respondió Kimberly, riendo de nuevo—. Es la primera vez en muchos años que no se encuentran estrechamente vigilados. Cuando los hombres de Toshio sabotearon todos los monitores ocultos, todos ellos se sintieron de pronto libres. —Miró a Eponine—. Pero también hay un lado desagradable.

Hoy ha habido otras dos violaciones, una en la zona de recreo mixta.

Kimberly terminó un cigarrillo y encendió inmediatamente otro.

—Necesitas alguien que te proteja —continuó—, y sé que a Walter le encantaría hacerlo. Gracias a Toshio, los presidiarios han dejado casi por completo de perseguirme. Mi principal preocupación ahora son los guardianes de la AIE, no sé qué se han creído. Sólo ese apetitoso mocetón italiano, Marcello no sé cuántos, me interesa. Ayer me dijo que me haría «gemir de placer» si me iba con él a su habitación. Me sentí tentada a hacerlo hasta que vi a uno de los matones de Toshio observando la conversación.

Eponine encendió otro cigarrillo. Sabía que era ridículo fumarlos uno tras otro, pero a los pasajeros de la *Santa María* sólo se les permitían tres «descansos» de media hora al día y estaba prohibido fumar en la abarrotada zona de las habitaciones. Mientras Kimberly atendía una pregunta que le hacía una corpulenta mujer de poco más de cuarenta años, Eponine pensó en los primeros días transcurridos desde que salieron de la Tierra. «El tercer día de viaje —recordó—, Hakamura me mandó a su intermediario. Debo de haber sido su primera elección». El corpulento japonés, luchador de sumo antes de convertirse en cobrador de deudas por cuenta de un famoso círculo de juego, se había inclinado respetuosamente ante ella cuando le abordó en la sala mixta.

—Señorita Eponine —había dicho en un inglés con fuerte acento extranjero—, mi amigo Nakamura-san me ha pedido que le diga a usted que la encuentra muy hermosa. Le ofrece protección completa a cambio de su compañía y de algún ocasional favor de placer.

«La oferta era atractiva en algunos aspectos —recordó Eponine—, y semejante a la que la mayoría de las mujeres de apariencia decente que viajan en la *Santa María* han acabado aceptando, Yo sabía entonces que Nakamura sería muy poderoso. Pero no me gustaba su frialdad. Y pensé equivocadamente que podría permanecer libre».

—¿Lista? —repitió Kimberly.

Eponine abandonó bruscamente su ensoñación. Apagó su cigarrillo y entró con su amiga en el vestuario. Mientras se quitaban la ropa y se preparaban para ducharse, por lo menos una docena de ojos se recreaban en sus espléndidos cuerpos.

—¿No te molesta —preguntó Eponine cuando estaban una al lado de la otra en la ducha— tener a todas esas bolleras devorándote con los ojos?

—Nopi —respondió Kimberly—. En cierto modo, me gusta. Resulta ciertamente halagador. No hay aquí muchas mujeres con una planta como la nuestra. A mí me excita verlas mirarme tan hambrientamente.

Eponine se aclaró la espuma que le cubría los rotundos y firmes pechos y se inclinó hacia Kimberly.

—¿Es que has tenido relación sexual con otra mujer? —preguntó.

—Claro —respondió Kimberly, con otra carcajada—. ¿Tú no?

Sin esperar respuesta, la norteamericana se lanzó a una de sus historias.

—Mi primer plan en Denver fue una bollera. Yo tenía sólo dieciocho años y era absolutamente perfecta de pies a cabeza. La primera vez que Loretta me vio desnuda creyó que se había muerto y estaba en el cielo. Yo acababa de entrar en la escuela de enfermeras y no podía pagarme mucha droga. Así que hice un trato con Loretta. Ella podía joder conmigo, pero sólo si me proporcionaba cocaína. Nuestro ligue duró casi seis meses. Para entonces yo me las apañaba ya por mi propia cuenta y, además, me había enamorado de El Mago.

» Pobre Loretta —continuó Kimberly mientras ella y Eponine se secaban mutuamente la espalda en el lavabo contiguo a la ducha—. Aquello le destrozó el corazón. Me ofreció todo, incluso su lista de clientes. Acabó convirtiéndose en un incordio, así que me la quité de en medio e hice que El Mago la obligara a marcharse de Denver.

Kimberly vio una fugaz expresión reprobadora en la cara de Eponine.

—Cristo —exclamó—, ya me estás poniendo delante la moralidad. Eres la asesina más condenadamente blanda que jamás he conocido. A veces me recuerdas a todos los santurrones de mi último curso en la escuela superior.

Cuando se disponían a salir de la zona de duchas, se acercó a ellas por detrás una muchacha negra de trenzas.

—¿Kimberly Henderson? —preguntó.

—Sí —asintió Kimberly, volviéndose—. Pero ¿por qué…?

—¿Es tu hombre el rey Nakamura? —le interrumpió la muchacha.

Kimberly no respondió.

—Si lo es, necesito tu ayuda —continuó la muchacha negra.

—¿Qué quieres? —preguntó Kimberly con aire reservado.

La muchacha rompió de pronto a llorar.

—Mi hombre Reuben no pretendía nada. Estaba borracho de esa basura que venden los guardias. No sabía que estaba hablando con el rey japonés.

Kimberly esperó a que la muchacha se secara las lágrimas.

—¿Qué tienes? —susurró.

—Tres cuchillos y dos cigarrillos de kokomo dinamita —respondió la muchacha también en un susurro.

—Tráemelos —indicó Kimberly con una sonrisa—. Y yo prepararé una ocasión para que tu Reuben le presente sus disculpas al señor Nakamura.

—No te gusta Kimberly, ¿verdad? —le dijo Eponine a Walter Brackeen.

Éste era un corpulento negro norteamericano de ojos dulces y dedos absolutamente mágicos sobre un teclado. Estaba tocando una serie de piezas ligeras de jazz y mirando a su hermosa dama mientras sus tres compañeros de

habitación permanecían de mutuo acuerdo en las zonas comunes.

—No —respondió lentamente Walter—. Ella no es como nosotros. Puede ser muy divertida, pero, por debajo de su apariencia, yo creo que es absolutamente mala.

—¿Qué quieres decir?

Walter cambió a una dulce balada, de melodía más fácil y continuó tocando durante casi un minuto entero antes de hablar.

—Supongo que a los ojos de la ley todos somos iguales, todos asesinos. Pero a mis ojos, no. Yo le quité la vida a un hombre que sodomizaba a mi hermano pequeño. Tú mataste a un maldito bastardo que estaba arruinando tu vida. —Walter calló un instante e hizo rodar los ojos—. Pero esa amiga tuya, Kimberly, ella y su amigo se cargaron a tres tipos a los que ni siquiera conocían sólo por drogas y dinero.

—Estaba flipada entonces.

—No importa —replicó Walter—. Cada uno de nosotros es siempre responsable de su conducta. Si yo me meto una droga que me altera el sentido, el error es mío. Pero no puedo eludir la responsabilidad de mis actos.

—Tenía un historial impecable en el centro de detención. Todos y cada uno de los médicos que trabajaron con ella dijeron que era una enfermera excelente.

Walter dejó de tocar su piano electrónico y miró fijamente a Eponine durante unos segundos.

—No hablemos más de Kimberly —dijo—. Tenemos poco tiempo para estar juntos… ¿Has pensado en mi proposición?

Eponine suspiró.

—Sí, Walter, he pensado en ella. Y, aunque me gustas, y disfruto haciendo el amor contigo, el arreglo que sugeriste se parece demasiado a un compromiso… Además, yo creo que es principalmente para satisfacer tu ego. Si no me equivoco, tú prefieres a Malcolm…

—Malcolm no tiene nada que ver con nosotros —le interrumpió Walter—. Ha sido amigo íntimo mío desde hace años, desde que entré en el complejo de detención de Georgia. Interpretamos música juntos. Compartimos el sexo cuando nos sentimos solos. Somos compañeros…

—Lo sé, lo sé… No se trata de Malcolm, lo que me preocupa es más bien una cuestión de principio. Me gustas, Walter, tú lo sabes. Pero… —Eponine dejó la frase en el aire mientras forcejeaba con sus encontrados sentimientos.

—Estamos a tres semanas de distancia de la Tierra —dijo Walter— y nos quedan seis semanas más antes de que lleguemos a Marte. Yo soy el hombre más corpulento de la *Santa María*. Si digo que tú eres mi chica, nadie te molestará durante esas seis semanas.

Eponine recordó una desagradable escena que había presenciado aquella misma mañana, cuando dos internos alemanes comentaban lo fácil que sería

perpetrar una violación en la sección de los reclusos. Sabían que ella podía oírles, pero no habían hecho ningún esfuerzo por bajar la voz.

Se echó finalmente en los enormes brazos de Walter.

—Está bien —dijo en voz baja—. Pero no esperes demasiado… Soy una mujer algo difícil.

—Creo que Walter debe de tener un problema de corazón —dijo Eponine en un susurro.

Era de noche y sus otras dos compañeras de habitación estaban dormidas. Kimberly, en la litera situada debajo de la de Eponine, se hallaba todavía aturdida por efecto del kokomo que había fumado dos horas antes. Le sería imposible conciliar el sueño durante varias horas más.

—Las reglas de esta nave no podían ser más estúpidas. Cristo, si hasta en el Centro de Detención Pueblo había menos normas. ¿Por qué diablos no podemos estar en las zonas comunes después de medianoche? ¿Qué daño hacemos con ello?

—Tiene dolores en el pecho de vez en cuando y si tenemos una entusiasta sesión de sexo suele quejarse después de que le falta el aliento… ¿Crees que podrías echarle un vistazo?

—Y qué te parece ese Marcello, ¿eh? ¡Qué estúpido! Me dice que puedo quedarme levantada toda la noche si quiero ir a su habitación. Mientras estoy allí sentada con Toshio. ¿Qué se figura que está haciendo? Quiero decir que ni siquiera los guardias pueden meterse con el rey japones… ¿Qué decías, Eponine?

Eponine se incorporó apoyada en el codo y se asomó por el borde de la litera.

—Walter Brackeen, Kim —dijo—. Estoy hablando de Walter Brackeen. ¿Puedes calmarte un poco y prestar atención a lo que estoy diciendo?

—Está bien, está bien. ¿Qué pasa con tu Walter? ¿Qué quiere? Todo el mundo quiere algo del rey japonés. Supongo que eso me convierte a mí en la reina, en cierto modo al menos…

—Creo que Walter tiene mal el corazón —repitió en voz alta la exasperada Eponine—. Me gustaría que le examinaras.

—Chiss —replicó Kimberly—. Nos van a encerrar, como hicieron con aquella sueca… Mierda, Ep, yo no soy médico. Puedo decir cuándo un corazón tiene latidos irregulares, pero eso es todo… Deberías llevar a Walter a ese médico que es cardiólogo, no sé cómo se llama, ese tan callado que siempre está solo cuando no se encuentra reconociendo a alguien…

—El doctor Robert Turner —le interrumpió Eponine.

—Ese mismo…, muy profesional, retraído, distante, nunca habla si no es en jerga médica, cuesta creer que les volara la cabeza a dos hombres con una escopeta en un tribunal, no cuadra con…

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Eponine.

—Me lo dijo Marcello. Yo sentía curiosidad, estábamos riendo y él me tomaba el pelo, me decía cosas como « ¿te hace gemir ese japonés?» y « ¿qué hay de ese médico tan callado, puede hacerte gemir él?» .

—Cristo, Kim —exclamó Eponine, alarmada ahora—, ¿te has estado acostando también con Marcello?

Su compañera de habitación se echó a reír.

—Sólo dos veces. Habla mejor que jode. Y vaya ínfulas. El rey japonés por lo menos es atento.

—¿Lo sabe Nakamura?

—¿Crees que estoy loca? —replicó Kimberly—. No tengo ganas de morir. Pero tal vez tenga sospechas… No lo volveré a hacer, pero si ese doctor Turner llegara nada más que a susurrarme al oído, estaría completamente dispuesta…

Kimberly continuó su parloteo. Eponine pensó brevemente en el doctor Robert Turner. Le había examinado poco después del lanzamiento, cuando ella se había visto afectada de una extraña erupción. « Ni siquiera se fijó en mi cuerpo —recordó—. Fue un examen completamente profesional» .

Eponine apartó de su mente a Kimberly y centró su atención en una imagen del atractivo doctor. Le sorprendió descubrir que sentía una chispa de interés romántico. Había en el doctor algo decididamente misterioso, pues nada en su comportamiento ni en su personalidad cuadraba en absoluto con un doble homicidio. « Debe de haber una historia interesante» , pensó.

Eponine estaba soñando. Era la misma pesadilla que había tenido cien veces desde el asesinato. El profesor Moreau yacía tendido en el suelo de su estudio, con los ojos cerrados y un reguero de sangre brotándole del pecho. Eponine se dirigió a la pila, limpió el gran cuchillo de trinchar y volvió a dejarlo sobre el mostrador. Mientras pasaba por encima del cuerpo, aquellos odiados ojos se abrieron. Vio en ellos su violenta locura. Tendió los brazos hacia ella…

—Enfermera Henderson. Enfermera Henderson.

Los golpes en la puerta eran más fuertes. Eponine despertó de su sueño y se frotó los ojos. Kimberly y otra de sus compañeras de habitación llegaron a la puerta casi al mismo tiempo.

El amigo de Walter, Malcolm Peabody, un hombrecillo blanco menudo y débil, de poco más de cuarenta años, estaba en la puerta. Se hallaba frenético.

—Me envía el doctor Turner en busca de una enfermera. Venga de prisa. Walter ha tenido un ataque cardíaco.

Mientras Kimberly empezaba a vestirse, Eponine bajó de su litera.

—¿Cómo está, Malcolm? —preguntó, mientras se ponía la bata—. ¿Ha muerto?

Malcolm pareció confuso.

—Oh, hola, Eponine —dijo dulcemente—. Había olvidado que tú y la enfermera Henderson… Cuando salí todavía respiraba, pero…

Teniendo cuidado de mantener siempre un pie en el suelo, Eponine salió apresuradamente de la habitación, recorrió el pasillo hasta el área común central y entró luego en la sección de hombres. Sonaban las alarmas mientras los monitores seguían su avance. Al llegar a la entrada al ala de Walter, Eponine se detuvo un momento para tomar aliento.

Un nutrido grupo de personas se había congregado en el pasillo ante la habitación de Walter. La puerta se hallaba abierta y por ella asomaba el tercio inferior de su cuerpo, tendido en el suelo. Eponine se abrió paso por entre los congregados y entró en la habitación.

El doctor Roben estaba arrodillado junto a su paciente, sosteniendo unos aguijones electrónicos contra el pecho desnudo de Walter. El cuerpo del hombre se encogía a cada sacudida y, luego, se elevaba ligeramente del suelo antes de que el médico lo empujara de nuevo sobre la superficie.

El doctor Turner levantó la vista cuando llegó Eponine.

—¿Es usted la enfermera? —preguntó con brusquedad.

Por un fugaz instante, Eponine quedó sin habla. Y aturdida. Allí estaba su amigo, agonizante o ya muerto, y en lo único en que podía pensar era en los azules ojos, prácticamente perfectos del doctor Turner.

—No —respondió al fin, totalmente confusa—. Yo soy la amiga… La enfermera Henderson es mi compañera de habitación… Estará aquí enseguida.

Kimberly y dos guardias de la AIE llegaron en ese momento.

—El corazón se le ha parado por completo hace cuarenta y cinco segundos —dijo el doctor Turner a Kimberly—. Es demasiado tarde para trasladarlo a la enfermería. Voy a abrirle y a intentar emplear el estimulador Komori. ¿Ha traído sus guantes?

Mientras Kimberly se ponía los guantes, el doctor Turner ordenó que se apartaran todos de su paciente. Eponine no se movió. Cuando los guardias la agarraron por los brazos, el médico murmuró algo y los guardias la soltaron.

El doctor Turner entregó a Kimberly su equipo de instrumentos quirúrgicos y luego, actuando con rapidez y destreza increíbles, practicó una profunda incisión en el pecho de Walter. Retrajo los pliegues de la piel, dejando al descubierto el corazón.

—¿Ha participado alguna vez en este tratamiento, enfermera Henderson? —preguntó.

—No —respondió Kimberly.

—El estimulador Komori es un ingenio electroquímico que se adhiere al corazón, forzándolo a latir y a continuar bombeando sangre. Si la patología es temporal, como un coágulo sanguíneo o una válvula espástica, a veces se puede

resolver el problema y el corazón empieza a funcionar de nuevo.

El doctor Turner insertó el estimulador Komori, del tamaño de un sello de Correos, detrás del ventrículo izquierdo del corazón y conectó la energía del sistema portátil de control que tenía a su lado, en el suelo. Tres o cuatro segundos después, el corazón empezó a latir lentamente.

—Tenemos ahora unos ocho minutos para encontrar el problema —dijo para sí mismo el doctor.

Finalizó en menos de un minuto su análisis de los subsistemas primarios del órgano.

—No hay coágulos —murmuró—, y tampoco vasos ni válvulas dañados… Entonces ¿por qué dejó de latir?

El doctor Turner levantó cuidadosamente el palpitante corazón e inspeccionó los músculos inferiores. El tejido muscular que rodeaba a la aurícula izquierda estaba descolorido y blando. Lo tocó muy levemente con el extremo de unos de sus aguzados instrumentos y del tejido se desprendieron varios fragmentos semejantes a escamas.

—Dios mío —exclamó el doctor—, ¿qué diablos es esto? —Mientras el doctor Turner lo sostenía levantado, el corazón de Walter Brackeen se contrajo de nuevo y una de las largas estructuras fibrosas del centro del descolorido tejido muscular empezó a disgregarse—. ¿Qué…?

Turner parpadeó dos veces y se llevó la mano derecha a la mejilla.

—Mire esto, enfermera Henderson —dijo en voz baja—. Es absolutamente asombroso. Estos músculos se han atrofiado por completo. Nunca he visto nada parecido… No podemos hacer nada por este hombre.

Se le llenaron los ojos de lágrimas a Eponine mientras el doctor Turner retiraba el estimulador Komori y el corazón de Walter cesaba nuevamente de latir. Kimberly empezó a quitar las grapas que recogían la piel alrededor del corazón, pero el doctor la contuvo.

—Todavía no —dijo—. Llevémoslo a la enfermería para poder practicarle una autopsia completa. Quiero averiguar todo lo que pueda.

Los guardias y dos de los compañeros de habitación de Walter colocaron al fornido hombre sobre una camilla y el cadáver fue sacado de la sección. Malcolm Peabody sollozaba quedamente en la litera de Walter. Eponine se acercó a él. Compartieron un silencioso abrazo y luego permanecieron juntos, cogidos de la mano, durante casi toda la noche.

9

—Se quedará usted al mando mientras yo estoy dentro —dijo el comandante Macmillan a su segundo, un joven y apuesto ingeniero ruso llamado Dmitri Ulanov—. En todas las circunstancias, su responsabilidad fundamental es la seguridad de los pasajeros y la tripulación. Si oye o ve algo amenazador o incluso sospechoso, encienda los cohetes y aleje de Rama la *Pinta*.

Era la mañana de la primera misión de reconocimiento desde la *Pinta* por el interior de Rama. La nave espacial llegada de la Tierra había atracado el día anterior en uno de los extremos circulares de la enorme nave espacial cilíndrica. La *Pinta* había quedado estacionada junto a la escotilla exterior, en la misma ubicación general que las anteriores expediciones ramanas de los años 2130 y 2200.

Como parte de los preparativos para la salida inicial, Kenji Watanabe había explicado la noche anterior al grupo de exploración la geografía de las dos primeras Rama. Al terminar sus instrucciones, se le había acercado su amigo Max Puckett.

—¿Cree que nuestra Rama será igual que esas fotografías que nos ha enseñado? —preguntó Max.

—No exactamente —respondió Kenji—. Espero algunos cambios. Recuerde que el vídeo decía que en alguna parte del interior de Rama se ha construido un hábitat terrestre. Sin embargo, como el exterior de esta nave espacial es idéntico al de las otras dos, no creo que se haya modificado todo el interior.

Max pareció perplejo.

—Todo esto es más de lo que puedo entender —dijo, meneando la cabeza—. A propósito —añadió instantes después—, ¿seguro que no es usted responsable de que yo esté en el grupo de exploración?

—Como le dije esta tarde —respondió Kenji—, ninguno de los que estamos a bordo de la *Pinta* ha tenido nada que ver con la selección de la patrulla de reconocimiento. Los dieciséis miembros han sido elegidos en la Tierra por la AIE y la AII.

—Pero ¿por qué se me ha equipado con este maldito arsenal? Tengo una ametralladora de láser último modelo, granadas autodirigidas, incluso un juego de minas sensibles a la masa. Tengo ahora más potencia de fuego que la que tuve

durante la invasión para la pacificación de Belice.

Kenji había sonreído.

—El comandante Macmillan, así como numerosos miembros del estado mayor militar del cuartel general del COG, cree todavía que todo este asunto es alguna clase de trampa. Su designación en esta operación de reconocimiento es « soldado» . Personalmente, yo creo que ninguna de sus armas será necesaria.

Max continuaba gruñendo a la mañana siguiente, cuando Macmillan dejo a Dmitri Ulanov al mando de la *Pinta* y se puso al frente de la patrulla de reconocimiento que penetró en el interior de Rama. Aunque se movía en estado de ingravidez, el equipo militar que Max llevaba por fuera de su traje espacial era voluminoso y limitaba muchísimo su libertad de movimientos.

—Esto es ridículo —murmuró por lo bajo—. Yo soy un granjero, no un maldito comando.

La sorpresa inicial se produjo sólo minutos después de que los exploradores de la *Pinta* hubieran cruzado la escotilla exterior. Tras un breve recorrido por un amplio pasillo, el grupo llegó a una sala circular de la que salían tres túneles que se adentraban en el interior de la nave espacial alienígena. Dos de los túneles se hallaban bloqueados por múltiples barreras de metal. El comandante Macmillan consultó con Kenji.

—Éste es un diseño completamente diferente —dijo Kenji, en respuesta a las preguntas del comandante—. Muy bien podemos prescindir de nuestros mapas.

—Supongo, entonces, que debemos avanzar por el túnel libre, ¿no le parece? —preguntó Macmillan.

—Usted debe decidirlo —respondió Kenji—, pero no veo otra opción, como no sea regresar a la *Pinta*…

Los dieciséis hombres avanzaron pesadamente en sus trajes espaciales por el túnel no obstruido. Cada pocos minutos lanzaban bengalas hacia la oscuridad que se extendía ante ellos para poder ver por dónde iban. Cuando habían recorrido unos quinientos metros por el interior de Rama, aparecieron de pronto dos pequeñas figuras en el otro extremo del túnel. Cada uno de los cuatro soldados, y también el comandante Macmillan, sacó rápidamente sus prismáticos.

—Vienen hacia nosotros —exclamó excitadamente uno de los exploradores soldados.

—Que me ahorquen —exclamó Max Puckett, sintiendo un escalofrío a lo largo de la espina dorsal—, ¡es Abraham Lincoln!

—Y una mujer —dijo otro—, con una especie de uniforme.

—Preparados para disparar —ordenó Ian Macmillan.

Los cuatro exploradores soldados se situaron delante del grupo, e hincando una rodilla en tierra apuntaron sus armas hacia el extremo del túnel.

—¡Alto! —gritó Macmillan cuando las dos extrañas figuras llegaron a doscientos metros de distancia del grupo.

Abraham Lincoln y Benita García se detuvieron.

—Informen de sus intenciones —oyeron gritar al comandante.

—Estamos aquí para darles la bienvenida —respondió Abraham Lincoln con voz grave y sonora.

—Y llevarles a Nuevo Edén —añadió Benita García.

El comandante Macmillan estaba completamente aturdido. No sabía qué hacer. Mientras vacilaba, los demás miembros de la patrulla de reconocimiento hablaban entre ellos.

—Es Abraham Lincoln, que ha vuelto como fantasma —dijo el norteamericano Terry Snyder.

—El otro es Benita García; vi su estatua una vez en Ciudad de México.

—Larguémonos de aquí. Este lugar me da escalofríos.

—¿Qué estarían haciendo unos fantasmas en órbita alrededor de Marte?

—Disculpe, comandante —dijo finalmente Kenji al desconcertado Macmillan—. ¿Qué se propone hacer ahora?

El escocés se volvió hacia su experto en Rama japonés.

—Resulta difícil decidir exactamente la pauta de acción adecuada, desde luego —observó—. Quiero decir que, ciertamente, esos dos parecen bastante inofensivos, pero acuérdese del caballo de Troya… Bien, Watanabe, ¿qué sugiere usted?

—Podría adelantarme yo, quizá solo o tal vez con uno de los soldados, para hablar con ellos. Así sabremos…

—Es un gesto de valentía por su parte, Watanabe, pero no es necesario. No, creo que avanzaremos todos juntos. Con cuidado, naturalmente, dejando un par de hombres a retaguardia por si nos atacan con un lanzarrayos o algo.

El comandante encendió su radio.

—Adjunto Ulanov, aquí Macmillan. Hemos encontrado dos seres de alguna clase. Son humanos o disfrazados de humanos. Uno se parece a Abraham Lincoln y el otro a aquella famosa cosmonauta mexicana… ¿Cómo dice, Dmitri…? Sí, me copia correctamente. Lincoln y García. Hemos encontrado a Lincoln y García en un túnel del interior de Rama. Puede informar de ello a los demás… Y ahora voy a dejar a Snyder y Finzi aquí mientras el resto avanzamos hacia los desconocidos.

Las dos figuras permanecieron inmóviles mientras se aproximaban los catorce exploradores de la *Pinta*. Los soldados se habían desplegado delante del grupo, listos para disparar a la primera señal de peligro.

—Bienvenidos a Rama —dijo Abraham Lincoln cuando el primer explorador estaba a sólo veinte metros de distancia—. Estamos aquí para acompañarles a sus nuevos hogares.

El comandante Macmillan no reaccionó inmediatamente. Fue el incorregible Max Puckett quien rompió el silencio.

—¿Es usted un fantasma? —gritó—. Quiero decir, ¿es usted realmente Abraham Lincoln?

—Claro que no —respondió con naturalidad la figura de Lincoln—. Tanto Benita García como yo somos biots humanos. Encontrarán ustedes cinco categorías de biots humanos en Nuevo Edén, cada una de ellas diseñada con aptitudes específicas para liberar de tareas tediosas y repetitivas a los humanos. Mis áreas de especialidad son el trabajo administrativo y el legal, contabilidad y administración doméstica, gestión del hogar y la oficina y otras tareas organizativas.

Max estaba atónito. Haciendo caso omiso de la orden de su comandante de retroceder, Max se acercó hasta unos centímetros de Lincoln. « Esto es un jodido robot» , murmuró por lo bajo. Ajeno a cualquier posible peligro, Max alargó la mano y apoyó los dedos en la cara del Lincoln, primero tocando la piel alrededor de la nariz y palpando luego los mechones de la larga barba negra.

—Increíble —exclamó en voz alta—. Absolutamente increíble.

—Hemos sido fabricados con cuidadosa atención a los detalles —explicó entonces el Lincoln—. Nuestra piel es químicamente similar a la de ustedes y nuestros ojos funcionan con arreglo a los mismos principios ópticos básicos que los suyos, pero nosotros no somos criaturas dinámicas en constante renovación como ustedes. Nuestros subsistemas deben ser mantenidos y, a veces, reemplazados por los técnicos.

El audaz gesto de Max había hecho desaparecer la tensión. Para entonces toda la patrulla de reconocimiento, incluido el comandante Macmillan, estaba tocando y hurgando a los dos biots. Durante el examen, el Lincoln y la García contestaban a las preguntas sobre su diseño y realización. En un momento dado, Kenji se dio cuenta de que Max Puckett se había separado de los demás y estaba solo, apoyado contra una de las paredes del túnel.

Kenji se acercó a su amigo.

—¿Qué ocurre, Max? —preguntó.

Max sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de genio ha podido producir algo como esos dos? Es absolutamente impresionante. —Guardó silencio unos instantes—. Puede que yo sea un tipo raro, pero esos dos biots me asustan mucho más que este enorme cilindro.

Lincoln y García caminaron con la patrulla de reconocimiento hasta lo que parecía ser el final del túnel. Al cabo de unos segundos, se abrió una puerta en la pared y los biots indicaron a los humanos que entraran. A preguntas de Macmillan, los biots explicaron que los humanos iban a subir a un « aparato de transporte» que les llevaría hasta las afueras del hábitat terrestre.

Macmillan comunicó a Dmitri Ulanov, en la *Pinta*, lo que habían dicho los biots y ordenó a su adjunto ruso que « se largara zumbando» si no volvía a tener noticias de ellos en el plazo de cuarenta y ocho horas.

El viaje fue asombroso. Le recordó a Max Puckett la gigantesca montaña rusa de la feria estatal de Dallas, Texas. El vehículo, que tenía forma de bala, se deslizó a toda velocidad por una pista helicoidal cerrada que descendía desde el extremo septentrional, de forma de cuenco, de Rama hasta la planicie Central que se extendía abajo. Fuera del tubo por el que circulaba su vehículo, envuelto por una especie de fuerte plástico transparente, Kenji y los otros divisaron la vasta red de escalas y escaleras que atravesaban el mismo territorio que el recorrido por ellos. Pero no vieron los incomparables paisajes descritos por los anteriores exploradores de Rama; su campo visual quedaba bloqueado por una altísima pared de color gris metálico.

El viaje duró menos de cinco minutos. Bajaron en un anillo cerrado que rodeaba por completo al hábitat terrestre. Cuando los exploradores de la *Pinta* salieron del tubo, se había desvanecido la ingravidez en que habían estado viviendo desde su salida de la Tierra. La gravedad era casi normal.

—La atmósfera de este corredor, como la atmósfera de Nuevo Edén, es igual que la de su planeta natal —dijo el biot Lincoln—. Pero no es ése el caso en la región que se extiende a nuestra derecha, fuera de los muros que protegen su hábitat.

El anillo que circundaba a Nuevo Edén se hallaba débilmente iluminado, por lo que los colonos no estaban preparados para la brillante luz solar que los recibió cuando se abrió la enorme puerta y entraron en su nuevo mundo. En el corto recorrido a pie hasta la cercana estación del tren llevaron en la mano sus cascos espaciales. Los hombres pasaron ante edificios vacíos que se alzaban a ambos lados del camino, pequeñas estructuras que podrían ser viviendas o tiendas, así como una más grande (« Eso será una escuela elemental» , les informó el Benita García) situada enfrente de la estación.

Cuando llegaron, les estaba esperando un tren. El bruñido vagón, de asientos blandos y cómodos e información electrónica de situación constantemente actualizada, emprendió veloz carrera en dirección al centro de Nuevo Edén, donde se les iba a suministrar « amplia información» , según el biot Lincoln. El tren corrió primero a lo largo de la orilla de un bello y cristalino lago (« lago Shakespeare» , dijo el Benita García) y, luego, torció a la izquierda, alejándose de los muros de color gris claro que rodeaban la colonia. Durante la última parte del recorrido, el paisaje que se extendía a la derecha del tren se hallaba dominado por una árida montaña.

Todos los expedicionarios de la *Pinta* se mantuvieron en silencio durante el viaje. La verdad era que se hallaban totalmente abrumados. Ni siquiera la creativa imaginación de Kenji Watanabe había concebido jamás nada como lo

que estaban viendo. Todo era mucho más grande, mucho más magnificiente que lo que habían imaginado.

La ciudad central, donde los diseñadores de Nuevo Edén habían situado los edificios más importantes, despertó la admiración final. Los miembros del grupo contemplaron silenciosos y boquiabiertos el despliegue de las grandes e impresionantes estructuras que formaban el corazón de la colonia. El hecho de que los edificios se hallaran todavía vacíos no hacía sino intensificar la calidad mística de toda la experiencia. Kenji Watanabe y Max Puckett fueron los últimos en entrar en el edificio donde se les iban a suministrar las explicaciones.

—¿Qué piensa usted? —preguntó Kenji a Max mientras permanecían ambos en lo alto de las escaleras del edificio administrativo contemplando el asombroso complejo que les rodeaba.

—No puedo pensar —respondió Max, con tono en el que vibraba un respetuoso temor—. Este lugar desafía al pensamiento. Es el cielo, el País de las Maravillas de Alicia y todos los cuentos de hadas de mi niñez envueltos en un solo paquete. No dejo de pellizcarme para asegurarme de que no estoy soñando.

—En la pantalla que tienen ustedes delante —dijo el biot Lincoln—, hay un mapa general de Nuevo Edén. Cada uno de ustedes recibirá un juego completo de mapas, con inclusión de todas las carreteras y estructuras de la colonia. Nosotros estamos aquí, en Ciudad Central, que fue diseñada para convertirse en el centro administrativo de Nuevo Edén. Se han construido residencias, juntamente con tiendas, pequeñas oficinas y escuelas, en los cuatro ángulos del rectángulo rodeado por el muro exterior. Como se ha dejado que sean sus habitantes quienes pongan nombre a estas cuatro ciudades, nosotros las llamaremos hoy poblados noreste, noroeste, sureste y suroeste. Con ello, seguimos la convención, adoptada por los primeros exploradores ramanos llegados de la Tierra, de considerar como extremo norte el extremo de Rama en que ha atracado su nave espacial…

» Cada uno de los cuatro lados de Nuevo Edén tiene asignada una función geográfica. El lago de agua dulce situado a lo largo del límite sur de la colonia se llama, como ya se les ha informado, lago Shakespeare. Allí vivirán la mayor parte de los peces y formas de vida acuática que ustedes han traído, aunque algunos de los ejemplares encontrarán adecuado emplazamiento en los dos ríos que desaguan en lago Shakespeare procedentes del monte Olimpo, aquí, en el lado este de la colonia, y el bosque de Sherwood en el lado oeste…

» En la actualidad, tanto las laderas del monte Olimpo como todas las regiones del bosque de Sherwood, así como los parques urbanos y los cinturones verdes de toda la colonia, se hallan cubiertos por una fina red de aparatos de intercambio de gas, o AIG como los llamamos nosotros. Estos diminutos

mecanismos desempeñan una única función: convierten el dióxido de carbono en oxígeno. En un sentido estricto, son plantas mecánicas. Serán sustituidos por todas las plantas reales que ustedes han traído de la Tierra…

» El lado norte de la colonia, entre los poblados, está reservado para las labores agrícolas. Se han construido granjas aquí, a lo largo de la carretera que comunica las dos ciudades septentrionales. En esta zona cultivarán ustedes la mayor parte de sus alimentos. Entre las provisiones que han traído consigo y los alimentos sintéticos almacenados en los altos silos situados a trescientos metros al norte de este edificio, podrán dar de comer a dos mil humanos durante por lo menos un año, dieciocho meses quizá, si se reducen los desechos al mínimo. Después, dependerán de ustedes mismos. Huelga decir que la agricultura, incluyendo la acuicultura asignada a las orillas orientales de lago Shakespeare, constituirá un importante componente de su vida en Nuevo Edén…

Para Kenji, la experiencia de aquellas explicaciones fue como beber de una manguera de incendios. El biot Lincoln mantuvo durante noventa minutos la información a un nivel extraordinariamente alto, y rechazó todas las preguntas que se le hacían o bien respondiendo «eso está fuera de mi base de conocimientos», o bien remitiendo a la página y al párrafo correspondientes de la Guía Básica de Nuevo Edén que había repartido. Finalmente, hubo un descanso en la exposición y todos pasaron a una sala contigua, donde se sirvió una bebida que sabía a coca-cola.

—Puf —exclamó Terry Snyder mientras se enjugaba la frente—, ¿soy yo el único que está saturado?

—Hombre, Snyder —replicó Puckett con una malévola sonrisa—, ¿está diciendo que es usted inferior a ese maldito robot? Seguro que él no está cansado. Apuesto a que podría seguir disertando todo el día.

—Quizás incluso toda la semana —replicó pensativamente Kenji Watanabe —. Me pregunto con qué frecuencia necesitarán estos biots recibir cuidados de mantenimiento. La empresa de mi padre fabrica robots, extraordinariamente complejos algunos de ellos, pero no llegan ni con mucho a la altura de éstos. El contenido de información almacenada en ese Lincoln debe ser astronómico…

—La sesión se reanudará dentro de cinco minutos —anunció el Lincoln—. Les ruego que sean puntuales.

En la segunda mitad de la sesión fueron presentadas y explicadas las diversas clases de biots existentes en Nuevo Edén. Sobre la base de sus recientes estudios de las anteriores expediciones ramanas, los colonos estaban preparados para los biots explanadores y recogedores de basura. Las cinco categorías de biots humanos, sin embargo, suscitaron una respuesta más emocional.

—Nuestros diseñadores decidieron —les dijo el Lincoln— limitar los aspectos

físicos de los biots humanos para evitar toda posibilidad de que alguien confundiera a uno de nosotros con uno de ustedes. Ya he descrito mis funciones básicas; todos los demás Lincoln, tres de los cuales se están uniendo ahora a nosotros, han sido objeto de una programación idéntica. Al menos originariamente. Sin embargo, somos capaces de un cierto nivel de aprendizaje que permitirá que nuestras bases de datos sean diferentes a medida que evolucionan nuestros usos específicos.

—¿Cómo podemos distinguir un Lincoln de otro? —preguntó un aturdido miembro del grupo mientras los tres nuevos Lincoln circulaban por la estancia.

—Cada uno tenemos un número de identificación, grabado aquí, en el hombro, y aquí también, en la nalga izquierda. Este mismo sistema se utiliza para las otras categorías de biots humanos. Yo, por ejemplo, soy un Lincoln Número 004. Los tres que acaban de entrar son 009, 024 y 071.

Cuando los biots Lincoln abandonaron la estancia, fueron sustituidos por cinco Benita García. Una de las García describió las especialidades de su categoría —policía y protección contra incendios, agricultura, saneamiento, transporte, reparto de correspondencia— y, luego, contestó a varias preguntas, tras lo que se marcharon todas.

Vinieron luego los biots Einstein. Los exploradores soltaron la carcajada cuando cuatro de los Einstein —desaliñada y despeinada réplica cada uno de ellos del genio científico del siglo XX— entraron juntos en la sala. Los Einstein explicaron que ellos eran los ingenieros y científicos de la colonia. Su función primaria, función vital que abarcaba numerosos deberes, era «asegurar el funcionamiento satisfactorio de la infraestructura de la colonia», incluido, naturalmente, el ejército de biots.

Un grupo de biots hembras, altas y negras como el azabache, se presentó como las Tiasso, especialistas en atención sanitaria. Ellas serían los médicos, las enfermeras, quienes se ocuparían de los niños cuando los padres estuvieran ausentes. Justo cuando finalizaba la intervención de las Tiasso, entró en la sala un menudo biot oriental de intensa mirada. Llevaba una lira y un caballete electrónico. Se presentó a sí mismo como Yasunari Kawabata antes de interpretar una bella pieza corta a la lira.

—Nosotros, los Kawabata, somos artistas creativos —manifestó simplemente—. Somos músicos, actores, pintores, escultores, escritores y, a veces, fotógrafos y cineastas. Somos pocos en número, pero muy importantes para la calidad de la vida en Nuevo Edén.

Cuando finalmente terminó la sesión informativa, se sirvió una cena excelente a los exploradores en el amplio salón. Unos veinte de los biots les acompañaron en la ocasión, aunque, naturalmente, no comieron nada. El simulado pato asado era asombrosamente auténtico y hasta los vinos habrían podido superar la inspección de casi todos los enólogos de la Tierra.

Más tarde, cuando los humanos habían acabado tomando confianza con sus compañeros biots y les acribillaban a preguntas, apareció en la puerta abierta una solitaria figura femenina. Al principio, permaneció inadvertida. Pero se hizo un súbito silencio en la sala cuando Kenji Watanabe se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la recién llegada con la mano extendida.

—Doctora Des Jardins, supongo —dijo con una sonrisa.

10

Pese a las seguridades de Nicole de que todo en Nuevo Edén se ajustaba por entero a lo que ella decía en el vídeo, el comandante Macmillan se negó a permitir que los pasajeros y tripulantes de la *Pinta* entrasen en Rama y ocuparan sus nuevos hogares hasta tener la certeza de que no había peligro. Conferenció largamente con el personal de la AIE en la Tierra y, luego, envió al interior de Rama un pequeño contingente encabezado por Dmitri Ulanov con el fin de obtener información adicional. El oficial médico jefe de la *Pinta*, un adusto holandés llamado Darl van Roos, era el miembro más importante del grupo de Ulanov. Kenji Watanabe y dos soldados de la primera patrulla de reconocimiento acompañaban también al ingeniero ruso.

Las instrucciones del médico eran claras. Debía examinar a los Wakefield, a todos ellos, y certificar que eran realmente humanos. Su segunda misión era analizar a los biots y clasificar sus características no biológicas. Todo se llevó a cabo sin incidentes, aunque Katie Wakefield se mostró sarcástica y poco cooperativa durante el reconocimiento. Por sugerencia de Richard, un biot Einstein desmontó a uno de los Lincoln y demostró, a nivel funcional, cómo funcionaban los más refinados subsistemas. Ulanov quedó suficientemente impresionado.

Dos días después, los viajeros de la *Pinta* empezaron a trasladar a Rama sus pertenencias. Un nutrido grupo de biots les ayudó a descargar la nave espacial y llevar todos los pertrechos hasta Nuevo Edén. El proceso tardó casi tres días en quedar finalizado. Pero ¿dónde se establecería la gente? En una decisión que más tarde tendría importantes consecuencias para la colonia, casi la totalidad de los trescientos viajeros de la *Pinta* eligieron vivir en el poblado del sureste, donde los Wakefield habían establecido su hogar. Sólo Max Puckett y un puñado de granjeros, que se trasladaron directamente a la región agrícola situada a lo largo del perímetro norte de Nuevo Edén, decidieron vivir en otro lugar de la colonia.

Los Watanabe se instalaron en una casita situada cerca de donde vivían Richard y Nicole. Desde el primer momento, Kenji y Nicole habían experimentado una mutua simpatía natural y su amistad inicial había aumentado con cada interacción subsiguiente. La primera noche que Kenji y Nai pasaban en su nuevo hogar fueron invitados a compartir una cena familiar con los Wakefield.

—¿Por qué no pasamos a la sala de estar? El ambiente es más acogedor allí —dijo Nicole al término de la cena—. El Lincoln recogerá la mesa y se ocupará de los platos.

Los Watanabe se levantaron y siguieron a Richard por la puerta situada al extremo del comedor. Los jóvenes Wakefield esperaron cortésmente a que salieran Kenji y Nai y, luego, se reunieron con sus padres y sus invitados en la agradable salita de estar de la parte delantera de la casa.

Hacía cinco días que la patrulla de exploración de la *Pinta* había entrado por primera vez en Rama. «Cinco asombrosos días —estaba pensando Kenji mientras tomaba asiento en la salita de los Wakefield. Su mente repasó rápidamente el caleidoscopio de entremezcladas impresiones que su cerebro no había ordenado aún—. Y, en muchos aspectos, esta cena ha sido lo más asombroso de todo. Lo que esta familia ha pasado es increíble».

—Las cosas que ustedes nos han contado —dijo Nai a Richard y Nicole cuando todos se hubieron sentado— son absolutamente pasmosas. Hay tantas preguntas que quiero hacer que no sé por dónde empezar… Me fascina en especial esa criatura que ustedes llaman El Águila. ¿Era uno de los extraterrestres que construyeron Rama?

—No —respondió Nicole—. El Águila era también un biot. Por lo menos, eso es lo que nos dijo y no tenemos ningún motivo para no creerle. Fue creado por la inteligencia que gobernaba El Nódulo para darnos una conexión física concreta.

—Pero, entonces, ¿quién construyó El Nódulo?

—Ésa es claramente una pregunta de Nivel Tres —respondió Richard, con una sonrisa.

Kenji y Nai rieron. Durante la cena, Nicole y Richard les habían explicado la jerarquía informativa de El Águila.

—Me pregunto si es siquiera posible —dijo meditativamente Kenji— que nosotros concibamos unos seres tan avanzados que sus máquinas puedan crear otras máquinas más inteligentes que nosotros.

—Yo me pregunto si es siquiera posible —intervino Katie— que hablemos de algunos temas más triviales. Por ejemplo, ¿dónde están todos los jóvenes de mi edad? Hasta el momento creo que no he visto más que dos colonos con edades comprendidas entre los doce y los veinticinco años.

—La mayoría de los jóvenes viaja a bordo de la *Niña* —respondió Kenji—. Llegarán aquí dentro de unas tres semanas, con el grueso de la población de la colonia. Los pasajeros de la *Pinta* fueron especialmente elegidos para la tarea de comprobar la veracidad del vídeo que recibimos.

—¿Qué es veracidad? —preguntó Katie.

—Verdad y exactitud —respondió Nicole—. Más o menos. Era una de las palabras favoritas de vuestro abuelo… Y, hablando de vuestro abuelo, él era también un gran convencido de que a los jóvenes debe permitírseles siempre

escuchar la conversación de los adultos, pero no interrumpirla… Tenemos muchas cosas de que hablar esta noche con los Watanabe. No es necesario que vosotros cuatro os quedéis…

—Yo quiero salir a ver las luces —dijo Benjy—. ¿Vendrás conmigo, Ellie?

Ellie Wakefield se levantó y cogió de la mano a Benjy. Ambos dieron cortésmente las buenas noches y salieron, seguidos de Katie y Patrick.

—Vamos a ver si podemos encontrar algo excitante que hacer —dijo Katie al salir—. Buenas noches, señor y señora Watanabe. Madre, volveremos dentro de un par de horas, más o menos.

Nicole meneó la cabeza cuando el último de sus hijos abandonó la casa.

—Katie ha estado tan excitada desde la llegada de la *Pinta* —explicó— que apenas si duerme por las noches. Quiere conocer y hablar con *todo el mundo*.

El biot Lincoln, que había terminado ya de limpiar la cocina, se hallaba discretamente situado detrás de la silla de Benjy.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Nicole a Kenji y Nai, haciendo una seña en dirección al biot—. No tenemos nada tan delicioso como los zumos de frutas que ustedes han traído de la Tierra, pero Linc puede prepararnos algunos interesantes brebajes sintéticos.

—Yo me he quedado bien —respondió Kenji, meneando la cabeza—. Pero acabo de darme cuenta de que nos hemos pasado toda la velada hablando de su increíble odisea. Sin duda, querrán ustedes hacernos preguntas. Después de todo, han pasado en la Tierra cuarenta y cinco años desde el lanzamiento de la Newton.

« Cuarenta y cinco años —pensó de pronto Nicole—. ¿Es posible? ¿Puede realmente Genevieve tener casi sesenta años?» .

Nicole recordaba con claridad la última vez que había visto a su padre y a su hija en la Tierra. Pierre y Genevieve le habían acompañado al aeropuerto de París. Su hija había abrazado fuertemente a Nicole hasta que se dio por los altavoces la última llamada para embarcar y entonces había mirado a su madre con inmenso amor y orgullo. Los ojos de la niña estaban llenos de lágrimas. Genevieve no había podido articular palabra. « Y durante esos cuarenta y cinco años mi padre ha muerto. Genevieve se ha hecho una mujer mayor, abuela incluso. Mientras yo he estado vagabundeando por el espacio. En un país de maravillas» .

Los recuerdos eran demasiado intensos para Nicole. Hizo una profunda inspiración y trató de serenarse. Reinó un profundo silencio en la sala de estar de los Wakefield mientras ella retornaba al presente.

—¿Todo bien? —preguntó afectuosamente Kenji.

Nicole asintió con la cabeza y miró los ojos dulces y francos de su nuevo amigo. Imaginó por un instante que estaba hablando con su colega de la Newton, el cosmonauta Shigeru Takagishi. « Este hombre está lleno de curiosidad, como lo

estaba Shig. Puedo confiar en él. Y ha hablado con Genevieve hace sólo unos años» .

—Durante nuestras numerosas conversaciones con otros pasajeros de la *Pinta* se nos ha explicado a retazos la mayor parte de la historia general de la Tierra —dijo Nicole, tras un prolongado silencio—. Pero no sabemos absolutamente nada de nuestras familias, salvo lo que ustedes nos contaron brevemente aquella primera noche. Tanto a Richard como a mí nos gustaría saber si han recordado algún detalle adicional que hubieran podido omitir en nuestras primeras conversaciones.

—La verdad es —dijo Kenji— que esta tarde he repasado mis diarios y he vuelto a leer las anotaciones que hice cuando realizaba mi investigación preliminar para el libro sobre la Newton. Lo más importante que olvidé mencionar en nuestra conversación anterior fue lo mucho que su Genevieve se parece a su padre, al menos la parte de la boca y la barbilla. El rostro del rey Henry era notable, como estoy seguro que recuerdan. De adulta, se le afiló el rostro a Genevieve y empezó a parecerse extraordinariamente al de él… Mire esto. He logrado encontrar en mi base de datos un par de fotografías de los tres días que pasé en Beauvois.

La emoción venció a Nicole cuando vio las fotos de Genevieve. Se le llenaron los ojos de lágrimas, que le desbordaron luego por las mejillas. Le temblaban las manos mientras sostenía las dos fotografías de Genevieve y su marido Louis Gastón. « Oh, Genevieve —clamó en silencio—, cuánto te he echado de menos. Cuánto desearía tenerte entre mis brazos aunque sólo fuera un momento» .

Richard se inclinó por encima de su hombro para ver las fotografías. Mientras lo hacía acarició suavemente a Nicole con las manos.

—Se parece algo al príncipe —comentó en voz baja—, pero yo creo que se parece mucho más a su madre.

—Genevieve se mostró también sumamente cortés —añadió Kenji—, lo cual me sorprendió habida cuenta de lo mucho que había sufrido durante todo aquel alboroto de los medios de comunicación del año 2238. Respondió con extraordinaria paciencia a mis preguntas. Yo había pensado hacer de ella uno de los elementos centrales del libro sobre la Newton hasta que mi editor me disuadió de seguir adelante con el proyecto.

—¿Cuántos de los cosmonautas de la Newton viven todavía? —pregunto Richard, prosiguiendo la conversación mientras Nicole continuaba mirando las dos fotografías.

—Sólo Sabatini, Tabori y Yamanaka —respondió Kenji—. El doctor Brown sufrió un grave ataque cerebral y murió seis meses después en circunstancias un tanto extrañas. Creo que fue el año 2208. El almirante Heilmann murió de cáncer en 2214 o cosa así. Irina Turgenyev sufrió un derrumbamiento mental completo, víctima del síndrome de « regreso a la Tierra» identificado entre varios de los

cosmonautas del siglo XXI, y finalmente se suicidó en 2211.

Nicole estaba luchando todavía con sus emociones.

—Hasta hace tres noches —dijo a los Watanabe cuando se hizo de nuevo el silencio en la estancia— no había dicho nunca a Richard ni a los niños que Henry era el padre de Genevieve. Mientras viví en la Tierra, sólo mi padre supo la verdad. Henry tal vez lo sospechara, pero no lo sabía con seguridad. Luego, cuando me hablaron ustedes de Genevieve, comprendí que debía ser yo quien se lo dijera a mi familia. Yo…

Se le estranguló la voz a Nicole y aparecieron nuevas lágrimas en sus ojos. Se secó la cara con uno de los pañuelos de papel que Nai le dio.

—Lo siento —dijo Nicole—, nunca soy así. Ha supuesto una conmoción demasiado grande ver una fotografía y recordar tantas cosas…

—Cuando vivíamos en Rama Dos y luego en El Nódulo —indicó Richard—, Nicole era un modelo de estabilidad. Era una roca. No se inmutaba por nada que encontráramos, por extraño que fuese. Los niños, Michael O'Toole y yo dependíamos de ella. Es muy raro verla…

—Basta —exclamó Nicole, después de secarse la cara. Dejó la fotografía a un lado—. Pasemos a otros temas. Hablemos de los cosmonautas de la Newton, Francesca Sabatini en particular. ¿Consiguió lo que quería? ¿Fama y riquezas sin igual?

—Más o menos —respondió Kenji—. Yo no vivía durante su época de esplendor, en la primera década del siglo pero aun ahora es muy famosa todavía. Ella fue una de las personas entrevistadas recientemente en la televisión sobre la importancia de la recolonización de Marte.

Nicole se inclinó hacia delante en su silla.

—No se lo he dicho durante la cena, pero estoy segura de que Francesca y Brown administraron a Borzov una droga que le provocó sus síntomas de apendicitis. Y me abandonó deliberadamente en el fondo de aquel pozo de Nueva York. La mujer carecía por completo de escrúpulos.

Kenji guardó silencio unos instantes.

—En 2208, poco antes de morir, el doctor Brown tuvo varios períodos ocasionales de lucidez en su estado generalmente incoherente. Durante uno de esos períodos concedió a un semanario una fantástica entrevista en la que confesaba una responsabilidad parcial por la muerte de Borzov e implicaba a Francesca en la desaparición de usted. La señora Sabatini dijo que toda la historia era « absurda, la insana emanación de un cerebro enfermo» , se querelló contra el semanario, pidiendo una indemnización de cien millones de marcos, y, luego, llegó a un acuerdo extrajudicial. El semanario despidió al reportero y presentó formalmente sus excusas a la señora Sabatini.

—Francesca siempre gana al final —observó Nicole.

—Yo estuve a punto de resucitar la historia hace tres años —continuó Kenji

—, en el curso de las investigaciones que llevaba a cabo para mi libro. Como habían pasado más de veinticinco años, todos los datos de la misión Newton pertenecían ya al dominio público y eran, por tanto, accesibles a cualquiera que los solicitase. Encontré el contenido de su ordenador personal, incluido el cubo de datos que debió de pertenecer a Henry, disperso por toda la telemetría. Adquirí la convicción de que, en efecto, la entrevista del doctor Brown contenía algo de verdad.

—¿Y qué ocurrió?

—Fui a entrevistar a Francesca en su palacio de Sorrento. Poco después, dejé de trabajar en el libro…

Kenji vaciló unos instantes. « ¿Debo decir más? —se preguntó. Volvió la vista hacia su amante esposa—. No —se dijo—, no son éstos el tiempo ni el lugar adecuados» .

—Lo siento, Richard.

Él estaba casi dormido cuando oyó la suave voz de su esposa en el dormitorio.

—Uh —gruñó—. ¿Has dicho algo, querida?

—Lo siento —repitió Nicole. Se acercó más a él y buscó su mano por debajo de las sábanas—. Debería haberte contado lo de Henry hace años… ¿Estás enfadado todavía?

—Nunca he estado enfadado —respondió Richard—. Sorprendido, sí, quizás incluso estupefacto. Pero no enfadado. Tenías tus razones para mantenerlo en secreto. —Le apretó la mano—. Además, eso fue en la Tierra, en otra vida. Si me lo hubieses dicho cuando nos conocimos, quizás hubiera importado. Podría haberme sentido celoso y casi con toda seguridad me habría sentido inadecuado. Pero ahora, no.

Nicole se inclinó sobre él y le dio un beso.

—Te quiero, Richard Wakefield —dijo.

—Y yo también te quiero —respondió él.

Kenji y Nai hicieron el amor por primera vez desde que salieran de la *Pinta* y ella se quedó dormida al instante. Kenji estaba todavía sorprendentemente espabilado. Permaneció despierto en la cama, pensando en la velada con los Wakefield. Por alguna razón, acudió a su mente una imagen de Francesca Sabatini. « La mujer de setenta años más hermosa que jamás he visto —fue su primer pensamiento—. Y qué vida tan fantástica» .

Kenji recordaba con toda claridad la tarde de verano en que el tren le había dejado en la estación de Sorrento. El conductor del taxi eléctrico había reconocido inmediatamente la dirección.

—*Capisco* —había dicho, agitando las manos y poniendo en marcha el coche —, *il palazzo Sabatini*.

Francesca vivía en un hotel transformado que dominaba la bahía de Nápoles. Era un edificio de veinte habitaciones que en otro tiempo perteneció a un príncipe del siglo XVII. Desde la estancia en que esperó a que apareciera la señora Sabatini, podía ver un funicular que transportaba bañistas descendiendo a lo largo de un escarpado precipicio hasta la bahía azul que se extendía al pie.

La señora llegó con media hora de retraso y luego le entró una prisa enorme por poner fin a la entrevista. Por dos veces informó Francesca a Kenji de que había accedido a hablar con él sólo porque su editor le había dicho que se trataba de un « destacado joven escritor» .

—Francamente —dijo en su excelente inglés—, a estas alturas encuentro sumamente aburrida cualquier conversación sobre la Newton.

Su interés en la conversación aumentó de manera considerable cuando Kenji le habló de sus « nuevos datos» , los archivos del ordenador personal de Nicole que habían sido transmitidos por telemetría a la Tierra durante las últimas semanas de la misión. Francesca quedó silenciosa, incluso pensativa, mientras Kenji comparaba las notas internas que Nicole había tomado con la « confesión» realizada por el doctor David Brown al reportero del semanario en 2208.

—Le había subestimado a usted —dijo Francesca con una sonrisa, cuando Kenji preguntó si no le parecía una « extraordinaria coincidencia» que el diario de Nicole Newton y la confesión de David Brown tuviesen tantos puntos en común. Nunca respondió directamente a sus preguntas. En lugar de ello, se puso en pie, insistió en que se quedara a pasar la noche y dijo a Kenji que hablaría con él más tarde.

Al atardecer, llegó a la habitación de Kenji en el palacio de Francesca una nota en la que se le comunicaba que la cena sería a las ocho y media y que debía llevar chaqueta y corbata. A la hora indicada, llegó un robot que le acompañó hasta un suntuoso comedor de paredes cubiertas con murales y tapices, resplandecientes arañas suspendidas de los altos techos y delicadas esculturas en todas las hornacinas. La mesa estaba puesta para diez personas. Francesca se encontraba ya allí, de pie junto a un sirviente robot en un extremo del amplio salón.

—*Kon ban wa,* Watanabe-san —dijo Francesca en japonés, mientras le ofrecía una copa de champaña—. Estoy renovando las estancias principales, así que me temo que habremos de tomar aquí los cócteles. Es muy *gauche*, como dirían los franceses, pero así tendrá que ser.

Francesca tenía un aspecto espléndido. Llevaba los rubios cabellos recogidos sobre la cabeza y sujetos con una gran peineta. Una gargantilla de diamantes le rodeaba el cuello y de un discreto collar de diamantes colgaba un inmenso solitario de zafiro. Lucía un vestido blanco sin tirantes, con pliegues y frunces que

acentuaban las curvas de su cuerpo todavía juvenil. Kenji no podía creer que tuviese setenta años.

Le cogió de la mano, tras explicarle que había organizado rápidamente una cena « en su honor» y le llevó hacia los tapices que colgaban en la pared del otro extremo.

—¿Conoce a Aubusson? —preguntó. Como él negara con la cabeza, Francesca se lanzó a una exposición de la historia de los tapices europeos.

Media hora después, Francesca ocupó su asiento a la cabecera de la mesa. Un profesor de música de Nápoles y su esposa (supuestamente actriz), dos atractivos y atezados futbolistas profesionales, el conservador de las ruinas de Pompeya (un hombre de poco más de cincuenta años), una poetisa italiana de mediana edad y dos jóvenes de veintitantos años, extraordinariamente atractivas ambas, ocuparon los asientos restantes. Tras consultar con Francesca, una de las dos jóvenes se sentó enfrente de Kenji y la otra junto a él.

Al principio, el sillón situado frente a Francesca, al otro extremo de la mesa, permaneció vacío. Pero Francesca le cuchicheó algo a su mayordomo y cinco minutos después un hombre muy viejo, cojo y casi ciego, fue introducido en el salón. Kenji lo reconoció inmediatamente. Era Janos Tabori.

La comida era maravillosa, la conversación animada. Los manjares eran servidos por camareros, no por los robots utilizados por todos los restaurantes, salvo los más elegantes, y cada plato iba acompañado de un vino italiano diferente. ¡Y qué grupo tan notable! Todos, incluso los futbolistas, hablaban un inglés pasable. Todos también estaban interesados y versados en historia espacial. La joven sentada delante de Kenji había leído incluso su popular libro sobre las primeras exploraciones de Marte. A medida que avanzaba la velada, Kenji, de treinta años a la sazón y soltero, se iba sintiendo cada vez menos cohibido. Todo lo estimulaba: las mujeres, el vino, las conversaciones sobre historia, poesía y música.

Sólo una vez durante las dos horas que permanecieron sentados a la mesa se mencionó la entrevista de la tarde. En una pausa de la conversación, después del postre y antes del coñac, Francesca le gritó casi a Janos:

—Este joven japonés, que es muy brillante, cree haber encontrado en el ordenador personal de Nicole pruebas que corroboran aquellas horribles mentiras que David contó antes de morir.

Janos no hizo ningún comentario. La expresión de su rostro no cambió. Pero después de la cena entregó a Kenji una nota y desapareció. « “Sólo conocéis la verdad y no tenéis compasión —decía la nota—. Por eso, juzgáis injustamente.” Aglaia Yepanchin al príncipe Mishkin. *El idiota*, de Fiódor Dostoievski» .

No llevaba Kenji más que cinco o diez minutos en su habitación, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta. Al abrirla, vio a la joven italiana que había estado sentada delante de él durante la cena. Vestía un biquini diminuto que

dejaba al descubierto casi todo su excepcional cuerpo. En la mano llevaba un bañador de hombre.

—Señor Watanabe —dijo con una seductora sonrisa—, venga a nadar con nosotros. Este bañador le irá bien.

Kenji sintió una inmediata y enorme oleada de lujuria que no se aplacó enseguida. Ligeramente azorado, esperó uno o dos minutos después de vestirse antes de reunirse con la mujer en el vestíbulo.

Tres años después, aun tendido en su cama en Nuevo Edén al lado de la mujer que amaba, le resultaba a Kenji imposible no recordar con deseo sexual la noche que pasó en el palacio de Francesca.

Seis de ellos habían tomado el funicular hasta la bahía y se habían bañado a la luz de la luna. En la cabaña próxima a la orilla habían bebido, bailado y reído juntos. Había sido una noche de ensueño. « Al cabo de una hora —recordó Kenji — todos estábamos alegremente desnudos. El plan estaba claro. Los dos futbolistas eran para Francesca. Las dos madonnas para mí» .

Kenji se retorció en la cama al recordar la intensidad de su placer y la risa espontánea de Francesca cuando, al amanecer, lo encontró entrelazado con las dos jóvenes en una de las amplias tumbonas que había junto a la bahía.

« Cuando llegué a Nueva York, cuatro días después, mi editor me dijo que creía que debía abandonar el proyecto de la Newton. No discutí con él. Probablemente, lo habría sugerido yo mismo» .

11

Ellie se sentía fascinada por las figuras de porcelana. Cogió una, una niña vestida con un traje de ballet color azul claro, y le dio vueltas en las manos.

—Mira esto, Benjy —dijo a su hermano—. Alguien hizo esto por sí solo.

—En realidad, ésa es una copia —indicó el tendero español—, pero un artista hizo el original del cual se tomó la impresión por ordenador. El proceso de reproducción es ahora tan preciso que hasta a los expertos les cuesta distinguir cuáles son las copias.

—¿Y usted reunió todas éstas en la Tierra? —Ellie señaló con la mano el centenar aproximadamente de figuras que había sobre la mesa y en las cajitas de cristal.

—Sí —respondió orgullosamente el señor Murillo—. Aunque yo era funcionario en Sevilla, permisos de construcción y esa clase de cosas, mi mujer y yo teníamos también una tienda. Nos enamoramos del arte de la porcelana hace unos diez años y desde entonces hemos sido coleccionistas incansables.

La señora Murillo, cercana también a los cincuenta años, salió de la trastienda, en la que estaba desembalando aún su mercancía.

—Mucho antes de saber que la AIE nos había seleccionado realmente como colonos —dijo—, decidimos que, cualesquiera que fuesen las limitaciones que se impusieran a los equipajes para el viaje en la *Niña*, nosotros nos traeríamos nuestra colección de porcelanas completa.

Benjy sostenía la bailarina a sólo unos centímetros de su cara.

—Pre-cio-sa —comentó, con una amplia sonrisa.

—Gracias —dijo el señor Murillo—. Habíamos pensado fundar una sociedad de coleccionistas en colonia Lowell —añadió—. Tres o cuatro de los demás pasajeros de la *Niña* han traído también varias piezas.

—¿Podemos mirarlas? —preguntó Ellie—. Tendremos mucho cuidado.

—Adelante —respondió la señora Murillo—. Finalmente, cuando las cosas se asienten, venderemos o permutaremos algunos de los objetos; desde luego, los duplicados. En estos momentos están sólo en exposición.

Mientras Ellie y Benjy examinaban las creaciones de porcelana, entraron otras personas en la tienda. Los Murillo habían abierto el establecimiento hacía sólo unos días. Vendían velas, servilletas bordadas y otros pequeños adornos para

el hogar.

—Desde luego, no has perdido el tiempo, Carlos —dijo un corpulento norteamericano al señor Murillo unos minutos después.

Por su saludo inicial era evidente que habían sido compañeros de viaje en la *Niña*.

—Era más fácil para nosotros, Travis —le respondió el señor Murillo—. No tenemos familia y nos basta un sitio pequeño para vivir.

—Nosotros no nos hemos establecido aún en una casa —se lamentó Travis—. Decididamente, vamos a vivir en este pueblo, pero Chelsea y los chicos no pueden encontrar una casa que les guste a todos… Chelsea está todavía asustada con todo el asunto. Ni siquiera ahora cree que la AIE nos esté diciendo la verdad.

—Reconozco que es sumamente difícil aceptar que esta estación espacial fue construida por alienígenas sólo para poder observarnos… y, ciertamente, sería más fácil creer la historia de la AIE si hubiese fotografías de ese Nódulo. Pero ¿por qué habrían de mentirnos?

—Ya nos han mentido antes. Nadie mencionó siquiera este lugar hasta un día antes de la cita… Chelsea cree que formamos parte de un experimento de la AIE para una colonia espacial. Dice que permaneceremos aquí algún tiempo y luego nos trasladarán a la superficie de Marte para poder comparar los dos tipos de colonias.

El señor Murillo se echó a reír.

—Veo que Chelsea no ha cambiado desde que salimos de la *Niña*. —Su rostro adoptó una expresión más seria—. Mira, Juanita y yo teníamos también nuestras dudas, especialmente cuando transcurrió la primera semana sin que nadie viera ni rastro de los alienígenas. Pasamos dos días enteros recorriéndolo todo, hablando con otras personas; vinimos a realizar nuestra propia investigación. Finalmente llegamos a la conclusión de que la historia de la AIE debe de ser cierta. En primer lugar, es demasiado absurda para ser mentira. En segundo, esa Wakefield se mostró muy convincente. En su reunión abierta respondió durante casi dos horas a cuantas preguntas se le hicieron y ni Juanita ni yo percibimos ninguna contradicción.

—Me resulta difícil imaginar que alguien pueda pasarse doce años dormido —dijo Travis, meneando la cabeza.

—Claro, y a nosotros también. Pero examinamos ese somnario en el que supuestamente estuvo durmiendo la familia Wakefield y todo era exactamente tal y como Nicole lo había descrito en la reunión.

Por cierto que el edificio general es inmenso. Hay suficientes literas y habitaciones como para albergar a todos los habitantes de la colonia si es preciso… Desde luego, no tiene sentido que la AIE construyera unas instalaciones tan enormes sólo para sostener una mentira.

—Quizá tengas razón.

—Como quiera que sea, hemos decidido sacar el mejor partido posible del asunto. Al menos, por el momento. Y, desde luego, no podemos quejarnos de nuestras condiciones de vida. El alojamiento es excelente. Juanita y yo tenemos incluso nuestro propio robot Lincoln para que nos eche una mano en la casa y en la tienda.

Ellie estaba siguiendo muy atentamente la conversación. Recordó lo que le había dicho su madre la noche anterior, cuando le preguntó si ella y Benjy podían ir a dar una vuelta por el pueblo. « Supongo que sí, querida —había respondido Nicole—, pero si alguien os reconoce como Wakefield y empieza a haceros preguntas, no le contestéis. Mostraos corteses y volved a casa lo antes posible. El señor Macmillan no quiere que hablemos todavía de nuestras experiencias con personas ajenas a la AIE» .

Mientras Ellie admiraba las figuras de porcelana y escuchaba atentamente la conversación entre el señor Murillo y el hombre llamado Travis, Benjy se alejó, curioseando por su propia cuenta. Al darse cuenta de que no estaba a su lado, Ellie empezó a sentirse dominada por el pánico.

—¿Qué estás mirando, amigo? —oyó Ellie que una áspera voz masculina decía al otro extremo de la tienda.

—Su pelo es muy bo-ni-to —respondió Benjy. Estaba obstruyendo el pasillo, impidiendo pasar al hombre y su mujer. Sonrió y alargó la mano en dirección a los espléndidos y largos cabellos rubios de la mujer—. ¿Puedo tocar? —preguntó.

—¿Estás loco…? Claro que no… Y quítate de en medio.

—Jason, creo que es un poco retrasado —dijo en voz baja la mujer, al tiempo que le agarraba el brazo a su marido antes de que empujase a Benjy.

En ese momento, Ellie se dirigió hacia su hermano. Se dio cuenta de que el hombre estaba furioso, pero no sabía qué hacer. Tocó suavemente a Benjy en el hombro.

—Mira, Ellie —exclamó él, comiéndose las sílabas en su excitación—, mira qué pelo amarillo tan bonito.

—¿Es amigo tuyo este memo? —preguntó el hombre a Ellie.

—Benjy es mi hermano —respondió Ellie con dificultad.

—Bueno, pues llévatelo de aquí… Está molestando a mi mujer.

—Señor —dijo Ellie, haciendo acopio de valor—, mi hermano nunca había visto de cerca unos cabellos rubios largos.

El rostro del hombre se contorsionó en un rictus de ira y sorpresa.

—¿Quéeee…? —exclamó. Miró a su mujer—. ¿Qué pasa con estos dos? Uno es un cretino y la otra…

—¿No sois vosotros dos de los chicos de los Wakefield? —interrumpió una agradable voz femenina detrás de Ellie.

La turbada Ellie se volvió. La señora Murillo se interpuso entre los jóvenes y el matrimonio. Ella y su marido habían cruzado la tienda al oír las airadas voces.

—Sí, señora —respondió en voz baja Ellie—. Sí, lo somos.

—¿Quiere decir que éstos son dos de los niños llegados del espacio exterior? —preguntó el hombre llamado Jason.

Ellie se las arregló para empujar rápidamente a Benjy hacia la puerta del establecimiento.

—Lo sentimos mucho —dijo, antes de salir con Benjy—. No queríamos causar molestias.

—¡Anormales! —oyó Ellie decir a alguien mientras cerraba la puerta a su espalda.

Había sido otro día agotador. Nicole estaba muy cansada. Se hallaba delante del espejo y terminó de lavarse la cara.

—Ellie y Benjy han tenido en el pueblo alguna clase de experiencia desagradable —dijo Richard desde el dormitorio—. No han querido contarme gran cosa.

Nicole había pasado ese día trece largas horas ayudando a procesar a los pasajeros de la *Niña*. Por mucho que ella, Kenji Watanabe y los demás se esforzaran, parecía como si nadie quedara nunca satisfecho y siempre hubiera más cosas por hacer. Muchos de los colonos se habían mostrado insolentes cuando Nicole trataba de explicarles los procedimientos que la AIE había establecido para la asignación de provisiones, alojamiento y áreas de trabajo.

Llevaba demasiados días sin dormir lo suficiente. Nicole se miró las bolsas que se le habían formado bajo los ojos. « Pero debemos acabar con este grupo antes de que llegue la *Santa María* —se dijo—. Ellos serán mucho más difíciles» .

Nicole se secó la cara con una toalla y miró en el dormitorio, donde Richard se hallaba sentado en pijama.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó.

—No muy mal… De hecho, ha resultado bastante interesante. De forma lenta pero segura, los ingenieros humanos se van sintiendo más cómodos con los Einstein. —Hizo una pausa—. ¿Has oído lo que te he dicho sobre Ellie y Benjy?

Nicole suspiró. Por el tono de la voz de Richard comprendió cuál era el mensaje que realmente quería transmitirle. A pesar de la fatiga que sentía, salió del dormitorio y echó a andar por el pasillo.

Ellie estaba ya dormida, pero Benjy permanecía despierto aún en la habitación que compartía con Patrick. Nicole se sentó junto a Benjy y le cogió la mano.

—Ho-la, ma-má —dijo el muchacho.

—Tío Richard me ha dicho que tú y Ellie habéis ido esta tarde al pueblo —dijo Nicole a su hijo mayor.

Una expresión de angustia cruzó por unos instantes el rostro del muchacho y

desapareció enseguida.

—Sí, ma-má —respondió.

—Ellie me ha dicho que os reconocieron y que uno de los nuevos colonos os llamó varias cosas —dijo Patrick desde el extremo opuesto de la habitación.

—¿Es verdad eso, querido? —preguntó Nicole a Benjy, acariciándole las manos.

El muchacho hizo un movimiento afirmativo apenas perceptible con la cabeza y luego miró en silencio a su madre.

—¿Qué es un memo, mamá? —preguntó de pronto, con los ojos llenos de lágrimas.

Nicole rodeó a Benjy con los brazos.

—¿Alguien te ha llamado hoy memo? —preguntó suavemente.

Benjy asintió.

—La palabra no tiene un significado específico —explicó Nicole—. A cualquiera que sea diferente, o quizá molesto, se le podría llamar quizá memo. —Volvió a acariciar a Benjy—. La gente utiliza palabras como ésa sin pensar. Quienquiera que te haya llamado memo probablemente estaba perplejo o trastornado por otros acontecimientos de su vida y te lo soltó sólo porque él no te comprendía… ¿Hiciste algo que le molestara?

—No, ma-má. Sólo le dije que me gustaba el pelo a-ma-ri-llo de la mujer.

Le costó varios minutos, pero al final Nicole averiguó lo esencial de lo que había ocurrido en la tienda de porcelanas. Cuando pensó que Benjy se encontraba ya bien, Nicole cruzó la habitación para darle las buenas noches a Patrick con un beso.

—¿Y cómo te ha ido a ti? —preguntó—. ¿Has pasado un buen día?

—En general, sí —respondió Patrick—. Sólo he tenido un contratiempo, en el parque. —Trató de sonreír—. Varios de los chicos nuevos estaban jugando a baloncesto y me invitaron a jugar con ellos… Lo hacía terriblemente mal. Un par de ellos se rieron de mí.

Nicole dio a Patrick un abrazo largo y cálido. « Patrick es fuerte —se dijo a sí misma Nicole ya en el pasillo, mientras regresaba a su habitación—. Pero también él necesita ayuda. —Hizo una profunda inspiración—. ¿Estoy actuando correctamente? —se preguntó por enésima vez desde que se entregara de lleno a participar en todos los aspectos de la planificación de la colonia—. Me siento muy responsable de todo aquí. Quiero que Nuevo Edén comience adecuadamente… Pero mis hijos necesitan todavía una parte mayor de mi tiempo… ¿Lograré alguna vez alcanzar el equilibrio adecuado?» .

Richard estaba todavía despierto cuando Nicole se acurrucó a su lado. Contó a su marido lo sucedido a Benjy.

—Siento no haber podido ayudarle —observó Richard—. Pero hay cosas que sólo una madre…

Nicole estaba tan exhausta que el sueño empezó a vencerla antes de que Richard hubiera terminado la frase. Él la tocó firmemente en el brazo.

—Nicole —dijo—, hay otra cosa de la que tenemos que hablar. Por desgracia, no puede esperar. Tal vez no dispongamos de ningún rato a solas por la mañana.

Nicole se volvió y miró inquisitivamente a Richard.

—Es sobre Katie —explicó él—. Necesito tu ayuda… Mañana por la noche hay otro de esos bailes juveniles; recordarás que la semana pasada dijimos a Katie que podría ir, pero sólo si Patrick la acompañaba y regresaba a casa a una hora razonable… Bueno, pues esta noche la he visto por casualidad delante del espejo con un vestido nuevo. Era corto y muy revelador. Al preguntarle por el vestido y decirle que no parecía un atuendo adecuado para un baile corriente, se puso hecha una furia. Insistió en que yo «le estaba espiando» y luego me informó de que yo era «absolutamente ignorante» en cuestiones de moda.

—¿Qué le dijiste?

—Le reprendí. Ella me miró fríamente y no dijo nada. Varios minutos después, salió de casa sin pronunciar palabra. El resto de los niños y yo cenamos sin ella… Katie llegó a casa sólo unos treinta minutos antes que tú. Olía a tabaco y a cerveza. Cuando intenté hablar con ella, se limitó a decir «No me molestes», y se fue a su habitación, en la que se encerró dando un portazo.

«Me lo temía —pensó Nicole, mientras yacía tendida junto a Richard en silencio—. Todos los indicios han sido evidentes desde que era pequeña. Katie es brillante, pero es también egoísta e impetuosa…»

—Iba a decirle a Katie que no podía ir al baile mañana por la noche —estaba diciendo Richard—, pero luego me di cuenta de que, con arreglo a cualquier definición normal, es una persona adulta. Después de todo, su tarjeta de registro en la oficina de administración le asigna una edad de veinticuatro años. Realmente, no podemos tratarla como a una niña.

«Pero quizás emocionalmente sólo tiene catorce —pensó Nicole, retorciéndose de angustia mientras Richard empezaba a recitar las dificultades que habían tenido con Katie desde que llegaran a Rama los primeros de los otros seres humanos—. No le interesa nada más que la aventura y la excitación».

Nicole recordó el día que había pasado con Katie en el hospital. Fue una semana antes de que llegaran los colonos de la *Niña*. Katie se había sentido fascinada por el avanzado equipo médico y auténticamente interesada en su funcionamiento; sin embargo, cuando Nicole sugirió que quizá quisiera trabajar en el hospital hasta que comenzaran las clases en la universidad, la joven se había echado a reír.

—¿Bromeas? —había exclamado su hija—. No puedo imaginar nada más aburrido. Especialmente cuando habrá cientos de personas nuevas que conocer.

«No hay muchas cosas que Richard ni yo podamos hacer —se dijo Nicole

con un suspiro—. Podemos angustiarnos por Katie, y ofrecerle nuestro amor, pero ella ya ha decidido que todos nuestros conocimientos y nuestra experiencia son irrelevantes» .

Hubo un silencio en el dormitorio. Nicole alargó la mano y dio un beso a Richard.

—Hablaré mañana con Katie sobre el vestido —dijo—, pero dudo que sirva para algo.

Patrick estaba solo, sentado en una silla plegable junto a la pared del gimnasio de la escuela. Tomó un sorbo de soda y miró su reloj mientras finalizaba la lenta música y la docena de parejas que bailaban en la amplia pista se iban deteniendo. Katie y Olaf Larsen, un alto sueco cuyo padre era miembro del estado mayor del comandante Macmillan, se besaron brevemente antes de echar a andar, cogidos del brazo, en dirección a Patrick.

—Olaf y yo vamos a salir a fumar un cigarrillo y tomar otra copa de whisky —dijo Katie cuando ambos llegaron a donde se encontraba Patrick—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Ya vamos retrasados, Katie —respondió Patrick—. Dijimos que estaríamos en casa para las doce y media.

El sueco dio a Patrick una condescendiente palmadita en la espalda.

—Vamos, muchacho, tranquilo —dijo—. Tu hermana y yo nos estamos divirtiendo.

Olaf estaba ya borracho, tenía la cara congestionada a consecuencia de la bebida y el baile. Señaló hacia el otro extremo de la estancia.

—¿Ves aquella chica de pelo rojo, vestido blanco y tetas grandes? Se llama Beth y es una cachonda. Ha estado toda la noche esperando que la sacaras a bailar. ¿Quieres que te la presente?

Patrick meneó la cabeza.

—Escucha, Katie —dijo—. Yo quiero irme. He estado aquí, pacientemente sentado…

—Media hora más, hermanito —le interrumpió Katie—. Voy a salir un rato y vuelvo luego para bailar un par de piezas. Después, nos marchamos, ¿vale?

Dio un beso en la mejilla a Patrick y se dirigió hacia la puerta, acompañada por Olaf. Por el sistema de megafonía del gimnasio comenzó a sonar una pieza rápida. Patrick contempló fascinado las evoluciones de las jóvenes parejas al rítmico compás de la música.

—¿No bailas tú? —le preguntó un joven que paseaba en torno al perímetro de la pista de baile.

—No —respondió Patrick—. Nunca lo he intentado.

El joven dirigió una mirada de extrañeza a Patrick. Luego se detuvo.

—Claro —exclamó—, tú eres uno de los Wakefield… Hola, yo me llamo Brian Walsh. Soy de Winsconsin, en el centro de Estados Unidos. Mis padres son los que están organizando la universidad.

Desde su llegada al baile, varias horas antes, Patrick no había intercambiado más de un par de palabras con nadie, aparte de Katie. Le estrechó alegremente la mano a Brian Walsh y ambos permanecieron unos minutos charlando amistosamente. Brian, que tenía a medio terminar la carrera de ingeniería de ordenadores cuando su familia fue seleccionada para la colonia Lowell, tenía veinte años y era hijo único. Sentía gran curiosidad por las experiencias de su compañero.

—Dime —preguntó a Patrick cuando empezaron a sentirse más a gusto el uno con el otro—, ¿existe realmente ese lugar llamado El Nódulo? ¿O forma parte de alguna ridícula historia inventada por la AIE?

—No —respondió Patrick, olvidando que no debía hablar de aquellas cosas—. El Nódulo existe, desde luego. Mi padre dice que es una estación extraterrestre de procesado.

Brian rio alegremente.

—¿De modo que en algún lugar cerca de Sirio hay un gigantesco triángulo construido por una superespecie desconocida? ¿Y su finalidad es ayudarles a estudiar a otras criaturas que viajan por el espació? ¡Uau! Es la historia más fantástica que jamás he oído. De hecho, casi todo lo que tu madre nos contó en aquella primera reunión resultaba increíble. Debo reconocer, sin embargo, que la existencia de esta estación espacial y el nivel tecnológico de sus robots hacen más verosímil su historia.

—Todo lo que mi madre dijo era cierto —replicó Patrick—. Y se calló deliberadamente algunas de las cosas más increíbles. Por ejemplo, mi madre sostuvo una conversación con una anguila envuelta en una capa que hablaba con burbujas. Y también… —Patrick calló, recordando las advertencias de Nicole.

Brian estaba fascinado.

—¿Una anguila con una capa? —exclamó—. ¿Cómo sabía tu madre lo que estaba diciendo?

Patrick miró su reloj.

—Disculpa, Brian —dijo bruscamente—, pero he venido con mi hermana y tengo que buscarla…

—¿Es ésa del vestido rojo tan corto?

Patrick asintió con la cabeza. Brian le pasó el brazo por el hombro a su nuevo amigo.

—Permíteme que te dé un consejo —dijo—. Alguien debería hablar con tu hermana. La forma en que anda rondando a todos los chicos hace pensar a la gente que es un plan fácil.

—Es la forma de ser de Katie —adujo Patrick—. Nunca ha estado con nadie

más que con la familia.

—Lo siento —dijo Brian, encogiéndose de hombros—. De todos modos, no es asunto mío… Oye, ¿por qué no me llamas un día? He disfrutado con nuestra conversación.

Patrick se despidió de Brian y echó a andar hacia la puerta. ¿Dónde estaba Katie? ¿Por qué no había vuelto al gimnasio?

Momentos después de salir oyó su ruidosa risa. Katie estaba en el patio de juegos con tres hombres, uno de los cuales era Olaf Larsen. Estaban todos fumando y riendo y bebiendo de una botella que se pasaban unos a otros.

—¿Y a ti qué postura te gusta más? —preguntó un joven moreno de bigote.

—Oh, yo prefiero arriba —respondió Katie con una carcajada. Bebió un trago de la botella—. Así, el control lo tengo yo.

—Me parece estupendo —comentó el hombre, que se llamaba Andrew. Rio por lo bajo y le apoyó sugerentemente la mano en las nalgas. Katie se la apartó, sin dejar de reír. Momentos después, vio a Patrick acercarse.

—Ven aquí, hermanito —gritó Katie—. Esto que estamos bebiendo es dinamita pura.

Los tres hombres que rodeaban a Katie se apartaron ligeramente de ella mientras Patrick avanzaba hacia ellos. Aunque era todavía muy delgado y poco desarrollado, su estatura le daba un aspecto impresionante en la débil luz.

—Yo me voy a casa ahora —dijo Patrick, rechazando la botella cuando estuvo a su lado—, y creo que deberías venir conmigo.

Andrew se echó a reír.

—Menuda chavala que tienes, Larsen —exclamó sarcásticamente—, con un hermanito de carabina.

Los ojos de Katie llamearon de ira. Bebió otro trago de la botella y se la dio a Olaf. Luego, agarró a Andrew y le besó impetuosamente en los labios, apretando con fuerza su cuerpo contra el de él.

Patrick se sintió turbado. Olaf y el tercer hombre aplaudieron y silbaron mientras Andrew correspondía al beso de Katie. Al cabo de casi un minuto, Katie se separó.

—Vámonos ahora, Patrick —dijo con una sonrisa, fijos aún sus ojos en el hombre a quien había besado—. Creo que es suficiente para una noche.

12

Eponine miró por la ventana del segundo piso en dirección a la suave pendiente. Los AIG cubrían la ladera y su distribución reticular oscurecía casi el pardo suelo que se extendía bajo ellos.

—Bueno, Ep, ¿qué te parece? —preguntó Kimberly—. La verdad es que está bastante bien. Y, una vez que planten el bosque, tendremos árboles y plantas y quizás incluso una o dos ardillas frente a la ventana. Eso es un dato a favor.

—No sé —respondió una aturdida Eponine al cabo de unos segundos—. Es un poco más pequeña que la que me gustó ayer en Positano. Y tengo mis recelos sobre vivir aquí, en Hakone. No he conocido tantos orientales…

—Mira, chica, no podemos estar esperando eternamente. Ya te dije ayer que hubiéramos debido tener alternativas de repuesto. Había siete parejas que querían el apartamento de Positano, lo que no es de extrañar, ya que sólo quedaban cuatro unidades en todo el poblado, y, simplemente, no tuvimos suerte. Lo único que queda hora, salvo esos pisos minúsculos que hay encima de las tiendas de la calle Mayor de Beauvois… y yo no quiero vivir allí porque carecen por completo de intimidad, es aquí o en San Miguel. Y todos los negros y mulatos están viviendo en San Miguel.

Eponine se sentó en una de las sillas. Se encontraban en el cuarto de estar del pequeño apartamento de dos dormitorios. Estaba amueblado modesta pero suficientemente con dos sillas y un amplio sofá del mismo color oscuro que la rectangular mesita de café. En total, el apartamento, que tenía un solo cuarto de baño y una pequeña cocina, además del cuarto de estar y de los dos dormitorios, comprendía una superficie de poco más de cien metros cuadrados.

Kimberly Henderson se paseaba impacientemente de un lado a otro de la habitación.

—Kim —dijo Eponine, hablando muy despacio—, lo siento, pero me cuesta concentrarme en la tarea de elegir un apartamento cuando son tantas las cosas que nos están sucediendo. ¿Qué es este lugar? ¿Dónde estamos? ¿Por qué estamos aquí? —Por su mente cruzó como un ramalazo la increíble sesión informativa de hacía tres días, en la que el comandante Macmillan les informó que se encontraban a bordo de una nave espacial construida por extraterrestres « con la finalidad de observar a los habitantes de la Tierra» .

Kimberly Henderson encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo al aire. Se encogió de hombros.

—Mierda, Eponine —exclamó—. Yo no conozco las respuestas a ninguna de esas preguntas… Pero sé que si no elegimos un apartamento nos quedaremos con algo que no habrá querido nadie.

Eponine miró a su amiga durante unos instantes y, luego, suspiró.

—Yo creo que todo este proceso no ha sido muy justo —se lamentó—. Los pasajeros de la *Pinta* y la *Niña* pudieron elegir casa antes de que llegásemos nosotras. Y ahora nos vemos obligadas a elegir entre los restos.

—¿Qué esperabas? —replicó rápidamente Kimberly—. Nuestra nave transportaba presidiarios; claro que nos dejaron las sobras. Pero, al menos, por fin estamos en libertad.

—Así que supongo que quieres vivir en este apartamento, ¿verdad? —dijo finalmente Eponine.

—Si —respondió Kimberly—. Y también quiero optar a los otros dos apartamentos que hemos visto esta mañana, cerca del mercado de Hakone, por si nos birlan éste. Si después del sorteo de esta noche no tenemos ya una casa fija, me temo que nuestra situación será un tanto difícil.

« Fue un error —estaba pensando Eponine mientras miraba cómo se paseaba Kimberly de un lado a otro de la habitación—. Nunca hubiera debido acceder a vivir con ella… Pero ¿qué opción tenía? Los apartamentos individuales que quedan son horribles» .

Eponine no estaba acostumbrada a cambios rápidos en su vida. A diferencia de Kimberly Henderson, que había tenido una enorme variedad de experiencias antes de ser condenada por homicidio a la edad de diecinueve años, había crecido en un orfanato situado en las afueras de Limoges, Francia, y hasta que el profesor Moreau la llevo a París para ver los grandes museos, cuando ella tenía diecisiete años, Eponine no había salido nunca de su provincia natal. Había sido para ella una decisión difícil de tomar la de presentarse para la colonia Lowell. Pero Eponine se enfrentaba a una condena a cadena perpetua en Bourges y en su lugar se le ofrecía una oportunidad de libertad en Marte. Tras prolongada reflexión, había decidido presentar su solicitud a la AIE.

Eponine había sido seleccionada para la colonia porque poseía un expediente académico magnífico, especialmente en artes, hablaba inglés con soltura y había sido una presa perfecta. Su ficha en los archivos de la AIE identificaba su puesto más idóneo en la colonia Lowell como « profesora de artes plásticas o dramáticas en las escuelas secundarias» . Pese a las dificultades asociadas con la fase de viaje tras salir de la Tierra, Eponine había sentido un palpable torrente de adrenalina y una tremenda excitación cuando Marte apareció por primera vez en la ventanilla de observación de la *Santa María*. Sería una nueva vida en un mundo nuevo.

Pero dos días antes del encuentro previsto, los guardias de la AIE anunciaron que la nave espacial no iba a desplegar sus lanzaderas de aterrizaje conforme a lo planeado. En lugar de ello, habían dicho a los pasajeros presidiarios, la *Santa María* iba a realizar « un desvío temporal para establecer contacto con una estación espacial situada en órbita alrededor de Marte» . Eponine se había sentido desconcertada y preocupada por el anuncio. A diferencia de la mayoría de sus compañeros, ella había leído atentamente todo el material que la AIE había distribuido a los colonos y nunca había visto ninguna mención de una estación espacial situada en órbita de Marte.

Hasta que la *Santa María* quedó completamente descargada y todas las personas y los pertrechos estuvieron en el interior de Nuevo Edén, nadie dijo realmente a Eponine y los demás presidiarios qué estaba ocurriendo. Y, aún después de la sesión informativa de Macmillan, muy pocos de los presidiarios creían que les estaban diciendo la verdad.

—Venga ya —había exclamado Willis Meeker—, ¿se figura que somos tan idiotas? ¿Un puñado de extraterrestres construyó este lugar y todos esos robots? Todo esto es un montaje. Lo que estamos presenciando es un nuevo concepto de cárcel.

—Pero, Willis —replicó Malcolm Peabody—, ¿y los otros, los que vinieron en la *Pinta* y la *Niña*? Yo he hablado con algunos de ellos. Son gente normal, quiero decir que no son presidiarios. Si tu teoría es correcta, ¿qué están haciendo aquí?

—¿Cómo coño lo voy a saber? No soy ningún genio. Sólo sé que ese Macmillan no está jugando limpio con nosotros.

Eponine no dejó que sus dudas sobre la información de Macmillan le disuadieran de ir con Kimberly a la Ciudad Central con el fin de presentar solicitudes para los tres apartamentos de Hakone. Esta vez tuvieron suerte y obtuvieron la casa que habían señalado primera en su orden de preferencia. Las dos mujeres se pasaron un día instalándose en el apartamento situado en la linde del bosque de Sherwood y, luego, se presentaron en la oficina de empleo del complejo administrativo para el correspondiente procesado.

Como las otras dos naves espaciales habían llegado mucho antes que la *Santa María*, los procedimientos para integrar a los presidiarios en la vida de Nuevo Edén estaban ya perfectamente definidos. No se tardó virtualmente nada en adscribir a Kimberly, que tenía un excelente historial como enfermera, al hospital central.

Eponine se entrevistó con el director de la escuela y otros cuatro profesores antes de aceptar un puesto en la escuela superior central. Su trabajo le exigía realizar un corto viaje en tren, mientras que habría podido ir andando todos los días si hubiera decidido dar clases en la escuela media de Hakone. Pero Eponine pensaba que valdría la pena. Le caían muy bien el director y los profesores que

trabajaban en la escuela superior.

Al principio, los otros siete médicos que trabajaban en el hospital se mostraron recelosos hacia los dos médicos presidiarios, en especial hacia el doctor Robert Turner, cuyo expediente mencionaba crípticamente sus brutales homicidios sin detallar ninguna de las circunstancias atenuantes. Pero al cabo de poco más de una semana, tiempo durante el cual quedaron claramente de manifiesto para todos sus extraordinarios conocimientos y su destreza y su alto grado de profesionalismo, el cuerpo médico le eligió por unanimidad para director del hospital.

El doctor Turner se sintió sorprendido por su elección y, en un breve discurso de aceptación, prometió dedicarse por entero al bienestar de la colonia.

Su primer acto oficial fue proponer al gobierno provisional que se realizase un reconocimiento médico completo a todos los ciudadanos de Nuevo Edén, a fin de actualizar sus fichas médicas. Al aceptarse su propuesta, desplegó a las Tiasso por toda la colonia como ayudantes médicos. Los biots realizaban los reconocimientos rutinarios y recogían datos para que los médicos los analizaran. Al mismo tiempo, recordando la excelente red de datos que había existido entre todos los hospitales del área metropolitana de Dallas, el infatigable doctor Turner empezó a trabajar con varios de los Einstein en el diseño de un sistema plenamente informatizado para seguir la evolución de la salud de los colonos.

Una noche, durante la tercera semana siguiente a la llegada a Rama de la *Santa María*, estaba Eponine sola en casa, como de costumbre (el plan diario de Kimberly Henderson había quedado ya establecido: casi nunca estaba en el apartamento. Si no estaba en el hospital, trabajando, se hallaba fuera con Toshio Nakamura y sus amigos), cuando sonó el videófono. En el monitor apareció el rostro de Malcolm Peabody.

—Eponine —dijo con timidez—, quiero pedirte un favor.

—¿De qué se trata, Malcolm?

—Hace unos cinco minutos me ha llamado el doctor Turner desde el hospital. Dice que había ciertas « irregularidades» en los datos médicos que la semana pasada me tomó uno de esos robots. Quiere que vaya para someterme a un reconocimiento más detallado.

Eponine esperó pacientemente unos segundos.

—No entiendo —dijo por fin—. ¿Cuál es el favor?

Malcolm hizo una profunda inspiración.

—Debe de ser grave, Eponine. Quiere verme ahora… ¿Te importaría venir conmigo?

—¿Ahora? —exclamó Eponine, mirando su reloj—. Son casi las once de la noche.

Como en un relámpago recordó a Kimberly Henderson quejándose de que el doctor Turner era «un fanático del trabajo, casi tan terrible como esas enfermeras robots negras». Eponine recordó también el asombroso azul de sus ojos.

—De acuerdo —contestó a Malcolm—. Me reuniré contigo en la estación dentro de diez minutos.

Eponine no salía mucho de noche. Desde que empezó a trabajar como profesora se pasaba casi todas las veladas preparando las clases del día siguiente. Un sábado por la noche había ido con Kimberly, Toshio Nakamura y varias personas más a un restaurante que acababan de abrir. Pero la comida era extraña, los acompañantes eran orientales en su mayoría y varios de los hombres, después de beber demasiado, le hicieron patéticas insinuaciones. Kimberly la regañó por ser «remilgada y retraída», pero Eponine rechazó posteriores invitaciones de su compañera para salir.

Eponine llego a la estación antes que Malcolm. Mientras esperaba a que llegase, se maravilló de lo completamente que se había transformado el pueblo por la presencia de los humanos. «Veamos —estaba pensando—, la *Pinta* llegó aquí hace tres meses, la *Niña* cinco semanas después. Ya hay tiendas en todas partes, tanto alrededor de la estación como en el propio pueblo. Los pertrechos de la existencia humana. Como sigamos aquí uno o dos años, será imposible distinguir esta colonia de la Tierra».

Malcolm estuvo muy nervioso y locuaz durante el corto viaje en tren.

—Sé que es el corazón, Eponine —dijo—. Desde la muerte de Walter he estado teniendo fuertes dolores aquí. Al principio creía que todo era imaginación.

—No te preocupes —respondió Eponine para tranquilizar a su amigo—. Apuesto a que no es nada grave.

A Eponine le estaba costando mantener los ojos abiertos. Eran más de las tres de la madrugada. Malcolm dormía junto a ella, en el banco. «¿Qué está haciendo el médico? —se preguntó—. Dijo que no tardaría mucho».

Poco después de que llegaran el doctor Turner había examinado a Malcolm con un estetoscopio computerizado y luego, diciendo que necesitaba «análisis más detallados», se lo había llevado a una parte separada del hospital. Una hora después, Malcolm regresaba a la sala de espera.

Eponine había visto al doctor sólo unos momentos, cuando los había recibido en su consulta al principio del reconocimiento.

—¿Es usted amiga del señor Peabody? —-preguntó la voz.

Eponine debía de haberse adormilado. Cuando logró enfocar la visión, los bellos ojos azules la estaban mirando a sólo un metro de distancia. El doctor parecía cansado y preocupado.

—Sí —respondió en voz baja Eponine, tratando de no molestar al hombre que dormía sobre su hombro.

—Va a morir muy pronto —dijo el doctor Turner—. Posiblemente dentro de las dos próximas semanas.

Eponine sintió agolpársele la sangre en la cabeza. « Estoy oyendo bien —pensó—. ¿Ha dicho que Malcolm va a morir dentro de las dos próximas semanas?» . Eponine estaba aturdida.

—Necesitará mucha ayuda —estaba diciendo el doctor. Hizo una pausa, mientras miraba fijamente a Eponine. ¿Estaba tratando de recordar dónde la había visto antes?—. ¿Podrá usted ayudarle? —preguntó el doctor Turner.

—Espero…, espero que sí —respondió Eponine.

Malcolm empezó a rebullir.

—Debemos despertarle —dijo el médico.

No había ninguna emoción perceptible en los ojos del doctor Turner. Había pronunciando su diagnóstico, con su afirmación, sin la menor muestra de sentimientos. « Kim tiene razón —pensó Eponine—. Es tan autómata como esos robots Tiasso» .

Por indicación del doctor, Eponine acompañó a Malcolm a lo largo de un pasillo hasta una habitación llena de instrumentos médicos.

—Alguien inteligente —dijo a Malcolm el doctor Turner— eligió el material que debía traerse aquí desde la Tierra. Aunque tenemos limitaciones de personal, nuestro instrumental de diagnóstico es excelente.

Se dirigieron los tres hacia un cubo transparente de aproximadamente un metro de lado.

—Este asombroso aparato —dijo el doctor Turner— se llama proyector de órganos. Puede reconstruir, con minuciosa fidelidad, casi todos los órganos principales del cuerpo humano. Lo que vemos ahora al mirar en su interior es una representación gráfica informatizada de su corazón, señor Peabody, tal como apareció hace noventa minutos, cuando le inyecté el líquido de contraste en los vasos sanguíneos.

El doctor señaló hacia una habitación contigua, en la que al parecer se había sometido Malcolm a las pruebas.

—Mientras estaba usted sobre esa mesa —continuó—, la máquina de la lente grande le exploró a razón de un millón de veces por segundo. Sobre la base de la localización del líquido de contraste y esos miles de millones de tomas instantáneas, se construyó una imagen tridimensional, sumamente precisa, de su corazón. Eso es lo que está viendo en el interior del cubo.

El doctor Turner se detuvo un momento, apartó la vista rápidamente y fijó luego los ojos en Malcolm.

—No pretendo ponérselo difícil, señor Peabody —dijo con voz suave—, pero quería explicarle cómo puedo saber lo que le pasa. Para que comprenda que no

hay error.

Los ojos de Malcolm estaban desorbitados por efecto del miedo. El doctor le cogió de la mano y le condujo a un lugar determinado junto al cubo.

—Mire ahí, en la parte posterior del corazón, hacia arriba. ¿Ve esa extraña reticulación y estriación de los tejidos? Son los músculos de su corazón y han sufrido un deterioro irreparable.

Malcolm miró al interior del cubo durante lo que pareció una eternidad y luego, bajó la cabeza.

—¿Voy a morir, doctor? —preguntó mansamente.

Robert Turner le cogió la otra mano a su paciente.

—Sí, Malcolm. En la Tierra podríamos esperar para realizar un transplante; pero aquí es algo totalmente descartado porque no tenemos ni el equipo necesario ni un donante adecuado… Si usted quiere, puedo abrirle y verle directamente el corazón. Pero es sumamente improbable que viera nada que obligara a modificar el pronostico.

Malcolm movió la cabeza. Empezaron a deslizársele las lágrimas por las mejillas. Eponine le rodeó con los brazos y empezó a llorar también.

—Siento que haya tardado tanto tiempo en completar mi diagnóstico —observó el doctor Turner—, pero en un caso tan grave necesitaba estar absolutamente seguro.

Momentos después, Malcolm y Eponine caminaban hacia la puerta. Malcolm se volvió.

—¿Qué hago ahora? —preguntó al médico.

—Disfrute cuando pueda —respondió el doctor Turner.

Cuando se marcharon, el doctor Turner regresó a su despacho, sobre cuya mesa se hallaban esparcidas copias en papel de los datos informáticos de Malcolm Peabody. El doctor estaba muy preocupado. Tenía prácticamente la seguridad —no podía saberlo con certeza hasta haber realizado la autopsia— de que el corazón padecía la misma clase de enfermedad que había matado a Walter Brackeen en la *Santa María*. Ambos habían sido amigos íntimos durante varios años, desde que comenzaron el cumplimiento de sus condenas en Georgia. Era poco probable que el hecho de que hubieran contraído la misma enfermedad cardíaca se debiera a pura casualidad. Pero, si no se trataba de casualidad, entonces el germen patógeno debía ser transmisible.

Robert Turner meneó la cabeza. Cualquier enfermedad que atacase al corazón era alarmante. Pero ¿una que pudiera transmitirse de una persona a otra? El espectro era espantoso.

Estaba muy cansado. Antes de apoyar la cabeza sobre la mesa, el doctor Turner confeccionó una lista de las referencias sobre virus cardíacos que quería

obtener de la base de datos. Luego, se quedó rápidamente dormido.

Quince minutos después, el teléfono le despertó de pronto. Una Tiasso llamaba desde la sala de urgencias.

—Dos García han encontrado un cuerpo en el bosque de Sherwood —dijo— y vienen ahora hacia aquí. Por las imágenes que han transmitido, puedo asegurar que este caso requerirá su intervención personal.

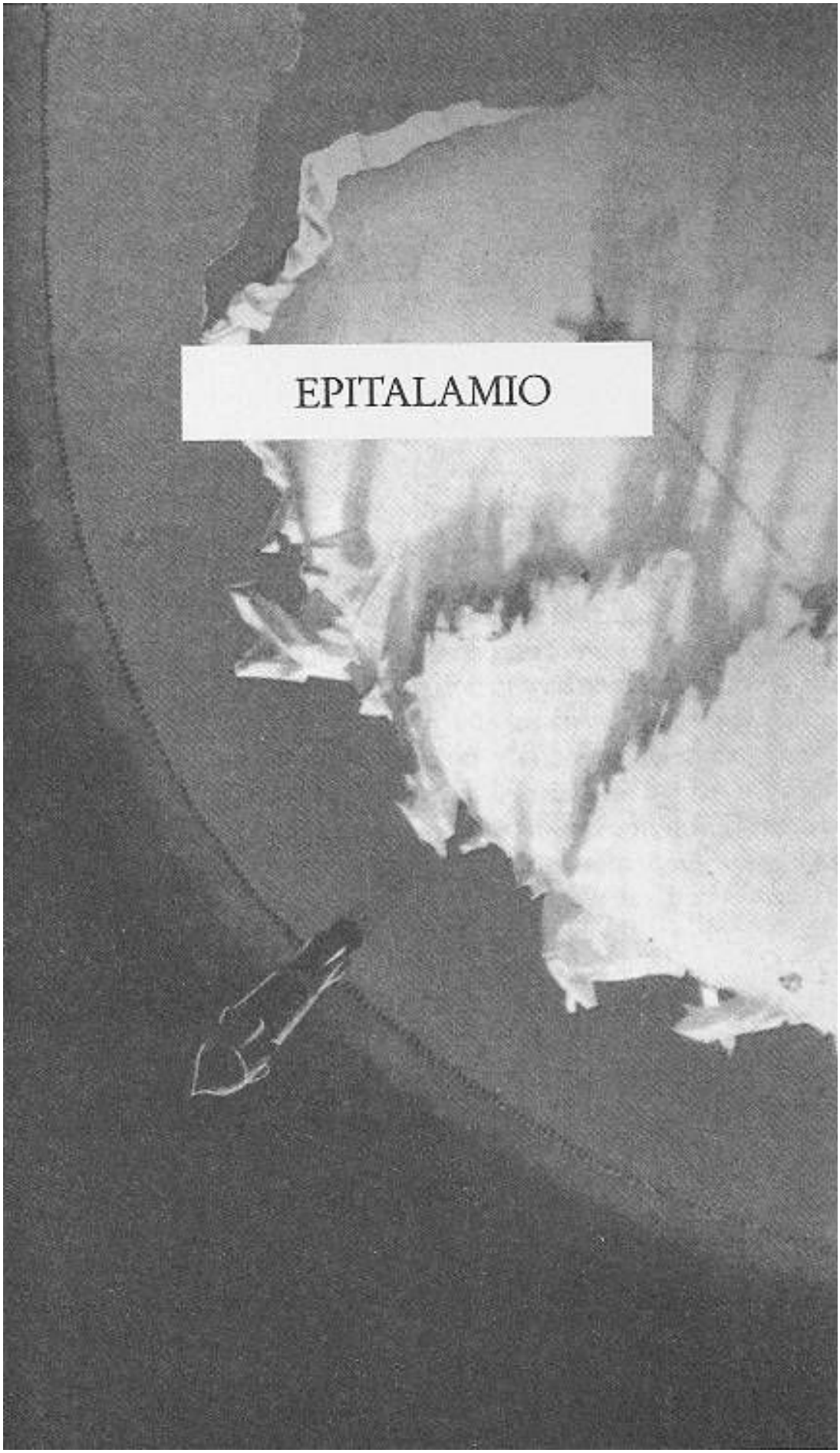
El doctor Turner se lavó a fondo las manos, volvió a ponerse la bata y llegó a la sala de urgencias momentos antes de que las dos García entraran con el cadáver. A pesar de su experiencia, el doctor Turner tuvo que apartar la vista del cuerpo, horriblemente mutilado. La cabeza estaba separada del cuerpo casi por completo —colgaba solamente de una fina hebra de músculo— y el rostro había sido acuchillado y desfigurado hasta quedar irreconocible. Además, en la zona genital de los pantalones había un ensangrentado y amplío boquete.

Las dos Tiasso se pusieron inmediatamente a trabajar, limpiando la sangre y preparando el cuerpo para la autopsia. El doctor Turner se sentó en una silla, apartado de ellas, y cumplimentó el primer parte de defunción de Nuevo Edén.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó a los biots.

Una de las Tiasso registró lo que quedaba de las ropas del muerto y encontró su tarjeta de identificación de la AIE.

—Danni —respondió el biot—. Marcello Danni.



EPITALAMIO

1

El tren de Positano iba lleno. Se detuvo en la pequeña estación situada a orillas del lago Shakespeare, a mitad de camino a Beauvois, y descargó su mezcla de humanos y biots. Muchos llevaban cestas de comida, mantas y sillas plegables. Varios de los niños más pequeños echaron a correr desde la estación hacia la extensión de espesa hierba, recién cortada, que rodeaba al lago. Reían y se revolcaban por la suave pendiente que descendía a lo largo de los ciento cincuenta metros de distancia que separaban la estación y el borde del agua.

Para los que no querían sentarse en la hierba se habían instalado mesas y bancos de madera frente al estrecho espigón que se internaba cincuenta metros en el agua antes de ensancharse en una plataforma rectangular. Sobre esta plataforma había un micrófono, un pequeño estrado y varias sillas; era allí donde el gobernador Watanabe pronunciaría el discurso del Día de la Colonia una vez que hubieran terminado los fuegos artificiales.

A cuarenta metros a la izquierda de los bancos de madera, los Wakefield y los Watanabe habían colocado una larga mesa cubierta por un paño azul y blanco. Sobre la mesa se habían dispuesto con exquisito gusto varias bandejas de entremeses. Debajo; las neveras portátiles estaban llenas de bebidas. Sus familiares y amigos se habían congregado en las proximidades y permanecían comiendo, practicando algún juego o charlando animadamente. Dos biots Lincoln se movían por entre el grupo, ofreciendo bebidas y canapés a los que estaban demasiado lejos de la mesa y de las neveras.

Era una tarde calurosa. Demasiado calurosa, de hecho, el tercero de tres días consecutivos excepcionalmente cálidos. Pero, al completar el sol artificial su pequeño arco en la cúpula que se elevaba a gran altura sobre sus cabezas y empezar a debilitarse lentamente la luz, la expectante multitud que se apiñaba en las orillas del lago Shakespeare se olvidó del calor.

Un último tren había llegado minutos antes solamente de que la luz desapareciese por completo. Venía de la estación de Ciudad Central y traía colonos que vivían en Hakone o San Miguel. Los recién llegados eran pocos. La mayoría de la gente había acudido temprano para disponer sus meriendas sobre la hierba. Eponine iba en ese último tren. Su primera intención había sido no asistir a la celebración, pero había cambiado de opinión en el último momento.

Eponine se sintió confusa al bajar a la hierba desde el andén de la estación. ¡Había tanta gente! «Debe de estar aquí todo Nuevo Edén», pensó. Por un instante deseó no haber ido. Todo el mundo estaba con amigos y familiares, y ella se encontraba sola.

Ellie Wakefield estaba jugando a la herradura con Benjy cuando Eponine bajó del tren. Reconoció enseguida a su profesora, aun desde lejos, por el brazalete rojo que llevaba.

—Es Eponine, madre —exclamó Ellie, corriendo hacia Nicole—. ¿Puedo pedirle que se reúna con nosotros?

—Desde luego —respondió Nicole.

Una voz difundida por el sistema de megafonía interrumpió la música que estaba interpretando una pequeña banda para anunciar que los fuegos artificiales empezarían diez minutos después. Hubo algunos aplausos aislados.

—Eponine —llamó Ellie—. Aquí. —Ellie agitó los brazos.

Eponine oyó gritar su nombre, pero no podía ver muy bien a la escasa luz. Al cabo de unos segundos echó a andar en dirección a Ellie. Por el camino, tropezó inadvertidamente con un niño que correteaba solo por la hierba.

—¡Kevin —gritó una madre—, apártate de ella!

Inmediatamente, un hombre rubio y corpulento agarró al niño y lo alejó de Eponine.

—No debería usted estar aquí —exclamó el hombre—, no con personas decentes.

Ligeramente turbada, Eponine continuó avanzando hacia Ellie, que caminaba sobre la hierba en dirección a ella.

—¡Lárgate, Cuarenta y uno! —gritó una mujer que había presenciado el incidente. Un chiquillo de diez años, gordo y de nariz bulbosa, señaló con el dedo a Eponine y le hizo un comentario inaudible a su hermana pequeña.

—Me alegro mucho de verla —dijo Ellie cuando llegó hasta su profesora—. ¿Quiere venir a tomar algo?

Eponine asintió.

—Me da pena toda esta gente —dijo Ellie en voz lo bastante alta como para que le oyesen cuantos estaban cerca—. Es lamentable que sean tan ignorantes.

Llevó a Eponine hasta la amplia mesa e hizo una presentación general.

—Eh, todos, los que no la conozcáis, ésta es mi profesora y amiga Eponine. No tiene apellido, así que no preguntéis cuál es.

Eponine y Nicole habían conversado ya en varias ocasiones. Intercambiaron unas cuantas frases corteses mientras un Lincoln ofrecía a Eponine unos pinchos vegetales y un vaso de soda. Nai Watanabe llevó ostensiblemente a sus hijos gemelos, Kepler y Galileo, que acababan de cumplir dos años la semana anterior, a que conocieran a la recién llegada. Cerca de ellos, un numeroso grupo de colonos de Positano estaba mirando mientras Eponine cogía en brazos a

Kepler.

—Guapa —dijo el niño, señalando la cara de Eponine.

—Debe de resultar muy difícil —dijo Nicole en francés, señalando con un movimiento de cabeza en dirección a los mirones.

—*Oui* —respondió Eponine. « ¿Difícil? —pensó—. Una manera muy suave de decirlo. ¿Qué tal absolutamente imposible? No es suficientemente malo tener una enfermedad que casi con toda seguridad me producirá la muerte. No. Tengo que llevar también un brazalete para que los demás puedan rehuirme si quieren» .

Max Puckett levantó la vista del tablero de ajedrez y reparó en Eponine.

—Hola, hola —dijo—. Usted debe de ser la profesora de la que tanto he oído hablar.

—Ése es Max —indicó Ellie, llevando a Eponine en su dirección—. Se las da de conquistador, pero es inofensivo. Y el caballero de edad que no nos hace caso es el juez Pyotr Mishkin… ¿Lo he pronunciado bien, juez?

—Sí, desde luego, jovencita —respondió el juez Mishkin sin apartar los ojos del tablero de ajedrez—. Maldita sea, Puckett, ¿qué diablos trata de hacer con ese caballo? Como de costumbre, su juego es o estúpido o brillante, y no puedo determinar cuál de las dos cosas es.

Finalmente, el juez levantó la vista, vio el brazalete rojo de Eponine y se apresuró a ponerse en pie.

—Lo siento, señorita, lo siento de veras —dijo—. Ya tiene usted que soportar bastante sin necesidad de aguantar los desaires de este viejo egoísta.

Uno o dos minutos antes de que empezaran los fuegos se vio acercarse un gran yate procedente del extremo occidental del lago. Brillantes luces de colores y bellas muchachas decoraban su larga cubierta. En el costado del barco figuraba pintado con vistosas letras el nombre de *Nakamura*. Sobre la cubierta principal Eponine reconoció a Kimberly Henderson, de pie junto a Toshio Nakamura, que estaba al timón.

El grupo del yate saludó con la mano a la gente que se hallaba en la orilla. Patrick corrió a la mesa, lleno de excitación.

—Mira, madre —dijo—, Katie está en el barco.

Nicole se puso las gafas para ver mejor. En efecto, allí estaba su hija, en biquini, agitando la mano desde la cubierta del yate.

—Es lo único que nos faltaba —murmuró Nicole para sus adentros en el momento en que comenzaban a estallar sobre ellos los fuegos artificiales, llenando de luz y color el oscuro firmamento.

—Hoy hace tres años —comenzó Kenji Watanabe su discurso—, una patrulla de reconocimiento de la *Pinta* puso por primera vez pie en este nuevo mundo.

Ninguno de nosotros sabía qué podíamos esperar. Todos nos preguntábamos, especialmente durante los dos largos meses en que pasamos ocho horas diarias en el somnario, si algo semejante a una vida normal sería alguna vez posible aquí, en Nuevo Edén.

» Nuestros primitivos temores no se han materializado. Nuestros anfitriones alienígenas, quienesquiera que sean, no se han inmiscuido ni una sola vez en nuestras vidas. Quizá sea cierto, como Nicole Wakefield y otros han sugerido, que nos estén observando continuamente, pero nosotros no sentimos su presencia de ninguna manera. Fuera de nuestra colonia, la nave espacial Rama avanza hacia la estrella que llamamos Tau Ceti a una velocidad increíble. Dentro, nuestras actividades diarias no se ven influidas apenas por las extraordinarias condiciones exteriores de nuestra existencia.

» Antes de los días transcurridos en el somnario, cuando éramos todavía viajeros dentro del sistema planetario que gira alrededor de nuestra estrella local, el Sol, muchos de nosotros pensábamos que nuestro "período de observación" sería corto. Creíamos que al cabo de unos cuantos meses seríamos devueltos a la Tierra, quizás incluso a nuestro destino original, Marte, y que esta tercera nave espacial Rama desaparecería como sus dos predecesoras en las remotas profundidades del espacio. Pero cuando comparezco hoy aquí ante ustedes, nuestros navegantes me dicen que continuamos alejándonos de nuestro sol, como lo hemos estado haciendo durante más de dos años y medio, a una velocidad aproximadamente igual a la mitad de la de la luz. Si realmente tenemos la suerte de volver algún día a nuestro propia sistema solar, ese día tardará varios años en llegar.

» Estos factores imponen el tema fundamental de este mi último discurso del Día de la Colonia. El tema es simple: compañeros colonos, nosotros debemos asumir la plena responsabilidad de nuestro destino. No podemos esperar que las pavorosas potencias que en el principio crearon nuestro mundo nos salven de nuestros errores. Debemos gobernar Nuevo Edén como si nosotros y nuestros hijos fuéramos a vivir aquí siempre. A nosotros nos incumbe asegurar la calidad de vida aquí, tanto ahora como para nuestras generaciones futuras.

» Existen en la actualidad varios desafíos a los que se enfrenta la colonia. Adviertan que los llamo "desafíos", no problemas. Si trabajamos unidos, podemos hacer frente a estos desafíos. Si sopesamos cuidadosamente las consecuencias a largo plazo de nuestros actos, tomaremos las decisiones adecuadas. Pero si somos incapaces de comprender los conceptos de "satisfacción aplazada" y "por el bien de todos", Nuevo Edén tendrá un futuro muy negro.

» Pondré un ejemplo para ilustrar lo que estoy diciendo. Richard Wakefield ha explicado, tanto por televisión como en distintos foros públicos, cómo el plan maestro que controla nuestro tiempo meteorológico se basa en ciertas

presunciones sobre las condiciones atmosféricas existentes en el interior de nuestro hábitat. Específicamente, nuestro algoritmo de control meteorológico presume que los niveles de dióxido de carbono y la concentración de partículas de humo se mantienen por debajo de una magnitud determinada. Sin necesidad de comprender exactamente cómo funcionan las matemáticas, pueden ustedes darse cuenta de que las computaciones que rigen las afluencias externas a nuestro hábitat no serán correctas si no son ciertas las presunciones básicas subyacentes.

» No pretendo pronunciar hoy una conferencia científica sobre un tema muy complejo. De lo que realmente quiero hablar es de política. Dado que la mayoría de nuestros científicos creen que el insólito tiempo que hemos tenido durante los cuatro últimos meses es resultado de unos niveles excesivamente altos de dióxido de carbono y partículas de humo en la atmósfera, mi gobierno ha formulado propuestas concretas para tratar estas cuestiones. Todas nuestras recomendaciones han sido rechazadas por el Senado.

» ¿Y por qué? Nuestra propuesta de imponer una prohibición gradual de las chimeneas de salón, que, por cierto, son totalmente innecesarias en Nuevo Edén, fue tildada de "restricción de la libertad individual". Nuestra recomendación, cuidadosamente detallada, de reconstruir parte de la red de AIG, con el fin de compensar la pérdida de manto vegetal resultante de la explotación de porciones del bosque de Sherwood y de las praderas del norte, fue rechazada también. ¿La razón? La oposición arguyó que la colonia no podía hacer frente a los costes que ello implicaba y, además, que la energía consumida por los nuevos sectores de la red de AIG daría lugar a medidas sumamente severas de conservación de la electricidad.

» Señoras y caballeros, es ridículo que enterremos la cabeza en la arena con la esperanza de que estos problemas medioambientales desaparezcan por sí solos. Cada vez que aplazamos el momento de emprender una acción positiva, nuestra pasividad significa que la colonia habrá de soportar mayores penalidades en el futuro. No puedo creer que tantos de ustedes acepten la idea, exclusivamente fundada en el deseo que así ocurra, de que de alguna manera conseguiremos averiguar cómo funcionan realmente los algoritmos meteorológicos y adaptarlos para que cumplan su misión en condiciones de niveles más altos de dióxido de carbono y partículas de humo. ¡Qué descomunal arrogancia!

Nicole y Nai observaban atentamente las reacciones que despertaba el discurso de Kenji. Varios de sus partidarios habían instado a Kenji a que pronunciara una alocución ligera y optimista, sin tocar ninguno de los temas cruciales. El gobernador, sin embargo, se había mantenido firme en su decisión de pronunciar un discurso lleno de contenido.

—Los ha perdido —le susurró Nai a Nicole, inclinándose hacia ella—. Se está mostrando demasiado pedante.

Se apreciaba una clara agitación en los bancos, en los que se sentaban aproximadamente la mitad de los asistentes. El yate *Nakamura*, que durante los fuegos artificiales había permanecido fondeado ante la orilla, había levado anclas ostensiblemente poco después de que comenzara a hablar el gobernador Watanabe.

Kenji abandonó el tema del medio ambiente y pasó a tratar del retrovirus RV-41. Como era ésta una cuestión que suscitaba fuertes pasiones en la colonia, la atención del público se intensificó notablemente. El gobernador explicó que el equipo médico de Nuevo Edén, dirigido por el doctor Robert Turner, había realizado grandes avances en el conocimiento de la enfermedad, pero que aún necesitaba llevar a cabo más amplias investigaciones para determinar la forma de tratarla. Condenó luego la histeria que, aun contra su oposición, había impuesto la aprobación de una ley que obligaba a todos los colonos portadores de anticuerpos RV-41 a llevar siempre un brazalete rojo.

Un nutrido grupo de excursionistas compuesto en su mayoría por orientales y situado al otro lado de los bancos que ocupaban Nicole y Nai prorrumpió en ruidosos abucheos.

—… estas pobres y desventuradas personas han de arrostrar ya suficiente sufrimiento… —estaba diciendo Kenji.

—¡Son putas y maricones! —gritó un hombre desde detrás del grupo Wakefield-Watanabe. La gente que estaba a su alrededor rio y aplaudió.

—… el doctor Turner ha afirmado repetidamente que esta enfermedad, como la mayoría de los retrovirus, no puede transmitirse más que a través de la sangre y el semen…

La agitación de la muchedumbre iba aumentando. Nicole esperaba que Kenji lo advirtiera y abreviase sus consideraciones. Su intención había sido hablar también de lo acertado (o desacertado) de ampliar la exploración de Rama fuera de Nuevo Edén, pero se dio cuenta de que había perdido a su auditorio.

El gobernador Watanabe hizo una breve pausa y, luego, lanzó un ensordecedor silbido en el micrófono. Eso apaciguó temporalmente a todos los asistentes.

—Sólo unas observaciones más —dijo—, que no deben molestar a nadie…

» Como todos saben, mi esposa Nai y yo tenemos dos hijos gemelos. Nos consideramos afortunados por ello. En este Día de la Colonia, yo os pido a cada uno de vosotros que penséis en vuestros hijos e imaginéis otro Día de la Colonia, dentro de cien, o quizá mil años. Imaginad que os halláis cara a cara con aquéllos a quienes habéis engendrado, los hijos de los hijos de vuestros hijos. Mientras les habláis y los sostenéis en vuestros brazos, ¿podréis decir que hicisteis todo lo razonablemente posible por dejarles un mundo en el que tuvieran una buena probabilidad de encontrar la felicidad?

Patrick estaba excitado de nuevo. Al terminar la fiesta, Max le había invitado a pasar la noche y todo el día siguiente en la granja Puckett.

—Las clases en la universidad no empiezan hasta el miércoles —dijo el joven a su madre—. ¿Puedo ir? ¿Sí?

Nicole se hallaba aún turbada por la reacción de la muchedumbre al discurso de Kenji y no entendió al principio qué le estaba pidiendo su hijo. Después de indicarle que repitiese su petición, miró a Max.

—¿Cuidará bien de mi hijo?

Max Puckett sonrió y asintió con la cabeza. Max y Patrick esperaron hasta que los biots terminaron de retirar todos los desperdicios de la fiesta y, luego, se dirigieron juntos hacia la estación. Media hora después se encontraban en la estación de Ciudad Central esperando al infrecuente tren que comunicaba directamente con la región agrícola. En el otro lado del andén, un grupo de compañeros de estudios de Patrick estaba subiendo al tren que se dirigía a Hakone.

—Deberías venir —le gritó a Patrick uno de los jóvenes—. Hay barra libre para todos durante toda la noche.

Max observó que los ojos de Patrick seguían a sus amigos mientras éstos subían al tren.

—¿Has estado alguna vez en Vegas? —preguntó Max.

—No, señor —respondió—. Mi madre y mi tío…

—¿Te gustaría ir?

La vacilación de Patrick era todo lo que Max necesitaba. Segundos después, subían al tren que se dirigía a Hakone con todos los juerguistas.

—A mí no es que me guste demasiado el sitio —comentó Max durante el trayecto—. Parece demasiado falso, demasiado superficial… Pero, desde luego, vale la pena verlo y no es mal sitio para ir a divertirse cuando está uno solo.

Apenas dos años y medio antes, muy poco después de que terminaran las aceleraciones diarias, Toshio Nakamura había calculado correctamente que era probable que los colonos permaneciesen largo tiempo en Nuevo Edén y Rama. Antes incluso de que el comité constitucional se reuniese por primera vez y eligiese a Nicole des Jardins Wakefield como gobernadora provisional, Nakamura había decidido ya ser la persona más rica y poderosa de la colonia. Partiendo de la base del apoyo de los presidiarios que había establecido durante la travesía de la Tierra a Marte a bordo de la *Santa María*, amplió sus contactos personales y, tan pronto como se crearon bancos y moneda en la colonia, empezó a edificar su imperio.

Nakamura estaba convencido de que los mejores productos para vender en Nuevo Edén eran los que proporcionaban placer y excitación. Su primera empresa, un pequeño casino de juego, constituyó un éxito inmediato. Después, compró parte de las tierras de labor situadas al este de Hakone y construyó el

primer hotel de la colonia, juntamente con un segundo y mayor casino situado frente al vestíbulo. Añadió un club pequeño e íntimo, con azafatas adiestradas al estilo japonés y, más tarde, otro club, menos refinado, especializado en *strip-tease*. Todo lo que hacía tenía éxito. Administrando inteligentemente sus inversiones, Nakamura se encontró en condiciones, poco después de ser elegido gobernador Kenji Watanabe, de ofrecer al Gobierno la compra de la quinta parte del bosque de Sherwood. Su oferta permitió al Senado impedir una subida de impuestos que, en otro caso, había sido necesaria para financiar la investigación inicial sobre el RV-41.

Parte del floreciente bosque fue eliminada y sustituida por el palacio personal de Nakamura, además de un nuevo y resplandeciente hotel/casino, un complejo de restaurantes y varios clubs. Consolidando este monopolio, Nakamura ejerció intensas (y fructuosas) presiones para conseguir el establecimiento de una legislación que limitara el juego a la región que se extendía en torno a Hakone. Sus matones convencieron después a todos los posibles empresarios de que nadie quería realmente entrar en el negocio del juego en competencia con el «rey japonés».

Cuando su poder quedó por encima de todo posible ataque, Nakamura permitió a sus asociados ampliar sus actividades a los campos de la prostitución y las drogas, ninguna de las cuales era ilegal en la sociedad de Nuevo Edén. Hacia el final del mandato de Watanabe, cuando la política gubernamental empezó a entrar crecientemente en conflicto con su agenda personal, Nakamura decidió que debía controlar también al gobierno. Pero no quería cargar él mismo con el aburrido trabajo. Necesitaba un primo que sirviera sus intereses. En consecuencia, reclutó a Ian Macmillan, el infortunado comandante de la *Pinta* que había sido derrotado por Kenji Watanabe en la primera elección gubernamental. Nakamura ofreció a Macmillan el puesto de gobernador a cambio de la fidelidad del escocés.

No había nada ni remotamente parecido a Vegas en ningún otro lugar de la colonia. La arquitectura básica de Nuevo Edén, diseñada por los Wakefield y El Águila, había sido sobria, funcional en extremo, de geometrías sencillas y fachadas lisas. Vegas era desorbitada, ostentosa, incongruente, una mezcolanza de estilos arquitectónicos. Pero era interesante, y el joven Patrick O'Toole se mostró visiblemente impresionado cuando él y Max Puckett entraron por las puertas exteriores del complejo.

—Caray —exclamó, mirando al enorme letrero luminoso parpadeante que brillaba sobre la puerta.

—No quiero debilitar lo más mínimo tu estimación, muchacho —comentó Max, encendiendo un cigarrillo—, pero la energía necesaria para mantener encendido ese letrero haría funcionar casi un kilómetro cuadrado de AIG.

—Habla como mi madre y mi tío —replicó Patrick.

Antes de entrar en el casino o en cualquiera de los clubes, cada persona tenía que firmar en el registro central. Nakamura no desperdiciaba ninguna oportunidad. Tenía un fichero completo sobre todo lo que cada visitante de Vegas había hecho cada vez que había ido allí. De ese modo, Nakamura sabía qué sectores del negocio convenía ampliar y, lo que era más importante, conocía el vicio o vicios especiales y preferidos de cada uno de sus clientes.

Max y Patrick entraron en el casino. Mientras se hallaban junto a una de las dos mesas de dados, Max trató de explicar al joven cómo funcionaba el juego. Patrick, sin embargo, no podía apartar los ojos de las camareras que, sucintamente vestidas, servían cócteles entre los clientes.

—¿Te has acostado alguna vez, muchacho? —preguntó Max.

—¿Cómo dice, señor?

—Que si alguna vez has tenido relación sexual, ya sabes, con una mujer.

—No, señor —respondió el joven.

Una voz interior le dijo a Max que no le incumbía a él introducir al joven en el mundo del placer. La misma voz le recordó también a Max que aquello era Nuevo Edén, no Arkansas; si no, habría llevado a Patrick a Xanadu y le habría invitado a su primera relación sexual.

Había más de cien personas en el casino, una multitud enorme, habida cuenta de las dimensiones de la colonia, y todo el mundo parecía estar divirtiéndose. Las camareras distribuían, en efecto, bebidas gratis tan rápidamente como podían. Max cogió un vaso de tequila con limón y dio otro a Patrick.

—No veo ningún biot —comentó Patrick.

—No hay ninguno en el casino —respondió Max—. Ni siquiera trabajando en las mesas, donde serían más eficientes que los humanos. El rey japonés cree que su presencia inhibe el instinto de juego. Pero en los restaurantes solamente se sirve de ellos.

—¡Pero si es el mismísimo Max Puckett!

Max y Patrick se volvieron. Una hermosa joven ataviada con un vestido rosa claro se estaba aproximando a ellos.

—Hace meses que no te veía —dijo.

—Hola, Samantha —respondió Max tras permanecer unos segundos sin habla, extrañamente en él.

—¿Y quién es este atractivo joven? —preguntó Samantha, al tiempo que miraba a Patrick agitando sus largas pestañas.

—Es Patrick O'Toole —respondió Max—. Es…

—Oh, Dios mío —exclamó Samantha—. Nunca había estado con uno de los colonos originales. —Escrutó a Patrick durante unos instantes antes de continuar —. Dígame, señor O'Toole, ¿es realmente cierto que se pasaron ustedes años enteros durmiendo?

Patrick asintió con aire de timidez.

—Mi amiga Goldie dice que todo eso son paparruchas, que usted y su familia son en realidad agentes de la AII. Ni siquiera cree que hayamos abandonado la órbita de Marte… Goldie dice que todo ese tiempo pasado en los tanques formaba parte también del engaño.

—Le aseguro, señora —respondió cortésmente Patrick—, que realmente estuvimos durmiendo durante varios años. Yo sólo tenía seis años cuando mis padres me pusieron en una litera. Cuando desperté tenía casi el mismo aspecto que tengo ahora.

—Bueno, me parece fascinante, aunque no sé cómo interpretarlo… Dime, Max, ¿qué planes tienes? Y, a propósito, ¿me vas a presentar oficialmente?

—Disculpa…, Patrick, ésta es la señorita Samantha Porter, del gran estado de Misisipí. Trabaja en el Xanadu…

—Soy una prostituta, señor O'Toole. Una de las mejores… ¿Ha estado alguna vez con una prostituta?

Patrick enrojeció.

—No, señora —respondió.

Samantha le puso un dedo bajo la barbilla.

—Es guapo —le dijo a Max—. Tráemelo. Si es virgen, podría hacérselo gratis. —Dio a Patrick un beso suave en los labios y, luego, giró en redondo y se marchó.

A Max no se le ocurría nada apropiado que decir una vez que Samantha se hubo ido. Pensó excusarse, pero decidió que no era necesario. Le pasó el brazo por encima de los hombros a Patrick y se dirigieron ambos hacia la parte posterior del casino, donde se hallaban las mesas reservadas para apuestas altas.

—Y ahora un *yo* —exclamó una joven que estaba de espaldas a ellos—. Cinco y seis hacen un *yo*.

Patrick miró a Max con sorpresa.

—Ésa es Katie —dijo, y echó a andar rápidamente en su dirección.

Katie estaba completamente absorta en el juego. Dio una rápida chupada a un cigarrillo, bebió del vaso que le tendió el hombre de tez morena que tenía al lado y, luego, levantó los dados por encima de la cabeza.

—Todos los números —dijo, entregando fichas al crupier—. Aquí tiene, veintiséis, y cinco más al ocho… Va ahora, cuarenta y cuatro —dijo, lanzando los dados contra el otro extremo de la mesa mediante una rápida flexión de la muñeca.

—¡Cuarenta y cuatro! —gritaron al unísono los que se encontraban alrededor de la mesa.

Katie se puso a saltar de alegría, abrazó a su acompañante, tomó otro trago y dio una larga y voluptuosa chupada a su cigarrillo.

—Katie —dijo Patrick, cuando se disponía a lanzar de nuevo los dados.

Ella se detuvo y se volvió con mirada inquisitiva.

—Vaya, que me ahorquen —exclamó—. Es mi hermanito.

Katie se dirigió dando tumbos hacia él para saludarle, mientras los crupieres y otros jugadores le gritaban que continuase el juego.

—Estás borracha, Katie —dijo en voz baja Patrick, mientras la sostenía en sus brazos.

—No, Patrick —replicó Katie, soltándose y regresando hacia la mesa—. Estoy volando. Estoy en mi propia lanzadera personal rumbo a las estrellas.

Volvió a la mesa de dados y levantó en alto la mano derecha.

—Muy bien, *yo*. ¿Estás ahí, *yo*? —gritó.

2

Volvieron de nuevo los sueños en las primeras horas de la madrugada. Nicole despertó y trató de recordar lo que había estado soñando, pero lo único que podía rememorar eran imágenes sueltas e inconexas. El rostro sin cuerpo de Omeh había estado en uno de sus sueños. Su bisabuelo senoufo le había estado advirtiendo de algo, sin que Nicole hubiera podido entender lo que le decía. En otro sueño, Nicole había visto a Richard internarse a pie en un océano en calma justo antes de que una devastadora ola se abalanzara impetuosamente sobre la playa.

Nicole se frotó los ojos y miró al reloj. Eran poco menos de las cuatro. « Casi la misma hora todas las mañanas esta semana —pensó—. ¿Qué significan?» . Se levantó y fue al cuarto de baño.

Momentos después estaba en la cocina, vestida con sus ropas de ejercicio. Bebió un vaso de agua. Un biot Abraham Lincoln, que permanecía inmóvil apoyado contra la pared del extremo del mostrador de la cocina, se activó y se acercó a Nicole.

—¿Quiere un poco de café, señora Wakefield? —preguntó, cogiéndole el vaso vacío.

—No, Linc —respondió ella—. Voy a salir ahora. Si alguien se despierta, dile que volveré antes de las seis.

Nicole recorrió el pasillo en dirección a la puerta. Antes de salir de la casa pasó por delante del estudio situado a la derecha del pasillo. La mesa de Richard estaba cubierta de papeles, tanto al lado del ordenador que él mismo había diseñado y construido como encima de él. Richard se sentía muy orgulloso de su nuevo ordenador, que Nicole le había instado a que construyese, aunque nunca podría reemplazar por completo a su juguete electrónico favorito el ordenador de bolsillo clásico de la AIE. Richard había llevado siempre religiosamente el pequeño portátil desde el lanzamiento de la Newton.

Nicole reconoció la letra de Richard en algunas de las hojas de papel, pero no pudo leer nada del lenguaje simbólico del ordenador. « Ha pasado muchas horas aquí recientemente —pensó Nicole, experimentando una punzante sensación de culpabilidad—. Aunque cree que lo que está haciendo es malo» .

Al principio, Richard se había negado a participar en el esfuerzo por descifrar

el algoritmo que gobernaba el tiempo meteorológico en Nuevo Edén. Nicole recordaba claramente sus discusiones.

—Hemos acordado participar en esta democracia —había argüido ella—. Si tú y yo decidimos hacer caso omiso de sus leyes, estableceremos un peligroso ejemplo para que los demás…

—Esto no es una ley —le había interrumpido Richard—. Es sólo una resolución. Y tú sabes tan bien como yo que es una idea increíblemente estúpida. Tú y Kenji luchasteis contra ella… Y, además, ¿no eres tú quien me dijo una vez que tenemos la obligación de protestar contra la estupidez de la mayoría?

—Por favor, Richard —había replicado Nicole—. Naturalmente, puedes explicar a todo el mundo por qué crees que la resolución es equivocada. Pero este esfuerzo por descubrir el algoritmo se ha convertido en una cuestión de campaña. Todos los colonos saben que somos íntimos de los Watanabe. Si haces caso omiso de la resolución, parecerá que Kenji está tratando deliberadamente de socavar…

Mientras Nicole rememoraba su conversación con su marido, sus ojos vagaban distraídamente por el estudio. Se sintió sorprendida, cuando su mente se centró de nuevo en el presente, al encontrarse con que estaba mirando a tres figurillas que reposaban en un estante sobre la mesa de Richard. « Príncipe Hal, Falstaff, EB —pensó—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Richard nos entretenía con vosotros?» .

Nicole recordó las largas y monótonas semanas transcurridas después de que su familia despertó de sus años de sueño. Mientras esperaban la llegada de los otros colonos, los robots de Richard habían sido su fuente fundamental de diversión. En su memoria, Nicole podía oír aún las alegres risas de los niños y ver a su marido sonreír de satisfacción. « Aquéllos eran tiempos más fáciles y sencillos —se dijo. Cerró la puerta del estudio y continuó por el pasillo—. Antes de que la vida se tornase demasiado complicada como para jugar. Ahora vuestros pequeños amigos permanecen silenciosos en el estante» .

Una vez fuera, bajo la lámpara del alumbrado público, Nicole se detuvo un momento junto a la parrilla de bicicletas. Vaciló, mirando a su bicicleta y, luego, dio media vuelta y se dirigió hacia el patio posterior. Un minuto después, cruzaba la extensión de hierba existente detrás de la casa y empezaba a andar por el sendero que subía serpenteando al monte Olimpo.

Nicole caminaba con pasos rápidos. Estaba absorta en sus pensamientos. Durante largo rato, no prestó la menor atención a cuanto la rodeaba. Su mente saltaba de un tema a otro, de los problemas que acosaban a Nuevo Edén a sus extraños sueños y a sus preocupaciones por sus hijos, especialmente por Katie.

Llegó a un punto en que se bifurcaba el sendero. Un pequeño y artístico letrero explicaba que el camino de la izquierda conducía a la estación del funicular, a ochenta metros de distancia, en el que se podía subir cómodamente a

la cumbre del monte Olimpo. La presencia de Nicole en la bifurcación fue detectada automáticamente e hizo que un biot García se aproximase desde la dirección del funicular.

—No se moleste —exclamó Nicole—. Iré andando.

El panorama se fue haciendo más y más espectacular a medida que el sendero ascendía sinuosamente por la ladera de la montaña que daba sobre el resto de la colonia. Nicole se detuvo en uno de los miradores, a quinientos metros de altitud y poco menos de tres kilómetros de distancia a pie desde la casa Wakefield, y dirigió la vista hacia Nuevo Edén. Era una noche clara, sin apenas humedad en el aire.

« No lloverá hoy» , pensó Nicole, sabiendo que el vapor de agua era siempre abundante en las mañanas de los días en que caían los aguaceros. A sus pies se extendía el poblado de Beauvois; las luces de la nueva fábrica de muebles le permitía identificar la mayoría de los edificios de su región, aun desde aquella distancia. Al norte, el poblado de San Miguel quedaba oculto tras la voluminosa montaña. Pero atravesando la colonia, al otro lado de la oscura Ciudad Central, Nicole podía percibir las manchas de luz que señalaban el emplazamiento del Vegas de Nakamura.

Se sintió presa al instante de un acceso de mal humor. « Ese maldito establecimiento permanece abierto toda la noche —pensó—, consumiendo recursos energéticos vitales y ofreciendo diversiones muy poco recomendables» .

Le resultaba imposible a Nicole no pensar en Katie cuando miraba a Vegas. « Semejante talento natural» , se dijo Nicole, experimentando una sorda aflicción al evocar la imagen de su hija. No pudo por menos de preguntarse si Katie estaría todavía despierta en la vida resplandeciente y fantástica del otro lado de la colonia. « Y semejante forma de desperdiciarlo» , pensó Nicole, meneando la cabeza.

Richard y ella habían hablado de Katie con frecuencia. Solamente había dos cuestiones con respecto a las cuales disputaban: Katie y la política de Nuevo Edén. Y no era del todo exacto decir que disputaban acerca de la política. Richard consideraba en el fondo que todos los políticos, a excepción de Nicole y, quizá, de Kenji Watanabe, carecían esencialmente de principios. Su método de discusión era efectuar genéricas afirmaciones sobre las insípidas actuaciones en el Senado, o incluso en el propio tribunal de Nicole, y negarse luego a seguir hablando del asunto.

Katie era otra cuestión. Richard siempre sostenía que Nicole se mostraba demasiado dura con Katie. « También me reprocha —pensó Nicole mientras contemplaba las lejanas luces—, que no pase más tiempo con ella. Asegura que mi entrada en la política de la colonia dejó a los niños con sólo una madre a tiempo parcial en el período más crítico de sus vidas» .

Katie no estaba ya casi nunca en casa. Tenía todavía una habitación en el hogar de los Wakefield, pero pasaba la mayoría de las noches en uno de los elegantes apartamentos que Nakamura había construido en el complejo de Vegas.

—¿Cómo pagas el alquiler? —le había preguntado Nicole a su hija una noche, justo antes de la habitual disputa.

—¿Cómo crees, madre? —le había respondido beligerantemente Katie—. Trabajo. Tengo tiempo de sobra. Sólo doy tres clases en la universidad.

—¿Qué clase de trabajo haces? —había preguntado Nicole.

—Soy azafata, guía…, ya sabes, lo que haga falta —había respondido vagamente Katie.

Nicole apartó la vista de las luces de Vegas. « Desde luego —se dijo—, es perfectamente comprensible que Katie se sienta confusa. Nunca tuvo adolescencia. Pero no parece mejorar en absoluto…» Nicole reanudó con paso vivo su ascenso por la montaña, tratando de ahuyentar su humor sombrío.

Entre los quinientos y los mil metros de altitud, la montaña se hallaba cubierta de gruesos árboles que alcanzaban ya cinco metros de altura. Aquí, el sendero que ascendía a la cumbre discurría entre la montaña y el muro exterior de la colonia a lo largo de un trecho sumido en la oscuridad que se prolongaba durante más de un kilómetro. Las tinieblas se interrumpían solamente en un punto, cerca ya del final, un mirador que daba hacia el norte.

Nicole había llegado al punto más alto en su ascenso. Se detuvo en el mirador y dirigió la vista hacia San Miguel. « Allí está la prueba —pensó meneando la cabeza— de que hemos fracasado en Nuevo Edén. A pesar de todo, hay pobreza y desesperación en el Paraíso» .

Ella había visto aproximarse el problema, incluso había predicho que se produciría hacia el final de su mandato de un año como gobernadora provisional. Irónicamente, el proceso que había creado a San Miguel, donde el nivel de vida era sólo la mitad del que tenían los otros tres poblados de Nuevo Edén, había comenzado poco después de la llegada de la *Pinta*. Aquel primer grupo de colonos se había establecido principalmente en el poblado situado al sureste, que se convertiría más tarde en Beauvois, sentando un precedente que se acentuó una vez que la *Niña* llegó a Rama. Al ponerse en práctica el plan de asentamiento libre, casi todos los orientales decidieron vivir juntos en Hakone; los europeos, norteamericanos blancos y asiáticos centrales eligieron a Positano o lo que quedaba de Beauvois. Los mexicanos, otros hispanos, norteamericanos negros y africanos gravitaron todos hacia San Miguel.

Siendo gobernadora, Nicole trató de resolver la segregación existente de hecho mediante un utópico plan de reasentamiento que habría asignado a cada uno de los cuatro poblados porcentajes raciales que reflejasen a la colonia como un todo. Su propuesta podría haber sido admitida en los primeros tiempos de la

historia de la colonia, en especial inmediatamente después de los días pasados en el somnario, cuando la mayoría de los demás ciudadanos miraban a Nicole como si fuese una diosa. Pero, transcurrido más de un año, era ya demasiado tarde. La libre empresa había creado diferencias en la riqueza de las personas y en el valor de las fincas. Hasta los más fieles seguidores de Nicole comprendieron la inviabilidad en aquellos momentos de su idea de reasentamiento.

Una vez concluido el mandato de Nicole como gobernadora, el Senado aprobó el nombramiento realizado por Kenji de Nicole como uno de los cinco jueces permanentes de Nuevo Edén. Sin embargo, su imagen en la colonia resultó desfavorablemente afectada cuando se difundieron las observaciones que había formulado en defensa del abortado plan de reasentamiento. Nicole había sostenido que era esencial que los colonos viviesen en pequeñas comunidades integradas con el fin de desarrollar una verdadera apreciación de las diferencias culturales y raciales. Sus críticos habían considerado que sus opiniones eran « irremediablemente ingenuas» .

Nicole contempló unos minutos más las parpadeantes luces de San Miguel mientras descansaba de su fatigoso ascenso de la montaña. Poco antes de volverse para emprender el regreso a su casa en Beauvois, recordó de pronto otro conjunto de parpadeantes luces, las de la ciudad de Davos, en Suiza, allá en el planeta Tierra. Durante las últimas vacaciones de Nicole en la nieve, ella y su hija Genevieve habían cenado en la montaña que se alzaba sobre Davos y, al término de la cena, habían permanecido cogidas de la mano en la terraza del restaurante, respirando el aire frío y vivificante. Bajo ellas, a muchos kilómetros de distancia, las luces de Davos resplandecían como diminutas joyas. Se le llenaron los ojos de lágrimas a Nicole al pensar en el humor y el donaire de su primera hija, a la que no había visto desde hacía tantos años. « Gracias de nuevo, Kenji —murmuró mientras echaba a andar, recordando las fotografías que su nuevo amigo le había traído de la Tierra—, por hacerme partícipe de tu visita a Genevieve» .

La oscuridad envolvió de nuevo a Nicole mientras descendía por la ladera de la montaña. El muro exterior de la colonia quedaba ahora a su izquierda. Continuaba pensando en la vida en Nuevo Edén. « Necesitamos especial coraje ahora —se dijo—. Coraje, y valores, y visión» . Pero, en el fondo de su corazón, sentía que aún les quedaba por pasar lo peor a los colonos. « Desafortunadamente —reflexionó con talante sombrío—, Richard y yo e incluso los niños hemos sido relegados al margen, pese a cuanto hemos intentado hacer. Es poco probable que podamos cambiar ya gran cosa» .

Richard se cercioró de que los tres biots Einstein habían copiado

correctamente los procesos y datos registrados por los diversos monitores de su estudio. Mientras salían los cuatro de la casa, Nicole le dio un beso.

—Eres un hombre maravilloso, Richard Wakefield —dijo.

—Tú eres la única persona que lo cree —respondió él, forzando una sonrisa.

—También soy la única que sabe —replicó Nicole. Hizo una breve pausa—. En serio, querido —continuó—. Aprecio lo que estás haciendo. Sé…

—No tardaré mucho —le interrumpió él—. A los tres AIs y a mí sólo nos quedan dos ideas básicas por experimentar… Si hoy no tenemos éxito, renunciamos.

Seguido de cerca por los tres Einstein, Richard se dirigió apresuradamente a la estación de Beauvois y cogió el tren para Positano. El tren hizo una corta parada junto al gran parque situado a orillas del lago Shakespeare en que se había celebrado el Día de la Colonia dos meses antes. Richard y sus biots ayudantes se apearon minutos después en Positano y atravesaron el pueblo en dirección al ángulo suroccidental de la colonia. Allí, una vez comprobada su identidad por un humano y dos García, se les permitió franquear la salida de la colonia y pasar al anillo que circunvalaba a Nuevo Edén. Tras una nueva y breve inspección electrónica, llegaron a la única puerta existente en el grueso muro exterior que rodeaba su hábitat. La puerta se abrió y Richard condujo a sus biots al interior de la propia Rama.

Richard había tenido sus dudas cuando, dieciocho meses antes, el Senado votó el desarrollo y puesta en práctica de una sonda penetrante para comprobar las condiciones medioambientales existentes en Rama, fuera de su módulo. Richard participó en el comité que revisó el diseño técnico de la sonda; él había temido que el medio ambiente externo fuera insuperablemente hostil y que el diseño de la sonda no protegiera adecuadamente la integridad de su hábitat. Se había consagrado mucho tiempo y dinero a garantizar que los confines de Nuevo Edén quedaran herméticamente cerrados durante todo el proceso, incluso mientras la sonda avanzaba poco a poco a través del muro.

Richard había perdido credibilidad en la colonia cuando el medio ambiente de Rama resultó no ser significativamente diferente del de Nuevo Edén. Fuera, había una oscuridad permanente y ciertas pequeñas variaciones periódicas en la presión atmosférica y en los elementos constitutivos de la atmósfera, pero el medio ambiente ramano era tan parecido al de la colonia que los exploradores humanos ni siquiera necesitaban sus trajes espaciales. Dos semanas después de que la primera sonda revelara la benigna atmósfera de Rama, los colonos habían completado ya la cartografía de la zona de la planicie Central que ahora les era accesible.

Nuevo Edén y una segunda y casi idéntica construcción rectangular existente al sur, que Richard y Nicole creían que constituía un hábitat para una segunda forma de vida, se hallaban contenidos en una región más amplia, también

rectangular, cuyas grises barreras metálicas, extraordinariamente altas, la separaban del resto de Rama. Las barreras de los lados norte y sur de esta región más amplia eran prolongaciones de las paredes de los propios hábitats. Sin embargo, en los lados este y oeste de los dos hábitats incluidos había unos dos kilómetros de espacio abierto.

En los cuatro ángulos de este rectángulo exterior había unas voluminosas estructuras cilíndricas. Richard y el restante personal tecnológico de la colonia estaban convencidos de que los impenetrables cilindros de los ángulos contenían los fluidos y los mecanismos de bombeo que mantenían las condiciones medioambientales en el interior de los hábitats.

La nueva región exterior, que no tenía más techo que el lado opuesto de la propia Rama, ocupaba la mayor parte del Hemicilindro Norte de la nave espacial. Una gran construcción metálica de forma de iglú era el único edificio existente en la Gran Planicie entre los dos hábitats. Esta construcción era el centro de control de Nuevo Edén y se hallaba ubicada aproximadamente a dos kilómetros al sur de la pared de la colonia.

Al salir de Nuevo Edén, Richard y los tres Einstein fueron guiados por el centro de control, donde habían estado trabajando juntos durante casi dos semanas en un intento de descubrir la lógica de control maestro que gobernaba las condiciones meteorológicas en el interior de Nuevo Edén. Pese a las objeciones de Kenji Watanabe, el Senado había habilitado anteriormente fondos destinados a la realización por parte de los « mejores ingenieros» de la colonia de un « esfuerzo total» para modificar el algoritmo meteorológico alienígena. Había promulgado esta legislación tras oír el testimonio de un grupo de científicos japoneses, según los cuales era posible mantener condiciones meteorológicas estables dentro de Nuevo Edén aun con los superiores niveles de dióxido de carbono y humo en la atmósfera.

Era una conclusión atractiva para los políticos. Si, quizá, no se necesitaba realmente ni prohibir la quema de madera ni desplegar una reconstituida red de AIG, y bastaba con ajustar unos cuantos parámetros en el algoritmo alienígena que, al fin y al cabo, habían sido inicialmente diseñados sobre la base de unas presunciones que ya no eran válidas, entonces…

Richard detestaba esa forma de pensar. Rehuir el problema el mayor tiempo posible, lo llamaba él. Sin embargo, movido por las súplicas de Nicole y por la incapacidad total de los demás ingenieros de la colonia para comprender ninguna faceta del proceso de control meteorológico, Richard había accedido a abordar la tarea. Había insistido, no obstante, en trabajar esencialmente solo, con la única ayuda de los Einstein.

El día en que Richard se proponía realizar su último intento de descifrar el algoritmo meteorológico de Nuevo Edén, él y sus biots se detuvieron junto a unas instalaciones situadas a un kilómetro de la salida de la colonia. Bajo las grandes

lámparas, Richard pudo ver a un grupo de arquitectos e ingenieros que trabajaba en una mesa muy grande.

—El canal no será difícil de construir; el suelo es muy blando.

—Pero ¿y las aguas fecales? ¿Debemos excavar pozos negros o transportamos los desechos hasta Nuevo Edén para su procesado?

—Este asentamiento necesitará grandes cantidades de energía. No sólo la iluminación, debido a la oscuridad ambiental, sino también todos los aparatos. Además, estamos lo bastante lejos de Nuevo Edén como para tener que justificar las pérdidas no triviales en las líneas… Nuestros mejores materiales superconductores son demasiado importantes como para usarlos aquí.

Richard experimentaba una mezcla de disgusto e ira mientras escuchaba la conversación. Los arquitectos y los ingenieros estaban realizando un estudio de viabilidad para un poblado externo que podría albergar a los portadores de RV-41. El proyecto, denominado Avalon, era el resultado de un delicado acuerdo político entre el gobernador Watanabe y su oposición. Kenji había permitido la financiación del estudio para demostrar su «carencia de prejuicios» sobre la cuestión de cómo tratar el problema del RV-41.

Richard y los tres Einstein continuaron su camino en dirección sur. Justo al norte del centro de control alcanzaron a un grupo de humanos y biots que se dirigían con un equipo impresionante hacia el lugar en que estaba instalada la sonda del segundo hábitat.

—Hola, Richard —dijo Marilyn Blackstone, la británica que Richard había recomendado para dirigir el proyecto de la sonda. Marilyn era de Taunton, en Somerset. Se había licenciado en ingeniería por Cambridge en el año 2232 y era sumamente competente.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Richard.

—Si tienes un minuto, ven a echar un vistazo —sugirió Marilyn.

Richard dejó a los tres Einstein en el centro de control y acompañó a Marilyn y su equipo a través de la planicie Central hasta el segundo hábitat. Mientras caminaba, recordó la conversación que había sostenido una tarde con Kenji Watanabe y Dmitri Ulanov en el despacho del gobernador antes de que el proyecto de la sonda fuese aprobado oficialmente.

—Quiero que quede perfectamente claro —había dicho Richard— que me opongo de forma tajante a cualquier esfuerzo por invadir la santidad de ese otro hábitat. Nicole y yo estamos virtualmente seguros de que en él se cobija otra forma de vida. No hay ningún argumento convincente para penetrar en él.

—Suponga que está vacío —había replicado Dmitri—. Suponga que el hábitat ha sido puesto ahí para nosotros, presumiendo que somos lo bastante inteligentes como para averiguar el modo de utilizarlo.

—Dmitri —había casi gritado Richard—, ¿ha escuchado algo de lo que Nicole y yo le hemos estado diciendo todos estos meses? Se aferra usted todavía a una

absurda noción antropocéntrica sobre nuestro lugar en el Universo. Porque somos la especie dominante en el planeta Tierra, da usted por supuesto que somos seres superiores. No lo somos. Debe de haber centenares…

—Richard —le había interrumpido Kenji con voz suave—, conocemos tu opinión sobre este punto. Pero los colonos de Nuevo Edén no están de acuerdo contigo. Ellos no han visto nunca a El Águila, los aracnopulpos ni ninguna de las otras criaturas maravillosas de que vosotros habláis. Ellos quieren saber si tenemos sitios para extendernos…

« Kenji ya tenía miedo entonces —estaba pensando Richard mientras él y el equipo de la exploración se aproximaban al segundo hábitat—. Le aterroriza todavía la posibilidad de que Macmillan derrote a Ulanov en las elecciones y entregue la colonia a Nakamura» .

Dos biots Einstein comenzaron a trabajar tan pronto como el equipo llegó al lugar del sondeo. Instalaron cuidadosamente el taladro de láser compacto en el punto en que ya se había producido un agujero en la pared. Al cabo de cinco minutos, el taladro ensanchaba lentamente el agujero practicado en el metal.

—¿A qué profundidad habéis penetrado? —preguntó Richard.

—Sólo unos treinta y cinco centímetros hasta el momento —respondió Marilyn—. Estamos progresando muy lentamente. Si el muro tiene el mismo espesor que el nuestro tardaremos otras tres o cuatro semanas antes de atravesarlo… Por cierto, el análisis espectrográfico de los fragmentos de muro indica que es también el mismo material.

—¿Y una vez que hayáis penetrado en el interior?

Marilyn se echó a reír.

—No te preocupes, Richard. Estamos siguiendo todos los pasos que tú recomendaste. Tendremos un mínimo de dos semanas de observación pasiva antes de pasar a la fase siguiente. Les daremos una oportunidad de responder, si realmente están dentro.

El escepticismo de su voz era evidente.

—Tú también, no, Marilyn —exclamó Richard—. ¿Qué os pasa a todos? ¿Crees que Nicole, los niños y yo hemos inventado todas esas historias?

—Las afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias —replicó ella.

Richard meneó la cabeza. Empezó a discutir con Marilyn, pero comprendió que tenía cosas más importantes que hacer. Tras unos minutos de cortés conversación sobre temas de ingeniería, emprendió el camino de regreso al centro de control en que le estaban esperando sus Einstein.

Lo bueno de trabajar con los biots Einstein era que Richard podía poner a prueba muchas ideas a la vez. Siempre que se le ocurría un enfoque nuevo, podía

exponerlo a uno de los biots y tener la absoluta seguridad de que sería desarrollado adecuadamente. Los Einstein nunca sugerían por sí mismos un método; sin embargo, eran sistemas dotados de una memoria perfecta y a menudo le hacían presente a Richard que una de sus ideas era similar a una técnica anterior que ya había fracasado.

Todos los demás ingenieros de la colonia que trataban de modificar el algoritmo meteorológico habían intentado primero comprender el funcionamiento interno del superordenador alienígena instalado en el núcleo del centro de control. Ése había sido su error fundamental. Richard, previamente consciente de que el funcionamiento interno del superordenador sería para él indistinguible de la pura magia, concentró sus esfuerzos en aislar e identificar las señales que emanaban del enorme procesador. Después de todo, razonaba, la estructura básica del proceso tiene que ser clara. Hay algún conjunto de mediciones que decide las condiciones imperantes en el interior de Nuevo Edén en cualquier momento dado. Los algoritmos alienígenas deben de utilizar los datos de esas mediciones para computar órdenes que, de alguna manera, se transmiten a las enormes estructuras cilíndricas, donde se desarrolla la actividad física que produce modificaciones en la atmósfera del interior del hábitat.

Richard no tardó mucho tiempo en elaborar un diagrama funcional del proceso. Como no había contactos eléctricos directos entre el centro de control y las estructuras cilíndricas, era evidente que existía alguna clase de comunicación electromagnética entre las dos entidades. Pero ¿qué clase? Cuando exploró el espectro para ver en qué longitudes de onda se estaba efectuando la comunicación, Richard encontró muchas señales potenciales.

Analizar e interpretar aquellas señales era un poco como buscar una aguja en un pajar. Con la ayuda de los biots Einstein, Richard determinó finalmente que las transmisiones más frecuentes se daban en la banda de microondas. Durante una semana, él y los Einstein catalogaron las comunicaciones por microondas, analizando las condiciones meteorológicas en Nuevo Edén tanto antes como después y tratando de centrar la atención en el conjunto de parámetros específicos que modulaban la intensidad de la respuesta en el lado del cilindro correspondiente al plano de interacción. En el transcurso de aquella semana, Richard comprobó y validó también un transmisor de microondas portátil que habían construido él y los biots. Su objetivo era crear una señal de mando que pareciese procedente del centro de control.

Su primer intento serio el último día fue un completo fracaso. Conjeturando que el problema podría estribar en la sincronización precisa de la transmisión, él y los Einstein desarrollaron luego una rutina de control secuencial que les permitiría emitir una señal con la precisión de un femtosegundo, a fin de que los cilindros recibieran la orden en una franja de tiempo sumamente estrecha.

Un instante después de haber enviado Richard a los cilindros lo que él creía

que era un nuevo conjunto de parámetros, sonó una estentórea alarma en el centro de control. Al cabo de unos segundos, una iracunda imagen de El Águila apareció en el aire, sobre Richard y los biots.

—Seres humanos —dijo El Águila holográfico—, tened mucho cuidado. Se utilizaron grandes conocimientos y cautelas para diseñar el delicado equilibrio de vuestro hábitat. No modifiquéis estos críticos algoritmos a menos que se produzca una auténtica emergencia.

Aunque al principio quedó paralizado por la sorpresa, Richard reacciono inmediatamente y ordenó a los Einstein que grabaran lo que estaban viendo. El Águila repitió su advertencia y, luego, se desvaneció, pero la escena quedó almacenada en los subsistemas de videograbación de los biots.

3

—¿Vas a estar siempre deprimido? —preguntó Nicole, mirando a su marido por encima de la mesa de desayuno—. Además, nada terrible ha sucedido hasta el momento. El tiempo hasta ahora ha sido excelente.

—Yo creo que es mejor que antes, tío Richard —sugirió Patrick—. Eres un héroe en la universidad, aunque algunos de los chicos creen que tienes algo de alienígena.

Richard forzó una sonrisa.

—El gobernador no está siguiendo mis recomendaciones —indicó en voz baja — ni está haciendo el menor caso a la advertencia de El Águila. En la sección de ingeniería hay incluso quienes dicen que el holograma el El Águila lo creé yo mismo. ¿Os imagináis?

—Kenji cree lo que le dijiste, querido.

—Entonces, ¿por qué deja que esos meteorólogos incrementen continuamente la potencia de la respuesta ordenada? Les es imposible predecir los resultados a largo plazo.

—¿Qué es lo que te preocupa, padre? —preguntó Ellie un momento después.

—Manipular un volumen tan grande de gas es un proceso muy complicado, Ellie, y yo siento mucho respeto hacia los extraterrestres que diseñaron la infraestructura de Nuevo Edén. Ellos son los que insistieron en que el dióxido de carbono y las concentraciones de partículas deben mantenerse por debajo de unos niveles determinados. Ellos deben de saber algo.

Patrick y Ellie terminaron su desayuno y se levantaron. Minutos después, una vez que los chicos hubieron salido de la casa, Nicole dio la vuelta alrededor de la mesa y apoyó las manos en los hombros de Richard.

—¿Recuerdas la noche en que hablamos de Albert Einstein con Patrick y Ellie?

Richard miró a Nicole con las cejas enarcadas.

—Más tarde, cuando estábamos acostados, yo comenté que el descubrimiento por parte de Einstein de la relación entre materia y energía fue «horrible» porque condujo a la existencia de armas nucleares… ¿Recuerdas tu respuesta?

Richard movió negativamente la cabeza.

—Me dijiste que Einstein fue un científico consagrado a la búsqueda del conocimiento y la verdad. « No existe ningún conocimiento que sea horrible —dijiste—, sólo lo que otros seres humanos hacen con ese conocimiento puede ser considerado horrible» .

—¿Tratas de absolverme de toda responsabilidad en esta cuestión meteorológica? —dijo Richard sonriendo.

—Quizá —respondió Nicole. Se inclinó y le besó en los labios—. Sé que eres uno de los seres humanos más inteligentes y creativos que han existido jamás y no me gusta verte soportar todas las cargas de la colonia sobre tus hombros.

Richard correspondió ardorosamente a su beso.

—¿Crees que podemos terminar antes de que se despierte Benjy? —susurró —. Hoy no tiene clase y anoche se acostó muy tarde.

—Tal vez —respondió Nicole, con una sonrisa de coquetería—. Podemos intentarlo, por lo menos. Mi primer caso no es hasta las diez.

La clase de Eponine en el último curso de la Escuela Superior Central, llamada simplemente « Arte y Literatura» , abarcaba muchos aspectos de la cultura que, al menos temporalmente, habían dejado atrás los colonos. En su currículo básico, Eponine abarcaba un conjunto multicultural y ecléctico de fuentes y estimulaba a sus alumnos a que prosiguieran independientemente sus estudios en cualquier campo que encontraran interesante. Aunque siempre utilizaba guiones previos y un resumen o esquema en su enseñanza, Eponine era la clase de profesora que adaptaba cada una de sus clases a los intereses de los alumnos. Personalmente, Eponine consideraba que *Les Miserables*, de Víctor Hugo, era la más grande novela jamás escrita, y que el pintor impresionista del siglo XIX Pierre Auguste Renoir, nacido como ella en Limoges, era el mejor pintor que jamás había vivido. Incluía en su clase las obras de sus dos compatriotas, pero estructuraba cuidadosamente el resto del material para otorgar una adecuada representación a otras naciones y culturas.

Como los biots Kawabata le ayudaban cada año en la obra teatral de la clase, era natural que utilizara las novelas del Kawabata real *Mil grullas y País de nieve* como ejemplos de literatura japonesa. Las tres semanas sobre poesía iban desde Frost hasta Rilke y Omar Jayam. Sin embargo, el principal centro de atención en materia poética era Benita García, no sólo a causa de la presencia de los biots García por todo Nuevo Edén, sino también porque la poesía y la vida de Benita fascinaban a los jóvenes.

Había solamente once alumnos en la clase de Eponine el año en que se le obligó a llevar el brazalete rojo por haber dado positivo el análisis de anticuerpos RV-41 a que fue sometida. Los resultados de su análisis habían puesto a la administración de la escuela ante un delicado dilema. Aunque el director había

resistido valerosamente los esfuerzos de un estridente grupo de padres, principalmente de Hakone, que pedía la « expulsión» de Eponine de la escuela superior, él y el claustro de profesores habían cedido parcialmente, sin embargo, a la histeria imperante en la colonia convirtiendo en opcional el curso que impartía Eponine. Como consecuencia, su clase era mucho menos numerosa que en los dos años anteriores.

Ellie Wakefield era la alumna favorita de Eponine. Pese a las grandes lagunas que presentaban los conocimientos de la joven, debido a los años que había permanecido dormida durante el viaje de regreso desde El Nódulo hasta el sistema solar, su inteligencia natural y su ansia de saber daban animación a la clase. Eponine pedía con frecuencia a Ellie que realizase tareas especiales. La mañana en que los alumnos comenzaron su estudio de Benita García, que era también la misma mañana en que Richard Wakefield había comentado con su hija sus preocupaciones por las actividades de control meteorológico que se llevaban a cabo en la colonia, Ellie llevaba aprendido de memoria uno de los poemas del primer libro de Benita García, *Sueños de una muchacha mexicana*, escrito cuando la mexicana era todavía adolescente. Pero, antes de que Ellie lo recitase, Eponine trató de inflamar la imaginación de los jóvenes con una breve disertación sobre la vida de Benita.

—La verdadera Benita García fue una de las mujeres más asombrosas que jamás han vivido —dijo Eponine, moviendo la cabeza en dirección al inexpresivo biot García situado en el rincón que la ayudaba en las tareas rutinarias auxiliares de la enseñanza—. Poetisa, cosmonauta, líder político, mística, su vida fue un reflejo de la historia de su tiempo y una auténtica inspiración para todos.

» Su padre era un gran terrateniente del estado mexicano de Yucatán, distante del corazón artístico y político de la nación. Benita era hija única de una madre maya y de un padre mucho más viejo. Se pasó la mayor parte de su infancia sola en la plantación familiar, que lindaba con las maravillosas ruinas puuc de Uxmal. De niña, Benita jugaba a menudo entre las pirámides y edificaciones de aquel centro ceremonial de mil años de antigüedad.

» Fue desde el principio una magnífica estudiante, pero eran su imaginación y su entusiasmo lo que verdaderamente le distinguía del resto de sus compañeros. Benita escribió su primer poema cuando sólo tenía nueve años, y para cuando cumplió los quince, época en la que estaba interna en una escuela católica de Mérida, capital de Yucatán, dos de sus poemas habían sido ya publicados en el prestigioso *Diario de México*.

» Tras finalizar sus estudios en la escuela secundaria, Benita sorprendió a sus profesores y a su familia anunciando que quería ser cosmonauta. En 2129 fue la primera mujer mexicana que ingresaba en la Academia Espacial de Colorado. Cuando se graduó, cuatro años más tarde, habían comenzado ya las drásticas reducciones en los programas espaciales. Tras la crisis económica de 2134, el

mundo se hundió en la depresión conocida como el Gran Caos y cesó virtualmente toda exploración espacial. Benita fue despedida por la AIE en 2137 y pensó que su carrera espacial había terminado.

» En 2144, uno de los últimos cruceros de transporte interplanetario, el *James Martin*, regresaba renqueando de Marte a la Tierra, cargado principalmente con mujeres y niños procedentes de las colonias marcianas. La nave espacial sólo a duras penas logró entrar en órbita terrestre y parecía como si fuesen a morir todos los pasajeros. Benita García y tres de sus amigos del cuerpo de cosmonautas prepararon como buenamente pudieron un vehículo de rescate y consiguieron salvar a veinticuatro de los pasajeros en la misión espacial más espectacular de todos los tiempos…

La mente de Ellie, espoleada por la narración de Eponine, imaginó lo excitante que debió de ser participar en la misión de rescate de Benita. Benita había dirigido manualmente su vehículo espacial, sin enlace de emergencia con la Tierra, y había arriesgado su vida por salvar a otros. ¿Podía existir un compromiso mayor con los miembros de la propia especie?

Al pensar en el altruismo de Benita García, acudió a la mente de Ellie una imagen de su madre. A continuación, se sucedió rápidamente un montaje de imágenes de Nicole. Primero, Ellie vio a su madre, vestida con sus ropajes de juez, hablando con palabras claras y precisas ante el Senado. Luego, Nicole estaba frotándole el cuello a su padre en el estudio, avanzada ya la noche, enseñando pacientemente a leer a Benjy día tras día, dirigiéndose montada en bicicleta junto a Patrick a jugar un partido de tenis en el parque o diciéndole a Linc lo que debía preparar para cenar. En la última imagen, Nicole estaba sentada en el borde de la cama de Ellie, de noche, respondiendo a preguntas sobre la vida y el amor. « Mi madre es mi héroe —comprendió de pronto Ellie—. Ella es tan altruista como Benita García» .

—… Imaginad a una muchacha mexicana de dieciséis años, de vacaciones en casa tras su permanencia en el internado, subiendo lentamente los empinados peldaños de la Pirámide del Mago, en Uxmal. Bajo ella, en la ya cálida mañana de primavera, corretean las iguanas entre las rocas y las ruinas…

Eponine hizo una seña con la cabeza a Ellie. Era el momento de su poema. La muchacha se puso en pie y recitó:

Tú lo has visto todo, viejo lagarto,
has visto nuestras alegrías, nuestras lágrimas.
Nuestros corazones llenos de sueños
y de terribles deseos.
¿Y nunca cambia?
¿Estuvo la madre de mi madre india
sentada aquí, en estos peldaños,

hace un millar de años
y te contó a ti las pasiones
que no quería ni podía compartir?

Miro de noche las estrellas
y me arriesgo a verme a mí misma entre ellas.
Mi corazón se eleva por encima de estas pirámides,
volando, libre, hacia donde todo es posible.
Sí, Benita, me dicen las iguanas,
sí a ti y a la madre de tu madre,
cuyos anhelantes sueños
se harán ahora realidad en ti.

Cuando Ellie terminó, brillaban en sus mejillas las lágrimas que había derramado en silencio. Su profesora y los demás alumnos creían, con toda probabilidad, que se había sentido profundamente conmovida por el poema y por la disertación sobre Benita García. No habrían podido comprender que Ellie acababa de experimentar una epifanía emocional, que acababa de descubrir la verdadera profundidad de su amor y su respeto hacia su madre.

Era la última semana de ensayos para la obra de teatro. Eponine había elegido una obra antigua, *Esperando a Godot*, del premio Nobel del siglo XX Samuel Beckett, porque su argumento guardaba una gran afinidad con la vida en Nuevo Edén. Los dos protagonistas, ambos vestidos todo el tiempo de harapos, eran interpretados por Ellie Wakefield y Pedro Martínez, un atractivo muchacho de diecinueve años que era uno de los « atribulados» , adolescentes incorporados al contingente de la colonia durante los últimos meses anteriores al lanzamiento.

Eponine no habría podido producir la obra sin la ayuda de los Kawabata. Los biots diseñaban y creaban los decorados y los trajes, controlaban las luces e incluso dirigían ensayos cuando ella no podía estar presente. La escuela tenía cuatro Kawabata en total, y tres de ellos se hallaban bajo la autoridad de Eponine durante los seis meses inmediatamente anteriores a la representación de la obra.

—Buen trabajo —exclamó Eponine, acercándose a sus alumnos en el escenario—. Ya es bastante por hoy.

—Señorita Wakefield —dijo Kawabata Número 052—, ha habido tres momentos en que sus palabras no fueron exactamente correctas. En su parlamento inicial…

—Díselo mañana —le interrumpió Eponine, despidiendo con un gesto al biot —. Significará más para ella. —Se volvió para mirar a su pequeña compañía—. ¿Alguna pregunta?

—Sé que ya lo hemos comentado otras veces, señorita Eponine —dijo Pedro Martínez, con tono vacilante—, pero me sería útil que pudiéramos hablar de ello de nuevo… Usted nos dijo que Godot no era una persona, sino que era en realidad un concepto, o una fantasía…, que todos estábamos esperando algo… Lo siento, pero me resulta difícil comprender exactamente qué…

—Toda la obra es fundamentalmente un comentario sobre el absurdo de la vida —respondió Eponine al cabo de unos segundos—. Nos reímos porque en esos vagabundos que están en escena nos vemos a nosotros mismos, oímos nuestras propias palabras cuando ellos hablan. Lo que Beckett ha captado es el anhelo esencial del espíritu humano. Quienquiera que sea, Godot lo arreglará todo. Él transformara de alguna manera nuestras vidas y nos hará felices.

—¿No podría Godot ser Dios? —preguntó Pedro.

—Desde luego —respondió Eponine—. O, incluso, los superavanzados extraterrestres que construyeron la nave espacial Rama o vigilaron El Nódulo en que permanecieron Ellie y su familia. Cualquier potencia, fuerza o ente que sea una panacea para las calamidades del mundo podrá ser Godot. Por eso es por lo que la obra es universal.

—Pedro —llamó una voz imperiosa desde el fondo de la pequeña sala—, ¿habéis terminado?

—Un minuto solo, Mariko —respondió el joven—. Estamos sosteniendo una interesante conversación. ¿Por qué no te unes a nosotros?

La japonesa no se movió de la puerta.

—No —exclamó ásperamente—. No quiero… Vámonos ya.

Eponine despidió a sus actores y Pedro saltó del escenario. Ellie se aproximó a su profesora mientras el joven corría hacia la puerta.

—¿Por qué la deja que se comporte de esa manera? —reflexionó Ellie en voz alta.

—No me lo preguntes a mí —respondió Eponine, encogiéndose de hombros —. La verdad es que no soy ninguna experta cuando se trata de relaciones.

« Esa Kobayashi es una fuente de problemas —pensó Eponine, recordando cómo les había tratado Mariko a Ellie y a ella como si fuesen insectos una noche, después del ensayo—. Los hombres son estúpidos a veces» .

—Eponine —preguntó Ellie—, ¿le importa que mis padres vengan al ensayo general? Beckett es uno de los autores favoritos de mi padre y…

—Todo lo contrario —respondió Eponine—. Tus padres son bien venidos en cualquier momento. Además, quiero darles las gracias…

—¡Señorita Eponine! —gritó una voz de muchacho desde el otro extremo de la sala. Era Derek Brewer, uno de los alumnos de Eponine que estaba enamorado de ella. Derek avanzó unos cuantos pasos en dirección a ella y volvió a gritar—: ¿Ha oído la noticia?

Eponine negó con la cabeza. Derek estaba evidentemente muy excitado.

—¡El juez Mishkin ha declarado inconstitucionales los brazaletes!

Eponine tardó unos segundos en asimilar la información. Para entonces, Derek estaba ya a su lado, encantado de ser él quien le daba la noticia.

—¿Estás…, estás seguro? —preguntó Eponine.

—Acabamos de oírlo por la radio en la oficina.

Eponine se llevó la mano al brazo y al odiado brazalete rojo. Miró a Derek y Ellie y, con rápido movimiento, se arrancó del brazo la banda de tela y la lanzó al aire. Mientras la miraba caer en arco hacia el suelo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias, Derek —dijo.

Un instante después, Eponine se sintió estrechada por cuatro brazos jóvenes.

—Enhorabuena —dijo en voz baja Ellie.

4

La hamburguesería de Ciudad Central estaba enteramente dirigida por biots. Dos Lincoln se ocupaban del concurrido restaurante y cuatro García atendían los pedidos de los clientes. La preparación de las comidas corría a cargo de un par de Einstein y una sola Tiasso mantenía inmaculadamente limpia toda la zona del comedor. El establecimiento generaba unos beneficios enormes para su propietario, porque no había más costes que los de la conversión inicial del edificio y los de las materias primas.

Ellie cenaba siempre allí los jueves por la noche, días en que trabajaba como voluntaria en el hospital. El día de lo que llegó a ser conocido como la Declaración Mishkin, Ellie se hallaba acompañada en la hamburguesería por su profesora, ahora sin brazalete, Eponine.

—Me pregunto por qué no te he visto nunca en el hospital —comentó Eponine, mientras mordía una patata frita—. Por cierto, ¿qué haces allí?

—Principalmente, hablar con los niños enfermos —le respondió Ellie—. Hay cuatro o cinco con dolencias graves, uno incluso con RV-41, y agradecen las visitas de humanos. Los biots Tiasso son muy eficientes en la realización de las tareas propias del hospital pero no son tan cariñosas.

—Si no te importa que te lo pregunte —dijo Eponine, después de masticar y tragar un trozo de hamburguesa—, ¿por qué lo haces? Eres joven, guapa, sana. Tiene que haber mil cosas que preferirías hacer.

—No realmente —respondió Ellie—. Como sabe, mi madre tiene un sentido de comunidad muy fuerte, y yo me siento valiosa después de hablar con los niños. —Titubeó unos instantes—. Además, no sé desenvolverme socialmente… Físicamente, tengo diecinueve o veinte años, que son muchos para estar en la escuela superior, pero no tengo casi experiencia social. —Ellie se ruborizó—. Una de mis amigas de la escuela me ha dicho que los chicos están convencidos de que soy una extraterrestre.

Eponine dirigió una sonrisa a su protegida. « Incluso ser alienígena sería mejor que tener el RV-41 —pensó—. Pero los jóvenes se están perdiendo realmente algo muy importante si te están dejando de lado» .

Las dos mujeres terminaron de cenar y dejaron el pequeño restaurante. Salieron a la plaza de Ciudad Central. En medio de ella había un monumento de

forma cilíndrica que había sido inaugurado en el transcurso de las ceremonias relacionadas con la celebración del primer Día de la Colonia. El monumento tenía una altura total de dos metros y medio. Suspendida en el cilindro a la altura de los ojos había una esfera transparente de cincuenta centímetros de diámetro. La pequeña luz que brillaba en el centro de la esfera representaba el Sol, el plano paralelo al suelo era el plano de la eclíptica que contenía la Tierra y los demás planetas del sistema solar y las luces esparcidas por toda la esfera mostraban las posiciones relativas correctas de todas las estrellas existentes en un radio de veinte años luz a partir del Sol.

Una línea iluminada unía el Sol y Sirio, indicando el camino que los Wakefield habían seguido en su odisea de ida a El Nódulo y regreso. Otra fina línea de luz se extendía desde el sistema solar a lo largo de la trayectoria que había seguido Rama III después de haber recogido a los colonos humanos en órbita alrededor de Marte. La nave espacial anfitriona, representada por una gran luz roja parpadeante, se encontraba a la sazón en un punto situado aproximadamente a un tercio de la distancia entre el Sol y la estrella Tau Ceti.

—Tengo entendido que la idea de este monumento se debe a tu padre —dijo Eponine mientras ambas se hallaban detenidas junto a la esfera celeste.

—Sí —respondió Ellie—, padre es realmente creativo en todo cuanto se refiere al campo de la ciencia y la electrónica.

Eponine miró la parpadeante luz roja.

—¿No le preocupa el hecho de que estemos yendo en dirección diferente, no hacia Sirio ni hacia El Nódulo?

Ellie se encogió de hombros.

—No creo —respondió—. No hablamos mucho de ello… Una vez me dijo que ninguno de nosotros era capaz de comprender lo que los extraterrestres estaban haciendo.

Eponine paseó la vista a su alrededor por la plaza.

—Mira toda la gente apresurándose de un lado a otro. La mayoría nunca se para a ver dónde estamos… Yo compruebo nuestra situación por lo menos una vez a la semana. —Estaba de pronto muy seria—. Desde que me diagnosticaron que tenía el RV-41 siento la compulsiva necesidad de saber exactamente en qué punto del Universo estoy… Me pregunto si eso formará parte de mi miedo a morir.

Tras un largo silencio, Eponine le pasó el brazo por los hombros a Ellie.

—¿Le preguntaste alguna vez a El Águila acerca de la muerte? —preguntó.

—No —respondió en voz baja Ellie—. Pero yo sólo tenía cuatro años cuando abandoné El Nódulo. Ciertamente, no tenía ninguna noción de la muerte.

—Cuando yo era niño, pensaba como niño… —dijo Eponine. Rio—. ¿De qué hablabas con El Águila?

—No recuerdo exactamente —respondió Ellie—. Patrick me dijo que a El

Águila le gustaba especialmente vernos jugar con nuestros juguetes.

—¿De veras? —exclamó Eponine—. Me sorprende. Por la descripción de tu madre, yo habría imaginado que El Águila era demasiado serio como para interesarse en los juegos.

—Me parece estarle viendo todavía —comentó Ellie—, aunque yo era tan pequeña entonces. Pero no puedo recordar cómo hablaba.

—¿Has soñado alguna vez con él? —preguntó Eponine al cabo de unos segundos.

—Oh, sí. Muchas veces. Una de ellas, él estaba en lo alto de un árbol, enorme, mirándome desde las nubes.

Eponine volvió a reír. Luego, miró rápidamente su reloj.

—Oh, cielos —exclamó—. Voy a llegar tarde a mi cita. ¿A qué hora tienes que estar tú en el hospital?

—A las siete —respondió Ellie.

—Entonces, será mejor que nos pongamos en camino.

Cuando Eponine acudió a la consulta del doctor Turner para su revisión quincenal, la Tiasso encargada de ello la llevó al laboratorio, tomó las muestras de sangre y orina y, luego, le pidió que se sentara. El biot informó a Eponine que el doctor « iba retrasado» .

Un hombre negro de ojos penetrantes y sonrisa amistosa se hallaba sentado también en la sala de espera.

—Hola —dijo, cuando sus miradas se cruzaron—, me llamo Amadou Diaba. Soy farmacéutico.

Eponine se presentó, pensando que había visto antes a aquel hombre.

—Gran día, ¿verdad? —comentó el hombre tras un breve silencio—. Qué alivio quitarse ese maldito brazalete.

Eponine se acordó entonces de Amadou. Lo había visto una o dos veces en las sesiones de grupo para los afectados de RV-41. Alguien le había dicho a Eponine que Amadou había contraído el retrovirus por una transfusión de sangre practicada en los primeros tiempos de la colonia. « ¿Cuántos somos en total? —pensó Eponine—. Noventa y tres. ¿O son noventa y cuatro? Cinco de los cuales contrajeron la enfermedad por una transfusión…»

—Parece que las grandes noticias llegan por parejas —estaba diciendo Amadou—. La Declaración Mishkin fue anunciada sólo horas antes de que se viera por primera vez a esos zancudos.

Eponine le miró interrogativamente.

—¿De qué está hablando? —preguntó.

—¿No ha oído hablar aún de los zancudos? —exclamó Amadou, riendo—. ¿Dónde demonios ha estado?

Amadou esperó unos segundos antes de lanzarse a una explicación.

—El equipo de exploración del otro hábitat llevaba varios días ensanchando su zona de penetración. Sus miembros se han encontrado hoy de pronto con que unas extrañas criaturas han salido por el agujero practicado en la pared. Al parecer, estos zancudos, como los llamó el reportero de la televisión, viven en el otro hábitat. Parecen unas peludas pelotas de golf unidas a seis gigantescas patas articuladas y se mueven con extraordinaria rapidez… Se pasearon por entre los hombres, los biots y el material durante una hora, aproximadamente. Luego volvieron a desaparecer en la zona de penetración.

Se disponía Eponine a formular varias preguntas acerca de los zancudos cuando salió de su despacho el doctor Turner.

—Señor Diaba y señorita Eponine —dijo—. Tengo un informe detallado para cada uno de ustedes. ¿Quién quiere ser el primero?

El doctor seguía teniendo los ojos azules más espléndidos imaginables.

—El señor Diaba ha llegado antes que yo —respondió Eponine—. Así que…

—Las damas siempre primero —interrumpió Amadou—. Incluso en Nuevo Edén.

Eponine entró en el despacho del doctor Turner.

—Hasta el momento, todo va bien —le dijo el doctor cuando estuvieron solos—. Ciertamente, tiene usted el virus en su sistema, pero no hay señales de ningún deterioro de los músculos cardíacos. No sé con seguridad por qué, pero la enfermedad progresa más rápidamente en unos que en otros…

« ¿Cómo es posible, mi atractivo doctor —pensó Eponine—, que sigas con tanta atención los datos referentes a mi salud y no hayas advertido nunca las miradas que te he estado lanzando todo este tiempo?» .

—Continuaremos administrando la medicación regular para el sistema de inmunidad. No tiene efectos secundarios importantes y quizá se deba a ella el hecho de que no se aprecia ninguna prueba de las actividades destructivas del virus… ¿Se encuentra usted bien por lo demás?

Salieron junto a la sala de espera. El doctor Turner expuso a Eponine los síntomas que indicarían que el virus había pasado a otra fase de su desarrollo. Mientras hablaban, se abrió la puerta y entró en la sala Ellie Wakefield. Al principio, el doctor Turner hizo caso omiso de su presencia, pero momentos después se volvió hacia ella.

—¿Desea algo, señorita? —preguntó a Ellie.

—He venido a preguntarle una cosa a Eponine —respondió respetuosamente Ellie—. Si les molesto, puedo esperar fuera.

El doctor Turner negó con la cabeza y luego se mostró sorprendentemente desorganizado en sus observaciones finales a Eponine. Al principio, ella no entendió lo que había ocurrido. Pero, al empezar a salir con Ellie, Eponine vio la mirada que el doctor dirigía a su alumna. « Durante tres años —pensó Eponine—

he suspirado por ver una mirada así en sus ojos. Creía que no era capaz de ello» .

Y Ellie, bendita sea, no se ha dado cuenta en absoluto.

Había sido un día largo. Eponine estaba extremadamente fatigada para cuando recorrió a pie el trayecto desde la estación hasta su apartamento en Hakone. La exaltación que había experimentado después de quitarse el brazalete había desaparecido. Ahora se sentía un poco deprimida. Eponine estaba luchando también contra un sentimiento de celos hacia Ellie Wakefield.

Se detuvo delante de su apartamento. La ancha cinta roja pegada en su puerta recordaba a todos que allí vivía un portador de RV-41. Dando de nuevo las gracias al juez Mishkin, Eponine despegó cuidadosamente la cinta. Dejó una huella en la puerta. « La pintaré mañana» pensó Eponine.

Una vez en su apartamento, se dejó caer en su mullido sillón y alargó la mano para coger un cigarrillo. Eponine sintió la oleada de expectante placer mientras se ponía el cigarrillo en la boca. « Nunca fumo en la escuela delante de mis alumnos —racionalizó—. No les doy mal ejemplo. Sólo fumo aquí. En casa. Cuando estoy sola» .

Eponine no salía casi nunca de noche. Los habitantes de Hakone le habían manifestado con toda claridad que no la querían entre ellos; dos delegaciones distintas le habían pedido que abandonara el poblado y en la puerta de su apartamento habían aparecido varias notas insultantes. Pero Eponine se había negado obstinadamente a marcharse. Como Kimberly Henderson no estaba nunca allí, Eponine disponía de mucho más espacio del que habría podido permitirse en circunstancias normales. Sabía también que una portadora de RV-41 no sería bien recibida en ninguna comunidad de la colonia.

Eponine se había quedado dormida en el sillón y estaba soñando con campos de flores amarillas. Apenas si oyó la llamada dada en la puerta, aunque había sido muy fuerte. Cuando Eponine abrió, entró Kimberly Henderson en el apartamento.

—Oh, Ep —dijo—. Me alegro de que estés aquí. Necesito desesperadamente hablar con alguien. Alguien en quien pueda confiar.

Kimberly encendió un cigarrillo con gesto espasmódico y se lanzó inmediatamente a un desordenado monólogo.

—Sí, sí, lo sé —dijo Kimberly, viendo la desaprobación que reflejaban los ojos de Eponine—. Tienes razón, estoy colgada… Pero lo necesitaba… El rico kokomo… Unos sentimientos artificiales de seguridad son por lo menos mejores que considerarte a ti misma una basura.

Dio una frenética chupada y exhaló el humo en bocanadas cortas y espasmódicas.

—El muy cabrón lo ha hecho realmente esta vez, Ep… Me ha tirado por la

borda… Insolente hijo de puta, se cree que puede hacer lo que le dé la gana… Yo toleraba sus ligues e incluso dejaba que algunas chicas se me sumaran a veces; los tríos aliviaban el aburrimiento…, pero yo era siempre *ichiban*, la número uno, o eso creía al menos…

Kimberly apagó el cigarrillo en un cenicero y empezó a retorcerse las manos. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Y esta noche va y me dice que me largue… « ¿Qué? —exclamo yo—, ¿qué quieres decir…?» . « Que te largues» , me contesta… Sin sonreír, sin alterarse… « Recoge tus cosas —dice—, hay un apartamento para ti detrás de Xanadu» . « Ahí es donde viven las putas» , replico… Él sonríe un poco y se queda callado… « O sea que estoy despedida» , le digo… Me puse furiosa… « No puedes hacer eso» , exclamé… Intenté pegarle, pero él me agarró la mano y me dio una bofetada con toda su fuerza… « Harás lo que te mando» , dice… « No lo haré, grandísimo maricón…» Agarré un jarrón y se lo tiré. Se estrelló contra una mesa y se hizo mil pedazos. Al instante, dos hombres me inmovilizaron sujetándome los brazos a la espalda… « Lleváosla» , dijo el rey japonés. Me llevaron a mi nuevo apartamento. Era muy bonito.

En la cómoda había una caja grande de kokomo en rollo. Me fumé toda una serie y estaba volando… « Eh —me dije—, no es tan malo esto. Por lo menos, no tengo que satisfacer los extraños deseos sexuales de Toshio…» Me fui al casino, y estuve divirtiéndome, más alta que una cometa, hasta que los vi… en público y delante de todo el mundo…, me puse hecha una furia, gritando, vociferando, maldiciendo, incluso la ataqué… alguien me golpeó en la cabeza… Me encontré tumbada en el suelo del casino, con Toshio inclinado sobre mí… « Si vuelves a hacer algo así —me dijo mordiendo las palabras—, acabarás enterrada junto a Marcello Danni» .

Kimberly sepultó la cara entre las manos y empezó a sollozar.

—Oh, Ep —dijo segundos después—, me siento totalmente desvalida. No tengo dónde ir. ¿Qué puedo hacer?

Antes de que Eponine pudiera responder, Kimberly estaba hablando de nuevo.

—Lo sé, lo sé —exclamó—. Podría volver a trabajar en el hospital. Todavía necesitan enfermeras, enfermeras de verdad; a propósito, ¿dónde está tu Lincoln?

Eponine sonrió y señaló al armario.

—Estupendo —rio Kimberly—. Tienes al robot bien guardadito. Lo sacas para que limpie el cuarto de baño, lave los platos, prepare las comidas. Y, luego, zas, otra vez al armario… —Rio entre dientes—. La picha no les funciona, ¿sabes? Quiero decir que sí, tienen una, anatómicamente perfecta, pero no se les pone dura. Una noche en que yo estaba colgada y sola hice que uno me montara, pero no sabía a qué me refería cuando le dije que « entrase» … Tan malo como algunos hombres que he conocido.

Kimberly se puso en pie de un salto y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—No sé muy bien por qué he venido —dijo, encendiendo otro cigarrillo—. Pensaba que quizá tú y yo…, quiero decir que fuimos amigas durante algún tiempo… —Dejó la frase en el aire—. Me estoy hundiendo ya, empiezo a sentirme deprimida. Es espantoso, terrible. No lo puedo soportar. No sé qué esperaba, pero tú tienes tu propia vida… Será mejor que me vaya.

Kimberly cruzó la habitación y dio a Eponine un rutinario abrazo.

—Cuídate —dijo Kimberly—. No te preocupes por mí, estaré perfectamente.

Sólo después de que Kimberly salió y la puerta se cerró tras ella, advirtió Eponine que no había pronunciado ni palabra mientras su ex amiga permaneció en la habitación. Eponine estaba segura de que no volvería a ver más a Kimberly.

5

Era una sesión abierta del Senado y cualquier habitante de la colonia podía asistir a ella. La tribuna destinada al público tenía sólo trescientos asientos y estaban todos ocupados. Otras cien personas permanecían en pie junto a las paredes o sentadas en los pasillos. En la Cámara propiamente dicha, su presidente, el gobernador Kenji Watanabe, requirió la atención de los veinticuatro miembros del órgano legislativo de Nuevo Edén.

—Continúan hoy nuestras sesiones presupuestarias —dijo Kenji, después de golpear varias veces la mesa con el mazo para imponer silencio a los espectadores—, con una exposición del director del hospital de Nuevo Edén doctor Robert Turner. Él resumirá los logros obtenidos con el presupuesto del pasado año y presentará sus peticiones para el próximo ejercicio.

El doctor Turner se dirigió al estrado e hizo una seña a las dos Tiasso que habían estado sentadas junto a él. Los biots montaron rápidamente un proyector y una pantalla cúbica suspendida para el material visual que respaldaría las palabras del doctor Turner.

—Durante el año pasado —empezó el doctor Turner— hemos dado grandes pasos para la construcción de un sólido entorno médico en la colonia y para el conocimiento de nuestra Némesis, el retrovirus RV-41, que continúa atacando a nuestra población. En los doce últimos meses no sólo hemos determinado completamente el ciclo vital de este complejo organismo, sino que hemos desarrollado también análisis selectivos que nos permiten identificar con precisión a todas y cada una de las personas portadoras de la enfermedad…

» Todos los habitantes de Nuevo Edén fueron sometidos a los correspondientes análisis a lo largo de un período de tres semanas que concluyó hace siete meses. En aquella ocasión se identifico a noventa y seis personas como portadoras del retrovirus. Desde la finalización de los análisis, sólo se ha descubierto un nuevo portador. Mientras tanto se han producido tres muertes causadas por el RV-41, por lo que el número de contagiados asciende en la actualidad a noventa y cuatro…

» RV-41 es un retrovirus mortal que ataca a los músculos del corazón produciéndoles una atrofia irreversible. Finalmente, el portador humano muere. No existe ningún remedio conocido. Estamos experimentando diversas técnicas para detener el progreso de la enfermedad y hemos obtenido recientemente

varios éxitos esporádicos pero no decisivos. En estos momentos, hasta que logremos un avance importante en nuestro trabajo debemos aceptar, aun a nuestro pesar, que todos los individuos afectados por el retrovirus sucumbirán finalmente a su virulencia.

» El gráfico que voy a situar en el cubo de proyección muestra las distintas fases de la enfermedad. Se produce una transmisión del retrovirus cuando se comparten fluidos corporales que implican alguna combinación de semen y sangre. No hay indicio alguno de que exista ningún otro método de transmisión. Repito —dijo el doctor Turner, gritando ahora para hacerse oír por encima del alboroto que había estallado en la tribuna del público—, hemos comprobado la transmisión sólo cuando intervienen el semen o la sangre. No podemos declarar categóricamente que otros fluidos corporales, tales como el sudor, la mucosidad, las lágrimas, la saliva y la orina, no puedan ser agentes de transmisión, pero los datos que poseemos hasta el momento indican que el RV-41 no puede transmitirse en estos fluidos.

Las voces y conversaciones en la tribuna del público se habían generalizado. El gobernador Watanabe dio varios golpes con el mazo para imponer silencio. Robert Turner se aclaró la garganta y continuó:

—Este particular retrovirus es muy inteligente, si puedo emplear esta palabra, y se encuentra especialmente bien adaptado a su anfitrión humano. Como pueden ustedes ver por el diagrama que muestra el cubo, es relativamente benigno en sus dos primera fases, en las que se limita en lo esencial a residir, sin causar ningún daño, en las células sanguíneas y seminales. Es posible que en este tiempo haya comenzado ya su ataque al sistema de inmunidad. No podemos asegurarlo con certeza, porque durante esta fase todos los datos diagnósticos muestran que el sistema de inmunidad se encuentra incólume.

» No sabemos qué es lo que provoca el deterioro del sistema de inmunidad. Algún inexplicable proceso que se produce en nuestros complejos cuerpos —y es ésta un área en la que necesitamos realizar una más profunda investigación— indica de pronto al virus RV-41 que el sistema de inmunidad es vulnerable y comienza un vigoroso ataque. La densidad del virus en la sangre y el semen aumenta súbitamente en varios órdenes de magnitud. Es entonces cuando queda destruido el sistema de inmunidad.

El doctor Turner hizo una pausa. Ordenó los papeles de los que estaba leyendo antes de continuar.

—Es curioso que el sistema de inmunidad nunca sobreviva a este ataque. De alguna manera, el RV-41 sabe cuándo puede ganar y nunca se multiplica hasta que se ha alcanzado esa particular condición de vulnerabilidad. Una vez destruido el sistema de inmunidad, comienza la atrofia de los músculos del corazón y sobreviene una muerte predecible.

» En las fases posteriores de la enfermedad, el retrovirus RV-41 desaparece

por completo del semen y de la sangre. Como pueden imaginar, esta desaparición causa estragos en el proceso de diagnostico. ¿Adónde va? ¿Se "esconde" de alguna manera, se convierte en algo distinto que aún no hemos identificado? ¿Está supervisando la gradual destrucción de los músculos del corazón, o es la atrofia un simple efecto secundario del anterior ataque al sistema de inmunidad? Son preguntas todas éstas a las que en la actualidad no podemos dar respuesta.

El doctor hizo una pausa para tomar un sorbo de agua.

—Parte de nuestro programa en el año pasado —continuó luego— era investigar el origen de esta enfermedad. Han circulado rumores de que RV-41 era oriundo de Nuevo Edén, colocado quizás aquí como alguna especie de diabólico experimento extraterrestre. Eso es totalmente absurdo. No existe la menor duda de que este retrovirus lo hemos traído nosotros de la Tierra. Dos pasajeros de la *Santa María* murieron a consecuencia del RV-41 con tres meses de diferencia uno de otro, el primero durante la travesía de la Tierra a Marte. Podemos estar seguros, aunque ello no resulte nada confortante, de que en la Tierra nuestros amigos y colegas están luchando también contra este mismo demonio.

» En cuanto al origen de RV-41, sólo podemos conjeturar. Si la base de datos médicos que nos hemos traído de la Tierra hubiera sido un orden de magnitud mayor, entonces quizá nos fuera posible identificar su origen con certeza… Señalaré, no obstante, que el genoma de este retrovirus RV-41 es asombrosamente similar a un germen patógeno obtenido mediante ingeniería genética, por seres humanos, como parte de las pruebas de vacunas realizadas en los primeros años del siglo XXII.

» Lo explicaré con más detalle. Tras el fructífero desarrollo de vacunas preventivas del retrovirus del SIDA, que fue un azote terrible durante las dos últimas décadas del siglo XX, la tecnología médica aprovechó la ingeniería biológica para ampliar el radio de acción de todas las vacunas disponibles. En particular, los biólogos y los médicos crearon deliberadamente nuevos y más mortales retrovirus y bacterias para demostrar que una determinada clase de vacuna tenía un ámbito extenso de aplicación eficaz. Todo este trabajo se realizó, naturalmente, bajo cuidadosos controles y sin peligro para la población.

» Pero cuando se produjo el Gran Caos, se introdujeron fuertes reducciones en los presupuestos destinados a la investigación y fue preciso abandonar muchos de los laboratorios médicos. Se destruyeron, presumiblemente, todos los peligrosos gérmenes patógenos almacenados en lugares aislados por todo el mundo. A menudo…, y aquí es donde mis conjeturas entran en la explicación.

» El retrovirus que nos afecta aquí, en Nuevo Edén, es sorprendentemente similar al retrovirus AQT19 creado en el año 2107 mediante ingeniería biológica en el laboratorio médico Laffont, en Senegal. Admito la posibilidad de que un

agente aparecido de forma natural pueda tener un genoma similar a AQT19 y que, por lo tanto, mi conjetura sea errónea. Yo creo, sin embargo, que no resultó destruido todo el AQT19 contenido en aquel laboratorio abandonado de Senegal. Estoy convencido de que este retrovirus concreto sobrevivió de alguna manera, y mutó ligeramente a lo largo del siglo siguiente, quizá viviendo en anfitriones simios, hasta que, finalmente, acabó pasando a los seres humanos. En ese caso, nosotros somos los últimos creadores de la enfermedad que nos está matando.

Se elevó un griterío en la tribuna del público. El gobernador Watanabe volvió a golpear la mesa con el mazo para imponer silencio, deseando que el doctor Turner se hubiera guardado sus conjeturas. En ese momento, el director del hospital empezó a exponer todos los proyectos que necesitaban ser financiados durante el año entrante. El doctor Turner estaba pidiendo una consignación presupuestaria equivalente al doble de la que había tenido el año anterior. Sonó un audible gemido en los escaños del Senado.

Los diversos oradores que siguieron inmediatamente a Robert Turner sólo cumplían, en realidad, una función de relleno. Todo el mundo sabía que el otro discurso importante del día lo pronunciaría Ian Macmillan, el candidato a gobernador por la oposición en las elecciones que debían de celebrarse tres meses después. Se sabía que tanto el gobernador Kenji Watanabe como el seleccionado por su partido político, Dmitri Ulanov, eran favorables a un importante aumento del presupuesto médico, aunque fuese preciso establecer nuevos impuestos para financiarlo. Se decía que Macmillan se oponía a todo aumento de los fondos del doctor Turner.

Ian Macmillan había sido totalmente derrotado por Kenji Watanabe en las primeras elecciones generales celebradas en la colonia. Desde entonces, el señor Macmillan se había trasladado de Beauvois a Hakone, había sido elegido para el Senado por el distrito de Vegas y había comenzado a desempeñar un lucrativo puesto en el floreciente imperio comercial de Toshio Nakamura. Era el matrimonio perfecto. Nakamura necesitaba que alguien « aceptable» gobernase por él la colonia y Macmillan, que era un hombre ambicioso y desprovisto de valores o principios definidos, quería ser gobernador.

—Es demasiado fácil —empezó Ian Macmillan a leer su discurso— escuchar al doctor Turner y, luego, abrir nuestros corazones y nuestras carteras y asignar fondos a todos sus proyectos. Eso es lo malo de estas sesiones presupuestarias. Al escuchar cada tema por separado, perdemos de vista el cuadro general. No trato en absoluto de sugerir que el programa del doctor Turner no sea realmente estimable. Creo, sin embargo, que está justificado en estos momentos efectuar un examen de prioridades.

El estilo oratorio de Macmillan había mejorado considerablemente desde su

traslado a Hakone. Era evidente que se había sometido a un cuidadoso adiestramiento. Sin embargo, no era un orador natural, por lo que, a veces, sus ensayados gestos parecían casi cómicos. Su argumento fundamental era que los portadores de RV-41 constituían menos del cinco por ciento de la población de Nuevo Edén y que el coste de ayudarlos resultaba increíblemente elevado.

—¿Por qué hemos de sufrir privaciones el resto de ciudadanos de la colonia en beneficio de un grupo tan pequeño? —dijo—. Además —añadió—, existen otras cuestiones más urgentes que precisan de financiación, cuestiones que afectan a todos y cada uno de los colonos y que repercutirán probablemente en nuestra misma supervivencia.

Cuando Ian Macmillan presentó su versión del incidente de los zancudos que habían «irrumpido» desde el hábitat adyacente y habían «aterrorizado» al grupo de exploración de la colonia, lo hizo de tal modo que parecía como si el «ataque» hubiera sido la primera incursión en una proyectada guerra entre especies. Macmillan agitó el espectro de unos zancudos seguidos de «criaturas más espantosas» que aterrarían a los colonos, especialmente a las mujeres y los niños.

—Destinar dinero a la defensa —dijo— es gastar dinero para todos nosotros.

El candidato Macmillan sugirió también que la investigación medioambiental era otra actividad «mucho más importante para el bienestar general de la colonia» que el programa médico esbozado por el doctor Turner. Elogió el trabajo que estaban realizando los ingenieros meteorológicos y contempló un mañana en el que los colonos tendrían un conocimiento completo del tiempo que haría en el futuro.

Su discurso fue interrumpido muchas veces por aplausos del público. Cuando finalmente habló de las personas afectadas por el RV-41, el señor Macmillan esbozó un plan «más eficaz en materia de costes» para hacer frente a «su terrible tragedia».

—Crearemos un poblado nuevo para ellos —proclamó— fuera de Nuevo Edén, en el que puedan vivir en paz sus últimos días.

»En mi opinión —continuó—, el esfuerzo médico en relación con el RV-41 debe limitarse en el futuro a aislar e identificar los mecanismos por los que este azote se transmite de un individuo a otro. Hasta que se concluya esa investigación, lo que verdaderamente interesa a todos los miembros de la colonia, incluidos los infortunados afectados por la enfermedad, es someter a cuarentena a los portadores a fin de que no puedan darse más contaminaciones accidentales.

Nicole y su familia estaban en la tribuna del público. Habían insistido a Richard para que acudiese, aunque le desagradaban las reuniones políticas. Richard se sentía disgustado por el discurso de Macmillan. Nicole, por su parte, estaba asustada. Lo que el hombre decía tenía un cierto atractivo. «Me pregunto quién le escribe su material», pensó al término del discurso. Se reprochó a sí

misma haber subestimado a Nakamura.

Hacia el final del discurso de Macmillan, Ellie Wakefield abandonó silenciosamente el asiento que ocupaba en la tribuna del público. Sus padres quedaron estupefactos cuando, momentos después, la vieron aparecer en la Cámara y dirigirse al estrado. Los demás espectadores se sorprendieron también, ya que creían que Ian Macmillan era el último orador del día. Todos estaban disponiéndose a marcharse. La mayoría volvió a sentarse cuando Kenji Watanabe presentó a Ellie.

—En nuestra clase de educación cívica en la escuela superior —empezó, con voz que delataba su nerviosismo— hemos estudiado la Constitución de la colonia y el reglamento del Senado. Es poco conocido el hecho de que cualquier ciudadano de Nuevo Edén puede hacer uso de la palabra en una de estas sesiones abiertas…

Hizo una profunda inspiración antes de continuar. En la tribuna, su madre y Eponine se inclinaron hacia delante y agarraron la barandilla que tenían delante.

—Quería hablar hoy —Ellie con voz más firme—, porque creo que tengo un punto de vista digno de ser tenido en cuenta acerca de esta cuestión de los afectados por el RV-41. En primer lugar, soy joven y, en segundo, hasta hace poco más de tres años no había tenido el privilegio de interactuar con un ser humano que no perteneciera a mi familia.

» Por ambas razones, considero un auténtico tesoro la vida humana. He elegido cuidadosamente la palabra. Un tesoro es algo que uno tiene en gran valor. Este hombre, este increíble doctor que trabaja todo el día y a veces toda la noche para mantenernos sanos, evidentemente considera también un tesoro la vida humana.

» En las palabras aquí pronunciadas, el doctor Turner no les ha dicho por qué debemos financiar su programa, sino solamente qué es la enfermedad y cómo trataría él de combatirla. Daba por supuesto que todos ustedes comprendían por qué. Después de escuchar al señor Macmillan —dijo Ellie, mirando al orador que la había precedido—, tengo ciertas dudas.

» Debemos continuar estudiando esta horrible enfermedad, hasta que podamos contenerla y controlarla, porque una vida humana es un bien precioso. Cada persona individual es un milagro único, una asombrosa combinación de complejas sustancias químicas con talentos, sueños y experiencias especiales. Nada puede ser más importante para la totalidad de la colonia que una actividad dirigida a la preservación de la vida humana.

» Por la exposición realizada hoy, entiendo que el programa del doctor Turner es caro. Si es preciso subir los impuestos para costearlo, quizá cada uno de nosotros tengamos que pasarnos sin algún objeto especial que deseábamos. Es un precio harto pequeño que pagar por el tesoro de la compañía de otro humano.

» Mi familia y mis amigos me dicen a veces que soy irremediablemente

ingenua. Puede que sea cierto. Pero quizá mi inocencia me permite ver las cosas más claramente que otras personas. En este caso yo creo que solamente debe formularse una pregunta. Si a usted, o a un miembro de su familia, le hubieran diagnosticado que se halla afectado por el RV-41, ¿apoyaría el programa del doctor Turner…? Muchas gracias.

Se hizo un silencio sepulcral mientras Ellie bajaba del estrado. Luego, estalló una estruendosa ovación. A Nicole y Eponine se les llenaron los ojos de lágrimas. En el recinto del Senado, el doctor Turner extendió las dos manos hacia Ellie.

6

Cuando Nicole abrió los ojos, Richard estaba sentado a su lado en la cama. Tenía una taza de café en la mano.

—Dijiste que te despertáramos a las siete —indicó Richard.

Nicole se incorporó y cogió la taza que él le tendía.

—Gracias, querido —dijo—. Pero ¿por qué no has dejado que Linc…?

—Decidí traerte yo mismo el café… Otra vez hay noticias de la planicie Central. Quería comentarlas contigo, aunque sé lo poco que te gusta que te hablen nada más despertarte.

Nicole bebió lentamente un trago de café. Sonrió a su marido.

—¿Cuál es la noticia? —preguntó.

—Esta noche ha habido dos incidentes más con los zancudos. Eso hace casi una docena en lo que va de semana. Se dice que nuestras fuerzas defensivas destruyeron a tres zancudos que estaban «hostigando» a los miembros del equipo de ingeniería.

—¿Intentaron luchar los zancudos?

—No. Al sonar los primeros disparos, se apresuraron a huir al otro hábitat por el agujero practicado… La mayoría escapó, igual que anteayer.

—¿Y sigues creyendo que son observadores remotos, como los biots arañas de las Rama Uno y Dos?

Richard movió afirmativamente la cabeza.

—¿Y puedes imaginar qué clase de idea se están haciendo de nosotros los Otros…? Disparamos sin previa provocación contra criaturas desarmadas… reaccionamos de modo hostil a lo que, sin duda alguna, es un intento por contactar…

—Tampoco a mí me gusta —murmuró Nicole—. Pero ¿qué podemos hacer? El Senado autorizó expresamente a los equipos de exploración a defenderse.

Se disponía Richard a contestar cuando se dio cuenta de que Benjy estaba en la puerta. El joven mostraba una amplia sonrisa.

—¿Puedo entrar, madre? —preguntó.

—Desde luego, querido —respondió Nicole. Abrió los brazos de par en par—. Ven a darme un fuerte abrazo de cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, Benjy —dijo Richard, mientras el muchacho, que era

más corpulento que la mayoría de los hombres, se subía a la cama y abrazaba a su madre.

—Gracias, tío Richard.

Luego, Benjy preguntó lentamente:

—¿Iremos hoy de excursión al bosque de Sherwood?

—Sí, desde luego —respondió su madre—. Y por la noche celebraremos una gran fiesta.

—Hurra —exclamó Benjy.

Era sábado. Patrick y Ellie continuaban durmiendo porque no tenían clase. Linc sirvió el desayuno a Richard, Nicole y Benjy mientras los adultos veían las noticias de la mañana en la televisión. Hubo unas breves imágenes de la reciente «confrontación con los zancudos» en las proximidades del segundo hábitat, así como unas declaraciones de los dos candidatos a gobernador.

—Como llevo ya varias semanas diciendo —indicó Ian Macmillan al reportero de la televisión—, debemos incrementar nuestros preparativos de defensa. Por fin hemos empezado a dotar de armas más poderosas a nuestras tropas, pero debemos actuar más audazmente en este terreno.

Una entrevista con la directora meteorológica puso término al noticiario matutino. La mujer explicó que el reciente tiempo, insólitamente seco y ventoso, se había debido a un «error de modelado» en su simulación por ordenador.

—Durante toda la semana —dijo—, hemos estado tratando infructuosamente de crear lluvia. Ahora, naturalmente, como estamos ya en el fin de semana, hemos programado sol…

—No tienen ni la más mínima idea de lo que están haciendo —gruñó Richard, al tiempo que apagaba el televisor—. Están forzando el sistema y generando caos.

—¿Qué es ca-os, tío Richard? —preguntó Benjy.

Richard vaciló unos instantes.

—Supongo que la definición más sencilla es ausencia de orden.

Pero en matemáticas la palabra tiene un significado más preciso. Se utiliza para describir respuestas ilimitadas a pequeñas perturbaciones. —Richard se echó a reír—. Disculpa, Benjy. A veces hablo en jerga científica.

Benjy sonrió.

—Me gusta que me hables como si fuese nor-mal —le contestó lentamente—. Y a ve-ces en-tien-do un po-co.

Nicole parecía preocupada mientras Linc retiraba de la mesa los platos del desayuno. Cuando Benjy salió de la habitación para ir a limpiarse los dientes, se inclinó hacia su marido.

—¿Has hablado con Katie? —preguntó—. No contestaba al teléfono ayer por la tarde, ni por la noche.

Richard movió negativamente la cabeza.

—Benjy se sentirá destrozado si ella no viene a su fiesta… Le diré a Patrick que vaya a buscarla esta mañana.

Richard se levantó de la silla y fue hasta el otro lado de la mesa. Le cogió la mano a Nicole.

—¿Y qué hay de usted, señora Wakefield? ¿Ha incluido algún rato de descanso y relajación en algún lugar de su atareado programa? Después de todo, es el fin de semana.

—Voy a ir esta mañana al hospital para colaborar en las clases del personal auxiliar. Luego, Ellie y yo saldremos de aquí con Benjy a las diez. Por el camino, me pasaré por el tribunal; aún no he leído los informes presentados para los casos del lunes. Tengo una rápida reunión con Kenji a las dos y media y mi clase de patología a las tres… Para las cuatro y media debería estar en casa.

—Lo cual te dará el tiempo justo para organizar la fiesta de Benjy, Tienes que disminuir el ritmo, querida. Al fin y al cabo, no eres un biot.

Nicole dio un beso a su marido.

—Mira quién habla. ¿No eres tú el que trabaja veinte o treinta horas seguidas cuando estás volcado en un proyecto interesante? —Hizo una pausa y se puso seria—. Todo esto es muy importante, querido… Siento que estamos en un momento culminante de los asuntos de la colonia y que lo que yo estoy haciendo es realmente importante.

—Sin duda alguna, Nicole. Estás ejerciendo una influencia decisiva. Pero nunca tienes tiempo para ti misma.

—Eso es un lujo —replicó Nicole, abriendo la puerta de la habitación de Patrick—. Ya lo saborearé a la vuelta de los años.

Cuando salieron de entre los árboles al extenso prado, conejos y ardillas escaparon precipitadamente ante ellos. Al otro extremo del prado, comiendo sosegadamente en medio de un conjunto de altas flores color púrpura, había un joven ciervo. Volvió su astada cabeza hacia Nicole, Ellie y Benjy, que se aproximaban a él y, luego, dando un salto, se internó en el bosque.

Nicole consultó su mapa.

—Tiene que haber unas mesas por aquí cerca, junto al prado.

Benjy estaba arrodillado en el suelo, mirando un grupo de flores amarillas sobre las que se aglomeraban las abejas.

—Miel —dijo con una sonrisa—. Las abe-jas hacen miel en sus col-me-nas.

Al cabo de unos minutos, localizaron las mesas y extendieron un mantel sobre una de ellas. Linc había puesto en las bolsas varios *sandwiches* —a Benjy le gustaban con mantequilla de cacahuete y jalea—, además de naranjas y uvas de las huertas próximas a San Miguel. Mientras comían, llegó otra familia al extremo opuesto del prado.

—Esas per-so-nas no saben que es mi cum-pleaños —dijo.

—Pero nosotras, sí —respondió Ellie, al tiempo que levantaba su vaso de limonada para brindar—. Felicidades, hermano.

Poco antes de que terminaran la comida, pasó sobre ellos una pequeña nube y los brillantes colores del prado se oscurecieron por unos momentos.

—Es una nube insólitamente oscura —le comentó Nicole a Ellie.

Instantes después, la nube había pasado y la hierba y las flores volvían a quedar bañadas por la luz del sol.

—¿Quieres la tarta ahora? —preguntó Nicole a Benjy—. ¿O prefieres esperar?

—Vamos a jugar un poco primero —respondió Benjy.

Sacó de la bolsa su equipo de béisbol y le dio un guante a Ellie.

—Vamos —dijo, al tiempo que echaba a correr por el prado.

Mientras los dos niños se echaban uno a otro la pelota, Nicole retiró los restos de la comida.

Se disponía a reunirse con Ellie y Benjy cuando oyó la alarma de su radio de pulsera. Pulsó el botón de recepción y la hora digital que mostraba la pequeña pantalla fue sustituida por una imagen de televisión. Nicole subió el volumen para poder oír lo que Kenji Watanabe tenía que decirle.

—Siento molestarte, Nicole —indicó Kenji—, pero tenemos una emergencia. Se ha presentado una querella por violación y la familia quiere un procesamiento inmediato. Es un caso delicado, en tu jurisdicción, y creo que deberías ocuparte de él enseguida… No quiero decir nada más por la radio.

—Estaré ahí dentro de media hora —respondió Nicole.

Al principio, Benjy se sintió dominado por el abatimiento al ver que su excursión iba a terminar tan pronto. Sin embargo, Ellie convenció a su madre de que ella podía perfectamente quedarse en el bosque con Benjy durante un par de horas más. Al marcharse del prado, Nicole entregó a Ellie el mapa del bosque de Sherwood. En aquel momento, otra nube, más oscura que la anterior, pasó ante el sol artificial de Nuevo Edén.

No había ninguna señal de vida en el apartamento de Katie. Patrick se quedó por unos momentos sin saber qué hacer. ¿Dónde debía buscarla? Ninguno de sus amigos de la universidad vivían en Vegas, así que no sabía realmente por dónde empezar.

Llamó a Max Puckett desde un teléfono público. Max dio a Patrick el nombre, la dirección y un número de teléfono de tres individuos que conocía en Vegas.

—Ninguna de esas personas es de la clase de las que tú querrías invitar a cenar en casa con tus padres, si entiendes lo que quiero decir —indicó Max, con una carcajada—, pero son de buena pasta y probablemente te ayudarán a

encontrar a tu hermana.

El único nombre que Patrick reconoció era el de Samantha Porter, cuyo apartamento estaba a sólo unos cien metros de la cabina telefónica. Aunque era ya primera hora de la tarde, Samantha estaba todavía en bata cuando finalmente abrió la puerta.

—Me había parecido que eras tú, al mirar en el monitor —dijo con seductora sonrisa—. Eres Patrick O'Toole, ¿verdad?

Patrick asintió con la cabeza y, lleno de embarazo, movió azoradamente los pies durante un largo silencio.

—Señorita Porter —articuló por fin—. Tengo un problema…

—Eres demasiado joven para tener un problema —le interrumpió Samantha. Rio alegremente—. ¿Por qué no pasas y hablamos de ello?

Patrick se ruborizó.

—No, señora —respondió—, no es esa clase de problema… Es sólo que no puedo encontrar a mi hermana Katie y pensé que usted podría ayudarme.

Samantha, que había empezado a volverse para que Patrick entrase en el apartamento, se volvió otra vez y miró al joven.

—¿Para eso has venido a verme? —exclamó. Meneó la cabeza y se echó a reír de nuevo—. ¡Qué decepción! Creía que habías venido a divertirte un rato. Así podría decirle a todo el mundo, de una vez por todas, si realmente eres un alienígena o no.

Patrick continuó moviéndose nerviosamente en la puerta. Al cabo de unos segundos, Samantha se encogió de hombros.

—Creo que Katie se pasa casi todo el tiempo en el palacio —dijo—. Ve al casino y pregunta por Sherry. Ella sabrá cómo encontrar a tu hermana.

—Sí, sí, señor Kobayashi, entiendo. *Wakarimasu* —estaba diciendo Nicole al caballero japonés que se hallaba en su despacho—. Me hago cargo de lo que debe usted de estar sintiendo. Puede tener la seguridad de que se hará justicia.

Acompañó al hombre a la sala de espera, donde se reunió con su mujer. La señora Kobayashi tenía los ojos hinchados por el llanto. Su hija Mariko, de dieciséis años, se encontraba en el hospital de Nuevo Edén, sometida a un exhaustivo reconocimiento médico. Había sido brutalmente golpeada, pero su estado no era crítico.

Cuando terminó de hablar con los Kobayashi, Nicole llamó al doctor Turner.

—Hay semen reciente en la vagina de la muchacha —aseguró el médico— y magulladuras en casi cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Además, está destrozada emocionalmente… La violación es, decididamente, una posibilidad.

Nicole suspiró. Mariko Kobayashi había señalado a Pedro Martínez, el joven que había actuado con Ellie en la función teatral de la escuela, como el violador.

¿Sería posible? Nicole se movió con su silla a través del despacho y accedió a través de su ordenador a la base de datos de la colonia.

> MARTÍNEZ ESCOBAR, PEDRO… nacido el 26 de mayo de 2228, Managua, Nicaragua… madre soltera, María Escobar, doncella, criada, con frecuencia en paro… padre probablemente Ramón Martínez, negro, cargador de muelle de Haití… seis medio hermanos y medio hermanas, todos menores… condenado por venta de kokomo 2241, 2242…violación, 2243… ocho meses en el correccional de Managua… preso modelo… trasladado a Casa de la Alianza en Ciudad de México, 2244… IE 1,86, SC 52.

Nicole leyó dos veces la breve nota del ordenador antes de hacer pasar a Pedro a su despacho. A indicación de Nicole, el muchacho tomó asiento y clavó la vista en el suelo. Un biot Lincoln permaneció durante toda la entrevista en un rincón, registrando cuidadosamente la conversación.

—Pedro —dijo Nicole en voz baja. No hubo respuesta. Ni siquiera levantó la vista del suelo—. Pedro Martínez —repitió ella, con voz más fuerte—, ¿comprendes que se te acusa de haber violado anoche a Mariko Kobayashi? Estoy segura de que no necesito explicarte que se trata de una acusación muy grave… Tienes ahora la oportunidad de responder a su acusación.

Pedro permaneció en silencio.

—En Nuevo Edén —continuó finalmente Nicole— tenemos un sistema judicial que tal vez sea distinto del que tú conociste en Nicaragua. Aquí, los casos criminales no pueden pasar a fase de procesamiento a menos que un juez, después de examinar los hechos, crea que existen razones suficientes para el procesamiento. Por eso es por lo que estoy hablando contigo.

Tras un largo silencio el joven, sin levantar aún la vista, murmuró algo inaudible.

—¿Qué? —preguntó Nicole.

—Ella miente —respondió Pedro, en voz mucho más alta—. No sé por qué, pero Mariko miente.

—¿Quieres darme tu versión de lo sucedido?

—¿Para qué? De todas maneras, nadie va a creerme.

—Escúchame, Pedro. Si, sobre la base de una investigación inicial, mi tribunal llega a la conclusión de que no existen razones suficientes para continuar con la acusación, tu caso puede quedar archivado… Naturalmente, la gravedad de la acusación exige la práctica de una detenida investigación, lo que significa que tendrás que efectuar una declaración completa y responder a algunas preguntas muy delicadas.

Pedro Martínez levantó la cabeza y miró a Nicole con ojos tristes.

—Juez Wakefield —dijo en voz baja—, Mariko y yo tuvimos acceso sexual

anoche… Fue idea de ella…, dijo que sería divertido ir al bosque… —El joven calló y volvió a clavar la vista en el suelo.

—¿Habías hecho ya antes el amor con Mariko? —preguntó Nicole al cabo de unos segundos.

—Sólo una vez; hace unos diez días —respondió Pedro.

—Pedro, lo que hicisteis anoche… ¿fue extremadamente físico?

Las lágrimas le desbordaron a Pedro los ojos y le rodaron por las mejillas.

—Yo no le pegué —exclamó apasionadamente—. Yo nunca le habría causado daño…

Mientras hablaba, sonó un ruido extraño a lo lejos, como el restallido de un largo látigo, pero mucho más intenso.

—¿Qué fue eso? —exclamó Nicole.

—Parecía un trueno —respondió Pedro.

El trueno se pudo oír también en el poblado de Hakone, donde Patrick se hallaba sentado en un lujoso salón del palacio de Nakamura, hablando con su hermana Katie. Ésta llevaba un costoso atuendo de seda azul.

Patrick hizo caso omiso del sorprendente ruido. Estaba furioso.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera intentarás ir a la fiesta de Benjy de esta noche? ¿Qué le voy a decir a madre?

—Dile lo que quieras —respondió Katie. Sacó un cigarrillo de su pitillera y se lo puso en la boca—. Dile que no has podido encontrarme. —Encendió el cigarrillo con un encendedor de oro y exhaló el humo en dirección a su hermano.

Éste trató de apartarlo con la mano.

—Vamos, hermanito —exclamó Katie, con una carcajada—, no te preocupes, que no te va a matar.

—No inmediatamente —replicó él.

—Mira, Patrick —dijo Katie, al tiempo que se ponía en pie y empezaba a pasear de un lado a otro de la sala—. Benjy es un idiota, un retrasado mental. Nunca hemos tenido mucha relación. Ni siquiera se dará cuenta de que no estoy a menos que alguien se lo diga.

—Te equivocas, Katie. Es más inteligente de lo que crees. Continuamente me pregunta por ti.

—Tonterías, hermanito —replicó Katie—. Me dices eso sólo para hacer que me sienta culpable… Mira, no voy a ir. Quizá me lo pensara si se tratase sólo de ti y Benjy y Ellie, aunque ésta se ha vuelto insoportable desde su « maravilloso» discurso. Pero ya sabes lo que es para mí estar cerca de madre. La tengo siempre encima.

—Está preocupada por ti, Katie.

Katie rio nerviosamente y dio una larga chupada para terminar el cigarrillo.

—Que te lo has creído, Patrick… Lo único que realmente le preocupa es que ponga a la familia en una situación embarazosa.

Patrick se puso en pie para marcharse.

—No hace falta que te vayas ya —dijo Katie—. ¿Por qué no te quedas un rato? Me vestiré y podemos bajar al casino… ¿Recuerdas cuánto solíamos divertirnos juntos?

Katie echó a andar hacia el dormitorio.

—¿Consumes drogas? —preguntó de pronto Patrick.

Ella se detuvo y clavó la vista en su hermano.

—¿Quién quiere saberlo? —exclamó Katie, con tono desafiante—. ¿Tú o la señora cosmonauta doctora gobernadora juez Nicole des Jardins Wakefield?

—Yo quiero saberlo —respondió en voz baja Patrick.

Katie cruzó la estancia y le puso a Patrick las manos en las mejillas.

—Soy tu hermana y te quiero —dijo—. Ninguna otra cosa importa realmente.

Los negros nubarrones se habían congregado sobre las pequeñas y onduladas colinas del bosque de Sherwood. Soplaba el viento por entre los árboles, alborotando los cabellos de Ellie. Brilló un relámpago y casi inmediatamente retumbó un trueno.

Benjy retrocedió y Ellie lo atrajo hacia sí.

—Según el mapa —indicó—, estamos a sólo un kilómetro, aproximadamente, del borde del bosque.

—¿Cómo de lejos es eso? —preguntó Benjy.

—Si andamos de prisa —gritó Ellie para hacerse oír por encima del ruido del viento—, podemos salir dentro de unos diez minutos. —Cogió de la mano a Benjy y estiró de él al tiempo que avanzaba por el camino.

Un instante después, un rayo alcanzó uno de los árboles que tenían al lado y una gruesa rama cayó sobre el sendero. La rama golpeó a Benjy en la espalda y lo derribó. Casi todo su cuerpo quedó sobre el sendero, pero la cabeza cayó encima de las plantas y la hiedra existentes en la base de los árboles del bosque. El fragor del trueno le ensordeció.

Permaneció tendido unos segundos en el suelo del bosque, tratando de comprender qué le había pasado. Finalmente, se puso en pie con esfuerzo.

—Ellie —exclamó, al ver la postrada forma de su hermana al otro lado del sendero. Tenía los ojos cerrados—. ¡Ellie! —gritó ahora Benjy, medio caminando y medio arrastrándose hacia su lado. La agarró de los hombros y la sacudió ligeramente. Sus ojos continuaron cerrados. El bulto que tenía en la frente, encima y al lado del ojo derecho, era ya del tamaño de una naranja grande—. ¿Qué voy a hacer? —exclamó Benjy en voz alta. Casi en el mismo

momento percibió el olor a quemado y levantó la vista hacia los árboles. Vio cómo el fuego saltaba de rama en rama, impulsado por el viento. Hubo otro rayo, se oyeron más truenos. Ante sí, a lo largo del camino en la dirección que Ellie y él habían estado siguiendo, Benjy vio que un gran incendio avanzaba por los árboles a ambos lados del sendero. Empezó a invadirle el pánico.

Sostuvo a su hermana entre los brazos y le dio unas palmaditas en la cara.

—Ellie —dijo—, despierta, por favor.

Ella no se movió. El fuego se extendía rápidamente a su alrededor. Pronto, toda aquella parte del bosque se convertiría en un infierno.

Benjy estaba aterrorizado. Trató de levantar a Ellie, pero tropezó y cayó al intentarlo.

—No, no, no —gritó al tiempo que, poniéndose nuevamente en pie, se agachaba para echarse a Ellie sobre el hombro. El humo se iba haciendo cada vez más denso, Benjy avanzó lentamente por el sendero, con Ellie a cuestas.

Estaba exhausto cuando llegó al prado. Depositó nuevamente a Ellie sobre una de las mesas de cemento y se sentó en un banco. El fuego ardía incontroladamente en el extremo norte del prado « ¿Qué hago ahora? —pensó. Sus ojos se posaron en el mapa que asomaba del bolsillo de la camisa de Ellie—. Eso puede ayudarme» . Cogió el mapa y lo miró. Al principio, no pudo entender nada y de nuevo empezó a sentirse dominado por el pánico.

« Tranquilo, Benjy —oyó decir a su madre con voz suave—. Es un poco difícil, pero puedes hacerlo. Los mapas son muy importantes, Nos dicen a dónde debemos ir… Lo primero que hay que hacer siempre es orientar el mapa para poder leer lo que tiene escrito. Mira. Eso es. Generalmente, la dirección hacia arriba se llama norte. Éste es un mapa del bosque de Sherwood…»

Benjy dio vueltas al mapa entre sus manos hasta que las letras quedaron derechas. Continuaban los truenos y los relámpagos. Un repentino cambio en la dirección del viento le introdujo humo en los pulmones y tosió. Trató de leer las palabras que figuraban en el mapa.

Oyó de nuevo la voz de su madre. « Si no reconoces la palabra al principio, entonces toma cada letra y pronúnciala, muy despacio. Luego, vete haciendo que los sonidos se junten hasta formar una palabra que puedas entender» .

Benjy miró a Ellie, tendida en la mesa.

—Despierta, oh, por favor, despierta, Ellie —dijo—. Necesito tu ayuda.

Ella continuó inmóvil.

Se inclinó sobre el mapa y pugnó por concentrarse. Con trabajosa lentitud, Benjy fue pronunciando todas las letras una y otra vez, hasta convencerse de que la mancha verde del mapa era el prado en que se encontraba. « Las líneas blancas son los senderos —se dijo—. Hay tres líneas blancas que penetran en la mancha verde» .

Benjy levantó la vista del mapa, contó los tres senderos que salían del prado y

sintió crecer su confianza en sí mismo. Pero instantes después, una ráfaga de viento llevó hasta el prado una nube de pavesas que prendieron en los árboles del lado sur. Benjy se movió con rapidez.

—Debo irme —dijo, al tiempo que volvía a echarse a Ellie a la espalda.

Sabía ahora que el incendio principal estaba en la parte norte del mapa, hacia el pueblo de Hakone. Benjy volvió a mirar el papel que tenía en la mano « O sea que debo quedarme en las líneas blancas de la parte de abajo» , pensó.

El joven avanzó por el sendero mientras otro árbol se incendiaba a gran altura sobre su cabeza. Llevaba a su hermana sobre el hombro y sujetaba en la mano derecha el mapa salvador. Benjy se detenía cada diez pasos a mirar el mapa, verificando cada vez que continuaba en la dirección correcta. Cuando finalmente llegó a una bifurcación de caminos, Benjy depositó con cuidado a Ellie en el suelo y siguió con el dedo las líneas blancas del mapa. Al cabo de un minuto, sus labios se distendieron en una amplia sonrisa, cogió de nuevo a su hermana y echó a andar por el sendero que llevaba al pueblo de Positano. Fulguró una vez más el rayo, retumbó el trueno y un violento aguacero empezó a caer sobre el bosque de Sherwood.

7

Varias horas después, Benjy dormía tranquilamente en su cama. Mientras tanto, al otro lado de la colonia, el hospital de Nuevo Edén parecía una casa de locos. Humanos y biots se movían apresuradamente, en los pasillos había camillas con heridos, los pacientes gritaban de dolor. Nicole estaba hablando por teléfono con Kenji Watanabe.

—Necesitamos que todas las Tiasso de la colonia sean enviadas aquí lo antes posible. Procura reemplazar las que estén prestando servicios geriátricos o pediátricos por una García o incluso un Einstein. Que los humanos se encarguen de atender las clínicas de los pueblos. La situación es muy grave.

El ruido imperante en el hospital apenas si le permitía oír lo que Kenji le estaba diciendo.

—Mala, realmente mala —aseguró, en respuesta su pregunta—. Veintisiete ingresos hasta el momento, cuatro muertos que sepamos. Toda la zona de Nara, ese enclave de casas de madera de estilo japonés rodeado por el bosque que se extiende detrás de Vegas, es un desastre. El incendio se produjo demasiado rápidamente… La gente se dejó dominar por el pánico.

—Doctora Wakefield, doctora Wakefield. Acuda, por favor, inmediatamente a la habitación 204.

Nicole colgó el teléfono y echó a correr por el pasillo. Subió apresuradamente la escalera hasta el segundo piso. El hombre que agonizaba en la habitación 204 era un viejo amigo, un coreano llamado Kim Lee que había actuado como enlace de Nicole con la comunidad de Hakone durante el tiempo en que ella fue gobernadora provisional.

El señor Kim había sido uno de los primeros en construir un nuevo hogar en Nara. Durante el incendio, se había precipitado al interior de su casa en llamas para salvar a su hijo de siete años de edad. El hijo viviría, pues el señor Kim le había protegido cuidadosamente mientras caminaba por entre las llamas. Pero el propio Kim Lee había sufrido quemaduras de tercer grado en casi todo el cuerpo.

Nicole se cruzó en el pasillo con el doctor Turner.

—No creo que podamos hacer nada por ese amigo suyo de la 204 —dijo—. Me gustaría conocer su opinión… Venga a verme a la sala de urgencias. Acaba de ingresar otro caso crítico, una mujer que quedó atrapada en su casa…

Nicole hizo una profunda inspiración y abrió lentamente la puerta de la habitación. La esposa del señor Kim, una bella coreana de poco más de treinta años, se hallaba sentada en silencio en el rincón. Nicole se acercó y le dio un abrazo. Mientras Nicole consolaba a la señora Kim, la Tiasso que supervisaba los datos del señor Kim llevó una serie de gráficos. El estado del paciente era realmente desesperado. Cuando levantó la vista, Nicole quedó sorprendida al ver a su hija Ellie, con la cabeza vendada, en pie junto a la cama del señor Kim. Tenía cogida la mano del agonizante.

—Nicole —dijo el señor Kim en angustiado susurro tan pronto como la reconoció. Su rostro no era más que una masa de piel ennegrecida. Hasta pronunciar una sola palabra le resultaba doloroso—. Quiero morir —añadió, moviendo la cabeza en dirección a su mujer, que permanecía en el rincón.

La señora Kim se levantó y se acercó a Nicole.

—Mi marido quiere que yo firme los documentos de la eutanasia —señaló—. Pero no lo haré a menos que pueda usted asegurarme que no existe absolutamente ninguna posibilidad de que vuelva a ser feliz. —Empezó a llorar, pero se contuvo.

Nicole vaciló unos instantes.

—No puedo asegurarle eso, señora Kim —dijo gravemente Nicole. Volvió la vista hacia el hombre y, luego, de nuevo hacia su esposa—. Lo que sí puedo asegurarle es que probablemente morirá en algún momento dentro de las próximas veinticuatro horas y que sufrirá incesantemente hasta su muerte. Si se produce un milagro médico y sobrevive, quedará muy desfigurado y debilitado para el resto de su vida.

—Quiero morir ahora —repitió con esfuerzo el señor Kim.

Nicole mandó a la Tiasso en busca de los documentos de autorización de la eutanasia. Para que ésta fuese válida se necesitaban las firmas del médico actuante, del cónyuge y del propio paciente si, en opinión del doctor, tenía capacidad para tomar decisiones por sí mismo. Mientras la Tiasso estaba fuera, Nicole hizo una seña a Ellie para que se reuniese con ella en el pasillo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo Nicole a Ellie en voz baja, donde nadie podía oírles—. Te dije que te quedaras en casa y descansases. Tenías una conmoción muy fuerte.

—Estoy perfectamente, madre —repitió Ellie—. Además, cuando supe que el señor Kim padecía graves quemaduras quise hacer algo por ayudar. Fue un buen amigo nuestro en los primeros tiempos.

—Se encuentra muy mal —observó Nicole, meneando la cabeza—. No puedo creer que esté todavía vivo.

Ellie apoyó la mano en el antebrazo de su madre.

—Quiere morir para ser útil —dijo—. La señora Kim me ha hablado de ello. Ya he mandado llamar a Amadou, pero necesito que hables con el doctor Turner.

Nicole miró a su hija.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿No te acuerdas de Amadou Diaba…? El amigo de Eponine, el farmacéutico nigeriano que tenía una abuela senoufo. Es el que cogió el RV-41 en una transfusión de sangre… El caso es que Eponine me ha dicho que su corazón se está deteriorando rápidamente.

Nicole guardó silencio unos instantes. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quieres —preguntó finalmente— que le pida al doctor Turner que realice un trasplante de corazón manual ahora, en medio de esta crisis?

—Si toma su decisión ahora, se puede hacer esta noche, ¿no? Es posible mantener en condiciones el corazón del señor Kim al menos durante ese tiempo.

—Escucha, Ellie —exclamó Nicole—, ni siquiera sabemos…

—Ya lo he comprobado —le interrumpió Ellie—. Una de las Tiasso ha determinado que el señor Kim sería un donante aceptable.

Nicole volvió a menear la cabeza.

—Está bien, está bien —respondió—. Lo pensaré. Mientras, quiero que te acuestes y descanses. Una conmoción no es una lesión insignificante.

—Me está usted pidiendo que haga ¿qué? —preguntó a Nicole un incrédulo doctor Turner.

—Escuche, doctor Turner —intervino Amadou con su esmerado acento británico—, no es realmente la doctora Wakefield quien lo pide. Soy yo. Le suplico que realice esta operación. Y, por favor, no la considere peligrosa. Usted mismo me dijo que no viviré más de tres meses. Sé perfectamente que puedo morir en la mesa de operaciones. Pero si sobrevivo, según las estadísticas que usted me enseñó, tengo un cincuenta por ciento de probabilidades de vivir ocho años más. Podría incluso casarme y tener un hijo.

El doctor Turner giró en redondo y miró el reloj de pared de su despacho.

—Olvide por un momento, señor Diaba, que es más de medianoche y que llevo más de nueve horas seguidas trabajando con víctimas de quemaduras. Considere lo que está pidiendo. Hace cinco años que no practico un trasplante de corazón. Y jamás he realizado ninguno sin el apoyo de los mejores cardiólogos y el mejor material del planeta Tierra. Todo el trabajo quirúrgico, por ejemplo, era realizado siempre por robots.

—Comprendo todo eso, doctor Turner. Pero es en realidad irrelevante por lo que a la cuestión se refiere. No hay duda alguna de que moriré si no se me practica la operación. Es casi seguro que no habrá ningún otro donante en un próximo futuro. Además, Ellie me contó que ha estado usted revisando todos los sistemas de trasplante de corazón como parte de su trabajo en la preparación de su solicitud de asignación presupuestaria para la adquisición de nuevo material…

El doctor Turner dirigió una interrogativa mirada a Ellie.

—Mi madre me habló de sus concienzudos preparativos, doctor Turner. Espero que no le moleste que le haya contado algo a Amadou.

—Me encantará ayudarle en todo cuanto esté a mi alcance —añadió Nicole—. Aunque nunca he realizado cirugía cardíaca, finalicé en un instituto cardiológico mi período de formación práctica.

El doctor Turner paseó la vista por la estancia, mirando primero a Ellie y luego a Amadou y Nicole.

—Supongo que esto resuelve la cuestión. No me parece que me den mucha opción.

—¿Lo hará? —exclamó Ellie, con juvenil excitación.

—Lo intentaré —respondió el doctor. Se acercó a Amadou Diaba y extendió las dos manos—. Sabe que hay muy pocas probabilidades de que despierte, ¿verdad?

—Sí, doctor Turner. Pero muy pocas probabilidades es mejor que ninguna… Gracias.

El doctor Turner se volvió a Nicole.

—Me reuniré con usted en mi despacho dentro de quince minutos para una revisión de procedimiento… Y, a propósito, doctora Wakefield, dígale por favor a una Tiasso que nos traiga otra cafetera llena.

Los preparativos para la operación de trasplante hicieron revivir recuerdos que el doctor Turner había sepultado en lo más recóndito de su mente. Una o dos veces imaginó incluso por unos momentos que realmente había vuelto al Centro Médico de Dallas. Recordaba sobre todo lo feliz que había sido en aquellos lejanos días pasados en otro mundo. Amaba su trabajo; amaba a su familia. Su vida era entonces casi perfecta.

Los doctores Turner y Wakefield apuntaron cuidadosamente antes de comenzar la intervención la secuencia exacta de pasos que darían. Luego, durante la operación misma, se detenían al término de cada fase para verificar ambos el proceso. No se produjo contratiempo alguno en ningún momento. Cuando extrajo el viejo corazón de Amadou, el doctor Turner lo volvió para que Nicole y Ellie (que había insistido en quedarse por si podía ayudar en algo) vieran lo atrofiados que estaban sus músculos. El corazón del hombre era un desastre. Probablemente, Amadou habría muerto antes de un mes.

Una bomba automática mantenía en circulación la sangre del paciente mientras se procedía a «enganchar» el nuevo corazón a todas las arterias y venas principales. Ésta era la fase más difícil y peligrosa de la operación. En la experiencia del doctor Turner, esta parte no había sido realizada nunca por manos humanas.

Las numerosas operaciones manuales que había practicado durante sus tres años en Nuevo Edén habían afinado extraordinariamente la destreza quirúrgica del doctor Turner. Él mismo se sintió sorprendido de la facilidad con que conectó el nuevo corazón a los vasos sanguíneos críticos de Amadou. Hacia el final de la intervención, terminadas ya todas las fases peligrosas, Nicole se ofreció a realizar las pocas tareas restantes. Pero el doctor Turner negó con la cabeza. Pese a que estaba ya casi amaneciendo en la colonia, se hallaba decidido a finalizar él mismo la operación.

¿Era la extrema fatiga lo que hacía que los ojos del doctor Turner vieran alucinaciones durante los minutos finales de la operación? ¿O se debía quizás a la oleada de adrenalina que acompañó a su comprensión de que la intervención iba a tener éxito? Cualquiera que fuese la causa, durante las fases terminales de la operación Robert Turner presenció periódicamente notables cambios en el rostro de Amadou Diaba. Varias veces, la cara de su paciente se fue modificando lentamente ante sus ojos hasta convertirse las facciones de Amadou en las de Carl Tyson, el joven negro a quien el doctor Turner había dado muerte en Dallas. En una ocasión, al terminar de dar un punto, el doctor Turner miró a Amadou y se sintió espantado al ver la sonrisa insolente de Carl Tyson. El doctor parpadeó y volvió a mirar, pero en la mesa de operaciones estaba solamente Amadou Diaba.

Después de que este fenómeno se produjera varias veces, el doctor Turner preguntó a Nicole si había observado algo extraño en el rostro de Amadou.

—Sólo una sonrisa —respondió ella—. Nunca he visto a nadie sonreír así bajo anestesia.

Cuando la operación concluyó y las Tiasso informaron de que todos los signos vitales del paciente eran excelentes, el doctor Turner, Nicole y Ellie se sintieron exultantes, pese a su agotamiento. El doctor invitó a las dos mujeres a tomar una última taza de café con él en su despacho para celebrar el éxito. En ese momento, aún no se daba cuenta de que iba a declararse a Ellie.

Ellie estaba atónita. Se quedó mirando al médico. Éste volvió la vista hacia Nicole y, luego, la posó nuevamente en Ellie.

—Sé que es muy repentino —dijo el doctor Turner—, pero no hay ninguna duda en mi mente. He visto suficiente. Te quiero. Quiero que te cases conmigo. Cuanto antes, mejor.

Durante casi un minuto reinó un absoluto silencio en la estancia. El doctor se dirigió a la puerta y corrió el pestillo. Incluso desconectó el teléfono. Ellie empezó a hablar.

—No —exclamó él, con vehemencia—, no digas nada todavía. Hay otra cosa que debo hacer primero. —Se sentó en su silla e hizo una profunda inspiración—. Algo que debía haber hecho hace mucho tiempo —continuó en voz baja—.

Además, ambas tenéis derecho a conocer toda la verdad sobre mí.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al doctor Turner antes aún de que comenzara a contar la historia. Se le quebró la voz al principio, pero, se rehízo y continuó su narración.

—Yo tenía treinta y tres años y era ofensivamente feliz. Era ya uno de los más destacados cirujanos cardíacos de Norteamérica y tenía una esposa bella y amante y dos hijas, de tres y dos años. Vivíamos en una mansión con piscina en el interior de una comunidad campestre a unos cuarenta kilómetros al norte de Dallas, en Texas.

» Una noche, al volver a casa desde el hospital, era muy tarde pues había estado supervisando una delicada intervención a corazón abierto, los guardias de seguridad me pararon en la puerta de entrada a nuestra comunidad. Se comportaban con azoramiento, como si no supieran qué hacer, pero, después de realizar una llamada telefónica y de dirigirme varias extrañas miradas, me hicieron ademán de que continuase.

» Dos coches de policía y una ambulancia se hallaban estacionados delante de mi casa. En el callejón situado detrás había tres furgonetas de televisión. Cuando empecé a girar para entrar en el paso de coches, un policía me hizo detenerme. Rodeado de luces destellantes y casi cegado por potentes focos de la televisión, el policía me condujo al interior de mi casa.

» Mi mujer estaba tendida en una camilla, cubierta por una sábana, en el vestíbulo principal, junto a la escalera que subía al segundo piso. La habían degollado. Oí voces en el piso de arriba y subí corriendo para ver a mis hijas. Las niñas yacían todavía donde habían sido asesinadas: Christie en el suelo del cuarto de baño y Amanda en su cama. El bastardo las había degollado también a las dos.

El doctor Turner se estremeció a impulsos de unos intensos y acongojados sollozos.

—Jamás olvidaré aquel horrible espectáculo. Amanda debió de ser asesinada mientras dormía, pues no presentaba ninguna otra marca más que el tajo en la garganta… ¿Qué clase de ser humano podría matar a tan inocentes criaturas?

Las lágrimas se derramaban en cascada por las mejillas del doctor Turner. Su pecho se agitaba espasmódicamente. Permaneció unos segundos sin hablar. Ellie se acercó a él y se sentó en el suelo, mientras le cogía la mano.

—Permanecí los cinco meses siguientes totalmente entumecido. No podía trabajar, no podía comer. La gente trataba de ayudarme, amigos, psiquiatras, otros médicos, pero yo no podía funcionar. Simplemente, no podía aceptar que mi mujer y mis hijas habían sido asesinadas. La policía detuvo a un sospechoso antes de que transcurriera una semana. Se llamaba Carl Tyson. Era un joven negro de veintitrés años que trabajaba como repartidor para un supermercado próximo. Mi mujer siempre utilizaba la televisión para hacer sus compras. Carl

Tyson había estado ya varias veces en nuestra casa; yo mismo recordaba haberle visto en una o dos ocasiones, y ciertamente conocía bien la casa.

» Pese a la niebla en que me hallaba sumido durante aquel periodo, me daba cuenta de lo que estaba sucediendo en la investigación del asesinato de Linda. Al principio, todo parecía muy sencillo. Se encontraron huellas dactilares recientes de Carl Tyson por toda la casa. Aquella misma tarde había estado en nuestra comunidad para entregar un pedido. Había desaparecido la mayoría de las joyas de Linda, por lo que el móvil evidente era el robo. Yo supuse que el sospechoso sería rápidamente condenado y ejecutado.

» La cuestión no tardó en complicarse. Nunca se llegó a poder encontrar ninguna de las joyas. Los guardias de seguridad habían anotado en el libro registro la entrada y la salida de Carl Tyson en la comunidad, pero había permanecido en Greenbriar solamente veintidós minutos, lo que difícilmente era tiempo suficiente para efectuar la entrega y cometer un robo, además de tres asesinatos. Por otra parte, después de que un famoso abogado aceptara defender a Tyson y le ayudase a preparar sus declaraciones juradas, Tyson insistió en que Linda le había pedido que moviese varios muebles aquella tarde. Esto constituía una explicación perfecta de la presencia de sus huellas dactilares por toda la casa…

El doctor Turner hizo una pausa, con el sufrimiento reflejado en el rostro. Ellie le apretó suavemente la mano y él continuó:

—Al celebrarse el juicio, el argumento del fiscal era que Tyson había llevado los comestibles a la casa por la tarde y, después de hablar con Linda, había descubierto que yo permanecería trabajando en el quirófano hasta bien entrada la noche. Como mi esposa era una mujer amable y confiada, no era improbable que hubiera estado charlando con el repartidor y le hubiese mencionado que yo tardaría en volver a casa… En cualquier caso, según el fiscal, Tyson regresó después de haber terminado su turno de trabajo en el supermercado. Escaló el muro de piedra que rodeaba las instalaciones de la comunidad y cruzó por el campo de golf. Después, entró en la casa con la intención de robar las joyas de Linda y con la esperanza de que la familia estuviera dormida. Al parecer, mi mujer le hizo frente y Tyson, dominado por el pánico, mató primero a Linda y luego a las niñas, para asegurarse de que no había testigos.

» Pese a que nadie había visto a Tyson regresar a nuestra comunidad, yo pensaba que la argumentación del fiscal era sumamente convincente y que el hombre sería condenado sin dificultad. Al fin y al cabo no tenía ninguna coartada para el período de tiempo en que se cometió el crimen. El barro hallado en los zapatos de Tyson coincidía exactamente con el barro del arroyo que habría cruzado para llegar a la trasera de la casa. Durante los dos días siguientes a los asesinatos no acudió a su trabajo. Además, al ser detenido, Tyson llevaba encima una gran cantidad de dinero que aseguró haber “ganado en una partida de

póquer”.

» Durante la intervención de la defensa, empezaron a entrarme dudas con respecto al sistema judicial norteamericano. Su abogado presentó el caso como una cuestión racial, pintando a Carl Tyson como un pobre y desventurado negro que estaba siendo condenado sobre la base de unas pruebas circunstanciales. Su abogado afirmó enfáticamente que lo único que Tyson había hecho aquel día de octubre era entregar un pedido de comestibles en mi casa. Algún otro, dijo su abogado, algún maníaco desconocido, había escalado la cerca de Greenbriar, robado las joyas y asesinado luego a Linda y a las niñas.

» Los dos últimos días del juicio adquirí la convicción, más por el lenguaje corporal del jurado que por ninguna otra cosa, de que Tyson iba a ser absuelto. Me sentí enloquecer de justiciera indignación. Yo no abrigaba la más mínima duda de que el joven había cometido el crimen. La idea de que pudiera quedar libre resultaba intolerable.

» Todos los días a lo largo del juicio, que duró unas seis semanas, yo acudía al tribunal con mi maletín de médico. Al principio, los guardias de seguridad registraban el maletín cada vez que iba, pero al cabo de algún tiempo, especialmente porque la mayoría de ellos simpatizaba con mi dolor, se limitaron a dejarme pasar.

» El fin de semana anterior a la conclusión del juicio, volé a California, aparentemente para asistir a un seminario médico, pero en realidad para comprar en el mercado negro una escopeta que cupiese dentro de mi maletín. Como esperaba, el día en que se iba a pronunciar el veredicto, los guardias no me hicieron abrir el maletín.

» Cuando se declaró la absolución, la sala del tribunal estalló en un estruendoso griterío. Todos los negros presentes en la tribuna del público daban voces de júbilo. Carl Tyson y su abogado, un judío llamado Irving Bernstein, se echaron el uno en brazos del otro. Yo estaba preparado para actuar. Abrí el maletín, monté rápidamente la escopeta, salté la barandilla de separación y les maté a los dos, uno con cada cañón.

El doctor Turner hizo una profunda inspiración y calló unos instantes.

—Jamás he admitido, ni siquiera ante mí mismo, que lo que hice era malo. Sin embargo, en algunos momentos de esta operación sobre vuestro amigo Diaba he comprendido con toda claridad cómo mi reacción emocional ha envenenado mi alma durante todos estos años… Mi violento acto de venganza no me devolvió a mi mujer y mis hijas. Ni me hizo feliz, salvo por aquel enfermizo placer animal que experimenté en el instante en que supe que Tyson y su abogado iban a morir.

Había ahora lágrimas de arrepentimiento en los ojos del doctor Turner. Miró a Ellie.

—Aunque quizá no sea digno de ti, te quiero, Ellie Wakefield, y anhelo

casarme contigo. Espero que puedas perdonarme lo que hice años atrás.

Ellie levantó la vista hacia el doctor Turner y volvió a apretarle la mano.

—Sé muy poco de amor —dijo lentamente—, pues nunca he tenido experiencia de él. Pero sí sé que lo que siento cuando pienso en ti es maravilloso. Te admiro, te respeto, tal vez incluso te amo. Naturalmente, quisiera hablar de esto con mis padres…, pero, sí, doctor Turner, si ellos no se oponen estaré encantada de casarme contigo.

8

Nicole se inclinó sobre el lavabo y se miró en el espejo. Pasó los dedos por las arrugas que le ribeteaban la parte inferior de los ojos y se alisó el grisáceo flequillo. « Eres casi una anciana» , se dijo. Luego, sonrió.

—Me hago vieja, me hago vieja, llevaré arrugados los fondillos de los pantalones —exclamó en voz alta.

Nicole soltó una carcajada y se apartó del espejo, volviéndose al mismo tiempo para ver qué aspecto tenía por detrás. El vestido de color verde amarillento que pensaba llevar en la boda de Ellie se le ajustaba perfectamente al cuerpo, que era todavía esbelto y atlético después de todos aquellos años. « No está mal —pensó aprobadoramente Nicole—. Por lo menos, no le resultará embarazoso a Ellie» .

Sobre la mesilla de noche había dos fotografías de Genevieve y su marido francés que le había dado Kenji Watanabe. Cuando regresó al dormitorio, Nicole cogió las fotos y las miró. « No pude estar en tu boda, Genevieve —pensó de pronto, experimentando un acceso de tristeza—. Ni siquiera llegué a conocer a tu marido» .

Luchando con sus emociones, Nicole se dirigió rápidamente al otro lado del dormitorio. Permaneció casi un minuto mirando fijamente una fotografía de Simone y Michael O'Toole, tomada el día de su boda en El Nódulo. « Y me separé de ti sólo una semana después de tu boda… Eras muy joven, Simone —se dijo Nicole—, pero en muchos aspectos eras mucho más madura que Ellie…»

Interrumpió deliberadamente el pensamiento. Le producía una congoja demasiado intensa pensar en Simone o en Genevieve. Era mejor centrar la atención en el presente. Nicole cogió la fotografía de Ellie, que colgaba en la pared junto a las de sus hermanos y hermanas. « Así que pronto serás la tercera de mis hijos que se casa —pensó Nicole—. Parece imposible. A veces, la vida se mueve a demasiada velocidad» .

Un montaje de imágenes fulguró como un relámpago en la mente de Nicole. Vio de nuevo a la niñita tendida a su lado en la Sala Blanca de Rama II, la carita asustada de Ellie cuando se aproximaban a El Nódulo en la lanzadera, sus nuevas facciones de adolescente en el momento de despertar de su largo sueño y, finalmente, la madura determinación y el coraje de Ellie cuando tomó la palabra

ante los ciudadanos de Nuevo Edén en defensa del programa del doctor Turner. Fue un intenso viaje emocional al pasado.

Nicole volvió a poner en la pared la fotografía de Ellie y empezó a desnudarse. Acababa de colgar el vestido en el armario cuando oyó un sonido extraño, como el de alguien que gritase, en el límite mismo de su alcance auditivo. « ¿Qué ha sido eso?» , se preguntó. Nicole permaneció inmóvil durante unos minutos, pero no volvió a oír más ruidos. Al ponerse en pie, sin embargo, tuvo de pronto la inquietante sensación de que Genevieve y Simone estaban en la habitación con ella. Nicole miró rápidamente a su alrededor, pero continuaba sola.

« ¿Qué me está pasando? —se preguntó—. ¿He estado trabajando demasiado? ¿Me ha llevado al límite de mi resistencia la combinación del caso Martínez y la boda de Ellie? ¿O se trata de otro de mis episodios psíquicos?» .

Nicole trató de calmarse respirando lenta y profundamente. Pero no pudo disipar la sensación de que Genevieve y Simone estaban realmente allí, en la habitación, con ella. Su presencia era tan intensa que Nicole tuvo que hacer un esfuerzo para no hablarles.

Recordaba con claridad las conversaciones que había tenido con Simone antes de su boda con Michael O'Toole. « Quizá por eso es por lo que están aquí —pensó Nicole—. Han venido a recordarme que he estado tan atareada con mi trabajo que aún no he tenido mi conversación de boda con Ellie» . Nicole rio nerviosamente, pero no se le quitó la carne de gallina que se le había puesto en el brazo.

« Perdonadme, queridas —dijo Nicole, dirigiéndose al mismo tiempo a la fotografía de Ellie y a los espíritus de Genevieve y Simone en la habitación—. Prometo que mañana…»

Esta vez el chillido fue inconfundible. Nicole quedó paralizada, sintiendo un torrente de adrenalina precipitarse por todo su cuerpo. Al cabo de unos segundos, atravesaba corriendo la casa en dirección al estudio en que Richard se hallaba trabajando.

—Richard —exclamó, poco antes de llegar a la puerta del estudio—, ¿has oído…?

Nicole se interrumpió en medio de la frase. El estudio estaba convertido en un revoltijo. Richard se hallaba en el suelo, rodeado de un par de monitores y un desordenado montón de materiales electrónicos. Tenía en una mano el pequeño robot príncipe Hal y en la otra su precioso ordenador portátil de la misión Newton. Tres biots —dos García y un Einstein parcialmente desarmado— estaban inclinados sobre él.

—Vaya, hola, querida —dijo distraídamente Richard—. ¿Qué te trae por aquí? Creía que estarías ya dormida.

—Richard, estoy segura de haber oído un chillido avícola. Hará cosa de un

minuto. Sonó cerca. —-Nicole vaciló, tratando de decidir si debía hablarle o no de la visita de Genevieve y Simone.

Richard frunció el ceño.

—Yo no he oído nada, querida —respondió—. ¿Habéis oído algo vosotros? —preguntó a los biots. Estos negaron con la cabeza, incluido el Einstein, que tenía el pecho completamente abierto y conectado por medio de cuatro cables a los monitores del suelo.

—Yo sé que he oído algo —insistió Nicole. Quedó en silencio unos instantes. « ¿Es otra señal de fatiga terminal?» , se preguntó. Nicole paseó la vista por el caos que se extendía en el suelo ante ella—. A propósito querido, ¿qué estás haciendo?

—¿Esto? —exclamó Richard, con un vago ademán de la mano—. Oh, no es nada especial. Sólo otro de mis proyectos.

—Richard Wakefield —replicó rápidamente Nicole—, no me estás diciendo la verdad. Todo ese revoltijo del suelo no puede ser « nada especial» , te conozco demasiado bien. Bueno, ¿qué es tan secreto…?

Richard había cambiado las imágenes que mostraban sus tres monitores activos y estaba sacudiendo vigorosamente la cabeza.

—Esto no me gusta —murmuró—. No me gusta nada en absoluto. —Levantó la vista hacia Nicole—. ¿Has accedido por casualidad a mis archivos de datos recientes que están almacenados en el superordenador central? ¿Aunque sea inadvertidamente?

—No, claro que no. Ni siquiera conozco el código de entrada… Pero no es de eso de lo que yo quería hablar…

—Alguien ha… —Richard tecleó rápidamente una subrutina diagnóstica de seguridad y estudió uno de los monitores—. Por lo menos cinco veces en las tres últimas semanas… ¿Estás segura de no haber sido tú?

—Sí, Richard —respondió enfáticamente Nicole—. Pero sigues tratando de cambiar de tema… Quiero que me digas a qué viene todo esto.

Richard dejó a príncipe Hal en el suelo y miró a Nicole.

—Aún no estoy completamente preparado para decírtelo, querida —indicó, tras unos instantes de vacilación—. Dame un par de días, por favor.

Nicole se sintió desconcertada. Finalmente, sin embargo, se le iluminó el rostro.

—Está bien, querido, si es un regalo de boda para Ellie, entonces esperaré con mucho gusto…

Richard volvió a su trabajo. Nicole se dejó caer en la única silla de la habitación que no se hallaba abarrotada de cosas. Mientras miraba a su marido, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Se convenció a sí misma de que era su propia fatiga lo que le había hecho imaginar el chillido.

—Querido —dijo suavemente Nicole al cabo de uno o dos minutos.

—¿Sí? —respondió él, levantando la vista hacia ella.

—¿Te preguntas alguna vez qué está pasando realmente aquí, en Nuevo Edén? Quiero decir que ¿por qué nos han dejado tan absolutamente solos los creadores de Rama? La mayoría de los colonos vive sin pensar ni un solo momento en el hecho de que están viajando en una nave espacial interestelar construida por extraterrestres. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no aparece de pronto El Águila o alguna otra manifestación igualmente maravillosa de su superior tecnología alienígena? Quizás entonces nuestros mezquinos problemas…

Nicole se interrumpió al echarse a reír Richard.

—¿Qué ocurre? —exclamó.

—Esto me recuerda una conversación que tuve una vez con Michael O'Toole. Se sentía frustrado porque yo me negaba a aceptar por la fe los testimonios de los apóstoles. Me dijo entonces que Dios hubiera debido saber que éramos una especie compuesta de dubitativos «Tomás» y debería haber programado frecuentes visitas del Cristo resucitado.

—Pero aquella situación era completamente diferente —arguyó Nicole.

—¿De veras? —replicó Richard—. Lo que los primitivos cristianos contaban acerca de Jesús no podía ser más difícil de aceptar que nuestra descripción de El Nódulo y de nuestro largo viaje dilatador del tiempo a velocidades relativistas… Es mucho más satisfactorio para los otros colonos creer que esta nave espacial fue creada como un experimento por la AIE. Muy pocos de ellos entienden lo suficiente de ciencia como para saber que Rama está muy por encima de nuestra capacidad tecnológica.

Nicole permaneció unos momentos en silencio.

—Entonces ¿no hay nada que podamos hacer para convencerlos…?

Le interrumpió el triple zumbido que indicaba que la llamada telefónica que iba a hacerse era urgente. Nicole se apresuró a contestarla. Apareció en el monitor el preocupado rostro de Max Puckett.

—Tenemos una situación peligrosa frente al complejo de detención —dijo—. Hay una muchedumbre enfurecida, setenta u ochenta personas quizá, principalmente de Hakone. Quieren apoderarse de Martínez. Ya han destruido dos biots García y han atacado a otros tres. El juez Mishkin está tratando de razonar con ellos, pero su actitud es muy violenta. Al parecer, Mariko Kobayashi se ha suicidado hace unas dos horas. Está aquí toda su familia, incluido su padre…

Nicole se puso un chándal en menos de un minuto. Richard trató en vano de discutir con ella.

—La decisión fue mía —replicó Nicole, mientras montaba en su bicicleta—. Debo ser yo quien se enfrente a las consecuencias.

Bajó por el sendero hasta el carril para bicicletas y empezó a pedalear furiosamente. Si se apresuraba llegaría al centro administrativo en cuatro o cinco minutos, menos de la mitad de lo que tardaría en tren a aquella hora de la noche.

«Kenji se equivocó —pensó Nicole—. Hubiéramos debido celebrar una conferencia de prensa esta mañana. Así habría podido explicar mi decisión».

Casi un centenar de colonos se hallaban congregados en la plaza mayor de Ciudad Central. Se movían delante y alrededor del complejo de detención en que se había recluido a Pedro Martínez cuando se le acusó de la violación de Mariko Kobayashi. El juez Mishkin estaba en pie en lo alto de la escalera de la fachada principal del centro de detención. Hablaba a través de un megáfono a la enfurecida multitud. Veinte biots, principalmente García pero con un par de Lincoln y Tiasso en el grupo, se habían enlazado por los brazos delante del juez Mishkin e impedían que la multitud subiera la escalera para llegar hasta el juez.

—Ahora bien, amigos —estaba diciendo el entrecano ruso—, si Pedro Martínez es realmente culpable, se le condenará. Pero nuestra Constitución le garantiza un juicio justo…

—Cierra el pico, viejo —gritó alguien entre el gentío.

—Queremos a Martínez —dijo otra voz.

A la izquierda, delante del teatro, seis jóvenes orientales estaban terminando un improvisado patíbulo. La multitud prorrumpió en una ovación cuando uno de ellos ató a la viga transversal una cuerda con un lazo corredizo. Un corpulento japonés de poco más de veinte años se situó al frente de la multitud.

—Quítese de en medio, carcamal —dijo—. Y llévese consigo a esos mastuerzos mecánicos. No tenemos nada contra usted. Hemos venido aquí para que se le haga justicia a la familia Kobayashi.

—Acuérdese de Mariko —gritó una joven. Sonó un fuerte chasquido cuando un muchacho pelirrojo golpeó a una García en la cara con un palo de béisbol de aluminio. La García, con los ojos destruidos y el rostro desfigurado hasta resultar irreconocible, no respondió pero no dejó su puesto en el cordón de protección.

—Los biots no presentarán batalla —dijo el juez Mishkin por el megáfono—. Están programados para ser pacifistas. Pero destruirlos no sirve para nada. Es una violencia absurda, inútil.

Llegaron a la plaza dos mensajeros de Hakone y se produjo un momentáneo desplazamiento del centro de atención de la multitud. Menos de un minuto después, la turbulenta chusma aplaudió la aparición de dos enormes troncos, llevados cada uno por una docena de jóvenes.

—Vamos a eliminar ahora a los biots que están protegiendo al asesino Martínez —dijo el joven portavoz japonés—. Ésta es su última oportunidad, viejo. Apártese antes de que resulte herido.

Muchos individuos de la multitud corrieron a tomar posiciones junto a los troncos que se proponían utilizar como arietes. En ese momento llegó a la plaza Nicole Wakefield, montada en su bicicleta.

Saltó rápidamente a tierra, atravesó el cordón protector y subió corriendo las escaleras hasta situarse junto al juez Mishkin.

—Hiro Kobayashi —gritó por el megáfono, antes de que la multitud la hubiera reconocido—. He venido a explicarte por qué no habrá un juicio con jurado para Pedro Martínez. ¿Quiere adelantarse para que pueda verle?

El señor Kobayashi, que se había mantenido apartado, a un lado de la plaza, caminó lentamente hasta el pie de la escalera, delante de Nicole.

—*Kobayashi-san* —dijo Nicole, en japonés—, he sentido una gran tristeza al enterarme de la muerte de su hija…

—Hipócrita —gritó alguien en inglés, y se elevó un murmullo entre la multitud.

—Como madre —continuó Nicole—, puedo imaginar lo terrible que debe de ser sufrir la pérdida de una hija…

» Y ahora —añadió, pasando al inglés y dirigiéndose a la multitud—, permítanme explicarles a todos ustedes mi decisión de hoy. Nuestra Constitución de Nuevo Edén dice que todo ciudadano tendrá "un juicio justo". En todos los demás casos habidos desde la fundación de la colonia, las acusaciones criminales han abocado a un juicio con jurado. En el caso del señor Martínez, sin embargo, y a causa de la publicidad que ha recibido, no estoy convencida de que pueda encontrarse un jurado imparcial.

Un coro de silbidos y abucheos interrumpió brevemente a Nicole.

—Nuestra Constitución —prosiguió— no determina qué debe hacerse para garantizar un «juicio justo» si no participa un jurado. Sin embargo, nuestros jueces han sido elegidos para aplicar la ley y han recibido la formación necesaria para resolver casos sobre la base de las pruebas existentes. Por eso es por lo que he transferido el proceso de Martínez a la jurisdicción del Tribunal Especial de Nuevo Edén. Allí, todas las pruebas, algunas de las cuales no se han hecho públicas todavía, serán cuidadosamente sopesadas.

—Pero todos sabemos que Martínez es culpable —exclamó un desconcertado señor Kobayashi—. Incluso ha confesado haber tenido relación sexual con mi hija. Y sabemos también que violó a una chica en Nicaragua, allá en la Tierra… ¿Por qué le está protegiendo usted? ¿Qué hay de hacerle justicia a mi familia?

—Porque la ley… —empezó a contestar Nicole, pero sus palabras quedaron ahogadas por los gritos de la multitud.

—Queremos a Martínez. Queremos a Martínez. —Las voces fueron creciendo en intensidad mientras la gente de la plaza levantaba de nuevo los enormes troncos, que habían sido depositados sobre el pavimento poco después de la aparición de Nicole. Mientras la chusma forcejeaba para manejar el ariete, uno de los troncos golpeó inadvertidamente el monumento que señalaba la situación celeste de Rama. La esfera saltó hecha añicos y los componentes electrónicos que habían representado a las estrellas cercanas cayeron al suelo. La pequeña luz parpadeante que había sido Rama se rompió también en mil pedazos.

—Ciudadanos de Nuevo Edén —gritó Nicole por el megáfono—, escuchadme. Hay en este caso algo que ninguno de vosotros sabe. Si queréis escucharme…

—¡Matad a esa zorra negra! —gritó el pelirrojo que había golpeado al biot García con un palo de béisbol.

Nicole miró al joven con ojos llameantes.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz potente.

Se hizo un súbito silencio en la multitud. El muchacho estaba solo. Miró nerviosamente a su alrededor y sonrió.

—Matad a esa zorra negra —repitió.

Nicole bajó la escalera en un abrir y cerrar de ojos. La multitud le abrió paso mientras se dirigía hacia el joven pelirrojo.

—Vuelve a decirlo —exclamó, temblándole las aletas de la nariz, cuando llegó a menos de un metro de distancia de su antagonista.

—Matad… —empezó él.

Nicole le golpeó con fuerza en la mejilla con la palma de la mano. La bofetada resonó en toda la plaza. Nicole se volvió bruscamente y echó a andar hacia la escalera, pero se vio detenida por manos que surgían de todos los lados. El sorprendido muchacho cerró el puño…

En ese momento, retumbaron en la plaza dos fuertes estampidos. Mientras todo el mundo trataba de averiguar qué sucedía, sonaron dos explosiones más en el aire, por encima de la multitud.

—Solamente soy yo y mi escopeta —aclaró Max Puckett por el megáfono—. Bien, amigos, y ahora, si dejáis pasar a la señora juez…, así, eso está mejor… y os vais a vuestras casas, será mejor para todos.

Nicole se desasió de las manos que la sujetaban, pero la multitud no se dispersó. Max levantó la escopeta, apuntó al grueso nudo que tenía la cuerda del improvisado patíbulo justo encima del lazo corredizo y disparó. La cuerda saltó en pedazos, parte de los cuales cayeron sobre la multitud.

—Vamos, muchachos —insistió Max—. Yo soy mucho más duro de pelar que estos dos jueces. Y ya sé que voy a pasar algún tiempo aquí, en este centro de detención, por violar la ley de armas de la colonia. Desde luego, no me gustaría tener que pegarle un tiro a uno de vosotros también…

Max apuntó con su escopeta a la multitud. Todo el mundo se agachó instintivamente. Max disparó cartuchos de fogueo sobre sus cabezas y se echo a reír alegremente cuando la gente empezó a abandonar a toda prisa la plaza.

Nicole no podía dormir. Rememoraba una y otra vez la misma escena. Se veía continuamente a sí misma internándose entre la multitud y abofeteando al muchacho pelirrojo. « Lo cual no me hace mejor de lo que es él» , pensó.

—Estás despierta todavía, ¿verdad? —preguntó Richard.

Nicole asintió con un gruñido.

—¿Te encuentras bien?

Hubo un breve silencio.

—No, Richard… —respondió Nicole—. No…, estoy sumamente irritada conmigo misma por haber pegado a aquel chico.

—Bueno, venga —exclamó él—. Deja de martirizarte… Se lo merecía… Te insultó de la peor manera… La gente así no entiende más que la fuerza.

Richard alargó la mano y empezó a frotarle la espalda a Nicole.

—Dios mío —exclamó—. Nunca te he visto tan tensa…, tienes todos los músculos contraídos.

—Estoy preocupada —dijo Nicole—. Tengo la terrible impresión de que todo el entramado de nuestra vida aquí, en Nuevo Edén, se halla a punto de disgregarse… Y que todo lo que he hecho o estoy haciendo es completamente inútil.

—Has hecho cuanto has podido, querida… Debo confesar que estoy asombrado de la magnitud de tus esfuerzos. —Richard continuó frotando muy suavemente la espalda de Nicole—. Pero debes recordar que estás tratando con seres humanos… Puedes transportarlos a otro mundo y darles un paraíso, pero ellos vendrán pertrechados con sus temores, sus inseguridades y sus predilecciones culturales. Un nuevo mundo sólo podría ser realmente nuevo si todos los humanos implicados comenzaran con mentes por entero vírgenes, como nuevos ordenadores desprovistos de software y de sistemas operativos, simples cargas de potencial no utilizado.

Nicole sonrió débilmente.

—No eres muy optimista, querido.

—¿Por qué habría de serlo? Nada de lo que he visto aquí, en Nuevo Edén, ni en la Tierra me indica que la humanidad sea capaz de lograr armonía en su relación consigo misma, y mucho menos con ninguna otra criatura viviente. Ocasionalmente existe un individuo, o incluso un grupo, capaz de trascender las deficiencias básicas genéticas y medioambientales de la especie… Pero estas personas constituyen auténticos milagros; ciertamente, no son la norma.

—No estoy de acuerdo contigo —replicó suavemente Nicole—. Tu punto de vista es demasiado negativo. Yo creo que la mayoría de la gente desea desesperadamente alcanzar esa armonía. Pero no sabemos cómo lograrlo. Por eso es por lo que necesitamos más instrucción. Y más buenos ejemplos.

—¿Incluso ese chico pelirrojo? ¿Crees que mediante la instrucción se podría conseguir que abandonara su intolerancia?

—Tengo que creerlo así, querido —respondió Nicole—. En otro caso…, temo que, simplemente, renunciaría.

Richard emitió un sonido intermedio entre una tos y una carcajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicole.

—Estaba pensando —dijo Richard— si Sísifo se induciría a sí mismo alguna vez a creer que quizá la próxima vez la roca no volvería a rodar hasta el pie de la montaña.

Nicole sonrió.

—Tenía que creer que existía alguna posibilidad de que la roca permaneciera en la cumbre, o no habría podido afanarse con tanto ahínco… Al menos, eso es lo que yo pienso.

9

Al apearse del tren en Hakone, Kenji Watanabe no pudo por menos de recordar otra entrevista con Toshio Nakamura, años atrás, en un planeta situado a miles de millones de kilómetros de distancia. « Aquella vez también me había telefoneado —pensó Kenji—. Había insistido en que habláramos acerca de Keiko» .

Kenji se paró delante de un escaparate y se enderezó la corbata. En el distorsionado reflejo podía fácilmente imaginarse a sí mismo como un idealista adolescente de Kyoto dirigiéndose a sostener una entrevista con un rival. « Pero aquello fue hace mucho —se dijo Kenji— y no estaba en juego nada más que nuestro amor propio. Ahora, el destino entero de nuestro pequeño mundo…»

Su esposa, Nai, no quería que se reuniese con Nakamura y había animado a Kenji a que llamara a Nicole para conocer otra opinión. Nicole se había mostrado contraria también a cualquier entrevista entre el gobernador y Toshio Nakamura.

—Es un megalómano carente de honradez y ávido de poder —había dicho Nicole—. Nada bueno puede resultar de esa reunión. Él sólo quiere descubrir tus puntos débiles.

—Pero ha dicho que puede reducir la tensión en la colonia.

—¿A qué precio, Kenji? Cuidado con las condiciones. Ese hombre nunca ofrece hacer algo a cambio de nada.

« Entonces, ¿por qué has venido? —le preguntó a Kenji una voz interior mientras contemplaba el enorme palacio que se había construido su compañero de juventud—. No estoy muy seguro —respondió otra voz—. Quizá sea el honor. O la propia dignidad. Algo profundamente enraizado en mi herencia» .

El palacio de Nakamura y las casas circundantes estaban construidas en madera al estilo clásico de Kyoto. Techos de tejas azules, jardines primorosamente cuidados, frondosos árboles, senderos inmaculadamente limpios, incluso el olor de las flores le recordaba a Kenji su ciudad natal en un remoto planeta.

Fue recibido en la puerta por una bella muchacha ataviada con sandalias y kimono que se inclinó ante él y dijo *Ohairi kudasai* al ceremonial estilo japonés. Kenji dejó los zapatos en el bastidor y se puso las sandalias. La muchacha

mantenía la vista fija en el suelo mientras le guiaba a través de las pocas estancias occidentales del palacio hasta la zona de tatamis donde, se decía, pasaba Nakamura casi todo el tiempo retozando con sus concubinas.

Tras caminar unos momentos, la muchacha se detuvo y descorrió una mampara de papel decorada con figuras de grullas volando.

—*Dozo* —dijo, haciéndole seña de que entrase.

Kenji pasó al interior de la salita de seis esterillas y se sentó con las piernas cruzadas en uno de los dos cojines que había frente a una mesa de reluciente laca negra. « Llegará tarde —pensó Kenji—. Eso forma parte de la estrategia» .

Otra muchacha, también hermosa, de modales recatados y vestida con un bello kimono de suaves colores, entró silenciosamente en la habitación llevando agua y té japonés. Kenji tomó unos sorbos de té mientras dejaba vagar los ojos por la estancia. En un rincón había un biombo de madera de cuatro paneles. Desde los pocos metros de distancia a que se encontraba, Kenji vio que estaba exquisitamente tallado. Se levantó del cojín para observarlo más de cerca.

El lado que miraba hacia él representaba la belleza de Japón, con un panel consagrado a cada una de las cuatro estaciones. La imagen del invierno mostraba un establecimiento dedicado a la práctica del esquí en los Alpes japoneses totalmente cubierto de nieve; el panel de la primavera presentaba los cerezos en flor a orillas del río Kama, en Kyoto. El verano era un día límpido y despejado, con la nevada cumbre del monte Fuji elevándose sobre la verde campiña. El panel del otoño exhibía una borrachera de color en los árboles que rodeaban la capilla y mausoleo de la familia Tokugawa en Nikko.

« Toda esta asombrosa belleza —pensó Kenji, experimentando un súbito acceso de nostalgia—. Ha intentado recrear el mundo que hemos dejado atrás. Pero ¿por qué? ¿Por qué gasta su sórdido dinero en un arte tan espléndido? Es un hombre extraño, incoherente» .

Los cuatro paneles del reverso del biombo hablaban de otro Japón. Los vivos colores mostraban la batalla del castillo de Osaka, de principios del siglo XVII, tras la que Ieyasu Tokugawa se erigió en *shogun* virtualmente indiscutido de Japón. El biombo estaba cubierto de figuras humanas: guerreros samurais en combate, miembros masculinos y femeninos de la corte esparcidos por los terrenos del castillo, incluso el propio señor Tokugawa, más grande que el resto y supremamente satisfecho de su victoria. Kenji observó con regocijo que el *shogun* tallado presentaba un parecido más que superficial con Nakamura.

Se disponía Kenji a sentarse de nuevo en el cojín, cuando se descorrió la mampara y entró su adversario.

—*Omachido sama deshita* —dijo Nakamura, inclinándose levemente en su dirección.

Kenji correspondió a la inclinación, un tanto desmañadamente porque no podía apartar los ojos de su compatriota. Toshio Nakamura iba vestido con un

atuendo completo de samurai, incluidas la espada y la daga. « Todo esto forma parte de una maniobra psicológica —se dijo Kenji—. Está destinado a desconcertarme o intimidarme» .

—*Ano, hajemamashoka* —dijo Nakamura, tomando asiento en el cojín situado frente a Kenji—. *Kocha ga, oishii desu, nef.*

—*Totemo oishii desu* —respondió Kenji, tomando otro sorbo. El té era realmente excelente. « Pero él no es mi shogun —pensó Kenji—. Debo cambiar esta atmósfera antes de que comience una conversación seria» .

—Nakamura-san —dijo en inglés el gobernador Watanabe—, los dos estamos muy atareados. Es importante para mí que prescindamos de las formalidades y vayamos derechos al grano. Su representante me ha dicho esta mañana por teléfono que está usted « preocupado» por los sucesos de las últimas veinticuatro horas y que tiene algunas « sugerencias positivas» para reducir la tensión que actualmente impera en Nuevo Edén. Por eso es por lo que he venido a hablar con usted.

El rostro de Nakamura se mantuvo impasible; sin embargo, el tono levemente sibilante que imprimió a sus palabras indicaba su desagrado por la forma directa de comportarse de Kenji.

—Ha olvidado usted sus modales japoneses, Watanabe-san. Es en extremo descortés comenzar una conversación de negocios antes de haber felicitado a su anfitrión por sus propiedades y haberse interesado por su bienestar. Un comportamiento tan inadecuado conduce casi siempre a una desagradable falta de acuerdo que se puede evitar…

—Lo siento —le interrumpió Kenji, con un cierto tono de impaciencia—, pero no necesito que me dé usted, precisamente, lecciones sobre modales. Además, no estamos en Japón, ni siquiera en la Tierra, y nuestras antiguas costumbres japonesas resultan tan apropiadas ahora como el atuendo que usted lleva…

Kenji no había tenido intención de ofender a Nakamura, pero no habría podido idear una estrategia mejor para hacer que su adversario revelara sus verdaderos propósitos. El magnate se puso bruscamente en pie. Por un momento, el gobernador pensó que Nakamura iba a desenvainar su espada de samurai.

—Está bien —exclamó Nakamura con una expresión de inexorable hostilidad en los ojos—, haremos esto a su manera… Watanabe, ha perdido usted el control de la colonia. Los ciudadanos están muy disgustados con su jefatura y mis hombres me dicen que se habla cada vez más de someterle a un proceso judicial de responsabilidad y, al mismo tiempo o alternativamente, de alzarse por medios violentos contra la autoridad. Ha fracasado usted en las cuestiones medioambientales y en las referentes al RV-41 y ahora esa juez negra, después de innumerables aplazamientos, ha anunciado que un violador negro no será sometido a juicio con jurado. Algunos de los colonos más precavidos, sabiendo

que usted y yo tenemos unos orígenes comunes, me han pedido que interceda para tratar de convencerle de que debe usted abandonar el cargo antes de que se produzcan derramamientos de sangre generalizados y la situación se torne caótica.

« Esto es increíble —pensó Kenji mientras escuchaba a Nakamura—. Este hombre está completamente loco» . El gobernador decidió no hablar apenas.

—¿De modo que cree que debo dimitir? —preguntó Kenji tras un prolongado silencio.

—Sí —respondió Nakamura, con tono cada vez más imperioso—. Pero no inmediatamente. No antes de mañana. Hoy debe ejercitar su privilegio ejecutivo de apartar del caso Martínez a Nicole des Jardins Wakefield. Es evidente que sus prejuicios le impiden ser justa. Los jueces Iannella o Rodríguez, cualquiera de ellos, serían más adecuados. Observe —añadió forzando una sonrisa— que no estoy sugiriendo que el caso sea transferido al tribunal del juez Nishimura.

—¿Algo más? —preguntó Kenji.

—Otra cosa sólo. Diga a Ulanov que retire su candidatura para las elecciones. No tiene ninguna posibilidad de ganar y el mantenimiento de esta campaña divisoria no conseguirá más que dificultar una actuación unificada después de la victoria de Macmillan. Necesitamos estar unidos. Preveo una grave amenaza a la colonia del enemigo que mora en el otro hábitat. Los zancudos, que usted parece considerar meros « observadores inofensivos» , son en realidad sus avanzadillas de exploración…

Kenji se hallaba atónito ante lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía Nakamura haberse vuelto tan retorcido? ¿O había sido siempre así?

—… debo hacer hincapié en que el tiempo es esencial —estaba diciendo Nakamura—, especialmente por lo que se refiere al caso Martínez y a su dimisión. He pedido a Kobayashi-san y a los otros miembros de la comunidad asiática que no actúen precipitadamente, pero, después de lo ocurrido anoche, no estoy seguro de poder contenerlos. Su hija era una joven bella e inteligente. La nota que dejó antes de suicidarse manifiesta que no podía vivir con la deshonra que los continuos aplazamientos del juicio de su violador hacían recaer sobre ella. Hay una auténtica indignación en toda…

El gobernador Watanabe olvidó por el momento su decisión de guardar silencio.

—¿Sabe usted —dijo, poniéndose también en pie— que, después de la noche en que supuestamente fue violada, se ha encontrado en Mariko Kobayashi semen de dos personas diferentes? ¿Y que tanto Mariko como Pedro Martínez insistieron repetidamente en que permanecieron juntos y solos toda la velada…? Incluso cuando Nicole le insinuó la semana pasada a Mariko que había pruebas de una relación sexual adicional, la muchacha mantuvo su versión.

Nakamura perdió momentáneamente su aplomo. Miró inexpresivamente a

Kenji Watanabe.

—No hemos podido identificar aún al otro individuo —continuó Kenji—. Las muestras de semen desaparecieron misteriosamente del laboratorio del hospital antes de que se pudiera terminar el análisis completo del ADN. Lo único que tenemos es el acta del reconocimiento original.

—Ese acta podría estar equivocada —indicó Nakamura, recuperando la seguridad en sí mismo.

—Es muy improbable. Pero, en cualquier caso, ahora puede comprender la situación de la juez Wakefield. Todo el mundo en la colonia ha decidido ya que Pedro es culpable. Ella no quiere que un jurado le condene erróneamente.

Hubo un largo silencio. El gobernador empezó a marcharse.

—Me sorprende usted, Watanabe —dijo finalmente Nakamura—, no ha entendido en absoluto el objeto de esta entrevista. Si ese negro Martínez violó o no a Mariko Kobayashi no es realmente tan importante… Yo le he prometido a su padre que el nicaragüense será castigado. Y eso es lo que importa.

Kenji Watanabe miró con repugnancia a su compañero de juventud.

—Me marcharé ahora —dijo—, antes de que me enfade de veras.

—No habrá otra oportunidad —indicó Nakamura, con expresión nuevamente llena de hostilidad—. Ésta ha sido mi primera y última oferta.

Kenji meneó la cabeza, descorrió él mismo la mampara de papel y salió al corredor.

Nicole caminaba a lo largo de una playa bañada por la luz del sol. A unos cincuenta metros de distancia delante de ella, Ellie se hallaba en pie junto al doctor Turner. Llevaba un vestido de boda, pero el novio iba en traje de baño. El abuelo de Nicole, Omeh, oficiaba la ceremonia, ataviado con su larga túnica tribal de color verde.

Omeh puso las manos de Ellie en las del doctor Turner y comenzó un canto senoufo. Alzó los ojos hacia el cielo. Un solitario avícola se elevó en lo alto, lanzando sus gritos al ritmo del cántico nupcial. Mientras Nicole miraba al avícola volar por encima de ella, el cielo se oscureció. Negros nubarrones de tormenta cubrieron el plácido cielo.

El océano comenzó a agitarse y el viento a soplar. Los cabellos de Nicole, completamente grises ya, flameaban a su espalda. El cortejo nupcial se dispersó. Todos corrieron tierra adentro para escapar de la inminente tormenta. Nicole no podía moverse. Sus ojos estaban fijos en un objeto grande que las olas zarandeaban.

El objeto era una voluminosa bolsa verde, como la bolsas de plástico utilizadas en el siglo XXI para los desechos. La bolsa estaba llena y se iba aproximando a la playa. Nicole habría intentado cogerla, pero le asustaba el

hirviente mar. Señaló la bolsa. Gritó pidiendo ayuda.

En el ángulo superior izquierdo de su pantalla onírica vio una alargada canoa. Cuando estuvo más cerca, Nicole advirtió que los ocho ocupantes de la canoa eran extraterrestres, de color anaranjado, más pequeños que los humanos. Parecía como si estuvieran hechos de masa de pan. Tenían ojos y cara, pero carecían de vello corporal. Los alienígenas dirigieron la canoa hacia la bolsa verde y la cogieron.

Los extraterrestres anaranjados depositaron la bolsa verde en la playa. Nicole no se acercó hasta que subieron de nuevo a su canoa y regresaron al océano. Agitó la mano en dirección a ellos en gesto de despedida y fue luego hasta la bolsa. Tenía una cremallera, que abrió cuidadosamente. Nicole enrolló la mitad superior y miró el rostro muerto de Kenji Watanabe.

Nicole se estremeció, lanzó un grito y se sentó en la cama. Alargó la mano hacia Richard, pero la cama estaba vacía. El reloj digital de la mesilla señalaba las 2.48 de la madrugada. Nicole trató de sosegar su respiración y apartar de su mente el horrible sueño.

La vívida imagen del muerto Kenji Watanabe persistía en su mente. Mientras se dirigía al cuarto de baño, Nicole recordó sus sueños premonitorios sobre la muerte de su madre cuando sólo tenía diez años. « ¿Y si realmente se va a morir Kenji? —pensó, sintiendo la primera oleada de pánico. Hizo un esfuerzo por pensar en otra cosa—. ¿Dónde estará Richard a estas horas de la noche?» , se preguntó. Nicole se puso la bata y salió del dormitorio.

Pasó silenciosamente por delante de las habitaciones de los niños en dirección a la parte delantera de la casa. Benjy estaba roncando, como de costumbre. La luz del estudio se hallaba encendida, pero Richard no estaba allí. Dos de los nuevos biots, además del príncipe Hal, habían desaparecido también. Uno de los monitores que había sobre la mesa de trabajo de Richard contenía todavía imagen en la pantalla.

Nicole sonrió para sus adentros y recordó su acuerdo con Richard. Pulsó la palabra NICOLE en el teclado y la imagen de la pantalla cambió. « Querida Nicole —decía el mensaje que apareció en su lugar— si te despiertas antes de que yo vuelva, no te preocupes. Me propongo regresar para el amanecer, mañana por la mañana a las ocho como muy tarde. He estado realizando un trabajo con los biots de la serie 300, ya recuerdas, los que no están completamente programados de forma inmodificable y que, por lo tanto, pueden ser destinados a tareas especiales, y tengo razones para creer que alguien ha estado espiando mi trabajo. Por consiguiente, he acelerado la terminación de mi proyecto y he salido fuera de Nuevo Edén para una prueba final. Te quiero. Richard» .

En la planicie Central reinaba la oscuridad y hacía frío. Richard se armó de paciencia. Había enviado por delante a su mejorado Einstein (Richard lo llamaba Super AI) y García 325 al lugar en que se encontraba la sonda del segundo hábitat. Habían explicado al vigilante nocturno, un biot García normal, que se había modificado la programación del experimento y que se iba a realizar ahora una investigación especial. Todavía sin la presencia de Richard, Super Al había retirado todo el material que había en la abertura al otro hábitat y lo había depositado en el suelo. El proceso había consumido más de una hora de un tiempo precioso. Cuando finalmente terminó, Super Al indicó a Richard que se acercara. García 325 llevó hábilmente al biot vigilante hacia otra zona próxima para que no pudiese ver a Richard.

Éste no perdió tiempo. Sacó a príncipe Hal del bolsillo y lo colocó en la abertura.

—Date prisa —dijo, instalando su pequeño monitor en el suelo del pasadizo.

La abertura de comunicación con el otro hábitat se había ido ensanchando gradualmente a lo largo de las semanas, de tal modo que ahora era un cuadrado de aproximadamente ochenta centímetros de lado. Había sitio más que suficiente para el diminuto robot.

Príncipe Hal cruzó apresuradamente al otro lado. Desde el pasadizo hasta el suelo interior había una distancia de cerca de un metro en vertical. El robot sujetó diestramente un pequeño cable a un soporte que adhirió al suelo del pasadizo y se descolgó por él. Richard observaba en su pantalla todos los movimientos de Hal y le daba instrucciones por radio.

Richard había supuesto que el segundo hábitat se hallaría protegido por un anillo exterior. Estaba en lo cierto. « De modo que el diseño básico de los dos hábitats es similar» , pensó. Richard había previsto también que habría alguna clase de abertura en el muro interior, alguna puerta a través de la cual debían de entrar y salir los zancudos, y que príncipe Hal sería lo suficientemente pequeño como para pasar al interior del hábitat por la misma vía de acceso.

No tardó Hal mucho tiempo en localizar la entrada a la parte principal del hábitat. No obstante, lo que evidentemente era un puerta se hallaba a más de veinte metros de altura por encima del suelo del anillo. Habiendo visto las grabaciones en vídeo de los zancudos ascendiendo a lo largo de superficies verticales en los biots bulldozer de la explanada de observación de Avalon, Richard se había preparado también para esta posibilidad.

—Trepa —ordenó a príncipe Hal, después de echar una nerviosa mirada a su reloj. Eran casi las seis. Pronto amanecería en Nuevo Edén. Poco después, regresarían al lugar los científicos e ingenieros que trabajaban en él.

La entrada al interior del hábitat se hallaba a una altura equivalente a cien

veces la estatura de príncipe Hal. Subir hasta allí supondría para el robot lo mismo que para un humano escalar un edificio de sesenta pisos. Richard había adiestrado al robot haciéndole escalar la casa, pero siempre había estado junto a él. ¿Había ranuras para las manos y muescas en que asentar el pie en el muro que Hal estaba escalando? Richard no podía distinguirlo en el monitor. ¿Eran correctas todas las ecuaciones del subprocesador mecánico de príncipe Hal? « Pronto lo averiguaré» , pensó Richard mientras su aventajado alumno iniciaba su ascenso.

Príncipe Hal resbaló y quedó colgando de las manos en una ocasión, pero finalmente consiguió llegar a lo alto. Pero la ascensión consumió otros treinta minutos. Richard sabía que se le estaba acabando el tiempo. Mientras Hal se izaba hasta el alféizar de una escotilla circular, Richard vio que una redecilla impedía el paso del robot al interior del habitáculo propiamente dicho. No obstante, la débil luz permitía ver una pequeña parte del interior. Richard ajustó cuidadosamente la posición de la diminuta cámara de Hal para poder ver a través de la red.

—El vigilante insiste en que debe regresar a su puesto —anunció García 325 a Richard por la radio—. Tiene que presentar su informe diario a las 6.30.

« Mierda —pensó Richard—, eso me deja seis minutos solamente» . Movió muy despacio a Hal por el borde de la escotilla para ver si podía identificar algún objeto del interior del hábitat.

—Grita —ordenó luego Richard, poniendo al máximo el volumen sonoro del robot—. Grita hasta que te diga que pares.

Richard no había probado en su máxima potencia el amplificador que había instalado en príncipe Hal. Quedó, por tanto, sorprendido de la amplitud de la imitación avícola de Hal. Retumbó en el pasadizo y Richard dio un respingo de sobresalto. « Bastante bueno —se dijo Richard cuando se repuso—, al menos si mi recuerdo es exacto» .

No tardó en llegar junto a Richard el biot vigilante, que, siguiendo sus instrucciones preprogramadas, le pidió su documentación personal y una explicación de qué estaba haciendo. Super Al y García 324 trataron de desorientar al vigilante, pero éste, al no recibir cooperación por parte de Richard, insistió en que debía presentar un informe de emergencia. En el monitor, Richard vio abrirse la redecilla y aparecer seis zancudos que se agolparon junto a príncipe Hal. El robot continuó gritando.

El vigilante García empezó a radiar su emergencia. Richard comprendió que sólo disponía de unos minutos antes de verse obligado a marcharse.

—Venga, maldita sea, venga —exclamó, mirando el monitor y volviendo de vez en cuando furtivamente la vista hacia la planicie Central. No se veía todavía acercarse ninguna luz a lo lejos.

Al principio, Richard creyó que lo había imaginado. Luego se repitió el sonido

de batir de alas. Uno de los zancudos le oscurecía parcialmente la visión, pero instantes después Richard vio sin duda alguna una familiar garra que se tendía hacia príncipe Hal. El chillido avícola que siguió confirmó lo que había visto. La imagen del monitor se tornó borrosa.

—Si tienes oportunidad —gritó Richard por la radio—, trata de regresar al pasadizo. Volveré por ti más tarde.

Dio media vuelta, al tiempo que metía rápidamente el monitor en la mochila.

—Vámonos —dijo Richard a sus dos compañeros biots. Empezaron a correr en dirección a Nuevo Edén.

Richard se sentía exultante mientras corría. « Mi presentimiento era acertado —se dijo, lleno de júbilo—. Esto lo cambia todo… Y ahora tengo que entregar la mano de mi hija» .

10

La boda estaba fijada para las siete de la tarde en el teatro de la Escuela Superior Central. La recepción se celebraría en el gimnasio, un edificio próximo situado a no más de veinte metros de distancia. Nicole se pasó todo el día resolviendo problemas de última hora, rescatando los preparativos de un desastre potencial tras otro.

No tenía tiempo para considerar la importancia del nuevo descubrimiento de Richard. Éste había llegado a casa lleno de excitación, deseoso de hablar acerca de los avícolas e incluso de quién podría estar espiando su investigación, pero Nicole no podía centrar la atención en nada que no fuese la boda. Ambos acordaron no hablar a nadie de los avícolas hasta después de haber tenido oportunidad de tratar con calma el asunto.

Nicole había salido por la mañana a dar un paseo por el parque en compañía de Ellie. Habían hablado durante más de una hora acerca del matrimonio, del amor y del sexo, pero Ellie se hallaba tan excitada por la boda que le había sido imposible concentrarse plenamente en lo que le decía su madre. Hacia el final del paseo, Nicole se había detenido bajo un árbol para resumir su mensaje.

—Recuerda por lo menos esto, Ellie —había dicho Nicole, cogiendo con las suyas las dos manos de su hija—. El sexo es un componente importante del matrimonio, pero no es el más importante. Debido a tu falta de experiencia, es improbable que la relación sexual te resulte maravillosa al principio. Sin embargo, si tú y Robert os queréis y confiáis el uno en el otro y ambos deseáis sinceramente dar y recibir placer, encontraréis que vuestra compatibilidad física va aumentando año tras año.

Dos horas antes de la ceremonia, Nicole, Nai y Ellie llegaron juntas a la escuela. Eponine estaba ya allí esperándolas.

—¿Estás nerviosa? —preguntó la profesora, con una sonrisa. Ellie movió afirmativamente la cabeza—. Yo estoy mortalmente asustada —añadió Eponine —, y sólo soy una de las damas de honor.

Ellie le había pedido a su madre que fuese su madrina. Nai Watanabe, Eponine y su hermana Katie eran las damas de honor. El doctor Edward Stafford, un hombre que compartía la pasión de Robert Turner por la historia de la medicina, era el padrino. Como no tenía otros amigos íntimos, a excepción de los

biots del hospital, Robert eligió el resto de sus acompañantes de entre la familia Wakefield y sus amigos. Kenji Watanabe, Patrick y Benjy eran sus tres testigos.

—Madre, siento náuseas de vez en cuando —dijo Ellie poco después de que se hubieran reunido todas en el vestuario—. Sería terrible que vomitase encima de mi vestido de boda. ¿Debo intentar comer algo?

Nicole había previsto esta situación. Dio a Ellie un plátano y un yogur y aseguró a su hija que era completamente normal notar náuseas en la proximidad de un acontecimiento tan importante.

La inquietud de Nicole fue aumentando a medida que pasaba el tiempo sin que apareciera Katie. Dado que todo estaba en regla en el cuarto de la novia, decidió cruzar el pasillo para hablar con Patrick. Los hombres habían terminado de vestirse antes de que Nicole llamase a su puerta.

—¿Cómo está la madre de la novia? —le preguntó el juez Mishkin cuando entró. El anciano juez iba a oficiar la ceremonia nupcial.

—Un poco nerviosa —respondió Nicole con una débil sonrisa. Encontró a Patrick en el fondo de la habitación ajustándole la ropa a Benjy.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Benjy a su madre cuando ésta se acercó.

—Muy, muy guapo —respondió Nicole a su radiante hijo—. ¿Has hablado con Katie esta mañana? —preguntó a Patrick.

—No —respondió él—. Pero, como me indicaste, volví a confirmar la hora con ella anoche mismo… ¿No ha venido aún?

Nicole movió negativamente la cabeza. Eran ya las seis y cuarto; faltaban solamente cuarenta y cinco minutos para el comienzo de la ceremonia. Salió al pasillo para llamar por teléfono, pero el olor a humo de tabaco le indicó que por fin había llegado Katie.

—Imagina, hermanita —estaba diciendo en voz alta Katie mientras Nicole regresaba al vestuario de la novia—, esta noche vas a hacer el amor por primera vez. ¡Yupi! Apuesto a que sólo pensarlo te pone a cien ese espléndido cuerpo tuyo.

—Katie —exclamó Eponine—, no creo que sea muy adecuado…

Entró Nicole en la habitación y Eponine se interrumpió.

—Vaya, madre —dijo Katie—, estás preciosa. Había olvidado que había una mujer escondida bajo esas ropas de juez.

Katie lanzó al aire una bocanada de humo y bebió un trago de la botella de champaña que tenía al lado.

—De modo que aquí estamos —añadió, moviendo la mano en ampuloso ademán—, dispuestas a presenciar la boda de mi hermanita…

—Basta, Katie, has bebido demasiado. —La voz de Nicole era fría y dura. Cogió el champaña y el paquete de cigarrillos de Katie—. Termina de arreglarte y deja de hacer el payaso… Puedes recoger esto después de la ceremonia.

—Está bien, juez… lo que usted diga —respondió Katie, inhalando

profundamente y exhalando anillos de humo. Dirigió una sonrisa a las otras mujeres. Luego, al alargar el brazo para echar la ceniza de su cigarrillo en la papelera, perdió el equilibrio. Cayó pesadamente contra el tocador y derribó varios frascos de cosméticos abiertos antes de desplomarse en el suelo.

Eponine y Ellie acudieron presurosas en su ayuda.

—¿Estás bien? —preguntó Ellie.

—Cuidado con el vestido, Ellie —exclamó Nicole, mirando reprobadoramente a Katie, despatarrada en el suelo. Nicole cogió varias toallas de papel y empezó a limpiar lo que se había derramado.

—Sí, Ellie —dijo sarcásticamente Katie unos momentos después, tras haberse puesto de nuevo en pie—. Ten cuidado con el vestido. Tienes que estar absolutamente inmaculada cuando te cases con tu doble asesino.

Todo el mundo contuvo la respiración. Nicole estaba lívida. Se acercó a Katie y se situó ante ella.

—Pídele disculpas a tu hermana —ordenó.

—No pienso hacerlo —replicó desafiantemente Katie, sólo unos momento antes de que la mano abierta de Nicole le golpease la mejilla. Se le llenaron de lágrimas los ojos—. Ajá —dijo, secándose la cara—, es la abofeteadora más famosa de Nuevo Edén. Sólo dos días después de recurrir a la violencia física en la plaza de Ciudad Central, pega a su propia hija en una repetición de su más célebre proeza…

—Madre, no…, por favor —interrumpió Ellie, temiendo que Nicole pegara de nuevo a Katie.

Nicole se volvió y miró a su alterada hija.

—Lo siento —murmuró.

—Eso está bien —exclamó airadamente Katie—. Dile a ella que lo sientes. Es a mí a quien has pegado, juez. Recuerda…, tu hija mayor y soltera. La que llamaste « repugnante» ayer hizo sólo tres semanas… Me dijiste que mis amigos eran « débiles e inmorales» … ¿son ésas las palabras exactas…? Sin embargo, a tu preciosa Ellie, ese dechado de virtudes, la entregas a un doble asesino…, con otra asesina además como dama de honor…

Todas las mujeres se dieron cuenta aproximadamente en el mismo momento que Katie no sólo estaba borracha y llena de mordacidad, estaba también profundamente alterada. Sus desorbitados ojos las condenaba a todas mientras continuaba su inconexa diatriba.

« Se está ahogando —se dijo Nicole— y está pidiendo desesperadamente ayuda. No sólo he hecho caso omiso de sus gritos, sino que la he hundido más en el agua» .

—Katie —dijo en voz baja Nicole—, lo siento. Me he comportado estúpidamente y sin reflexionar. —Avanzó hacia su hija con los brazos extendidos.

—No —exclamó Katie, apartando los brazos de su madre—. No, no, no… No quiero tu compasión. —Retrocedió hacia la puerta—. De hecho, no quiero estar en esta maldita boda… Éste no es mi lugar… Buena suerte, hermanita. Cuéntame algún día qué tal se porta en la cama el guapo doctor.

Katie se volvió y cruzó la puerta tambaleándose. Mientras ella se marchaba, Ellie y Nicole lloraban en silencio.

Nicole trató de concentrarse en la boda, pero sentía oprimido el corazón después de la desagradable escena con Katie. Ayudó a Ellie a maquillarse de nuevo, reprochándose repetidamente a sí misma el haber respondido coléricamente a Katie.

Poco antes de que comenzara la ceremonia, Nicole regresó al vestuario de los hombres y les informó de que Katie había decidido no asistir a la boda. Luego, atisbó unos momentos a la multitud congregada y observó que había aproximadamente una docena de biots ya sentados. « Dios mío —pensó Nicole —, no hemos sido lo bastante precisos en las invitaciones» . No era raro que algunos de los colonos llevaran consigo sus Lincoln o sus Tiasso a funciones especiales, en particular si tenían niños. Antes de regresar al vestuario de la novia, Nicole tuvo un acceso de inquietud al pensar si habría asientos para todos.

Momentos después, o así pareció al menos, el grupo del novio se situaba en el escenario en torno al juez Mishkin y la música anunciaba la llegada de la novia. Como todo el mundo, se volvió a mirar hacia la parte posterior del teatro. Allí estaba su espléndida hija menor, resplandeciente en su vestido blanco con el adorno rojo, avanzando por el pasillo del brazo de Richard. Nicole pugnó por reprimir las lágrimas, pero cuando vio las gruesas gotas que brillaban en las mejillas de la novia, ya no pudo contenerse más. « Te quiero, Ellie —se dijo Nicole—. Espero que seas feliz» .

A petición de la pareja, el juez Mishkin había preparado una ceremonia ecléctica. Ensalzó el amor entre hombre y mujer y habló de lo importante que era su vínculo en la adecuada creación de una familia. Sus palabras aconsejaban tolerancia, paciencia y desprendimiento. Ofreció una oración no confesional en la que pedía a Dios que diese a los esposos esa « compasión y comprensión que ennoblece a la especie humana» .

La ceremonia fue breve, pero elegante. El doctor Turner y Ellie intercambiaron anillos y pronunciaron sus promesas con voz fuerte y clara. Se volvieron hacia el juez Mishkin y él les juntó las manos.

—Con la autoridad que la colonia de Nuevo Edén me ha concedido, declaro a Robert Turner y Eleanor Wakefield marido y mujer.

Mientras el doctor Turner levantaba suavemente el velo de Ellie para darle el beso tradicional, sonó un disparo, seguido instantes después por otro. El juez

Mishkin cayó hacia delante sobre la pareja nupcial, con un chorro de sangre saliéndole de la frente. Kenji Watanabe se desplomó junto a él. Eponine se lanzó entre la pareja nupcial y los invitados mientras se oían otros dos disparos. Todo el mundo estaba gritando. El teatro se había convertido en un caos.

Siguieron dos disparos más en rápida sucesión. En la tercera fila, Max Puckett desarmó finalmente al biot Lincoln que había disparado. Max se había vuelto casi al instante, nada más oír el primer disparo, y un segundo después saltaba por encima de las sillas. No obstante, el biot Lincoln, que se había puesto en pie al oír la palabra « mujer» , disparó su pistola automática un total de seis veces antes de que Max lo redujera por completo. El escenario estaba cubierto de sangre. Nicole se acercó y examinó al gobernador Watanabe. Estaba ya muerto. El doctor Turner sostuvo la cabeza del juez Mishkin mientras el bondadoso hombre cerraba los ojos por última vez. La tercera bala iba dirigida, al parecer, al doctor Turner, pues Eponine la había recibido en un costado tras su frenético salto para salvar a los novios.

Nicole cogió el micrófono que había caído al suelo con el juez Mishkin.

—Señoras y caballeros. Esto es una tragedia terrible. No caigan en el pánico, por favor. Creo que ya no hay peligro, Permanezcan, por favor, donde están hasta que podamos asistir a los heridos.

Las cuatro últimas balas no habían producido demasiado daño. Eponine estaba sangrando, pero su estado no era grave. Max había golpeado al Lincoln justo antes de que éste disparase la cuarta bala y, casi con toda seguridad, le había salvado con ello la vida a Nicole, ya que esa bala concreta le había pasado a sólo unos centímetros de distancia. Los disparos finales, hechos por el Lincoln mientras caía, habían causado rasguños superficiales a dos de los invitados.

Richard se reunió con Max y Patrick, que estaban sujetando al biot asesino.

—No quiere contestar ni a una maldita pregunta —indicó Max.

Richard miró el hombro del Lincoln. El biot tenía el número trescientos treinta y tres.

—Llevadle a la parte trasera —dijo Richard—. Quiero examinarlo después.

En el escenario, Nai Watanabe estaba sentada sobre los talones, sosteniendo en el regazo la cabeza de su amado Kenji. Su cuerpo se estremecía a impulsos de profundos y desesperados sollozos. Junto a ella, los gemelos Galileo y Kepler lloraban de miedo. Ellie, con el vestido nupcial cubierto de sangre, trataba de consolar a los niños.

El doctor Turner estaba atendiendo a Eponine.

—Dentro de unos minutos llegará una ambulancia —dijo, después de vendarle la herida. Le dio un beso en la frente—. Jamás podremos Ellie y yo agradecerle suficientemente lo que ha hecho.

Nicole estaba en la sala con los invitados, cerciorándose de que ninguno de los que habían sido alcanzados por las balas presentaba heridas graves. Se disponía a

regresar al escenario para decir a todos por el micrófono que podrían empezar a abandonar el local cuando irrumpió en el teatro un excitado colono.

—¡Un Einstein se ha vuelto loco! —gritó, antes de mirar la escena que tenía delante—. Han muerto Ulanov y el juez Iannella.

—Deberíamos marchamos. Y ahora mismo —dijo Richard—. Pero aunque tú no lo hagas, Nicole, yo me voy. Sé demasiado acerca de los biots de la serie trescientos y de lo que los hombres de Nakamura han hecho para cambiarlos. Esta noche o mañana vendrán a por mí.

—Está bien, querido —respondió Nicole—. Comprendo. Pero alguien debe quedarse con la familia. Y luchar contra Nakamura. Aunque no haya esperanza. No debemos someternos a su tiranía.

Habían pasado tres horas después del abortado final de la boda de Ellie. El pánico se estaba adueñando de la colonia. La televisión acababa de informar de que cinco o seis biots se habían vuelto locos simultáneamente y de que hasta once de los más prominentes ciudadanos de Nuevo Edén habían sido asesinados. Por fortuna, el biot Kawabata que interpretaba el concierto en Vegas había fracasado en su ataque contra el candidato a gobernador Ian Macmillan y el conocido industrial Toshio Nakamura…

—Pamplinas —había exclamado Richard mientras miraba—. Eso no es más que otra parte de su plan.

Estaba seguro de que toda la actividad había sido planeada y orquestada por la banda de Nakamura. Además, no tenía la menor duda de que él y Nicole se hallaban señalados como objetivos. Estaba convencido de que los acontecimientos del día darían como resultado un Nuevo Edén totalmente diferente controlado por Nakamura, con Ian Macmillan como gobernador títere manejado por él.

—¿No quieres despedirte por lo menos de Patrick y Benjy? —preguntó Nicole.

—Será mejor que no lo haga —respondió Richard—. No porque no sienta cariño hacia ellos, sino porque temo que podría cambiar de idea.

—¿Vas a usar la salida de emergencia?

Richard asintió.

—Nunca me dejarían salir por el camino normal.

Mientras revisaba su aparato de buceo entró Nicole en el estudio.

—Acaban de informar en el noticiario de que la gente está destruyendo sus robots por toda la colonia. Uno de los colonos entrevistados dijo que todo el asesinato formaba parte de una conspiración alienígena.

—Estupendo —exclamó sombríamente Richard—. Ya ha comenzado la propaganda.

Hizo acopio de toda el agua y los alimentos que juzgó que podría llevar sin dificultad. Cuando estuvo listo, abrazó con fuerza a Nicole durante más de un minuto. Cuando emprendió la marcha, ambos tenían los ojos llenos de lágrimas.

—¿Sabes adónde vas? —preguntó suavemente Nicole.

—Más o menos —respondió Richard desde la puerta trasera—. Naturalmente, no te lo digo para que no puedas verte implicada…

—Comprendo —asintió ella.

Oyeron ambos un ruido delante de la casa y Richard salió precipitadamente al patio trasero.

El tren a lago Shakespeare no funcionaba. Un grupo de enfurecidos colonos había destruido al García que conducía un tren anterior en la misma vía y toda la circulación había quedado interrumpida. Richard empezó a caminar en dirección a la orilla oriental del lago Shakespeare.

Mientras avanzaba trabajosamente, cargado con su pesado equipo de buceo y con la mochila, tuvo la impresión de que le estaban siguiendo. Por dos veces creyó ver a alguien por el rabillo del ojo, pero cuando se detuvo y miró a su alrededor no vio nada. Finalmente, llegó al lago. Era más de medianoche. Dirigió una última mirada a las luces de la colonia y empezó a ponerse el aparato de buceo. Richard sintió helársele la sangre al ver a un García salir de entre los matorrales mientras se vestía.

Suponía que le iba a matar. Al cabo de unos segundos que parecieron eternos, el García habló:

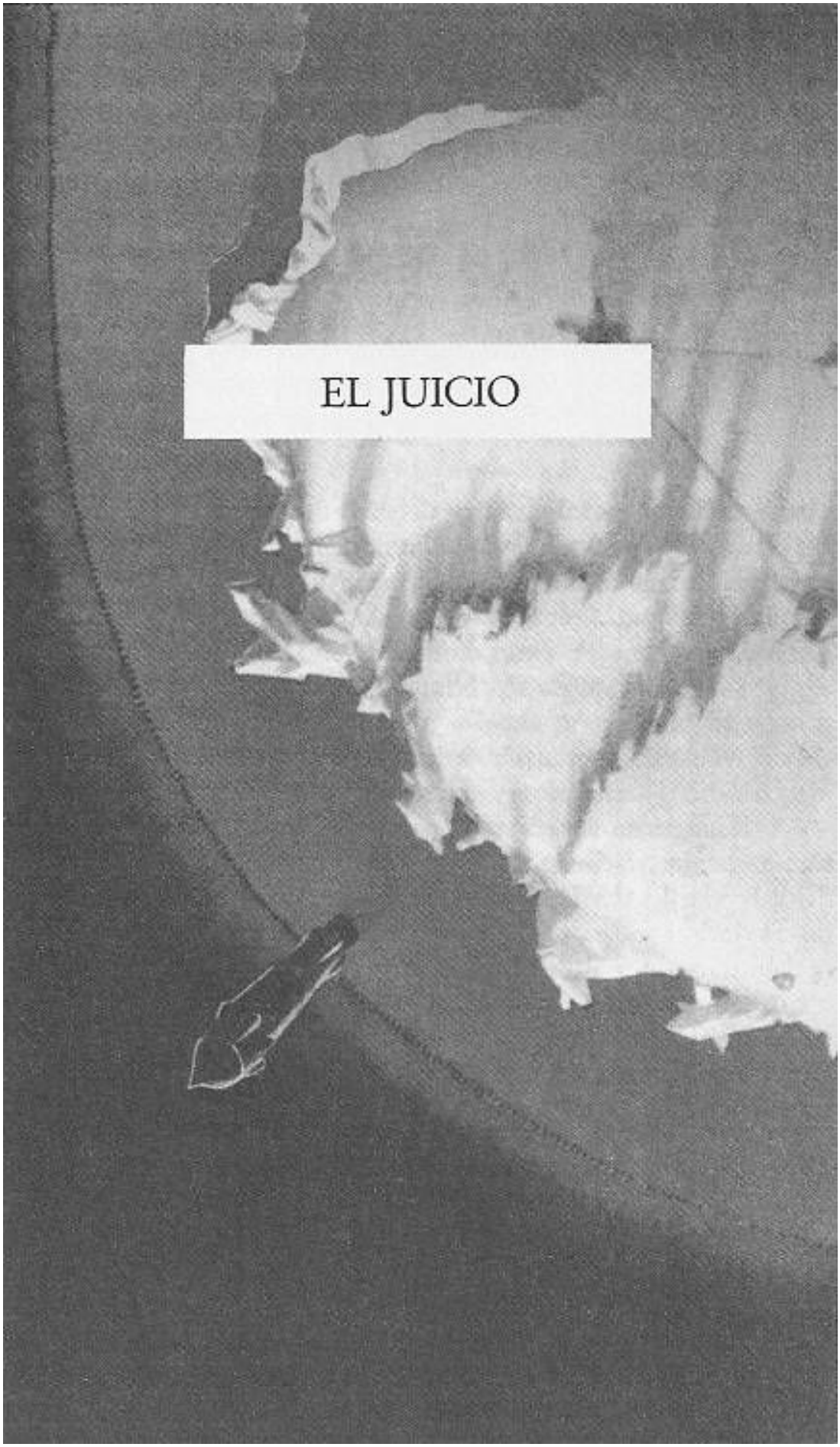
—¿Es usted Richard Wakefield? —preguntó.

Richard no se movió ni dijo nada.

—Sí lo es —dijo finalmente el biot—, le traigo un mensaje de su esposa. Dice que le quiere y que buena suerte.

Richard hizo una larga y profunda inspiración.

—Dígale que yo también la quiero —respondió.



EL JUICIO

1

En la parte más profunda del lago Shakespeare había una boca de entrada a un largo canal subterráneo que discurría por debajo del poblado de Beauvois y del muro del hábitat. Durante el diseño de Nuevo Edén, Richard, que poseía considerable experiencia práctica en la construcción de obras para situaciones de emergencia, había insistido en la importancia de una salida de urgencia para la colonia.

—Pero ¿para qué la necesitarían? —había preguntado El Águila.

—No lo sé —había sido la respuesta de Richard—. Pero en la vida se presentan con frecuencia situaciones imprevistas. Un buen proyecto de ingeniería tiene siempre protección de emergencia.

Richard nadó cuidadosamente a través del túnel, deteniéndose cada pocos minutos para comprobar su reserva de aire. Al llegar al final, franqueó una serie de compuertas que le dejaron por último en un pasadizo subterráneo seco. Caminó a lo largo de unos cien metros antes de quitarse el aparato de buceo, que dejó a un lado del túnel. Cuando llegó a la salida, que se encontraba en el borde oriental de la zona cerrada que contenía a los dos hábitats del Hemicilindro Norte de Rama, Richard sacó su chaqueta térmica de la mochila impermeable.

Aunque comprendía que nadie podía saber dónde estaba él, Richard abrió muy cautelosamente la puerta redonda existente en el techo del pasadizo. Luego, salió a la planicie Central. « Hasta el momento, perfecto —pensó, con un suspiro de alivio—. Ahora, el plan R» .

Richard permaneció durante cuatro días en el lado oriental de la llanura. Sirviéndose de sus excelentes y pequeños prismáticos, podía ver las luces que denotaban la existencia de actividad en torno al centro de control, la región de Avalon o al lugar en que se estaba practicando la sonda de exploración en el segundo hábitat. Como Richard había previsto, durante uno o dos días evolucionaron partidas de búsqueda por la región que se extendía entre ambos hábitats, pero sólo un grupo avanzó en su dirección y no fue difícil evitarlo.

Los ojos se le acabaron acostumbrando a lo que él había considerado absoluta oscuridad de la planicie Central. En realidad, había una pequeña luminosidad debida al reflejo en las superficies de Rama. Richard conjeturó que la fuente o fuentes de luz debían de estar en el Hemicilindro Sur, al otro lado del muro más

distante del segundo hábitat.

A Richard le hubiera gustado poder volar, a fin de elevarse por encima de los muros y moverse libremente por la inmensidad del mundo cilíndrico. La existencia de los bajos niveles de luz reflejada excitaba su curiosidad por el resto de Rama. ¿Continuaba habiendo un mar Cilíndrico al sur del muro? ¿Existía todavía Nueva York como una isla en aquel mar? ¿Y qué había, si es que había algo, en el Hemicilindro Sur, una región más grande aún que la que contenía los dos hábitats septentrionales?

El quinto día siguiente a su huida, Richard despertó de un sueño especialmente turbador acerca de su padre y empezó a caminar en dirección a lo que ahora llamaba el hábitat avícola. Había modificado su ciclo de sueño de forma que fuese exactamente opuesto al de Nuevo Edén, por lo que en la colonia debían de ser las siete de la tarde. Desde luego, todos los humanos que trabajaban en las labores de sondeo habían terminado ya su jornada.

Cuando se encontraba aproximadamente a medio kilómetro de la abertura practicada en el muro del hábitat avícola, Richard se detuvo para comprobar, por medio de los prismáticos, que no quedaba ya nadie en la región. Luego, envió a Falstaff para que distrajera al biot vigilante.

Richard no estaba seguro de si el pasadizo que conducía al interior del segundo hábitat tenía una anchura uniforme. Había dibujado en el suelo de su estudio un cuadrado de ochenta centímetros de lado y se había convencido a sí mismo de que podría arrastrarse por su interior. Pero ¿y si las dimensiones del pasadizo eran irregulares? « Pronto lo averiguaremos» , se dijo Richard, mientras se acercaba al lugar.

Sólo un juego de cables e instrumentos había sido nuevamente introducido en el pasadizo, por lo que no le fue difícil a Richard despejar el paso. Falstaff también había tenido éxito en su misión; Richard no oyó ni vio al biot vigilante. Echó su pequeña mochila por la abertura y luego trató de introducirse por ella. Era imposible. Se quitó primero la chaqueta, luego la camisa, los pantalones y los zapatos. Vestido sólo con la ropa interior y los calcetines, Richard cabía justamente en el pasadizo. Hizo un lío con sus ropas, lo sujetó al costado de la mochila y se introdujo por la abertura.

Fue un avance muy lento. Richard se arrastraba sobre el estómago, utilizando las manos y los codos y empujando la mochila delante de sí. A cada movimiento se restregaba el cuerpo contra las paredes y el techo. Tras haberse adentrado quince metros en el interior del túnel, empezó a sentir fatigados los músculos y se detuvo. El otro extremo estaba aún a casi cuarenta metros de distancia.

Mientras descansaba, Richard se dio cuenta de que tenía ya despellejados y sangrando los codos, las rodillas e incluso la parte superior de su calva cabeza. Debía descartar toda posibilidad de sacar unas vendas de la mochila; ya el simple hecho de girar sobre sí mismo para tenderse de espaldas y mirar hacia atrás

constituía un esfuerzo descomunal en el angosto espacio.

Se dio cuenta también de que tenía mucho frío. Mientras reptaba, la energía necesaria para avanzar había mantenido caliente a Richard. Pero al detenerse, su cuerpo desnudo se había enfriado rápidamente. El tener una superficie tan grande del cuerpo apoyada contra gélidas superficies metálicas no contribuía a aliviar precisamente la situación. Le empezaron a castañetear los dientes.

Richard continuó avanzando lenta y penosamente durante otros quince minutos. Luego, le entró un calambre en la cadera derecha y, en la reacción involuntaria de su cuerpo, se golpeó la cabeza con el techo del pasadizo. Un poco aturdido por efecto del golpe, se alarmó al notar que le corría sangre por un lado de la cabeza.

No había absolutamente nada de luz delante de él. La débil luminosidad que le había permitido observar el avance de príncipe Hal se había desvanecido. Trabajosamente, giró sobre sí mismo para mirar hacia atrás. Reinaba la oscuridad en todas partes y estaba empezando a sentir frío de nuevo. Richard se palpó la cabeza y trató de determinar la gravedad de su herida. Tuvo un acceso de pánico al advertir que continuaba sangrando todavía.

Hasta ese momento no había experimentado sensación de claustrofobia. Ahora, de pronto, encajado en un oscuro pasadizo que le apretaba por todas partes, Richard sintió que no podía respirar. Las pareces parecían aplastarle. No pudo contenerse. Gritó.

Antes de que hubiera transcurrido un minuto, alguna clase de luz brilló en el pasadizo detrás de él. Oyó el curioso acento inglés del biot García, pero no pudo entender lo que estaba diciendo.

«Casi con toda seguridad —pensó—, está cursando un informe de emergencia. Será mejor que me mueva con rapidez».

Empezó a reptar de nuevo, haciendo caso omiso de su fatiga, de su sangrante cabeza y de sus despellejados codos y rodillas. Richard calculaba que sólo le faltaban diez metros, quince a lo sumo, cuando el pasadizo pareció estrecharse. ¡No podía pasar! Tensó todos sus músculos, pero era inútil. Estaba definitivamente atascado. Mientras trataba de encontrar una postura de arrastre diferente que pudiera ser más favorable geométricamente, oyó una especie de suave tamborileo que se acercaba a él desde el hábitat avícola.

Instantes después, estaban sobre él. Richard pasó cinco segundos de terror absoluto antes de que su mente le informara de que las cosquilleantes sensaciones que notaba por toda la piel eran causadas por los zancudos. Recordó haberlos visto en la televisión, pequeñas criaturas esféricas de unos dos centímetros de diámetro unidas a seis patas multiarticuladas radialmente simétricas de casi diez centímetros de longitud cuando se extendían del todo.

Uno se había detenido y estaba directamente sobre su rostro, montado con las patas a ambos lados de la nariz y la boca. Trató de quitárselo de encima, pero

volvió a golpearse la cabeza. Richard empezó a retorcerse para sacudirse a los zancudos y consiguió avanzar un poco. Con los zancudos todavía sobre él, se arrastró a lo largo de los últimos metros hasta la salida.

Llegó al anillo avícola exterior justo en el momento en que oyó una voz humana a su espalda.

—Eh, ¿hay alguien ahí? —dijo la voz—. Quienquiera que sea, identifíquese, por favor. Estamos aquí para ayudarle. —Un potente reflector iluminó el pasadizo.

Richard descubrió entonces que tenía otro problema. Su salida estaba a un metro de altura por encima del suelo del anillo. « Debería haber reptado hacia atrás —pensó—, y haber ido estirando de la mochila y la ropa. Habría sido mucho más fácil» .

Era demasiado tarde para consideraciones retrospectivas. Con la mochila y la ropa en el suelo, bajo él y una segunda voz humana haciendo ahora preguntas desde atrás, Richard continuó avanzando a rastras hasta tener medio cuerpo fuera del pasadizo. Al sentirse caer, Richard se puso las manos detrás de la cabeza, hincó la barbilla en el pecho y trató de hacerse una bola. Luego, saltó y rodó por el anillo avícola. Mientras caía, los zancudos saltaron a su vez y desaparecieron en la oscuridad.

Las luces que los humanos proyectaban en el pasadizo se reflejaban en el muro interior del anillo. Tras cerciorarse de que no estaba herido y de que ya no sangraba apenas de la cabeza, Richard recogió sus cosas y recorrió cojeando doscientos metros hacia su izquierda. Se detuvo justo bajo la escotilla donde el príncipe Hal había sido capturado por el avícola.

A pesar de su fatiga, Richard se apresuró a escalar el muro. Tan pronto como terminó de vestirse y de curarse las heridas, inició el ascenso. Estaba seguro de que no tardaría en llegar al anillo una cámara desplegable para buscarle.

Por fortuna, había delante de la escotilla una cornisa lo bastante amplia como para acomodar a Richard. Éste permaneció en ella mientras cortaba la red metálica. Esperaba que los zancudos apareciesen en cualquier momento, pero continuó solo. No veía ni oía nada del interior del hábitat. Aunque llamó dos veces por radio al príncipe Hal, no obtuvo respuesta.

Richard escrutó la absoluta oscuridad del hábitat avícola. « ¿Qué hay ahí?» , se preguntó. La atmósfera del interior, razonó, debía de ser la misma que la del anillo, porque el aire circulaba libremente de un lado a otro. Richard acababa de decidir sacar la linterna para mirar el interior, cuando oyó ruidos debajo y detrás de él. Instantes después, vio un rayo de luz que se movía en su dirección por el suelo del anillo.

Se arrimó hacia el interior del hábitat todo lo que se atrevió, para evitar la luz, y escuchó atentamente los ruidos. « Es la cámara desplegable —pensó—. Pero tiene un alcance limitado. No puede funcionar sin el cable» .

Richard permaneció inmóvil. « ¿Qué hago ahora? —se preguntó cuando quedó claro que la luz unida a la cámara continuaba barriendo la misma zona bajo la escotilla—. Deben de haber visto algo. Si enciendo la linterna y se produce algún reflejo, sabrán dónde estoy» .

Dejó caer un objeto pequeño en el hábitat para asegurarse de que su suelo estaba al mismo nivel que el del anillo. No oyó nada. Probó con otro objeto, ligeramente mayor, pero tampoco oyó que produjera ningún sonido al chocar contra el suelo.

Se le aceleraron los latidos del corazón cuando su mente le dijo que el suelo del interior del hábitat estaba muy por debajo del suelo del anillo. Recordó la estructura básica de Rama, con su grueso caparazón externo, y comprendió que el fondo del hábitat podría estar a varios cientos de metros por debajo de donde él se encontraba. Richard se inclinó y miró de nuevo al vacío.

La cámara desplegable dejó de pronto de moverse y su luz permaneció concentrada en un punto específico del anillo, Richard supuso que debía de habérsele caído algo mientras se alejaba apresuradamente del pasadizo en dirección a la zona situada bajo la escotilla. Comprendió que no tardarían en aparecer más luces y cámaras. Richard se imaginó a sí mismo siendo capturado y llevado otra vez a Nuevo Edén. Ignoraba qué leyes concretas de la colonia había quebrantado, pero sabía que había cometido muchas infracciones. Experimentó un profundo resentimiento al pensar en la posibilidad de pasar meses o incluso años en prisión. « De ninguna manera —se dijo—, dejaré que eso suceda» .

Tanteó la superficie interior del muro del hábitat para comprobar si había suficientes irregularidades en las que apoyar los pies y las manos. Seguro de que no era un descenso imposible, sacó de la mochila la cuerda de escalada y la sujetó a uno de los goznes en que se apoyaba la puerta de red metálica. « Por si resbalo» , se dijo.

En el anillo, detrás de él, había ahora una segunda luz. Richard se introdujo en el hábitat con la cuerda enroscada en torno a la cintura. No se sirvió de la cuerda para descender colgado de ella, pero sí la utilizó como soporte ocasional mientras tanteaba en la oscuridad en busca de puntos de apoyo. El descenso no era técnicamente difícil; había muchos pequeños rebordes en los que Richard podía asentar los pies.

Continuó bajando. Cuando calculó que habría descendido sesenta o setenta metros, Richard decidió detenerse y sacar de la mochila la linterna. No experimentó ninguna satisfacción cuando la luz iluminó hacia abajo el muro. Seguía sin poder ver el fondo. Lo que pudo ver, a unos cincuenta metros por debajo de él, era algo muy difuso, como una nube o incluso niebla « Estupendo —pensó con sarcasmo—, simplemente estupendo» .

Otros treinta metros, y llegó al extremo de la cuerda. Richard podía sentir ya

la humedad de la niebla. Para entonces se encontraba enormemente cansado. Como no estaba dispuesto a renunciar a la seguridad de la cuerda, volvió a ascender varios metros a lo largo de la pared, se enrolló varias vueltas la cuerda a la cintura y se dispuso a dormir, con el cuerpo pegado a la pared.

2

Sus sueños eran muy extraños. Caía con frecuencia, cabeza abajo, descendiendo y descendiendo sin llegar nunca al fondo. En el último sueño antes de despertar, Toshio Nakamura y dos rufianes orientales le estaban interrogando en una pequeña habitación de paredes blancas.

Cuando despertó, Richard tardó varios segundos en darse cuenta de dónde estaba. Su primer movimiento fue apartar la mejilla de la superficie metálica de la pared. Instantes después, tras recordar que se había dispuesto a dormir en posición vertical en la pared del interior del hábitat avícola, encendió la linterna y miró hacia abajo. Le dio un vuelco el corazón al advertir que la niebla había desaparecido. En su lugar, pudo ver el muro extendiéndose a gran distancia, hasta lo que parecía ser agua, allá en el fondo.

Echó hacia atrás la cabeza y miró hacia arriba. Como sabía que se encontraba a unos noventa metros por debajo de la escotilla (la cuerda tenía cien metros de longitud), calculó que hasta el agua habría unos doscientos cincuenta metros más. Le flaquearon las rodillas cuando su cerebro empezó a comprender plenamente lo apurado de su situación. Cuando empezó a soltar las vueltas adicionales que había dado a la cuerda antes de ponerse a dormir, advirtió que le temblaban los brazos y las manos.

Sentía un intenso deseo de huir, de ascender nuevamente hasta la escotilla y abandonar definitivamente aquel mundo extraño. «No —se dijo a sí mismo Richard, luchando contra su instintiva reacción—, todavía no. Sólo si no existen otras opciones viables».

Decidió comer algo primero. Muy cautelosamente, se liberó de parte de la cuerda y sacó de la mochila un poco de comida y agua. Luego, se volvió a medias y dirigió la luz de la linterna hacia el interior del hábitat. Le pareció ver formas y siluetas a lo lejos, pero no podía estar seguro. «Podría tratarse simplemente de mi imaginación», pensó.

Cuando terminó de comer, revisó sus provisiones de agua y alimentos y elaboró mentalmente una lista de sus opciones. «Es muy sencillo —se dijo Richard, con una risita nerviosa—. Puedo regresar a Nuevo Edén y convertirme en un presidiario. O puedo renunciar a la seguridad de mi cuerda y continuar descendiendo a lo largo del muro. —Interrumpió por un momento sus reflexiones

mientras miraba arriba y hacia abajo—. O puedo quedarme aquí y esperar que se produzca un milagro» .

Recordando que un avícola había acudido inmediatamente cuando príncipe Hal prorrumpió en gritos, Richard empezó a gritar también. Al cabo de dos o tres minutos, dejó de gritar y se puso a cantar. Cantó intermitentemente durante casi una hora. Comenzó con tonadas de sus tiempos en la universidad de Cambridge y pasó luego a canciones que habían sido populares durante sus solitarios años de adolescencia. Richard estaba asombrado de lo bien que recordaba las letras de las canciones. « La memoria es un instrumento sorprendente —reflexionó—. ¿Qué es lo que explica su precisión selectiva? ¿Por qué puedo recordar todas las palabras de estas estúpidas canciones de mi adolescencia y no recuerdo virtualmente nada de mi odisea en Rama?» .

Richard estaba metiendo la mano en la mochila para tomar otro trago de agua cuando el hábitat se llenó súbitamente de luz. Fue tal su sobresalto que se le deslizaron los pies de la pared y por unos segundos quedó colgando por completo de la cuerda. La luz no era cegadora, como lo había sido cuando amaneció en Rama II mientras él iba en el telesilla, pero, no obstante, era luz. Tan pronto como se afianzó de nuevo en la pared, Richard contempló el mundo que se extendía ahora visible ante él.

La fuente de iluminación era un gran globo, cubierto en su parte superior por una especie de capucha, que colgaba del techo del hábitat. Richard calculó que el globo estaba a unos cuatro kilómetros de distancia de él y aproximadamente a un kilómetro por encima de la cúspide de la estructura más prominente que se veía, un gran cilindro de color pardo situado en el centro geométrico del hábitat. Una capucha opaca cubría por arriba en sus tres cuartas partes el globo luminoso, por lo que casi toda su luz se proyectaba hacia abajo.

El diseño básico del interior del hábitat respondía al principio de simetría radial. En su centro estaba el vertical cilindro pardo, que parecía formado de tierra y que medía probablemente unos mil quinientos metros desde la parte superior hasta la base. Richard sólo podía ver un lado de la estructura, naturalmente, pero, por su curvatura, calculó que su diámetro oscilaba entre dos y tres kilómetros.

No había ventanas ni puertas en la superficie del cilindro. Ninguna luz se filtraba desde su interior. El único diseño que se apreciaba en la superficie de la estructura era una serie de líneas curvas y muy separadas, cada una de las cuales empezaba en la parte superior y daba la vuelta completa al cilindro antes de llegar a la base directamente debajo del punto de origen. La base del cilindro se encontraba aproximadamente a la misma altitud que la escotilla por la que había entrado Richard.

Circunscribiendo al cilindro había un despliegue de pequeñas estructuras blancas dentro de dos anillos separados unos trescientos metros. Los dos

cuadrantes septentrionales (Richard había entrado en el hábitat avícola por el cuadrante norte) de estos anillos eran idénticos; cada cuadrante tenía cincuenta o sesenta edificios dispuestos conforme a la misma pauta. Por la simetría de éstos, Richard supuso que los otros dos cuadrantes se ajustarían al mismo diseño.

Un estrecho canal circular, de unos setenta u ochenta metros de anchura, rodeaba las estructuras. Tanto el canal como los anillos de edificios blancos se hallaban situados en una meseta cuya altitud era la misma que la base del cilindro pardo. Fuera del canal, sin embargo, una gran región cubierta de lo que parecían vegetales, fundamentalmente de color verde, ocupaba casi todo el resto del hábitat. El suelo de la región verde descendía en uniforme declive desde el canal hasta la orilla del foso de cuatrocientos metros de anchura que discurría junto al muro. Los cuatro idénticos cuadrantes de la región verde se subdividían a su vez en cuatro sectores cada uno, que Richard, utilizando las denominaciones de sus análogos terrestres, llamó jungla, bosque, pradera y desierto.

Durante unos diez minutos, Richard contempló en silencio el vasto panorama. Como el nivel de iluminación descendía en proporción directa a la distancia respecto del cilindro, no podía ver las regiones próximas con más claridad que las lejanas. No obstante, los detalles continuaban siendo impresionantes. Cuanto más miraba, más cosas nuevas advertía. Había pequeños lagos y ríos en la región verde, alguna que otra isla diminuta en el foso y lo que parecían ser carreteras por entre los edificios blancos. « Naturalmente —pensó—. ¿Por qué habría de esperar otra cosa? Nosotros hemos reproducido una Tierra en pequeño en Nuevo Edén. Esto debe de representar, de alguna manera, el planeta natal de los avícolas» .

Este último pensamiento le recordó que tanto él como Nicole habían estado convencidos desde el principio de que los avícolas no eran ya (si es que alguna vez lo habían sido) una especie de alta tecnología y exploradora del espacio. Richard sacó sus prismáticos y observó el lejano cilindro pardo. « ¿Qué secretos ocultas?» , pensó, momentáneamente excitado ante las posibilidades de aventura y descubrimiento.

Richard escrutó luego los cielos en busca de alguna señal de los avícolas. Se sintió decepcionado. Una o dos veces, creyó ver volar unas criaturas por encima del pardo cilindro; pero las pequeñas manchitas pasaron tan rápidamente por su campo visual que no podía estar completamente seguro. Dondequiera que mirase —en todos los lugares de la región verde, en las proximidades de los blancos edificios, incluso en el foso— no se percibía movimiento alguno. No existía ningún indicio positivo de que hubiese algo vivo en el hábitat avícola.

La luz desapareció al cabo de cuatro horas y Richard volvió a quedar envuelto por la oscuridad en medio de la pared vertical. Consultó su termómetro y la base de datos históricos que incluía. La temperatura no había variado más que medio grado respecto a los 26 que había cuando entró en el hábitat. « Un

control térmico impresionante —se dijo Richard—. Pero ¿por qué tan estricto? ¿Por qué dedican tantos recursos energéticos a mantener una temperatura fija?» .

A medida que se sucedían las horas de oscuridad, Richard empezó a sentirse impaciente. Aunque descansaba regularmente cada grupo de músculos sosteniéndose de maneras diversas cada cierto tiempo con la cuerda, su cuerpo se iba fatigando lentamente. Había llegado el momento de pensar en emprender alguna acción. De mala gana, decidió que sería una temeridad abandonar la cuerda y descender hasta el foso. « De todos modos, ¿qué haría al llegar allí? —pensó—. ¿Atravesarlo a nado? Y, luego, ¿qué? Tendría que volverme si no encontraba comida inmediatamente» .

Empezó a ascender lentamente hacia la escotilla. Mientras hacía una pausa para descansar a mitad del recorrido, creyó oír un sonido muy débil a su derecha. Richard se detuvo y sacó sigilosamente de la mochila su aparato receptor. Con el mínimo posible de movimientos, lo graduó a toda su potencia y se puso los auriculares. Al principio no oyó nada. Pero al cabo de varios minutos captó un sonido procedente del foso, debajo de él. Era imposible identificar con exactitud lo que estaba oyendo —podría tratarse de varias embarcaciones moviéndose sobre el agua—, pero no había duda de que alguna clase de actividad se estaba desarrollando allá abajo.

¿Era aquello un débil batir de alas, también en algún punto situado a su derecha? Sin previo aviso, Richard se puso de pronto a gritar con toda la fuerza de sus pulmones y, luego, truncó bruscamente el grito. El ruido de alas cesó al punto, pero durante unos instantes fue inconfundible.

Richard estaba exultante.

—Sé que estáis ahí —gritó jubilosamente—. Sé que me estáis observando.

Tenía un plan. Era ciertamente arriesgado, pero, sin duda alguna, era mejor que nada. Richard comprobó su provisión de comida y agua, se aseguró de que era mínimamente suficiente e hizo una profunda inspiración. « Ahora o nunca» , pensó.

Probó a descender sin servirse de la cuerda para sostenerse. El avance resultaba más difícil, pero podría hacerlo. Al llegar al extremo de la cuerda, se desprendió de ella y proyectó la luz de su linterna hacia abajo, sobre la pared. Por lo menos hasta donde empezaba la niebla había multitud de muescas y resaltes. Continuó bajando con mucho cuidado, confesándose a sí mismo que estaba asustado. Varias veces creyó oír los latidos de su propio corazón por los auriculares.

« Si no me equivoco —pensó Richard al penetrar en la niebla—, voy a tener compañía ahí abajo» . La humedad hacía el descenso doblemente difícil. Una vez, resbaló y estuvo a punto de caer, pero logró recobrarse. Richard se detuvo

en un punto en que disponía de asideros excepcionalmente firmes para las manos y los pies. Calculó que se encontraba a unos cincuenta metros por encima del foso. « Esperaré hasta oír algo. En la niebla tendrán que acercarse más» .

Al poco rato, oyó de nuevo las alas. Esta vez sonaban como si hubiese un par de avícolas. Richard permaneció donde estaba durante más de una hora, hasta que la niebla comenzó a disiparse. Oyó varias veces más las alas de sus observadores.

Había proyectado esperar a que hubiese luz de nuevo antes de descender hasta el agua. Pero cuando levantó la niebla sin que volvieran a brillar las luces, Richard empezó a preocuparse por el tiempo. Comenzó a bajar a oscuras. A unos diez metros de distancia del foso, oyó que sus observadores se alejaban. Dos minutos después, volvía a iluminarse el interior del hábitat avícola.

Richard no perdió tiempo. Su plan era sencillo. Sobre la base de los ruidos de lanchas que había oído en la oscuridad, Richard suponía que estaba sucediendo en el foso algo muy importante para los avícolas o para quienesquiera que fuesen los que vivían en el cilindro pardo. Si no, razonaba, ¿por qué habían continuado con la actividad, sabiendo que él podía oírla? Si la hubieran aplazado, aunque no fuese más que unas horas, él se habría marchado casi con toda seguridad de su hábitat.

Richard se proponía introducirse en el foso. « Si los avícolas se sienten amenazados de alguna manera —razonaba—, emprenderán alguna acción. Si no, comenzaré inmediatamente el ascenso y el regreso a Nuevo Edén» .

Antes de introducirse en el agua, Richard se quitó los zapatos y, con cierta dificultad, los guardó en su mochila impermeable. Por lo menos, no estarían mojados si tenía que subir a lo largo del muro. Instantes después, tan pronto como su pie tocó el agua, una pareja de avícolas volaron hacia él desde el lugar en que habían permanecido ocultos en la región verde, directamente al otro lado del foso.

Estaban frenéticos. Parloteaban y chillaban y se comportaban como si fuesen a destrozar a Richard con sus garras. Él se sentía tan jubiloso por el hecho de que su plan hubiera dado resultado que hizo virtualmente caso omiso de sus manifestaciones. Los avícolas volaban sobre él y trataban de mantenerlo pegado al muro… Richard introdujo el pie en el agua y los observó atentamente.

Estos dos eran ligeramente diferentes de los que Nicole y él habían encontrado en Rama II. Estos avícolas tenían también de terciopelo la envoltura corporal, igual que los otros, pero el terciopelo era púrpura. El solitario anillo que mostraban en el cuello era negro. También eran más pequeños (« Quizá son más jóvenes» , pensó Richard) que los otros avícolas y se hallaban mucho más excitados. Una de las criaturas llegó a tocarle con la garra en la mejilla a Richard cuando éste no se arrimó con suficiente rapidez a la pared.

Finalmente, Richard subió un poco por la pared, a muy corta distancia del

agua, pero eso no pareció calmar a los avícolas. Casi inmediatamente, las dos aves empezaron a volar por turnos en sentido ascendente a lo largo del muro, indicando a Richard que querían que subiese. Como él no se moviera, su comportamiento se fue tornando cada vez más frenético.

—Quiero ir con vosotros —exclamó Richard, señalando hacia el lejano cilindro pardo. Cada vez que repetía su ademán con la mano, las gigantescas criaturas chillaban y parloteaban y se elevaban volando en dirección a la escotilla.

Los avícolas estaban empezando a mostrar frustración y a Richard comenzó a preocuparle la posibilidad de que llegaran a atacarle. De pronto, tuvo una brillante idea. « Pero ¿podré recordar la clave de acceso? —se preguntó excitadamente—. Han pasado muchos años» .

Cuando metió la mano en la mochila, los avícolas huyeron inmediatamente.

—Eso demuestra —exclamó Richard, mientras encendía su querido ordenador portátil— que los zancudos son vuestros observadores electrónicos. ¿Cómo si no podríais saber que los seres humanos pueden guardar armas en mochilas como ésta?

Marcó cinco letras en el teclado y sonrió al ver activarse la pantalla.

—Venid aquí —gritó Richard, agitando la mano en dirección a los dos gigantescos pájaros que se habían retirado casi hasta la otra orilla del foso—. Venid aquí —repitió—. Tengo que enseñaros algo.

Levantó el monitor y mostró el complejo gráfico informatizado que había utilizado hacía muchos años en Rama II a fin de convencer a los avícolas para que les transportasen a Nicole y a él por encima del mar Cilíndrico. Era un elegante gráfico que mostraba a tres avícolas transportando dos figuras humanas, sostenidas por unas correas, por encima de una masa de agua. Las dos criaturas se aproximaron con aire vacilante. « Eso es —se dijo excitadamente Richard—. Venid aquí a echar un vistazo» .

3

Richard no sabía cuánto tiempo exactamente llevaba viviendo en la oscura habitación. Había perdido la noción del tiempo después de que le quitaron la mochila. Su rutina había sido siempre la misma, día tras día. Dormía en un rincón de la habitación. Cuando despertaba, ya fuese de una siesta o de un largo sueño, entraban en la habitación dos avícolas procedentes del pasillo y le daban un melón mana para comer. Sabía que penetraban por la puerta cerrada que había al final del corredor, pero si probaba a dormir cerca de la puerta los avícolas no le daban comida. Era una lección que Richard no había tardado en aprender.

Cada dos días aproximadamente entraban en su prisión una pareja diferente de avícolas que retiraban sus heces y su orina. Le apestaba la ropa y Richard sabía que estaba insoportablemente sucio, pero no había logrado comunicar a sus aprehensores que quería un baño. Al principio, se había sentido exultante. Cuando los dos jóvenes avícolas se acercaron por fin lo suficiente para ver el ordenador y varios minutos después realizaron su primer intento de quitárselo. Richard había decidido programar el gráfico de modo que se repitiese indefinidamente.

Antes de que hubiera transcurrido una hora, el avícola más grande que jamás había visto, de cuerpo de terciopelo grisáceo y tres anillos de brillante color cereza alrededor del cuello, acudió en compañía de los dos jóvenes, y entre los tres elevaron a Richard en el aire asiéndolo con las garras. Sobrevolaron con él el foso, lo depositaron temporalmente en una zona desértica y, luego, tras una serie de parloteos entre los tres que debía de ser una discusión sobre la forma óptima de transportarlo, lo elevaron a gran altura.

Había sido un vuelo excitante. El panorama del hábitat que se divisaba le recordó a Richard el viaje en un globo de aire caliente que había realizado una vez por el sur de Francia. Los avícolas le llevaron, sujetándole con las garras, hasta lo alto del pardo cilindro directamente bajo la encapuchada bola luminosa. Allí les estaban esperando media docena más de avícolas, uno de los cuales sostenía el ordenador de Richard, que continuaba repitiendo su gráfico, y todos lo escoltaron por un ancho corredor vertical que descendía por el interior del cilindro.

Las primeras quince horas, más o menos, Richard había sido llevado de un numeroso grupo de avícolas a otro. Pensó que sus anfitriones estaban,

simplemente, presentándolo a todos los ciudadanos avícolas. Suponiendo que no eran muchos los que asistían a más de una de las breves sesiones de chillidos y parloteos, Richard calculó que habría unos setecientos pájaros.

Tras su desfile por las salas de conferencias del reino avícola, Richard había sido conducido a una pequeña habitación, donde el avícola de los tres anillos y dos de sus compañeros, también corpulentas criaturas provistas de tres anillos, le observaron día y noche durante casi una semana. En ese período de tiempo, se le permitió a Richard tener acceso a su ordenador y a todos los objetos de la mochila. Pero al final del período le quitaron todas sus pertenencias y le llevaron a su prisión.

« Eso debió de ser hace tres meses, semana arriba o abajo» , se dijo Richard un día, al comenzar el primero de sus dos paseos diarios que constituían su ejercicio básico habitual. El corredor que se extendía fuera de su habitación tenía doscientos metros de longitud, aproximadamente. De ordinario, hacía ocho recorridos completos, de ida y vuelta desde la puerta situada al final del corredor hasta el muro de roca existente junto a su habitación.

« Y durante todo este período no he recibido una sola visita de los jefes. Así que el período de observación ha debido de ser mi juicio… ¿Y se me ha declarado culpable de algo? ¿Es por eso por lo que se me ha confinado a esta sucia celda?» .

Se le estaban desgastando los zapatos y tenía ya andrajosa la ropa. Como la temperatura era agradable (calculaba que debía de rondar los 26 grados centígrados en todos los puntos del hábitat avícola), no temía llegar a pasar frío. Pero, por muchas razones, no le atraía la idea de estar todo el tiempo desnudo una vez que sus ropas acabaran finalmente por desintegrarse. Sonrió para sus adentros al recordar su pudor durante el período de observación. « Ciertamente no es tarea fácil defecar mientras tres pájaros gigantes están observando todos tus movimientos» .

Se había cansado de comer melón maná como único alimento, pero al menos era nutritivo. El líquido de su parte central era refrescante y la húmeda pulpa tenía un gusto agradable. Pero Richard ansiaba comer algo diferente. « Incluso aquella cosa sintética de la Sala Blanca sería una variación bien recibida» , había pensado varias veces.

En su soledad, el mayor desafío a que se había enfrentado Richard había sido el de conservar su agudeza mental. Había empezado resolviendo mentalmente problemas matemáticos. Después, preocupado por el hecho de que su memoria había disminuido ya de manera apreciable a consecuencia de la edad, había empezado a reconstruir acontecimientos e incluso importantes sectores cronológicos enteros de su vida.

De particular interés para él durante estos ejercicios memorísticos eran los grandes espacios en blanco relacionados con su odisea en Rama II durante el

viaje de la Tierra a El Nódulo. Aunque le resultaba a Richard difícil recordar muchos sucesos concretos de la odisea, el comer el melón maná le hacía siempre evocar fragmentos de recuerdos de su larga permanencia con los avícolas durante la travesía.

Una vez, después de una comida, recordó de pronto una gran ceremonia con muchos avícolas. En su recuerdo había un fuego en una estructura abovedada y todos los avícolas gemían al unísono al extinguirse el fuego. Richard quedó desconcertado. No podía recordar nada sobre el contexto de todo aquello. « ¿Dónde ocurrió? ¿Fue poco antes de que me capturasen los aracnopulpos?» , se preguntó. Pero, como de costumbre, cuando trató de recordar algo de lo que había experimentado con los aracnopulpos, terminó con una intensa jaqueca.

Richard estaba pensando de nuevo en su anterior odisea cuando, en el último tramo de su paseo cotidiano, pasó bajo la solitaria luz que brillaba en el corredor. Miró ante sí y vio que la puerta de su prisión estaba abierta. « Ya está —se dijo—, he acabado volviéndome loco. Ahora veo visiones» .

Pero la puerta continuó abierta cuando él se acercó. Richard la franqueó, deteniéndose para tocar la abierta hoja y comprobar que no había perdido la cordura. Pasó bajo dos luces más antes de llegar a un pequeño almacén abierto a su derecha. Ocho o nueve melones maná se hallaban pulcramente apilados en los estantes. « Ajá —pensó Richard—. Entiendo. Han ampliado mi prisión. De ahora en adelante se me permite obtener mi propio alimento. Si, por lo menos, hubiese un cuarto de baño en alguna parte…»

Más adelante, había, en efecto, agua corriente en otra pequeña habitación situada a la izquierda. Richard bebió con ganas, se lavó la cara y tuvo la tentación de bañarse. Pero su curiosidad fue más fuerte. Quería conocer la extensión de sus nuevos dominios.

El corredor que discurría ante su celda terminaba en una intersección en ángulo recto. Richard podía tomar cualquiera de las direcciones. Pensando que se trataba quizá de una especie de laberinto para poner a prueba su capacidad mental, dejó caer la camisa en la intersección y echó a andar hacia la derecha. Indudablemente, había más luces en esa dirección.

Tras recorrer una veintena de metros, vio a lo lejos un par de avícolas que se acercaba. En realidad, oyó primero su parloteo, pues se hallaban empeñados en animada conversación. Cuando estuvieron a sólo cinco metros de distancia, Richard se detuvo. Los dos avícolas le miraron, le saludaron con un corto chillido de tonalidad diferente y continuaron su camino.

Encontró luego a un trío de avícolas, con los que tuvo aproximadamente la misma interacción. « ¿Qué está pasando aquí? —se preguntó Richard, mientras seguía caminando—. ¿Ya no estoy en prisión?» .

En la primera habitación amplia ante la que pasó, cuatro avícolas se hallaban sentados en círculo, pasándose unas pulimentadas varillas y parloteando sin cesar.

Después, justo antes de que el corredor se ensanchara para formar una amplia sala de reuniones, Richard se detuvo en el umbral de otra cámara y contempló con fascinación a un par de zancudos que parecían estar realizando ejercicios gimnásticos encima de una mesa cuadrada. Media docena de silenciosos avícolas observaban atentamente a los zancudos.

En la sala de reuniones había veinte de las criaturas avícolas. Estaban todas congregadas en torno a una mesa, mirando un documento de algo que parecía papel y que se hallaba extendido ante ellas. Uno de los avícolas tenía un puntero en la garra y lo utilizaba para señalar detalles concretos del documento. Había en el papel extraños garabatos que le resultaban totalmente incomprensibles, pero Richard se convenció a sí mismo de que los avícolas estaban mirando un mapa.

Cuando Richard trató de acercarse más a la mesa para ver mejor, los avícolas que tenía delante se hicieron cortésmente a un lado. En la conversación subsiguiente, Richard pensó incluso una vez, por el lenguaje corporal desarrollado en torno a la mesa, que una de las preguntas había sido dirigida a él. « Realmente, estoy perdiendo la razón» , se dijo, sacudiendo la cabeza.

« Pero todavía no sé por qué me han concedido toda esta libertad» , pensó Richard mientras comía su melón maná, sentado en su habitación. Habían transcurrido seis semanas desde que encontrara abierta la puerta de su prisión. Se habían operado muchos cambios en su celda. En sus paredes se habían instalado dos de aquellas luces que parecían faroles y Richard dormía ahora sobre un montón en un material que le recordaba el heno. Incluso había en el rincón de la habitación un recipiente constantemente lleno de agua fresca.

Cuando le fueron levantadas sus restricciones, Richard tuvo al principio la seguridad de que era sólo cuestión de horas, o uno o dos días como máximo, el que ocurriese algo realmente importante. En cierto modo, había acertado, pues a la mañana siguiente dos jóvenes alienígenas le habían despertado para dar comienzo a sus lecciones de lenguaje avícola. Comenzaron con temas sencillos, como el melón maná, el agua y el propio Richard; primero, los señalaban y luego repetían un sonido, evidentemente el nombre en su jerga de ese objeto concreto. No sin esfuerzo, Richard aprendió mucho vocabulario, aunque no era muy grande su capacidad para diferenciar entre chillidos y parloteos estrechamente relacionados. Cuando trataba de reproducir él mismo los sonidos, el resultado era deplorable. Simplemente, carecía de la capacidad física necesaria para hablar en el lenguaje avícola.

Pero Richard había esperado que se ampliara su conocimiento de la escena general, y nada de eso había sucedido. Ciertamente, los avícolas estaban tratando de instruirle y le habían dado libertad para ir a donde quisiera por el interior del cilindro —incluso comía ocasionalmente en su compañía cuando estaba con ellos

y había melones maná—, pero ¿cuál era el objeto de todo aquello? La forma en que le miraban, especialmente los dirigentes, sugería a Richard que estaban esperando alguna clase de respuesta. Pero « ¿qué respuesta?» , se preguntó por centésima vez Richard mientras terminaba su melón maná.

Por lo que Richard podía ver, los avícolas carecían de lenguaje escrito. No había visto ningún libro y ninguna de las criaturas escribía nunca nada. Estaban aquellos extraños documentos semejantes a mapas que estudiaban ocasionalmente, o al menos ésa era la interpretación que Richard daba a su actividad, pero nunca creaban uno de ellos… Ni hacían ninguna marca en ninguno de ellos… Era un enigma.

¿Y los zancudos? Richard se encontraba con las criaturas dos o tres veces a la semana y en una ocasión tuvo una pareja en su habitación durante varias horas, pero nunca permanecían quietas ni le dejaban analizar a una de ellas. Una vez, al intentar coger con la mano a un zancudo, Richard recibió una fuerte sacudida, una corriente eléctrica casi con toda seguridad, que le hizo soltarlo inmediatamente.

La mente de Richard saltaba de una imagen a otra mientras trataba de hallar alguna pauta razonable a su vida entre los avícolas. Su frustración era completa. Sin embargo, no podía aceptar ni por un momento que no existiese ningún plan detrás de su captura y de la mayor libertad que posteriormente se le había otorgado. Continuó buscando una respuesta mediante la revisión de todas sus experiencias en el territorio avícola.

Había solamente una amplia zona del territorio avícola que le estaba vedada a Richard y a la que, de todos modos, le habría sido imposible llegar, ya que no podía volar. Ocasionalmente, veía a uno o dos avícolas descender por el gran corredor vertical, más allá de los niveles que él frecuentaba. Una vez, Richard vio incluso un par de polluelos, no más grandes que una mano humana, que eran transportados desde las oscuras regiones inferiores. En otra ocasión, Richard señaló hacia la oscuridad y su acompañante avícola meneó la cabeza. La mayoría de las criaturas habían aprendido los sencillos movimientos de cabeza afirmativos y negativos del lenguaje de Richard.

« Pero en alguna parte —pensó Richard—, tiene que haber información adicional. Debo de estar pasando por alto algunas pistas» . Prometió realizar una exhaustiva inspección de todo el territorio habitado avícola, incluyendo no sólo los poblados apartamentos del otro lado del corredor vertical, en los que habitualmente no se sentía bien recibido, sino también los grandes almacenes de melones maná del nivel inferior. « Confeccionaré un mapa detallado —se dijo—, para tener la seguridad de que no he pasado por alto nada importante» .

Tan pronto como hubo reproducido en sus gráficos tridimensionales la zona

avícola habitada, Richard supo lo que había estado pasando por alto. Nunca había sintetizado en una imagen coherente los a menudo desorganizados pasadizos del cilindro, que incluían corredores horizontales y verticales para caminar y para volar, respectivamente. « Naturalmente —se dijo mientras proyectaba en el monitor de su ordenador vistas diferentes de su complejo mapa—. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Queda todavía por cubrir más del setenta por ciento del cilindro» .

Richard decidió mostrar sus imágenes de ordenador a uno de los dirigentes avícolas y pedirle, de alguna manera, ver el resto del cilindro. No era tarea fácil. Aquel día concreto alguna especie de crisis estaba turbando a los avícolas, ya que los corredores se hallaban llenos de parloteos, chillidos y avícolas que se apresuraban en todas direcciones. En el gran corredor vertical, Richard vio a treinta o cuarenta de las criaturas más grandes remontar el vuelo y salir del cilindro en alguna especie de formación organizada.

Finalmente, Richard consiguió atraer la atención de uno de los gigantes de tres anillos. La criatura se sintió fascinada por el detalle que veía en el monitor del ordenador y por las diferentes representaciones geométricas de su hogar. Pero Richard no logró transmitir su mensaje fundamental, que quería ver el resto del cilindro.

El dirigente llamó a varios colegas para que viesen la demostración y Richard fue objeto de apreciativos parloteos avícolas. Pero quedó pronto relegado en la atención general cuando otro pájaro irrumpió en la reunión con lo que debían de ser importantes noticias acerca de la crisis en que se encontraban.

Richard regresó a su celda. Se sentía abatido. Tendióse en su lecho de heno y pensó en la familia que había dejado en Nuevo Edén. « Quizás ha llegado ya el momento de marcharme.» , pensó preguntándose qué protocolo habría entre los avícolas para obtener permiso para irse. Mientras permanecía tumbado, entró un visitante en su habitación.

Richard nunca había visto a aquel avícola concreto. Tenía cuatro anillos de color azul cobalto alrededor del cuello y el terciopelo que le cubría el cuerpo era intensamente negro con ocasionales borlas blancas. Sus ojos eran asombrosamente claros y, así al menos le pareció a Richard, tenían una expresión de gran tristeza. El avícola esperó a que Richard se pusiera en pie y luego empezó a hablar, muy lentamente. Richard entendía algunas de las palabras, en particular la muchas veces repetida « sígame» .

Fuera de su celda, otros tres avícolas permanecían respetuosamente en pie. Echaron a andar detrás de Richard y de su importante visitante. El grupo abandonó la zona en que se encontraba la celda de Richard, atravesó el puente que conducía al otro lado del gran corredor vertical y entró en la sección del cilindro en que se almacenaban los melones maná.

Al fondo de uno de los almacenes de melones maná había en la pared unas

muescas en las que Richard no había reparado al llevar a cabo su inspección. Cuando Richard y los avícolas llegaron a pocos metros de distancia de las muescas, la pared se deslizó a un lado y reveló lo que parecía ser un enorme ascensor. El superdirigente avícola le indicó con un gesto que entrase.

Una vez que estuvo dentro, cada uno de los cuatro avícolas parloteó su « adiós» , y formaron en círculo para formalizar su despedida con un giro y una inclinación. Richard hizo todo lo posible por imitar su parloteado adiós antes de inclinarse también y penetrar en el ascensor. Instantes después, volvía a cerrarse la pared.

4

El ascensor se movía con lentitud desesperante. El suelo de la inmensa cabina tenía una superficie de aproximadamente veinte metros cuadrados y el techo se elevaba a ocho o diez metros por encima de la cabeza de Richard. El suelo era totalmente liso, a excepción de dos pares de surcos paralelos, un par a cada lado de Richard, que iban desde la puerta hasta el fondo del ascensor. « Desde luego, aquí pueden transportar cargas enormes» , pensó Richard, mirando al techo, encima de él.

Trató de calcular la velocidad de descenso del ascensor, pero era imposible. No tenía marco alguno de referencia. Según el mapa del cilindro confeccionado por Richard, los almacenes de melones maná debían de estar a unos mil cien metros por encima de la base. « O sea que si seguimos hasta el fondo, a lo que en la Tierra sería la velocidad normal de un ascensor, este viaje puede durar varios minutos» .

Fueron los tres minutos más largos de su vida. Richard no tenía absolutamente la menor idea de qué encontraría cuando se abriesen las puertas del ascensor. « Quizá me vea fuera entonces —pensó de pronto—. Quizá me encuentre en el comienzo de aquella región de las estructuras blancas… ¿Me estarán mandando a casa?» .

Justamente había empezado a preguntarse cuánto podría haber cambiado la vida en Nuevo Edén cuando el ascensor se detuvo. Se abrieron las grandes puertas y por unos instantes Richard tuvo la seguridad de que el corazón se le había salido del pecho. Erguidas ante él y evidentemente mirándole con todos sus ojos, había dos criaturas mucho más extrañas que todo cuanto jamás hubiera imaginado. Richard no podía moverse. Lo que estaba viendo era tan increíble que quedó físicamente paralizado mientras su mente pugnaba con los extraños mensajes que le estaban transmitiendo sus sentidos. Cada uno de los seres que se encontraban ante él tenía cuatro ojos en la « cabeza» . Además de los dos grandes óvalos lechosos situados uno a cada lado de un invisible eje de simetría que dividía en dos la cabeza, cada criatura tenía dos ojos adicionales en unos pedúnculos que se elevaban diez o doce centímetros por encima de la frente. Detrás de la voluminosa cabeza, el cuerpo tenía dos segmentos más, con un par de apéndices en cada segmento, lo que les daba un total de seis extremidades.

Los alienígenas estaban erguidos sobre sus dos patas traseras y mantenían los cuatro apéndices delanteros pulcramente recogidos sobre los suaves vientres color crema.

Comenzaron a avanzar hacia él, en el ascensor, y Richard retrocedió, aterrorizado. Las dos criaturas se volvieron la una hacia la otra y se comunicaron con un sonido de alta frecuencia que brotaba de un orificio situado bajo los ojos ovalados. Richard parpadeó, se sintió desvanecer y apoyó una rodilla en el suelo para mantener el equilibrio. El corazón le seguía golpeando furiosamente el pecho.

Los alienígenas cambiaron también de postura, apoyando en el suelo las patas intermedias. En esa posición parecían hormigas gigantescas con las dos patas delanteras separadas del suelo y la cabeza erguida. Durante todo el tiempo, las negras esferas situadas al extremo de los pedúnculos oculares giraban sin cesar, escrutando a su alrededor en un arco completo de trescientos sesenta grados, y la lechosa sustancia de los oscuros óvalos se movía de un lado a otro.

Durante varios minutos permanecieron más o menos inmóviles, como si incitaran a Richard a examinarlos. Luchando contra el miedo que sentía, trató de estudiarlos de forma objetiva y científica. Las criaturas venían a tener el volumen de un perro de tamaño mediano, pero, ciertamente, pesaban mucho menos. Sus cuerpos eran delgados y bien proporcionados. Los segmentos anterior y posterior eran más grandes que el medio; y las tres secciones corporales mostraban en su parte superior un pulido caparazón que estaba hecho de alguna clase de material duro.

Richard los habría clasificado como insectos muy grandes de no haber sido por sus extraordinarios apéndices, que eran gruesos, quizás incluso musculados, y se hallaban cubiertos de un «vello» corto, muy espeso, negro y con franjas blancas que producía la impresión de que las criaturas llevaban medias altas. Sus manos, si ésa era la denominación adecuada, carecían de vello y tenían cuatro dedos cada una, incluido un pulgar en oposición al par delantero.

Acababa Richard de reunir el valor suficiente para mirar de nuevo sus increíbles cabezas cuando sonó detrás de los dos alienígenas un sonido agudo semejante al que habría emitido una sirena. Ambos se volvieron. Richard se levantó y vio una tercera criatura que se aproximaba con rápidos pasos. Sus movimientos poseían una gran belleza. Corría como un gato de seis patas, estirándose paralelamente al suelo e impulsándose con un par diferente de patas en cada momento.

Entablaron los tres una rápida conversación, y el recién llegado, levantando la cabeza y las patas delanteras, indicó a Richard de manera inequívoca que saliera del ascensor. Richard echó a andar detrás del trío y entró en una vasta cámara.

La estancia era también un almacén de melones maná, pero ahí terminaba su similitud con el de la parte avícola del cilindro. Por todos lados había material

automatizado y de alta tecnología. En el techo, a diez metros por encima de ellos, una grúa puente mecánica se movía sobre un sistema de raíles. Cogía melones y los cargaba en vagones de mercancías dispuestos sobre surcos en un extremo de la estancia. Mientras Richard y sus anfitriones miraban, un vagón de mercancías se movió a lo largo del surco y se detuvo en el interior del ascensor.

Las criaturas se alejaron a saltos por uno de los pasillos de la estancia y Richard se apresuró a seguirlas. Le esperaron en la puerta y, luego, reanudaron su veloz marcha en dirección a la izquierda, mirando hacia atrás para ver si él les seguía todavía. Richard corrió detrás de ellas durante casi dos minutos, hasta que llegaron a un amplio patio, de muchos metros de altura, en cuyo centro había un aparato transportador.

El aparato era pariente lejano de la escalera mecánica. En realidad, había dos, uno de subida y otro de bajada, que se desplazaban en espiral a lo largo de dos gruesos postes instalados en el centro del patio. Las escaleras mecánicas se movían muy rápidamente y en ángulo muy empinado. Cada cinco metros, más o menos, llegaban al nivel, o piso, siguiente y el pasajero recorría entonces a pie un metro hasta la escalera espiral que se movía en torno al otro poste. Lo que hacía las veces de barandilla al lado de la escalera era una barrera de sólo treinta centímetros de altura. Las criaturas alienígenas iban en posición horizontal, con las seis patas sobre la rampa móvil. Richard, que iba al principio de pie, se puso rápidamente a gatas para no caerse.

Durante el trayecto, alrededor de una docena de alienígenas que se desplazaban en la mitad descendente del artilugio, se cruzaron con él y se le quedaron mirando, sin duda con asombro « Pero ¿cómo comen?» , pensó Richard, observando que el agujero circular que utilizaban para comunicarse no permitía, ciertamente, el paso de mucho alimento. No se les veía ningún otro orificio en la cabeza, aunque sí había varias pequeñas protuberancias y arrugas de finalidad desconocida.

El lugar donde llevaban a Richard estaba en el octavo o noveno nivel. Las tres criaturas le esperaron hasta que llegó a la plataforma señalada. Richard les siguió al interior de un edificio hexagonal que mostraba en su fachada unas marcas de color rojo vivo « Es curioso —pensó Richard, mirando los extraños garabatos—. Yo he visto antes esos signos… Claro, en el mapa, documento o lo que fuese que estaban leyendo los avícolas» .

Richard fue introducido en una habitación bien iluminada y decorada con gusto en dibujos geométricos negros y blancos. A su alrededor había objetos de todas las formas y tamaños, pero Richard no tenía ni idea de qué era ninguno de ellos. Los alienígenas utilizaron el lenguaje de señas para informar a Richard de que allí era donde se iba a quedar. Luego, se marcharon. Un fatigado señor Wakefield estudió el mobiliario, tratando de averiguar qué cosa podría ser la cama y, luego, se echó a dormir en el suelo.

« Mirmigatos. Así es como los llamaré» . Richard se había despertado, tras dormir durante cuatro horas, y no podía dejar de pensar en las criaturas alienígenas. Quería ponerles un buen nombre. Después de desechar gato-hormiga y gatinsecto, recordó que el que estudia las hormigas recibe el nombre de mirmecólogo. Eligió mirmigato, porque le pareció más eufónico con « i» que con « e» .

La habitación de Richard estaba bien iluminada. De hecho, todos los lugares del hábitat de los mirmigatos en que había estado tenían buena iluminación, en acusado contraste con los corredores oscuros y lóbregos de las porciones superiores del cilindro pardo « No he visto a ninguno de los avícolas desde el viaje en el ascensor —estaba pensando Richard—. Parece ser que estas dos especies no viven juntas. Por lo menos, no del todo. Pero las dos utilizan melones maná… ¿Cuál es exactamente su relación?» .

Un par de mirmigatos franquearon la puerta, depositaron ante él un melón pulcramente partido y un recipiente con agua y desaparecieron. Richard tenía hambre y sed. Varios segundos después de haber terminado el desayuno regresaron las dos criaturas. Utilizando las manos de sus extremidades anteriores, los mirmigatos le indicaron que se pusiera en pie. Richard los miró fijamente. « ¿Son éstas las mismas criaturas de ayer? —se preguntó—. ¿Y son las mismas que me han traído el melón y el agua?» . Pensó en todos los mirmigatos que había visto, incluidos aquellos con los que se había cruzado en la escalera mecánica. No podía recordar ni una sola característica diferenciadora o identificadora en ningún individuo « ¿O sea que todos parecen iguales? —pensó—. Entonces, ¿cómo se distinguen unos a otros?» .

Los mirmigatos le hicieron salir al corredor y se alejaron a saltos hacia la derecha. « Estupendo —se dijo Richard, empezando a correr después de admirar durante unos segundos la belleza de su marcha—. Deben de creer que todos los humanos son atletas» . Uno de los mirmigatos se detuvo a unos cuarenta metros por delante de él. No se volvió, pero Richard se daba cuenta de que le estaba observando porque los dos ojos de sus pedúnculos se hallaban dirigidos hacia él.

—Ya voy —gritó Richard—. Pero no puedo correr tan de prisa. No tardó Richard mucho tiempo en comprender que los dos alienígenas le estaban llevando en una especie de circuito turístico por el hábitat de los mirmigatos. El circuito estaba planeado con mucha lógica. La primera parada, muy breve, fue en un almacén de melones maná. Richard vio dos vagones llenos de melones deslizarse por los surcos e introducirse en un ascensor similar (o idéntico) al que le había transportado a él el día anterior.

Después de correr durante otros cinco minutos, Richard entro en una sección de la madriguera de los mirmigatos completamente diferente. Mientras que las paredes de la otra sección eran, salvo en su habitación, de un color blanco o gris

metálico, en ésta las habitaciones y los corredores se hallaban profusamente decorados, o bien con colores, o con dibujos geométricos, o con ambas cosas. Una vasta cámara tenía las dimensiones de un teatro y había en ella tres piscinas llenas de líquido. En esta estancia había cerca de un centenar de mirmigatos, la mitad aparentemente nadando en las piscinas (con sólo los ojos pedunculados y la mitad superior de los caparazones fuera del agua) y la otra mitad o descansando en las divisorias que separaban las tres piscinas o moviéndose en las proximidades de un extraño edificio que se alzaba en el otro extremo de la estancia.

Pero ¿estaban realmente nadando? Tras un examen más atento, Richard observó que las criaturas no se movían por la piscina; simplemente, se sumergían en un lugar determinado y permanecían varios minutos bajo el agua. Dos de las piscinas tenían un líquido espeso, de la consistencia aproximada de una suculenta y cremosa sopa de la Tierra, y el líquido de la tercera era, casi con toda seguridad, agua. Richard siguió a un mirmigato desde una de las piscinas de líquido espeso a la de agua y, luego, a la otra de líquido espeso « ¿Qué están haciendo? —se preguntó Richard—. ¿Y por qué me han traído aquí?» .

Casi al mismo tiempo, uno de los mirmigatos le dio un golpecito en la espalda. Señaló a Richard, luego a las piscinas y luego a la boca de Richard. Éste no tenía ni idea de qué trataba de decirle. A continuación, el mirmigato guía bajó por la rampa que descendía hacia las piscinas y se sumergió en una de las de líquido espeso. Cuando volvió, se irguió sobre el par de extremidades posteriores y señaló los surcos que separaban los segmentos de la blanda parte inferior color crema de su cuerpo.

Evidentemente, era importante para los mirmigatos que Richard entendiese lo que estaba sucediendo en las piscinas. En la parada siguiente contempló cómo una combinación de mirmigatos y varias máquinas de alta tecnología trituraban un material fibroso y lo mezclaban luego con agua y otros líquidos para crear una fina sustancia pastosa semejante a la que había en una de las piscinas. Finalmente, uno de los alienígenas introdujo un dedo en la sustancia y, luego, tocó con él los labios de Richard. « Deben de estar diciéndome que las piscinas son para alimentarse —pensó Richard—. ¿O sea que no comen melón maná, después de todo? ¿O, por lo menos, tienen una dieta más variada? Todo esto es fascinante» .

Poco después, emprendieron otra carrera en dirección a un lejano rincón del recinto. Allí, Richard vio a treinta o cuarenta criaturas más pequeñas, evidentemente mirmigatos jóvenes, que practicaban diversas actividades bajo la dirección y supervisión de varios adultos. En su aspecto físico, los pequeños se parecían a sus mayores, con sólo una importante diferencia: no tenían caparazón. Richard llegó a la conclusión de que, probablemente, la criatura no exudaba el duro revestimiento superior hasta haberse desarrollado por completo. Aunque

imaginaba que lo que veía era algo semejante a una escuela, o quizás una guardería, naturalmente no podía saberlo con certeza. Pero en un momento dado tuvo la seguridad de estar oyendo a los jóvenes repetir al unísono una secuencia de sonidos emitidos por un mirmigato adulto.

Seguidamente, montó con sus dos guías en la escalera mecánica. En el nivel doce, las criaturas abandonaron la escalera y el patio abierto y echaron a correr rápidamente por un pasillo que terminaba en una vasta factoría llena de mirmigatos y máquinas que se dedicaban a una extraordinaria variedad de tareas. Sus guías parecían tener siempre prisa, por lo que le resultaba difícil a Richard estudiar con detalle ningún proceso concreto. La factoría era como un taller de la Tierra. Había ruidos de todas clases, olores a sustancias químicas y a metales y el silbido de las comunicaciones entre mirmigatos por toda la estancia. En un lugar, Richard contempló cómo una pareja de mirmigatos reparaban una grúa puente similar a la que había visto funcionar en el almacén de melones maná el día anterior.

En un rincón de la factoría había un área especial que se hallaba aislada del resto. Aunque sus guías no le llevaron en aquella dirección, Richard sintió despertarse su curiosidad. Nadie le impidió el paso cuando penetró en aquella área especial. En el interior del amplio cubículo, un operario mirmigato supervisaba un proceso automatizado de fabricación.

Largas y finas piezas articuladas de metal ligero o de plástico entraban por un lado del recinto sobre una cinta transportadora. Pequeñas esferas de unos dos centímetros de diámetro entraban sobre otra cinta transportadora procedentes de un cubículo adyacente. En el lugar en que ambas cintas confluían, una gran máquina rectangular, montada en una carcasa que colgaba del elevado techo, descendía sobre las piezas con un peculiar sonido de succión. Treinta segundos después, el operario mirmigato hacía que la máquina se retirase y un par de zancudos saltaban de la cinta, plegaban sus largas patas y se instalaban en un recipiente que parecía una gigantesca caja de huevos.

Richard contempló varias veces la repetición del proceso. Estaba fascinado. Ligeramente aturdido, también. « De modo que los mirmigatos fabrican a los zancudos. Y hacen los mapas. Y, probablemente, también la nave espacial, de dondequiera que ellos y los avícolas procedan. ¿Qué es esto, entonces? ¿Alguna avanzada especie de simbiosis?» .

Meneó la cabeza, mientras continuaba ante él el proceso de montaje de zancudos. Instantes después, Richard oyó a su espalda un ruido producido por un mirmigato. Se volvió. Uno de sus guías extendió hacia él una rodaja de melón maná.

Richard comenzaba a sentirse exhausto. No tenía ni idea de cuánto tiempo

duraba ya su recorrido, pero le parecía que hacía ya horas.

Le resultaba imposible sintetizar todo lo que había visto. Después del viaje en ascensor a las zonas altas de la región de los mirmigatos, donde no sólo visitó el hospital de avícolas dirigido y administrado por los mirmigatos, sino que vio también cómo los avícolas salían de huevos de color oscuro y aspecto correoso bajo la atenta mirada de doctores mirmigatos, Richard supo con seguridad que existía, en efecto; una compleja relación simbiótica entre las dos especies. « Pero ¿por qué? —se preguntó, mientras sus guías le permitían descansar temporalmente junto a la parte superior de la escalera—. Es evidente que los avícolas se benefician de los mirmigatos. Pero ¿qué reciben de los avícolas estas hormigas-gato gigantes?» .

Sus guías le condujeron por un ancho pasillo en dirección a una gran puerta situada a varios cientos de metros de distancia. Por una vez, no corrían. Al aproximarse a la puerta, otros tres mirmigatos entraron en el pasillo procedentes de pequeños corredores laterales y las criaturas comenzaron a hablar en su lenguaje de alta frecuencia. En un momento dado, se detuvieron las cinco y Richard imaginó que estaban discutiendo. Las observó detenidamente mientras hablaban, especialmente sus caras. Hasta las arrugas y pliegues que rodeaban el orificio emisor de sonidos y los ovalados ojos eran idénticos en todas las criaturas. No había absolutamente ninguna forma de distinguir un mirmigato de otro.

Finalmente, el grupo comenzó a caminar de nuevo hacia la puerta. Desde lejos, Richard había subestimado su tamaño. Al acercarse, vio que tendría entre doce y quince metros de altura y más de tres de anchura y estaba ricamente labrada. El foco central de la obra de arte era una decoración cuadrada de cuatro entrepaños. El cuadrante superior izquierdo mostraba un avícola volando; el superior derecho, un melón maná; el inferior izquierdo, un mirmigato en actitud de correr; y el inferior derecho, algo que parecía azúcar batida hasta adquirir consistencia algodonosa, con algunos que otros grupos de terrones.

Richard se detuvo para admirar la obra de arte. Experimentó al principio la vaga sensación de haber visto antes aquella puerta, o, al menos, su diseño, pero se dijo que era imposible. No obstante, al pasar los dedos sobre la esculpida figura del mirmigato, su memoria despertó súbitamente. « Sí —se dijo excitadamente Richard—, claro. En la trasera del cubil avícola, en Rama II. Allí era donde estaba el fuego» .

Momentos después, se abrió la puerta y Richard fue introducido en lo que semejaba una espaciosa catedral subterránea. La sala en que se encontraba tenía más de cincuenta metros de altura. Presentaba una planta circular, de unos treinta metros de diámetro, con seis naves separadas en torno al círculo. Los muros eran impresionantes. Virtualmente cada centímetro cuadrado contenía esculturas o frescos meticulosamente creados con gran atención al detalle. El

conjunto era de una belleza abrumadora.

En el centro de la catedral había un estrado elevado sobre el que se encontraba un mirmigato, de pie, que hablaba cerca de una docena de mirmigatos que, sentados sobre las cuatro extremidades posteriores, escuchaban al orador con extática atención.

Mientras vagaba por la estancia, Richard se dio cuenta de que las decoraciones de la pared, en una franja de un metro de anchura a unos ochenta centímetros por encima del suelo, narraban ordenadamente una historia. Richard las fue siguiendo hasta llegar a lo que consideró que era el principio de la serie. La primera decoración era una representación esculpida de un melón maná. En los tres paneles siguientes podía verse que algo iba creciendo en el interior del melón. Cualquier cosa que fuese aquello que crecía era de tamaño diminuto en el segundo panel, pero para la cuarta escultura ocupaba casi todo el interior del melón.

En el quinto panel, se podía ver una minúscula cabeza con dos lechosos ojos ovalados, protuberancias pedunculares y un pequeño orificio circular bajo los ojos que asomaba fuera del melón. La sexta escultura, que mostraba un joven mirmigato muy parecido a los que Richard había visto durante el día, confirmaba lo que había estado suponiendo mientras seguía las decoraciones. « Diablos —se dijo Richard—, o sea que un melón maná es un huevo de mirmigato. —Se dispararon sus pensamientos—. Pero eso no tiene sentido. Los avícolas comen los melones. De hecho, los mirmigatos me alimentan a mí con ellos… ¿Qué está pasando aquí?» .

Richard estaba tan estupefacto por lo que había descubierto (y tan fatigado a consecuencia de todo lo que había corrido durante su circuito) que se sentó ante la escultura que contenía a los pequeños mirmigatos. Trató de imaginar la relación entre los mirmigatos y los avícolas. No podía citar ninguna simbiosis equivalente en la Tierra, aunque sabía perfectamente que las especies actuaban con frecuencia juntas para aumentarse recíprocamente sus probabilidades de supervivencia. Pero ¿cómo podía una especie mantener una relación amistosa con otra cuando sus huevos eran el único alimento de esa segunda especie? Richard llegó a la conclusión de que lo que había creído que eran principios biológicos fundamentales no se aplicaba a los avícolas y los mirmigatos.

Mientras reflexionaba en las nuevas y extrañas cosas que había aprendido, se congregó a su alrededor un grupo de mirmigatos que le indicaron por señas que se levantase. Un minuto después, los seguía por una sinuosa rampa que, al otro lado de la estancia, descendía hasta una cripta especial situada en los sótanos de la catedral.

Por primera vez desde que Richard entrara en el hábitat, la iluminación era débil. A su lado, los mirmigatos se movían lentamente, casi reverentemente, mientras avanzaban por un ancho pasadizo de techo abovedado. Al final del

pasadizo había un par de puertas que daban a una amplia sala llena de un blando material blanco. Aunque el material, que desde lejos parecía algodón, se hallaba densamente organizado, sus filamentos individuales eran muy finos, salvo cuando se reunían en nudos, o ganglios, que se hallaban esparcidos sin una pauta definible por todo el volumen blanco.

Richard y los mirmigatos se detuvieron en la entrada, a un metro de distancia, aproximadamente, de donde empezaba el material. La algodonosa red se extendía en todas direcciones, por lo que Richard podía ver. Mientras observaba su intrincada construcción reticular, los elementos del material comenzaron a moverse muy lentamente, separándose para formar un sendero que continuaba el camino desde el pasadizo hasta el interior de la red. «Está vivo», pensó Richard, sintiendo acelerársele el pulso mientras miraba, fascinado.

Cinco minutos después, se había abierto una senda lo suficientemente amplia como para que Richard se internara diez metros en el material. Los mirmigatos que le rodeaban estaban señalando hacia la algodonosa red. Richard empezó a menear la cabeza. «Lo siento amigos —deseaba decir Richard—, pero hay en esta situación algo que no me gusta. Así que saltémonos esta parte de la excursión, si no os importa».

Los mirmigatos continuaban señalando. Richard no tenía opción y lo sabía. «¿Qué me van a hacer? —se preguntó mientras daba su primer paso hacia delante—. ¿Comerme? ¿Para eso ha sido todo? No tendría ningún sentido».

Se volvió. Los mirmigatos no se habían movido. Richard hizo una profunda inspiración y avanzó a lo largo de los diez metros de la senda hasta un punto en que, extendiendo la mano, podía tocar uno de los extraños ganglios de la viviente red. Mientras examinaba detenidamente el ganglio, el material empezó a moverse de nuevo. Richard giró en redondo y vio que la senda se estaba cerrando tras él. Momentáneamente frenético, trató de correr en esa dirección, pero era malgastar energía. La red le apresó y se resignó a aceptar lo que fuera a sucederle.

Richard permaneció absolutamente inmóvil mientras la red lo envolvía. Los minúsculos elementos, semejantes a hilos, tenían alrededor de un milímetro de anchura. Lentamente, inexorablemente, empezaron a cubrirle el cuerpo. «Espera —pensó Richard—, espera. Me vas a asfixiar». Pero, sorprendentemente, aunque centenares de filamentos se estaban arrollando ya en torno a su cabeza y a su cuerpo, no tenía ninguna dificultad para respirar.

Antes de que las manos se le quedaran inmovilizadas. Richard trató de arrancarse del brazo uno de los diminutos elementos. Era casi imposible. Mientras se arrollaban alrededor de él, los hilos se le habían ido incrustando también en la piel. Después de muchos tirones, consiguió finalmente desprenderse los blancos filamentos de una pequeña porción del antebrazo, pero estaba sangrando en las zonas en que habían permanecido. Richard se observó el

cuerpo y calculó que, probablemente, tenía alrededor de un millón de elementos de la viviente red por debajo de la capa exterior de la piel. Se estremeció.

Richard se sentía todavía asombrado de no haberse asfixiado. Mientras su mente comenzaba a preguntarse cómo penetraría el aire a través de la red, oyó otra voz en el interior de su cabeza. « Deja de intentar analizarlo todo —decía la voz—, de todos modos, nunca lo comprenderás. Por una vez en tu vida, limítate a experimentar la increíble aventura» .

5

Richard había perdido de nuevo la noción del tiempo. En algún momento a lo largo de los días (¿o habían sido semanas?) en que había estado viviendo dentro de la red alienígena, había ido cambiando de postura. Durante uno de sus primeros períodos de sueño la red le había quitado también la ropa. Richard yacía ahora tendido de espaldas, sostenido por una sección extremadamente densa de la fina malla que le envolvía el cuerpo.

Su mente ya no se preguntaba activamente cómo lograba sobrevivir. Sin saber cómo, siempre que sentía hambre o sed sus necesidades eran satisfechas al instante. Sus residuos orgánicos desaparecían en cuestión de minutos. Respiraba sin dificultad, aunque se hallaba completamente rodeado por la viviente red.

Richard pasaba muchas horas de sus períodos de consciencia estudiando a la criatura que tenía alrededor. Si miraba con atención, podía ver que los diminutos elementos se mantenían en movimiento constante. Las formas de la red se modificaban con mucha lentitud, pero no había duda de que variaban. Richard anticipaba mentalmente las trayectorias de los ganglios que podía ver. En una ocasión, tres ganglios distintos se desplazaron hacia él y formaron un triángulo delante de su cabeza.

La red estableció un ciclo regular de interacción con Richard. Mantenía sus millares de filamentos unidos a él durante quince o veinte horas seguidas y, luego, le dejaba varias horas completamente libre. Richard dormía sin soñar siempre que no estaba conectado a la red. Si despertaba estando todavía libre, se sentía enervado y abatido. Pero cada vez que los hilos comenzaban a enroscarse de nuevo a su alrededor experimentaba una nueva oleada de energía.

Sus sueños eran activos y vívidos si dormía mientras permanecía unido a la red. Richard nunca había soñado mucho y se había burlado con frecuencia de la preocupación de Nicole por sus sueños. Pero al tornarse más complejas, y en algunos casos completamente extrañas, sus imágenes oníricas, Richard empezó a comprender por qué Nicole les prestaba tanta atención. Una noche, soñó que era de nuevo un adolescente y estaba presenciando una representación teatral de *Como gustéis* en su ciudad natal de Stratford-on-Avon. La hermosa muchacha rubia que hacía de Rosalind bajó del escenario y le habló en un susurro al oído.

—¿Eres Richard Wakefield? —preguntó en el sueño.

—Sí —respondió él.

La actriz empezó a besar a Richard, lentamente primero y luego, con más apasionamiento, hundiéndole en la boca una móvil y cosquilleante lengua. Le invadió una oleada de deseo irresistible y despertó de pronto, extrañamente azorado por su desnudez y su erección. « ¿Y a qué venía todo esto?» , se preguntó Richard, repitiendo la frase que tantas veces había oído a Nicole.

En alguna fase de su cautividad sus recuerdos de Nicole se tornaron mucho más nítidos, más claramente delineados. Richard descubrió con sorpresa que, en ausencia de otros estímulos, podía, si se concentraba, recordar conversaciones enteras con Nicole, incluidos detalles tales como la clase de expresiones faciales con que ella solía acompañar sus palabras. En el permanente aislamiento de su largo período en el interior de la red, Richard se sentía con frecuencia angustiado por su soledad y los vívidos recuerdos le hacían echar más en falta aún a su amada esposa.

Sus recuerdos de los niños eran igualmente intensos. Los echaba también en falta a todos, en especial a Katie. Recordó su última conversación con su hija predilecta, varios días antes de la boda, con ocasión de haberse pasado ella por la casa para recoger algunas ropas. Katie estaba entonces deprimida y necesitaba ayuda, pero Richard había sido incapaz de dársela. « Faltaba la comunicación» , pensó. La imagen reciente de seductora muchacha de Katie fue reemplazada por la de una traviesa chiquilla de diez años que correteaba por las plazas de Nueva York. La yuxtaposición de las dos imágenes provocó en Richard una intensa sensación de pérdida. « Nunca me sentí a gusto con Katie después de que despertó —comprendió con un suspiro—. Seguía necesitando a mi pequeña» .

La claridad de sus recuerdos de Nicole y Katie convenció a Richard de que algo extraordinario le estaba sucediendo a su memoria. Descubrió que podía recordar también los tanteos exactos de todos los cuartos de final, semifinales y finales de la Copa del Mundo entre los años 2174 y 2190. De joven, Richard se sabía de memoria toda esa inútil información, pues había sido un entusiasta aficionado al fútbol. Sin embargo, durante los años que precedieron al lanzamiento de la Newton, en que tantas cosas nuevas se habían aglomerado en su cerebro, había sido con frecuencia incapaz, en discusiones sobre fútbol con sus amigos, de recordar ni aun los equipos que habían disputado un partido decisivo de la Copa del Mundo.

A medida que las imágenes visuales de sus recuerdos continuaban haciéndose más nítidas, Richard se encontró con que estaba rememorando también las emociones asociadas a las imágenes. Era casi como si reviviese por completo las experiencias. En una larga rememoración recordó no sólo los intensos sentimientos de amor y admiración hacia Sarah Tydings la primera vez que la vio actuar en escena, sino también la emoción y la excitación de su noviazgo, incluida la desenfrenada pasión de su primera noche de amor. Le había dejado

sin aliento entonces, y ahora, envuelto en el interior de una criatura alienígena que semejaba una red nerviosa, la reacción de Richard era igualmente intensa.

Pronto le dio a Richard la impresión de que no tenía ya ningún control sobre qué recuerdos se activaban en su cerebro. Al principio, así lo creía, había pensado deliberadamente en Nicole o en sus hijos o, incluso, en su noviazgo con la joven Sarah Tydings, sólo para sentirse feliz. « Ahora —dijo un día en una imaginaria conversación con la red sésil—, después de refrescarme la memoria —Dios sabe con qué finalidad—, parece que la estás leyendo en su totalidad» .

Richard disfrutó durante muchas horas con sus remembranzas, en especial con las partes que se referían a su vida en Cambridge y en la Academia Espacial, cuando sus días se veían iluminados por la constante alegría de nuevos conocimientos. La física cuántica, la explosión cámbrica, probabilidad y estadística, incluso el vocabulario hacía tiempo olvidado de sus clases de alemán, le recordaban que parte tan grande de su felicidad en la vida se había debido a la excitación de aprender. En otra rememoración particularmente satisfactoria, su mente saltó rápidamente de obra en obra, abarcando todas las representaciones teatrales de Shakespeare que había visto entre los diez y los diecisiete años. « Todo el mundo necesita un héroe —pensó Richard después del montaje de escenas—, como impulso para extraer lo que de mejor hay en él. Ciertamente, mi héroe era William Shakespeare» .

Algunos de los recuerdos eran dolorosos, en especial los de su infancia. En uno de ellos, Richard tenía de nuevo ocho años y estaba sentado en un banco, a la mesa del comedor familiar. La atmosfera era tensa. Su padre, borracho y enfurecido contra el mundo entero, los miraba ceñuda y amenazadoramente a todos mientras cenaban en silencio. Richard derramó accidentalmente un poco de sopa e instantes después el dorso de la mano de su padre le golpeó con fuerza en la mejilla y, derribándolo del banco, lo lanzó contra un rincón del cuarto, donde quedó temblando de miedo. No había pensado en aquel momento desde hacía años. Richard no pudo contener las lágrimas al recordarlo desvalido y asustado que se había sentido ante su padre neurótico y brutal.

Un día, Richard empezó de pronto a recordar detalles de su larga odisea en Rama II, y un fortísimo dolor de cabeza le cegó casi por completo. Se vio en una estancia desconocida, tendido en el suelo y rodeado por tres o cuatro aracnopulpos. Le habían colocado docenas de sondas y otros instrumentos y le estaban practicando alguna especie de prueba.

—Basta, basta —gritó Richard, destruyendo el recuerdo con su intensa agitación—. La cabeza me está matando.

Milagrosamente, la jaqueca comenzó a desvanecerse y Richard estaba de nuevo con los aracnopulpos en su memoria. Recordó los días y días de pruebas que había experimentado y las diminutas criaturas vivas que le habían sido insertadas en el cuerpo. Recordó también una singular serie de experimentos

sexuales en los que se le había sometido a todas clases de estimulación externa y se le había recompensado cuando eyaculaba.

Richard se sintió sobresaltado por estos nuevos recuerdos a los que nunca había tenido acceso, ni una sola vez desde que despertó del coma en que su familia le había encontrado en Nueva York. « Ahora recuerdo también otras cosas sobre los aracnopulpos —pensó excitadamente—. Hablaban entre ellos con colores que les envolvían la cabeza. Se mostraban fundamentalmente amistosos, pero decididos a averiguar todo lo que pudiesen acerca de mí. Ellos…»

La imagen mental se desvaneció y retornó el dolor de cabeza. Los hilos de la red acababan de desconectarse. Richard estaba exhausto y se quedó rápidamente dormido.

Tras días y días de recuerdos que se sucedían unos a otros, cesaron bruscamente las rememoraciones. La mente de Richard no era ya manejada por una acción coercitiva externa. Los hilos de la red permanecían desprendidos durante largos períodos de tiempo.

Transcurrió una semana sin que se produjera ningún incidente. Pero en la segunda semana un extraño ganglio esférico, mucho más grande y denso que las protuberancias normales de la red viviente, comenzó a desarrollarse a unos veinte centímetros de la cabeza de Richard. El ganglio fue creciendo hasta adquirir el tamaño aproximado de un balón de baloncesto. Poco después, el voluminoso objeto emitió centenares de filamentos que se insertaron en la piel que cubría el cráneo de Richard. « Por fin —pensó Richard, haciendo caso omiso del dolor producido por la invasión de los filamentos en su cerebro—, ahora veremos a qué venía todo esto» .

Empezó inmediatamente a ver una especie de figuras, aunque eran tan borrosas que no podía identificar nada concreto. Pero la calidad de las imágenes mentales de Richard no tardó en mejorar, pues ideó inteligentemente una forma rudimentaria de comunicarse con la red. Tan pronto como la primera imagen apareció en su mente, Richard concluyó que la red, que durante muchos días había estado leyendo el contenido de su memoria, intentaba ahora escribir en su cerebro. Pero, evidentemente, la red no podía medir la calidad de las imágenes que Richard recibía. Recordando sus visitas de niño al oculista y la pauta de comunicación que culminaba en las especificaciones finales para sus lentes, Richard utilizó los dedos para indicar si cada cambio que la red introducía en el proceso de transmisión mejoraba o empeoraba la imagen. De este modo, Richard fue pronto capaz de « ver» lo que el alienígena trataba de mostrarle.

Las primeras figuras eran imágenes de un planeta tomadas desde una nave espacial. El mundo cubierto de nubes y con dos pequeñas lunas y una lejana y solitaria estrella amarilla como fuente de luz y calor era, casi con toda seguridad,

el planeta natal de las redes sésiles. La sucesión de imágenes que siguió mostraron a Richard diversos paisajes del planeta.

La niebla era omnipresente en el mundo de las sésiles. Por debajo de la niebla, había en la mayoría de las imágenes una árida superficie parda desprovista de piedras. Sólo en los litorales, donde el árido suelo recibía las olas de los verdes lagos y océanos líquidos, había algún indicio de vida. En uno de estos oasis, Richard vio no sólo varios avícolas, sino también una fascinante mezcolanza de otros seres vivos. Richard podría haberse pasado días enteros examinando sólo una o dos de estas escenas, pero él no controlaba la secuencia de imágenes. La red perseguía alguna finalidad con su comunicación, estaba seguro de ello, y el primer grupo de escenas era sólo una introducción.

Todas las demás imágenes mostraban o bien un avícola, un melón maná, un mirmigato, una red sésil o alguna combinación de las cuatro. Todas las escenas estaban tomadas de lo que Richard suponía que era la «vida normal» en su planeta natal y versaban sobre el tema general de simbiosis entre las especies. En varias escenas aparecían los avícolas defendiendo las colonias subterráneas de los mirmigatos y los sésiles de invasiones lanzadas por lo que parecían ser pequeños animales y plantas. Otras imágenes presentaban a los mirmigatos cuidando polluelos avícolas o transportando grandes cantidades de melones maná a un montículo avícola.

Richard se sintió desconcertado al ver varias imágenes que mostraban diminutos melones maná embutidos dentro de las criaturas sésiles. «¿Por qué habrían de depositar los mirmigatos ahí sus huevos? —se preguntó—. ¿Para su protección? ¿O son estas extrañas redes una especie de placenta pensante?».

La secuencia de imágenes dejó en Richard la precisa impresión de que los sésiles eran, en un sentido jerárquico, la especie dominante de las tres. Todas las escenas sugerían que tanto los mirmigatos como los avícolas rendían homenaje a las criaturas reticulares. «¿O sea que estas redes son las que piensan por los avícolas y los mirmigatos? —se preguntó Richard—. ¡Qué relaciones simbióticas tan increíbles…! ¿Cómo han podido desarrollarse?».

Había en total varios miles de imágenes en la secuencia. Después de repetirse dos veces, los filamentos se separaron de Richard y regresaron al ganglio gigante. Durante los días siguientes, Richard permaneció esencialmente solo, limitándose las uniones con su anfitrión a las necesarias para su supervivencia.

Cuando se formó un sendero en la red y Richard pudo ver la puerta por la que había entrado hacía muchas semanas, pensó que iba a ser liberado. Pero su momentánea excitación no tardó en desvanecerse. A su primer intento de moverse, la red sésil estrechó su presa sobre todas las partes de su cuerpo.

«¿Cuál es, entonces, la finalidad del sendero?». Mientras Richard miraba,

entraron tres mirmigatos procedentes del corredor. La criatura que iba en medio tenía rotas dos extremidades y su segmento exterior estaba aplastado, como si le hubiera pasado por encima un coche o un camión. Sus dos compañeros llevaron al incapacitado mirmigato hasta el interior de la red y se marcharon. A los pocos segundos, el sésil empezó a enroscarse en torno al recién llegado.

Richard estaba a unos dos metros de distancia del mirmigato lisiado. La región existente entre él y la criatura lesionada se vació de todos los filamentos y protuberancias. Richard nunca había visto una brecha semejante en el sésil. « O sea que mi instrucción continúa —meditó—. ¿Qué debo aprender ahora? ¿Qué los sésiles son médicos para los mirmigatos, como los mirmigatos lo son para los avícolas?» .

La red no limitaba su atención a las zonas lesionadas del mirmigato. De hecho, durante un largo período de vigilia, Richard vio cómo la red encerraba completamente a la criatura en un prieto capullo. Al mismo tiempo, el voluminoso ganglio, que se encontraba en las proximidades de Richard, se desplazó hacia el capullo.

Más tarde, tras dormir un rato, Richard advirtió que el ganglio había regresado a su lado. Al otro lado de la brecha, el capullo había terminado casi de deshacerse. A Richard se le aceleró el pulso cuando el capullo desapareció por completo y no había ni rastro del mirmigato.

Richard no tuvo mucho tiempo para preguntarse qué había sido del mirmigato. A los pocos minutos, el voluminoso ganglio estaba de nuevo unido a su cráneo y comenzaba en su cerebro otro desfile de imágenes. En la primera, Richard vio cinco soldados humanos acampados junto a la orilla del foso, en el hábitat avícola. Estaban comiendo. Junto a ellos había una impresionante colección de armas, incluidas dos ametralladoras.

Las imágenes que siguieron mostraban humanos que atacaban a través del segundo hábitat. Dos de las primeras escenas eran especialmente horribles. En la primera, un joven avícola había sido decapitado en pleno vuelo y estaba desplomándose al suelo. Un par de satisfechos humanos se felicitaban mutuamente en la parte inferior izquierda del mismo encuadre. La segunda imagen presentaba un gran hoyo abierto en uno de los sectores de pradera de la región verde. En el interior del hoyo podrían verse los restos de varios avícolas muertos. Por la izquierda, se aproximaba un humano con una carretilla que contenía otro par de cadáveres avícolas.

Richard se sintió horrorizado por lo que estaba viendo. « ¿Qué son estas escenas? —se preguntó—. ¿Y por qué las estoy viendo ahora?» . Pasó rápidamente revista a los recientes acontecimientos ocurridos en su mundo sésil y llegó a la conclusión, no sin espanto, de que el mirmigato lisiado debía de haber visto realmente todo lo que se le estaba mostrando a él y que la criatura reticular había extraído de alguna manera las imágenes contenidas en la mente del

mirmigato y las había transferido al cerebro de Richard.

Cuando comprendió lo que estaba viendo, Richard prestó más atención a las escenas mismas. Se sentía indignado por la invasión y la matanza que veía. En una de las últimas imágenes, tres soldados humanos asaltaban un complejo de apartamentos avícola en el interior del cilindro pardo. No había supervivientes.

« Estas pobres criaturas están condenadas —se dijo Richard—, y deben de saberlo…»

Se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas y una profunda tristeza, más profunda de lo que jamás había conocido, acompañó a su comprensión de que miembros de su propia especie estaban exterminando sistemáticamente a los avícolas. « ¡No, no! —gritó en silencio—. Deteneos, oh, por favor, deteneos. ¿No veis lo que estáis haciendo? Estos avícolas proclaman también el milagro de sustancias químicas elevadas a la consciencia. Son como nosotros. Son hermanos nuestros» .

Durante unos segundos, afluyeron a su memoria sus numerosas interacciones con las aladas criaturas y desaparecieron las imágenes implantadas. « Ellos me salvaron la vida —pensó, recordando el vuelo realizado tiempo atrás por encima del mar Cilíndrico—. Sin ningún beneficio en absoluto para ellos. ¿Qué humano —se preguntó con amargura— habría hecho algo semejante por un avícola?» .

Richard rara vez había sollozado en toda su vida. Pero la tristeza que sentía por los avícolas le venció. Mientras lloraba, desfilaron por su mente todas sus experiencias desde que entrara en el hábitat avícola. Richard recordó especialmente el súbito cambio operado en su forma de tratarle y su posterior traslado al reino de los mirmigatos. « Vino luego el circuito turístico y mi final instalación aquí… Es evidente que han estado tratando de comunicarse conmigo… Pero ¿por qué?» .

En ese instante, Richard experimentó una fulgurante comprensión tan intensa que los ojos se le llenaron nuevamente de lágrimas. « Porque están desesperados —se respondió a sí mismo—. Me están pidiendo ayuda» .

6

De nuevo se creó un gran vacío en el interior del sésil. Richard observó con atención cómo treinta pequeños ganglios se agrupaban hasta formar una esfera de unos cincuenta centímetros de diámetro al otro lado de la brecha. Un filamento insólitamente grueso conectaba cada uno de los ganglios con el centro de la esfera. Al principio, Richard no pudo percibir nada dentro de ella. Pero, una vez que los ganglios se hubieron desplazado de lugar, vio que donde había estado la esfera había ahora un diminuto objeto verde sujeto al resto de la red por centenares de hilos infinitesimalmente delgados.

Crecía muy lentamente. Los ganglios habían terminado ya de desplazarse a tres nuevas posiciones, repitiendo cada vez la misma configuración esférica, antes de que Richard comprendiese que lo que estaba creciendo en el sésil era un melón maná. Quedó estupefacto. No podía imaginar cómo el desaparecido mirmigato había podido dejar unos huevos que habían tardado tanto en germinar. « Y debían de ser entonces sólo unas pocas células. Minúsculos embriones alimentados aquí de alguna manera…»

Sus pensamientos se interrumpieron al darse cuenta de que aquellos nuevos melones maná se estaban desarrollando en una región del sésil situada a casi veinte metros de distancia del lugar en que el mirmigato había quedado envuelto en su capullo. « ¿O sea que esta criatura reticular transportó los huevos de un lugar a otro? ¿Y conservó luego los huevos durante semanas?» .

La mente lógica de Richard empezó a rechazar la hipótesis de que el desaparecido mirmigato había puesto algún huevo. Lenta pero firmemente, desarrolló una explicación alternativa de lo que había observado que sugería la existencia de una biología más compleja que ninguna que jamás hubiera conocido en la Tierra. « ¿Y si —se preguntó a sí mismo— los melones maná, los mirmigatos y esta red sésil son todos ellos manifestaciones de lo que llamaríamos la misma especie?» .

Aturdido por las ramificaciones de esta sencilla idea, Richard se pasó dos largos períodos de vigilia recordando todo lo que había visto en el interior del segundo hábitat. Mientras miraba los cuatro melones maná que crecían ante él al otro lado de la brecha, Richard imaginó un ciclo de metamorfosis en que los melones maná engendraban a los mirmigatos, los cuales, a su vez, acudían a

morir y a añadir nueva materia a la red sésil y ésta ponía luego los huevos que iniciaban de nuevo el proceso. Nada de cuanto había observado era incompatible con esta explicación. Pero en el cerebro de Richard bullían millares de preguntas, no sólo acerca de cómo se desarrollaba esta complicada serie de metamorfosis, sino también acerca de por qué aquella especie había evolucionado hasta constituir un ser tan complejo.

La mayor parte de los estudios académicos de Richard habían versado sobre lo que él siempre había denominado orgullosamente «ciencia sólida». Las matemáticas y la física habían sido los elementos primarios de su educación. Mientras se esforzaba por comprender el posible ciclo vital de la criatura en que había estado viviendo durante muchas semanas, Richard se sentía desconcertado por su ignorancia. Desearía haber aprendido mucha más biología. «Pues, ¿cómo puedo ayudarlos? —se preguntó—. No tengo ni idea de por dónde empezar».

Mucho después, Richard se preguntaría si para ese momento de su permanencia en el interior del sésil, la criatura había aprendido no sólo a leer su memoria, sino también a interpretar sus pensamientos. Sus visitantes llegaron a los pocos días. De nuevo se formó un sendero en el sésil entre el lugar que ocupaba Richard y la puerta por la que había entrado. Cuatro mirmigatos idénticos recorrieron el sendero y le hicieron a Richard seña de que los siguiese. Le llevaban sus ropas. Cuando Richard intentó moverse, la red alienígena no hizo nada por impedírselo. Le flaqueaban las piernas, pero, después de vestirse, Richard consiguió seguir de nuevo a los mirmigatos por el corredor de las profundidades del cilindro pardo.

Era evidente que la vasta cámara había sido modificada recientemente. El amplio mural que cubría sus paredes no estaba terminado aún. De hecho, al mismo tiempo que el profesor mirmigato de Richard le señalaba detalles concretos de la pintura ya finalizada, artistas mirmigatos continuaban trabajando en el resto del mural. Durante las primeras clases de Richard en la estancia había hasta una docena de criaturas ocupadas en dibujar o pintar las otras secciones.

Una sola visita a la cámara mural le bastó a Richard para descubrir su finalidad. La sala entera estaba siendo creada para suministrarle información acerca de cómo podía ayudar a la especie alienígena a sobrevivir. Estaba claro que aquellos extraterrestres sabían que estaban a punto de ser atacados y destruidos por los humanos. Las pinturas de aquella sala eran su intento de facilitar a Richard los datos que podría necesitar para salvarlos. Pero ¿podría aprender lo suficiente simplemente con mirarlas?

La obra de arte era brillante. De vez en cuando, Richard suspendía la actividad del hemisferio cerebral izquierdo que trataba de interpretar los mensajes contenidos en las pinturas para que el derecho pudiese apreciar el

talento de los artistas mirmigatos. Las criaturas trabajaban en posición erguida, con las dos extremidades posteriores apoyadas en el suelo y las dos superiores trabajando juntas en la confección del dibujo o la pintura. Hablaban entre ellos, al parecer haciéndose preguntas, pero sin producir tanto ruido como para molestar a Richard.

Toda la primera mitad del mural era un texto de biología alienígena. Demostraba que el conocimiento fundamental de la criatura por parte de Richard era correcto. Había en la secuencia principal más de cien pinturas individuales, de las cuales dos docenas mostraban diferentes fases del desarrollo del embrión de mirmigato, y esas pinturas ampliaban considerablemente los conocimientos que Richard había adquirido por las esculturas instaladas en el interior de la catedral de los mirmigatos. Los paneles básicos que explicaban la progresión embriológica seguían una línea recta a lo largo de las paredes de la cámara. Por encima y por debajo de esta sucesión de imágenes principales había otras auxiliares o suplementarias, la mayoría de las cuales escapaba a la comprensión de Richard.

Por ejemplo, un cuarteto de pinturas auxiliares se hallaba dispuesto en torno a la imagen de un melón maná que había sido extraído recientemente de una red sésil, pero en cuyo interior no había comenzado aún ninguna actividad de desarrollo de un mirmigato. Richard estaba seguro de que estas cuatro pinturas adicionales intentaban proporcionarle información específica sobre las condiciones ambientales precisas para que comenzara el proceso de germinación. Sin embargo, los artistas mirmigatos habían utilizado escenarios de su propio planeta, ilustrando las condiciones deseadas con paisajes de nieblas y lagos y su flora y fauna, para comunicar los datos. Richard se limitó a menear la cabeza cuando el profesor mirmigato señaló estas pinturas.

Un diagrama situado sobre la secuencia principal utilizaba soles y lunas para especificar escalas de tiempo. Por su disposición, Richard entendió que la vida de la manifestación mirmigatuna de la especie era muy corta en comparación con la vida de los sésiles. Pero fue incapaz de descubrir cualquier otra cosa que el diagrama tratara de comunicar.

Richard se sentía también algo confuso con respecto a las relaciones numéricas entre las diferentes manifestaciones de la especie. Estaba claro que cada melón maná originaba un único mirmigato (no aparecía ningún ejemplo de gemelos), y que un sésil podría producir muchos melones maná. Pero ¿cuál era la proporción entre sésiles y mirmigatos? En una escena se veía un gran sésil con una docena de mirmigatos diferentes en su interior, cada uno de ellos en una fase diferente de permanencia en capullo. ¿Qué debía entenderse que indicaba?

Richard dormía en una pequeña habitación situada no lejos de la cámara mural. Cada una de sus clases duraba tres o cuatro horas, tiempo después del cual se le daba de comer y se le permitía dormir. A veces, al entrar en la cámara,

Richard dirigía la vista hacia las pinturas, incompletas todavía algunas, de la segunda mitad del mural. Cuando eso sucedía, se apagaban al instante las luces. Los mirmigatos querían cerciorarse de que Richard aprendía primero la biología.

Unos diez días después de que quedara terminada la segunda mitad del mural, Richard se sintió asombrado cuando finalmente se le permitió estudiarlo. Las reproducciones de los numerosos seres humanos y avícolas eran excepcionalmente perfectas. El propio Richard aparecía media docena de veces en las pinturas. Con su larga cabellera y su poblada barba, más que medio blancas ambas, casi no se reconoció. « Podría pasar por Jesucristo en estas pinturas» , bromeó para sí mientras recorría la cámara.

Parte del resto del mural era un resumen histórico de la invasión del hábitat alienígena por parte de los humanos. Había más detalles que los que Richard había visto en las escenas mentales que había contemplado mientras estaba dentro del sésil, pero no aprendió nada sustantivamente nuevo. No obstante, volvió a sentirse emocionalmente turbado por los horribles detalles de la incesante matanza.

Las imágenes suscitaron también una interesante cuestión en su mente. ¿Por qué el contenido de aquel mural no le había sido transmitido directamente por el sésil, evitando así todo el esfuerzo llevado a cabo por los artistas mirmigatos? « Quizás —meditó Richard— el sésil es solamente un instrumento registrador, incapaz de tener imaginación. Quizá sólo puede mostrarme lo que ya ha visto uno de los mirmigatos» .

El resto del mural definía explícitamente qué le estaban pidiendo a Richard que hiciesen las criaturas mirmigatos/sésiles. En cada uno de sus retratos llevaba sobre los hombros una gran mochila azul. La mochila tenía dos grandes bolsillos delante y otros dos detrás y cada uno de ellos contenía un melón maná. A los lados de la mochila había dos bolsillos adicionales, más pequeños. En uno había un tubo cilíndrico de plata de unos quince centímetros de longitud, y el otro contenía dos pequeños y coriáceos huevos avícolas.

El mural mostraba en ordenada secuencia la actividad sugerida a Richard. Abandonaría el cilindro pardo por una salida existente bajo el nivel del suelo y reaparecería en la región verde, al otro lado del anillo de edificios blancos y del estrecho canal. Allí, guiado por un par de avícolas, descendería hasta la orilla del foso, donde sería recogido por un pequeño submarino. El submarino se sumergiría por debajo del muro del módulo, entraría en una gran masa de agua y emergería luego en la costa de una isla con muchos rascacielos.

Richard sonrió mientras estudiaba el mural. « O sea que el mar Cilíndrico y Nueva York continúan aquí» , pensó. Recordó lo que había dicho El Águila acerca de no introducir cambios innecesarios en Rama. « Eso significa que tal vez la Sala Blanca esté también allí» .

Había muchas pinturas adicionales en torno a la secuencia de huida de

Richard; unas daban más detalles sobre las plantas y los animales de la región verde y otras proporcionaban explícitas instrucciones sobre cómo manejar el submarino. Cuando Richard trató de copiar en su ordenador portátil de la Newton lo que consideró más importante de esta información, el profesor mirmigato pareció impacientarse súbitamente. Richard se preguntó si se habría agravado la situación.

Al día siguiente, tras dormir durante largo rato, Richard recibió su mochila y fue conducido por sus anfitriones a la cámara del sésil. Allí, los mirmigatos extrajeron de la red los cuatro melones maná que él había visto crecer dos semanas antes y se los pusieron en la mochila. Eran muy pesados. Richard calculó que llegarían a los veinte kilos en total. Otro mirmigato utilizó luego un instrumento similar a unas tijeras grandes para extraer del sésil un volumen cilíndrico que contenía cuatro ganglios y sus filamentos asociados. El material sésil fue colocado en un tubo de plata e introducido en uno de los bolsillos laterales de Richard. Los huevos avícolas fueron los últimos elementos con los que cargó.

Richard hizo una profunda inspiración. « Esto debe de ser una despedida» , pensó, mientras los mirmigatos señalaban hacia el corredor. Por alguna razón, recordó la insistencia de Nai Watanabe en que el saludo tai conocido con el nombre de *wai*, una leve inclinación con las manos juntas ante el pecho, era un signo universal de respeto. Sonriendo para sus adentros, Richard hizo un *wai* a la media docena de mirmigatos que le rodeaban. Para su asombro, cada uno de ellos puso sus cuatro extremidades anteriores unidas por parejas delante de su cuerpo y realizó una leve inclinación en dirección a él.

El profundo sótano del cilindro pardo estaba evidentemente deshabitado. Tras salir de la cámara sésil, Richard y su guía habían pasado primero por delante de muchos mirmigatos, especialmente en las proximidades del patio. Pero una vez que entraron en la rampa que descendía hasta el sótano no habían vuelto a encontrar uno solo.

El guía de Richard envió por delante a un zancudo. Éste corrió por el estrecho túnel final y cruzó la abovedada salida de emergencia a la región verde. Cuando regresó, el zancudo se encaramó durante unos segundos sobre el mirmigato y, luego, se escabulló. El guía indicó a Richard que avanzara por el túnel.

Fuera, en la región verde, Richard fue recibido por dos corpulentos avícolas que remontaron inmediatamente el vuelo. Uno de ellos tenía en el ala una fea cicatriz, como si le hubiera alcanzado una ráfaga de balas. Richard se encontró en un bosque moderadamente espeso, rodeado de vegetación que se elevaba a tres o cuatro metros de altura. Aunque la luz era escasa, no le fue difícil a Richard encontrar un sendero ni seguir a los avícolas que volaban por encima de

él. De vez en cuando, oía disparos a lo lejos.

Los quince primeros minutos transcurrieron sin incidentes. Disminuyó la espesura del bosque. Acababa Richard de calcular que al cabo de otros diez minutos llegaría al foso para su cita con el submarino cuando, sin previo aviso, comenzó a tabletear una ametralladora a menos de cien metros de distancia. Uno de los guías avícolas se precipitó al suelo. El otro desapareció. Richard se escondió en un espeso matorral cuando oyó a los soldados avanzar en su dirección.

—Dos anillos, seguro —dijo uno de ellos—. Quizás incluso tres… Eso me daría veinte anillos solamente en lo que va de semana.

—Quita de ahí, hombre, si no ha habido lucha. Yo ni lo contaría. El maldito pajarraco ni siquiera sabía que estabas allí.

—Eso es problema suyo, no mío. Yo tengo que contar sus anillos. Ah, ahí está… Mierda, sólo tiene dos.

Los hombres estaban a unos quince metros de Richard. Permaneció absolutamente inmóvil, sin atreverse a hacer ningún movimiento, durante más de cinco minutos. Los soldados, mientras tanto, continuaban en las proximidades del cadáver avícola, fumando y hablando de la guerra.

Richard empezó a sentir dolor en el pie derecho. Desplazó levemente el peso, pensando que eso aliviaría cualquier músculo que estuviera sometido a tensión, pero el dolor no hizo sino aumentar. Finalmente, bajó la vista y descubrió con horror que una de las criaturas parecidas a roedores que había visto en el mural se había comido lo que quedaba de su zapato y estaba ahora mordiéndole el pie. Richard trató de sacudir la pierna vigorosamente pero sin ruido. No lo consiguió del todo. Aunque el roedor le soltó el pie, los soldados oyeron el ruido y empezaron a moverse hacia él.

Richard no podía huir. Aunque hubiera habido por dónde escapar, el peso adicional que llevaba le había convertido en presa fácil para los soldados. Al cabo de un minuto, uno de los hombres gritó:

—Aquí, Bruce, creo que hay algo en ese matorral.

El hombre estaba apuntando con su arma en dirección a Richard.

—No dispares —exclamó Richard—. Soy humano.

El segundo soldado acababa de reunirse con su compañero.

—¿Qué coño haces ahí solo?

—Estoy dando una vuelta —respondió Richard.

—¿Estás loco? —dijo el primer soldado—. Sal de ahí, que te veamos.

Richard salió lentamente de entre la maleza. Aun a la débil luz, debía de constituir un espectáculo sorprendente, con su larga pelambrera y sus barbas, además de la abultada mochila azul.

—Cristo… ¿Quién diablos eres…? ¿Dónde está tu unidad?

—Este tío no es un soldado —indicó el otro hombre, sin dejar de mirar a

Richard—. Éste es un chiflado… Debe de haberse escapado de Avalon y ha acabado aquí por error… Eh, tú, mamón, ¿no sabes que esto es terreno peligroso?

—Mira sus bolsillos —le interrumpió el primer soldado—. Lleva cuatro enormes melones…

Atacaron súbitamente desde lo alto. Debían de ser una docena de avícolas en total, llenos de furia y chillando mientras se lanzaban en picado. Los dos soldados humanos fueron derribados. Richard echó a correr. Uno de los avícolas se posó sobre el rostro del primer soldado y empezó a lacerarlo con sus garras. Estalló una salva de disparos cuando otros soldados que se encontraban en las cercanías se apresuraron a acudir al oír el estruendo para ayudar a la patrulla.

Richard no sabía cómo iba a encontrar el submarino. Corrió colina abajo a toda la velocidad que sus pies y su carga le permitían. Se intensificaron los disparos a su espalda. Oyó los gritos de dolor de los soldados y los chillidos de muerte de los avícolas.

Encontró el foso, pero no había ni rastro del submarino. Oyó voces humanas que bajaban por la pendiente hacia él. Estaba a punto de dejarse dominar por el pánico cuando oyó un breve grito salido de un gran matorral a su derecha. El dirigente avícola de los cuatro anillos color cobalto pasó volando ante él, a poca distancia del suelo y continuó a lo largo de la orilla del foso hacia la izquierda.

Localizaron el submarino al cabo de tres minutos más. Antes de que los humanos perseguidores salieran de la región verde, la nave ya se había sumergido. Dentro, Richard se quitó la mochila y la puso detrás suyo, en el pequeño compartimiento de mando. Miró a su compañero avícola y trató de pronunciar un par de sencillas frases en su jerga. El dirigente avícola respondió, muy lenta y claramente, con el equivalente de: «Todos le estamos muy agradecidos».

El viaje duró poco más de una hora. Richard y el avícola apenas si se dijeron nada el uno al otro. Durante la primera parte del viaje, Richard observó atentamente cómo dirigía el submarino el avícola. Tomó notas en su ordenador y, en la segunda mitad del viaje, se hizo cargo también de los mandos durante un corto período de tiempo. Cuando no estaba demasiado ocupado, la mente de Richard formulaba preguntas acerca de lo que había experimentado en el segundo hábitat. Sobre todo, quería saber por qué estaba él en el submarino con los melones y el trozo de sésil, y no uno de los mirmigatos. «Debo de estar pasando algo por alto», meditó.

Poco después emergió el submarino a la superficie y Richard se encontró en terreno conocido. Los rascacielos de Nueva York se alzaban ante él.

—¡Aleluya! —exclamó Richard, llevando su mochila a la isla.

El dirigente avícola fondeó el submarino ante la costa y se dispuso rápidamente a marcharse. Giró describiendo un círculo, se inclinó levemente en dirección a Richard y, luego, emprendió vuelo hacia el norte. Mientras veía cómo

se alejaba la alada criatura, Richard se dio cuenta de que estaba en el lugar exacto en que Nicole y él habían esperado hacía muchos años, en Rama II, a los avícolas que les llevarían por encima del mar Cilíndrico hasta la libertad.

7

Durante el primer segundo que Richard permaneció en la superficie de Nueva York, cien millones de billones de datos fueron adquiridos por los infinitesimales sensores esparcidos por toda la gigantesca nave espacial cilíndrica. Estos datos fueron transmitidos en tiempo real a centros locales de tratamiento de datos, de tamaño sin embargo microscópico, donde quedaron almacenados hasta el momento de su retransmisión al procesador central de telecomunicaciones sepultado bajo el Hemicilindro Sur.

Cada segundo de cada hora de cada día los sensores de Rama adquieren estas unidades de cien trillones de datos. En el procesador de telecomunicaciones, los datos son etiquetados, clasificados, analizados, comprimidos y almacenados en aparatos registradores cuyos componentes individuales son más pequeños que un átomo. Tras su almacenamiento, los datos son recuperados por las docenas de procesadores reticularmente interconectados, cada uno de los cuales realiza una función distinta, que, juntos, controlan la nave espacial Rama. Millares de algoritmos se extienden entre los procesadores que trabajan sobre los datos, extrayendo información de tendencias y síntesis como preparación para las ráfagas de datos regularmente programadas que transmiten el estado de la misión a la Inteligencia Nodal.

Las ráfagas de datos contienen una mezcla de datos primarios, comprimidos y sintetizados, según los formatos exactos seleccionados por los diferentes procesadores. La parte más importante de cada ráfaga es el informe narrativo, en el que la inteligencia unificada pero reticulada de Rama presenta su resumen priorizado del progreso de la misión. El resto de la ráfaga es información auxiliar, imágenes o mediciones o transmisiones de los sensores que, o bien suministran datos complementarios adicionales, o bien apoyan directamente las conclusiones contenidas en el resumen.

El lenguaje utilizado en el resumen narrativo es de estructura matemática, definición precisa y alta codificación. Es también abundante en notas marginales, conteniendo cada expresión o frase equivalente, como parte de su estructura de transmisión, los indicadores de remisión a los datos reales que sustentan la afirmación concreta que se está realizando. El informe no podría, en su más puro sentido, ser traducido a ningún lenguaje tan primitivo como los utilizados por los

seres humanos. No obstante, lo que sigue es una tosca aproximación al informe resumen recibido de Rama por la Inteligencia Nodal poco después de la llegada de Richard a Nueva York.

INFORME Número 298

Hora de transmisión: 156 307 872 491.5116

Tiempo desde Alerta Primera Fase: 29.2873

Referencias: Nódulo 23-419

Nave espacial 947

Viajeros espaciales 47 249 (A & B)

32 806

2 666

Durante el último intervalo, los humanos (Viajero espacial Número 32 806) han continuado luchando victoriosamente contra el par simbiótico avícola/sésil (número 47 249 - A & B). Los humanos controlan ahora casi todo el interior del hábitat avícola/sésil, incluida la sección superior del cilindro pardo en que antes vivían los avícolas. Los avícolas han luchado valerosa pero infructuosamente contra la invasión humana. Se les ha ido dando muerte sin piedad y en la actualidad quedan menos de cien supervivientes.

Los humanos no han violado aún la integridad del territorio sésil. Pero han encontrado los pozos de ascensor que conducen a las partes inferiores del cilindro pardo. Los humanos están elaborando planes para lanzar un ataque contra la morada sésil.

Los sésiles son una especie indefensa. No hay armas de ninguna clase en su territorio. Incluso su forma móvil, que posee la destreza necesaria para usar armas, es esencialmente no violenta. Para protegerse de lo que temen que será una inevitable invasión por parte de los humanos, los sésiles han ordenado a los móviles mirmigatos que construyan fortalezas en torno a los cuatro más viejos y desarrollados de su especie. Mientras tanto, no se permite que germinen más melones maná y los mirmigatos que no participan en el proceso de construcción se están encerrando tempranamente en el capullo. Si los humanos demoran su ataque varios intervalos más, como parece probable, es posible que sólo encuentren unos pocos mirmigatos durante su invasión.

El hábitat humano continúa dominado por individuos de características claramente diferentes de las que poseía el contingente humano observado en el interior del Rama II y en El Nódulo. Los actuales dirigentes humanos centran su atención en la conservación de poder personal, sin atender seriamente al bienestar de la colonia. Pese al mensaje en vídeo y a la presencia de mensajeros humanos en su grupo, estos dirigentes no deben de creer que realmente están siendo observados, pues su comportamiento no refleja en manera alguna la posible existencia de un conjunto de valores o leyes éticas superiores.

Los humanos han continuado la guerra contra los avícolas/sésiles fundamentalmente porque ello desvía la atención de los demás problemas de la colonia, incluida la degradación medioambiental iniciada por los humanos y el reciente acusado descenso del nivel de vida. Los dirigentes humanos, y, de hecho, la mayoría de los colonos, no han mostrado el menor remordimiento por la destrucción y posible exterminio de los avícolas.

La familia humana que permaneció durante más de un año en El Nódulo no ejerce ya influencia apreciable en los asuntos de la colonia. La mujer que fue la mensajera principal continúa encarcelada, esencialmente porque se opone a las

acciones de los dirigentes actuales, y corre peligro de ser ejecutada. Su marido ha estado viviendo con los avícolas y los sésiles y constituye un elemento decisivo en el intento de éstos por sobrevivir al ataque humano. Los hijos no tienen aún la madurez suficiente como para ser un factor importante en la colonia humana.

Muy recientemente, el marido escapó del territorio sésil a la isla que se encuentra en medio de la nave espacial. Llevaba consigo embriones avícolas y sésiles. Conoce bien el medio en que ahora se desenvuelve y debe, por lo tanto, ser capaz de sobrevivir y sacar adelante a las crías de la otra especie. Es posible que su huida se deba, al menos en parte, a la mediación no agresiva que comenzó en la época de la alerta de primera fase. Las señales de mediación desempeñaron, casi con toda seguridad, un papel importante en la decisión de los sésiles de confiar sus embriones a un ser humano.

Pero no existen pruebas de que las transmisiones de mediación hayan afectado al comportamiento de ninguno de los humanos. Para los sésiles, el procesado de información es una actividad primaria y no es, por tanto, sorprendente que fueran susceptibles a sugerencias mediadoras. Los humanos, sin embargo, en especial los dirigentes, tienen sus vidas tan llenas de actividad que queda poco tiempo, si es que queda algo, para la reflexión.

Existe un problema adicional con los humanos y la mediación no agresiva. Como especie, son tan variados, de individuo a individuo, que no se puede diseñar un paquete de transmisión de amplia aplicabilidad. Una serie de señales que podrían dar lugar a una modificación positiva del comportamiento en un humano no ejercerán, casi con toda seguridad, influencia alguna en ningún otro. Se están llevando a cabo en la actualidad experimentos con diferentes tipos de procesos de mediación, pero es posible que los humanos pertenezcan a ese pequeño grupo de viajeros del espacio que son inmunes a la mediación no agresiva.

En el sur de la nave espacial, los aracnopulpos (Número 2 666) continúan medrando en una colonia casi indistinguible de cualquiera de sus otras colonias aisladas en el espacio. Se mantiene latente toda la gama de expresión biológica posible, fundamentalmente por la limitación de recursos territoriales y por la ausencia de verdadera competencia. No obstante, transportan consigo el importante potencial de expansión que ha caracterizado sus logradas transferencias de un sistema estelar a otro.

Hasta que los humanos exploraron a través del muro de su propio hábitat y rompieron el cierre de su recinto, los aracnopulpos prestaron muy poca atención a las otras dos especies existentes en la nave espacial. Pero desde que los humanos comenzaron su exploración, los aracnopulpos han observado con creciente interés los acontecimientos que se desarrollaban en el norte. Los humanos ignoran todavía su existencia, pero los aracnopulpos han empezado ya a elaborar un plan de emergencia que cubra una posible interacción con sus

agresivos vecinos.

La pérdida potencial de toda la comunidad avícola/sésil reduce sobremanera el valor de la misión. Es posible que los únicos supervivientes sésiles y avícolas de la expedición acaben siendo los que se encuentran en el pequeño zoo de los aracnopulpos y, quizá, los criados en la isla por el humano. Ni siquiera la irrevocable pérdida de una especie exige una alerta de fase dos; no obstante, el continuado comportamiento impredecible y contrario a la vida de los actuales dirigentes humanos provoca el grave temor de que la misión pueda sufrir importantes pérdidas adicionales. En el próximo futuro, la actividad mediadora se centrará en los humanos que se oponen a los actuales dirigentes y que, con su comportamiento, han demostrado haber superado el territorialismo y la agresión.

8

—Mi país se llamaba Tailandia. Tenía un rey, cuyo nombre era también Rama, como nuestra nave espacial. Vuestros abuelos, mis padres, probablemente viven todavía allí, en una ciudad llamada Lamfun… Aquí está.

Nai señaló un punto del descolorido mapa. La atención de los niños había empezado a desviarse. « Son demasiado pequeños todavía —pensó—. Aun para unos niños inteligentes, es demasiado esperar a los cuatro años» .

—Bueno —dijo, doblando el mapa—, podéis salir a jugar.

Galileo y Kepler se pusieron sus pesadas chaquetas, cogieron un balón y cruzaron corriendo la puerta en dirección a la calle. A los pocos segundos, disputaban un partido de fútbol de uno contra una « Oh, Kenji —pensó Nai, contemplando a los niños desde la puerta—. Cuánto te han echado en falta. Es imposible ser madre y padre a la vez» .

Había empezado la clase de geografía, como hacía siempre, recordando a los niños que todos los colonos de Nuevo Edén procedían de un planeta llamado Tierra. Nai había mostrado luego a los niños un mapa de su planeta de origen; tras exponerles el concepto básico de continentes y océanos, había identificado después Japón, el país natal de su padre. La actividad le había hecho a Nai sentirse nostálgica y solitaria.

« Quizá estas clases no son en absoluto para vosotros» pensó, contemplando todavía el partido de fútbol que se desarrollaba bajo la débil luz de las farolas públicas de Avalon. Galileo burló a Kepler y lanzó el balón contra una portería imaginaria. « Quizá son para mí en realidad» .

Eponine bajaba por la calle en dirección a ellos. Cogió el balón y se lo echó a los niños. Nai sonrió a su amiga.

—Me alegra verte —dijo—. Por fin puedo estar hoy contenta.

—¿Qué ocurre, Nai? —preguntó Eponine—. ¿Te deprime la vida en Avalon? Por lo menos, es domingo. No estás trabajando en la fábrica de armas y los niños no tienen que ir al centro.

Las dos mujeres entraron en la casa.

—Y, desde luego, tus condiciones de vida no pueden ser la causa de tu abatimiento. —Eponine abarcó la estancia con un ademán—. Después de todo, tenéis una habitación grande para los tres, medio lavabo y un baño que compartís

con otras cinco familias. ¿Qué más podrías desear?

Nai se echó a reír y abrazó a Eponine.

—Eres una gran ayuda —dijo.

—Mamá, mamá —exclamó Kepler desde la puerta—. Ven enseguida. Ha vuelto… Y le está hablando a Galileo.

Nai y Eponine salieron a la puerta. Un hombre que tenía la cara gravemente desfigurada se hallaba arrodillado en la tierra junto a Galileo. El niño estaba evidentemente asustado. El hombre sostenía en su enguantada mano una hoja de papel en la que se veía, cuidadosamente dibujada, una cara humana, con largos cabellos y poblada barba.

—Tú conoces esta cara ¿verdad? —preguntaba insistentemente el hombre—. Es el señor Richard Wakefield, ¿verdad?

Nai y Eponine se acercaron cautelosamente al hombre.

—Ya le dijimos la última vez —exclamó con tono firme Nai— que no moleste más a los niños. Y ahora vuélvase al hospital o llamamos a la policía.

El hombre tenía los ojos desorbitados.

—Anoche lo vi otra vez —dijo—. Se parecía a Jesús, pero era Richard Wakefield. Empecé a dispararle y ellos me atacaron. Eran cinco. Me destrozaron la cara… —El hombre se echó a llorar.

Un enfermero llegó corriendo por la calle. Agarró al hombre.

—Yo le vi —gritó el hombre mientras se lo llevaban—. Sé que lo vi. Por favor, créanme.

Galileo estaba llorando. Nai se inclinó para consolar a su hijo.

—Mamá —preguntó el niño—, ¿crees que ese hombre vio realmente al señor Wakefield?

—No lo sé —respondió ella. Nai miró a Eponine—. Pero a algunos de nosotros nos gustaría creerlo.

Los niños se habían quedado dormidos en sus camas en el rincón. Nai y Eponine se sentaron una junto a la otra en las dos sillas.

—Se rumorea que está muy enferma —indicó en voz baja Eponine—. No le dan de comer apenas. Le hacen sufrir de todas las maneras posibles.

—Nicole nunca se rendirá —aseguró orgullosamente Nai—. Ojalá tuviera yo su fortaleza y su valor.

—Hace más de seis meses que ni a Ellie ni a Robert les permiten visitarla… Nicole ni siquiera sabe que tiene una nieta.

—Ellie me dijo la semana pasada que le ha presentado a Nakamura otra solicitud para visitar a su madre —señaló Nai—. Estoy preocupada por Ellie. Continúa insistiendo obstinadamente.

Eponine sonrió.

—Ellie es maravillosa, aunque increíblemente ingenua. Insiste en que si acata todas las leyes de la colonia Nakamura la dejará en paz.

—No es sorprendente…, en particular si se tiene en cuenta que Ellie cree todavía que su padre está vivo —respondió Nai—. Ha hablado con todas y cada una de las personas que aseguran haber visto a Richard después de su desaparición.

—Todas esas historias que se cuentan sobre Richard le dan esperanzas —observó Eponine—. Todos podemos utilizar una dosis de esperanza de vez en cuando.

Se hizo una momentánea pausa en la conversación.

—¿Y qué hay de ti, Eponine? —preguntó Nai—. ¿Te permites…?

—No —le interrumpió Eponine—. Siempre soy sincera conmigo misma… Sé que voy a morir pronto, sólo que no sé cuándo… Además, ¿por qué habría de esforzarme en seguir viviendo? Las condiciones aquí, en Avalon, son mucho peores incluso que las del centro de detención de Bourges. Si no fuese por los niños de la escuela…

Las dos oyeron al mismo tiempo el ruido que sonó al otro lado de la puerta. Nai y Eponine quedaron completamente inmóviles. Si su conversación había sido grabada por uno de los biots ambulantes de Nakamura, entonces…

La puerta se abrió de pronto. A las dos mujeres les dio un vuelco el corazón. Entró Max Puckett, sonriendo.

—Quedan detenidas —dijo— por sostener conversaciones sediciosas. Max llevaba una gran caja de madera. Las dos mujeres le ayudaron a colocarla en el rincón. Max se quitó la pesada chaqueta.

—Siento venir tan tarde, pero no he podido evitarlo.

—¿Otro transporte de comida para las tropas? —preguntó Nai en voz baja. Señaló a los dormidos gemelos.

Max asintió.

—El rey japonés —respondió en un susurro— siempre me recuerda que un ejército se mueve sobre el estómago.

—Ésa era una de las máximas de Napoleón. —Eponine miró con sarcástica sonrisa a Max—. Supongo que nunca oíste hablar de él allá en Arkansas.

—Vaya, vaya —replicó Max—. La encantadora señora profesora va de marisabidilla esta noche. —Sacó del bolsillo de la camisa un paquete entero de cigarrillos—. Quizá deba guardarme para mí este regalo.

Eponine se echó a reír y se levantó de un salto para coger los cigarrillos. Tras un breve y juguetón forcejeo, Max se los entregó.

—Gracias, Max —dijo formalmente Eponine—. No nos quedan muchos placeres a los que…

—Alto ahí —exclamó Max, todavía sonriendo—. No he recorrido todo este camino para oír cómo te compadeces a ti misma. He parado en Avalon para

recibir la inspiración de tu hermoso rostro… Si vas a estar deprimida, cogeré mi maíz y mis tomates…

—¡Maíz y tomates! —exclamaron Nai y Eponine al unísono.

Las mujeres corrieron a la caja.

—Los niños no han comido alimentos frescos desde hace meses —dijo excitadamente Nai mientras Max abría la caja con una barra de acero.

—Tened mucho, mucho cuidado con esto —advirtió seriamente Max—. Ya sabéis que lo que estoy haciendo es completamente ilegal. Apenas si hay suficientes alimentos frescos para el ejército y los miembros del gobierno. Pero he decidido que os merecíais algo mejor que arroz recalentado.

Eponine abrazó a Max.

—Gracias —dijo.

—Los niños y yo te lo agradecemos mucho, Max —añadió Nai—. No se cómo podremos pagártelo.

—Ya encontraré alguna manera —respondió Max.

Las dos mujeres volvieron a sus sillas y Max se sentó en el suelo entre ellas.

—Por cierto —dijo—, me encontré con Patrick O'Toole en el segundo hábitat… Me pidió que os saludara a las dos.

—¿Cómo está? —preguntó Eponine.

—Yo diría que preocupado —respondió Max—. Cuando lo alistaron, se dejó convencer por Katie para presentarse al ejército, cosa que estoy seguro que nunca habría hecho si Nicole o Richard hubieran podido hablar con él, y creo que se da cuenta ahora del error que cometió. Él no dijo nada, pero pude percibir su turbación. Nakamura lo mantiene en primera línea por causa de Nicole.

—¿No está casi terminada la guerra? —preguntó Eponine.

—Eso creo yo —respondió Max—. Pero no está claro que el rey japonés quiera que termine… Por lo que me han dicho los soldados, queda muy poca resistencia. Se están dedicando principalmente a eliminar los últimos restos en el interior del cilindro pardo.

Nai se inclinó hacia delante.

—Hemos oído el rumor de que en el cilindro vive también otra especie inteligente, algo completamente diferente de los avícolas.

Max se echó a reír.

—¿Quién sabe qué creer? La televisión y el periódico dicen lo que Nakamura quiere que digan, todo el mundo lo sabe. Siempre hay cientos de rumores… Yo mismo he encontrado varios animales y plantas alienígenas bastante extraños, así que nada me sorprendería ya.

Nai contuvo un bostezo.

—Será mejor que me marche —dijo Max, poniéndose en pie— y dejar que nuestra anfitriona se vaya a la cama. —Miró a Eponine—. ¿Quieres que te acompañe alguien a casa?

—Depende de quién sea ese alguien —respondió Eponine con una sonrisa.

Pocos minutos después, Max y Eponine llegaron a la pequeña cabaña de ésta en una de las calles secundarias de Avalon. Max tiró al suelo el cigarrillo que ambos habían compartido y lo aplastó contra la tierra.

—¿Te gustaría que alguien…? —empezó.

—Sí, Max, claro que me gustaría —respondió Eponine con un suspiro—. Y si ese alguien hubiera de concretarse, serías, sin duda alguna, tú. —Le miró directamente a los ojos—. Pero, si compartieras mi cama, incluso una sola vez, entonces querría más. Y, si por alguna horrible casualidad, por mucho cuidado que tuviésemos, llegaras tú alguna vez a dar positivo en la prueba del RV-41, nunca me lo perdonaría.

Eponine se apretó contra él para ocultar sus lágrimas.

—Gracias por todo —dijo—. Eres un hombre bueno, Max Puckett, quizás el único que queda en este enloquecido universo.

Eponine estaba en un museo de París, rodeada de centenares de obras maestras. Un nutrido grupo de turistas recorría el museo. Pasaron un total de cuarenta y cinco segundos mirando cinco espléndidos cuadros de Renoir y Monet.

—¡Deteneos! —gritó Eponine en su sueño—. Es imposible que los hayáis visto.

Los golpecitos en la puerta disiparon el sueño.

—Somos nosotros, Eponine —oyó decir a Ellie—. Si es demasiado temprano, podemos intentar volver más tarde, antes de que vayas a la escuela. Robert temía que pudieran retenernos en la sala de psiquiatría.

Eponine se inclinó y cogió la bata que colgaba en la solitaria silla de la habitación.

—Un momento —respondió—. Ya voy.

Abrió la puerta a sus amigos. Ellie llevaba su uniforme de enfermera, con la pequeña Nicole en una improvisada sillita a la espalda.

La niña dormida se hallaba envuelta en algodón para protegerla del frío.

—¿Podemos entrar?

—Desde luego —respondió Eponine—. Lo siento —añadió—, no os había oído…

—Es una hora absurda para una visita —indicó Ellie—. Pero, con todo el trabajo que tenemos en el hospital, si no veníamos por la mañana temprano no vendríamos nunca.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el doctor Turner unos momentos después. Sostenía un escáner delante de Eponine y en la pantalla del ordenador portátil estaban empezando a aparecer ya los datos.

—Un poco cansada —respondió Eponine—. Pero podría ser cuestión psicológica. Desde que hace dos meses me dijiste que mi corazón estaba comenzando a mostrar signos de degeneración, he venido imaginando que sufría un ataque cardíaco por lo menos una vez al día.

Durante el reconocimiento, Ellie accionaba el teclado conectado al monitor. Se aseguró de que la información más importante derivada del reconocimiento quedaba archivada en el ordenador. Eponine estiró el cuello para ver la pantalla.

—¿Qué tal funciona el nuevo sistema, Robert?

—Hemos tenido varios fallos con las sondas —respondió—. Ed Stafford dice que era de esperar debido a la inadecuación de nuestra pruebas… Y aún no tenemos un buen programa de tratamiento de datos, pero, en conjunto, estamos muy contentos.

—Ha sido la salvación, Eponine —observó Ellie, sin levantar la vista del teclado—. Con nuestras limitaciones económicas y todos los heridos de guerra, nos habría sido imposible por completo mantener actualizados los datos de RV-41 sin esta automatización.

—Ojalá hubiéramos podido utilizar en mayor medida los conocimientos de Nicole para la confección del diseño original —añadió Robert Turner—. No me había dado cuenta de que era tan experta en sistemas informáticos. —El doctor vio algo insólito en un gráfico que apareció en la pantalla—. Saca una copia de eso, ¿quieres? Deseo enseñárselo a Ed.

—¿Has sabido algo nuevo de tu madre? —preguntó Eponine a Ellie cuando ya finalizaba el reconocimiento.

—Vimos a Katie hace dos noches —respondió muy despacio Ellie—. Fue una velada difícil. Quería comentar otro «pacto» que proponían Nakamura y Macmillan… —se apagó su voz—. De todos modos, Katie dice que decididamente habrá juicio antes del Día de la Colonia.

—¿Ha visto ella a Nicole?

—No —respondió Ellie—. Que nosotros sepamos, no la ha visto nadie. La comida se la lleva una García y sus revisiones mensuales se las hace una Tiasso.

La pequeña Nicole rebulló y lloriqueó en la espalda de su madre. Eponine alargó la mano y tocó la porción de la mejilla de la niña que quedaba expuesta al aire.

—Son increíblemente suaves —dijo.

En ese momento, la niña abrió los ojos y rompió a llorar.

—¿Tengo tiempo para darle de mamar, Robert? —preguntó Ellie.

El doctor Turner consultó su reloj.

—De acuerdo —respondió—. Aquí ya hemos terminado prácticamente… Como Wilma Margolin y Bill Tucker están en el bloque siguiente, ¿por qué no los visito yo solo y vuelvo luego?

—¿Puedes ocuparte de ellos sin mí?

—Con dificultad —respondió sombríamente—. En especial con el pobre Tucker.

—Bill Tucker se está muriendo muy lentamente —explicó Ellie a Eponine—. Está solo y tiene grandes dolores. Pero como el gobierno ha prohibido la eutanasia, no hay nada que podamos hacer.

—No hay indicios de atrofia adicional en tus datos —dijo instantes después a Eponine el doctor Turner—. Supongo que debemos sentirnos agradecidos.

Ella no le oía. Mentalmente, Eponine estaba imaginando su propia lenta y dolorosa muerte. « No permitiré que suceda así, —se dijo—. Nunca. En cuanto ya no sea útil… Max me traerá una pistola» .

—Perdona, Robert —dijo—. Debo de estar más dormida de lo que creía. ¿Qué has dicho?

—Que no estás peor. —Robert dio a Eponine un beso en la mejilla y se dirigió hacia la puerta—. Volveré dentro de unos veinte minutos —le dijo a Ellie.

—Robert parece muy cansado —observó Eponine cuando hubo salido.

—Lo está —respondió Ellie—. Sigue trabajando sin cesar… Y cuando no está trabajando le abruman las preocupaciones. —Ellie se había sentado en el suelo de tierra, con la espalda apoyada en la pared de la cabaña. Tenía en brazos a Nicole, que mamaba y ronroneaba intermitentemente.

—-Eso parece divertido —dijo Eponine.

—Nunca he experimentado nada ni remotamente similar. El placer es indescriptible.

« No es para mí —dijo la voz interior de Eponine—. No ahora. Ni nunca» . Por un fugaz instante, Eponine recordó una noche de pasión en que había estado a punto de no decirle « no» a Max Puckett. Le invadió un sentimiento de profunda amargura. Pugnó por combatirlo.

—Ayer di un agradable paseo con Benjy —comentó, cambiando de tema.

—Estoy segura de que me hablará de ello esta mañana —señaló Ellie—. Le encantan sus paseos dominicales contigo. Es lo único que le queda, aparte de mis ocasionales visitas… Sabes que te estoy muy agradecida.

—Olvídalo. Me gusta estar con Benjy. Yo también necesito sentirme necesitada, si entiendes lo que quiero decir… La verdad es que Benjy se ha acomodado sorprendentemente bien. No se queja tanto como los cuarenta y unos y, ciertamente, menos que la gente destinada a trabajar aquí, en la fábrica de armas.

—Oculta su sufrimiento —respondió Ellie—. Benjy es mucho más inteligente de lo que parece… En realidad, le desagrada la sala, pero sabe que no puede cuidar de sí mismo. Y no quiere ser una carga para nadie…

Se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas a Ellie, y su cuerpo se estremeció ligeramente. La pequeña Nicole dejó de mamar y miró a su madre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Eponine.

Ellie movió afirmativamente la cabeza y se enjugó los ojos con el trocito de tela que sostenía junto a los pechos para recoger cualquier gota que pudiera derramarse. Nicole tornó a mamar.

—Ya es bastante penoso contemplar el sufrimiento —dijo Ellie—. Pero el sufrimiento innecesario le desgarra a una el corazón.

El guardia examinó detenidamente sus documentos de identificación y se los pasó a otro hombre uniformado, sentado detrás de él ante una consola de ordenador. El segundo hombre tecleó en el ordenador y devolvió los documentos al guardia.

—¿Por qué examina ese hombre nuestras fotografías todos los días? —preguntó Ellie cuando ya no le podían oír—. Debe de habernos dado paso personalmente por este puesto de control por lo menos una docena de veces en el último mes.

Estaban caminando a lo largo del sendero que conducía desde la salida del hábitat hasta Positano.

—Es su trabajo —respondió Robert—, y le gusta sentirse importante. Si no hiciera de esto una ceremonia cada vez que pasamos, podría olvidar el poder que tiene sobre nosotros.

—El proceso era mucho más sencillo cuando estaban encargados de ello los biots.

—Los que todavía funcionan son demasiado necesarios para el esfuerzo bélico… Además, Nakamura teme que se aparezca el fantasma de Richard Wakefield y desconcierte a los biots.

Anduvieron en silencio durante unos segundos.

—Tú no crees que mi padre está vivo todavía, ¿verdad?

—No —respondió Robert, tras una breve vacilación. Estaba sorprendido por lo directo de su pregunta—. Pero, aunque no creo que esté vivo, sí espero que lo esté.

Robert y Ellie llegaron finalmente a las afueras de Positano. Varias casas nuevas, de estilo europeo, flanqueaban el sendero que descendía suavemente hasta el centro del poblado.

—A propósito, Ellie —dijo Robert—, al hablar de tu padre me he acordado de una cosa que quería comentar contigo… ¿Recuerdas el proyecto de que te hablé, el que está realizando Ed Stafford?

Ellie movió afirmativamente la cabeza.

—Está tratando de ordenar y clasificar la colonia entera por agrupaciones genéticas generales. Él cree que tales clasificaciones, aunque son completamente arbitrarias, pueden contener indicios sobre qué individuos tienen probabilidades de contraer qué enfermedades. Yo no estoy muy de acuerdo con su enfoque,

parece demasiado forzado y numérico, más que médico, pero estudios semejantes realizados en la Tierra han demostrado que personas de genes similares tienen, en efecto, tendencias morbosas similares.

Ellie se detuvo y miró inquisitivamente a su marido.

—¿Por qué quieres hablar de esto conmigo?

Robert rio.

—Sí, sí —dijo—. Ya voy a eso… El caso es que Ed definió una métrica diferencial, un método numérico de medir cómo de diferentes son dos individuos, utilizando la forma en que los cuatro aminoácidos básicos están encadenados en el genoma, y, luego, como prueba, dividió en grupos a todos los ciudadanos de Nuevo Edén. Ahora bien, la métrica no significa realmente nada…

—Robert Turner —le interrumpió Ellie. Se estaba riendo—. ¿Quieres hacer el favor de ir al grano? ¿Qué estás tratando de decirme?

—La verdad es que resulta extraño —continuó él—. No sabemos muy bien cómo interpretarlo. Cuando Ed estableció su primera estructura de clasificación, dos de las personas consideradas no pertenecían a ningún grupo. Manipulando las definiciones de las categorías, finalmente logró definir una extensión cuantitativa que incluía a una de ellas. Pero la estructura de encadenamiento de los aminoácidos de la persona final era tan diferente de las de todas las demás personas de Nuevo Edén que no podía encajar en ninguno de los grupos.

Ellie estaba mirando a Robert como si hubiera perdido la razón.

—Los dos individuos erais tu hermano Benjy y tú —concluyó desmañadamente Robert—. Tú eras la que no encajaba en ninguno de los grupos.

—¿Debo sentirme preocupada por eso? —preguntó Ellie después de que hubieron recorrido otros treinta metros en silencio.

—No creo —respondió Robert con tono ligero—. Probablemente es sólo un artificio de la métrica particular que Ed eligió. O quizá se cometió un error… Pero sería fascinante que, de alguna manera, la radiación cósmica hubiera alterado tu estructura genética durante tu desarrollo embriológico.

Habían llegado ya a la plaza Mayor de Positano. Ellie se inclinó y dio un beso a su marido.

—Todo eso era muy interesante, querido —dijo, burlándose un poco de él—, pero debo confesar que aún no sé muy bien a qué venía.

Una gran parrilla para bicicletas ocupaba la mayor parte de la plaza. Dos docenas de filas y otras tantas columnas de plazas de aparcamiento se extendían por la zona delante de lo que había sido estación de ferrocarril. Todos los colonos, a excepción de los miembros del gobierno, que tenían automóviles eléctricos, utilizaban ahora bicicletas para desplazarse.

El servicio ferroviario en Nuevo Edén había quedado interrumpido poco después de comenzar la guerra. Los trenes habían sido construidos originariamente por los extraterrestres con materiales muy ligeros y de

resistencia excepcional que las fábricas humanas de la colonia habían sido incapaces de imitar. Estas aleaciones eran en extremo valiosas para muchas funciones militares diferentes. A poco de empezar la guerra, por lo tanto, la agencia encargada de la defensa había requisado todos los vagones del sistema ferroviario.

Ellie y Robert avanzaban montados en sus bicicletas, uno al lado del otro, a lo largo de la orilla del lago Shakespeare. La pequeña Nicole se había despertado y contemplaba en silencio el paisaje que la rodeaba. Atravesaron el parque, donde siempre se celebraba la fiesta del Día de la Colonia, y torcieron hacia el norte.

—Robert —dijo Ellie, con una expresión muy seria en el semblante—, ¿has vuelto a pensar en nuestra larga conversación de anoche?

—¿Sobre Nakamura y la política?

—Sí —respondió ella—. Yo sigo creyendo que debemos oponernos los dos a su edicto por el que se suspenden las elecciones hasta después de que haya terminado la guerra… Tú tienes mucho prestigio en la colonia. La mayoría de los profesionales de la medicina seguirán tu ejemplo… Nai cree, incluso, que los obreros fabriles de Avalon podrían declararse en huelga.

—No puedo hacerlo —respondió Robert después de un largo silencio.

—¿Por qué no, querido? —preguntó Ellie.

—Porque no creo que dé resultado… En tu concepción idealista del mundo, Ellie, las personas actúan por fidelidad a unos principios o valores. En realidad, no se comportan así en absoluto. Si nos opusiéramos a Nakamura, lo más probable es que acabásemos los dos en la cárcel. ¿Qué sería entonces de nuestra hija? Además, se retirarían todos los apoyos a los trabajos sobre RV-41, con lo que esa pobre gente quedaría en peor situación aún. El hospital se encontraría con menos personal… Muchas personas sufrirían por causa de nuestro idealismo. Como médico, considero inaceptables estas posibles consecuencias.

Ellie se salió del sendero para bicicletas y entró en un pequeño parque situado a unos quinientos metros de los primeros edificios de Ciudad Central.

—¿Por qué nos paramos aquí? —preguntó Robert—. Nos están esperando en el hospital.

—Quiero tomarme cinco minutos para ver los árboles, oler las flores y abrazar a Nicole.

Una vez que Ellie desmontó, Robert la ayudó a soltarse de la espalda la sillita en que iba la niña. Ellie se sentó entonces en la hierba, con Nicole sobre el regazo. Ninguno de los dos adultos dijo nada mientras contemplaban cómo observaba Nicole las tres hojas de hierba que había cogido con sus gordezuelas manos.

Finalmente, Ellie extendió una manta y depositó suavemente a su hija sobre ella. Se acercó a su marido y le rodeó el cuello con los brazos.

—Te quiero, Robert, te quiero mucho —exclamó—. Pero debo decir que a

veces no estoy en absoluto de acuerdo contigo.

9

La luz que penetraba por la solitaria ventana de la celda proyectaba entrecruzadas sombras sobre la pared de tierra, frente al lecho de Nicole. Los barrotes de la ventana creaban un cuadrado con un dibujo de tres en raya, una matriz casi perfecta de tres por tres. La luz indicó a Nicole que era hora de levantarse. Cruzó el recinto desde el catre de madera en que había estado durmiendo y se lavó la cara en la palangana. Hizo una profunda inspiración y trató de reunir las fuerzas necesarias para enfrentarse a otro día.

Nicole estaba segura de que su última prisión, en la que llevaba ya cinco meses, se encontraba en algún lugar de la franja agrícola de Nuevo Edén, entre Hakone y San Miguel. La última vez que le trasladaron le habían vendado los ojos. Pero Nicole había llegado rápidamente a la conclusión de que se hallaba en una zona rural. Ocasionalmente, un fuerte olor a animales penetraba en su celda por la cuadrada ventana de cincuenta centímetros de lado situada junto al techo. Nicole no podía ver ningún reflejo luminoso proveniente del otro lado de la ventana cuando era de noche en Nuevo Edén.

« Estos últimos meses han sido los peores —pensó Nicole mientras se ponía de puntillas para depositar en el exterior de la ventana unos pocos granos de arroz sazonado—. Nada de conversación, de lectura ni de ejercicio. Dos comidas de arroz y agua al día» . Apareció fuera la pequeña ardilla roja que le visitaba todas las mañanas. Nicole podía oírla. Retrocedió varios pasos a través de la celda para poder verla comer el arroz.

—Tú eres mi única compañía, mi bella amiga —dijo Nicole en voz alta. La ardilla dejó de comer y aguzó el oído, siempre alerta a cualquier posible peligro —. Y nunca has entendido una sola palabra de lo que he dicho.

La ardilla no se quedó mucho tiempo. Cuando terminó su ración de arroz, se marchó y dejó sola a Nicole. Ésta permaneció varios minutos mirando por la ventana en que había estado la ardilla, preguntándose qué estaba pasando con su familia.

Hasta hacía seis meses, en que su juicio por sedición fue « indefinidamente aplazado» en el último momento, se le había permitido a Nicole recibir una visita semanal de una hora de duración. Aunque en las conversaciones se hallaba siempre presente un guardián y estaba terminantemente prohibido hacer ninguna

clase de comentarios sobre política o sobre sucesos de actualidad, ella siempre había esperado con ansia aquellas sesiones semanales con Ellie o Patrick. De ordinario, era Ellie quien acudía. Por algunas frases, cuidadosamente enunciadas, de sus hijos, Nicole había deducido que Patrick realizaba alguna clase de trabajo oficial y sólo era accesible en contadas ocasiones.

Nicole se había sentido primero furiosa y luego deprimida cuando supo que Benjy había sido internado en una institución asistencial y que no se le permitía visitarle. Ellie había tratado de persuadir a su madre de que Benjy se encontraba perfectamente, dadas las circunstancias. Se había hablado poco de Katie. Ni Patrick ni Ellie habían sabido cómo explicar a Nicole que su hermana mayor no manifestaba realmente ningún interés en visitar a su madre.

Durante aquellas primeras visitas, el embarazo de Ellie era siempre un tema de conversación desprovisto de riesgos. Le emocionaba a Nicole tocar el vientre de su hija o hablar de los especiales sentimientos de una futura madre. Si Ellie mencionaba lo activa que se mostraba la criatura, Nicole comentaba y comparaba sus propias experiencias (« Cuando estaba embarazada de Patrick —dijo una vez Nicole— nunca me sentía cansada. Por el contrario, tú eras una auténtica pesadilla para una madre, siempre pataleando en plena noche, cuando yo quería dormir»); si Ellie no se encontraba bien, Nicole le recomendaba alimentos o actividades físicas que a ella le habían ayudado mucho cuando notaba los mismos síntomas.

La última visita de Ellie se había producido dos meses antes de la fecha prevista para el parto. La semana siguiente, Nicole había sido trasladada a su nueva celda y desde entonces no había vuelto a hablar con un ser humano. Los biots mudos que atendían a Nicole nunca habían dado muestras de que oyesen siquiera sus preguntas. Una vez, en un acceso de frustración, le había gritado a la Tiasso que le daba su baño semanal: « ¿No entiendes? Mi hija iba a dar a luz un hijo, mi nieto, en algún momento de la semana pasada. Necesito saber si se encuentran bien» .

En sus anteriores celdas siempre se le había permitido a Nicole leer. Siempre que quería le llevaban de la biblioteca nuevos *discolibros*, por lo que los días entre visitas transcurrían con bastante rapidez. Había releído casi todas las novelas históricas de su padre, así como algo de poesía, historia y unos cuantos de los libros de medicina más interesantes. Nicole se había sentido especialmente fascinada por las semejanzas entre su vida y las de sus dos heroínas de la infancia, Juana de Arco y Leonor de Aquitania. Nicole apuntalaba su propia fortaleza al observar que ninguna de las otras dos mujeres permitieron que sus actitudes básicas se modificaran, pese a los largos y penosos períodos transcurridos en prisión.

Poco después de su traslado, al ver que la García que le atendía en la nueva celda no le entregaba su lector electrónico juntamente con sus efectos

personales, Nicole pensó que se trataba de un simple error. Pero después de haber pedido varias veces el lector sin que sus peticiones dieran resultado, comprendió que se le estaba negando el derecho a leer.

El tiempo transcurría muy lentamente para Nicole en su nueva celda. Durante varias horas al día paseaba metódicamente de un lado a otro, tratando de mantener activos el cuerpo y la mente. Intentó organizar estas sesiones, procurando no pensar en su familia, lo que hacía que sus sentimientos de soledad y depresión se intensificaran inevitablemente, y centrar su atención en ideas o conceptos filosóficos más generales. Con frecuencia, al término de estas sesiones se concentraba en algún acontecimiento pasado de su vida e intentaba derivar de él alguna consecuencia nueva o importante.

Durante una de estas sesiones, Nicole recordó nítidamente una secuencia de acontecimientos que se había desarrollado cuando ella tenía quince años. Para entonces, ella y su padre se hallaban ya confortablemente instalados en Beauvois y Nicole obtenía brillantes resultados en la escuela. Decidió participar en el concurso nacional para la selección de tres muchachas que interpretarían el papel de Juana de Arco en la serie de representaciones teatrales que conmemorarían el 750 aniversario del martirio de la doncella de Rouen. Nicole se entregó al concurso con una pasión y una determinación que conmovieron y, al mismo tiempo, preocuparon a su padre. Cuando Nicole ganó el concurso regional de Tours, Pierre dejó incluso de trabajar durante seis semanas en sus novelas para ayudar a su amada hija a prepararse para las finales en Rouen.

Nicole obtuvo el primer puesto en los componentes atléticos e intelectuales del concurso. Incluso alcanzó una puntuación muy alta en las evaluaciones de interpretación. Ella y su padre tenían la seguridad de que iba a ser elegida. Pero cuando se anunciaron los vencedores, Nicole quedó en segundo lugar.

« Durante años —pensó Nicole mientras paseaba de un lado a otro en su celda de Nuevo Edén—, pensé que había fracasado. Lo que mi padre me dijo acerca de que Francia no estaba preparada para una Juana de Arco de piel oscura no importaba. Me sentía una fracasada. Estaba destrozada. No recuperé realmente mi autoestima hasta la Olimpíada, y entonces sólo por unos días antes de que Henry me hundiera de nuevo» .

« El precio fue terrible —continuó Nicole—. Permanecí completamente centrada en mí misma durante muchos años por causa de mi falta de autoestima. Pasó mucho tiempo antes de que finalmente me sintiera feliz conmigo misma. Y sólo entonces pude dar a otros. —Hizo una pausa en sus pensamientos—. ¿Por qué tantos de nosotros atravesamos la misma experiencia? ¿Por qué es tan egoísta la juventud y por qué debemos encontrarnos primero a nosotros mismos para comprender cuánto más hay en la vida?» .

Cuando la García que siempre le llevaba la comida incluyó en el menú un poco de pan fresco y unas cuantas zanahorias crudas, Nicole sospechó que se iba a introducir algún cambio en su régimen. Dos días después, la Tiasso entró en la celda con un cepillo para el pelo, maquillaje, un espejo e incluso un poco de perfume. Nicole se dio un largo y voluptuoso baño y se acicaló por primera vez en varios meses. Cuando recogió la bañera de madera y se disponía ya a marcharse, el biot le entregó una nota. « Mañana por la mañana, recibirá una visita» , decía la nota.

Nicole no pudo dormir. Por la mañana parloteó como una niña con su amiga la ardilla, hablando de sus esperanzas y sus temores con respecto a la inminente visita. Trató varias veces de arreglarse la cara y el pelo antes de dejarlo por imposible. El tiempo transcurría muy despacio.

Por fin, poco antes de la comida, oyó pasos humanos que se acercaban por el corredor en dirección a su celda. Nicole se precipitó hacia delante, expectante.

—¡Katie! —gritó cuando vio a su hija aparecer por el recodo.

—Hola, madre —dijo Katie, al tiempo que abría la puerta y entraba en la celda. Las dos mujeres se abrazaron y permanecieron largo rato sin separarse. Nicole no trató de contener las lágrimas que le desbordaban de los ojos.

Se sentaron en el lecho de Nicole, el único mueble de la celda, y conversaron afablemente durante varios minutos acerca de la familia. Katie informó a Nicole de que tenía una nueva nieta (« Nicole des Jardins Turner —dijo—, debes sentirte muy orgullosa») y, luego, sacó unas veinte fotografías. Las fotos incluían instantáneas recientes de la niña con sus padres, Ellie y Benjy juntos en un parque, Patrick de uniforme e, incluso, un par de ellas de Katie con vestido de noche. Nicole las fue contemplando atentamente, una a una, con los ojos velados por las lágrimas. « Oh, Katie» , exclamó varias veces.

Cuando terminó, Nicole agradeció efusivamente a su hija que le hubiera llevado las fotografías.

—Puedes quedarte con ellas, madre —dijo Katie, al tiempo que se ponía en pie y se dirigía al lugar situado bajo la ventana. Abrió el bolso y sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—Querida —pidió Nicole con tono vacilante—, ¿te importaría no fumar aquí, por favor? La ventilación es horrible. Estaría oliendo durante semanas.

Katie miró unos instantes fijamente a su madre y, luego, volvió a guardar los cigarrillos y el encendedor en el bolso. En ese momento, llegaron a la celda un par de García con una mesa y dos sillas.

—¿Qué es esto? —preguntó Nicole.

Katie sonrió.

—Vamos a comer juntas —respondió—. He hecho que preparen algo

especial para la ocasión: pollo con setas y salsa al vino.

Poco después, una tercera García introdujo en la celda la comida, que olía divinamente, y la depositó sobre la mesa junto a la delicada vajilla de porcelana y la cubertería de plata. Había incluso una botella de vino y dos vasos de cristal.

Le resultaba difícil a Nicole recordar los buenos modales. El pollo estaba tan delicioso y las setas tan tiernas que lo comió todo sin hablar. De vez en cuando, al tomar un trago de vino, murmuraba: «Humm» o «Esto es fantástico», pero básicamente permaneció callada hasta que dejó el plato completamente limpio.

Katie, que comía muy poco de ordinario, mordisqueó apenas unos bocados mientras contemplaba a su madre. Cuando Nicole terminó, Katie llamó a una García para que retirase los platos y les llevara café: hacía casi dos años que Nicole no tomaba una buena taza de café.

—Bueno, Katie —dijo Nicole con una cálida sonrisa después de darle las gracias por la comida—. ¿Qué tal te va? ¿A qué te dedicas?

Katie rio ásperamente.

—La misma basura de siempre —respondió—. Ahora soy «directora de espectáculos» para todo el complejo de Vegas… yo contrato todas las funciones de los clubes… El negocio va bien, aunque… —Katie se interrumpió al recordar que su madre no sabía nada de la guerra en el segundo hábitat.

—¿Has encontrado un hombre que sepa apreciar tus cualidades? —preguntó con tacto Nicole.

—Ninguno que se quede. —Katie se sintió azorada por su respuesta y se mostró de pronto muy agitada—. Escucha, madre —dijo, inclinándose sobre la mesa—, no he venido aquí para hablar de mi vida amorosa… Tengo una proposición que hacerte, o, mejor dicho, la familia tiene para ti una proposición que todos apoyamos.

Nicole miró a su hija, frunciendo el ceño con desconcierto. Observó por primera vez que Katie había envejecido considerablemente en los dos años transcurridos desde la última vez que la vio.

—No entiendo —respondió—. ¿Qué clase de proposición?

—Bueno, como tal vez sepas, el gobierno lleva algún tiempo preparando sus cargos contra ti. Ahora está ya en disposición de iniciar el juicio. La acusación, naturalmente, es de sedición, lo que implica una pena de muerte obligatoria. El fiscal nos ha dicho que las pruebas contra ti son abrumadoras y que no hay duda de que serás declarada culpable. No obstante, en atención a tus pasados servicios a la colonia, si tú misma te declaras culpable del cargo menor de «sedición involuntaria», él desistirá de…

—Pero yo no soy culpable de nada —exclamó con firmeza Nicole.

—Lo sé, madre —replicó Katie con tono impaciente—. Pero nosotros, Ellie, Patricky yo, estamos de acuerdo en que existen muchas probabilidades de que te condenen. El fiscal nos ha prometido que si, simplemente, te declaras culpable

del cargo reducido, te trasladarán sin demora a un sitio mejor y te permitirán recibir visitas de tu familia, incluida tu nieta… Incluso insinuó que podría interceder ante las autoridades para que permitiesen a Benjy vivir con Robert y Ellie…

Nicole estaba sumida en un mar de confusiones.

—¿Y todos vosotros creéis que debo aceptar este pacto y confesar mi culpabilidad, aunque desde el momento mismo de mi detención no he dejado de proclamar mi inocencia?

Katie asintió.

—No queremos que mueras —dijo—. Especialmente por nada.

Relampaguearon de pronto los ojos de Nicole.

—¡Por nada! ¡Tú crees que moriría por nada! —Se apartó de la mesa, se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro por la celda—. Moriría por la justicia —dijo Nicole, más a sí misma que a Katie—, en mi mente al menos, aunque no exista absolutamente nadie más en el universo que pueda comprenderlo.

—Pero, madre —insistió Katie—, ¿de qué serviría? Tus hijos y tu nieta se verían privados para siempre de tu compañía, Benjy continuaría en esa horrible institución…

—De modo que ése es el trato —le interrumpió Nicole, levantando la voz—, una versión más insidiosa del pacto de Fausto con el diablo… Abandona tus principios, Nicole, y confiesa tu culpa, aunque no has cometido ninguna transgresión. Y no vendas tu alma por una simple recompensa personal y terrena. No, eso sería demasiado fácil de rechazar. Se te pide que aceptes el trato porque de ello se beneficiará tu familia… ¿Qué otra apelación a una madre puede ser más eficaz para mover su ánimo?

Los ojos de Nicole despedían fuego. Katie abrió el bolso, sacó un cigarrillo y lo encendió con mano temblorosa.

—¿Y quién me viene con semejante proposición? —continuó Nicole. Estaba gritando ya—. ¿Quién me trae una comida deliciosa y vino y fotografías de mi familia para que consienta en hundirme yo misma el puñal que sin duda me matará con mucho más dolor que cualquier silla eléctrica? Nada menos que mi propia hija, el adorado fruto de mi vientre.

Nicole se adelantó de pronto y agarró a Katie.

—No hagas de Judas para ellos, Katie —exclamó, sacudiendo a su aterrorizada hija—. Tú eres mucho mejor que eso. Con el tiempo, si me condenan y me ejecutan por estos especiosos cargos, apreciarás lo que estoy haciendo.

Katie se desasió de su madre y retrocedió tambaleándose. Dio una chupada a su cigarrillo.

—Eso es una estupidez, madre —dijo, momentos después—. Una completa

estupidez… Estás dando muestras de tu habitual fariseísmo. Mira, yo he venido aquí para ayudarte, para ofrecerte una posibilidad de seguir viva. ¿Por qué no puedes escuchar a alguien sólo una vez en tu maldita vida?

Nicole se le quedó mirando a Katie unos segundos. Su voz era más suave cuando habló de nuevo.

—Te he estado escuchando, Katie, y no me gusta lo que he oído. También te he estado observando… No creo ni por un momento que hayas venido aquí para ayudarme. Eso estaría en completa contradicción con lo que he visto de tu carácter durante estos últimos años. En todo esto tiene que haber algo para ti…

» Y tampoco creo que representes en absoluto a Ellie y Patrick. Si así fuese, habrían venido contigo. Debo confesar que antes me he sentido por un momento confusa y he pensado que quizás estaba causando demasiado dolor a todos mis hijos… Pero en los últimos minutos he comprendido con toda claridad lo que está pasando aquí…, Katie, mi querida Katie…

—No vuelvas a tocarme —gritó Katie cuando Nicole se le acercó. Los ojos de Katie estaban llenos de lágrimas—. Y ahórrame tu farisaica compasión.

Se hizo el silencio en la celda. Katie terminó su cigarrillo y trató de calmarse.

—Escucha —dijo, al fin—, me importa un bledo lo que sientas por mí, eso es lo de menos, pero madre, ¿por qué no puedes pensar en Patrick y Ellie e, incluso, en la pequeña Nicole? ¿Es tan importante para ti ser santa que ellos deben sufrir por tu comportamiento?

—Con el tiempo —respondió Nicole—, comprenderán.

—Con el tiempo —replicó airadamente Katie— tú estarás muerta. Dentro de muy poco tiempo… ¿Te das cuenta de que en cuanto yo salga de aquí y le diga a Nakamura que no hay trato fijarán la fecha de tu juicio? ¿Y de que no tienes ninguna probabilidad, absolutamente ninguna maldita probabilidad?

—No puedes asustarme, Katie.

—No puedo asustarte, no puedo conmoverte, no puedo ni siquiera apelar a tu sensatez. Como todos los buenos santos, tú escuchas tus propias voces.

Katie hizo una profunda inspiración.

—Entonces, supongo que no hay más que hablar… Adiós, madre. —Aun a su pesar, nuevas lágrimas aparecieron en los ojos de Katie.

Nicole lloraba ahora abiertamente.

—Adiós, Katie —dijo—. Te quiero.

10

—La defensa puede presentar sus conclusiones finales.

Nicole se levantó de su silla y rodeó la mesa. Le sorprendió lo cansada que estaba. Decididamente, los dos años de prisión habían debilitado su legendario vigor.

Se aproximó lentamente al jurado compuesto por cuatro hombres y dos mujeres. La mujer de la primera fila, Karen Stolz, era originaria de Suiza. Nicole había tenido bastante amistad con ella cuando los señores Stolz poseían y dirigían la panadería situada en las proximidades de la casa de los Wakefield en Beauvois.

—Hola, Karen —dijo en voz baja Nicole, al tiempo que se detenía directamente delante de los miembros del jurado. Éstos se hallaban sentados en dos filas de tres asientos cada una—. ¿Qué tal están John y Marie? Deben de estar hechos ya unos mozos.

La señora Stolz se retorció en su asiento.

—Están bien, Nicole —respondió en un susurro.

Nicole sonrió.

—¿Y sigues haciendo aquellos maravillosos bollos de canela todos los domingos por la mañana?

El golpe del mazo resonó en la sala del tribunal.

—Señora Wakefield —advirtió el juez Nakamura—, no es éste el momento adecuado para charlar. Sólo dispone de cinco minutos para sus alegaciones finales y el tiempo ya ha empezado a contar.

Nicole hizo caso omiso del juez. Se inclinó sobre la barandilla que había entre ella y el jurado, con los ojos fijos en el espléndido collar que Karen Stolz lucía al cuello.

—Las joyas son preciosas —dijo en un susurro—. Pero habrían pagado mucho, mucho más.

Resonó de nuevo el mazo. Dos guardias se aproximaron rápidamente a Nicole, pero ésta ya se había separado de la señora Stolz.

—Señoras y caballeros del jurado —dijo Nicole—, durante toda esta semana han escuchado ustedes cómo insistía repetidamente el fiscal en que yo he incitado a la resistencia contra el legítimo gobierno de Nuevo Edén. Por mis supuestos actos, se me ha acusado de sedición. Ahora, deben ustedes decidir,

sobre la base de las pruebas presentadas en este juicio, si soy culpable. Recuerden, por favor, mientras deliberan, que la sedición es un delito capital; un veredicto de culpabilidad entraña necesariamente la imposición de la pena de muerte.

» En mi declaración final, quisiera examinar detenidamente la estructura montada por la acusación. El testimonio del primer día, que era en su totalidad por completo irrelevante con los cargos formulados contra mí y, en mi opinión, fue permitido por el juez Nakamura en clara vulneración de los preceptos legales de la colonia que regulan el testimonio en los juicios por delitos capitales…

—Señora Wakefield —le interrumpió airadamente el juez Nakamura—, como ya le he dicho anteriormente a lo largo de la semana, no puedo tolerar en mi tribunal semejantes comentarios irrespetuosos. Una observación similar más, y no sólo la procesaré por desacato, sino que pondré además fin a su declaración.

—Durante todo aquel día, el fiscal trató de demostrar que yo era persona de dudosa moralidad sexual y, por lo tanto, candidata de alguna manera a participar en conspiraciones políticas. Señoras y caballeros, me encantaría tratar en privado con ustedes de las insólitas circunstancias asociadas con la concepción de cada uno de mis seis hijos. Pero mi vida sexual, pasada, presente o incluso futura, no guarda absolutamente ninguna relación con este juicio. Salvo por su posible valor como diversión, aquel primer día de testimonio careció por completo de significado.

Se oyeron varias risitas en la abarrotada tribuna del público, pero los guardias acallaron rápidamente a la multitud.

—El siguiente grupo de testigos presentados por el fiscal —continuó Nicole— dedicó muchas horas a implicar a mi marido en actividades sediciosas. Admito de buen grado que estoy casada con Richard Wakefield. Pero su culpabilidad o su inocencia son también irrelevantes en este juicio. Sólo las pruebas que me hagan aparecer a mí culpable de sedición son pertinentes aquí para su veredicto.

» El fiscal ha sugerido que mis actos sediciosos se iniciaron con mi participación en el vídeo que finalmente dio lugar a la creación de esta colonia. Reconozco que yo ayudé a preparar el vídeo que fue transmitido a la Tierra desde Rama, pero niego categóricamente que yo haya “conspirado desde el principio con los alienígenas” o que haya intrigado de ninguna manea contra mis semejantes humanos con los extraterrestres que construyeron esta nave espacial.

» Yo participé en la grabación de aquel vídeo, como indiqué ayer cuando permití que el fiscal me interrogase, porque consideraba que no tenía opción. Mi familia y yo nos encontrábamos a merced de una inteligencia y un poder superiores a nada de cuanto ninguno de nosotros había imaginado jamás. Nos preocupaba la posibilidad de que nuestra negativa a intervenir en la grabación del vídeo diera lugar a la adopción de represalias contra nosotros.

Nicole volvió unos momentos a la mesa de la defensa y bebió un poco de

agua. Después se dirigió de nuevo al jurado.

—Eso deja solamente dos fuentes posibles de cualquier prueba real de sedición contra mí: el testimonio de mi hija Katie y esa extraña grabación magnetofónica, una inconexa colección de comentarios hechos por mí a otros miembros de mi familia después de haber sido encarcelada, que ustedes oyeron ayer por la mañana.

» Saben ustedes perfectamente lo fácil que es desvirtuar y manipular las grabaciones. Los dos técnicos que ayer declararon como testigos admitieron que escucharon centenares de horas de conversación entre mis hijos y yo antes de encontrar esos treinta minutos de "prueba condenatoria", de los cuales no pasan de dieciocho los tomados en una misma conversación. Decir que las observaciones mías contenidas en esa grabación estaban presentadas fuera de contexto es lo menos que cabe aducir.

» Con respecto al testimonio de mi hija Katie Wakefield, sólo puedo decir, con enorme tristeza, que mintió repetidamente en sus primeras declaraciones. Jamás tuve yo el menor conocimiento de las actividades supuestamente ilegales de mi marido Richard y, desde luego, nunca le ayudé a ellas.

» Recordarán ustedes que, al ser contrainterrogada por mí, Katie empezó a balbucear y a contradecirse y acabó repudiando su testimonio anterior antes de desplomarse en el estrado de los testigos. El juez les había advertido que mi hija ha padecido recientemente una frágil salud mental y que debían prescindir de las declaraciones que prestase bajo tensión emocional durante mi interrogatorio. Yo les ruego que recuerden todas las palabras que Katie ha pronunciado, no sólo cuando le interrogaba el fiscal, sino también durante el tiempo en que yo trataba de obtener las fechas y lugares concretos de la acción sediciosa que ella me había atribuido.

Nicole se acercó una última vez a los miembros del jurado, estableciendo cuidadosamente contacto visual con cada uno de ellos.

—Finalmente, deben ustedes juzgar dónde está la verdad en este caso. Me enfrento ahora a ustedes con el corazón oprimido, sin poder dar crédito a los sucesos que me han llevado a ser acusada de estos graves delitos. He servido bien a la colonia y a la especie humana. No soy culpable de ninguno de los cargos formulados contra mí. Cualquier poder o inteligencia que exista en este asombroso universo reconocerá ese hecho, con independencia del resultado de este juicio.

La luz exterior se iba desvaneciendo rápidamente. Una contemplativa Nicole se hallaba apoyada contra la pared de su celda, preguntándose si aquélla sería la última noche de su vida. Se estremeció involuntariamente. Desde que fuera pronunciado el veredicto, Nicole se había acostado todas las noches esperando

morir al día siguiente.

La García le llevó la cena poco después de oscurecer. La comida había mejorado mucho los últimos días. Mientras comía lentamente su plato de pescado asado, Nicole reflexionaba en los cinco años transcurridos desde que ella y su familia recibieron al grupo de exploración de la *Pinta*. « ¿Qué es lo que se torció aquí? —se preguntó—. ¿Cuáles fueron nuestros errores fundamentales?» .

Oía mentalmente la voz de Richard. Siempre cínico y sin ninguna confianza en el comportamiento humano, había sugerido al final del primer año que Nuevo Edén era demasiado bueno para la humanidad. « Lo acabaremos echando a perder, como hicimos con la Tierra —decía—. Nuestro bagaje genético, todo, ya sabes, el territorialismo y la agresión y el comportamiento ruin, es demasiado fuerte como para que lo venzan la educación y la instrucción. Mira los héroes de O'Toole, los dos, Jesús y ese joven italiano, san Michael de Siena. Los mataron por sugerir que los humanos debían intentar ser algo más que chimpancés inteligentes» .

« Pero aquí, en Nuevo Edén —pensó Nicole— había muchas oportunidades para un mundo mejor. Las necesidades básicas de la vida se hallaban cubiertas. Nos encontrábamos rodeados de pruebas inequívocas de la existencia de inteligencia en el universo que se extiende mucho más allá del nuestro. Eso hubiera debido producir un entorno en el que…»

Terminó el pescado y se puso delante el pequeño pudin de chocolate. Nicole sonrió para sus adentros, recordando lo mucho que a Richard le gustaba el chocolate. « Le he echado mucho de menos —pensó—. Especialmente su conversación y su perspicacia» .

Nicole se sobresaltó al oír ruido de pasos que se acercaban a su celda. Un escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo. Sus visitantes eran dos hombres jóvenes, cada uno de los cuales llevaba una linterna. Vestían el uniforme de la policía especial de Nakamura.

Los hombres entraron en la celda con aire de eficiencia y profesionalidad. No se presentaron. El de más edad, de unos treinta y tantos años, sacó rápidamente un documento y empezó a leer:

—« Nicole des Jardins Wakefield —dijo—, ha sido usted declarada culpable del delito de sedición y será ejecutada mañana por la mañana a las ocho en punto. Se le servirá el desayuno a las seis y media, diez minutos después de amanecer, y a las siete y media vendremos para llevarla a la cámara de ejecución. A las siete cincuenta y ocho será usted atada a la silla eléctrica y exactamente dos minutos después se aplicará la corriente…» ¿Tiene alguna pregunta que hacer?

El corazón le latía a Nicole con tanta rapidez que apenas si podía respirar. Hizo un esfuerzo por calmarse.

—¿Tiene alguna pregunta que hacer? —repitió el policía.

—¿Cómo se llama usted, joven? —preguntó Nicole con voz quebrada.

—Franz —respondió el hombre tras un instante de desconcierto y vacilación.

—Franz ¿qué? —preguntó Nicole.

—Franz Bauer —fue la respuesta.

—Bien, Franz Bauer —dijo Nicole, tratando de forzar una sonrisa—, ¿puede decirme, por favor, cuánto tardaré en morir? Después de que aplique la corriente, claro.

—En realidad, no lo sé —respondió, un tanto confuso—. Perderá el conocimiento casi al instante, en un par de segundos. Pero no sé cuánto…

—Gracias —le interrumpió Nicole, que empezaba a sentirse desfallecer—. ¿Podrían irse ahora, por favor? Me gustaría estar sola. —Los dos hombres abrieron la puerta de la celda—. Oh, a propósito —añadió Nicole—, ¿podrían dejar una linterna? ¿Y quizá papel y pluma, o incluso una libreta electrónica?

Franz Bauer meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No podemos…

Nicole los despidió con un gesto y cruzó hasta el otro extremo de la celda. « Dos cartas —se dijo, respirando lentamente para hacer acopio de fuerzas—. Sólo quería escribir dos cartas. Una a Katie y otra a Richard. Estoy en paz con todos los demás» .

Después de que los policías se hubieron marchado, Nicole recordó las largas horas que había pasado en el pozo de Rama II muchos años antes, cuando creyó que iba a morir de inanición. Había pasado lo que entonces pensaba que eran sus últimos días reviviendo los momentos felices de su vida. « Eso no es necesario ahora —pensó—. No hay suceso alguno de mi pasado que no haya revisado ya detenidamente. Ése es el resultado de dos años de cárcel» .

Le sorprendió a Nicole descubrir que no estaba irritada por no poder escribir las dos últimas cartas. « Volveré a plantear la cuestión por la mañana. Me dejarán escribir las cartas si hago suficiente ruido» . Nicole sonrió, aun a su pesar.

—No vayas dulcemente… —citó en voz alta.

Notó de pronto que volvía a acelerársele el pulso. Nicole vio mentalmente una silla eléctrica en una habitación oscura. Ella estaba sentada en la silla; un extraño casco le cubría la cabeza. El casco empezó a refulgir y Nicole se vio a sí misma desplomarse hacia delante.

« Dios mío —pensó—, dondequiera que estés y lo que quiera que seas, dame valor ahora. Estoy muy asustada» .

Nicole se sentó en la cama en la oscuridad del recinto. Al cabo de unos minutos, se sintió mejor, casi tranquila. Se preguntó cómo sería el instante de la muerte. « ¿Es como irse a dormir y luego no hay nada? ¿O sucede algo muy especial en ese último momento, algo que ninguna persona viva puede conocer jamás?» .

Una voz le estaba llamando desde muy lejos. Nicole rebulló, pero no despertó del todo.

—Señora Wakefield —llamó de nuevo la voz.

Nicole se incorporó rápidamente en la cama, pensando que había llegado la mañana. Experimentó una oleada de miedo cuando su mente le dijo que sólo le quedaban dos horas de vida.

—Señora Wakefield —dijo la voz—, aquí, fuera de su celda… Soy Amadou Diaba.

Nicole se frotó los ojos y pugnó por ver la figura que había en la oscuridad, junto a la puerta.

—¿Quién? —preguntó, mientras cruzaba lentamente la estancia.

—Amadou Diaba. Hace dos años, usted ayudó al doctor Turner a hacerme un trasplante de corazón.

—¿Qué está haciendo aquí, Amadou? ¿Y cómo ha entrado?

—He venido a traerle algo. Soborné a todos los que hizo falta. Tenía que verla.

Aunque el hombre estaba a sólo cinco metros de distancia de ella, Nicole sólo podía ver su vaga silueta en la oscuridad. Además, sus fatigados ojos le estaban gastando jugarretas. Una vez, en que forzó especialmente la vista, creyó por un momento que su visitante era su bisabuelo Omeh. Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Muy bien, Amadou —dijo por fin Nicole—. ¿Qué es lo que me ha traído?

—Debo explicarlo primero —respondió él—. Y aun entonces puede que no tenga ningún sentido… Yo mismo no lo comprendo del todo. Sólo sé que tenía que traérselo esta noche.

Hizo una pausa. Como Nicole permaneciera en silencio, Amadou contó rápidamente su historia.

—El día siguiente a haber sido elegido para formar parte de la colonia Lowell, estando todavía en Lagos, recibí este extraño mensaje de mi abuela senoufo diciéndome que era muy urgente que fuera a verla. Acudí a la primera oportunidad, que fue dos semanas después, tras haber recibido un nuevo mensaje de mi abuela insistiendo en que mi visita era cuestión de « vida o muerte» .

» Cuando llegué a su poblado, en Costa de Marfil, era noche cerrada. Mi abuela se despertó y se vistió inmediatamente. Acompañados por el hechicero de nuestro poblado, realizamos esa misma noche un largo viaje a través de la sabana. Yo estaba exhausto cuando llegamos a nuestro destino, una pequeña aldea llamada Nidougou.

—¿Nidougou? —le interrumpió Nicole.

—En efecto —respondió Amadou—. El caso es que había allí un hombre extraño, de rostro muy arrugado, que debía de haber sido una especie de superchamán. Mi abuela y nuestro hechicero se quedaron en Nidougou mientras este hombre y yo escalábamos con esfuerzo una inhóspita montaña próxima que

se elevaba junto a la orilla de un pequeño lago. Llegamos a la cumbre poco antes del amanecer.

» —Mira —dijo el anciano cuando cayeron sobre el lago los primeros rayos de sol—, mira en el lago de la Sabiduría. ¿Qué ves?

» Le dije que veía treinta o cuarenta objetos de forma de melón que descansaban en el fondo del lago, a un costado.

» —Excelente —respondió, con una sonrisa—, tú eres realmente él.

» —Yo soy ¿quién? —preguntó.

» No respondió. Caminamos en torno al lago, junto al lugar en que habían estado sumergidos los melones, que ya no podíamos ver mientras el Sol se elevaba en el firmamento, y el superchamán sacó un pequeño frasco. Lo sumergió en el agua, lo tapó y me lo entregó. Me dio también una piedra pequeña que tenía la misma forma que los objetos semejantes a melones sumergidos en el fondo del lago.

» —Éstos son los regalos más importantes que jamás recibirás —dijo.

» —¿Por qué? —pregunté.

» Instantes después, se le pusieron los ojos completamente en blanco y cayó en trance mientras entonaba un rítmico canto senoufo. Danzó durante varios minutos y, luego, se lanzó de pronto al agua y empezó a nadar.

—¡Espera un momento! —grité—. ¿Qué haré con tus regalos?

» —Llévalos contigo a todas partes —respondió—. Sabrás cuándo es el momento de utilizarlos.

Nicole pensó que los latidos de su corazón eran tan fuertes que hasta Amadou podía oírlos. Extendió el brazo por entre los barrotes de la celda y le tocó en el hombro.

—Y anoche —murmuró— una voz le dijo en sueños, o quizá no era en sueños, que me trajese esta noche el frasco y la piedra.

—Exactamente —confirmó Amadou. Hizo una pausa—. ¿Cómo lo sabía?

Nicole no respondió. No podía hablar. Le temblaba todo el cuerpo. Momentos después, cuando recibió en la mano los dos objetos, sintió las rodillas tan flojas que pensó que se iba a caer. Dio las gracias dos veces a Amadou y le instó a que se marchara antes de que lo descubrieran.

Volvió a cruzar lentamente la celda hasta su cama. « ¿Es posible? ¿Y cómo es posible? ¿Todo esto sabido ya desde el principio? ¿Melones maná en la Tierra?» . La excitación dominaba a Nicole. « He perdido el control —pensó—, y aún no he bebido el líquido del frasco» .

Al sostener en la mano el frasco y la piedra, Nicole recordó vívidamente la increíble visión que había experimentado en el fondo del pozo, en Rama II. Abrió el frasco. Hizo dos profundas inspiraciones y bebió apresuradamente su contenido.

Al principio, pensó que no pasaba nada. La negrura que le envolvía no

pareció cambiar. De pronto, se formó una gran bola anaranjada en medio de la celda. Estalló, proyectando una explosión de color en la oscuridad. Le siguió una bola roja y, luego, otra púrpura. Mientras retrocedía ante el fulgor de la explosión purpúrea, Nicole oyó una carcajada al otro lado de la ventana. Miró en aquella dirección. La celda desapareció. Nicole se encontró fuera, en un campo.

Estaba oscuro, pero podía distinguir contornos de objetos. A lo lejos, Nicole oyó de nuevo la carcajada. *Amadou*, llamó mentalmente. Nicole echó a correr por el campo a velocidad vertiginosa. Estaba alcanzando al hombre. Al acercarse más, el rostro del hombre cambió. No era Amadou, era Omeh.

Rio de nuevo y Nicole se detuvo. *Ronata*, llamó él. Su rostro iba aumentando de tamaño. Más y más grande. Tan grande como un coche, luego tan grande como una casa. Su risa era ensordecedora. El rostro de Omeh se había convertido en un globo enorme que se elevaba cada vez a más altura en la oscura noche. Volvió a reír, y el globo de su rostro reventó y derramó sobre Nicole una lluvia de agua.

Estaba empapada. Estaba sumergida, nadando bajo el agua. Al emerger, se encontró en el estanque del oasis de Costa de Marfil, donde, siendo una niña de siete años, se había enfrentado a la leona durante el Poro. La misma leona merodeaba a lo largo del perímetro del estanque. Nicole era de nuevo una niña. Estaba muy asustada.

« Necesito a mi madre —pensó Nicole—. Acuéstate ahora y descansa, y bendito sea tu sueño» , cantó. Nicole empezó a salir del agua. La leona no le molestó. Miró una vez más al animal y el rostro de la leona se había convertido en el rostro de su madre. Nicole corrió a abrazar a su madre. Pero entonces la propia Nicole se convirtió en la leona que merodeaba a orillas del oasis en medio de la sabana africana.

Había ahora seis nadadores en el estanque, todos ellos niños. Mientras la leona Nicole continuaba cantando la *Canción de Cuna* de Brahms, los niños fueron saliendo uno a uno del agua. Genevieve fue la primera, luego Simone, Katie, Benjy, Patrick y Ellie. Cada uno de ellos pasó por delante de Nicole y se internó en la sabana. Nicole echó a correr tras los niños.

Estaba corriendo por la pista de un abarrotado estadio. Nicole era de nuevo humana, joven y atlética. Se anunció su salto final. Cuando se dirigía hacia la cabecera de la pista del triple salto, se acercó a ella un juez japonés. Era Toshio Takamura. « Vas a quedar descalificada» , dijo con expresión ceñuda.

Nicole creía volar mientras corría por la pista. Pisó perfectamente la tabla, se elevo en el aire, dio dos poderosas zancadas y cayó a gran distancia en la arena. Sabía que había sido un buen salto. Nicole se dirigió a donde había dejado el chándal. Su padre y Henry se acercaron a darle un abrazo. « Magnífico —le dijeron al unísono—. Excelente» .

Juana de Arco llevó la medalla de oro al pódium de los vencedores y la colgó

en torno al cuello de Nicole. Leonor de Aquitania le entregó una docena de rosas. Kenji Watanabe y el juez Mishkin estaban junto a ella y la felicitaron. El locutor anunció que su salto establecía un récord mundial. La multitud le estaba tributando una calurosa ovación. Nicole contempló el mar de rostros y observó que no había solamente humanos en la muchedumbre. El Águila estaba allí, en un palco especial, sentado junto a una sección entera de aracnopulpos. Todo el mundo la estaba saludando, incluso los avícolas y las criaturas esféricas de finos tentáculos y la docena de encapadas anguilas que se apretujaban contra el cristal de una gigantesca pecera. Nicole saludó a todos con la mano.

Sus brazos se convirtieron en alas y empezó a volar. Nicole era un halcón que sobrevolaba a gran altura la franja de tierras de cultivo de Nuevo Edén. Miró bajo ella el edificio en que había sido encarcelada. Torció hacia el oeste y encontró la granja de Max Puckett. Aunque era plena noche, Max estaba fuera, trabajando en lo que parecía ser una ampliación de uno de sus graneros.

Nicole continuó volando hacia el oeste, en dirección a las brillantes luces de Vegas. Al llegar al complejo, descendió y fue volando por detrás de cada uno de los grandes clubes nocturnos. Katie estaba sentada, completamente sola, en unos escalones traseros. Tenía la cara sepultada entre las manos y le temblaba el cuerpo. Nicole trató de consolarla, pero el único sonido fue el grito de un halcón en la noche. Katie levantó la vista hacia el cielo, desconcertada.

Sobrevoló Positano, junto a la puerta de salida del hábitat, y esperó a que se abriese la puerta exterior. Asustando al guardián, el halcón Nicole salió de Nuevo Edén. Llegó a Avalon en menos de un minuto. Robert, Ellie, la pequeña Nicole e, incluso, un enfermero estaban con Benjy en la antesala del hospital. Nicole no tenía ni idea de por qué estaban todos despiertos en medio de la noche. Les gritó. Benjy se asomó a la ventana y escrutó la oscuridad.

Nicole oyó una voz que le llamaba. Sonaba muy débilmente hacia el sur. Voló rápidamente al segundo hábitat, en el que entró por la abertura que los humanos habían practicado en el muro exterior. Tras recorrer velozmente el anillo y encontrar una puerta, sobrevoló la región verde del interior. Ya no oía la voz. Pero pudo ver a su hijo Patrick acampado con otros soldados junto a la base del cilindro pardo.

Un avícola con cuatro anillos color cobalto se reunió con ella en el aire. « Ya no está aquí —dijo—. Prueba en Nueva York» . Nicole salió rápidamente del segundo módulo y regresó a la planicie Central. Oyó de nuevo la voz. Remontó el vuelo, elevándose más y más. Halcón Nicole apenas si podía respirar.

Voló en dirección sur por encima del muro que delimitaba el perímetro del Hemicilindro Norte. Bajo ella se extendía el mar Cilíndrico. La voz sonaba ahora con más nitidez. Era Richard. Su corazón de halcón le palpitaba furiosamente.

Él estaba en la orilla, delante de los rascacielos, agitando la mano en su dirección. « Ven a mí, Nicole» , decía su voz. Ella podía verle los ojos aun en la

oscuridad. Descendió y se posó sobre el hombro de Richard.

Le rodeaban las tinieblas. Nicole estaba de nuevo en su celda. ¿Era un pájaro lo que oyó pasar volando al otro lado de la ventana? El corazón le continuaba latiendo con fuerza.

Cruzó el pequeño recinto. « Gracias, Amadou —dijo—. U Omeh. —Sonrió—. Oh Dios» .

Nicole se tendió sobre la cama. Instantes después, estaba dormida.